

POR MUCHO QUE LO INTENTES...

NO CONSEGUIRÁS OLVIDARTE DE MÍ

MANUELA RAMÍREZ

POR MUCHO QUE LO INTENTES…

NO CONSEGUIRÁS OLVIDARTE DE MÍ

MANUELA RAMÍREZ

CAPÍTULO 1. DEBO HACERLO

Cassandra siguió conduciendo sin rumbo fijo. Llevaba casi una hora buscando el modo de sacar la rabia que sentía en su interior, pero, en esta ocasión, no le estaba sirviendo perderse por las calles de Malibú.

Mientras trataba de no pensar en cómo sería su vida a partir de ese momento, vio la señal de un aparcamiento público. Sin pensárselo dos veces, se decidió a entrar porque estaba cerca de la playa donde Alex la había llevado en la primera cita. Necesitaba sentir en el rostro esa familiar brisa salada. También gritar, aunque dudaba mucho que pudiese desahogarse. Quizás cerca de la orilla.

A pie, sorteó varias calles. Un par de minutos después llegó al paseo, que estaba a rebosar. Pese a ser noviembre, la temperatura era deliciosa. Ese día, además, había sido bastante caluroso. Eran casi las diez de la noche y el termómetro aún marcaba dieciocho grados. Avanzó hasta la zona de copas. Las risas de las decenas de personas con las que se iba cruzando las sentía como aguijones en el corazón. Era martes, un día cualquiera, solo que, para ella, cada paso la acercaba a un infierno del que temía no poder escapar.

Cruzó la carretera y avanzó hasta llegar a la playa. Se descalzó para notar la frialdad de la arena bajo sus pies. La sensación de estar flotando la estaba comenzando a marear y la soga alrededor de su delicado cuello la notaba especialmente ceñida. Apenas podía respirar. Había tragado cientos de lágrimas y se veía incapaz de continuar reteniéndolas.

Aún quedaban algunos surfistas rezagados que formaban grupos. La mayoría tomaba una copa a la luz de lámparas led a modo de hogueras. A Cass no le importó que la observaran dirigirse con determinación hacia la orilla. Pasó delante de ellos hasta que se detuvo al notar el agua helada cubriéndole los tobillos desnudos.

Sentía como si miles de llamas la estuvieran carbonizando por dentro. Le ardía la piel. Tenía la respiración entrecortada y, sin más, sucedió. Cerró los ojos para dejar que el dolor encontrara una vía de escape. Sollozó como si le hubieran arrancado la vida. Y, en realidad, así había sido. Bill se la había arrebatado de nuevo sin tomarla en cuenta.

Uno de los chicos que estaba sentado la reconoció y se acercó a ella.

—¿Cassandra? ¿Eres tú?

Al oír su voz, se giró lentamente para confirmar quién era. Las lágrimas no se lo pusieron nada fácil.

—¿Gabriel?

—¡Dios! ¿Qué te pasa? —preguntó al tiempo que la sujetaba con suavidad de los hombros—. Anda, saca los pies del agua o vas a coger un buen catarro.

Pero Cass no podía moverse. Con una mirada de profunda tristeza, frunció los labios mientras negaba despacio, impregnando de sufrimiento el aire que los rodeaba. Aquel gesto tocó el corazón del periodista.

—Oh, Cassandra.

No añadió nada más. Salvó el paso que los separaba y la abrazó con fuerza. Ella se derrumbó en sus brazos.

—Shh… Seguro que todo se arreglará. —El hermano de April trató de consolarla—. Ven, te llevaré a tu casa.

—Yo… tengo el coche en un parking.

—Bueno, dame un minuto.

Llegó hasta donde estaba su grupo y les pidió una toalla seca. Por suerte, no había traído su coche. Le dejó su equipo a un amigo, se despidió y volvió con ella.

—Toma, sécate los pies —le indicó. Cass obedeció sin poder pensar en nada más.

—Gracias, Gabriel. No esperaba encontrarte aquí.

—Ha sido por casualidad. Un amigo ha venido a entrenar para un campeonato y el resto a montar unas pocas olas. Íbamos a tomarnos la última cuando te he visto pasar.

—Hoy es el peor día de mi vida. Siento que hayas tenido que presenciarlo —añadió, secándose sin éxito las lágrimas que no cesaban.

—¿Es por Alex? Perdona, no debería preguntarte.

—Es el maldito destino, que la tiene tomada conmigo.

Regresaron al paseo marítimo e hicieron el camino inverso hasta el coche.

—No deberías andar sola por aquí a estas horas. Tenlo en cuenta para otra vez.

—No creo que haya más ocasiones para eso, Gabriel. Vuelvo a Nueva York.

—¿En serio? April me dijo que tu contrato en la editorial de mi tío iba para largo por lo de Lucille. Pensaba que te quedarías en Los Ángeles durante los próximos dos años como mínimo.

—Ya somos dos —ironizó ella.

Cass le pasó las llaves. Él abrió de golpe los ojos al ver el impresionante modelo aparcado.

—¿Me dejas llevarlo? —preguntó, incapaz de disimular la emoción.

—Claro que sí. Yo no creo que pueda.

Nada más encenderlo, el rugido del motor provocó que Gabriel dibujara una enorme sonrisa. Ver la expresión de Cass hizo que retuviera un comentario superfluo.

Mientras ella le indicaba el camino, él no pudo contener su vena de investigador y tuvo que preguntar.

—¿Qué ha pasado, Cassandra?

—No puedo contártelo. Lo siento.

—¿Por eso te has expuesto sin medir las consecuencias? —la censuró.

—El paseo estaba lleno de gente —se justificó.

—Pero cerca de la orilla no. Y nadie hubiera oído tus gritos desde esa distancia. ¿Me explico?

Ella asintió.

—He sido una imprudente. Tengo la mente nublada y no puedo pensar. No volveré a hacer esa locura.

—Voy a llamar a April. Esta noche no debes pasarla sola.

—No, Gabriel.

—No te lo estoy preguntando. No vas a estar sola y punto —insistió muy serio.

—Pareces mi padre.

—Te aseguro que tienes un ángel de la guarda porque esta tarde no pensaba ir a hacer surf. Así que no voy a dejarte hasta que llegue mi hermana. Marca su número.

—Está bien —aceptó derrotada.

—Hola, Cass —respondió la agente con voz cantarina.

—April, soy Gab. Estoy llevando a Cassandra a su casa. Yo conduzco su coche…

—¡Dios! ¿Qué ha pasado? —lo interrumpió—. ¿Está bien? ¿Ha tenido un accidente?

—Estoy bien. Tranquila —dijo la editora.

—¡Cass! ¿Qué…?

—Luego te lo cuenta ella. Coge algo de ropa y vete ahora mismo para su apartamento. Hoy vas a dormir allí, ¿de acuerdo? —ordenó él con una voz que no dejaba duda de que algo preocupante había sucedido.

—Media hora. No tardaré más.

—Ahora nos vemos —se despidió Gabriel.

—No hacía falta. De verdad, estoy bien. No voy a cometer «ninguna locura» —aseguró Cass.

—Eso no lo sé, pero está claro que hoy necesitas a una amiga.

—Puede que tengas razón.

—Reconozco que apenas nos conocemos, pero te aseguro que he podido sentir tu sufrimiento. No sé qué ha pasado, solo que debes compartirlo con alguien.

—¿Y si no puedo?

—Busca la forma. Tal vez mi hermana te muestre otro camino. Perdona que sea tan directo, Cassandra. No debería insistirte.

—No pasa nada. Gracias por rescatarme —dijo la editora, tratando de sonreír.

Tras aparcar, subieron a su apartamento. Eran cerca de las once y ninguno había cenado. Ella se ofreció a prepararle algo, pero Gabriel lo rechazó con elegancia.

A los diez minutos, llegó April.

—Oh, Cass… Toma, Gab —dijo, dándole las llaves.

Él las cogió y se acercó para darle un beso en la mejilla. Cassandra dibujó un «gracias» con los labios. April le aseguró que llamaría un taxi por la mañana. El periodista asintió a modo de despedida antes de salir.

—Hola —susurró Cass. Y no fue capaz de añadir nada más.

—Ya estamos solas —dijo, acercándose—. ¿Qué ha pasado?

Ella se rompió, incapaz de decir una palabra. La agente la abrazó y la ayudó a llegar al sofá.

Un par de minutos después comenzó a recomponerse.

—No puedo contártelo —añadió. Sus ojos se empañaron.

—A ver, ¿es del trabajo? —comenzó a interrogarla su amiga. Ella negó—. ¿De… Alex?

—April…

—¿Es que le has dicho que estás enamorada de él y te ha rechazado? —preguntó apenada.

—No. —Sollozó—. No he podido decírselo.

La mexicana se echó hacia atrás en el sofá sin entender qué situación la había llevado a encontrarse en ese estado.

—Si te lo cuento, estoy segura de que, tarde o temprano, se lo dirás a Isaiah.

—¿Yo? ¡Por quién me tomas! Jamás faltaría a mi palabra.

—Eso lo dices ahora, pero él es tu pareja y el mejor amigo de Alex. Si sabe lo que ocurre, tratará de arreglar las cosas. Y te aseguro que no existe otra solución.

April la miró sin entender ni una sola palabra.

—¿Qué me estás intentando decir?

—Voy a casarme con Bill y regreso a Nueva York en una semana. Mañana he de decírselo a Samuel, y estoy segura de que desatará a los perros del infierno cuando se entere.

—No te creo —dijo sin más.

A Cass le tembló el mentón mientras miraba a su amiga con el corazón hecho trizas.

—He de hacerlo.

—Pero ¡tú amas a Alex!

Ella cerró los ojos y sollozó. Con desesperación, se tapó la cara con las manos. Las lágrimas inundaron sus mejillas sin descanso. April no pudo resistirlo y acabó abrazándola. El dolor que transmitía Cassandra le decía que aquello era algo que, aunque no quería, iba a hacer.

La cuestión era: ¿por qué?

—Necesito lavarme la cara. Dame un minuto —pidió la editora al tiempo que se ponía en pie.

—Claro.

Cass desapareció por el pasillo para entrar en el baño. Cerró la puerta y se miró al espejo. Todo se había ido al traste y debía recoger los pedazos, aunque no sabía cómo. Se lavó la cara y regresó al salón.

—¿Estás mejor? —preguntó la agente inmobiliaria.

—No, pero no importa.

—¿Cómo que no? A mí sí me importa.

—Gracias. Jamás pensé encontrar una buena amiga tan lejos de casa. Has sido como un soplo de aire fresco después de la vergüenza y desolación que me causó mi ex. Siento que tengas que verme así.

—Cass, tengo el corazón en un puño. Te doy mi palabra, es más, te firmo lo que quieras diciendo que nunca revelaré lo que me vas a contar, pero dime qué te pasa o creo que me voy a poner a llorar contigo ahora mismo.

—Lo harías, ¿verdad? —preguntó, formando la sonrisa más triste que había visto April en su vida.

—Por supuesto.

Cass confió en su palabra. Tenía prohibido revelar su secreto. Es más, sabía que aquello podría traer terribles consecuencias. Si Alex se enteraba… Si Bill la descubría… Pero, esta vez, se veía incapaz de seguir sin compartirlo con alguien.

Al mirarla, comprendió que necesitaba una aliada, solo que no podía contar con Sam, ya que no quería hacerla sufrir de manera innecesaria. Además, Olivia y Rachel se encontraban demasiado lejos. Así que, mentalmente, lanzó una moneda con dos caras al aire que le dio el resultado que necesitaba.

—He de volver y casarme con Bill porque… —acabó diciendo, aunque se detuvo un instante— tiene un vídeo de hace años donde aparece mi madre siendo infiel.

—¡Ahh! —dejó escapar la agente asombrada al tiempo que se tapaba la boca con las manos.

—También se ha hecho con un muestrario de fotos bastante explícitas. Tuvo la desfachatez de presentarse en el despacho de mi hermano y le entregó un sobre con ellas.

—Lo siento muchísimo, Cass. Ahora entiendo que estés así. Puedes estar segura de que esto no saldrá de aquí. —La miró muy seria.

Ella frunció los labios y asintió.

—Tu madre tenía razón. —April entrecerró los ojos sin llegar a entender—. La primera vez que quedamos en tu piso me dijiste que ella siempre dice que las almas que necesitan consuelo encuentran a aquellas que pueden dárselo.

—Oh, Cass…

—Esto es lo más difícil que voy a hacer en mi vida. Amo a Alex, pero esta tarde le he roto el corazón porque, si no vuelvo y me caso con Bill, mi «encantador» ex publicará las fotos

en las redes.

Cassandra acabó por abrirse a su amiga y le contó el chantaje al que él la estaba sometiendo. Cómo se había presentado en la productora y había amenazado a su hermano con airearlo todo si ella no regresaba y limpiaba su nombre. Incluso el acuerdo final al que había llegado con él.

La agente no daba crédito a sus palabras. Aquello era lo más demencial que había escuchado nunca, pero, por lo poco que conocía a Cass, sabía que lo sacrificaría todo para impedir que se hundiera el honor de su familia. Y, aunque fuese una auténtica locura, entendía que ella hubiera tomado esa terrible decisión. Si estuviera en su lugar…

No quería ni pensarlo. Sintió un nudo en el estómago, ya que no tenía idea de cómo afrontar lo que acababa de compartirle.

—Tres años —vocalizó despacio.

—Exacto. Tres malditos años —repitió Cass.

—¿Y no hay forma de recuperar los originales? ¿Habéis pensado en contratar a un detective?

—Claro que sí, pero no hay tiempo. Dudo mucho de que pudiese hacer nada en una semana. Cuando regrese, daremos la noticia de que volvemos a estar prometidos. No sé en qué mes querrá que nos casemos.

—Te estoy escuchando, pero soy incapaz de procesar lo que estás diciendo —admitió April.

—Pues imagina cómo me siento yo.

—Debes contárselo a Alex.

—No puedo. Bill lo ha incluido en la amenaza. Si lo hago, incluso si vuelvo a tener algún tipo de contacto con él, publicará las fotos.

—¿Acaso hace esto por celos?

—Más bien por ego. Los medios lo han despedazado porque, según ellos, «me dejó escapar». Él solo quiere recuperar su «honor», aunque para hacerlo no le importe destruir el mío en el camino.

—¿Y qué te han dicho Samantha, Rachel y Olivia?

—April… —dijo con la voz cansada.

—No se lo has contado.

Cassandra negó despacio.

—Si Sam se entera de que nuestra madre fue infiel, quedará destrozada. No necesita saberlo.

—¿Qué dices? Es tu hermana, tiene derecho a…

—¡Lo sé! —la interrumpió, poniéndose en pie—. ¿Crees que no lo he pensado? ¡Claro que sí! Pero ¿qué ganaríamos si lo supiera? Bill no cederá. Tiene la sartén por el mango y el hijo de puta lo está disfrutando. Eso sí, pienso hacerle la vida imposible. ¿Tres años? A ver si dura la luna de miel.

—Espera, espera, ¿luna de miel? ¿Es que vas a tener que…?

—¿Tú qué crees?

—¡Señor!

—Ya. Al menos debo cumplir una vez para que el matrimonio sea válido.

—¿Te lo ha exigido? —preguntó horrorizada.

—Ni que hiciera falta.

—El chantaje.

—El chantaje. Le ha salido redondo. Lo que no entiendo es dónde ha conseguido el material —dijo intrigada la editora.

—Ni idea.

April entrecerró los ojos mientras trataba de estrujarse el cerebro. De pronto, algo no le cuadró.

—Una cosa, Cass. En la boda, él apareció y te pidió matrimonio.

—Sí.

—Pero no te amenazó ni sacó el tema de las fotos o el vídeo.

—No. ¿A dónde quieres llegar?

—A que me estoy volviendo loca tratando de unir las piezas. Si Bill ya tenía todo eso en vuestra contra, ¿por qué no lo utilizó como baza en la pedida?

Cassandra se la quedó mirando. Su cabeza iba a mil. En cierto modo, April tenía razón. ¿Qué había ocurrido en el transcurso del sábado por la noche al lunes? Se volvió a sentar en el sofá, pensando a toda velocidad qué había hecho su ex para conseguir aquella información en tan poco tiempo. De pronto, entendió el motivo.

—No la utilizó porque no la tenía.

—Perdona que te pregunte esto, pero ¿conoces al hombre que aparece con tu madre en el vídeo?

—No he visto ni el vídeo ni las fotos —admitió Cass.

—En realidad, tampoco importa. Bill tiene más que suficiente para haceros mucho daño.

—Lo sé. April, prométeme que no se lo contarás a nadie. Esto acabaría con mi padre, con toda mi familia. Y Alex jamás debe saberlo.

—Aunque se me rompa el corazón, no se lo diré.

—Ni a Isaiah —insistió.

—Te he dado mi palabra.

—Gracias.

—¿Y qué le vas a decir a mi tío?

—Va a matarme. Cuando hice la entrevista, me preguntó si lo que había pasado con Bill era solo una riña de enamorados y que no volvería a los seis meses.

—Dios.

—Yo le insistí en que no, y es justo lo que va a pasar.

—¡Pero tú no tienes la culpa! —replicó indignada.

—¿Y? Voy a dejarlo colgado. A él y a Lucille, que está embarazada. Apenas le faltan dos meses y medio para dar a luz. No quiero darle este disgusto y que le provoque el parto.

—Cass… —susurró April, que después se quedó con la boca abierta tratando de buscar una solución.

—No hay nada que puedas decir. No tengo escapatoria.

—Tus padres pueden demandar a quien publique las fotos. Seguro que ganarían el juicio.

—Perfecto. Ganan el juicio, pero el mundo conocería hasta el último centímetro de mi madre. ¿Cómo crees que podrían seguir mi padre o mis hermanos adelante? ¿Y la productora? ¿Sabes la de puestos de trabajo que estarían en peligro si los contratos se rescindieran?

—¿Y tú?

—¿Yo? Bill ha ganado.

—Estás atrapada.

—Sí, en el más asqueroso y repugnante fango. Espero que Samuel no me demande, si no…

—No lo hará. Te prometo que te ayudaré en lo que pueda sin revelar tus razones.

—Gracias, April.

—¿Qué te dijo Alex cuando se lo contaste?

—Me exigió cumplir el contrato. Y, también, que no conseguiría olvidarme de él.

—Eso lo dijo por miedo a perderte.

—Tal vez.

—Dios, Cass. Alex está enamorado de ti.

—¿Es que Isaiah te ha contado algo? —preguntó esperanzada.

—No, claro que no.

—No, April —respondió, dejando escapar un suspiro—. Él solo quiere ganar. Quiere… esa noche.

—Aunque te empeñes en lo contrario, te digo que está loco por ti. ¡Lo veo con nitidez!

—Eso es lo que tú quieres ver. Si lo estuviera, podría habérmelo confesado hace unas horas —dijo Cass convencida.

—Tú estás enamorada de él y no se lo has dicho, ¡y le prometiste a Isaiah que lo harías!

—No es lo mismo, yo no tengo opciones.

—Puede que él tampoco. Piensa que vas a dejarlo por otro.

—Da igual, April. Imagina por un momento que nos queremos, que nos lo hemos dicho y que deseamos un futuro juntos. Yo no puedo darme el lujo de elegir. He de casarme con Bill. Te aseguro que no sería capaz de soportar que todo el mundo supiera…

A Cassandra le fue imposible continuar. Sentía demasiada vergüenza como para terminar la frase. La agente se quedó callada mientras asentía muy despacio. En realidad, no había mucho más que añadir. Su ex había trazado su destino. Por mucho que quisiera cambiarlo, sin las pruebas, poco podía hacer. O se sacrificaba o todo se iría al traste.

—Mañana será otro día. Quizás cambie de opinión —dijo April, tratando de consolarla.

—Siento no poder darte la razón. Después de lo que le dijo a Caleb, es imposible que se eche atrás. Anda, vamos a dormir. Mañana será otro día, uno más que me acercará a pasar tres años con el ogro de mis pesadillas.

Su amiga se acercó a ella y la abrazó con fuerza. Cass se aferró sabiendo que el horror estaba servido, y venía en bandeja de plata con las iniciales *B. M.* grabadas a fuego.

CAPÍTULO 2. UNA COPA MÁS

Alex apuró por segunda vez su bebida mientras marcaba de nuevo el teléfono de Isaiah. Había perdido la cuenta de cuántas veces lo había hecho, pero necesitaba sacar lo que lo estaba devorando por dentro, y su amigo siempre lo escuchaba y le daba buenos consejos. Se extrañó mucho de que aún no le hubiese devuelto la llamada. Eran más de las once de la noche y todavía no había conseguido hablar con él. O se había olvidado el móvil en cualquier parte o estaba demasiado ocupado como para contestarle.

Rellenó de nuevo la copa, anduvo hasta el sofá y se dejó caer. Anora, que dormitaba plácidamente, se sobresaltó. Maulló varias veces como protesta antes de dejar su sitio. Acabó alejándose, caminando con una pose de indignación.

—Perdonna, preciosssa, pero essta noche no esstoy de humor para nnada.

Cogió el mando a distancia y recorrió la plataforma. Sin poder decidirse, terminó poniendo un estreno al azar, aunque sin sonido.

Miró la pantalla de su móvil. Nada.

De un sorbo, acabó con el *whisky*. Soltó el vaso en el suelo, cerró los ojos y apoyó la cabeza en el sofá. Como si recordándolo pudiera cambiar el pasado, volvió a la conversación con ella y al instante en que salía del aparcamiento a toda prisa. Verla marchar lo había hecho sentir como un verdadero idiota. Tras subir a su coche, había pasado todo el camino a casa dándole vueltas a su comportamiento y por qué demonios no se había atrevido a confesarle que la amaba. Quizás eso la hubiera hecho cambiar de parecer. Pero ¿para qué engañarse? Los ojos de Cassandra solo mostraban determinación. Y, de eso, él sabía bastante.

Reconocía que era el único culpable. En realidad, su cabezonería estaba llegando a un punto en que se había convertido en su peor enemiga y lo impulsaba a cometer errores. Ese, sin duda, podía calificarlo como el peor de toda su vida. «Si me hubiera declarado», se recriminó. Pero no, en vez de decirle que estaba enamorado de ella, prefirió huir sin revelarle una verdad que puede que lo hubiese cambiado todo. Había permitido que la rabia y la frustración lo dominaran de nuevo. Esa era una vía de escape conocida y mucho más sencilla que tratar de convencerla de que rompiera su compromiso por él.

Se enfadó consigo mismo porque todo lo que se estaba diciendo era mentira. Alex sentía algo más: miedo. Y este había tomado el control de su cuerpo. Se había quedado paralizado al escuchar la noticia de labios de Cassandra y había reaccionado volando todo por los aires, igual que con Jess. Ahora, con la mente nublada por el alcohol, era incapaz de perdonarse el haber salido corriendo sin luchar.

Pensó en cuánto *whisky* le quedaba a la botella y sopesó echarse una copa más. «Jess…», recordó con ira a su ex. No, jamás podría comparar a Cass con ella. Además, las dos situaciones no se parecían en nada. Claro que el resultado no dejaba de ser el mismo: él volvía a perder a la chica de sus sueños.

Abrió los ojos y dejó aquel momento atrás. Estaba cansado de ser siempre el segundo plato. La maldita segunda opción. Y esa era la tercera vez. Más que suficiente.

Su móvil comenzó a sonar.

—Hola, Alex. Tengo siete llamadas perdidas tuyas. ¿Estás bien? —preguntó Isaiah preocupado.

—Bueno, ssegún con quienn me compares. ¿Dónde te habíasss metido?

—¿No recuerdas que te lo dije ayer? He tenido la reunión anual con uno de mis mejores clientes. Ya sabes: pedidos, revisión del material y cena obligada.

—Esss verdad, lo había oolvidado —respondió a duras penas el escritor.

—¿Estás borracho?

—«Nooopp», aún me falta muucho para esso. Pero, trannquilo, lo consseguiré —Hip—. Acabo dee terminar la terrcera copa. Antes dell amaneccer, me habré accabaado laa bottella.

—¡Joder, Alex! ¡Ni se te ocurra! Mira, ahora mismo voy conduciendo. En quince minutos, estoy en tu casa.

—Puesss muy bienn.

Isaiah colgó y aceleró para llegar lo antes posible. El tráfico a esa hora había descendido bastante, así que encontró la mayoría de los semáforos en verde. En menos de ocho minutos, ya estaba allí.

Alex había aprovechado para echarse una pequeña siestecita. El alcohol lo había tumbado en parte, pero la razón principal era que no quería volver a pensar en Cass. En cuanto escuchó el timbre, abrió los ojos. Cuando consiguió ponerse en pie, le costó mantener el equilibrio. Se fue apoyando en todos los muebles que se cruzaron en su camino hasta que alcanzó el portero electrónico de la cancela y lo pulsó.

Abrió la puerta de entrada para sentir el frío de la noche en la cara. Eso lo despejó un poco, aunque no lo suficiente. Se quedó absorto en cómo Isaiah terminaba de aparcar en tanto sonreía como solo hacen aquellos que están muy cerca del punto de no retorno.

—Dios, Alex.

—«Siiipp».

—Anda, ven aquí.

El surfista le pasó la mano por el hombro para ayudarle a entrar. Con verdadera maestría, ya que estaba tratando de que Alex no se cayera de bruces, cerró la puerta. Después, lo llevó a la cocina. Tras conseguir que se sentara medio erguido en una de las sillas, se dirigió a la cafetera. Le preparó una taza de café solo. Si eso no lo despertaba, igual lo haría vomitar.

Y necesitaba ambas cosas con urgencia.

—Aquí tienes —dijo el afroamericano algo preocupado. Su amigo no era de los que se emborrachaban—. Acábatelo y luego me cuentas qué ha pasado para que estés así.

—Joooder, Isaiah. ¿Sin azúcar? —preguntó un poco más entero tras beber un largo sorbo.

—De ese modo te hará más efecto. Estás que te caes, y así no puedes pensar nada coherente.

Alex le hizo caso. A duras penas, logró acabar con dos tercios de la taza. Las náuseas le impidieron seguir, por lo que prefirió detenerse y beber un poco de agua.

—Creo que voy a vomitar —admitió con la cara descompuesta.

—Es justo lo que necesitas. Anda, ve.

El escritor se fue directo hacia el baño y sacó todo lo que había ingerido a marchas forzadas. Isaiah esperó sentado en la cama de su habitación hasta que lo vio salir hecho unos zorros.

—¿Mejor?

—Creo que sí. No hacía falta que vinieras, pero te lo agradezco. —Sonrió con cansancio.

—Tú hubieras hecho lo mismo por mí. Además, no pensarías que iba a dejar que te emborracharas sin saber qué demonios ha ocurrido. Volvamos al salón y me cuentas qué te ha hecho que quieras perder el conocimiento.

Alex asintió. Su amigo lo siguió sintiéndose satisfecho por verlo con mejor aspecto,

aunque preocupado por conocer el motivo. Se temía lo peor, y no andaba muy descaminado con lo que estaba imaginando.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó el escritor.

—No, he cenado con mi cliente.

—Es verdad.

—¿Y tú? ¿Has comido algo?

—No, era incapaz de tomar nada.

—Bueno, nada…, nada…, no. Que menudo bajón le has dado a la botella —añadió Isaiah, sosteniéndola en la mano.

Recogió el vaso del suelo y lo dejó encima de la mesa. Después, se sentó al lado de Alex. Lo miró y le hizo un gesto para que empezara a hablar de una vez.

—Se va —dijo, tras lo que apretó la mandíbula para contener el sinfín de sentimientos que estaban jugando en su pecho.

—¿Quién?

—Cass. Vuelve a Nueva York para casarse con su ex.

El surfista abrió los ojos de golpe. Lo que acababa de contarle no podía ser verdad. Él la había oído cuando le dijo a ese malnacido que amaba a su amigo, con lo que eso no tenía ningún sentido. Se convenció de que Alex aún estaba borracho y había cometido un error. Un tremendo error.

Isaiah estaba seguro de que ella jamás volvería con el hombre que le fue infiel, ¿o sí?

—A ver, repítemelo —lo instó, ya que no se fiaba de su claridad mental—. Me parece que no te he oído del todo bien.

—¿Y qué quieres que te explique? —dijo el escritor subiendo el tono—. ¡Cass se marcha para casarse con Bill! Deja el trabajo, la ciudad, ¡todo!

En ese «todo» estaba él incluido, pero se veía incapaz de decirlo en voz alta porque era demasiado doloroso.

—Te juro que no entiendo nada.

—Pues ya somos dos.

—No me creo que vaya a casarse. ¿Y ella no te ha hablado de nada más? —preguntó, tratando de averiguar si le había confesado que lo amaba, tal y como le aseguró en la boda que haría.

—¿Te parece poco? Ha anulado la apuesta, se va con ese «hijo de puta» y me ha dejado muy claro que no está enamorada de mí y que jamás tendremos esa noche.

—¿Y tú qué le has dicho?

Alex le resumió más o menos lo sucedido en la casa de la editora y por qué al volver se lanzó a por la primera botella que había caído en sus manos.

Su amigo no entendía qué la había llevado a tomar esa decisión cuando el sábado anterior le había dejado claro a ese indeseable que amaba al escritor y que ellos habían roto para siempre.

—Así que tercer *strike* —aceptó, derrotado.

—Venga, Alex. No pienses eso ¡y lucha!

—¿Cómo? ¿Eh? Dime, ¿cómo cojones quieres que luche? ¿Y para qué? Ella me ha dicho que no me quiere. No, fue muy específica. Me dejó claro, con una impasividad que me dejó alucinado, que nunca me había querido y que nunca me iba a querer.

Isaiah se quedó un instante en silencio. Esa declaración tan contundente no casaba con la que le había soltado a su ex en mitad del hotel. Hizo memoria, y apenas los separaba setenta y dos horas de aquella conversación. Miró a Alex y entrecerró los ojos en tanto se devanaba los

sesos tratando de imaginar qué la había hecho cambiar de opinión de forma tan radical. Seguro que algo la había obligado a tomar esa decisión, solo que el surfista aún no sabía qué.

—Ya, pero tú no le dijiste que estabas enamorado de ella. ¿Me equivoco?

Alex lo miró muy enfadado mientras torcía el gesto.

—¿Es que crees que hubiera servido de algo? ¡Ella no me quiere!

Al exbróker le quemaba en la garganta lo que sabía. Cassandra sí amaba a Alex, pero no le correspondía a él decirlo. Eso sería traicionar la confianza de la editora y de April. De pronto, cayó en la cuenta de que había olvidado llamarla con aquel lío.

—Eso no lo puedes saber. ¿Y si te ama, pero no se ha atrevido a decírtelo? Recuerda que no has dejado de repetirle que no te enamorarías de ella. ¿No has pensado en la posibilidad de que el otro gana porque tú no has movido un maldito dedo?

—La batalla está perdida, Isaiah.

—¡La batalla está perdida «porque» eres un maldito cobarde! ¡Por culpa de Jess estás hundido en la mierda desde hace años! Te aseguro que no vas a salir de ahí hasta que le eches huevos a la vida. Si pierdes, pierdes, pero déjate la piel, el alma y las entrañas para recuperar a la mujer que amas. ¡Joder!

—¡No sé cómo! ¿De acuerdo? Lo intenté. Estuve a punto de volver a subir para confesárselo, pero me quedé paralizado.

—Alex, tienes que superar tu miedo y luchar por lo que quieres. ¡Vas a perder a una mujer que está completamente enamorada de ti por tu cabezonería!

—¿Ella? Te aseguro que no. Al menos la chica que me miró a los ojos y me soltó aquello no lo está. Aun así, ¿y si le digo que la quiero y me rechaza?

Isaiah inspiró un poco más fuerte para contenerse. Podría revelarle la verdad, pero ambos perderían ese momento mágico. Y jamás sería capaz de robarle esa experiencia a su amigo.

—No vas a encontrar a nadie como ella. La incertidumbre merece la pena.

—¿April te ha contado algo?

—No, ni siquiera la he llamado al salir de la cena. He visto tus siete perdidas y se me ha pasado por completo. Luego, he venido y te he encontrado como una cuba. Así que, si no te importa, le voy a mandar un mensaje para que no se preocupe.

—Sí, claro. Y no estaba como una cuba —se defendió Alex.

—Lo que tú digas.

Isaiah cogió el móvil y vio que ella le había enviado un wasap hacía unos minutos.

April_22:43
Me voy pitando a casa de Cass. Ha pasado algo, pero aún no sé qué. Dormiré allí. Espero que tu cena haya ido bien. Hablamos mañana. Te quiero.

El surfista dibujó una sonrisa al leer la despedida. Acto seguido, ensombreció la expresión. En cierto modo, acababa de confirmar sus sospechas. Por supuesto, le faltaba averiguar el motivo que había llevado a la editora a pedirle a April que la acompañara, pero supuso que la discusión con Alex tenía mucho que ver.

Isaiah_00:18
Estoy con Alex por lo ocurrido con Cassandra. Te llamo mañana. Descansa, preciosa. Yo también te quiero.

—¿Y bien? —preguntó el escritor al ver la cara de su amigo—. ¿Te ha comentado algo?

—Está en casa de Cassandra. Va a pasar la noche allí.

—¿Nada más?

—No. Solo me ha dicho que «ha pasado algo», pero no especifica qué. Aunque no hace falta ser un genio para adivinarlo.

—Claro que no. Y lo que «ha pasado» te lo puedo decir yo: Bill tiene mucho más dinero, y eso es, sin duda, determinante.

—Eres gilipollas. ¿Es que a Cassandra le hace falta el dinero? Su familia tiene una productora, Alex. Ella ya tiene la vida resuelta. Ese no es el motivo, estoy seguro —dijo convencido.

—Entonces, ¿qué cojones puede haberla hecho cambiar de idea de la noche a la mañana? Si no es el dinero, la razón es que aún lo quiere. Y eso es peor todavía.

—O hay otro motivo que no conocemos.

—Sí, claro. Bill ha encontrado algo turbio de la familia y la está extorsionando con publicar la información si no se casa con él, ¿verdad? —ironizó el escritor.

—¿Quién sabe? Eso tendría mucho más sentido —admitió el surfista, al que no se le había ocurrido esa opción.

—Tú estás fatal y has visto demasiadas películas. El motivo da igual. Va a casarse y punto. Quizás la culpa sea mía por insistirle tanto en que no me enamoraría de ella, pero poco importa ya.

—Joder, tío. ¡Claro que importa! ¿Y si va a volver con él porque piensa que no tiene ninguna posibilidad contigo?

En esta ocasión, fue Alex quien miró a su amigo mientras sopesaba sus palabras. Razón no le faltaba. Llevaba meses bromeando con ella sobre que jamás ganaría la apuesta. Tenía que haber mantenido la boca cerrada y dejado un resquicio para que Cass hubiera encontrado el camino que la llevara a conocer al verdadero Alex, y no al escritor egocéntrico que le había presentado desde la noche que compartieron en Nueva York.

Ahora de poco le iba a servir lamentarse. O hablaba con ella y le confesaba lo que sentía, o la perdería para siempre.

—Debo decírselo. No puedo quedarme con la duda. ¡Esto va a terminar por volverme loco!

—Es lo más sensato que has dicho esta noche.

—No te lo niego —reconoció Alex. Miró el reloj. Pasaba de la una—. Creo que lo mejor que podemos hacer es irnos a dormir. Estoy rendido y no soy capaz de pensar con claridad. ¿Te dejo algo de ropa?

—No hace falta. Siempre guardo una muda en el coche para imprevistos. Voy a coger la mochila y ahora vengo.

—De acuerdo.

Isaiah salió a la intemperie y el frío lo despejó de golpe. Regresó a la casa y vio a Alex jugueteando con Anora.

—Ya me extrañaba a mí que no apareciera —dijo el surfista, acariciándole la cabeza—. Hola, «bichejo».

El felino lo miró sin inmutarse. Tenía dos aduladores solo para ella y era lo mínimo que merecía.

—Estaba enfadada conmigo porque, después de la segunda copa, me he sentado en el sofá de golpe y la he despertado. Pero ya me quieres otra vez, ¿verdad? —preguntó, mirando a la preciosa gata.

Ella cabeceó contra su pecho y ronroneó.

—Venga, a dormir —añadió mientras la dejaba en el suelo—. Y nosotros igual.

El escritor apagó las luces y se despidió de Isaiah, que entró en una de las habitaciones para invitados. Antes de que desapareciera por el pasillo, su amigo lo detuvo.

—Alex.

—¿Sí?

—Llámala a primera hora. No lo alargues —le pidió.

—Lo haré antes de que salga hacia la editorial. No quiero arriesgarme a que hable con Samuel y se despida.

—Exacto.

El surfista se dio la vuelta. Esta vez fue el escritor quien lo retuvo con su pregunta.

—¿Y si le confieso que la quiero y aun así…?

—Si quieres conseguir a la chica…

—…déjate la piel —acabó él, asintiendo despacio.

—Esto es la vida real. Ya no somos unos críos jugando a ver quién se queda con la chica más guapa de la fiesta. Cassandra es una mujer que merece todo tu esfuerzo. Sé que la conozco poco, pero veo su influencia en ti. Has cambiado, y solo para bien. No la dejes escapar.

—Voy a poner todo de mi parte. Ya veremos qué pasa. Que descanses, Isaiah.

—Tú también.

Alex enfiló el pasillo y entrecerró la puerta de su habitación. Su gata lo visitaba cuando le apetecía, y esa noche no tenía ganas de oírla maullar para que la dejara pasar.

Se acostó y miró el cabecero. Sin poder evitarlo, pasó los dedos con cuidado sobre la muesca que había dibujado Cass. Se preguntaba cómo iba a poder expresar lo que sentía si, a la mínima de cambio, se quedaba bloqueado. Tal vez Isaiah tuviera razón. Aunque ella había rechazado en más de una ocasión volver con su ex, debía reconocer que si él hubiera estado hace años en su lugar, no podía asegurar qué decisión habría tomado.

Un pensamiento se colocó por encima del resto para mortificarlo aún más, como si eso fuera posible. «Si Jess me hubiese pedido volver…», se repitió. Cerró los ojos y se regañó por hacerse de nuevo aquella pregunta. Ese tiempo había terminado. Ella estaba casada con Asher y tenía gemelos. ¿Por qué se recreaba en la idealización de lo que habían compartido si fue todo una mentira?

Apoyó la cabeza en la almohada y se quedó absorto en un punto del techo. Como si estudiarlo en profundidad fuese a proporcionarle la respuesta a sus dudas e inseguridades.

Cansado de darle tantas vueltas a las cosas, se pasó la mano por la frente y cerró los ojos. Eran cerca de las dos de la madrugada. El despertador sonaría a las siete, y esperaba dormir al menos un par de horas para tener la claridad de mente suficiente como para conseguir que Cass quisiera escuchar lo que tenía que decirle.

CAPÍTULO 3. NECESITO VERTE

El despertador sonó a las siete en punto. Cass se sentó en la cama con el cuerpo agarrotado. Llevaba toda la noche en tensión. Apenas había pegado ojo pensando en qué le iba a decir a su jefe. No paraba de volver a aquella conversación de la entrevista de trabajo y sentía una angustia que no la dejaba respirar porque parecía que Samuel hubiera visto el futuro. Un futuro cruel y retorcido que la obligaba a hipotecar su vida durante tres años junto a un hombre que aborrecía.

Podría contárselo a sus padres y a Sam para que entre todos buscaran una solución. Quién sabe, quizás llegaran a contener el tsunami que seguro se desataría si Bill cumplía su amenaza de compartir aquellas fotos. Pero entonces, ¿qué? Vergüenza. Críticas. Condescendencia.

Se dio cuenta de que, a esas alturas, sería capaz de soportar aquello sin demasiada dificultad. Ya había vivido una situación semejante con la infidelidad de su ex. Negó un instante y se regañó a sí misma. Una cosa era conocer el delito y otra, muy distinta, verlo a todo color. Sí, sería capaz de soportar la humillación pública, pero ¿a costa de quién? De todos. De su padre. De… Alex.

Cerró los ojos y apoyó las manos en el colchón, buscando el valor suficiente como para poner los pies en el suelo y dar el primer paso al inicio del fin. Justo cuando iba a levantarse, su móvil vibró. Miró la pantalla y el corazón le dio un vuelco.

—¿Sí? —dijo sin entender por qué había contestado.

—Hola, Cass. Necesito verte.

—Alex, creo que ayer te dejé claro lo que siento.

—Pero yo no, y lo que quiero decirte es muy importante para mí. Créeme, no es algo que deba hacerse por teléfono. ¿Podemos vernos antes de que vayas a la editorial?

—Y…, ¿para qué? Te aseguro que no hay nada que puedas decirme que me haga cambiar de opinión. He de volver a Nueva York —repitió las mismas palabras del día anterior, sintiendo como si le clavaran miles de agujas.

—¿Nada, Cass?

Un dolor desgarrador la dejó sin aliento. Quería confesarle la verdad. Quería pedirle ayuda porque Bill la estaba obligando a destrozar su vida. Quería confesarle que lo amaba desde la noche en El Cielo. Pero eso no iba a suceder.

Apretó la mandíbula y, de nuevo, cerró los ojos con fuerza antes de mentirle al hombre con el que anhelaba pasar el resto de su vida.

—Nada… —susurró. Se sentía como si le estuvieran arrancando el corazón. Lo peor de todo es que no estaba en su mano evitarlo.

Alex no podía creer que todo acabara allí. Una fría llamada los separaba para siempre. Algo se rompió en él y reaccionó colocándose la coraza más dura que fue capaz de crear.

—Cass… —dijo con el alma hecha trizas.

—Alex, te lo pido por favor, deja las cosas como están. Y… —añadió, mientras ahogaba un sollozo— no vuelvas a llamarme.

Aquellas palabras le cayeron al escritor como un jarro de agua fría. Ella no le daba opciones, y contra eso no podía luchar. Sintiendo que el destino se la había vuelto a jugar, dijo lo último que deseaba.

—Adiós, Cassandra.

—Adiós, Adam.

El escritor colgó y lanzó con rabia el móvil contra el cabecero de la cama. No acertó en la marca que había dibujado ella, pero estuvo cerca. El ruido sobresaltó a Isaiah, que acababa de salir de la ducha y estaba a medio vestir. A toda prisa, se puso los pantalones para salir corriendo hacia la habitación de su amigo.

—¿Alex, va todo bien? —dijo al tiempo que empujaba la puerta para terminar de abrirla.

—De puta madre… —soltó derrotado—. ¡Se va a Nueva York!

—¿Le has dicho que la quieres?

—No me ha dado la oportunidad. Me ha dejado muy claro que no había nada que pudiera decirle que la hiciera cambiar de opinión.

—Entonces, ¡no lo sabe!

—¡Ni lo va a saber! Se va y me ha pedido que no vuelva a llamarla. Así que, lo que fuera esto, se ha acabado.

—Pero, Alex…

—¡Basta, Isaiah! ¡Déjame vivir mi vida como me dé la gana! —gritó el escritor cansado de todo.

Su amigo se lo quedó mirando y asintió. Alex estaba fuera de sí y, de ese modo, era imposible razonar con él.

—Está bien. Voy a vestirme. April me ha pedido que la recoja para llevarla al trabajo.

—De acuerdo.

—¿Estarás bien? —preguntó el exbróker sabiendo que le mentiría para poder afrontar la nueva negativa de Cassandra.

—Estoy bien. Voy a desayunar y a ponerme a trabajar. Ya he perdido demasiado tiempo, y mi novela necesita otro final.

—Lo entiendo, pero respira hondo y haz una copia del original. No borres lo que tienes porque ahora mismo no piensas con claridad.

—Siempre la hago.

El surfista iba a salir de la habitación cuando Anora hizo acto de presencia. Caminó de forma sinuosa hacia Alex y comenzó a frotar su mullido cuerpecito contra sus tobillos.

—Isaiah —dijo para retenerlo—. Gracias.

—No hay de qué. Debo irme.

Alex asintió y su amigo regresó a su habitación para terminar de vestirse. Diez minutos más tarde, iba camino de la dirección que le había enviado April en un wasap.



En cuanto Cassandra colgó, se derrumbó. April había oído desde su habitación que había recibido una llamada, así que cuando dejó de escuchar su voz, se decidió a ir a verla.

—Cass —dio dos golpes suaves en la puerta—, ¿puedo pasar?

—Sí —respondió con un hilo de voz.

—¿Estás bien?

Ella negó lentamente mientras decenas de lágrimas le empapaban las mejillas.

—Era Alex.

La agente se mantuvo callada esperando a que se recompusiera. Por un lado, se moría por saber qué era tan importante como para que el escritor hubiera sentido la necesidad de hablar con

ella a las siete de la mañana. Por otro, y esta opción le estaba rompiendo el corazón, no quería saber lo que iba a contarle Cassandra.

—Me ha llamado y me ha dicho que necesitaba… verme —acabó bajando la voz.

—Pero no vas a hacerlo.

—Creo que quería proponerme algo. Parecía importante, pero le he dicho que no.

—¿Por qué? —preguntó April. Se acercó despacio y se sentó a su lado en la cama.

—No habría ninguna diferencia. Le he dejado claro que nada de lo que pudiera decir iba a hacerme cambiar de opinión. Que debía… volver a Nueva York. —Suspiró con tristeza.

—Oh, Cass…

—Ya. Lo sé. He cometido tantos errores en mi vida que ahora estoy recogiendo las consecuencias de haber sido una maldita cobarde.

—No digas eso. ¡Todos tenemos derecho a equivocarnos!

—Sí, pero si le hubiera hecho caso a Sam, habría roto con Bill hace casi dos años.

—Entonces, ni estarías en Los Ángeles ni te habría conocido. Cass, puedes luchar contra la vida, pero no saldrás ganando porque ella tiene sus propios planes.

—¿Es que no puedo decidir mi propio destino?

—Puedes intentarlo, pero vivir es como conducir a toda pastilla en una autopista: tienes el libre albedrío para elegir tu velocidad, pero recuerda que no estás sola, y te garantizo que el resto te va a obligar a adaptarte. Este mundo de locos que nos rodea, nos… atrapa. A veces, hasta casi asfixiarnos. No podemos controlar a los demás. Incluso te diría que hay momentos en los que ni siquiera somos capaces de controlarnos a nosotras mismas, aunque bastante tenemos con reaccionar lo mejor que podemos con lo que nos toca.

—Pero es muy injusto.

—Sí que lo es. Sabes que tienes más opciones que las que te estás obligando a tomar —le sugirió de forma sutil para que no se dejara arrastrar por las circunstancias.

—Lo sé. Contárselo a mis padres y aguantar el chaparrón de críticas. Decirle a Alex que lo quiero y que me veo sometida a un chantaje.

—Exacto.

—Si estuvieras en mi lugar, ¿qué harías? —preguntó mirando a su amiga a los ojos.

April no respondió enseguida. Se quedó absorta un instante en un dibujo de la tarima, tratando de ponerse en su piel. No quería decirle algo superfluo para salir del paso. Agradecía no estar en sus zapatos, y Cass necesitaba su sinceridad, no una respuesta de «yo podría con la vida sin importarme a quién me llevara por delante».

Levantó la vista y la clavó en la editora.

—Se lo contaría a mis padres, pero me casaría con él —contestó casi segura de que tomaría esa salida.

—¿Aunque le rompieras el corazón a tu padre?

—Él tendría derecho a saberlo —añadió April.

—¿Y si ya lo supiera?

—Con más razón.

El móvil de la agente sonó en la otra habitación.

—Tiene que ser Isaiah, le he pedido que me lleve al trabajo.

—Cógelo. Voy a vestirme, he de ir a la editorial.

—Lo siento mucho, Cass.

—Yo también.

April volvió a su habitación y la editora cerró la puerta. Apoyó la espalda en la madera y

miró al techo buscando las palabras adecuadas para decirle a su jefe que iba a renunciar.

Con la pesadumbre instalada en su pecho, abrió el armario. Eligió el mismo conjunto que llevó en la entrevista y salió hacia el salón. Allí estaba April terminando de maquillarse.

—Estás muy guapa. —Nada más decirlo, la agente se dio cuenta de que aquel comentario estaba fuera de lugar—. Perdona, es lo último que quieres oír.

—No te preocupes, tú también estás muy guapa —respondió, dedicándole una sonrisa cansada y triste.

—¿Cuándo tendrás que dejar el apartamento? Te lo pregunto porque quiero hablar con el propietario para que te devuelva la fianza.

—No, April. Quiero este apartamento. Por favor, habla con él y dile que estoy dispuesta a comprarlo —soltó sin más.

—Pero… te vas a Nueva York —respondió la agente sin entender el motivo repentino de esa decisión.

—Solo tres años.

—Cass… —April no pudo evitarlo y la abrazó mientras un par de lágrimas rodaban con facilidad.

—Volveré, lo prometo.

—Más te vale —dijo, tras lo que se secó las mejillas—. No sé si podré convencer al dueño, pero lo intentaré.

—Gracias, amiga mía. Tranquila, vendré en vacaciones y cada vez que pueda. Me encanta la ciudad.

—¿Y Bill?

—Solo será mi marido en un papel mojado y en todas las alfombras rojas hasta que cumpla mi condena, por supuesto —ironizó.

—¿Cómo puedes bromear con esto?

—Porque alguien me ha dicho que he de adaptarme a la velocidad de la autopista. Y pienso hacerlo lo mejor que pueda.

Isaiah le envió un wasap a April diciéndole que ya había llegado. La agente se despidió dándole un beso y un abrazo a la editora, y quedó en que se verían antes de irse.

Cassandra cerró la puerta y miró la hora, las ocho y cuarto. Se preparó un café, aunque no comió nada. Una vez más, tenía que afrontar una situación fuera de su zona de confort. No podía controlar cómo se lo tomaría Samuel, pero sí cómo lo iba a afrontar ella.

Creía que era una mujer adulta capaz de tomar sus propias decisiones, pero la vida le estaba enseñando, a marchas forzadas, que no debía dejarse arrastrar por la idea inocente de que podía estructurar su futuro hasta el último detalle. Las variables cambiaban, y cada jugador tenía en la mano sus propios dados, aunque la mayoría hacía trampas.

Bajó al aparcamiento, encendió el motor y condujo hacia la editorial convencida de que tenía una tormenta asegurada nada más soltara la noticia.

Pero que los cielos se abrieran. Ella había tomado una decisión e iba a llevarla hasta las últimas consecuencias.



Alex, tras despedirse de Isaiah, se dirigió a la cocina para hacerse un café bien cargado. Aún

tenía el estómago revuelto de la noche anterior, pero, para qué mentir, la conversación con Cassandra era lo que había terminado de empeorar su estado.

Degustó el primer sorbo y caminó hacia las cristaleras del salón. Abrió una de las hojas, necesitaba que el frío de la mañana refrescara el ambiente. El día estaba nublado, tanto como su humor.

Mientras miraba al vacío, no dejaba de preguntarse por qué no había tenido el valor suficiente para confesarle lo que sentía. Debería haberla interrumpido. Debería haberlo soltado sin más. Dibujó media sonrisa por la ironía, Isaiah volvía a tener razón. Quizás se había vuelto un cobarde tras el engaño de Jess. Sí, tal vez lo fuera. El motivo era muy sencillo: no quería sufrir. Sin embargo, nada había impedido que acabara en el mismo pozo de desesperación en el que llevaba nadando unos cuantos años. Aunque, en esta ocasión, sí que había llegado a tocar fondo.

Cerró los ojos y recreó todo el tiempo que había desperdiciado jugando con ella en vez de admitir que estaba perdidamente enamorado. Puede que lo estuviera desde el principio, o que todo hubiese comenzado la noche en que ella canceló la cita y él le llevó la cena. ¡Ni que importara! Eso quedaba atrás y nunca podría recuperarla.

Apuró el café, cerró la puerta y llevó la taza a la cocina. Cada paso le costaba un mundo. Se preguntó si Cass sentiría algo parecido, pero lo dudaba mucho. Se acercaban las nueve de la mañana. Pronto llegaría a la editorial y renunciaría a su puesto. La vida de demasiadas personas iba a volver a tambalearse. Sin su criterio, puede que muchos escritores ya no tuvieran la oportunidad de publicar con Elegant Books. Cada editor era único. Sus gustos. Sus conocimientos… ¿Y si Lucille no le hubiese dado esa oportunidad? Esa pregunta quedaba en el aire, sin embargo, agradecía estar en el lado de los afortunados que tenían la gran suerte de haberse labrado un futuro por méritos propios. No le debía nada a nadie, y eso no tenía precio.

Mientras iba hacia su despacho, se programó una alarma para llamar a Lucille por la tarde. No sabía si Samuel se pondría en contacto con él a lo largo de la mañana. La noticia de que Cassandra dejaba la empresa no era plato de buen gusto, así que mejor esperar para hablar con ella antes de hacer conjeturas erróneas.

Encendió el portátil y se sentó sin saber cómo iba a escribir una sola palabra cuando lo único en lo que era capaz de pensar se reducía a impedir que Cass se marchara. Pero su profesionalidad estaba muy por encima de su corazón, así que comenzó a leer los capítulos que no le convencían. Comprendió enseguida el motivo. No podía acabar la historia porque la suya con ella no había concluido.

Cerró el documento e hizo una copia de la novela. Comenzaría desde el inicio y cambiaría lo necesario para hacerla un *best seller*. Él era un escritor consumado y nada le impediría volcarse en su historia para enamorar a sus lectoras, aunque en el proceso sintiera como su corazón se desgarraba por dentro.



Cassandra condujo más despacio que nunca para llegar al trabajo. No quería hablar con Samuel. No quería dejar su puesto. No quería renunciar a Alex. Pero todo aquello iba a suceder. Había hecho un trato y ese sí que debía cumplirlo.

Llegó a su despacho saludando a los compañeros que se iba cruzando por el pasillo con

un frío e impersonal «Hola». Nadie lo notó. Todos estaban demasiado ocupados empezando el día como para darse cuenta de que había perdido la sonrisa y el buen humor que compartía cada mañana. Tras cerrar la puerta, se apoyó en ella para coger fuerzas. Era pronto, las nueve menos diez. Samuel solía ser bastante puntual, pero deseaba con todas sus fuerzas que ese día llegara tarde.

Cogió el teléfono e hizo una llamada que iba a dejar una enorme bola de nieve caer, pero ya no podía retrasarlo más. Bill le había dado una semana para cerrar el pasado, aunque apuraría hasta el último minuto antes de volver a Nueva York.

—Hola, Martin.

—Buenos días, Cassandra. ¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó el secretario de Samuel.

—Necesito hablar con el jefe. ¿Ha llegado ya?

—Sí, claro. No tiene ninguna reunión programada, pero deja que le pregunte.

—Claro. Hasta ahora.

Cass no sabía qué hacer. Encendió el ordenador más por costumbre que por otra cosa, ya que no tenía la cabeza para leer ni una mísera línea. Los pensamientos se le agolpaban de forma desordenada y el corazón comenzó a latirle con fuerza.

El teléfono sonó y no tuvo más remedio que contestar.

—¿Sí?

—Cassandra, Samuel puede verte ahora.

—Vale, voy para allá.

Colgó y bebió un sorbo de agua de la botella que llevaba siempre en el bolso. Se levantó y anduvo como si el pasillo que la separaba del despacho de su jefe estuviera cubierto de un líquido viscoso que le impedía caminar.

Saludó a Martin y llamó a la puerta.

—Hola, Samuel. ¿Podemos hablar?

—Claro, Cassandra —respondió con una sonrisa cordial.

Ella cerró la puerta tras de sí y se tragó el orgullo para mantener una conversación que le traería multitud de problemas. Pero ese era su presente e iba a capear el vendaval lo mejor que sus nervios se lo permitieran.

Acababa de incorporarse a una nueva autopista y no le quedaba más remedio que pisar el acelerador.

CAPÍTULO 4. RENUNCIO

Recorrió los seis pasos que la separaban de la silla y se sentó con el pulso a mil. Tenía las manos sudorosas y la boca seca. Se regañó con dureza por tomárselo de aquella manera. Volvió a repetirse que era una mujer adulta y debía afrontar esa situación como tal.

Samuel la observó expectante porque ella no decía nada, solo lo miraba con una expresión que no mostraba por dónde iban a ir los tiros. Sin imaginar la bomba que estaba a punto de soltarle, le preguntó:

—Bien, ¿qué necesitas?

—Que aceptes mi renuncia. Vuelvo a Nueva York.

En cuanto lo dijo, se sintió al mismo tiempo aliviada y aterrada. La reacción de su jefe no se hizo esperar. El editor soltó una carcajada, pensaba que ella estaba bromeando. Cassandra no imaginaba que se lo fuera a tomar de esa manera, pero sin duda era mejor que riese a que le gritara a todo pulmón por no cumplir su palabra.

Él, que aún continuaba pensando que solo lo había dicho para romper el hielo, poco a poco, dejó de reír. Ella parecía estar hablando en serio. Ni siquiera había sonreído y se retorcía las manos de forma nerviosa.

—Supongo que lo habrás dicho en broma —dijo muy seco.

—Me temo que no —respondió como pudo—. Ha sucedido algo y debo volver. El viernes será mi último día…

—¡Estamos a miércoles! —la interrumpió de malos modos.

—Lo siento. No puedo darte más.

Samuel se mantuvo en silencio mientras pensaba qué decirle. Las circunstancias que la habían llevado hasta su empresa eran poco usuales, pero ella había demostrado con creces que se había ganado el puesto. Su profesionalidad era intachable hasta la fecha. Aún no llevaba ni seis meses en su editorial, pero tenía que admitir que no había notado la ausencia de Lucille. Claro que la futura mamá, cuando sus circunstancias se lo permitían, no dudaba en echar una mano solventando cuestiones que no había tenido tiempo de explicarle a Cass.

Sí, todo aquello estaba muy bien, solo que no entendía por qué iba a incumplir el contrato cuando era casi palpable que estaba sufriendo por haberle dicho que se despedía.

Algo no cuadraba en ese cambio repentino de parecer, y no iba a dejar que se fuese de la editorial sin sonsacarle qué demonios estaba pasando.

—A ver, ¿qué ha ocurrido desde ayer? —preguntó con la mirada fija en ella y una expresión que consiguió asustar a Cassandra.

—Bill me ha pedido que me case con él, y he de… y voy a hacerlo. —reformuló en el último momento.

Al editor, un hombre curtido en la vida y en escuchar las excusas de decenas de trabajadores a lo largo de los años, no se le escapó el detalle de que ella había cambiado la respuesta a toda prisa, como si quisiera ocultar la verdadera razón de su marcha. Le extrañaba que Parker no lo hubiese llamado para advertirle del enlace inminente entre su hijo y la editora, así que supuso que aún no conocía la «feliz noticia».

—¿Has hablado ya con tu «suegro»? —soltó con malicia, recalcando la última palabra.

—Pensaba llamarlo esta tarde, aunque supongo que Bill ya se lo habrá contado. Ha ocurrido todo tan rápido que aún lo estoy asimilando. Tengo que admitir que ni yo me lo creo.

—Se le escapó una risa nerviosa que escondía rabia y desazón.

—Ya… —dijo, haciendo el esfuerzo de entenderla—. Cassandra, a finales de mayo viniste pidiendo trabajo, ¿lo recuerdas?

—Sí, claro.

—Entonces también recordarás que te advertí que necesitaba a una persona responsable. Te pregunté si venías en serio o solo por una riña entre enamorados. —Ella iba a responder, pero él no la dejó—. Me aseguraste que jamás volverías tras los chasquidos de nadie y, mira por dónde, es justo lo que vas a hacer.

—Samuel, no tienes ni idea de lo que hablas.

—Ah…, ¿no?

Cassandra apretó la mandíbula para mantener las lágrimas a raya. Su vida se hundía y deseaba gritar a los cuatro vientos que ella no era la culpable, pero eso solo empeoraría las cosas. No podía compartir con nadie más cuál era el motivo. En cierto modo, se arrepentía de habérselo contado a April, pero ya no era capaz de continuar sola en esto. Además, la agente no pertenecía a su familia y no la implicaba de ninguna manera. Aunque sí con el editor, por supuesto, pero decidió apartar ese pensamiento de un plumazo porque necesitaba centrar toda su atención en la conversación con su jefe.

Miró a Samuel y notó cómo se impacientaba, ya que aún esperaba su respuesta. Ella no sabía cómo salir de aquel atolladero. Debía mentir, pero sabía que se le daba de pena. Inspiró hondo para tragarse lo que quería decirle y pensó a toda velocidad una excusa convincente.

De pronto, se le ocurrió una idea descabellada que le pareció una solución bastante viable. No era perfecta, pero ofrecía una opción a no romper del todo con la vida que deseaba.

—¿Y si pudiese darte otra opción? —dijo al fin.

—¿A mí? —preguntó con un tono a caballo entre diversión y molestia.

—Sí, Samuel. Te ofrezco la posibilidad de seguir trabajando en la editorial, pero lo haría desde Nueva York. Por motivos personales, me es imposible continuar representando a Adam Wright, pero sí al resto de los autores. Esa es la única condición que te pondría para no dejarte en la estacada. Por supuesto, volvería en ocasiones puntuales para las presentaciones de las nuevas novelas, aunque el resto de mi trabajo tendría que ser *online*.

—¿Me estás tomando el pelo? —contestó a punto de explotar.

Los ojos de Cassandra se empañaron. Negó despacio y volvió a inspirar del mismo modo para poder responder.

—No, Samuel. Es todo lo que está en mi mano ofrecerte… —susurró, mirándolo con un nudo en la garganta.

Al editor le faltó poco para soltar una respuesta hiriente y mordaz mientras pensaba que quién se creía ella para pretender ofrecerle un trato al director de una de las editoriales más importantes del país. Sin embargo, se contuvo al prestar un poco más de atención a su expresión corporal. Cassandra parecía estar a punto de derrumbarse allí mismo, y aquello, para su asombro, le tocó el corazón. Tal vez porque era padre de una chica de casi la edad de Cass que se encontraba trabajando al otro lado del país, o puede que fuese por su amistad con Parker. Pero ¿para qué se iba a engañar? Samuel era un buen hombre que apreciaba a sus empleados. La premisa de su editorial siempre había sido que todos eran una gran familia, y Cass ya formaba parte por méritos propios.

De un modo u otro, no supo por qué le dio una oportunidad. No tenía idea de lo que le había sucedido, pero le intrigó su forma de actuar, que no casaba para nada con alguien que debía estar feliz por volver con el hombre que amaba. La cuestión a la que de repente no podía

parar de darle vueltas era por qué estaba proponiéndole una solución tan descabellada para no perder su puesto de trabajo cuando podría trabajar sin problemas en Anthares Books junto a su futuro marido.

Eso le hizo pensar en que había un problema de fondo en su intento de renuncia. Algo mucho más complicado de lo que imaginaba la empujaba a dejar Los Ángeles. Pero, por otro lado, quería seguir trabajando en su empresa. Sí, desde luego, aquello era un sinsentido y una de las propuestas más extrañas que había recibido en su vida.

Lo que no podía imaginar Samuel era la telaraña que el de nuevo prometido de Cassandra había tejido para ella. Una de la que no podía escapar si no quería hundir a su familia.

Para sorpresa de ambos, el editor acabó apiadándose de Cass.

—¿Estás bien? ¿Necesitas un poco de agua?

Ella asintió, incapaz de pronunciar una sola palabra. Su jefe levantó el teléfono y le pidió a Martin que trajera un par de botellas. Él también estaba pasando un mal trago y no entendía por qué, cuando debería estar gritándole por querer incumplir el contrato y hacer lo que le prometió que nunca haría.

El secretario entró y Cass disimuló con una sonrisa falsa. Martin no lo notó, pero Samuel sí que percibió el esfuerzo de su editora para no desmoronarse. Nada más salir, ella trató de abrir el botellín, pero las manos le temblaban. Él se levantó y, con gesto paternal, le ofreció la suya en señal de ayuda. Cassandra formó una tímida sonrisa por el detalle y bebió un largo sorbo para tratar de no romperse.

Estaba enfadada consigo misma porque pensaba que tendría la fuerza necesaria para afrontar esa conversación después de lo que había hablado con April, solo que ¿a quién quería engañar? Si ni siquiera era capaz de mentirse a sí misma, ¿cómo iba a pretender hacerlo en un momento tan importante? En ese instante tan inoportuno, se preguntó por qué sí había podido mantenerse firme con Alex. Por qué con él no dudó y sí pudo decirle esa sarta de mentiras sobre que jamás lo había querido y que aún amaba a Bill.

Miró al editor y lo comprendió. Toda su fortaleza y determinación la había volcado en separarse del hombre que amaba para que no supiera la verdad y, más que nada, para que no volara a Nueva York para enfrentarse a su recién reestrenado «prometido».

—Lo siento, Samuel… Estoy hecha un lío y me he perdido en mis propios pensamientos.

—¿Qué es lo que pasa, Cassandra? La verdad… —dijo, sentándose en la mesa, haciendo de la conversación algo mucho más cercano a la de padre a hija en vez de la de jefe a empleada.

—No puedo decírtelo. Lo siento.

—¿Estás embarazada de Alex? —preguntó ladeando la cabeza, dando a entender que no se le había pasado por alto la excesiva confianza de la que hacían uso cuando creían que nadie los veía.

—¿Qué? ¡No! Te aseguro que no. ¿Por qué has pensado…? Yo no tengo nada con Adam Wright.

—¿Adam? —preguntó elevando las cejas—. Cassandra…

—Sí, de acuerdo, Alex. Pero no es eso.

—No lo entiendo. Te vas a casar con Bill cuando está claro que cierto escritor te importa mucho más.

Ella lo miró mientras negaba, manteniéndose firme. No podía revelarle nada más. Él dibujó media sonrisa forzada, entendiendo con su gesto que no iba a contarle el motivo.

—Sabes que esto me deja en una posición muy difícil —expresó Samuel con voz tranquila—. Si te pierdo, el departamento lo va a resentir de forma preocupante. Lucille está de

baja y no puede volver. El editor más veterano que la sigue es Ben Allen. Tiene mucha experiencia en la empresa, pero solo lleva a autores. Y hasta yo tengo que reconocer que es imposible buscar a una persona de confianza de aquí al viernes que sepa dirigir con soltura a cincuenta editores.

—Siento muchísimo ponerte en esta tesitura —volvió a disculparse Cass sin saber qué más hacer—. Créeme, si pudiera evitarlo, no tendríamos esta conversación.

—Algo me dice que eres sincera, pero eso no soluciona mi problema.

Ella frunció los labios para tratar de impedir que le temblara la barbilla. Quería contenerse. Quería demostrar a todos, pero sobre todo a sí misma, que era una mujer valiente que podía enfrentar ese problema y dar carpetazo a su trabajo para seguir adelante. Puede que, en las novelas, las protagonistas fuesen capaces mostrando una fortaleza sobrenatural. Pero aquello era el mundo real, y ella solo era una chica corriente que se había dejado ningunear durante la mayor parte de su vida porque no sabía cómo enfrentarse a su madre.

Poco importaba el pasado, había llegado el momento de hacer frente a ese maldito presente. Así que sacó fuerzas de dónde no supo para ofrecerle a su jefe lo único que tenía.

—Dime, ¿cómo puedo ayudar a Ben para que aprenda a llevar el departamento en tres días? Yo solo puedo pasarle mis notas con todo lo que me ha enseñado… Ah, ¡Dios! —dijo, tapándose el rostro con la mano al recordar que aún debía hablar con Lucille.

—¿Qué?

—Lucille va a matarme.

—Que se ponga a la cola, ¿no crees?

Ambos sonrieron.

—Gracias por no gritarme, aunque me lo merezco por hacerte esta vergonzosa… faena.

—Cassandra, te aseguro que hace diez minutos tenía muchas ganas.

—Lo sé, y me sorprende que no lo hayas hecho.

—A mí también, pero me intriga mucho más qué es lo que sucede. Estás en un lío tremendo, pero, tranquila, no te voy a preguntar qué es.

A Cass se le escaparon un par de lágrimas, pero se las borró con rabia de un manotazo.

—Lo siento. No debería llorar. No soy una niña y tendría que afrontar mis decisiones con más entereza —añadió, mirándolo a los ojos.

—Mi experiencia me ha enseñado que una persona solo llora por tres motivos: alegría, sufrimiento o por una injusticia. Algo me dice que, en tu caso, el primero y el segundo están descartados.

—Eres demasiado inteligente —dijo, dibujando una sonrisa cansada.

—La experiencia es un grado, y es evidente que soy más viejo que tú —expresó el editor cercano a los cincuenta y cinco. Los dos sonrieron de nuevo—. ¿Hablabas en serio cuando me has dicho que podías trabajar desde Nueva York?

Ella abrió los ojos de golpe. No esperaba que su jefe siquiera se planteara esa posibilidad.

—Por supuesto.

—¿Y tu disponibilidad para viajar?

—Completa, pero sigo sin poder colaborar con… Alex.

—¿Qué opinará Bill sobre esto?

Cassandra lo miró e inspiró de manera entrecortada. O Samuel era adivino o ella había cometido un error dejando entrever algo que se le escapaba en ese momento.

Poco importaba la razón. Si quería seguir trabajando para Elegant Books, haría esa pequeña concesión.

—Bill tendría que aceptar que me necesitas. Tal vez podrías pedírselo a Parker como un favor personal —dijo bajando el tono—. Tu editora jefa está cerca de dar a luz y nadie más puede hacerse cargo del departamento de cara a las Navidades… —La voz de Cass terminó sonando como una súplica.

Samuel se la quedó mirando mientras se devanaba los sesos pensando qué demonios había ocurrido entre ella y el hijo de su amigo. Pero dudaba mucho de que rogara su ayuda de forma velada si no la necesitase de verdad.

Aquella situación era «demasiado» particular, por no decir extraña. Si estuviese teniendo esa conversación con cualquier otro empleado, lo hubiera dejado marchar en el tiempo estipulado o despedido sin más; pero ella no era cualquier empleada. Cassandra era la hija del productor que tenía un contrato multimillonario con el mejor de sus escritores de novela romántica. De por medio había demasiadas personas implicadas, y era un suicidio romper aquel trato si pensaba en la parte económica.

Por otro lado, estaba el problema que había tenido con Alex. Le había dicho en dos ocasiones que no podía trabajar con él. ¿Qué motivo tenía ella para no querer seguir llevando su cuenta? Estaba claro que el dinero no era el problema, entonces ¿qué? Esa pregunta lo estaba volviendo loco, pero sabía que su editora no iba a compartir la razón, así que solo le quedaban dos opciones: aceptaba su propuesta o la dejaba ir.

Una vez más, la escudriñó tratando de entenderla. Solo era capaz de leer el dolor en su rostro, y él no era de aquellos que se jactaban de su insensibilidad. No, Samuel era puro corazón y veía que el de Cassandra estaba destrozado. «¿Qué te ha pasado, dulce niña?», se preguntó. La miró, tomándose tiempo para decidir qué iba a hacer con ella.

Su hija se coló en su mente de nuevo y lo supo.

—Vendrás una vez al mes para reunirte con los autores —soltó muy serio—. Por supuesto, será necesario que te quedes entre dos y tres días en la ciudad para que me informes con detalle de tu trabajo. Siempre he pensado que un cambio de aires no le hace mal a nadie y libera de muchas tensiones —dijo mientras volvía a ladear de forma sutil la cabeza.

Ella unió con fuerza los labios.

—Samuel… —dejó escapar como agradecimiento.

—Es evidente que lo que vas a hacer no es por amor. Y, aunque eso no es asunto mío, no puedo quedarme de brazos cruzados viéndote sufrir.

—Hay personas que han nacido para ganar, lo merezcan o no —añadió ella, un poco más repuesta.

—Nada dura eternamente. De eso estoy convencido. Así que, tranquila, seguro que Parker me hará el favor. Prométeme una cosa, Cassandra. —Ella asintió sin saber qué le iba a pedir—. Cuando puedas, me contarás la verdadera razón. La mía es que he visto la desesperación tanto en tu rostro como en tus palabras. No me preguntes por qué te voy a hacer este favor, ni yo mismo lo sé con seguridad, pero esta vez no me falles.

—Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para no defraudarte, solo te ruego que hables primero con Parker. Puede que él sea la clave para que pueda cumplir lo que te he dicho.

—Esto es lo más raro que me ha pasado nunca. Deberás llamar a Lucille para comentarle este cambio. Hazlo con mucho tacto porque su estado es muy delicado. Por supuesto, entiendo que ya Alex lo sabe. —Ella volvió a asentir—. Bueno, yo se lo comentaré a Ben y, a partir de hoy, él llevará a Wright. Eso sí, tendrás que ayudarle en todo para que nuestro escritor no se «enfade» con la editorial.

—Te aseguro que puedes contar conmigo para cualquier cosa que necesite.

—Está bien, Cassandra. Antes que nada, déjame que llame a Parker. A ver si podemos solucionar este lío. Por cierto, ¿cómo llevas las lecturas?

—Al día. Todo lo llevo al día. Antes de todo esto, pensaba entregarte hoy el informe de las ventas hasta la semana pasada.

—Bien, tenlo a punto para esta tarde. No llames aún a Lucille, dame un par de horas.

—No sé cómo agradecerte lo que estás haciendo por mí.

—Cassandra, te lo dije cuando te contraté. Esta es mi empresa y aquí somos una gran familia. Sí, podría haberte permitido irte sin preguntar, pero entonces ese no sería yo. No sé si lo sabes, pero tengo dos hijos. Una chica que tiene un año menos que tú y un chico de dieciséis años que me está volviendo loco. Si fueras mi hija, querría que alguien tuviera la misma consideración con ella. Durante muchos años, estuve bajo el yugo de una empresa que trataba como basura a sus empleados. Cuando creé Elegant Books, me juré que jamás sería de esa manera. Por ese motivo estamos teniendo esta conversación. Si fuera como mi antiguo jefe, te aseguro que las cosas serían muy diferentes. Me alegro de poder ayudarte. Aunque, para serte sincero, que no te vayas me quita muchos quebraderos de cabeza.

—No sé cómo darte las gracias, de verdad, pero aún no sabemos si podrás convencer a Parker.

—Crucemos los dedos, Cassandra.

—Cass, por favor. Llámame Cass. Hoy más que nunca me siento parte de la editorial —dijo con los ojos brillantes.

—Sabes, eres muy diferente de la persona que pensaba que serías. Me alegro de que formes parte de esta familia —añadió Samuel, moviendo las manos para abarcar el espacio que los rodeaba—. Bien, ahora, a «tu despacho». Te aviso cuando haya hablado con Parker.

—Muchas gracias, Samuel —dijo ella, levantándose.

Le dedicó una sonrisa sincera y salió del despacho sintiendo una pequeña llama de esperanza en su corazón. En realidad, no sabía si conseguiría engañar a su suegro, pero deseaba con todas sus fuerzas que lo lograra.



En cuanto Cass salió, él volvió a sentarse. Cogió el teléfono decidido a llamar a su antiguo compañero de universidad. No se paró a pensar en qué le iba a decir, primero quería averiguar qué conocía él de los planes de su editora con Bill.

La reunión que acababan de tener no había esclarecido nada con respecto a ese tema. De hecho, la chica que había venido a decir que renunciaba a su puesto no se parecía en nada a la que había llegado seis meses atrás con la barbilla alta y dispuesta a comerse el mundo si fuera necesario. Lo que le llevó a pensar en que algo sórdido se estaba cociendo entre esos dos, y Cassandra no estaba nada feliz por ello.

Se sacudió esos pensamientos para dejar de especular. Lo mejor que podía hacer era marcar el número y salir de dudas.

—Hola, Samuel —lo saludó Morris con una sonrisa en los labios—, ¿cómo va todo?

—Hola, hombre. Eso es lo que yo quería preguntarte.

—No te entiendo.

—¿Seguro? ¿No hay nada que quieras contarme? —insistió el dueño de Elegant Books.

—Mira, suéltalo sin rodeos porque no sé de qué me estás hablando. ¿Es que ha pasado algo con Cassandra? Pensaba que estabas muy contento con ella.

—Parker, ¿en serio no sabes por qué te llamo?

—No, la verdad.

—Mi nueva editora jefe ha venido hace poco más de una hora para «despedirse» de mi editorial. Por lo visto, va a casarse con tu hijo.

—Eso no es cierto. A mí Bill no me ha dicho nada.

—Dice que ha sido todo muy rápido…

—Eso está claro —ironizó Parker.

—Bien, no sé los pormenores, pero me ha puesto en un aprieto monumental. Lucille está de baja, y nadie en el departamento puede asumir su puesto. Así que me quedan pocas opciones.

—Bueno, es que… Perdona, es que me resulta muy difícil de creer que ella vaya a volver con Bill. Mira, creo que lo mejor será lo llame para aclarar todo este lío.

—Me parece genial. Tengo algo que me gustaría hablar con ambos, de modo que permíteme que avise a Cassandra. Así lo solucionamos con la feliz pareja de una vez, ¿te parece?

—Sí, será lo mejor. Déjame que hable antes con Bill y en unos minutos te llamo —negoció Parker.

—Por supuesto.

Tras despedirse, cada uno se dedicó a llamar al protagonista que se encontraba en su lado del ring. Samuel sonrió por la comparativa que acababa de hacer sobre lo que les esperaba. Pero es que aquello se iba a convertir en una batalla campal en cuanto Bill se enterara de los planes de su prometida. Lo que tenía muy claro era que él, después de ver a Cass, no podía permitir que abandonara su trabajo sin más, cuando había puesto de manifiesto que lo necesitaba como si se tratara de su única tabla de salvación.

No sabía qué se iba a encontrar al otro lado cuando su amigo los llamase de nuevo, pero ella ya había entrado en el despacho y faltaba poco para averiguarlo.



Nada más colgar, Parker estuvo a punto de llamar a gritos a su hijo. Ese comportamiento no diría mucho de uno de los editores más importantes del país, por lo que le dijo a su secretaria que lo hiciera ir enseguida y sin excusas.

Bill se presentó al poco con una evidente y molesta expresión de satisfacción. El consumado editor no sabía qué era lo que había hecho para conseguir que Cassandra volviera con él, pero estaba a punto de sonsacárselo.

—Dime, papá. ¿Para qué me has hecho llamar? —soltó mientras se sentaba con despreocupación en una de las sillas.

—¿No hay nada que quieras contarme? —repitió las mismas palabras que su amigo.

—¿Yo? —dijo para disimular. Algo que no consiguió.

En realidad, Bill aún no le había contado nada a su padre, ya que prefería compartirlo en

una reunión con toda la familia cuando ella volviera a Nueva York.

—He hablado con Samuel Brown.

Su hijo sonrió con calma, formando esa expresión presuntuosa de quien se sabe vencedor.

—Vaya, entonces ya te has enterado. Cassie y yo vamos a casarnos —expresó con lentitud, disfrutando de cada palabra.

—No me lo creo.

—Me encanta saber cuánta estima me tienes, padre —escupió con desprecio.

Después de que Cass se hubiera ido, la relación entre los dos se había deteriorado. Parker no le perdonaba que hubiera tratado de engañarle y que le hubiese sido infiel a su prometida, haciéndole perder a una de sus mejores editoras de romántica.

—¡Déjate de estupideces! Ahora tengo que llamarlo porque ella está trabajando en su editorial. ¿Entiendes?

—¿Y? ¡Como si estuviera trabajando para el presidente! Cassie va a volver y nos casaremos lo antes posible.

Parker lo miró con una mueca de reprobación. No sabía qué había hecho para convencer a Cassandra, pero ese no era el momento para hablarlo. En cuanto colgara, le haría un interrogatorio. Aquello era muy extraño. Ella se había ido de la ciudad convencida de que jamás volvería con él, y ahora, de pronto, ¿se iban a casar?

Ahí se estaba cociendo algo, y él no pararía hasta descubrir qué había tramado su hijo para conseguir que de nuevo estuvieran comprometidos.

—Ahora, compórtate. Voy a llamar a Samuel y a poner el manos libres.

—Estoy deseando darle la noticia —dijo Bill con sarcasmo.

—Hola, Parker —saludó de nuevo Brown—. Cassandra está conmigo.

—Muy bien, Bill también —aclaró él.

—¿Qué tal, tío Samuel? —preguntó el joven Morris, que desde que era un niño lo había llamado de ese modo.

—Bueno, hijo, has montado una buena. ¿No te parece?

—El amor, tío, que lo puede todo —ironizó Bill.

A Cassandra, de la frustración, le temblaba todo el cuerpo. A Samuel no le pasó desapercibido que ella estaba luchando por no mostrar su ira, pero la expresión de su cara la traicionó. El viejo editor se dio cuenta de que ahí había algo, aunque, sin duda, no era amor.

—Ya, claro. Por «amor» —dijo con retintín— podemos intentar cualquier cosa, ¿verdad?

El joven Morris no respondió porque captó cierto desagrado en su tono. Tampoco es que le importara lo que pensara el viejo. Él tenía un objetivo, y nadie se iba a interponer en su camino.

—Bueno, Bill —continuó Samuel—, entiendo que Cassandra quiera volver a Nueva York, pero ahora tú debes entenderme a mí: no puedo prescindir de ella.

—Como comprenderás, eso no puede ser —respondió cortante.

—Tranquilo, no la necesitaré aquí todo el tiempo. He acordado con ella que vendrá solo una vez al mes para ponernos al día y, por supuesto, en las presentaciones de las novelas. Vamos, como seguro que hacía en «tu» editorial, ¿verdad? Bill, nosotros, como editores experimentados que somos, sabemos que los viajes están garantizados en nuestro trabajo. Es lo que nos hace ganar dinero, ¡maldita sea! —dijo, fingiendo una carcajada.

El editor fue muy listo y atacó justo donde más dolía: en el ego de Bill. Lo puso a su altura, como si fuera dueño del negocio. Se había cuidado mucho de no decir «la editorial de tu padre». En realidad, el joven Morris tenía una participación bastante jugosa de Anthares Books,

pero no era, ni de lejos, el dueño.

Bill, que no se dio cuenta del juego, inspiró con complacencia por haberlo tratado de igual a igual.

—Sí, claro. ¡Y de eso vivimos! —terminó reconociendo Morris mientras reía con él.

Cass miraba a Samuel aguantando la respiración. Él hablaba del tema con sorprendente soltura y despreocupación. Como si volar un mínimo de doce veces al año no tuviera importancia, y eso sin contar el resto de los compromisos.

Lo que sí le molestó a la editora fue que parecía que no tenía ni voz ni voto en esa conversación. De pronto, sintió que la sangre le hervía. Su jefe y Bill estaban regateando por ella como si ambos fuesen dos caballeros cerrando un trato y su palabra fuera más que suficiente como para decidir su destino.

Su jefe la miró e hizo un gesto con la mano para darle a entender que solo le estaba dando coba a su prometido. Aquello logró que ella se tranquilizara y asintió. Parker, que conocía de sobra a su amigo, se mantuvo impasible ante aquel discurso tan bien desarrollado solo para convencer a su hijo. Sí, definitivamente, ahí había algo oscuro detrás. Temió no llegar a descubrirlo nunca, ya que, si Cassandra había dado su brazo a torcer, sabía que jamás revelaría el motivo.

Dejó a un lado sus cavilaciones y prestó de nuevo atención a lo que Samuel estaba diciendo.

—Bueno, hijo. Entonces, ¿entiendes mi preocupación? Lucille, la que hasta ahora ha sido la jefa del departamento, está a punto de dar a luz. Sin Cassandra, mis autores están perdidos. Menos mal que a Adam Wright lo lleva mi mejor editor, si no, ¡no sabría qué hacer! —Volvió a reír de forma estridente y forzada.

—Pensaba que Cassandra —Bill se guardó mucho de decir Cassie— llevaba la cuenta de Wright.

—Bueno —dijo alargando la palabra—, ella tiene bastante experiencia. De eso no hay duda. Viene muy bien preparada de tu editorial —lisonjeó a propósito—, pero aún le falta un hervor para esa cuenta, por eso la lleva Ben Allen.

Samuel movió ambas manos para que Cass ignorara sus palabras. Ella volvió a asentir, aunque estaba deseando que aquella conversación acabara de una vez.

Bill sonrió al saber que ella no tenía nada que ver con el maldito escritor y aceptó el trato porque le pareció razonable. Él también viajaría a menudo para las presentaciones, con lo que no veía problema en que siguiera en Elegant Books, así dispondría de unos días libres al mes.

Eso, de pronto, le pareció bastante interesante.

—Bueno, Cassandra, ¿tú no dices nada? —preguntó con malicia.

Ella inspiró y trató de mentir lo mejor que pudo.

—Hola, Bill —dijo con voz suave—. He preferido no interrumpiros.

—No pasa nada —añadió el joven editor, ajeno a la trampa donde estaba cayendo—. Entonces, ¿vas a continuar con ellos?

—Bueno, sí. Samuel es un jefe estupendo y no le importa mientras todo salga adelante. Me parecía una faena renunciar cuando Lucille está de baja y el resto no puede hacerse cargo del departamento. Como le he comentado que nos hemos prometido y pronto nos casaremos —expresó con zalamería—, trabajaré desde «nuestra casa» —recalcó— y volaré una vez al mes. Vamos, como venía haciendo hasta ahora —trató de decir con la mayor de las indiferencias. Nada más lejos de la realidad en la que estaba a punto de un ataque de nervios.

—Hola, Cassandra —la saludó su antiguo jefe—. Enhorabuena.

—Gracias, Parker… —Tragó un nudo de espinas.

—Estupendo, entonces. Todo aclarado —cortó Samuel para concluir—. Gracias, Bill. Eres el mejor. Sin tu comprensión, ¡estaría perdido!

El joven Morris sonrió, pensando que todo le estaba saliendo a pedir de boca.

—No hay de qué, tío. Lo necesitabas, y no podía hacerte esa faena —soltó para hacerse el importante.

—En fin, ya hablaremos uno de estos días. Ahora volvamos al trabajo, ¿no os parece? —se despidió Samuel sonriendo de forma falsa.

—Claro. Nos vemos en Nueva York, Cassandra —dijo satisfecho. Su voz sonó como una amenaza.

—Un beso, Bill—ironizó ella—. Y otro para ti, Parker.

—Adiós, Cassandra. Un abrazo, Samuel.

Nada más colgar. Cass se tapó la cara con las manos para recomponerse. El editor le dio tiempo para hacerlo.

—No me creo que lo hayas conseguido, Samuel —dijo ella con cara de agradecimiento.

—Cassandra, no sé qué ocurre, pero Bill no tenía nada que hacer. Solo demuéstrame que no me he equivocado dándote esta oportunidad. He mentido a mi amigo y a su hijo por ti. Y ahora toca llamar a Lucille.

—Si no te importa, ¿podemos hacerlo esta tarde? Primero quiero dejar de temblar.

—Sí, tranquila. Ya tienes una salida, así que aprovéchala porque el resto de tu vida va a ser muy entretenido.

Ella lo miró y no pudo contenerse.

—Tres años a partir de la boda. Después, seré libre.

No supo por qué se lo dijo. De alguna manera, sintió que se lo debía. Samuel le había hecho un favor inmenso. Ella, al menos, le daría una pista de por qué se lo había pedido.

—Tres años…

Cassandra no le dio la oportunidad de que le preguntase. Se levantó de la silla y le sonrió para volver al trabajo. Al fin y al cabo, era lo único que quería. Trabajar y olvidarse de su vida en los próximos tres malditos años.

CAPÍTULO 5. ¿QUÉ DEMONIOS HA PASADO?

Alex llevaba casi dos horas delante del portátil, pero, por mucho que releía las dichosas páginas del capítulo uno, era incapaz de cambiar nada. La historia que había creado se la debía a Cass. Todas las escenas le recordaban a ella. Borrar, aunque fuera una única palabra, significaría que su «aventura» nunca había existido. Y aún no estaba preparado para aceptarlo.

Acabó por levantarse de la silla porque sentía todo el cuerpo hecho un bloque. Estaba demasiado tenso como para pensar en nada más que lo que la editora le había soltado a la cara. Sus palabras volvieron de golpe para herirlo todavía más: «No hay nada que puedas decirme que me haga cambiar de opinión. He de volver a Nueva York».

«Joder, Alex, ¡déjalo ya!», se regañó desesperado. Caminó hacia la cocina para despejarse. Por el camino, se cruzó con los dos chicos del servicio de limpieza que le mantenían impoluta la propiedad. Tras saludarlos, se fijó en cómo Anora lo seguía a su velocidad. Lenta y sinuosa. Sonrió al verla y se hizo un café con leche. Si tomaba otro solo, los nervios podrían con él.

Salió al jardín para disfrutar de nuevo del frescor de la mañana. Una simple camisa de manga larga era suficiente para mantener el frío a raya, aun así, los deliciosos olores de mediados de otoño comenzaban a despuntar. Poco, ya que en Los Ángeles la mayor parte del año hacía buen tiempo, pero agradecía que las nubes oscuras se hubieran disipado algo y que a lo lejos ya se divisaran algunos claros.

Se preguntó qué reacción habría tenido Samuel tras darle la noticia. Aunque, más que nada, tenía mucha curiosidad por cómo había sido ella capaz de mirarlo a la cara y decirle… ¡Qué más daba! Bebió un sorbo y se enfadó consigo mismo por estar lloriqueando. Sí, estaba enamorado de Cass hasta los huesos, pero llevaba cerca de tres horas lamiéndose las heridas cuando lo que debería estar haciendo era volcar toda esa ira en el teclado.

Otro sorbo más y dejó la taza encima de la mesa del porche. Retiró una silla y comenzó a leer los mensajes de WhatsApp. Tenía uno de Lucy. Lo había enviado la tarde anterior, pero a esa hora estaba discutiendo con Cassandra y no se había molestado en revisar nada después. Solo se había dedicado a emborracharse, pero Isaiah lo había detenido a tiempo. Se alegraba de haber vomitado. De lo contrario, la ligera molestia que sentía en la cabeza se hubiera convertido en una migraña en toda regla. Leyó el mensaje de su antigua editora y sonrió. Era un simple saludo donde le felicitaba por las ventas de la semana anterior. Estaba claro que Samuel aún no la había llamado, si no, ya habría puesto patas arriba la editorial y escucharía los gritos desde su casa.

Justo en ese instante, su móvil comenzó a sonar.

—¡Hola, Lucy! ¿Cómo está la futura mamá? —preguntó él con cariño.

—Hola, Alex. Feliz y cabreada al mismo tiempo. Eso de no poder levantarte para nada ¡está minando mi paciencia!

—¿Pero tú tienes de eso?

Los dos se echaron a reír.

—Perdona que te haya llamado, pero estoy tan aburrida que, como no me respondiste el wasap, me he decidido a interrogarte por teléfono.

—No pasa nada. Tú llámame cuando quieras. Hum…, Lucy, no sé cómo decirte esto: ¿has hablado ya con Samuel o Cassandra?

A la editora le extrañó la pregunta. No tenía idea de a qué se refería. Por un momento,

imaginó por dónde iban a ir los tiros. Samuel no podía esperarla eternamente, así que supuso que Cassandra se quedaría con su puesto de forma indefinida.

Inspiró mientras se acariciaba la enorme tripa. Su bebé crecía fuerte. Ella no había vuelto a sangrar y tenía el parto programado en cuanto cumpliera la semana cuarenta. Ese era su sueño y, más adelante, podría encontrar otro trabajo. Así que dibujó una triste sonrisa e hizo la pregunta incorrecta.

—Pues no, pero no hace falta que me des los detalles. Cassandra se queda con mi puesto para siempre, ¿me equivoco?

Alex apretó la mandíbula. Le había molestado bastante que pensara que era prescindible por el mero hecho de convertirse en madre. Samuel jamás le haría esa faena, y él nunca trabajaría con otra editora que no fuese ella.

—De pleno. Se va a despedir y vuelve a Nueva York. Va a casarse con el malnacido de Bill Morris.

Lucille se quedó callada unos segundos. Estaba convencida de que lo había entendido mal. Hiló fino y acabó soltando una carcajada porque pensaba que estaba bromeando.

—Gracias —continuó riendo—, necesitaba soltar la tensión.

—Lucy, estoy hablando en serio —respondió él con un tono que no dejaba dudas sobre la veracidad de sus palabras.

—Alex, pero… ¿qué demonios ha pasado?

El escritor le contó lo que había sucedido la noche del sábado en la boda de Blair. Por supuesto, Lucille no había podido compartir ese día con una de sus mejores amigas, pero la novia le había enviado unas cuantas fotos vestida y maquillada.

Él prosiguió quejándose de que Cassandra se había comportado de manera incongruente. El lunes había hablado con ella y le había asegurado que jamás volvería con su ex. En esa conversación, lo invitó a cenar al día siguiente en su casa. De hecho, parecía que tenía algo muy importante que decirle. En ese instante, Alex se dio cuenta de que tal vez lo que iba a confesarle ella era justo lo que había soltado como una bomba nuclear: que iba a casarse con Bill, que renunciaría a su empleo y regresaba a Nueva York.

Lucille trató de no exaltarse, pero eso era lo último que esperaba de la nueva editora y no tardó ni un segundo en compartirlo con él.

—Lo siento, Alex, pero no puedo creerlo.

—Pues no te queda otra.

—¿Y quién va a dirigir el departamento? —preguntó angustiada.

—Tranquila, Lucy. Eso es algo que espero aclarar con Samuel en cuanto me llame.

—¿¡Aún no has hablado con él!? —dijo elevando el tono. El escritor escuchó una voz femenina al otro lado de la línea que la regañaba—. Sí, mamá, ya me tranquilizo.

—Tu madre tiene razón —se quejó el escritor—. No debes exaltarte.

—Ya, lo sé. Pero es que esto es demasiado importante como para no enfadarse. Alex, llevo años luchando para que estés donde estás.

—Y seguiré manteniéndome hasta que vuelvas. A ver qué solución nos da Samuel.

Justo al nombrarlo, Alex recibió su llamada.

—Lucy, es él. Deja que le responda y ahora te añado. Lo mejor será que nos lo aclare a los dos. Espera un momento.

El autor lo saludó y compartió unas pocas palabras con él hasta que consideraron que lo mejor era hablarlo los tres. Agregó a Lucille y pasaron la siguiente media hora decidiendo cómo iba a llevar Cassandra todo el trabajo desde otra ciudad y, lo más impactante, que la cuenta de

Alex pasaba a manos de Ben hasta que Lucy se reincorporara.

Lo que quedaba claro era que Cass no volvería a tratar con su mayor *best seller*. Esa revelación dejó muy sorprendida a la experimentada editora. Trabajar con Adam Wright era el sueño de cualquiera que se dedicara al mundillo, por lo que acabó pensando que en aquel trato había algo turbio que implicaba a Cassandra. Más bien que la obligaba, pero todo aquello eran solo especulaciones suyas.

Samuel le comentó que ambos habían decidido hablar con Lucille por la tarde, pero se alegraba de haber podido aclararlo con ellos dos antes. El dueño de Elegant Books se guardó para sí el trato que había hecho con Parker y Bill. Eso no les incumbía ni al escritor ni a la editora, solo a Cass y a él.

Antes de colgar, Brown le aseguró a Lucy que Cassandra la llamaría al terminar la jornada, pero que ni se le ocurriera exaltarse o enfadarse por nada. Todo estaba bajo control y confiaba por completo en ella para que el trabajo saliera adelante.

Una vez que el editor colgó, Alex y Lucille permanecieron en línea sin dar crédito a lo que Samuel les había contado. Todo era demasiado extraño y enrevesado.

—Ahora me vas a responder la verdad —atacó ella, enfadada—. ¿Qué demonios ha pasado entre vosotros?

—Nada que no sepas ya —se defendió el escritor.

—Vamos a ver… Si el sábado lo despachó, entonces, no entiendo nada.

—¿Crees que yo sí?

—A mí todo esto me escama mucho. Más aún que Samuel haya aceptado que trabaje desde Nueva York y venga una vez al mes. Dios, tengo que hablar con Ben. Tranquilo, me coordinaré con él y tú ni lo notarás.

Alex dejó escapar una sonrisa cansada.

—Gracias, Lucy.

—Lo sé. Ninguno de los dos podemos sustituirla, pero no te queda otra.

—Descansa, amiga mía.

—Sí. Después hablaré con ella, a ver si descubro algo más.

—No quiero saberlo —aseguró él—. Ya he tenido suficiente por hoy. Cuídate mucho, ¿de acuerdo?

—Lo siento, Alex.

—Tres de tres. Creo que he logrado un maldito récord. Un beso.

—Otro más grande para ti.

Lucille colgó con el corazón en un puño. No debía alterarse. En realidad, poca cosa había cambiado para ella. Cassandra organizaría con Allen todo lo necesario para que la cuenta de Alex no notara ninguna diferencia. Y si había algún problema, podría echarle un cable en un momento puntual.

Se llevó las manos a su preciosa barriga redondita.

—Cariño mío, esos dos están locos. Pero, tranquilo, yo voy a averiguar qué es lo que ha pasado para que salga corriendo… —dijo mientras dibujaba círculos con los dedos.

Su madre entró en la habitación y ella sonrió. Una bandeja con un estupendo almuerzo la estaba esperando.



Samuel salió del despacho de Cass después de contarle más o menos la conversación que había mantenido con Alex y Lucille. En realidad, todo estaba arreglado. No había perdido su trabajo. Incluso Bill aceptaba de buen grado que siguiera en la editorial. La cuenta de Alex la gestionaría otro editor y tan solo le quedaba hablar con Lucille. Lo cierto es que no hacía falta porque ya lo había solucionado su jefe, pero era preferible dar la cara y acabar con los posibles malentendidos cuanto antes.

Miró el móvil, las dos y media. Se había saltado la hora de comer porque no era capaz de tragar bocado. Se levantó y sacó un café de la máquina y un plátano. Con eso tendría que bastar hasta llegar a casa. Nada más acabarlos, llamó a Allen. Necesitaba hablar con él para ir soltándole todo lo que sabía de Adam Wright y olvidarse de su cuenta.

Tras pasar hora y media, el editor se despidió de ella con una enorme sonrisa en los labios. El prestigio y las comisiones de gestionar la cuenta de Wright eran algo que no esperaba. Cassandra le aseguró que los siguientes dos días se los dedicaría en exclusiva para que solo tuviera que hacerle las mínimas preguntas una vez se trasladase. Aun así, lo tranquilizó al decirle que le ayudaría en el caso de que la necesitara.

Una vez sola en el despacho, volvió a mirar la hora. Estaba nerviosa. Antes de llamar a Lucille, se lo comentó a Samuel. A él le pareció bien que cerrara cuanto antes ese tema con ella.

Bebió un largo sorbo de agua y marcó.

—Sí, dígame.

—Lucille, soy Cassandra.

—Bueno, señorita Wallace, creo que tiene mucho que contarme.

Cass se ciñó a resumirle lo sucedido. Básicamente, le comentó lo mismo que a su jefe horas atrás. Pero no aclaró nada del motivo por el que dejaba al escritor.

Lucille no se sintió para nada satisfecha con su «historia», así que decidió hablarle por las claras.

—Vale. Entonces, para que no me quede ninguna duda. Te casas por amor y vuelves a tu casa.

—Exacto.

—Ya. Cassandra, ¿tú sabes a qué me dedico? —preguntó mordaz.

—Eres editora, como yo.

—¿Y qué hacemos las editoras?

Cass no sabía a dónde quería llegar.

—Leer novelas para que la editorial las publique.

—Así es. Leemos sin descanso historias de lo más enrevesadas, imposibles, pero a las que nuestros maravillosos autores les dan vida de tal manera que las hacen creíbles. Incluso podría decir plausibles…, y a las que les damos crédito porque las escriben con tal maestría que podríamos poner la mano en el fuego mientras juramos que no son una invención, sino la simple trascripción de una vida real.

—Qué bonita explicación de lo que hacemos —dijo Cassandra para salir del paso. No entendía a qué venía eso. Supuso que el embarazo había cambiado, en cierta manera, a la mujer que le estaba hablando.

—Lo sé, y ahora me vas a decir por qué demonios dejas la cuenta de Alex y te marchas —soltó con un tono cortante.

—Eso… ya lo he hablado con Samuel.

—¿Pero tú te crees que me he vuelto idiota por estar embarazada? Mira, Cassandra, la relación de la productora de tu familia con la editorial ha hecho que me muerda la lengua todos estos meses. Es más, hasta ahora tu profesionalidad me ha sorprendido de tal manera que te hubiera defendido ante cualquier imprevisto…

—¿Qué me estás intentando decir? —la interrumpió.

—Que estás mintiendo, y con bastante descaro.

—Yo no miento. ¡Me voy a casar con Bill!

—Pero no lo amas.

—¿Y tú qué… vas a saber?

Esta vez, la que se mordió la lengua fue Cass. No quería discutir con Lucille, pero no iba a permitir que la tratara de mentirosa, aunque lo fuera.

—Has destrozado a Alex —soltó sin más.

—¿Yo?

—Sí, tú, señorita: «No conseguirás que me enamore de ti». ¿No fue eso lo que le dijiste cuando empezó vuestra apuesta? Pues que te quede claro, ¡has perdido al mejor hombre que conocerás en toda tu vida!

En cuanto lo dijo, se arrepintió. No debería haberle censurado aquello. Primero, apenas la conocía. Segundo, no tenía derecho a criticarle nada fuera del ámbito profesional, y eso era un ataque directo a las decisiones que tomaba en su vida privada. El resultado fue peor de lo que buscaba, ya que sus palabras provocaron que la chica al otro lado del teléfono se hundiera en el más profundo, oscuro y terrible de los abismos. Cass se rompió por muchas razones. Aunque la principal de todas ellas era que Lucille tenía razón. Había perdido a Alex, el mejor hombre que había conocido, y todo era culpa de Bill.

Escucharla sollozar dejó paralizada a Lucy. Se esperaba cualquier reacción de la neoyorquina. Cualquiera… menos esa. Se pasó la mano por la abultada tripa mientras se daba cuenta de que su instinto no le había fallado. Algo había obligado a Cass a cambiar de forma repentina sus planes. En realidad, no habían hablado del tema desde el día de la entrevista, pero allí se preocupó en dejar claro que no volvería ni con su ex ni a la Gran Manzana, no obstante, no se veía en disposición para pedirle cuentas. Si Samuel no lo había hecho y era el dueño de la editorial, ella no tenía derecho a exigirle una explicación.

Escucharla llorar le partió el alma. Solo alguien que ha sufrido es capaz de entender el dolor, y Lucille, aun sin verla, supo que aquello no era un mero capricho de última hora.

Se preguntó una vez más qué le habría sucedido y trató de suavizar sus palabras.

—Cassandra, sé que no tenemos confianza para compartir nada que no esté relacionado con el trabajo. Hemos hablado sin parar en estos meses y te agradezco lo mucho que te has preocupado por mi bebé, pero el favor que te va a hacer Samuel es bastante… irregular.

—¿Qué te ha comentado? —preguntó preocupada por si él había compartido algún detalle de más a última hora. Pensaba que esa conversación era privada y… secreta.

—Solo sé que te ha ofrecido seguir con el puesto desde Nueva York porque estoy de baja, aunque no creo una sola palabra. Samuel es de la vieja escuela. Prefiere que sus empleados estén en la oficina por si en el trascurso del día necesita poder reunirse con ellos. Un momento, ¿sigues en el despacho?

—Sí, aún no he salido.

—Envíame un *meet*. Prefiero que nos veamos para tener esta conversación —soltó Lucy.

—No, yo…

—Hazme el favor, Cassandra.

Ella no respondió. Colgó la llamada y, en menos de un minuto, la afroamericana recibió el enlace. Tras pulsarlo, vio una imagen nítida de la joven editora. Lo que se encontró Lucille cambió de forma radical lo que pensaba decirle.

Aquella chica lo estaba pasando fatal. Cualquiera que tuviese ojos en la cara podría verlo.

—Hola —dijo Cass de forma tímida, tratando de recomponerse.

—Dios, Cassandra —respondió, negando lentamente—. ¿Qué ha pasado? Esto no tiene nada que ver con Alex, ¿verdad?

A Cass le tembló la barbilla. Para no llorar, apretó tanto la mandíbula que llegó a pensar que se pulverizaría los dientes, pero no ocurrió. En cambio, su cuerpo tomó el control unos instantes y la traicionó permitiendo que dos lágrimas corrieran por sus mejillas.

Ella se las limpió lo más rápido que pudo y dejó escapar un suspiro para recuperar la calma. Algo que no consiguió.

—No, no es por él, pero le afecta directamente —susurró.

Cass estaba cansada de mentir. Tampoco era capaz de engañar a nadie. Hacía mucho que había aceptado que se le daba de pena. Cuando intentaba disimular, solo lo empeoraba. Así que se ciñó a decir lo mínimo para que dejara de interrogarla con el fin de que su extraña reacción tuviese algún sentido.

—¿La productora se ha echado atrás? —preguntó Lucille preocupada mientras se sentaba un poco más erguida en la cama.

—No —dijo al tiempo que movía las manos—, esto no tiene nada que ver con su contrato.

—Entiendo.

—No puedo aclararte nada más. Solo espero poder arreglar… Necesito tiempo para solucionarlo.

—¿Cuánto? ¿Seis meses, un año?

—Lucille…

—Cassandra, no me obligues a utilizar la baza del bebé. —Ambas sonrieron un poco—. ¿Cuánto tiempo?

Sabía que se estaba extralimitando. Había pasado de prometerse a sí misma que no contaría nada a estar compartiendo perlitas sobre lo que sucedía. ¿Desesperación? Sí. De eso Cass sentía mucho. Y dejar salir algo de la hiel que la estaba destruyendo por dentro, de pronto, no le pareció tan mala idea. Además, eso tampoco aportaba demasiado, pero se repitió que no debía decir ningún otro dato que levantara sospechas.

—Tres años.

—¿Tres años? —vociferó.

—Por favor, no te alteres. No quiero que le pase nada al bebé por mi culpa.

—Tranquila, estoy bien —le aseguró, acariciándose la tripa—. Cassandra…

—Creo que ya ha llegado el momento de que me llames Cass, ¿no te parece, Lucille?

—Lucy… —dijo la editora con media sonrisa—. Bien, Cass —suspiró—, no sé qué demonios ha ocurrido para que hayas tenido que afrontar esta situación —añadió, calculando muy bien sus palabras. Se quedó unos segundos pensativa—. Déjame hacerte una pregunta sencilla. Solo una, ¿de acuerdo? —La neoyorkina asintió—. ¿Te estás sacrificando por alguien?

—No, yo…

—Sí, sí que es eso —la interrumpió la futura mamá, rascándose una ceja mientras no paraba de pensar—. No trates de engañarme porque no vas a poder —añadió sin acritud—. Pero aún no sé por quién es. Puede que por Alex o él solo sea un daño colateral, pero vas a dar tres años de tu vida por un bien mayor. Eso o que te has vuelto loca.

Cass formó una fina línea con los labios mientras intentaba mantener el temblor de su barbilla a raya. Lo logró, pero sus ojos no dejaban duda de que la experta editora, una vez más, había dado de lleno en el clavo.

—No estoy loca, te lo aseguro —respondió al fin. Esta vez se enjugó las lágrimas con tranquilidad sin ocultar el dolor que estaba sintiendo.

—Está bien. Eres una mujer adulta y has de tomar tus propias decisiones. Yo seguiré aquí para lo que necesites. Dentro de lo que este granujilla me deje, claro. —Sonrió, acariciándose el abdomen de nuevo.

—Samuel tenía razón, sois una gran familia.

—Te equivocas, Cass. «Somos una gran familia». Alex…

—Por favor, no me hables de él. No puedo…

Lucille se quedó callada observándola. Leyó en los ojos de Cassandra mucho más de lo que ella había dicho, pero prefirió no echar sal en la herida abierta.

—Llegado el momento, volveremos a hablar.

—No te entiendo.

—Que espero poder aclarar esto contigo cuando puedas dejar atrás aquello que te retiene. No sé si seré capaz de contener la avalancha por su lado —dijo, refiriéndose a Alex. Cass lo entendió a la primera—, pero haz todo lo que puedas para que no pierda la esperanza.

—Lucy, yo… no lo amo.

—Y yo voy a ganar este año el concurso de *Miss America*.

Aquel comentario hizo sonreír a las dos.

—No sé si algún día podré —reconoció Cass.

—Esperemos que sí. Ve a casa y descansa. Supongo que la dejarás en estos días.

Cassandra le contó la decisión de comprar el apartamento y eso hizo que Lucy confirmara que ella no salía huyendo para no volver. Saber que había dejado un resquicio por Alex, porque algo le decía que así era, consiguió que la viera con otros ojos. Unos mucho más amables y comprensivos.

Tras despedirse, Cass regresó a casa. Todavía le quedaban varias llamadas importantes por hacer, y de esa noche no iba a pasar el poner en orden su situación antes de volver a Nueva York.

CAPÍTULO 6. LA DESPEDIDA

Dos días después, Alex volvía a revisar el capítulo seis de la nueva novela. Estaba muy enfadado consigo mismo. Continuaba bloqueado y se sentía muy lejos de ser el hombre que era antes de conocer a Cassandra.

Sin venir a cuento, cerró el portátil de malas maneras. El estruendo inesperado sobresaltó a Anora, que dormitaba a sus pies. La gata se levantó de golpe y salió del despacho molesta.

—¡Joder! —dijo en voz baja.

Retiró la silla. Después de colocarla bajo la mesa, se apoyó en el respaldo y dejó caer la cabeza. Tras impulsarse con las manos, se frotó la cara con energía. Regresó al salón, donde Anora se había apoderado de uno de los sofás. Aquello le hizo sonreír un instante.

Cogió el móvil y revisó los mensajes. Ben le había enviado uno en el que le decía que debían verse cuanto antes. Tan solo faltaban tres semanas para Acción de Gracias, y necesitaban organizar las firmas en varias librerías de Nueva York.

Miró unos segundos al techo y resopló. La vida seguía su curso y su parte profesional volvía a coparlo todo. Decidió llamarlo para mostrar un poco de empatía con él, aunque no le apetecía nada.

—Buenos días, señor Wright —lo saludó muy correcto.

—Buenos días, Ben. Ya te lo he dicho, puedes llamarme Adam.

Alex aún no se acostumbraba a su estilo formal y serio. Tenía a otros compañeros autores que estaban encantados con su forma de trabajar. Llevaba cerca de veinte años en la empresa, así que conocía el gremio al dedillo. Es cierto que no tenía la sangre y el empuje de Lucille, pero, en realidad, nadie se podía comparar a su afroamericana preferida a la hora de luchar por él. Bueno, sí había alguien, pero ella ya no entraba en la ecuación.

No tenía otra salida que conformarse con Allen, un editor experimentado a la par que resolutivo. Un buen hombre que se encontraba cerca de cumplir los cincuenta y con el que no tenía nada en común.

Aun así, no le importaba. Tarde o temprano, Lucy se reincorporaría, y esa época «oscura» quedaría como un simple recuerdo. Uno precioso al que podría volver cuando quisiera para que su corazón sufriera sin restricciones.

—Adam, ¿en qué puedo ayudarte?

—He recibido tu mensaje y quería preguntar cuáles son las librerías donde vamos…

Sin esperarlo, oyó la voz amortiguada de Cass al otro lado de la línea. Parecía que solo se había acercado a Ben mientras hablaba por teléfono.

—Un momento, Adam. Sí, Cassandra, en media hora —dijo Ben. La editora le respondió algo como que ya volvía a su despacho y que se pasara en cuanto pudiera—. Perdona, ya estoy contigo.

Alex, con la mente en blanco, cerró los ojos unos segundos. No sabía nada de ella desde el miércoles por la mañana. Oírla lo destrozó.

—¿Adam? —preguntó el editor.

—Sí, disculpa. Creo que he perdido la cobertura un instante —disimuló. De pronto, no era capaz de pensar—. Ya te oigo bien.

—Perfecto. Verás, te lo explicaré con más detalle cuando nos veamos, pero volamos a Nueva York el jueves y…

Ben le resumió lo que ya estaba preparado. Alex trató de prestar atención por todos los medios, pero ella había convertido el suelo bajo sus pies en arenas movedizas y se estaba hundiendo. Sintió que la garganta se le cerraba. Caminó despacio hasta colocarse delante de las cristaleras y se quedó absorto mirando cómo el sol se reflejaba en la cubierta de la piscina.

Debía dejar de pensar en Cassandra. Debía dejar de torturarse por haber perdido un tiempo maravilloso en el que podía haberle confesado sus sentimientos. Ahora era tarde. Aquello había terminado, sin embargo, no podía pasar página.

Cass se había convertido en su «todo» y tendría que aprender a vivir con un dolor insoportable.

Se pasó la mano por la frente para cortar aquellos pensamientos antes de responder a la pregunta que acababa de hacerle el editor.

—Sí, claro. El martes me viene bien.

—Estupendo. Aún me queda una reunión por concretar, pero lo sabré con seguridad para cuando nos veamos. Te daré una copia del itinerario por escrito y la documentación necesaria. De todos modos, estaremos contigo todo el tiempo.

—¿Quién vendrá de apoyo?

—De eso quería hablarte. No hace falta que te explique que la situación ha sido un poco… precipitada.

—Sí, ya —respondió Alex para no ahondar en el tema.

—Bueno, lo que quiero decir es que muchas de las presentaciones ya estaban concertadas y esto nos ha obligado a reestructurar mi agenda.

—Lo entiendo.

—Samuel ha contratado a una becaria para echarme una mano, ya que he asumido parte de la cuenta de… de Lucille —tartamudeó al darse cuenta de que iba a decir Cassandra, pero logró rectificar en el último momento.

—Me parece bien.

—De todos modos, como siempre, tendrás a Fred, al que conoces de sobra, y también vendrá esta chica. Te la presentaré cuando nos veamos.

—De acuerdo.

A Alex le daba lo mismo quién lo acompañara porque Cass no estaría entre ellos. Cruzaron unas pocas palabras más y se despidió de Ben hasta la semana siguiente. Miró la hora en el móvil, la una. Todo iba a cámara lenta. Todo volvía a ser igual. No, «todo» era dolorosamente diferente, y él era el único culpable.

Se dio la vuelta y miró a Anora.

—¿Sabes que te digo, granujilla? —La gata se estiró en el sofá—. Que esta agonía se ha acabado. Si ella quiere hundir su vida, que la disfrute. Yo acabo de cambiar mis planes.

Nada más decirlo, marcó un número.

—¡Ey, Alex! ¿Qué tal va el día? —preguntó Isaiah de forma despreocupada. Con el ir y venir de los clientes olvidó por un instante lo que le había ocurrido al escritor.

—Bien. Oye, ¿Te apetece salir esta noche?

—Claro. April ha quedado con… —Se detuvo en seco.

—Puedes decirlo. «April ha quedado con Cassandra». No pasa nada. Ella sigue adelante y yo voy a hacer lo mismo —dijo Alex para tratar de convencerse.

—Creo que es lo mejor.

—¿Te recojo allí o paso por tu casa?

—Por la tienda. ¿A las ocho y media?

—Vale. Primero, cenamos. Después, de caza —soltó el escritor, formando media sonrisa.

—¿Tan pronto?

—Mañana ya es tarde, ¿no crees?

Isaiah se dirigió al almacén. No quería hablar del tema en mitad del establecimiento.

—Alex, sé lo que estás intentando. No es buena idea. Aún no —dijo con tacto para que su amigo no se lanzara al vacío.

—¿Qué más da hoy o dentro de un mes? ¿Es que va a cambiar algo?

—Eso no lo sabes. Yo solo te digo que pienses las cosas antes de…

—¿Antes de que ella vuelva a follar con Bill? —dijo con rabia. Aunque se arrepintió al instante y se sintió mal de una forma extraña por haberlo pensado siquiera.

—Joder, Alex. No sé qué decirte a eso.

—¿Que el destino me la tiene jurada?

—Anda, ya…

—Tres de tres —lo interrumpió—. Si no me la tiene jurada, entonces, ¿qué es lo que pasa con mi vida? Porque si antes no creía en el amor, ahora mejor ni te cuento.

—Es duro, amigo mío.

—Demasiado, Isaiah. Venga, vuelve al trabajo. Igual imprimo la nueva novela solo para verla arder hasta el último trozo de papel.

—Piensa en los árboles —bromeó el surfista.

—Es lo único que me retiene para no hacerlo. Nos vemos luego.

Alex colgó y decidió prepararse algo para comer. Eso era todo a lo que Cassandra había reducido su vida: comer, escribir y vuelta a empezar. Cerró la puerta del frigorífico e hizo un pedido a M.ª José. Necesitaba exorcizar los demonios y empezaría con algo que había compartido con ella: la comida mexicana. Sí, era patético, pero de alguna manera tenía que dejar atrás esa pesadumbre para volver a ser el hombre de una noche. Cero confianza. Cero expectativas. Cero amor.

Ahora solo le quedaba por hacer algo muy sencillo: creérselo.



A las siete en punto, April llamó a la puerta. Cassandra la recibió con un fuerte abrazo. Necesitaba el calor de alguien cercano que le diese ánimos. Se dieron un beso en la mejilla y sonrieron nerviosas. En pocos meses, se habían convertido en grandes amigas.

—Anda, pasa —dijo Cass con cariño.

April sintió un nudo en el estómago al ver algunas cosas fuera de lugar. La editora había elegido un mínimo de objetos de los que no quería desprenderse. Ese pequeño desorden evidenciaba que su partida era inevitable, y aquello le rompió el alma a la mexicana.

Con cuidado, dejó en la encimera la comida especial que le había hecho su madre para la ocasión y tragó despacio para no ponerse a llorar. Eso solo complicaría la transición de Cass hacia esa maldita nueva vida de la que deseaba salir corriendo, y ella solo estaba allí para hacer de ese momento algo menos doloroso.

Borró de un plumazo la tristeza y se colocó su mejor máscara. Sin más, comenzó a sacar los envases al tiempo que bromeaba sobre la poca cantidad de comida que le había traído. De alguna manera debía alejar de las dos la tormenta que se acercaba a toda velocidad.

—Pero bueno, ¿qué has traído? —preguntó, escudriñando golosa las tres bolsas.

—¿Tú qué crees? ¡Pues de todo!

Ambas rieron para disfrutar de las pocas horas que le quedaban a Cass en Los Ángeles. Podría haber agotado hasta el último día. Bill le había dado una semana, pero el tiempo corría en su contra y no quería desperdiciar ni un solo instante. Necesitaba que los tres años comenzaran cuanto antes para…

Suspiró.

—Dile a tu madre que la adoro.

—Se lo diré. Quiere que, la próxima vez que vengas, vayas a comer a casa. Mi abuela se quedó con ganas de hablar contigo en privado. Le gustaste mucho, ¿sabes?

—Ah, ¿sí?

—Te lo aseguro. Y si le has gustado, estoy segura de que te dará un «buen» consejo. Ella ve cosas.

—¿Cómo que ve cosas?

—Sabe interpretar el significado de las líneas de las manos y algo más. Podría decirse que tiene un don.

—No tenía idea —respondió sosteniendo una sonrisa.

—Ey, ¡no te rías! Todas las mujeres de mi familia tienen esa peculiar… idiosincrasia.

—Si no me río.

Cass acabó soltando una carcajada que contagió a la agente.

—¿Ves? No crees ni una palabra.

—Lo siento, April. Es que lo de la quiromancia no es algo que me pueda tomar en serio.

—Ya te digo que es mucho más. Te darás cuenta cuando la conozcas. Mi abuela es de «armas tomar». Es decir, que tiene mucho temperamento y no es de las que se abren con facilidad. Pero si tu alma le gusta, entonces, la has ganado para siempre.

—Vaya… ¿Y tú no podrías darme un adelanto? —preguntó, mostrándole las palmas de las manos.

—No. La experiencia es un grado —dijo las mismas palabras que su tío—, y han de respetarse las costumbres. Si ella te lo ofrece y me da permiso, quizás después me anime a hacerlo.

—¿Es como una jerarquía entre vosotras?

—Podría llamarse así. Pero dejemos el tema hasta que llegue el momento, ¿te parece? —zanjó April con una sonrisa.

Cass entendió que aquello no era algo para tomar a la ligera entre las mujeres de su familia. El repentino ostracismo de la agente le hizo entender que no volvería a hablar de ello, de modo que prefirió callar y comenzó a poner la mesa.

Tras degustar las delicias que les había preparado M.ª José y de rebañar el arroz con leche que había traído de postre, como broche de oro tenían una docena de cocadas.

La editora se ofreció a preparar un café suave para cerrar una cena espectacular.

—Tu madre cocina de maravilla —elogió Cass después de darle un bocado al dulce de coco.

—Ella estudió restauración en México. Su forma de cocinar llamó la atención de un chef muy famoso que contaba con dos estrellas *Michelin*. Solo tenía veintiún años. Aun así, la contrató. Varios años después, conoció a mi padre en una competición de surf. Sus compañeros de trabajo la arrastraron a la playa y, en cuanto vio al campeón, el gran Leo Russell, no tuvo ojitos para nadie más.

—¿Tu padre era surfista? —preguntó Cass, después se lanzó por otra cocada.

April le contó por encima la historia de su familia. Sabía que aquello serviría de entretenimiento antes de abordar el tema de nuevo. La sensación que empezaba a notar la agente era que en el salón el aire se iba espesando poco a poco. Todo se debía a que la conversación se había vuelto demasiado ecléctica. Ambas estaban tratando de evitar el problema. Pero las horas iban pasando, y Cassandra debía dormir un poco. Su vuelo salía a las once, con lo que tendría que levantarse a las seis si quería llegar a tiempo. Pese a haberle insistido April en que ella podía llevarla, Cass no lo consintió. Sabía que la despedida iba a costarle mucho más allí, rodeada de gente feliz por estar de vacaciones o por regresar con su familia. Y necesitaba ser fuerte para afrontar lo que le esperaba.

Tras terminar el café, recogieron la cocina y volvieron a sentarse. Cassandra la miró y no pudo aguantar más la sensación de estar dando rodeos.

—Venga, suéltalo ya. Llevas hora y media intentando hacerme una pregunta. ¡Soy capaz de vértelo en la cara!

Ambas rieron.

—Ya veo que se me da fatal disimular. Aunque te aseguro que llevo mordiéndome la lengua desde que entré porque no sé cómo ayudarte para que no tengas que aceptar ese maldito chantaje —dejó salir de una vez.

—Gracias, April. Eres un amor, ¿lo sabías?

—¡Pues claro!

Más risas.

—Por desgracia, no hay nada que hacer —dijo Cass, soltando un suspiro muy revelador.

—¿Tu familia ya sabe…?

—Sí, el miércoles por la noche hablé con todos, incluidas Rachel y Olivia. Bueno, saben que me caso, pero no el motivo real, claro.

La agente la miró, expectante.

—¿Y…?

—Ya te puedes imaginar. Mi padre no lo comprende y se ha enfadado conmigo. Samantha, ha dejado de hablarme. Rach y Oli me han llamado loca. No entienden mi decisión y me han pedido algo de tiempo para asimilarlo. Y te recuerdo que aún no he hablado con Blair. Está de luna de miel y no quiero molestarla, pero estoy segura de que responderá algo parecido al resto. —Se detuvo un momento—. Mi madre, por supuesto, se alegró de que hubiera recuperado la sensatez y se esforzó por felicitarme. Por lo visto, haber recapacitado a tiempo le ha confirmado que «ha sabido educarme como es debido». —Tras repetir las palabras exactas de Grace, dejó escapar otro largo suspiro—. Oye, ¿te apetece una copa?

—¿Beber? Mañana tienes que coger un avión.

—No voy a emborracharme. Solo quiero regar con un poco de alcohol todo esto para poder digerirlo.

—Pues ponme lo mismo.

Cassandra preparó las dos bebidas y volvió al lado de su amiga. Sentía un dolor profundo en el corazón. Deseaba con todas sus fuerzas poder librarse de aquello y salir corriendo hacia la casa de Alex para contarle la verdad. Quería decirle que lo amaba desde hacía mucho y que se veía obligada a cometer aquella insensatez solo porque Bill tenía la reputación de su familia en sus manos. Estaba harta de que su ex decidiera su vida y de que nadie hubiese sido capaz de descubrir que lo que hacía era solo para salvar el futuro de todos.

Aunque no podía decir lo mismo de April, Samuel y Lucille. Ellos parecían tener un

sexto sentido y a ninguno le había convencido ese repentino cambio en sus planes.

—Te has quedado muy callada. ¿A qué le estás dando vueltas? —preguntó la mexicana.

—¿A parte de lo obvio? —dijo con sarcasmo. April asintió—. Me mata todo esto.

—No es para menos. Y tampoco es para meter el dedo en la llaga, pero no creas que a Blair no le va a sorprender. Al menos tienes algo de tiempo hasta que vuelva.

—April, si cualquiera de vosotras fuese a hacer esto, os diría que habéis perdido la cabeza. No es racional, sino de estar loca de remate, como me vociferaron Sam, Rach y Oli.

—Lo siento, Cass. De verdad, no sé qué más decirte.

—Sí lo sabes. ¿Qué te ha comentado Isaiah de todo esto?

—No te lo puedo contar, Cass. Solo puedo decirte que Alex está destrozado. Pero tú también. Nada que no sepas ya.

—Desearía chasquear los dedos y que todo esto fuese un sueño.

—Y yo.

—Gracias, April.

—Bueno, supongo que ya tienes hechas las maletas.

—Sí, me queda solo llevarme en una bolsa las tazas que me regaló Samantha, aunque no sé si dejarlas aquí. ¿Todavía no te ha respondido nada el propietario?

—Me temo que no. Aún se lo está pensando. En cuanto sepa algo, te llamo.

—Vale. Le he cogido cariño a este apartamento —dijo, haciendo un barrido con la mirada.

—Soy muy persuasiva. Trataré de convencerlo por todos los medios. Solo dame unos días, ¿de acuerdo?

—Claro.

Cassandra se quedó callada. Dibujó a duras penas una sonrisa y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No hagas eso… —la regañó April, frunciendo los labios—. ¡Esto no es un maldito final! Busca la forma, Cass. Aún tienes tiempo hasta la boda —añadió, cambiando el semblante a uno mucho más serio—. Estate muy atenta a las señales. Estoy segura de que encontrarás un resquicio por el que podrás librarte de esto. Aguanta, aguanta todo lo que puedas y, después, en el momento adecuado, estalla como una bomba. Arrasa todo a tu paso y olvídate de las consecuencias porque es ahí donde está la solución. Confía en mí: ahí… encontrarás tu oportunidad.

La editora se la quedó mirando sin saber qué le había querido dar a entender. Lo único de lo que no dudaba es que April lo había dicho con bastante determinación. La idea era sencilla: aguantar hasta no poder más y explotar. No es que le hubiera dado muchas pistas con eso, pero sí que le resultó curiosa la elección de palabras.

Sin pensarlo, se acercó a ella y la abrazó.

—No creo que pueda hacerlo, April, pero gracias de todas formas.

—Estás sufriendo, Cass, y no puedo soportarlo. No me hagas caso. Creo que tengo demasiada influencia de mi abuela y mi madre. ¡Se creen chamanas! —soltó riendo para dejar salir parte de la pena.

—¿Y lo son? —preguntó, volviendo a sentarse en su sitio.

—Ni idea, pero aciertan. Dicen que yo tengo el mismo don, aunque no lo creo. No estoy tan relacionada con las antiguas costumbres como ellas. En realidad, un chamán es alguien que sirve como intermediario entre el mundo natural y espiritual. Para contactar con el otro lado, el mundo de los espíritus, tienen que entrar en estado de trance. Una vez allí, les piden ayuda para

curar a un enfermo, conseguir caza e incluso poder controlar el tiempo. En realidad, siempre he pensado que sirven para curar el cuerpo y el alma, pero esa es solo mi interpretación. A todo esto, hay que añadir que ambas tienen algo parecido a las premoniciones. Es confuso y complicado de creer.

—Vaya. Sin duda, quiero visitar a tu abuela cuando vuelva.

—Ella me aseguró que lo harías.

—No sé si lo que me has dicho servirá de algo, pero me siento mejor —dijo, dejando escapar una sonrisa entre lágrimas.

—Lo que sea por ver una sonrisa en tu cara.

—¿Sabes? Cuando me ocurrió lo de Bill hace unos meses, Sam me dijo algo parecido.

—Cuando quieres a alguien de verdad, solo deseas verlo feliz.

—Por eso sé que él jamás me ha querido, pero no voy a luchar más. Esto es lo que me exige la vida, y voy a dejarme llevar por la velocidad de la vía porque siento que es lo que debo hacer.

April acabó abrazándola y se despidió de la editora con lágrimas en los ojos. En unas semanas, volverían a verse, pero la chica que regresaría ya no sería la misma. Y ambas lo sabían.

CAPÍTULO 7. EL INFIERNO EN TODOS LOS SENTIDOS

Alex envió un wasap a Isaiah para decirle que había aparcado a un par de calles. Noviembre no detenía a los turistas ni a los ávidos por encontrar cualquier plan un viernes por la noche, de modo que la zona estaba llena de gente variopinta con necesidades muy diversas.

Uno de ellos era el escritor, que, pese a estar ansioso por comenzar esa estúpida cruzada de olvidar a Cassandra de un instante para el otro, no se dio cuenta de que, por doquier, había decenas de chicas preciosas con cuerpos de infarto. Algunas se lo quedaban mirando de forma descarada, pero pasaron desapercibidas para él, ya que tenía la vista fija en el móvil. Más en concreto, en una foto sin importancia que se habían hecho los dos en la fuente del Bellagio cerca de la medianoche, antes de volver a Los Ángeles. Ambos sonreían despreocupados mientras los mil doscientos chorros de agua creaban un verdadero espectáculo detrás de ellos.

No recordaba en qué momento se había lanzado a su boca tras hacer la foto, amparándose, como un cobarde, en que «aparecía en su maldita novela». De lo que no lograba olvidarse era de que aquella noche se besaron mucho más de la cuenta. Podría culpar a los cócteles de la cena. Quizás al ambiente, lleno de la energía de cientos de personas sonrientes, felices y exaltadas en exceso por la sobreexposición a estímulos. Eso sería lo más fácil y algo que le permitiría, de una vez por todas, dejar de recrearse en su desafortunado error. Sí, ceñirse a esa explicación sería lo más sencillo y conveniente, solo que Alex era un poco más complicado que todo eso.

Resopló ligeramente, reconociendo que, desde que la conoció, no había parado de ser un cúmulo de incongruencias. De hecho, ese momento era un ejemplo perfecto de la contradicción que suponía haber quedado con su amigo para comerse el mundo, cuando lo único que deseaba era perderse en el calor de los labios de Cass.

En los últimos meses, había tomado demasiadas malas decisiones. Brincando como un saltimbanqui de un lado a otro, para demostrarse que no estaba enamorado de ella, solo había dejado al descubierto que era un tonto de remate. Porque solo un «tonto» dejaría escapar a la chica de sus sueños por una estúpida cabezonería. Bien, ahora que estaba de acuerdo consigo mismo por la estupidez que había cometido, le tocaba recoger el resultado de su cosecha. Y las manos vacías hablaban por sí mismas.

Bloqueó el móvil, harto de regodearse en su dolor, cuando un par de chicas impresionantes pasaron por delante del coche. Una le sonrió de una forma que no dejaba margen de error a lo que pretendía de él. Aunque el escritor le devolvió la sonrisa, la idea que tenía en mente era la de convertirse en un depredador, no la de obtener cualquier pieza en bandeja de plata, por muy apetitosa que fuera. Quería volver a sentirse dueño de sus elecciones y anhelaba el juego que proporcionaba la caza, pero impondría sus propias reglas para recuperar el control. Esa noche decidiría su presa, desahogaría toda su rabia en ella y saldría corriendo.

No es que aquello fuese muy diferente a lo que había estado haciendo en los últimos años. Incluso podría decir que lo único que buscaba era repetir el mismo patrón en el que se había refugiado después de lo de Jess. Si lo tenía claro, ¿por qué demonios sentía un vacío desgarrador en el centro del pecho?

Isaiah abrió la puerta del acompañante, ahorrándole al escritor, sin saberlo, tener que buscar una respuesta.

—Hola, Alex. ¿Qué tal? —lo saludó.

—Bien. ¿Te apetece cenar o nos vamos ya a la disco?

—Mira, tú te habrás pasado todo el día sentado en una silla estupenda escribiendo, pero yo no he parado. Así que ¡llévame a cenar antes de que empiece a morder el salpicadero de tu coche!

Alex se echó a reír. Su amigo tenía razón. Apenas eran las nueve menos veinte. Demasiado pronto para el tipo de carnaza que él buscaba. Se decidieron por un restaurante cercano y pasaron la siguiente hora degustando una cena sencilla.

Esa noche Isaiah iba de simple apoyo. En realidad, el autor podría haber optado por llevar a cabo esa particular cruzada de volver al mercado sin contar con él. Pero el exbróker conocía la verdad, aunque no pensaba revelarla hasta que acabase la noche. Y quizás ni eso. Dada la situación, Isaiah no buscaba hacerle reproche alguno. Sabía que Alex lo estaba pasando muy mal, pero se veía en la obligación de hacerle ver que no estaba tomando la decisión correcta al tratar de acelerar su proceso de «aceptación» por la marcha de la editora. Aquello acabaría por destrozarlo aún más, aunque eso solo era bajo su punto de vista.

Nada más llegar al local, Alex dibujó un gesto de desaprobación. El surfista había sido un poco cruel. Isaiah sabía que llevarlo al mismo lugar donde había representado con Cassandra aquella pantomima de que no se habían visto antes era un golpe bajo, pero necesitaba que reaccionara. Conocía demasiado bien al escritor, y el que pasara la noche con otra mujer no era la mejor solución. Por supuesto, él no lo detendría en el caso de que eligiera a alguien. No pensaba entrometerse hasta ese punto, aunque mucho se temía que le iba a tocar recoger los pedazos al día siguiente porque los remordimientos de Alex aflorarían nada más acabar. Claro está que el exbróker reconocía que podía equivocarse. La experiencia le había demostrado que su viejo amigo no olvidaba con facilidad. Además, no hacía falta ser un genio para darse cuenta de que él ya tenía a Cassandra bajo la piel. Y olvidarla no iba a ser nada fácil.

Aquella preciosa chica, de diminutas pecas y cabello rojo como el fuego más vibrante, había encontrado un resquicio para llegar hasta el corazón de su mejor amigo. El surfista veía con nitidez su evolución con respecto al ostracismo de años atrás. Pese a que Alex no lo reconocería nunca, en los últimos meses, había pasado de tener a una mujer distinta entre sus brazos casi todas las noches a pensar sin descanso en cómo iba a lograr que «ella» se enamorara de él. Un cambio bastante brusco para un rompecorazones hecho a sí mismo por las circunstancias.

Ambos habían discutido por ese tema hasta la saciedad. Isaiah pensaba que Alex podría intentar negar la evidencia, pero, gracias a la influencia de la editora, había vuelto a ser el chico que bromeaba y sonreía por todo. Había vuelto a ser, en definitiva, el hombre que conocía, y esto se lo debía a ella. Cassandra había logrado desmontar, capa a capa, la coraza con la que el escritor venía protegiéndose desde lo sucedido con su ex. Pero mucho se temía que su amigo, al encontrarse de nuevo al descubierto, tomara sus futuras decisiones basándose tan solo en el despecho y no con el cerebro. Volver a la casilla uno del juego era demasiado doloroso, pero estaba claro que Alex tenía una única meta: olvidar a Cass a toda costa.

Isaiah lo entendía. Ella lo había rechazado y, tal y como le había dicho el escritor, era la tercera vez que le ocurría. Pocos serían capaces de encajar ese duro golpe. Aun así, estaba convencido de que Alex caminaba por un suelo traicionero y resbaladizo, e iba a terminar topándose con un muro.

Solo esperaba que se diera cuenta antes de acabar destrozado por el impacto.

—Joder, Isaiah. ¿De todos los sitios a los que podíamos haber ido me has traído a este? —se quejó.

—Sí, y ha sido a propósito. Pareces un zombi, por eso estamos justo aquí. Si no exorcizas a tus demonios, no podrás ir a ninguna parte —se defendió.

El escritor se quedó mirándolo un instante antes de asentir.

—¿Sabes? Puede que tengas razón. Por cierto, ¿le has contado a April que estás conmigo?

—¿Tú qué crees?

—Ya… —respondió Alex, formando una expresión que expresaba la suerte que tenía su amigo—. Bueno, ¡a cazar!

—Después de ti.

Como antes de que el surfista tuviera pareja, los dos se dirigieron primero a la barra. Había muchas formas de conseguir carne fresca y una de ellas era invitando a una copa.

La diosa Fortuna no estuvo de su parte. Alex echó un vistazo, pero no encontró nada que le interesara. Para su gusto, la música estaba excesivamente alta y era demasiado explícita. Una versión *techno* de *Seven* de Jung Kook llenaba la pista. Todos se dejaban arrastrar por la sensualidad y fuerte sexualidad de la melodía. Lunes, martes… El joven cantante le ofrecía a la chica del vídeo una continua sesión de sexo cada maldito día, hora y segundo, siete días a la semana. Algo que Alex se moría por regalar a Cass, pero que no volvería a tener la oportunidad de poder hacerlo.

Isaiah lo miró y acabó sonriendo al pensar que aquella canción era justo lo que el escritor buscaba. Pero la mujer indicada para él no estaba allí, sino al otro lado de la ciudad a punto de irse.

De pronto, Alex se fijó en alguien que se movía mucho mejor que el resto. El contoneo demencial de sus caderas lo hizo decidirse. Miró a su amigo y sonrió, dándole a entender que ya había elegido entre las numerosas candidatas. El surfista elevó las manos y volvió a la mesa para terminar la copa. Había visto a Alex cientos de veces llevando a cabo su técnica infalible, y aquella noche no iba a ser diferente.

Como si de un puma se tratara, comenzó a moverse cerca de aquella rubia de pelo ondulado, con tacones de infarto, que sabía que podía escoger entre cualquiera. Aquella puja por determinar cuál de los dos conquistaba al otro le divirtió a Alex. Un soplo de aire fresco al fin.

Ella sonrió, humedeciéndose los labios. Después, a propósito, los dejó entreabiertos, convencida de que era el centro de atención. El escritor no la había visto nunca, y es que llevaba bastantes meses sin salir para buscar un plan. Todo su tiempo lo había dedicado a aquella maldita apuesta y a… Cass. Desechó ese pensamiento y se decidió a atacar. La noche apenas estaba empezando, pero no quería desperdiciarla bailando en la pista, sino reproduciendo al dedillo la letra que la chica que tenía enfrente repetía sin cesar mientras lo miraba a los ojos.

El misterio había acabado. Ella se dio la vuelta y se acercó hasta quedar a un palmo de su cuerpo. Alex no perdió el tiempo y posó una mano a la altura de su cadera, quizás un poco más cerca de la unión de sus piernas que a la del final de su espalda. La rubia reaccionó moviéndose aún más cerca, hasta rozar con descaro la entrepierna del escritor. No quería que tuviera dudas de sus intenciones. Después, subió ambos brazos para entremeter los dedos en el pelo de él. Acto seguido, bajó uno de ellos, dejando expuesto el hombro y su fino cuello. Alex se lanzó a besarlo. Aquello provocó que la chica emitiera gemidos sutiles para encenderlo.

No era la primera vez de ambos, de eso no tenía dudas.

Tras varias canciones incitadoras, aquel manoseo forzado del que estaban abusando, ya que los dos buscaban lo mismo, comenzó a despertar en él lo que llevaba un tiempo adormecido. De repente, vio unos ojos que consiguieron que todo lo que estaba compartiendo con aquella

desconocida le resultara vacío y patético, casi insultante, dado lo que quería de verdad. Isaiah, sin embargo, levantó la copa, dedicándole media sonrisa. Ese gesto provocó que a Alex la escenita que estaba montando le resultara incómoda. En realidad, la había representado cientos de veces delante de su amigo. Y ese era el problema, que se parecía demasiado a otras muchas que ya había vivido. La última, con Cassandra.

Cerró los ojos y cometió el error de susurrarle en el oído el nombre de la mujer que deseaba con desesperación.

—Cass…

La rubia se giró de golpe. Ese detalle no le había gustado un pelo. Una cosa era pasar la noche con un desconocido y otra, muy distinta, convertirse en un simple reemplazo para tapar el vacío de esa tal Cass, de la que parecía estar enamorado. La chica era demasiado inteligente como para no darse cuenta de que eso era algo por venganza. Su intención se centraba en pasarlo bien, no en convertirse en el paño de lágrimas de ningún hombre.

Sin cruzar una sola palabra, puso una mano en el pecho a Alex y con el dedo índice de la otra negó despacio. Se separó un par de pasos antes de perderse entre la marea oscilante de gente. Él trató de alcanzarla, pero le fue imposible. Si hubiera podido, se habría dado un puñetazo en ese mismo instante por el error garrafal y de principiante que había cometido. Se conformó con maldecir por lo bajo, tras lo que volvió a la mesa donde estaba Isaiah.

Aquello se había convertido en «El Infierno» en todos los sentidos.

—¿No ha habido suerte? —preguntó su amigo sin creer que ella lo hubiera rechazado.

—Le he susurrado al oído algo que no le ha gustado.

—Joder, ¿qué le has dicho?

—Prefiero no…

—Por favor —lo interrumpió—, dime que no la has llamado Cassandra.

—No, claro que no.

—Menos mal. ¿Entonces…?

—¡Joder! —dijo muy enfadado—. Le he susurrado… Cass.

Isaiah se quedó unos instantes en silencio. No sabía qué responder. Menos aún, qué consejo podría ofrecerle si todo ya estaba dicho. Se limitó a unir los labios y a asentir.

—¿Qué? ¿No vas a echarme un sermón? —añadió el escritor.

—¿Y qué quieres que te diga?

—Que esto es un puto sueño y que me voy a despertar a su lado.

—Alex…

—Estoy hasta los huevos, Isaiah. ¿Qué demonios pasa conmigo? ¿Tan malo soy? ¿Es que no valgo nada y no me he dado cuenta?

—Pero ¿¡qué gilipolleces estás diciendo!? Eres un hombre excepcional…

—No —soltó muy serio—. Las únicas tres mujeres que he amado me han rechazado. Dos de ellas, infieles. A Cass no le ha dado tiempo porque no éramos nada, y todo por mi culpa. Sí, soy un maldito gilipollas.

—Venga, Alex. No digas esas cosas. Anda, aún es temprano. ¿No quieres probar suerte? Hay decenas de chicas que se te están comiendo con la mirada.

Isaiah acabó insistiéndole en que hiciera justo lo contrario de lo que pensaba, pero veía desesperado a Alex. Se dijo que tal vez estuviera equivocado y lo que el escritor necesitara fuese un simple revolcón para poder continuar con su vida.

—No me creo que vaya a decir esto, pero se me han quitado las ganas. Hasta que no me la saque de la cabeza, no podré volver a ser el de antes.

—Es una buena decisión. Piensa las cosas antes de lanzarte al vacío.

El exbróker se mordió la lengua. Ni él mismo sabía qué consejo darle. Estaba empezando a decir incongruencias, y el alcohol no tenía nada que ver.

—Ya no sé quién soy —reconoció el escritor.

—Para y averígualo. ¿La última en mi casa?

—En la mía. No me gusta dejar a Anora sola toda la noche.

—Vamos.

Los dos salieron de la disco con la sensación de que, en cierto modo, aquello suponía un avance por parte de Alex. Pasar la noche con aquella chica hubiera sido más de lo mismo. Placentero, sin duda, pero lo último que necesitaba era añadir más vacío. Antes no le había servido demasiado, y siempre podía recurrir al sexo de una noche. Pero esa no. En esa todavía estaba unido a Cass de alguna manera, y el perverso hilo invisible que lo había atado a ella aún permanecía inalterable.

En cuanto entraron en la casa del escritor, Anora fue a saludarlo. La gata se llevó una sorpresa al recibir mimos dobles.

—¿Qué te apetece? —ofreció Alex.

—Lo mismo que te pongas tú, me da igual.

Tras preparar las copas, se sentaron en el sofá. Isaiah recibió un mensaje de April donde le decía que ya había llegado a su apartamento y se iba a dormir. Él le respondió que se quedaría en casa de Alex y que a la mañana siguiente volvería a la suya en taxi. Ella se ofreció a recogerlo, quería hablar con él sobre Cass, aunque no le revelaría nada de lo que le había confesado, pese a desearlo con todas sus fuerzas para que sus dos amigos terminaran juntos.

—¿April? —preguntó el escritor.

—Sí. Acaba de llegar a su casa. Me recogerá aquí mañana, si no te importa que me quede a dormir.

—Claro que no, pero voy a empezar a cobrarte un alquiler.

Ambos sonrieron.

—Oye, ¿se lo has contado a Alice?

—Aún no. No quería romperme delante de ella. Además, ¿qué le voy a decir? Ey, hermanita, la mujer de la que me he enamorado ha salido corriendo a los brazos de su ex porque soy un gilipollas al no haber podido confesarle lo que siento por ser un puto cobarde.

—Joder, Alex, ¡deja de hablar así! No te reconozco.

—Ni yo. —Se quebró, pero no derramó ni una de las lágrimas que su amigo vio en sus ojos—. Sé que tengo que contárselo, pero será en unos días, cuando el demonio que se está paseando por mis tripas decida de una vez por todas dónde quiere dejar el hierro candente con el que me está calcinando por dentro.

—Pedazo de frase… ¿No serviría para tu novela? —preguntó Isaiah en serio.

—Claro que sí. Espera, voy a anotarla.

Alex cogió el móvil y tecleó como un poseso lo que acababa de decir. Después, se envió un *email* con el texto.

—Creo que te inspiro —bromeó el surfista.

—Puede, aunque mi vida es como una mala canción de *country*, repetitiva y deprimente.

Terminó la copa de un trago. Su amigo hizo lo mismo.

—A dormir —acabó diciendo—. Por hoy, he tenido suficiente.

—Todo mejorará, Alex.

—Si fuera optimista, te creería. A estas alturas, me conformo con dejar de sentirme como

una mierda.

Isaiah dibujó media sonrisa. Le echó el brazo por el hombro a su amigo y lo golpeó con suavidad. Alex le deseó las buenas noches y caminó hacia su habitación.

Tras desvestirse, el escritor se metió en la cama. Anora se subió nada más entrar y él comenzó a acariciarla mientras miraba al techo. No tenía idea de cuándo iba a volver Cass a Nueva York, aunque tampoco quería saberlo. El dolor que estaba sintiendo no se acercaba ni de lejos al de años atrás. Tal vez el tiempo había diluido el que le provocó la infidelidad de Jess. O quizás dejar que alguien tocara de nuevo su corazón era el peor error que había cometido, puesto que esa agonía se acercaba demasiado a la tortura.

Cogió de nuevo el móvil y comenzó a escribir una escena completa con diálogos incluidos. Sin duda, estaba perdiendo el norte por un amor no correspondido. Aquello le pareció bastante irónico y demasiado cercano a una tragedia. Las ideas comenzaron a bullir en su cabeza, impidiéndole quedarse dormido. Cuarenta minutos después, se rendió a la musa que no lo dejaba tranquilo. Se dirigió a su despacho y cogió el portátil. De vuelta a su dormitorio, apoyó varias almohadas en el cabecero.

Luchó consigo mismo para no mirar la marca de Cass. Lo consiguió. Primera batalla ganada, solo que el triunfo se le quedó grabado a fuego porque le recordaba con un repiqueteo constante que era el vencedor de nada. Del vacío. Y eso lo instigó a comenzar a escribir de forma aleatoria una página tras otra. No había una historia definida, solo se permitió plasmar las decenas de sentimientos que lo estaban consumiendo. Arrepentimiento, frustración, desolación…, pero también risas, alegría, el descubrimiento de un amor que se extendía por todo su cuerpo y por el que merecía la pena luchar. Solo que aún no sabía cómo. Acabó dándose cuenta de que Cass valía ese dolor y, también, que debía dejarla vivir su vida en paz. Ella le había pedido que la olvidara. Le había repetido que no lo amaba. Luchar por ella solo traería sufrimiento a los dos. Y eso no era lo que Alex quería.

Por un momento, trató de ponerse en su lugar. Si él no estuviera enamorado de ella, ¿desearía que insistiera en algo que no existía? Lo más seguro es que no, y esa respuesta no le gustó en absoluto.

Cerró el portátil con suavidad para no despertar a Anora. Apagó la luz y, de nuevo, se quedó mirando al techo. Cassandra merecía ser feliz, aunque para ello él tuviera que hacer desaparecer todos esos sentimientos.

Se dio cuenta de que necesitaba unos días libres. Se los tomaría después de la reunión con Ben. Había trabajado hasta la saciedad y se los había ganado a pulso. Aquello lo hizo sonreír y, poco a poco, comenzó a costarle parpadear, hasta que se quedó profundamente dormido. Para acabar de rematar el mal día que había tenido, soñó con Cass. Le era imposible acercarse a ella. Una cinta infinita, que no dejaba de extenderse, los separaba de forma irremediable. Se despertó de un sobresalto, sentándose de golpe en la cama. Por suerte, la gata no estaba. Miró el reloj, eran las siete menos diez. No sabía cuánto había dormido, pero las sábanas le quemaban. Cogió el portátil y se lo llevó a la cocina.

Tras prepararse un café, apareció Isaiah ya vestido.

—¿Mala noche? —preguntó al ver sus profundas ojeras marcadas.

—Una pesadilla.

—Deberías haberme llamado…

—Ey, no soy un crío, ¿vale? —lo interrumpió muy serio.

El surfista frunció los labios, molesto.

—Eso ya lo sé, no hace falta que te pongas conmigo en plan «puedo con todo». Yo

también te he contado mis penas. Joder, ¡llevo haciéndolo desde hace años!

—Disculpa. Apenas habré dormido dos horas, me he pasado gran parte escribiendo.

—Dirás rumiando.

—¿Tanto se nota? —bromeó Alex.

—Más. ¿Me invitas a un café?

El escritor sonrió.

—¿Lo dudas?

—Como ayer decías que me ibas a cobrar un alquiler…

—No me des ideas.

Isaiah se terminó el expreso y se despidió del escritor. Alex volvió al despacho y se encerró en sí mismo para crear de nuevo una coraza que pudiera sostenerlo. No supo de dónde partió la idea, pero acabó pensando en cómo siempre había oído que perder el amor te sumía en el más crudo invierno. Sin embargo, él sentía un fuego abrasador que le llevó a escribir una frase que más tarde utilizaría en su siguiente novela: «Que el diablo se quede con nuestras almas y que ardan en el infierno».

Eso era justo lo que sentía. Todo estaba perdido, y ya no le quedaba nada por lo que luchar.

CAPÍTULO 8. ¿VAS A LUCHAR POR ELLA?

Cassandra se levantó de la cama tras sonar el despertador. No había pegado ojo. La mayor parte del tiempo se lo había pasado en un duermevela constante de recuerdos con Alex. La noche en que se conocieron, la noche en la que April se lo «presentó». La noche que bailó en el salón de su casa… Todo. Había tratado de grabar a fuego en su mente cada instante. Incluso se recreó en la primera vez que discutieron en el despacho de Lucille. Cualquier momento le pareció precioso y necesitaba llevárselos con ella a Nueva York.

Tres años pasaban en un suspiro. De hecho, parecía que solo la separaba un suspiro del día en el que Bill le había propuesto matrimonio la primera vez, y de eso hacía ya cerca de cuatro. El tiempo pasaría, de eso estaba segura, pero ni Alex ni ella serían ya los mismos.

Una vez hizo la cama, miró alrededor antes de dirigirse al salón. En la encimera, tenía una bolsa con dos pequeñas cajas donde había guardado las tazas que le regaló Samantha. Se acercó y abrió una de ellas. Frunció los labios, pero acabó sonriendo. Las sacó para devolverlas al armario. Allí estaba su hogar y, por tanto, debía dejarlas donde pertenecían.

El taxi la avisó de que había llegado. Cogió la maleta de mano que había preparado y cerró la puerta. Se alegró de haberle hecho una copia de las llaves a April para que le diera una vuelta al piso de vez en cuando. Además, la agente prometió que le buscaría una empresa de limpieza para que tuviera un mantenimiento mínimo en vista de que ella volvería cada mes. Esperaba que el propietario entrara en razón lo antes posible porque deseaba quedárselo. En ese apartamento había compartido con Alex una de las mejores noches de su vida y no estaba dispuesta a que quedara en el olvido. Aún no.

De camino al aeropuerto, se imbuyó del ambiente de las calles semivacías. No sabía cuánto iba a echar de menos la ciudad y a Alex. Nada más pasar los arcos de seguridad, se sentó en un Starbucks para tomar un café. Aún servían su famoso *Pumpkin Spice Latte*, de modo que sucumbió al deseo sin importarle lo que opinaría su madre o Bill acerca de las calorías que contendría aquella taza. Faltaba más de una hora para que saliera el vuelo, por lo que tenía tiempo de sobra para degustarla.

Estaba revisando los correos del trabajo cuando recibió una llamada. Sus ojos se abrieron de golpe porque era la última persona con la que esperaba hablar.

Quizás no la última, pero, aun así, se sorprendió.

—¿Caleb?

—Hola, Cassou.

—¿Ha pasado algo? —preguntó preocupada.

—¿Te refieres a algo más de que te tengas que casar por un asqueroso chantaje? —bromeó.

—Entonces, ¿estáis todos bien?

—No, Cassou. Ni tú ni yo estamos bien. El resto es feliz porque no tiene idea de lo que vas a sacrificar.

Cassandra se pasó la mano por la frente. Sabía lo que le estaba esperando, pero no necesitaba que su gemelo se lo recordara. En realidad, no sabía para qué la había llamado. Si esa conversación era para animarla, mejor le colgaba porque lo estaba haciendo de pena.

—¿Qué quieres, Caleb? Vuelo en una hora.

—¿Estás en el aeropuerto?

—Sí, para qué retrasar lo inevitable.

—¿Lo sabe alguien? —indagó él.

—No, quiero este fin de semana para mí sola. No necesito discutir con Sam, la mirada reprobatoria de papá o la condescendencia de mamá. Un maldito par de días sin tener que dar cuentas a nadie, ¿te importa?

Caleb se quedó callado. Cass no podía imaginar lo mucho que aquello había afectado a su hermano. El productor más joven de tres generaciones de Wallace. El «niño bonito» de la familia que siempre era capaz de conseguir lo que se proponía. Ahora, la madurez y la responsabilidad de cuidar a la familia lo había despertado de una vez, solo que él no tenía que sacrificar su vida en el proceso. De nuevo, Cassandra encajaba el golpe y volvía a tener todas las de perder. Y eso lo estaba destruyendo por dentro.

—¿A qué hora aterrizas? —soltó muy serio.

—Si no hay retraso, a las dos.

—Iré a recogerte.

Cassandra frunció las cejas, desconcertada por su repentino ofrecimiento.

—No hace falta, puedo ir en taxi.

—Quiero decirte algo y necesito que sea en persona. Yo te recojo y no hay más que hablar.

—¿Y esto a qué viene? ¡Ni que te hubiera importado en los últimos veinticinco años!

—Te lo creas o no, he sido incapaz de dejar de pensar cómo solucionar esto. Llevo sin dormir casi una puta semana.

Cass no se esperaba aquella respuesta.

—¿De verdad? ¿Es que… te importo?

—Más que nada. Tú y Sam os habéis convertido… No sé qué… He sido un gilipollas, Cassou. Lo siento.

—¿Rachel tiene algo que ver?

—Rachel tiene «todo» que ver. Aunque sabes que me di cuenta un poco antes.

—¿Sentimiento de protección a estas alturas? —se burló ella.

—Hasta yo estoy sorprendido. Pero Bill es un hijo de perra que no puedo soportar. Sé que te va a hacer daño y he de impedirlo a toda costa.

—Bill es un cabrón, pero no creo que me ponga la mano encima.

—No de ese modo, Cassou. Se me llevan los demonios cuando pienso que tienes una vida marital por delante.

—Bueno, será sexo sin amor. Aunque si no me divertía antes, dudo mucho que haya mejorado.

—¡No bromees con eso! —le gritó su hermano.

—No me levantes la voz. Bastante tengo con lo mío. Te dejo, ha salido el vuelo y tengo que dirigirme a la puerta.

—Estaré en el aeropuerto a las dos.

—Está bien.

—Te quiero, Cassou. Apenas te lo he dicho, pero te quiero.

A Cassandra se le empañaron los ojos. No entendía a su hermano. Al cabo de los años, parecía que había nacido en él el caballero de blanca armadura que hubiese necesitado tiempo atrás para defenderla. En cierto modo, se lo agradecía. Pero, por desgracia, llegaba tarde. A esas alturas, ella ya se había convertido en una «guerrera» dispuesta a luchar por lo que deseaba. Ese sentimiento no era espontáneo. Se había forjado gracias a la traición de Bill y Peyton, y por estar

alejada de su familia sin tener la certeza de poder continuar por sí misma.

Sí, quizás era un poco tarde, pero eso no significaba que tuviera menos valor en aquel momento. No para Cass.

—Y yo a ti.

—Siento tanta rabia que creo que podría matarlo con mis manos.

—Caleb… —sollozó un instante—, he de irme.

—Lo solucionaré. Aún no sé cómo, pero lo solucionaré.

—A las dos.

—Allí estaré.

Cassandra colgó y se dirigió a los aseos. No quería ponerse a llorar en mitad del aeropuerto. Puede que a nadie le importara, pero, si le preguntaban, tal vez no fuese capaz de parar. Y lo último que necesitaba era montar un pequeño espectáculo.

Después de retocarse el maquillaje, se miró en el inmenso espejo. Cerró con fuerza los puños y se prometió a sí misma que dejaría de derrumbarse. Debía ser fuerte para afrontar lo que le venía encima. Estar todo el día como alma en pena no tenía sentido cuando poco importaba cómo se encontrara, Bill no cedería. Así que eligió un labial rojo para tomar el control de la situación. Su ex había ganado un pulso crucial, pero el final de la guerra aún estaba muy lejos.

De lo que no tenía idea era cómo demonios iba a acabar con él.



Después de irse Isaiah, Alex se pasó las siguientes dos horas escribiendo. De pronto, sintió una fuerte necesidad de estar rodeado de los suyos. No se lo pensó dos veces y envió un mensaje a Alice, que enseguida lo invitó a pasar el día con ellos. Parecía que ella tenía un sexto sentido. Pero tampoco había que ser un genio porque, aunque se veían muy a menudo, el escritor no la llamaba cuando necesitaba su opinión. Alex prefería enviarle un wasap antes, ya que le costaba contarle lo que le ocurría. Venía siendo así desde lo de Jess, así que Alice tenía bastante experiencia al respecto.

Mientras conducía de camino a la casa, no paraba de darle vueltas a cómo abordar el tema sin que montara un drama. Por un lado, conociéndola, tenía un sermón garantizado. Y, lo peor de todo, es que no podría refutarle ni una sola queja. Por el otro, estaba seguro de que le daría un buen consejo. Alice concentraba la sabiduría de ser su hermana mayor y de haber asumido el papel de madre cuando sus padres fallecieron. Pese que a veces lo volvía loco, no podía imaginar otra hermana mejor.

Nada más entrar en el recibidor, el torbellino de Madison corrió hacia él para que la cogiera. Con sus cortos bracitos y manitas diminutas, apretó a su tío con todas sus fuerzas.

—Maddie, ten cuidado. ¡Que lo vas a estrangular! —se quejó su madre.

—Mamáaaa…

—Déjala, «Wonderland», hoy necesito su abrazo más que nunca —dijo Alex mirándola con los ojos empañados.

Alice se quedó perpleja al observar el dolor en la expresión de su hermano. No sabía qué le había ocurrido, pero él no era de los que exteriorizaban sus sentimientos a la ligera, de modo que algo muy serio había sucedido para que estuviese así de mal.

—Bueno, pero ten cuidado, ¿vale? —acabó diciendo ella.

—Vale, mamá. ¿Sabes una cosa? Papá me va a llevar al cumpleaños de mi mejor amiga, Jenna. ¡Comeremos hamburguesas y después vamos a un parque de bolas!

—Anda, ¡qué chulo! —respondió el escritor, fingiendo un interés tremendo para que la pequeña se sintiera importante.

—Venga, Maddie. Coge el abrigo y el regalo. No vayas a olvidarlo.

—Que no, mamáaaaa.

Alex la dejó en el suelo y la niña corrió a por lo que su madre le había pedido. Zac apareció con un paño de cocina con el que se estaba secando las manos.

—Hola, cuñado.

—Hola, Alex. ¿Qué tal va todo?

—No va mal —mintió.

Alice no dijo nada, tan solo se ciñó a poner esa expresión que únicamente entendían los hermanos.

—Me alegro. Ali, he dejado el cordero en el horno. Dale la vuelta cada veinte minutos. Tardaré como una hora en volver. Por si acaso, ponte una alarma, no se te vaya a pasar.

—Que sí, ¡pesado! ¡Como si yo no supiera cocinar! —se quejó ella.

—Claro que sabes… —se burló Zac mirando a Alex.

Alice puso morritos de indignada y su marido le dio un beso para zanjar el tema.

—Eres un plomo. «Nadie cocina el cordero mejor que yo» —imitó su voz con una expresión muy graciosa. Después cambió por completo el tono—. Maddison Johnson, como no estés aquí en un minuto ¡te quedas sin ir al cumpleaños! —vociferó a pleno pulmón.

La niña apareció como una exhalación con el abrigo mal puesto y la bolsa hecha una pena por la de golpes que había recibido en el camino.

—¡Ya estoy, mamá! —respondió con el mismo tono.

—Dale un beso a tu tío.

Alex la cogió en brazos y le hizo una pedorreta en el cuello. Maddie gritó mientras reía a carcajadas.

Tras despedirse, la casa se quedó en un silencio aterrador.

—Señor, ¡qué energía tiene esta niña! ¡Va a acabar conmigo!

Ambos rieron y se dirigieron a la cocina. Lo último que quería escuchar Alice eran las quejas de Zac por haber descuidado el cordero. Aún quedaba bastante para el almuerzo, así que preparó un café para ambos y se sentaron en la mesa.

El escritor permanecía muy callado, algo que no auguraba nada bueno. Su hermana fue la que rompió el hielo, deseando saber qué le ocurría para estar así de serio. Disponían de casi una hora para hablar, aunque mejor no perder el tiempo.

—Suéltalo, Alex.

Él, con una expresión muy hermética, asintió varias veces. Pero sus ojos lo traicionaron, ya que revelaban cómo se sentía. Así que Alice se temió lo peor.

—No sé ni por dónde empezar.

Alex se abrió a su hermana como nunca antes. La profunda frustración y agonía que imprimía a cada palabra hizo que ella hiciera propio su dolor. Siempre había sucedido del mismo modo. Alice era su paño de lágrimas. Isaiah también estaba a su lado, pero no era lo mismo. En este caso, necesitaba la visión de una mujer. Sabía que ella, pese a quererlo con toda su alma, le iba a decir lo que pensaba sin dejarse nada atrás. Y eso era justo lo que le hacía falta para salir de ese estado de sopor angustioso en el que lo había sumido el rechazo de Cass.

—Has cometido un tremendo error —expresó ella con el semblante muy serio.

—Lo sé.

—No te preguntaré por qué has sido tan estúpido como para permitir que tu testarudez tomara las riendas de tus decisiones. Estoy segura de que con eso te estás flagelando a ti mismo, ¿me equivoco?

Alex dejó escapar un suspiro mezclado con una sonrisa.

—No, para nada —ironizó.

—Entonces, ¿vas a luchar por ella?

—La quiero demasiado como para interponerme en su vida. Si estuviera en su lugar, desearía que no insistiera —reconoció con el corazón encogido.

—Tiene bastante lógica lo que dices. Si yo fuese ella no lo querría, esa es la verdad.

—Exacto.

Alice terminó el último sorbo de café. Bajó la mirada y se quedó absorta un momento en los posos de la taza. Trataba de ayudar a su hermano, pero no podía aconsejarle que hiciera una locura porque la chica se lo había dejado muy claro y varias veces: no estaba enamorada de él. ¿Qué se podía hacer ante eso? Para desgracia de Alex, bien poco.

—Lo siento, «Peque». Si hubiera un resquicio de posibilidad, yo te animaría a que siguieras a tu corazón e hicieras todo lo que estuviese en tu mano para solucionarlo. Pero este no es el caso.

—No, ella no me quiere. Y no puedo luchar por algo que no existe.

—Te entiendo. ¿Se lo has comentado a Isaiah?

—Sí. Él no piensa igual que yo.

—No sé a qué te refieres.

—Según él, Cassandra me quiere.

—¿Y por qué dice eso? —preguntó Alice, que ahí veía el resquicio que antes buscaba.

—No lo sé. Supongo que es lo que percibía de nosotros porque… Tengo que reconocerlo, teníamos mucha complicidad. Insana, está claro.

—¿Insana? Explícate, Alex.

—En las citas, nos besábamos como si no existiera el mundo.

—Pero tú también lo hacías, y le insistías una y otra vez en que no la amabas. ¿Puede que ella fingiera?

—¿El qué?

—¡Que no te quería, zoquete!

—Esa no era la apuesta, «Wonderland».

—Es verdad, lo había olvidado. La bendita apuesta. ¿Acaso crees que nadie miente para ganar?

—Yo la hubiera descubierto —dijo, mostrando una expresión de triunfo que no venía al caso.

—Adam Alexander Wright, estás tan sumamente pagado de ti mismo ¡que no ves la puñetera viga que te está tapando los ojos! ¡Tú no habrías descubierto nada que ella no quisiera mostrarte! —replicó elevando el tono, aderezándolo con cierta exasperación.

La alarma sonó en el móvil de Alice. Eso significaba que tenía que darle la vuelta al cordero. Se levantó y lo hizo en un tiempo récord porque no quería dejar a medias aquella conversación.

—¿De verdad lo crees?

—¿El qué? —respondió su hermana, cerrando el horno.

—Que ella… mentiría en la apuesta.

—Dios de mi vida, ¡parece que has nacido ayer! ¡Pues claro!

—Entonces, ¿por qué me iba a decir que seguía enamorada de Bill?

—Eso no lo sé.

—No lo sabes porque no tiene sentido, «Wonderland».

—Vale, no tiene sentido. Pero sabes que las cosas no suelen ser blanco o negro. Hay un abanico infinito de grises. El caso es averiguar por qué ha cambiado de opinión de la noche a la mañana.

—¿Y cómo pretendes que haga eso? —se quejó él.

Alice lo miró mientras pensaba a toda prisa algo que los relacionara, que todavía tuvieran en común. La cuestión es que no comprendía por qué Cassandra había exigido dejar de ser su editora, pero aún no estaba todo perdido. Su hermano debía propiciar la manera de verse una vez más, ya fuera cuando ella volviera a la editorial la próxima vez que estuviese en la ciudad o él volando a Nueva York para verla.

—¿Y bien? —insistió el escritor.

—Shh, deja que piense un minuto. Échale un ojo al cordero.

—¡Pero si te has levantado hace un instante para darle la vuelta!

—¿Qué te acabo de decir? —le regañó con retintín.

Él puso los ojos en blanco y se levantó para acercarse al horno. Mientras tanto, su hermana se estaba devanando los sesos. Trataba de hallar una posible solución que lo ayudara a verla de nuevo. Aunque solo fuera una vez… De pronto, comenzó a unir las piezas hasta que consiguió formar un puzle rudimentario. Lo que se le había ocurrido era algo bastante retorcido a la par que complicado, pero era la única idea que veía posible en un futuro cercano.

Era eso o que renunciara a ella para siempre. Y esa opción estaba segura de que no era la que él deseaba.

—La productora —dijo Alice al fin.

Alex volvió a sentarse a su lado sin saber a dónde quería llegar.

—Sí. Su familia tiene una productora.

—No, ¿cuándo tienes que ir «tú» a la productora?

—Pues… aún no lo sé. Puede que pronto.

—Puede no, señor Wright —dijo tajante—. Tienes que pedirle a tu nuevo editor una reunión con ellos. Busca cualquier excusa para volar a Nueva York cuanto antes y concertar una cita.

—A ver, no tengo que buscar ninguna excusa. Dentro de poco, comienzan los *castings*. Además, pronto me enviarán el guion y no pueden empezar sin que yo dé el visto bueno. Es lo que tenemos firmado.

—Dios, Alex. ¡Ahí tienes tu posibilidad! No sé cómo vas a hacerlo, pero consigue que ella vaya a la productora. Finge un encuentro casual y ya se te ocurrirá lo que sea sobre la marcha.

—Pero Cass no trabaja allí.

—¿Y qué importa eso? ¡Mueve cielo y tierra para conseguirlo! Antes de que me explote la cabeza, vamos a aclarar algo. ¿Tú la quieres de verdad o esto solo es una pataleta porque ella te ha dicho que no está enamorada de ti?

—Alice…

Ella asintió. Alex pocas veces la llamaba por su nombre, a no ser que fuera a tratar de un tema serio. Y Cassandra, para él, lo era todo.

—Está bien, «Peque». Entonces, si lo tienes así de claro, ve y consigue a la chica de tus

sueños, ¿te parece?

El escritor no pudo evitarlo y terminó dibujando una enorme sonrisa. Su hermana era una maquinadora nata cuando se lo proponía. Desde luego, se alegraba de tenerla de su parte. Si la tuviese en contra, ¡eso sí que sería terrible!

—Me parece, «Wonderland» —dijo con emoción en la voz.

Ella le apretó la mano y continuó dándole vueltas a qué podría obligar a Cassandra que fuera a la productora el día que él iba a la reunión.

Sí, era complicado, pero nada que se precie se suele obtener con facilidad, y, en este caso, no era distinto.

—Veamos —prosiguió Alice—, ¿a quién conoces de su círculo cercano?

—Maverick está saliendo con su hermana.

—¡Es verdad! Dios, ¡qué enrevesado es esto! Bien, pues tienes que llamarlo y convencer a… como se llame su hermana para que lleve a Cassandra allí con cualquier excusa el día que tengas la reunión.

—¿Y qué te hace pensar que Samantha vaya a ayudarme?

—A ti no, ¡a Maverick! Ella lo hará por el chico que quiere, y más si está relacionado con algo tan romántico. ¿Es que no lo ves?

—¿Yo? Pues no. Eres tú la que lo ve todo facilísimo.

—Madre mía, *best seller*. ¡Échale imaginación!

Él la miró y resopló con exasperación.

—Imaginación tengo, pero te recuerdo que escribo romántica, no fantasía. ¡Y lo que pretendes no tiene ni pies ni cabeza!

—Dios, Alex. Entonces, ¡échale huevos!

El escritor la miró sorprendido. Hacía mucho que su hermana no hablaba de esa forma. La razón era una preciosa niña de seis años que había puesto su vida patas arriba.

—Está bien, «Wonderland». El lunes llamaré a Ben para adelantar la reunión. Y esta tarde hablaré con Maverick. Cuando le cuente todo esto, se va a burlar de mí el resto de mi vida.

—¿Y es que acaso Cassandra no lo vale?

—Cada bendita carcajada.

A Alice se le llenaron los ojos de lágrimas. Unió las manos y apoyó los dedos en sus labios. Por fin veía que su hermano se separaba del pasado. De la infidelidad. De la maldita Jess.

Se levantó y tiró de él para abrazarlo. Alex la rodeó con fuerza. En eso, Zac entró en la cocina y los vio a punto de llorar.

—¿Qué ocurre?

—Que Alex ha encontrado a la protagonista de su próxima novela.

CAPÍTULO 9. ESTOY CONTIGO

El vuelo hacia Nueva York estuvo repleto de turbulencias. Las distintas bolsas de aire que hacían descender bruscamente el avión eran horribles y traían consigo las consabidas cosquillas en el estómago llenas de puro terror. Cassandra estaba acostumbrada a ellas, no obstante, se decidió a tomar una pastilla para el mareo por si las moscas. Un par de veces se preocupó porque vio al personal corriendo hacia sus asientos para ponerse el cinturón, pero una hora antes de aterrizar todo se había normalizado. Al menos el tiempo tenía esa suerte.

Nada más enfiló la rampa, llamó a Caleb.

—Cassou, ¿dónde estás?

—Caminando hacia la salida.

—¿Y tus maletas?

—Solo llevo una de mano. Esta tarde tengo que ir de compras.

—Ya estoy en Salidas.

—Dame diez minutos.

Cass colgó y apretó el paso. Para su sorpresa, estaba deseando reencontrarse con él. Caleb, en cuanto la vio, levantó la mano. Ella sonrió. Su hermano era impresionante. Pelo castaño revuelto con algunas mechas salpicadas. Mirada azul profunda, que parecía leer tus pensamientos más ocultos. Un hombre atlético y muy atractivo de metro ochenta y cinco de estatura, que hacía volver cabezas por donde pasaba.

—¡Cassou! —susurró.

Ella se lanzó sin reservas y, por primera vez, él le devolvió el abrazo con toda el alma. Cass volvió a romperse. Y no era para menos. Acababa de dar el último paso hacia su nueva vida, y esta era mucho peor que la vez anterior.

—Shh —dijo él acunándola despacio.

—Estoy dando un espectáculo —respondió ella sin soltarlo.

—Que se joda el mundo.

Un minuto después, se secó las lágrimas lo mejor que pudo. Buscó un pañuelo de papel en su bolso y se sonó con discreción.

—Gracias por venir.

Él sonrió hasta que se fijó en su rostro y percibió lo mal que lo estaba pasando su hermana.

—Estás mucho más delgada.

—Vaya, creo que es la primera vez que te escucho decirme algo así —ironizó.

—He sido un gilipollas, Cassou, pero estoy reformándome. Anda, dame la maleta y cuéntame qué tal ha ido el vuelo.

Caleb le echó el brazo por el hombro con cariño. Mientras ella le detallaba el viaje horroroso que habían tenido, él reía por sus muecas. De camino al cajero, se quedó pensando en qué momento había pasado su gemela de ser una chica reservada y maleable a convertirse en una mujer expresiva y divertida. Cass no dejaba de hablar, y eso lo tenía descolocado. El cambio era tan evidente que hasta él se había dado cuenta en pocos minutos.

Metió el escaso equipaje en el maletero y, en cuanto arrancó el coche, ella se arrebujó con su abrigo en el asiento calefactado.

—Dios, ¡aquí hace un frío de mil demonios! —se quejó al tiempo que acercaba las manos

a las rejillas para tratar de calentarse.

—¡Si estamos a siete grados!

—Pero yo vengo de estar a veinte.

—¿¡A veinte!? Ahora te entiendo.

—Le voy a enviar un wasap a mi amiga April para decirle que ya he aterrizado.

La agente le respondió que esperaba que todo fuera bien y que no dudara en llamarla las veces que necesitara. Cass le mandó un par de caritas con corazoncitos para agradecérselo. Después, miró con tristeza por la ventanilla.

Caleb tocó el claxon e insultó a otro conductor por haber invadido el carril. Cassandra se asustó porque no se lo esperaba. Ya hacía bastante que no estaba en la ciudad y no recordaba la locura que significaba conducir en Nueva York.

Pasados unos pocos de cientos de metros se atrevió a comenzar una conversación que tenía pendiente, pero que no sabía cómo abordar.

—¿Has hablado con Samantha de mí? —consiguió preguntar.

Él dejó escapar un resoplido.

—Lo he intentado.

—Me odia.

—No, no te entiende. —Detuvo el coche por el tráfico y la miró—. Cassou, yo tampoco te entendería si no supiera el motivo. Hijo de puta… —acabó susurrando.

—Lo es. Tengo que hablar con ella.

—¿Le contarás…?

—No lo he decidido aún. Si no se lo digo, sé que nuestra relación se va a deteriorar hasta un punto que puede que no nos recuperemos nunca. Y si se lo cuento, estoy segura de que es capaz de soltárselo a mamá.

—Sigo sin saber cómo demonios se ha hecho con ese material —se quejó Caleb.

—No lo sé, pero creo que en algún momento se ha tenido que cruzar con un periodista o con alguien del gremio, y adivina tú lo que habrá pagado para conseguirlas. Da igual. Esto…, ¿y son muy explícitas?

—Anatómicamente explícitas.

—Dios…

—No paro de darle vueltas a lo de contratar a un detective privado. Por un lado, pienso que es buena idea. Por el otro, ¿y si también nos chantajea? Por mucho acuerdo de confidencialidad que firmemos, si vende las fotos, estaremos igual de perdidos.

—Resumiendo: no tengo escapatoria.

—Bueno, no perdamos la esperanza aún. Por cierto, me sorprende que no haya querido recogerte en el aeropuerto.

—Bill no sabe que he vuelto. Ayer le envié un mensaje diciéndole que volaba el lunes. Me concedió una semana, y voy a exprimir hasta el último minuto.

—No te reconozco, Cassou.

—Ya, ni yo tampoco.

Caleb dejó el coche en uno de los aparcamientos de su hermana y subieron al apartamento. Nada más entrar, sintió el peso del deber en los hombros. Cada minuto la acercaba a Bill, y estaba empezando a costarle respirar.

—¡Qué limpio está todo! —dijo su gemelo.

—La empresa que tengo contratada viene todas las semanas. Nunca te habías fijado en estas cosas.

Él levantó los hombros.

—Estaré madurando.

Ambos sonrieron.

—Me muero de hambre. No he podido tomar ni un bocado en el avión por culpa de las turbulencias. ¿Pido algo de comer o me invitas? —preguntó ella, sacando la lengua en plan goloso.

—Te llevo donde quieras —dijo tratando de mantener el tipo, incapaz de continuar hablando de forma superflua.

Su hermana estaba allí de pie, muy entera. Como si lo que tenía que sacrificar no tuviese importancia. Eso le partió el alma al joven, que siempre la había ignorado y pasado por encima sin tener el más mínimo remordimiento. Sí, Caleb estaba madurando a marchas forzadas y la situación lo estaba superando.

Cass notó enseguida que el tono desenfadado de sus palabras nada tenían que ver con su expresión. A los dos se les daba fatal disimular y mentir. Para ella, era nuevo que él se preocupara tanto, así que no pudo guardarse lo que sentía al respecto.

—Cal, no te mortifiques más, ¿vale?

—Si no he dicho nada…

—Soy tu gemela y te lo veo en la cara.

—Me has pillado, ¿eh? Detesto ser tan malo mintiendo. Por eso nunca abro la boca en las negociaciones.

—¡Qué me vas a contar!

Esta vez rieron de verdad.

—No puedo soportarlo, Cassou. En serio, siento una soga al cuello desde que Morris vino al despacho y vi las fotos de mamá. —Su voz se quebró con las últimas palabras.

—Ey, ven aquí.

Como ironía del destino, era ella quien lo estaba reconfortando. Lo abrazó con esa fuerza imparable que nace del dolor más intenso y desgarrador que crea la impotencia. Atrás dejaba a la chica inocente y medrosa que se dejaba manipular con tal de conseguir la aceptación de los demás. Ese miedo a no ser suficiente como mujer, como persona, como hija…, simplemente, había desaparecido.

La nueva Cassandra que daba consuelo a su arrogante hermano ya no era la misma que había llegado a Los Ángeles. Las circunstancias, una vez más, la obligaban a tomar las riendas que le imponía Bill.

Oír sollozar a su hermano por primera vez desde que eran unos mocosos le insufló el valor para afrontar lo que le venía encima.

—Shh… Podré con ello. Soy una Wallace, ¿recuerdas?

Caleb asintió mientras se aferraba a ella. Cass no entendía ese cambio tan evidente en él. Supuso que estar a punto de perderlo todo y que la hermana de la que siempre se había burlado fuera la clave para mantener el castillo de naipes en su sitio le había demostrado lo injusto que había sido con ella.

—Eres la mejor Wallace de todos —dijo, separándose para mirarla a los ojos—. Lo siento, Cassou. Lo siento y no sé…

Ella le pasó la mano por su enmarañado pelo y terminó acunándole la mejilla. Cass formó una triste sonrisa, aceptando el duro papel que iba a representar durante los siguientes tres años.

—Gracias por ver la verdadera persona que soy. Creo que nunca lo habías hecho —expresó con el corazón contraído por las lágrimas que aún aguantaba su hermano.

—Ahora te veo, Cassandra.

—Cassandra… Me parece que es la primera vez que me llamas así.

—Te lo has ganado a pulso —reconoció avergonzado.

—Aun así, no dejes de llamarme Cassou. —Los dos sonrieron—. Y ahora, ¡basta de dramas! Salgamos y aprovechemos mis últimas horas de libertad, ¿de acuerdo?

—Me parece bien —zanjó el tema, frotándose la cara con energía—. Por cierto, ¿has hablado ya con Rachel y Olivia?

—Sí, claro. Ambas me dijeron que estoy loca.

—Joder…

—Caleb, he de aceptar que estoy sola en esto.

—Pero ¿qué dices? —se indignó—. ¡Yo estoy contigo! ¿Acaso no acabo de llorar como un idiota por eso? —Su expresión hizo reír a Cass—. Quiero que sepas que voy a pelear con uñas y dientes hasta el último minuto para que no tenga lugar esa boda. Si existe una forma de arreglarlo, da por seguro que la encontraré.

—Gracias —añadió ella con los ojos llorosos—. Jamás pensé que tuviéramos esta conversación o que te sintiera tan… cerca.

—Si te soy sincero, yo tampoco. Al menos la infidelidad y extorsión de Bill han traído un par de cosas buenas.

—Ah, ¿sí? —preguntó extrañada.

—Por supuesto. Tú eres una mujer mucho más fuerte y decidida. Y a mí esta locura me ha abierto los ojos acerca de la hermana tan maravillosa que tengo.

—Gracias, Cal. Lo que has dicho significa mucho para mí. Ahora, comamos algo. Necesito pensar cómo voy a conseguir que Sam, Rach y Oli se pongan de mi parte.

—Déjame a mí.

—¿En serio?

—Por supuesto. Dime, ¿quieres solucionarlo hoy mismo? —Cass asintió—. Bien, pues a mentir se ha dicho. Deja que les envíe un mensaje. Voy a decirles que quiero quedar con ellas para despotricar de ti. Te aseguro que, en menos de una hora, estarán donde les diga.

Cassandra soltó una carcajada porque su hermano hizo una mueca muy graciosa, de esas que odiaba hasta hacía muy poco. Pero ahora Caleb era diferente. Más cercano y cariñoso. Estaba luchando por ser el hermano que siempre debió ser, y su esfuerzo fue lo que la conquistó sin remedio.

Sí, Bill había traído algo bueno, solo que aún debían encontrar la manera de acabar con él como fuese.



A las cinco, Alex se despidió de Alice y Zac. Le hubiera gustado darle otro beso a su sobrina, pero al menos le faltaban un par de horas para volver. Su hermana le había insistido en que debía irse para hablar con Isaiah y arrancar con el plan de recuperar a Cassandra. Una tarea facilísima en el papel, pero casi imposible de llevar a cabo con los pocos recursos de los que disponía.

Se subió a su coche tratando de dejar de compadecerse. La situación con la que iba a enfrentarse para que Cass supiera lo que significaba para él no era la ideal, de eso estaba seguro, pero se agarró a esa posibilidad como si fuese un clavo ardiendo. Era eso o perderla. Y después

de lo que le había costado despertar del letargo en el que lo había sumido su pasado no iba a quedarse con los brazos cruzados. Por supuesto, aquella empresa no iba a ser un camino de rosas. La editora era un hueso duro de roer. Además, le había dicho en repetidas ocasiones que no estaba enamorada de él. Y existía ese pequeño detalle de que volvía a estar prometida. Unos pocos escoyos que tendría que salvar antes de hacerle ver que estaban hechos el uno para el otro.

Mientras conducía de vuelta a casa, se dijo que no había perdido la cabeza por intentar confesarle la verdad. Ahora se arrepentía de haber sido un maldito egocéntrico pagado de sí mismo todos esos meses. Esta vez sí que podía gritar a los cuatro vientos que había cometido el peor error de su vida y que era un verdadero idiota por dejar escapar a la mujer de sus sueños. Sin embargo, aquello tenía todo el sentido y un trasfondo mucho más complejo.

Podría culparse día y noche por haberse mentido a sí mismo con respecto a sus sentimientos, pero eso no iba a solucionar el problema. Durante años, había sido el único recurso que fue capaz de encontrar para proteger su corazón, aunque de nada le había servido. Cassandra, sin pretenderlo, había derrumbado todas sus defensas, y ya no había vuelta atrás. La amaba y haría cuanto pudiese para que rompiera su compromiso.

Aprovechó el primer semáforo que lo obligó a detenerse para llamar a Isaiah. Necesitaba su ayuda más que nunca, aunque sabía que no se iba a librar del rapapolvo por haberse comportado como un memo.

Y lo peor era que tenía razón.

—Hola, Alex.

—Isaiah, no sé cómo decirte esto, pero necesito tu ayuda y la de April. ¿Podéis venir a mi casa a cenar esta noche?

—¿Qué ocurre?

—Quiero… recuperar a Cass.

El exbróker sonrió. Pese a estar deseando decirle «te lo dije», se guardó el comentario para sí. Alex no era de los que pedían ayuda así como así, de modo que prefirió ahorrarse la burla y el regodeo. El escritor ya había sufrido suficiente para esa vida, y sabía lo mucho que le había costado hacer esa llamada.

—Deja que la llame antes, ¿vale? Pero creo que no habrá ningún problema.

—Estupendo. ¿Sobre las siete os viene bien? Sé que es un poco precipitado, pero…

—Tranquilo, ya voy de camino a recoger a April. Nos viene perfecto —dijo para tranquilizarlo—. Nos vemos allí en un rato.

—Gracias, Isaiah.

Nada más colgar. El surfista llamó a la agente. Ella se sorprendió del cambio de planes, aunque le dio mucha curiosidad conocer las intenciones de Alex. Si los hacía ir con esa urgencia, significaba que ya tenía en mente algo descabellado. Y estaba dispuesta a hacer lo imposible para que sus amigos estuvieran juntos.

Tras el saludo de rigor a Anora, el escritor fue a darse una ducha rápida. Necesitaba despejarse. A los pocos minutos, recibió un mensaje de Isaiah diciéndole que iban de camino. Alex aprovechó para hacer el pedido de la cena a domicilio.

Antes de las siete, la pareja entraba en el salón. April trató de acariciar a Anora, pero la gata corrió a esconderse detrás de un sillón.

—Vaya, no me ha dejado tocarla —se lamentó.

—Es una granujilla. Verás que dentro de un rato se te acerca —respondió Alex.

—No te preocupes, a mí a veces no me deja tampoco —comentó el afroamericano.

—¿Queréis tomar algo? La cena está a punto de llegar.

—Sí, claro —respondieron los dos.

Se sentaron en los sofás. El escritor estaba bloqueado. Quería abordar el tema cuanto antes, pero no sabía cómo comenzar. Por suerte, la agente inmobiliaria no fue nada sutil y soltó de sopetón la bomba.

—Bueno, Alex, vamos a dejar las cartas sobre la mesa porque tenemos poco tiempo. Así que, dime, ¿cómo demonios pretendes recuperar a Cassandra si has dejado que se fuera sin confesarle que estás enamorado de ella?

—¡April! —se quejó Isaiah.

—¿Qué? O hablamos por las claras o Cass se casa con Bill.

—Ella tiene razón —admitió Alex—. Me comporté como un imbécil cuando me lo contó. Podría haberle confesado que la quería. Incluso a la mañana siguiente, cuando la llamé, tuve la oportunidad de decírselo. Os juro que no sé qué me ocurrió. Me quedé en blanco y me cerré en banda.

—Has pasado por mucho —añadió el surfista.

—Lo entiendo, Alex. Pero Cass lo tiene muy difícil. —April se mordió la lengua porque no debería haber dicho esas palabras.

—¿Difícil? ¿Por qué?

El timbre sonó. Era la cena. Ella suspiró porque esperaba que el trasiego los hiciera olvidar su imprudencia. No podía contarles el problema en el que estaba inmersa la editora a ninguno de los dos y había estado a punto de soltarlo a la primera de cambio. Su necesidad por ayudar a su amiga había estado a punto de traicionarla. Por mucho que le doliera que eso provocara que Alex caminara a ciegas y dificultara su plan para recuperarla, debía estar mucho más atenta con sus respuestas.

—Hum… ¡esto está riquísimo! —dijo April al probar el primer bocado de comida india.

—Pero ¿qué dices? ¡Si pica como el demonio! —se quejó Isaiah con la cara llena de gotitas de sudor.

—¡Anda ya, exagerado! Mézclalo con un poco de salsa *raita*, está muy suave y verás cómo te rebaja la sensación de ardor. O si no, ¿tienes leche, Alex?

—Claro, esperad un momento. Hasta yo voy a tomar un poco.

Tras beber unos sorbos para tratar de que sus gargantas no combustionaran, Alex comenzó a contarles su plan. Los dos lo miraban atentos, solo que no sabían si podrían serle de mucha ayuda.

—A ver, la única forma que se me ocurre de conseguir el teléfono de Samantha es pidiéndoselo a Maverick. No sé si mi primo podrá convencerla, y ahí entras tú, April.

—Ya, Alex, pero no sé si seré capaz de conseguir que se implique. Ten en cuenta que apenas nos conocemos —mintió.

April no sabía cómo abordar el tema. Samantha estaba muy enfadada con su hermana porque había vuelto con Bill. De hecho, llevaba unos días sin contestarle las llamadas justo por eso. La agente miró hacia su plato y sonrió de forma imperceptible. Acababa de encontrar la excusa perfecta para hablar con Samantha. No podía revelarle los motivos de Cass para aceptar el compromiso, pero puede que confesarle que el escritor estaba enamorado de ella sí que la ayudase a conseguir que la bróker se pusiera de su parte para apartarla de Bill. Ahora solo tenía que pensar un motivo convincente para que Cassandra fuese a la productora el mismo día que el escritor tenía la reunión.

Mientras tanto, Alex e Isaiah no dejaban de proponer ideas para intentar buscar la manera de conseguir su ayuda, pero ninguna parecía convencerles.

—Chicos, chicos… No os comáis la cabeza. Yo me encargo de todo. Os aseguro que Sam es un amor —se le escapó, pero ninguno de los dos pareció darse cuenta—, y estoy segura de que ambas seremos capaces de lograr que vaya.

—¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó el escritor, que no prestó atención a la incongruencia de su amiga.

—Primero, despotricar hasta que a la pobre le sangren los oídos. Cass me dijo que Sam se había enfadado mucho por lo de Bill, así que ese es un buen motivo para llamarla. Me haré la indignada por lo de la apuesta. Le diré que ha salido huyendo porque ha perdido y está muerta de miedo. Que, a ti, el que se haya ido, te ha dejado hecho polvo. Y que eres un tonto de remate por dejarla escapar por no haberle confesado a tiempo que estás loco por ella.

—¡April!

—Isaiah, o busco la forma de que seamos uña y carne o Sam no me ayudará. Al fin y al cabo, Cass es su hermana. Por muy enfadada que esté, jamás haría nada para perjudicarla. Pero ¿y si es por amor? Yo le voy a asegurar de que tú eres su alma gemela y que es una mentirosa porque me confesó que te amaba.

A Isaiah le faltó poco para atragantarse. Ambos habían llegado al acuerdo de que Alex nunca sabría por ninguno de los dos lo que Cass le gritó a Bill. Eso no era de su incumbencia, sobre todo porque ella no había dejado de negarlo tras lo ocurrido en la boda de Blair. El surfista no sabía qué le había hecho cambiar de opinión, pero April estaba enterada de todo. Y se le había escapado en el calor de la conversación diciéndolo como si nada.

—¿Cómo que Cass te confesó que me amaba? —preguntó el escritor muy despacio. Su amigo ni respiró.

—No, Alex. Eso es lo que yo le voy a decir a Sam —aclaró para salir del paso. Isaiah bebió un sorbo de cerveza porque el bocado se le había quedado a la mitad—. Tengo que mentirle. Después, cuando te diga que sí, nada de esto tendrá importancia. ¿Lo entiendes?

—Sí, claro —dijo él con la tristeza instalada en la cara. Por un momento, había creído que estaba enamorada de él.

April se sintió la peor persona del mundo al ver su expresión, pero no podía contarle la verdad. Lo había prometido, y la única que debía explicarle sus verdaderos motivos era Cassandra. Lo que estaba en juego no era una nimiedad, y no iba a traicionar a su amiga cuando toda su familia pendía de un hilo. Más bien, de su sacrificio.

—Haré todo lo que pueda, Alex —añadió la agente.

—Lo sé, y te lo agradezco.

El escritor sonrió y April le devolvió la sonrisa. En realidad, ninguno podía estar seguro de que aquello sirviera para algo. Básicamente, el plan consistía en lograr que Cass fuera a la productora. Allí estaría lejos de muchos ojos indeseables y eso proporcionaría la oportunidad de que hablasen.

Estar a solas después de la última vez que se vieron no iba a ser fácil, aunque lo más importante era qué demonios iba a decirle para que renunciara a Bill y empezara una relación con él.

Alex aún no lo tenía claro, pero si todo fallaba, echaría mano de su último recurso. Esperaba con todas sus fuerzas que esa no fuera la pieza clave para que dijera que sí porque, si con eso no era suficiente, la perdería para siempre. Y no estaba preparado para que aquello sucediera.

CAPÍTULO 10. ¿CÓMO HAS PODIDO?

Después de acabar lo que consideró Cassandra como su «almuercena», se dirigió con Caleb a Central Park. Pese a estar cerca de cuatro grados, se decidieron a dar un paseo mientras desarrollaban la estrategia a seguir. No iba a ser nada sencillo que las tres no se le tiraran a Cassou a la yugular. La primera de todas, Samantha, que detestaba a Bill sin tapujos. Después, y casi a la par, Rachel y Olivia. Las dos le habían dejado claro que no la entendían y que les costaba mucho asimilar aquella insensatez.

Lo que ninguno de los dos sabía es que las tres llevaban varios días hablando en privado de cómo convencerla para que anulara el compromiso y la boda. Así que cuando Caleb les envió un mensaje para quedar con ellas en el Starbucks de *Columbus Ave* las tres aceptaron sin pestañear.

—Sabes que con esto vas a entrar en su lista negra, ¿verdad? —dijo Cass acomodándose en un sillón.

—Lo sé, ¿y qué? Rachel y yo no terminamos de encajar.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado entre vosotros?

—Pues…

—¡No le habrás puesto los cuernos! —lo interrumpió ella con una mirada inquisidora.

—No, ¡por supuesto que no! ¿Por quién me tomas? Desde la noche en El Cielo no he pensado en nadie más.

Cass abrió los ojos y ladeó la cabeza, esperando.

—Ni me he acostado con nadie más —añadió—. ¿Contenta?

—Mucho —respondió ella con un gesto de aceptación—. Pero si ese no es el motivo, ¿dónde está el problema?

—No lo sé.

Cass observó a su hermano y no tuvo más remedio que creerle. La expresión de ignorar la razón era patente.

—Puede que solo tenga miedo, Caleb. Lo cierto es que no he hablado con Rach del tema, con lo que esto es solo mi suposición.

—¿Y a qué puede tener miedo?

—A ti. Teme que te vayas. Que no sea suficiente para el tipo de mujer que buscas.

—¡Yo no busco a nadie! ¿Y cómo no iba a ser suficiente? ¿Qué gilipollez es esa?

—Se lo dijiste tú. Es lo que le diste a entender hace casi seis años cuando rompisteis. Le soltaste algo en tu línea de que «buscabas algo menos permanente y más… elevado».

—Joooder, Cassou. ¿Y tú crees que es eso? ¡Si ni recuerdo haberlo dicho! —reconoció, enseñando ambas palmas.

—Normal, no era a ti a quien le estaban haciendo daño.

—Pues no sé…

Caleb no pudo continuar porque aparecieron de golpe las tres en la cafetería. Al verla, cada una de ellas formó una mueca de reprobación. Todas mirando hacia Cass.

—Así que lo que nos has hecho es una encerrona, ¿no? —soltó Rachel a Caleb.

—Te dije que no quería hablar contigo —expuso de malos modos Samantha a su hermana.

—No me esperaba menos de ti, «kryptoniano» —escupió la periodista—. Esta vez te has

lucido. Vamos, es que ni siquiera te has esforzado en montar un caballo de Troya. Incluso hasta para ti ha sido una bajeza atraernos con mentiras. Y eso que parecía que querías despellejar viva a Cass en tu falso, vil y ruin mensaje. Aunque supongo que lo habéis escrito entre los dos después de partiros de risa a nuestra costa…

—Dios, Olivia, no es nada de eso. De modo que ¡cierra el pico y sentaos de una vez! —regañó Cassandra con determinación.

Las tres se miraron indignadas, pero terminaron por hacerle caso.

—Y, antes de montar la horca, dejadla hablar. ¿De acuerdo? Mientras tanto, ¿qué queréis tomar? —preguntó Caleb.

—*Gingerbread latte* para mí —dijo Rachel.

—Yo quiero lo mismo —pidió Olivia.

—A mí me apetece un *Pumpkin Spice Latte* —reconoció Cass.

—¿Qué te vas a pedir tú? —le preguntó Sam, que no se decidía por ninguna de las anteriores bebidas.

—Un *caramel Macchiato*.

—Pues yo quiero lo mismo.

Caleb asintió y se puso en la cola. El ambiente gélido que dejó en la mesa bien podría haberse manufacturado al por mayor. Cass se sentía observada y, peor aún, juzgada por la decisión que había tomado. Claro que no era para menos. Meses atrás, las cuatro habían despotricado a placer de su recién estrenado exprometido. En cambio, ahora, estaban allí para tragarse todas las palabras que habían compartido porque ella había cambiado de opinión de forma repentina.

Cuando menos era algo muy extraño, y ninguna se sentía capaz de empatizar con la nueva chica que las había hecho ir ayudada de un mensaje repleto de patrañas.

—Dejad de mirarme así. Sigo siendo yo, ¿vale? —dijo para romper el hielo.

—Perdona que te lo diga, futura señora Morris, pero eso lo dudo mucho —respondió Rachel.

—Mira, por una vez, coincido contigo —añadió Olivia.

—¿Y tú no dices nada? —preguntó Cass mirando a Samantha.

—¿Yo? ¿Quieres de verdad que te diga lo que pienso?

—Claro que sí.

—¿Cómo has podido? Siento vergüenza de ti. Durante todos estos meses, he creído que habías cambiado. Otra ciudad; otro trabajo; otro chico… Todo falso. Las discusiones con mamá, Caleb o conmigo… Todo mentira. Eres un fraude, Cass. Eres… Vas a ser el hazmerreír de la familia, de nuestros amigos, de tus propios compañeros de trabajo… Con esto vas a humillarnos a «todos», incluida a ti misma. No te reconozco. En serio, no sé quién eres. En Los Ángeles parecía que estabas enamorada de Alex. ¿Es que ese chico no significa nada para ti? Venga ya, Cass. A mí no me engañas. ¿Os habéis acostado tres veces y no sientes lo más mínimo por él? —disparó como una metralleta. La ira tomó el control de sus palabras y empezó a decir lo primero que se le pasaba por la cabeza.

Cass negó, indignada por sus palabras.

—¡No lo niegues! —prosiguió, hecha una furia—. En el cumpleaños de April, todos vimos lo que había entre vosotros. ¿Me estás diciendo que lo has mirado a la cara y le has dicho que vas a casarte con el asqueroso de Bill?

—¿Has acabado? —respondió Cass con brusquedad.

Rachel y Olivia casi no podían respirar. Era la primera vez que oían a Samantha ser tan

directa y cruel con ella. No entendían a su amiga, pero jamás se les hubiera ocurrido decirle nada semejante. Quizás algo parecido a que estaba tomando una mala decisión. Puede que ambas la tacharan de loca, aunque las palabras de la menor de los Wallace les resultaron demasiado hirientes y de poca ayuda.

Ninguna de las dos fue capaz de hablar después de aquello. Más que nada porque no querían empeorar las cosas.

—¿Te ha parecido poco? —ironizó Sam.

—No, es justo lo que me merecía. Pero ahora vas a escucharme tú. ¿Sabes lo que eres, Sam, ahí, creyendo que estás por encima de mí? Pues una inconsciente que es incapaz de mirar otra cosa aparte de su precioso ombligo mientras juzga con soltura las decisiones de los demás sin tener ni idea de lo que implican realmente.

En ese momento, llegó Caleb con los cafés. Había oído retazos de lo que le había dicho Sam a Cassandra. En más de una ocasión, había estado a punto de salir de la cola y decirle la verdad, pero eso solo serviría para empeorar las cosas. Además, Cass le había hecho prometer que jamás se lo contarían. De modo que, por mucho que se lo llevaran los demonios, estaba dispuesto a mantener su palabra. Aunque eso no significaba que abandonara a su gemela, sino todo lo contrario. Estaba dispuesto a hacer un frente común con ella hasta encontrar una solución. Después, por supuesto, le rompería todos los dientes a Bill por lo que le había hecho y por el chantaje a su familia.

—¿Que solo me miro el ombligo? Pero ¿tú te estás oyendo? ¡Que te vas a casar con el tío que te puso los cuernos con tu mejor amiga!

—Cierra la boca de una vez —exigió furioso, mirando a Sam—. ¿Por qué crees que tienes derecho a criticar a Cassou? Es nuestra hermana. Puede que no compartas sus decisiones, pero ¡tenemos la misma sangre! Yo la apoyo al cien por cien —añadió, pasándole el brazo por los hombros—, así que no te atrevas a decirle ni una sola vez más que va a ser el hazmerreír de la familia. Sí, te he oído desde la cola.

—Pero, Caleb, Cass nos juró que nunca volvería con Bill. ¿Qué vale entonces su palabra? —se quejó la bróker.

—¡Lo mismo que la nuestra! ¿¡Es que tú no puedes cambiar de opinión, maldita sea!? Pues ella también.

Cassandra, Olivia y Rachel los miraban de manera intermitente. Ambos se veían muy enfadados. Uno la defendía a muerte y la otra la criticaba sin parar. Los dos puntos de vista no dejaban de provocar encontronazos entre los hermanos, y Cass no era capaz ni de dar su opinión porque ninguno de los dos paraba de discutir.

Ella sentía un nudo en el estómago. Solo quería que la apoyaran, aunque no la entendieran. Sabía que era muy difícil estar en ambos bandos. El de su hermana y amigas era el de la incredulidad más absoluta, puesto que se había desdicho a sí misma. El de Caleb y el suyo era el del horror. La espada de Damocles pendía encima de sus cabezas oscilando con la amenaza de hacer saltar todo por los aires. Si no aceptaban las condiciones de Bill, su reputación desaparecería. Y entonces sí que todos se convertirían en el hazmerreír del mundo.

Cansada de no avanzar en la conversación, decidió cortarla por lo sano. Si estaban de su lado, perfecto. Si no, aguantaría esos tres años y desaparecería del mapa durante un tiempo. Bastante tendría con soportar las miradas de reprobación y condescendencia de cuantos se cruzaran en su camino tras la boda como para seguir aguantando las de censura de ellas. Parecía que su obligación fuera acatar lo que los demás le exigían, como si todos tuvieran derecho a opinar sobre sus decisiones y no fuese capaz de dirigir su vida. Bebió un sorbo de café y recordó

que ya había pasado por lo mismo meses atrás, pero esta vez no iba a justificarse ni a pedir permiso para hacer lo que le venía en gana. Ya no. Ahora era una mujer distinta y eso la llevó a estallar, harta de oír las críticas de su hermana.

—Samantha, me voy a casar con Bill. Te garantizo que el tiempo pondrá todo en su lugar, pero necesito saber si puedo contar contigo o, por el contrario, dejarás de hablarme porque no entiendes mi decisión.

—Cass, es que no creo que pueda llegar a entenderla nunca.

—Ni yo tampoco —añadió Rachel. Olivia se sumó a ella, negando con la cabeza.

La editora elevó los hombros. No había más posibilidades que esas dos: o estaban a su lado o no.

Caleb miró a Cass. Solo les quedaba una salida, pero ella imitó a Oli y negó despacio. El productor entendió y decidió acabar con aquello.

—Me avergüenzo de las tres. Vosotras siempre habéis sido sus mejores amigas —dijo a Rachel y Olivia—. Y, por el amor de Dios, ¡tú eres su hermana! —añadió, mirando con ira a Sam—. Vámonos, Cassou. Yo te apoyo y siempre te apoyaré.

Los dos hicieron el amago de levantarse. Al verlos, algo se removió en el interior de Sam. Puede que no comprendiera los motivos de Cass para cometer la locura de volver con Bill, pero Caleb tenía razón. Ella era su hermana, y lo menos que podía hacer era apoyarla.

Eso sí, se la llevarían los demonios cuando tuviera que recoger los pedazos, pero, por el momento, se pondría de su parte.

—Está bien, Cass. Estoy contigo —acabó diciendo mientras asentía, tratando de asimilar su decisión.

Sus palabras consiguieron que los dos volvieran a sentarse.

—¿En serio, Sam?

—No sé quién de las dos está más loca, si tú por casarte con ese gilipollas o yo por no impedirlo —afirmó la bróker.

—Las dos opciones son igual de válidas… —respondió Cass con la voz quebrada.

Samantha le ofreció la mano y ella la apretó con fuerza. Rachel y Olivia se miraron y, con media sonrisa, estuvo todo dicho entre ellas. Las dos hicieron el mismo gesto y las cuatro acabaron cogidas de las manos.

—Gracias, chicas. Sois las mejores…

—Lo sabemos —soltó Olivia—. Pero no creas que te vas a librar de contarnos qué puñetas te ha obligado a tomar esta decisión cuando «El tiempo ponga todo en su lugar».

—¿A qué te refieres? —preguntó Rachel sin entender nada—. ¿Qué ha pasado? ¿Quién te obliga? —insistió, mirando a Cass.

—Siempre has sido muy observadora, Olivia. Nuestra pequeña «Sherlock» —dijo la editora, volviéndose hacia Caleb. Él dibujó una sonrisa y se ciñó a jugar con su taza vacía.

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando? ¡Cuéntanos ahora mismo qué está ocurriendo porque no entiendo nada! —exigió Sam, soltándola de la mano.

Cassandra frunció los labios, a punto de romperse. Sin embargo, negó para darles a entender que no diría nada.

—No puede, Sam. ¿Es que estás ciega? —se quejó Olivia—. Tienes mi apoyo, Cass. Sea lo que sea, estoy contigo.

—¿Cómo lo has…? —preguntó la editora.

—En ningún momento has dicho que lo quieres. Si lo que vas a hacer fuese por amor, no tendrías esa expresión «otra vez me ha arruinado la vida». En tu cara no hay felicidad, sino

pesadumbre.

Cass se mordió el labio inferior y luchó como una fiera para no dejar que las lágrimas salieran a borbotones.

—Te mereces un *Pulitzer* —susurró sobrepasada.

—Y tú librarte de lo que sea que te está pasando, pero me temo que no puede ser, ¿me equivoco? —añadió la periodista.

—¿Alguien me puede explicar de qué puñetas estáis hablando? —insistió Samantha, desesperada por querer entender la situación—. Caleb, dime ahora mismo lo que sabes o juro que le digo a mamá que te vas a casar con Rachel para que te machaque con los preparativos de la boda.

—¿Qué? —soltaron los dos.

—¡A mí no me metáis en vuestros líos! —dijo Rach con voz seria.

—Primero, no pienso contarte nada, y, segundo, casarme con ella no te va a servir como amenaza.

Caleb miró a Rachel, a la que le faltó poco para que la mandíbula le llegara al suelo. No esperaba esa respuesta de él ni tampoco su expresión burlona y de despreocupación hacia su hermana menor. Samantha se quedó un momento en silencio. Nada le daba más pavor y urticaria a Caleb que hablar de casarse. No tenía idea de lo que estaba ocurriendo, pero no iba a quedarse sentada permitiendo que Cass mantuviera un secreto con su gemelo dejándola al margen. Además, Cal nunca se había llevado bien con Cassandra. Siempre buscaba la forma de exponerla al ridículo más cruel, sin embargo, y delante de sus narices, ahora mostraba una actitud protectora hacia ella. Y eso sí que no tenía sentido de ninguna manera.

Dándole vueltas a lo que podía ser, Olivia le impidió que llegara a cualquier conclusión porque se le adelantó en tomar las riendas de la conversación.

—¿Y qué más da lo que suceda? Cass nos necesita, y eso es lo único que debería importarnos. Así que, chicas, cerrad el pico y cuando pueda decirnos el porqué, aquí estaremos. Ya hemos dicho que la apoyaremos, dejad de buscar sus razones y mantengámonos unidas.

Sam, que no iba a darse por vencida tan pronto, les volvió a exigir una respuesta.

—Sí, un discurso precioso, Oli. Ahora, vosotros dos, soltad prenda. Soy vuestra hermana, ¿qué me estáis ocultando?

—Basta ya. No podemos contarte nada y tendrás que asumirlo —la cortó Caleb—. Lo que sí te pido es que apoyes a Cassou porque, tal y como ha dicho Olivia, te necesita. Os necesita ahora —insistió—. Y os aseguro que os va a necesitar mucho más en un futuro. Eso debería ser suficiente para ti, Sam. Para todas —añadió, haciendo con la mirada un barrido de las tres.

—¿Y pretendes que me quede tan tranquila?

—No, Sam —intervino Cassandra. Entendía a su hermana, pero esa conversación no paraba de ir en círculos y ya estaba empezando a cansarse de repetir siempre lo mismo—. ¿Acaso me ves tranquila? ¿O a Caleb? —Inspiró con fuerza para mantener las lágrimas a raya—. Sé que te resulta muy difícil esta situación, de acuerdo, pero no más que a mí. ¡No más que a mí! —repitió despacio y con sentimiento—. Créeme, llegará el momento en que todo tendrá sentido y entenderás… entenderéis —agregó, incluyendo a sus amigas— esta decisión. Solo os pido que… ¿Podéis estar a mi lado?

—Me pides tener fe ciega en ti, pero me resulta imposible sabiendo lo que vas a hacer —soltó Sam, incapaz de aceptar sin más su decisión.

En realidad, desde que se habían encontrado allí, sus hermanos no habían parado de dar rodeos para no explicar el verdadero motivo. Tampoco le habían dado argumentos suficientes

como para que pudiera apoyarla en esa locura de casarse con Bill. Samantha se veía incapaz de aceptarlo en la familia y no entendía el cambio antinatural de Caleb, que ahora parecía el paladín de Cassandra, defendiéndola a capa y a espada. Ahí tenía que estar sucediendo algo extremadamente complicado para que ella aceptara volver con su ex. Pero ¿el qué?

De pronto, ató cabos y se le formó un nudo en la garganta.

—¿Estás embarazada de Bill? —preguntó a viva voz.

—Shhh —la regañó Cass—. ¡Por supuesto que no! ¿Estás loca?

—Entonces, ¿qué demonios es?

Rachel, ya había oído suficiente. Le estaba siendo imposible apartar la mirada de Caleb, aun así, la reticencia de Sam le comenzó a exasperar, de modo que decidió intervenir.

—Joder, Samantha, ¿estás sorda o qué? ¡Qué no pueden decírnoslo! —exclamó para callarla—. Y ¡para de una vez!, que me están entrando ganas de estrangularte. ¿Es que no ves cómo está tu hermana? ¡Mírala, por Dios! —exigió—. ¿Crees que si pudiera no nos lo diría?

—¡Me importa muy poco! Y tú cierra el pico porque esto no te incumbe. ¡Es mi familia la que va a estar en todas las redes!

—¡Eso es justamente lo que estoy impidiendo! —se le escapó a Cass dando un golpe en la mesa.

—¿Qué? —preguntaron las tres.

—Solo te voy a decir esto y aquí termina la conversación: debo casarme con Bill —recalcó—. Así que borra de una vez esa expresión de indignada porque crees que voy a ponerte en ridículo y arruinar tu vida. ¡Te aseguro que es todo lo contrario!

—Pero…

—Samantha, ¡déjalo estar! —le ordenó Caleb—. Cassou nos salva a todos, así que ¡cierra la boca de una vez!

Su tono hizo que su hermana diera un respingo, Rachel y Olivia se ciñeron a escuchar.

—¿Que nos salva a todos? ¿Qué quieres decir?

—Nada, ¡que no podemos decirte nada! —susurró de malos modos él—. Te lo repito: ¡déjalo estar!

—¿Y cómo pretendes que haga eso con lo que acabas de decirme? —le recriminó sulfurada.

—Porque me quieres —respondió Cass, bajando el tono—. Porque te lo estoy pidiendo con el corazón destrozado y «te necesito» —añadió, cerrando un instante los ojos—. Créeme, la peor parte me la llevo yo. Solo te ruego que estés a mi lado. Con mamá y papá juzgándome voy a tener más que suficiente.

—Entonces, eso quiere decir que no amas a Bill —dijo más para ella que para su hermana. Como si de pronto fuera consciente de lo que estaba sucediendo.

Cassandra ladeó la cabeza y sus ojos reflejaron el dolor que escondía tras esa decisión. Acabó negando mientras formaba la sonrisa más triste que Sam le había visto nunca. Esto la empujó a no preguntar nada más. Trataría de sonsacar a Caleb en otro momento, pero algo le decía que el ostracismo de los dos encerraba un problema enorme. Algo que implicaba a la familia, y Cass se iba a sacrificar por todos ellos.

—Está bien. Estoy contigo.

Sam le volvió a ofrecer la mano y esta vez todos se unieron a ese pacto de silencio.

Cassandra cerró de nuevo los ojos e inspiró para asumir el futuro que le esperaba. Solo la separaba un día del tormento. El lunes se acercaba a marchas forzadas, y nada impediría que Bill la llamase para exigirle comenzar cuanto antes esa pantomima.

Los miró a los cuatro y acabó sonriendo.

—Tres años se pasan en un parpadeo. Así que estad preparados para morderos la lengua porque la función está a punto de comenzar.

Las tres abrieron los ojos de golpe, pero no dijeron nada. Esas palabras fueron suficientes para que entendieran que el «demonio» le había exigido un plazo, y Cass había aceptado el trato.

CAPÍTULO 11. NECESITO TU AYUDA

Después de recoger los platos de la cena, volvieron al salón. El escritor preparó café para que todos mantuvieran la mente despejada y, mientras degustaban «el líquido que daba la vida», tal y como lo definía Alex, decidieron entre los tres que aquel era un buen momento para llamar a Maverick. Apenas eran las ocho de la tarde, así que, o estaba ya con la hermana de Cass o seguro la vería pronto.

A más de cuatro mil kilómetros de distancia, Samantha se despidió de todos con un beso tras recibir un wasap de Mav confirmándole que pasaría a recogerla en la cafetería en unos cinco minutos. Tenían una reserva para cenar en el Peak Restaurant & Bar a las nueve, en la planta ciento uno del edificio 30 Hudson Yards, y el tráfico de la ciudad estaba imposible.

De camino hacia el aparcamiento, la bróker estaba muy seria y pensativa. Apenas había cruzado unas pocas palabras con Maverick. Aún no podía asimilar la conversación tan extraña que acababa de tener. Ni siquiera había oído la pregunta de su chico, puesto que solo era capaz de pensar en qué sería lo que Bill tenía contra ellos para que su hermana aceptara casarse con él.

—La Tierra llamando a Sam… —bromeó.

—¿Eh?

—Te he preguntado dos veces que cómo te ha ido con tus hermanos y las chicas.

—Dios, lo siento, Mav. Ha pasado algo y estoy… descolocada. La verdad, es que no sé qué decirte. Me siento como si estuviera esperando un cataclismo, así que me decanto más por el «no ha ido demasiado bien». —Suspiró, tratando de tranquilizarse.

—Ya veo. ¿Y no puedes contarme nada? —preguntó con cautela—. Tal vez con un punto de vista distinto encontremos juntos una solución.

—Eso querría yo, pero ellos no nos lo han dicho, ni a mí ni a las chicas. Solo sé que lo que ha sucedido implica una decisión terrible. Y no sé qué hacer.

—Sam, entiendo que seas discreta y lo respeto; pero, si pretendes que te ayude siendo tan escueta con la información, te adelanto que no voy a poder.

Ella resopló tratando de buscar la forma de explicárselo.

—A ver, ha sucedido algo que obliga a alguien a hacer una cosa con la que no estoy de acuerdo para nada. Pero ese «alguien» no puede revelar por qué lo hace. ¡Y me tiene loca! —dijo exasperada.

—Lo siento, pero no te sigo.

—¡Ni yo misma me sigo!

—Es malo, ¿me equivoco?

—No, es peor.

—¿Y ese «algo» tienes que hacerlo… tú? —indagó para asegurarse si le afectaba a ella de forma directa.

—No. El sacrificio le toca a alguien que quiero muchísimo, y no puedo hacer nada para que cambie de opinión.

Maverick la miró con las cejas levantadas. Llenó la boca de aire y lo sostuvo un instante. Después, lo dejó salir de golpe.

—Lo siento. Se ve que es algo muy complicado.

—Sí, mucho. Gracias por no acribillarme a preguntas porque…

En ese momento, el bróker recibió una llamada que se conectó al coche. Sonrió al ver

quién era.

—¡Ey! Mi escritor favorito.

—Hola, Mav —dijo Alex.

—Voy conduciendo y llevo el manos libres. Cuidado con lo que dices, Samantha está conmigo —comentó para que no soltara una broma de las suyas bastante subidas de tono.

—¿En serio? —respondió, mirando a Isaiah y April.

—Sí, claro. Vamos a cenar. Oye, ¿estás en la ciudad? ¿Te apuntas?

—No, estoy en casa, en Los Ángeles. Maverick, yo también tengo el manos libres. Me acompañan Isaiah y su… —el surfista vocalizó una palabra que ella no acertó a ver porque estaba muy atenta al móvil— novia, April.

En cuanto lo dijo, la agente giró la cabeza hacia el afroamericano, quien le guiñó un ojo mientras ella movía la mano para dar a entender que de aquello hablarían después. Él asintió y se llevó el índice a los labios para que no hiciera ruido. En respuesta, April le sacó la lengua. Algo que le hizo reír.

—Ey, Isaiah, ¿qué tal va todo? —dijo Maverick.

—Muy bien. A ver cuándo te dejas caer por Los Ángeles, que no hay quien te despegue de Nueva York —le regañó riendo.

—Comprende que tengo un buen motivo para quedarme. —El bróker se llevó la mano de Sam a los labios.

Ella le sonrió con un brillo especial en los ojos.

—¡Hola a todos! —saludó con musicalidad.

—Hola, Sam —respondió April—. No puedes hacerte una idea de lo que me alegro de hablar contigo.

—Ah, ¿sí?

—Perdona que sea tan directa, pero no sé cómo decirte esto de otra manera: necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? ¿Para qué? —preguntó con mucha curiosidad.

April le contó la historia que había inventado para que la bróker buscara la manera de llevar a Cass a la productora cuando Alex supiera qué día iba a tener la reunión. Samantha estaba muy callada y atenta escuchando cada palabra. Ese maldito sábado todos se habían puesto de acuerdo para volverla loca. Por un lado, lo de su hermana. Por otro, acababa de enterarse de que Alex estaba enamorado de Cass y de que ella lo estaba de él. Pero la boda con Bill era inminente, y a Sam le iba a estallar la cabeza porque no sabía cómo arreglar todo aquel embrollo.

Cuando la agente inmobiliaria acabó, ellos salieron del coche. Maverick había aparcado y subían al restaurante.

—April, dame unos minutos y te llamo. Vamos a entrar en el ascensor y no sé si se va a cortar.

—De acuerdo.

Mientras esperaban a que la pareja llegara al restaurante, los tres se levantaron para estirar las piernas.

April estaba temblando. Le había mentido a Samantha a propósito y sabía que aquello era el aderezo perfecto para provocar una hecatombe. Por lo que Cass le había contado de cómo era su hermana, si ella llegaba a averiguar la verdad, más le valía a Bill esconderse bajo una piedra como se le ocurriera publicar las malditas fotos o el vídeo. Sam no era tan dulce ni permisiva como Cassandra, y a la editora no le quedaba ninguna duda de que se encargaría de hundirlo en el agujero más profundo, aunque nada tendría sentido porque su familia ya estaría en boca de

todos. De eso mismo habían hablado Cass y ella la noche anterior. Y estaba convencida, por lo poco que la conocía, que era capaz de hacer eso y mucho más.

April no paraba de repetirse que esa pequeña farsa era para ayudar a su amiga y, por supuesto, al escritor. Aun así, se sentía fatal por propiciar que Cass se viera con Alex cuando Bill le había prohibido cualquier contacto con él. Eso podría meterla en un buen lío, y la pobre ya lo tenía bastante difícil. La agente repasó la conversación y tuvo que reconocer que aquello tal vez empeorara la situación de la editora, pese a que su intención fuese loable.

Cass le había dejado un mensaje donde le decía que su hermano iba a recogerla en el aeropuerto. En cierto modo, ambas habían albergado la esperanza de que eso fuese una señal de que Caleb hubiera avanzado algo con el tema. Pero ya habían pasado unas horas y no tenía noticias suyas. Estaba segura de que, si tuvieran una solución, aunque fuese una mínima parte, ya la habría llamado.

Mientras Alex e Isaiah hablaban de cómo proseguir con aquel plan, April se acercó a las cristaleras. Una luna llena enorme apenas alumbraba a lo lejos. En Los Ángeles, se hacía muy complicado ver las estrellas debido a la contaminación lumínica, pero la noche estaba tan despejada que la agente pudo ver algunas salpicadas en el cielo.

Cerró un instante los ojos y frunció los labios. No tenía idea de cómo iba a librarse su amiga de ese tremendo problema y tampoco de cómo ella misma guardaría ese secreto cuando implicaba a Alex tan de lleno. Si él supiera lo que estaba sucediendo… No quería ni imaginar qué haría. Lo primero, coger un vuelo. Después, podría ocurrir cualquier cosa. Aquello no la beneficiaría en nada, sino todo lo contrario porque le sumaría una preocupación a Cassandra, y estaba segura de que a Bill el amor que sentía el escritor por su «presa» no iba a importarle nada. Él solo buscaba recuperar su estatus, y eso solo podría proporcionárselo esa Wallace.

El móvil del escritor sonó y los tres regresaron a toda prisa a sus asientos.

—Hola… —dijo Alex.

—Soy yo —respondió Samantha—. Por favor, quita el manos libres. Quiero hablar con April en privado.

Isaiah asintió mirando a su amigo. Él pulsó el botón y le pasó el teléfono a la agente. Ella se levantó y regresó hacia las cristaleras para tener un poco más de intimidad.

—Sam, ya puedes hablar. Solo yo puedo oírte —aseguró April.

—Genial, ahora vas a contarme qué es lo que está pasando.

—¿Yo?

—Sí, tú. Me parece muy sospechoso que mi hermana haya llegado hoy y vosotros me estéis llamando para pedirme algo estúpido y enrevesado.

—No te entiendo, Sam. Yo no sé…

—Tú eres la única en la que ha podido apoyarse para contarle la verdad. Algo me dice que Caleb está implicado, pero ha sido todo circunstancial.

—Sam, de verdad que no sé de qué me hablas. —Se mordió el labio inferior y cerró los ojos un instante para buscar las palabras adecuadas—. Solo sé lo mismo que tú, que se casa y punto. Alex trató de decirle lo que sentía, pero ella no le ha dado la oportunidad. No sé por qué ha dejado de ser su editora ni qué es lo que le ha hecho cambiar de parecer para volver a Nueva York. Yo te estoy pidiendo que le eches una mano para que pueda verla. Eso es todo.

—¿Y no te ha contado nada? —insistió.

—Sé lo mismo que tú. Reconozco que no la entiendo, pero eso no significa que no respete su decisión. La voy a echar mucho de menos. Ya no será lo mismo sin verla casi todas las semanas, pero me alegro por ella si es lo que quiere.

A April se le revolvieron las tripas. Conocía muy poco a Sam, así que mentirle de esa manera no le resultó nada fácil. Trató de convencerse a sí misma de que lo hacía por un bien mayor, solo esperaba que no le explotara en la cara a Cassandra y a su familia. Al pensar en ello, se volvió hacia Alex. El semblante del escritor era el del dolor más profundo. Sus ojos reflejaban que todas sus esperanzas estaban concentradas en esa conversación.

No quería fallar a Cass, ni a Alex, ni engañar a Sam. Se había metido de lleno en algo que no debería y ahora no sabía cómo salir.

—¡Maldita sea! —acabó diciendo la bróker—. Esperaba que a ti te lo hubiera contado. —Dejó escapar un suspiro—. Está bien, April. Pon el manos libres.

—De acuerdo.

Ella se acercó en tres pasos al escritor y a su chico, se sentó en el sofá y dejó el móvil encima de la mesa.

—Ya está, Sam —añadió April.

—Alex…

—¿Sí? —preguntó con un nudo en la garganta.

—La has cagado y bien. Ya te vale. Mira que pasarte meses y meses diciéndole que no te ibas a enamorar de ella…

—Soy un gilipollas —la interrumpió.

—Pues sí, pero cuenta conmigo. Haré lo imposible para que vaya el día que estés en la productora. El resto te toca a ti. Es lo máximo que puedo hacer, ¿lo entiendes?

—Claro. Te lo agradezco mucho, Samantha —dijo el escritor.

—Te paso a Mav, quiere saludarte. Adiós, Alex.

—Gracias.

Ella esperó a que Maverick terminara de pedirle al camarero una botella de *Cabernet Sauvignon* y le pasó el móvil.

—Hola, Alex. ¿Qué tal sigues?

—Pues más o menos. ¿Sabes? He pensado cogerme unos días libres antes de la reunión en la productora. Si fuera posible, me gustaría que nos viéramos los tres una noche para cenar. Quiero agradecerle en persona a Samantha su ayuda.

—Claro, ¡eso está hecho!

—Gracias, Mav.

—Cuídate.

Nada más colgar el escritor, tuvo la sensación de que aquello no iba a servir para nada.

Cass era muy cabezota, tanto o más que él. La decisión de casarse no era algo que hubiera tomado a la ligera, así que hacerla cambiar de opinión no iba a ser fácil.

—¿En qué piensas? —preguntó Isaiah al ver su expresión.

—No sé si esto va a servir de algo.

—¡No digas eso! —intervino April—. ¿Acaso no quieres aprovechar esta oportunidad?

—¿Y si aun así me rechaza? —dijo con la preocupación instalada en la cara.

—Nada garantiza el éxito —comenzó el surfista—, pero no por ello vas a dejar de intentarlo. Si eso llegara a ocurrir, aquí estaremos para recoger los pedazos.

Alex asintió despacio. En realidad, no había nada más que pudiera hacer. Si ella dijera que no, la noche se cerniría espesa, creando un vacío como jamás había conocido.

Miró a los dos y enmarcó una sonrisa triste mientras se repetía que, si Cass lo rechazaba, ya no habría pedazos que recoger.

—¿Os apetece otra copa? Celebremos que puede que tenga una oportunidad —dijo

tratando de animarse.

—Lo lograrás, Alex. Estoy segura —respondió April.

El escritor sirvió la bebida y brindaron por esa posibilidad, pero, en el fondo, estaba muerto de miedo por perderla para siempre. Y esa sensación no iba a desaparecer hasta conseguir que ella lo eligiera a él y regresara a Los Ángeles para comenzar una vida juntos.

Volvió a sonreír diciéndose que, como continuara así, tendría que dejar de escribir romántica para lanzarse de lleno a la fantasía. Lo que estaba pidiendo era un maldito milagro, y el único tipo de hechicera capaz de conseguir aquella locura, por desgracia, tan solo existía en su imaginación.



Samantha brindó con Mav y bebió un sorbo de aquel maravilloso vino. La cabeza no dejaba de darle vueltas a todo lo que había ocurrido desde esa tarde.

Por un lado, estaba muy molesta porque sus hermanos no habían confiado en ella para contarle lo que estaba sucediendo. Por otro, mucho se temía que mentirle a Cass para que se encontrara con Alex en la productora trajera más problemas que soluciones.

La única referencia que tenía de la relación entre ellos se reducía a la noche que los vio representando una cita en el cumpleaños de April. Por supuesto, la de El Cielo no contaba. Allí solo hubo sexo y poco más. En cambio, aquella noche, mientras bailaban con Frank de fondo…

Sam sabía lo que a Cassandra le gustaba Sinatra. Se enfadó consigo misma porque aquello solo era una deducción infantil por su parte. *The way you look tonight* no era la razón de que su hermana se hubiera enamorado.

Maverick la sacó de su pequeño mundo interior porque llevaba un buen rato sin decir nada.

—Sam, ¿qué ocurre?

—No lo sé. Ese es el problema. Yo… —Se quedó con la boca entreabierta sin saber qué decir.

—Bueno, verás cómo al final todo se soluciona.

—Cass va a casarse con Bill y creo que la está chantajeando de algún modo —soltó de sopetón.

—¿Por qué iba a hacer Morris algo semejante? —dijo Mav, que no la seguía.

—No lo sé. Pero ¿qué razón habría para que ellos volvieran? Además, Caleb lo ha dejado muy claro, lo hace para salvarnos a todos. ¿De qué? ¿Qué es lo que tiene Bill contra nosotros?

—¿Y no te han dicho nada más? —Mav se rascó una ceja, mientras pensaba en qué habría llevado a la hermana de su chica a aceptar ese matrimonio.

—Que esto durará tres años. Es como si ella tuviera que estar con él ese tiempo y luego todo acabará.

—¿Y dónde entra Alex en esto?

—¿En serio crees que yo lo sé?

Ambos se miraron y terminaron riendo. La conversación había derivado en una sucesión de frases inconexas que no llegaban a ninguna parte.

—Bueno, me ha dicho que vendrá unos días antes de la reunión en la productora y quiere

cenar con nosotros —dijo Maverick, bebiendo un sorbo de su copa de agua.

—Genial. A mí lo que me sorprende es que se lo haya contado a Caleb y no a mí.

—¿Por qué?

—Digamos que su relación no ha sido muy sana desde… nunca. Él es muy especial y ella…

—Sam, si no te sientes cómoda, no hace falta que me lo cuentes. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, pero llevamos pocos meses siendo pareja. Entiendo que la confianza es algo que hay que ganarse a pulso. Dicho esto —dibujó una sonrisa muy sensual—, estoy convencido de que, si nos fuéramos a vivir juntos, tus reticencias disminuirían bastante. ¿No te parece?

El pulso de Sam se aceleró de forma instantánea. Un segundo estaba hablando de Cassandra y al otro Maverick le estaba proponiendo algo para lo que no estaba preparada. ¿O sí?

—Si es una broma, has elegido el peor momento para hacerla.

—¿Acaso me ves reír, Samantha? —dijo muy despacio mientras la miraba, esperando una respuesta que hiciera de esa cena un recuerdo inolvidable para los dos.

Ella unió los labios en una línea sin mostrar ninguna pista que le hiciera pensar lo que estaba decidiendo. El tiempo se detuvo apenas un instante, aunque el suficiente como para dar comienzo a un camino muy distinto por el que llevaban meses transitando.

El cambio asustaba, pero no dar el paso era algo que jamás se iba a plantear. Esa invitación creaba un mundo nuevo, y nada ni nadie le impediría saber qué se hallaba al otro lado.

—Me parece —dijo al fin.

—No estoy de broma. —Él no había entendido su respuesta.

—Me has dicho que, si nos fuésemos a vivir juntos, mis reticencias disminuirían. Y has añadido, ¿no te parece? —Sonrió y se mordió ligeramente el labio inferior—. Pues… me parece.

Maverick no pudo evitarlo y se levantó para darle un rápido beso. Estaban en uno de los restaurantes más elegantes de la ciudad, y no era plan de dejarse llevar por lo que aquella respuesta implicaba.

—Señorita Wallace, ¿sabe que esa respuesta la acerca peligrosamente a donde no quiere llegar? —bromeó él con una gran sonrisa instalada en su rostro.

—No me lo recuerdes. —Cerró los ojos mientras negaba—. Esto es culpa tuya. Si no fueras tan irresistible, no estaría metida en este lío. Pero olvida eso de hincar la rodilla o de poner un anillo en ninguno de mis dedos. Estoy muy bien como estoy.

—¿Enamorada? ¿Feliz? ¿Loca por mí?

—Sí, sí y sí —dijo Sam con media sonrisa.

—Tranquila, por el momento, me conformo con vivir juntos —le aseguró, guiñándole un ojo.

—Mav, me gustas mucho, pero no quiero que tengas falsas esperanzas conmigo.

—Explícate, por favor —pidió muy serio.

—Perdóname por decirte esto, pero no creo que el amor dure para siempre. O puede que sí, ¿yo qué sé? Pensar en el matrimonio hace que me suden las manos porque me sentiría atada a alguien, y no sé si estoy preparada para eso.

Él dibujó una ligera sonrisa.

—Sam, ¿me puedes hacer un favor?

—Claro.

—Mírate las muñecas. —Ella lo hizo—. Ahora, los tobillos. —Frunció el ceño, pero también se los miró—. Por último, toca tu cintura y tu precioso cuello.

Pese a que le pareció una petición bastante extraña, acabó por complacerle.

—¿A dónde quieres llegar?

—¿Ves alguna soga o algún grillete? —preguntó con voz grave pero dulce.

—No. —Dejó escapar un suspiro, entendiéndolo.

—Yo no busco ponerte una cuerda alrededor de ninguna parte de tu impresionante cuerpo. Yo… te quiero, Samantha, y esto solo es un comienzo. Pero solo si tú también lo deseas.

—Nunca me habías dicho «te quiero» —susurró emocionada.

—Un error imperdonable por mi parte. —Se quedó un instante en silencio, reorganizando sus pensamientos—. Hay algo que necesito decirte, y es que yo no soy Alex. No voy a jugar contigo representando una decena de citas sin sentido cuando me muero por decirte que te quiero.

—Él te contó…

—Sí, hace un tiempo hablamos del tema. Como el resto, le aconsejé que no lo hiciera. Por supuesto, no me hizo caso. Pero no quiero hablar de eso. Has aceptado irte a vivir conmigo, aunque me has prohibido ponerme de rodillas. Una pena, la verdad…

—¡Maverick! —Ambos rieron—. Fuera de bromas, entiende que solo tengo veintitrés años. No estoy segura de nada.

—¿Ni de que me quieres?

—De eso sí estoy segura. Te quiero, solo me da miedo que me hieran. Cass ha sufrido muchísimo, y ahora…

Samantha se detuvo un momento mientras sopesaba si contarle lo que había callado de la relación entre sus hermanos. Mav se había ganado con creces conocer la verdad. Al fin y al cabo, iba a formar parte de la familia. Ese pensamiento la hizo sonreír. Su chico merecía conocer toda la historia. Quizá, de ese modo, pudiera darle otra explicación a lo que ella era incapaz, por mucho que lo había intentado.

—Lo que antes no te he contado es que Caleb y Cass se han llevado siempre bastante mal. Todo por culpa de él, por supuesto. Le quiero mucho, pero Cal es egocéntrico, narcisista y cruel. Su necesidad patológica de quedar por encima de Cassandra es algo que no he soportado nunca. De hecho, he discutido con él por lo mismo durante años. Y ahora viene lo bueno, ¡esta tarde eran uña y carne! La ha defendido a capa y espada. Le daba igual lo que pensáramos nosotras, él estaba de su lado sin restricciones ni quejas. ¿Tú entiendes algo? Porque yo no —soltó casi sin respirar.

—¿Y todo ha sido a raíz del compromiso? —preguntó cauteloso.

—Sí.

—Ahí lo tienes. De hecho, lo has dicho antes. Morris tiene algo que implica a tu familia, es decir, a Cass. Si iban a casarse, imagina qué puede ser. Fotos, vídeos, *chats*… Cualquier cosa que pueda dejarla en ridículo.

—¿Crees que puede ser eso?

—Sam, no lo sé. Es lo único que se me ocurre.

Ella volvió a quedarse callada. Mav había dado en el clavo. Si Bill tenía algo de su hermana, ella haría cualquier cosa para que no saliera a la luz. Tendría que averiguarlo. Lo que no entendía era por qué había confiado antes en Caleb que en ella para pedir ayuda.

—Eres muy inteligente.

—Tú me inspiras.

—Oh, no. ¿Ahora vas a ser uno de los que dice ese tipo de cosas?

—Y peores…

—¡Brindemos por ello!

Los dos chocaron sus copas mientras ambos sonreían abiertamente. Aquella noche comenzaba una nueva etapa en su relación. Pese a que Sam era reacia al compromiso, Maverick le había ofrecido la libertad. Y eso había terminado por enamorarla sin remedio.

CAPÍTULO 12. BIENVENIDA AL HORROR

La tarde anterior, Cass, nada más despedirse de Caleb y Rachel, por un lado, y de Olivia, por otro, regresó a su apartamento en el centro de Manhattan. Un fuerte sentimiento de estar en el sitio equivocado se instaló en su pecho. Cerró la puerta y las miles de luces de Nueva York la saludaron desde el otro lado.

Dejó las llaves en el recibidor y apretó con fuerza la mandíbula al ver las maletas. Se descalzó y, con los zapatos en la mano, caminó por aquella casa como si no le perteneciera. Era la primera vez que esas preciosas paredes blancas inmaculadas no la impresionaban. Echaba de menos las fotografías que había dejado en Los Ángeles, pero algo le había impedido cogerlas.

Pasó a la habitación que hacía las veces de despacho y biblioteca, y sonrió al ver un precioso cuadro que le habían regalado sus abuelos junto con aquel carísimo piso. Le pertenecía desde que había alcanzado la mayoría de edad. Había sido su regalo de graduación. Cerca de cinco millones de dólares, calderilla para su familia. Avanzó hasta una de las estanterías donde descansaban docenas de *CD*, un guiño de su abuela para que no dejara nunca de oír a Sinatra y a otros muchos músicos que adoraba. Quizás le debería recordar que todas aquellas canciones las tenía a un solo clic en una plataforma, pero ella se negaba a avanzar de ese modo.

Cerró los ojos y pensó en ellos. Hacía bastante que no los llamaba. Miró la hora. Apenas eran las diez. Hizo el cálculo de la diferencia horaria: las cinco en Edimburgo. Inspiró con una sonrisa y dejó los zapatos en el suelo. Volvió al salón y sacó su móvil del bolso.

—¿Carys? —preguntó la voz más dulce que había oído en mucho tiempo.

Ishbel Wallace era la única que, desde pequeña, la llamaba por su segundo nombre. Aquello, sin entender el motivo, hizo desaparecer todas las defensas de la editora de golpe.

—Abuela…

Cass no logró decir nada más. Cerró los ojos con fuerza mientras su mentón no dejaba de temblar. Llevaba siendo fuerte demasiados días. En realidad, se había convertido en un bloque de acero para soportar lo que vendría con el compromiso. Pero allí sola, a apenas un día de comenzar con aquella maldita farsa, se derrumbó.

Un sollozo desgarrador le dio a entender a Ishbel que su nieta tenía algo muy grave que contarle.

—Carys, ¿qué ocurre? —dijo preocupada—. ¿Es tu padre?

—No, abuela. Todos están bien. No es… eso.

—Cuelga y hazme una videollamada. Necesito verte, ¡ya!

La editora no tenía fuerzas para contradecirla, así que abrió WhatsApp y obedeció.

—¡*Nec tamen consumebatur*[1]! ¿Por qué estás llorando?

—Es por la boda.

—¿Qué boda? ¿Pero no la anulaste hace meses?

—Vuelvo a estar prometida con él.

—¿Con quién? —dijo elevando el tono.

—Con… Bill.

—No puede ser. ¿Por qué?

—Han pasado muchas cosas desde que dejé Nueva York que no te he contado. Y la peor de todas en la última semana.

—A ver, Carys. Soy tu abuela y sé que eres muy reservada, pero me tienes a solo una

llamada de distancia. Puedes confiar en mí. Siempre estaré de tu lado, ¿entiendes? Ahora dime qué es lo que tiene Bill en tu contra para aceptar casarte con él.

—Eres muy lista, ¿lo sabías?

—Pues claro. Venga, cariño, dime qué sucede. La verdad.

Cassandra compartió con ella la misma historia que a Samantha y las chicas. También le habló de sus meses con Alex y la apuesta tan descabellada con la que ambos habían estado jugando al ratón y al gato. Lo más difícil fue confesarle que estaba enamorada del escritor, pero que debía casarse con Bill.

Un resumen a toda mecha para condensar en pocos minutos cuánto se había equivocado y lo mucho que amaba a Alex. Solo que él nunca lo sabría y estaba convencida de que, a esas alturas, ya se estaría divirtiendo con otras sin recordarla. Aquel pensamiento le dolió en lo más profundo de su ser, sin embargo, ese se lo guardó para sí misma. Su abuela no necesitaba conocer todos los detalles de la historia, con el resto era más que suficiente.

—Me has dejado sin palabras, Carys. ¿Y estás segura de que Alex no está enamorado de ti?

—Lo estoy. De todos modos, aunque así fuera, he de casarme con…

—¡No lo menciones, por favor! A ver, sé que me has repetido una y otra vez que haces esto por la familia. Eso es lo único que me ha quedado claro.

—Exacto.

—¿Entiendes que no puedo permitir que te sacrifiques de esa manera por nosotros? Estás ahí, mirándome a los ojos mientras me dices que durante tres años vas a convertir tu vida en un tormento, ¿y pretendes que me quede tan tranquila sin hacer nada? —gritó más de la cuenta.

—Shh, ¡baja la voz! No quiero que se entere el abuelo.

—¿Que no se entere tu abuelo? A tu abuelo le faltó poco para ir allí, quería castrar a Bill. Si averigua que Morris está chantajeándote con Dios sabe qué, no quiero estar en la misma habitación que él cuando lo vea. ¿Entiendes? —dijo, apretando la mandíbula con furia. Un rasgo que había heredado Cass de ella.

—Dios… —Bajó la cabeza y se llevó la mano a los ojos. Acabó frotándose la frente, intentando buscar una solución a todo aquello.

—Mírame, Carys. —Ella lo hizo—. ¿Lo que tiene es contra ti directamente?

—No te lo voy a contar. No puedo.

—Cassandra Carys Wallace, no me hagas volar hasta Nueva York para impedir esa boda porque te juro que lo haré. ¿Es alguna irregularidad sobre la productora? ¿Tu padre tiene una amante? ¿Es sobre Caleb? ¿Acaso ha dejado embarazada a alguna chica?

Cass negó a todas sus preguntas.

—No es nada de eso, abuela.

Ishbel cerró los ojos y dejó escapar una risa cansada con los labios cerrados. Por fin había unido las piezas y todo cobraba sentido.

—Claro que no, cariño. Es de tu madre.

—No te voy a decir…

—Ni hace falta. Tu expresión habla por sí misma. Sabes que no eres demasiado buena mintiendo.

—Es cierto. —Cassandra dibujó una sonrisa muy triste.

—Bien, ¿y qué puedo hacer para ayudarte?

—Ese es el problema, abuela. No hay nada que podamos hacer.

—Si tú no me lo cuentas, ¡pagaré a alguien para que averigüe qué demonios tiene ese

malnacido sobre tu madre!

La editora no le había contado aún con qué le estaba extorsionando Bill. Estaba convencida de que no era necesario que nadie más lo supiera. Asimismo, lo que acababa de decirle Ishbel apoyaba su decisión de no confesarle toda la verdad. Por mucho que los quisiera, sabía que el poder que ostentaban sus abuelos podría inducirles a cometer un error. Y nada hacía más vulnerable a aquellos que se encontraban alrededor de alguien poderoso, que cree poseer la razón solo por disfrutar de una posición privilegiada, porque se convertirían en un daño colateral. La editora había visto demasiadas veces cómo el dinero había conseguido que los suyos y algún que otro conocido cercano se sintieran con el derecho de imponer a otros su voluntad a base de talonario, y eso era lo que más le preocupaba.

Su familia siempre había poseído esa ventaja, y temía que, al enterarse sus abuelos de lo que había hecho su madre, no les importara destruirla ante todos sin pensar en el daño que aquello causaría a su padre. Cass jamás permitiría que él sufriera si estaba en su mano impedirlo, y aquello le dio la fuerza para tomar las riendas de la conversación.

Por mucho que la quisiera, debía pararle los pies.

—Te quiero, abuela. Eso lo sabes, ¿verdad?

—Y yo a ti, pero…

—No, esto he de solucionarlo yo. Es mi vida y yo decidiré lo que puedo hacer o no con ella. Así que debes confiar en mi criterio y en que haré lo que sea necesario para mantener el honor de la familia intacto.

—¿Y vas a sacrificarte por tu madre? ¡Ella no se lo merece! Mírate, Carys. Te cambió de arriba abajo durante años, y solo volviste a ser tú después de dejar a Bill.

—Sí, tienes razón. Pero ya no soy esa persona. Encontraré la manera, *seanmhair*[2] —dijo con los ojos empañados—. Por favor, confía en mí —repitió—. He de hacer esto «a mi manera». —Ladeó un poco la cabeza mientras formaba una ligera sonrisa.

—Es un golpe bajo que recurras a Frank.

—No, es justo lo contrario.

Esa respuesta hizo sonreír a Ishbel. Por fin veía fuerza en las palabras y en la expresión de su nieta. Asintió mientras se decía que, por el momento, la dejaría que hiciera las cosas a su manera, pero jamás iba a permitirle que se casara con Bill. Menos aún, que lo hiciese por su insoportable madre.

—De acuerdo, Carys. Solo quiero que sepas que puedes contar conmigo. No estás sola.

—No, abuela. Caleb está a mi lado en esto.

—¿Caleb? —preguntó sorprendida.

—Sí.

—Pues sí que han cambiado las cosas desde que te fuiste a Los Ángeles.

—Mucho, la verdad. Tengo que dejarte. Quiero cenar algo y he de ponerme a trabajar un poco.

—Es verdad, ahora lo harás desde casa y volarás cada dos por tres. Cariño, sabes que nunca te ha hecho falta. Podrías dejarlo y, simplemente, vivir. Podrías venirte a Escocia un par de semanas con tu abuela y olvidarte del mundo… —la tentó con una sonrisa.

—No me des ideas. ¿Sabes que una de las citas era en el castillo de Eilean Donan?

—¿En serio?

—Sí, trataba sobre una excursión muy divertida que acababa con los protagonistas… ya sabes, en una parte escondida del castillo.

—¡He de leerme los libros de ese escritor!

Las dos acabaron riendo.

—Venga, cena algo —dijo Ishbel.

—Te quiero, abuela. Te llamo en unos días. Y no hagas nada por el momento, ¿de acuerdo?

—¿No te fías de mí?

—¿Y tú de mí?

Volvieron a reír. Cassandra le lanzó un beso y colgó la videollamada. Se había pasado más de una hora hablando y estaba agotada. Se dirigió a la cocina para hacer un pedido a domicilio. Allí no tenía nada.

Esperando la cena, se acercó a la enorme cristalera. Las vistas eran magníficas y, desde el piso veintitrés, la ciudad era abrumadora. Si hubiese querido, podría haber tenido el mundo a sus pies. Una de las herederas del imperio Wallace no se hubiera topado con ninguna dificultad en pedir cualquier precio para dar una exclusiva. Podría haberse beneficiado tanto de la ruptura como de la reconciliación. Lo había visto decenas de veces, sin embargo, ella jamás podría actuar de ese modo. Aunque, en ese momento, ganas no le faltaban con tal de deshacerse de su prometido.

Se regaló una leve sonrisa al darse cuenta de que, el reflejo de la mujer que no dejaba de pensar en cómo impedir su futuro, ya no se parecía en nada al de la chica que había salido corriendo del apartamento de Bill.

Al poco, llegó la cena. Encendió la televisión y buscó en la plataforma una de sus películas favoritas. No era la mejor adaptación, pero, en ese momento, solo deseaba perderse en la mirada de Darcy mientras Elisabeth le decía que él sería el último hombre sobre la faz de la tierra con el que podría casarse.

Irremediablemente, Alex volvió a su mente. A su corazón. Y, mientras Keira Knightley caminaba entre la ropa blanca tendida para entrar en casa, se dijo que debía hallar la forma de romper aquel maleficio que la unía a Bill. Su vida no podía ser la trama secundaria de una mala novela, sino algo épico que fuese recordado.

Alex merecía hacer el esfuerzo de buscar una salida. Pese a no estar segura de si él llegaría a amarla, se dijo que su historia aún no estaba escrita. E iba a poner todo de su parte para llegar a un «felices para siempre».

A la mañana siguiente, se levantó con la mente más despejada. Les envió un mensaje a sus hermanos diciéndoles que iría a comer a casa de sus padres y necesitaba que los dos estuvieran allí para darle apoyo.

A los pocos minutos, Caleb y Sam le respondieron que contara con ellos. Ambos tenían claro que la discusión estaba garantizada y no iban a dejarla sola bajo ningún concepto, puesto que no sabían qué podría pasar cuando su madre la mirara con la condescendencia del vencedor.

De pronto, Cassandra recibió un mensaje que le heló la sangre.

Bill_10:01
Bienvenida a Nueva York, futura señora Morris. Estoy deseando verte mañana.

Aquel wasap le revolvió el estómago. «Bienvenida al horror querrás decir», pensó. Después se preguntó cómo demonios había averiguado que ya estaba en la ciudad. Un *flash* de April diciéndole algo sobre una app que podía ubicar cualquier móvil solo con saber el número le vino a la mente.

Cass_10:03

Deja de espiarme o no hay trato. ¿Para qué quieres verme?

Bill_10:05

Comeremos juntos. Un *paparazzi*, al que he pagado, hará un reportaje a todo color de cómo nos besamos porque, presuntamente, hemos vuelto.

Ella inspiró con fuerza para tratar de serenarse. Solo podía enfrentarse a un problema a la vez, y ese día, en exclusiva, era para solucionar la discusión que había tenido con su padre por volver con Morris. Así que decidió cortar por lo sano porque necesitaba un par de horas de tranquilidad antes de ducharse para ir a casa de sus padres.

Cass_10:10

Mándame la dirección y hora para mañana. Allí estaré.

Bill_10:01

Créeme, no te puedes hacer una idea de cuánto lo estoy deseando.

Cass iba a enviarle una respuesta mordaz, pero decidió que ignorarle seguro le molestaría mucho más. Se preparó un café y se dirigió a su despacho para revisar los correos.

Después de un par de horas muy intensas, decidió ducharse. Tras echar un vistazo en el armario a las prendas gruesas de invierno que no había enviado a Los Ángeles, encontró el vestido de lana de color gris que llevaba un par de temporadas sin ponerse. Su madre siempre acababa haciéndole algún que otro comentario hiriente disfrazado detrás de una sonrisa forzada. En esta ocasión, la que sonrió fue ella al pensar que era la prenda perfecta para hacer frente a la conversación que le esperaba.

A la una y media, llegó a la casa familiar. Se sorprendió al ver los coches de sus hermanos en el aparcamiento, eso significaba que habían llegado antes para servirle de coraza.

Nada más entrar, se topó de frente con su padre.

—¡Papá!

—¡Cassou!

Se dieron un fuerte abrazo. Habían pasado casi seis meses desde que Cass se marchó a California.

—¿Cómo estás? ¿Cómo va todo? —preguntó emocionada.

—Ah, no, señorita. Tú y yo tenemos que hablar muy seriamente acerca de lo que nos dijiste la semana pasada.

Caleb y Sam aparecieron para saludarla. Por último, Grace hizo una entrada triunfal. Su expresión reflejaba lo complacida que estaba con la decisión que había tomado su hija, y su actitud hacia ella así se lo confirmó.

—Cassandra, querida. —Se acercó y simuló darle dos besos—. Mmm… ¿Qué llevas puesto?

—Mi nuevo vestido preferido, mamá. Acostúmbrate a él, creo que voy a comprarme uno de cada color del arcoíris —respondió mordaz mirándola a los ojos. Cassandra ganó el pulso.

Sus hermanos fueron en su ayuda. Tras besar a su madre, cada uno la cogió del brazo y los cinco se dirigieron al comedor.

La conversación se centró primero en el trabajo de Cass, las nuevas producciones que estaban en cartel y los bombazos que tenían preparados para Navidad. En realidad, era como si el elefante que todos estaban tratando de ignorar estuviera campando a sus anchas por la habitación.

Hasta que Grace rompió la magia del momento.

—Bien, Cassandra. Pensaba que hoy vendrías a comer con Bill. La semana pasada hablé

con él y se disculpó conmigo. Desde luego, es muy considerado…

Ella por poco escupió el sorbo de vino que acababa de beber. No pudo evitarlo y se echó a reír.

—Mamá, Bill es tan considerado como una boa constrictor con una gacela —dijo con ironía.

—Bueno, su comportamiento no ha sido el más acertado, desde luego. Pero me ha jurado que está arrepentido y que su intención es hacerte muy feliz —respondió, bastante satisfecha con cómo habían acabado las cosas.

—Me parece increíble lo que estoy oyendo —dijo Carmichael, incapaz de mantenerse callado ni un minuto más—. ¿Por qué te casas con él, Cassou? Después de todo lo que hablamos en mayo, ¿qué demonios te ha ofrecido para que lo aceptes de nuevo?

Los tres hermanos se miraron un instante. Samantha aún seguía perdida, ya que no conocía los verdaderos motivos que obligaban a Cass a seguir adelante. Caleb, sin embargo, bajó la mano y cogió la que ella había dejado apoyada en la pierna para darle ánimos.

—Me he dado cuenta de que aún lo quiero. Después de salir con otros chicos… De haber… —Cass dejó en el aire lo que sus palabras significaban—. En fin, que creo que Bill es el hombre de mi vida. Nada es eterno, ni siquiera la fidelidad. Cambiar de ciudad, de amigos, de… todo me ha hecho ver que estaba basando mi relación en un ideal imposible de sostener en el tiempo. Cuando él y yo hablamos de Peyton —tragó el dolor para continuar—, nos dimos cuenta de que solo había sido algo estúpido e infantil. Lo que sentimos es mucho más fuerte que un simple revolcón.

—¡Querrás decir decenas! —gritó Carmichael hecho una fiera. Era incapaz de entender a su hija.

—Papá, ¿eso qué más da? Quiero que te pongas en mi lugar. Aunque me dolió muchísimo lo que hizo, mi decisión de casarme con él es solo por «amor». Puedes estar convencido de que ese es el motivo.

Caleb le apretó de nuevo la mano y Sam puso la suya sobre la pierna de Cass. Ambos habían captado el mensaje, solo que su padre estaba demasiado ofuscado como para ver más allá.

Por supuesto, no comprendió a su hija y acabó poniéndose en pie con la hiel hirviendo cada parte de su cuerpo.

—No lo acepto, Cassandra. Si quieres cometer una locura, no puedo impedírtelo, pero no pretendas que esté a tu lado en el altar para entregarte a un hombre que aborrezco.

—¡Carmichael! —exclamó Grace indignada—. Claro que la llevarás al altar. ¿Qué diría todo el mundo si no fueras con ella?

—No, esa no es la maldita pregunta que se va a hacer todo el mundo, Grace, lo que se van a preguntar es ¿¡qué demonios tiene nuestra hija en la cabeza para aceptar a un cabrón como Bill!? No puedo seguir con esta conversación. Haced lo que os dé la gana, ¡pero no contéis conmigo!

Cass vio cómo su padre dejaba el comedor y daba un portazo que retumbó en todo el ático.

—No te preocupes, Cassandra. Yo lo haré entrar en razón —dijo su madre, limpiándose con elegancia las comisuras de los labios—. Has tomado la decisión correcta. Estoy muy complacida por cómo has actuado. Bill te conviene, ya tenéis vuestro precioso apartamento amueblado y es cuestión de semanas que podamos arreglar lo de las invitaciones y buscar un lugar precioso para el evento.

—Sí, mamá —contestó Cass con un nudo en la garganta.

Grace asintió dibujando una sonrisa sorprendentemente deferente.

—Si quieres, podría echarte una mano. Hay tantas cosas por hacer que seguro te verás sobrepasada.

—Claro, mamá.

Caleb y Sam no dijeron ni una palabra. Cassandra había bajado las manos y las tenía entrelazadas con las de sus hermanos.

—Hija, me alegro de que hayas vuelto a ser razonable. Estoy convencida de que vas a tener un matrimonio maravilloso. Por cierto, si quieres, podríamos ir de compras esta semana. Estoy deseando regalarte ropa nueva, lencería elegante, zapatos… Todo lo que te apetezca. ¿Qué te parece? —Su cara reflejaba el entusiasmo por la decisión de su hija.

—Claro, mamá. Llámame y quedamos. Ahora, chicos, he de irme. Mañana tengo que entregar el informe de tres nuevas novelas y si no me pongo ya, ¡los gritos de mi jefe se van a oír hasta aquí! —Rio con ganas mientras tragaba fuego.

—Por supuesto. Si a Bill le parece bien que continúes con la otra editorial, aprovecha. Así mantienes un poco de libertad.

—Mamá, ¿tú diciéndome que puedo trabajar? —ironizó.

—Ya ves, hija. Me estoy haciendo mayor y me adapto a los tiempos.

Los cuatro rieron. Tres de ellos para complacerla y disimular la rabia que sentían. Tras despedirse de su madre, bajaron al aparcamiento.

—¿Cómo estás, Cass? —preguntaron los dos.

—Pues igual. Siento mucho que papá se lo haya tomado así. Creía que con la discusión de la semana pasada había aceptado la situación, pero se ve que no.

—Normal —dijo Sam—, si es que no es para menos. Si no supiera lo que sé, querría matarte.

—No tienes ni idea de nada, enana —replicó Caleb en plan sabelotodo.

—¿Sabes que eres un idiota?

—Ey, basta ya los dos —los regañó Cass con cariño—. Por cierto, mi «futuro marido» me ha mandado esto.

Ella les enseñó los wasaps y a ambos se los llevaban los demonios.

—Voy a matar a ese gilipollas, ¡lo juro! —soltó Caleb, hecho una furia.

—¿Me contáis de una vez qué es lo que tiene contra la familia? —se quejó muy seria Sam.

Los gemelos se miraron y asintieron. Seguir callando era un sinsentido que lo único que conseguía era separarlos de Samantha, y ahora necesitaban estar unidos más que nunca.

—Está bien, veníos a mi casa y lo hablamos. Caleb, trae lo que tienes.

—¿Estás segura, Cass?

—Por supuesto. Hemos de acabar con Bill, y yo sola no sé cómo hacerlo.

—Nos vemos en tu casa en una hora —añadió su hermano.

—Yo te sigo —dijo Sam.

Los tres salieron del aparcamiento convencidos de que tenían que encontrar una solución para pararle los pies a Morris.

Sam se pasó todo el camino intentando adivinar qué tendría Bill sobre ellos. Cass, sin embargo, solo pensaba en cómo iba a digerir lo que vería en las fotos. Caleb le había dicho que no las viera, pero aquello, aunque servía para protegerla, no significaba que la librara de esa boda. Necesitaba desesperadamente encontrar la manera de impedirla como fuera, y algo en su interior le decía que entre los tres iban a hallar el modo de hacerlo.

CAPÍTULO 13. UN DÍA PARA RECORDARTE

Aquella mañana, Alex se había despertado tras sufrir otra pesadilla terrible. Siempre se repetía la misma secuencia de imágenes antes de abrir los ojos: la mujer que amaba, a la que no era capaz de ver el rostro por mucho que lo había intentado, le decía que ella también estaba enamorada de él, pero que debía irse para cumplir con su deber. Pese a gritarle a todo pulmón que no se marchara, no podía impedir que saliera por una enorme puerta metálica que se cerraba de golpe. Después, el vacío más oscuro lo llenaba todo.

Se llevó la mano al cuello para notar las pulsaciones. Como de costumbre, nada más pasar de nuevo por ese tormento, las tenía disparadas. Se frotó la cara para tratar de alejarse de aquel sueño cruel y despiadado. Anora, que dormitaba a su lado, lo miró y maulló con suavidad. Cada día estaba más convencido de que aquel felino podía entenderlo mejor que nadie. Acarició su cabecita y se levantó para darse una ducha. El domingo era el único día en que se permitía dormir hasta un poco más tarde, pero apenas eran las ocho y cuarto. Al menos le había ganado un pequeño pulso al tiempo.

Después de prepararse un abrasador y humeante café solo, se dirigió al despacho. Encendió el ordenador y comenzó a revisar los correos. De pronto, un impulso lo llevó a dejar lo que estaba haciendo. Como si su mano tuviera vida propia, terminó dando un par de clics en la carpeta que contenía un bonito recuerdo. Un recuerdo que, si entraba en él, sabía que iba a acabar por hacerle mucho daño. No obstante, todo su cuerpo le pedía regresar a la cuarta cita, donde visitaron la Reserva Natural Estatal Point Lobos.

Mientras sonreía por las caras divertidas de Cass, señalando un nido de no recordaba qué, no pudo evitar cerrar los ojos y volver al momento en que la había recogido la tarde anterior a esa foto.

Durante unos instantes, se permitió recrearse en el perfil de su preciosa cara con la luz del sol iluminando su cabello.

—¿Se puede saber a dónde vamos? —preguntó ella tras dejarle la maleta de mano.

—Es una sorpresa —dijo Alex entusiasmado.

—¿Cómo una sorpresa? Yo me he leído el capítulo de la segunda novela donde Dylan invita a Lena a pasar el día en Disney World y luego cenan en uno de los puestos de perritos calientes dentro del parque. Por cierto, casi lloro cuando él le dice que lo dejaría todo por un «sí».

—Esa es una de las mejores escenas de ese libro. Pero no vamos a ir allí, he intentado combinar los vuelos y es imposible hacerlo en un día. Aunque no te preocupes, esto es algo parecido. Es mi «Disney World» particular.

—¿Sabe usted, «señor escritor», que está incumpliendo las normas establecidas en los estatutos de la apuesta? —Elevó ambas cejas mientras fruncía los labios, divertida.

—Lo sé. ¿A que es una idea genial?

Ambos rieron.

—No sé yo. Quizás tenga que darte la razón y esta cita sea más romántica que tener náuseas tras montarme en la montaña rusa Ron Lightcycle Run.

—¿Tú crees? —Soltó una carcajada.

—Teniendo en cuenta que hay puntos en los que alcanza noventa y cinco kilómetros por

hora… ¡Totalmente!

La risa de Cass llenó todo el espacio. Alex no pudo resistirse y, en cuanto el primer semáforo lo obligó a parar, le plantó un beso sin venir a cuento.

Ella continuó riendo, conociendo al dedillo su estrategia.

—Que sepas que este beso no cuenta.

—Ah, ¿no? ¿Por qué?

—Ya lo sabes, ¡no aparece en la novela!

—Mmm… Entonces, si me apetece besarte, pero no quiero que cuente, puedo hacerlo en cualquier momento que no esté relacionado con la cita, ¿me equivoco?

Cass frunció los labios de nuevo. Sabía que se estaba lanzando de cabeza a un juego muy peligroso. Besar a Alex le hacía perder el control y encendía zonas de su cuerpo que mejor dejarlas tranquilas si no quería acabar desnuda toda la noche.

—Por supuesto, «señor escritor».

—Perfec…

—Pero tenga en cuenta que yo puedo hacer lo mismo.

—¿Quieres besarme? —preguntó entre burlas y veras.

—¡A todas horas! Apenas puedo dormir pensando cuándo será nuestra siguiente cita para notar «la suavidad y el fuego de tus labios encendiendo y derritiendo los míos». —Cass se mordió el interior de la mejilla para no soltar una carcajada.

—¡Eres perversa! Siempre estás usando frases de mis libros en mi contra —contestó fingiendo estar indignado—, y eso es un golpe bajo en toda regla.

Alex se detuvo en otro semáforo. Ella aprovechó la parada para sujetarle la cara y hundirse en su boca sin pedir permiso. Sí, Cass se moría por besarlo. A todas horas. La maldición del amor había vuelto a alcanzarla de lleno después de que él le hubiese llevado la cena a su casa. Aquellas horas íntimas que habían compartido supusieron un antes y un después en su corazón. Y su condena por no aceptar la derrota sería que Alex no llegaría a confesarle que a esas alturas estaba tan perdidamente enamorado como ella.

La luz del semáforo cambió, rompiendo así la magia del momento. El escritor, pese a querer disimular que aquel beso no había significado nada, tuvo que tragar con un poco más de intensidad. El corazón le retumbaba con fuerza mientras ella parecía no haber sentido nada, ya que reía sobre algo que había visto en un escaparate.

—Venga, Alex. Tú ganas. Dime a dónde vamos. Estoy agotada. Llevo todo el día volviéndome loca con las correcciones. Después, he llegado a casa y he tenido que hacer una maleta a toda prisa con una lista infinita de cosas porque has cambiado de parecer en el último momento y querías enseñarme algo impresionante. Vale, lo acepto, pero ¡o paras y me invitas a un café o me bajo en marcha!

Él negó mientras reía sin caer en la cuenta de que llevaba de buen humor desde que Cass había aparecido con su elegante maleta.

—Nos faltan poco más de cinco horas para llegar, así que solo te dejo quince minutos en un Starbucks para elegir lo que quieras antes de volver a la carretera. Tranquila, tengo el hotel reservado para esta noche y mañana.

—¿Que tienes reserva para dos días? Pensaba que solo sería esta noche.

—¿¡Sorpresa!? —dijo él con una cara entre disculpa y deseando que fuera a encantarle.

—¿Y luego dices que yo soy «perversa»? ¿Sabes que me has destrozado una cita con un culturista de metro noventa y cinco que me había prometido una noche con diez orgasmos? —soltó con voz seria e indignada. Él giró la cabeza hacia ella con la boca entreabierta—. No

puedes hacer planes sin contar conmigo —insistió—. Diez… orgasmos…, Alex —añadió despacio, mostrándole ambas manos con los dedos extendidos.

Ella trató de continuar con una expresión seria, pero la cara del escritor reflejaba un sinfín de pensamientos. Entre ellos, indignación, algo de rabia y ¿celos? No, imposible.

—¿Diez orgasmos? —preguntó con un timbre de voz que provocó que ella soltara otra carcajada—. ¡Eres una mentirosa!

—¡Tendrías que haberte visto la cara! —Risas—. Dios, ¡los hombres sois todos iguales! ¡Estoy segura de que estabas tratando de contar cuántas veces lo hicimos la primera noche!

—¿Yo? Ni hablar. —Se quedó callado un instante—. Y fueron más de diez —añadió, elevando el mentón.

Entre risas, detuvo el coche en un parking cercano a la cafetería. Tras usar las instalaciones, se pusieron en la cola. Cass eligió varios tipos de muffins, un par de arándanos y otros dos con pepitas de chocolate. Alex escogió media docena de galletas. Ambos pidieron un café enorme. Aún les faltaba un buen trecho para llegar a su destino.

—Mmm… Este es el pecado más oscuro que existe: el azúcar convertido en un bocado delicioso y pernicioso a partes iguales —dijo ella con voz sensual tras morder uno de los muffins de arándanos.

Alex la miró un instante. Cass estaba recogiendo un trocito de masa de sus labios, relamiéndose después sin ser consciente de que tanto ese gesto como sus palabras habían provocado llamas incendiarias en la sangre del escritor. El tirón familiar en el pantalón lo obligó a cambiar un poco la postura. Por suerte, ella no se dio cuenta, sino que, para rematar la faena, le ofreció probar el bendito dulce.

—¿Quieres un bocado? ¡Está delicioso!

Cass se lo acercó a los labios sin más pretensiones que compartir algo que le encantaba. Él aceptó, posando los suyos justo donde antes habían estado los de ella, sintiéndose como un maldito idiota incapaz de decirle que, desde la última vez que se habían visto, la apuesta ya solo era una excusa. Quería gritar a los cuatro vientos que la amaba, que había ganado limpiamente, pero fue incapaz porque el miedo al rechazo lo atenazó pegándolo al asiento de cuero.

La editora, ajena a sus pensamientos, le pasó el café para que tomara un sorbo. Y así, con la complicidad de dos personas que se adoraban en secreto, llegaron a su destino.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó ella al ver dónde se encontraban.

—¡Sorpresa! —dijo Alex, visiblemente emocionado.

—¿Cómo has averiguado que quería venir a este sitio?

—¿Lo dices en serio?

—¡Claro! Se lo comenté a April, creo. Me apetecía muchísimo visitar la Reserva Natural Estatal Point Lobos, y este hotel, el Carmel Valley Ranch, lo describían como uno de los mejores. Aquí puedes jugar al golf y al tenis. Tiene dos piscinas al aire libre y unas rutas preciosas para hacer senderismo —dijo de carrerilla, como si se supiera el folleto de memoria.

—¿Y a ti te gusta todo eso? —preguntó sobrecogido al ver su expresión de felicidad.

—¿Bromeas? ¡Claro que sí! Ya sé, ya sé. Soy la hija de un productor de cine y seguro que estoy exagerando porque esto no se puede comparar a mi casa en los Hamptons… —Puso los ojos en blanco y sacó la lengua, como si aquel comentario fuera el de otra persona.

—¿Por qué dices eso?

—¿No es lo que estás pensando? ¿Que te estoy dando coba porque no soy capaz de apreciar las pequeñas cosas por quien soy?

—Para nada, Cass. Te aseguro que ni se me había pasado por la cabeza que no fueses a

disfrutar de esto. —Señaló con las manos alrededor.

—¿De verdad? —Su mirada desprendía agradecimiento.

—Claro que sí.

Ella hizo algo que descolocó al escritor. Le dio un fuerte pero dulce abrazo y le plantó un beso en la mejilla.

—¡Pues me encanta! —añadió con una enorme sonrisa mientras avanzaba hasta la entrada—. Gracias por la sorpresa.

—Bueno, es cerca de medianoche y no se ve casi nada, pero mañana tengo una ruta reservada para Point Lobos. Solo dura un par de horas, de modo que después podemos volver aquí y hacer lo que nos… apetezca —impregnó sus palabras de un doble sentido, pero ella estaba tan feliz de poder visitar la reserva que no se dio cuenta.

Tras pasar la noche, cada uno en su propia habitación, a las ocho de la mañana ya estaban desayunando. La ruta de senderismo comenzaba a las diez, y estaba a solo cinco kilómetros en coche.

Nada más aparcar, se acercaron al chico que llevaba la bandera del hotel.

—Buenos días a todos. Mi nombre es Lucas. Bienvenidos a una de las rutas más bonitas de Estados Unidos —comenzó el monitor, que más bien parecía un modelo sacado de una portada de Vogue—. Primero, pasearemos a buen ritmo por el bosque. Estad muy atentos a mis indicaciones ¡y no os salgáis del camino! ¿De acuerdo?

Los catorce excursionistas asintieron, entre ellos, Alex y Cass.

—Bien —prosiguió—, en la zona hay muchos tipos de aves. Si tenemos suerte, quizás nos topemos con algún que otro ciervo. Después, visitaremos algunas calas y nos asomaremos a varios acantilados. Desde ahí suelen verse focas, nutrias y leones marinos. ¿Lleváis todos botellas de agua y algo para picar?

Un murmullo general, con alguna que otra risita nerviosa por parte de un grupito de cinco chicas que parecían babear sin disimulo por él, dio a entender que así era.

El escritor se fijó en cómo Cassandra miraba al chico, que más bien era un hombre impresionante con unos brazos tan duros como piedras, la envergadura de Cavill en La Liga de la Justicia y con el rostro de Pitt en Troya. «Joder con el monitor», se quejó en silencio.

El chico se soltó el pelo para recogérselo de nuevo en una coleta, creando la revolución entre las cinco veinteañeras, que se arremolinaron a su alrededor para hacerle todo tipo de preguntas estúpidas. Como, por ejemplo, si podrían ver leones, tigres de bengala o guepardos. Tras librarse con elegancia del grupo inquisidor, Lucas dio el pistoletazo de salida y se pusieron en marcha.

Cass no había dicho ni una sola palabra. En cuanto se fijó en la cara de Alex al ver al monitor, decidió que no diría nada o explotaría en carcajadas. Es cierto que aquel chico no tenía desperdicio. Era muy atractivo, eso no lo podía negar, pero a ella, aparte de la belleza exterior evidente, no le llamaba la atención. Sin embargo, sí que le pareció curioso cómo su acompañante apretaba la mandíbula mientras el otro hablaba y fruncía los labios tras mirarla a ella.

«Ay, Alex, si tú supieras», se dijo mientras se recogía el cabello en un moño desenfadado.

Llevaban casi media hora caminando cuando Lucas les indicó el nido de no sé qué pájaro. Cass no podía dejar de observar a Alex. Se notaba que no estaba disfrutando de aquello en absoluto, así que se atrevió a hacer una broma para aligerar su ánimo.

—¿Te has dado cuenta de que el monitor parece el hijo resultante de un trío entre

Superman, Aquiles y la madre? Estoy por decirle que no olvide remojarse los talones en el Estigia o va a caer a manos de Paris —le susurró la editora en el oído.

Notar su cercanía puso nervioso al escritor, que se giró hacia ella para, acto seguido, preguntar:

—¿Cómo?

—Shh, te decía que si no te parece que el monitor es la mezcla perfecta de Henry Cavill y Brad Pitt en esas películas.

Alex le echó una mirada que, si hubiera funcionado, habría fulminado de forma instantánea al pobre chico que se esforzaba por librarse del quinteto, que no dejaba de atosigarle.

El escritor, ignorando la broma de Cass, se volvió a mirarla y le soltó de malos modos:

—Ya que tú también te lo estás comiendo con los ojos, ¿quieres que te ayude para tener una cita con él?

Aquello hizo que Cass riera sin reservas. Sí, Alex estaba celoso. Pero no porque la quisiera, sino porque el semidiós del monitor era demasiado atractivo como para no temerlo por ser un verdadero rival. Y a ningún hombre le gustaba que otro minara su terreno.

Alex iba a regresar con el grupo, pero, entonces, ella puso la mano en su hombro y lo obligó a darse la vuelta.

—No te equivoques, yo no me lo estoy comiendo con la mirada. Y no me busques planes con nadie porque ya tengo una cita contigo, «señor escritor».

Sin darle tiempo a una réplica, le plantó un beso de esos que diluyen el tiempo y el espacio. Mientras el resto avanzaba, Cassandra devoró su boca con la seguridad de que ese atrevimiento por su parte no calentaría el corazón de Alex, pero a ella sí la estaba derritiendo por dentro. Para su sorpresa, él la sujetó un poco más abajo de la cintura y empezó un baile experto y embriagador con su lengua. Mientras el uno se abandonaba al otro, Alex se regañó al reparar que estaba tomando un camino demasiado peligroso. Comenzaba a mostrar sin ninguna sutileza sus cartas, y eso podría hacerle perder el control y el juego.

Nada más pensarlo, se dio un enorme coscorrón mental. Si sentía con todo su ser que quería pasar el resto de su vida con ella, ¿qué demonios lo retenía?

—¡Parejita, no os rezaguéis! —vociferó Lucas, cansado de tanto turista con ganas de enrollarse en mitad de la nada.

—Creo que lo dice por nosotros… —susurró el escritor en los labios de Cass.

—Mmm… La culpa es tuya —respondió, haciendo uso de toda su determinación para apartarse—. Venga, deja ya de acosarme y alcancemos al grupo. —Le guiñó un ojo y volvió a recogerse el pelo. Con tanta efusividad, se le habían soltado varios mechones.

—Ey, ¡yo no te acoso! —se defendió él al tiempo que comenzaba a hacerle cosquillas.

Ella soltó una carcajada y le palmeó en el brazo, juguetona. El resto del camino lo hicieron cogidos de la mano mientras se lanzaban miradas que poco tenían que ver con la apuesta.

Aquella noche, después de disfrutar de varias horas en la piscina y de recrearse en las vistas que regalaba una espléndida puesta de sol, cenaron a la luz de las velas. Claro que los demás comensales, ajenos a que ellos estaban representando una escena romántica, y los niños, correteando sin control por el restaurante, restaron un poco de magia a ese momento. Aun así, esa fue la primera vez que ninguno se acordó de las novelas de Alex, sino que mantuvieron una conversación tranquila sobre sus gustos, proyectos y la vida en general.

Cuando subieron para descansar, estuvieron a punto de pasar la noche juntos. Alex, en

el último segundo, se había colado en la habitación de Cass con la excusa de quedar para la mañana siguiente. Tras intercambiar un par de frases, acabaron besándose de nuevo. Esta vez, por supuesto, justificándose en que solo se ceñían a representar una cita. Pero devoraron sus bocas como si aquella fuera la última hora del mundo antes de desaparecer para siempre.

Justo en el momento en que él se atrevía a bajar el tirante del vestido de Cass, ella fue consciente de que aquello la acercaba de manera inexorable a perder la cabeza por un hombre que no sentía nada más que una arrolladora atracción sexual por su cuerpo, pero no por su alma.

Y no estaba preparada para que Alex ganara y después saliera corriendo.

—Buenas noches… —dijo en voz baja al tiempo que lo separaba de ella apoyando la mano en su pecho—. No creas que voy a caer. Aún quiero ese cinco por ciento.

—Cass, ¿y si nos olvidamos de la maldita apuesta solo por esta noche? —preguntó Alex, cegado por la necesidad de quemarse tocando su piel desnuda.

—Podría, pero eso sería hacer trampas. ¿Eres un tramposo, Alex? —dijo envolviendo cada palabra con un manto de terciopelo.

—Me muero por serlo. —«Díselo. Díselo, ¡joder!», se gritó mentalmente, pero su boca lo traicionó y se mantuvo en silencio.

—Buenas noches, «señor escritor».

Cass se dirigió a la puerta y la abrió. Él salió y, antes de que ella la cerrara, se dio la vuelta.

—Buenas noches, «editora» —susurró con el corazón a punto de estallar.

Alex caminó hacia su habitación maldiciendo por lo bajo mientras iba dándose cabezazos mentales. Había dejado que se le escapara de entre los dedos por ser un cobarde.

Cassandra, tras ver cómo se alejaba, cerró la puerta y apoyó la espalda en ella. Tratando de tranquilizarse, inspiró despacio para recuperar el aliento.

Deseaba a Alex. Deseaba con todas sus fuerzas que tumbara esa maldita puerta que los separaba y le dijera que la apuesta no se interpondría nunca más entre ellos. Deseaba sentir cómo él volvía para colmarla en todos los sentidos, solo que ya no se veía capaz de aceptarlo sin confesarle que lo amaba.

Había perdido y debía decírselo cuanto antes.

Cerró los ojos y se recriminó con dureza por ser una mentirosa. Podría admitirlo y pasar la noche arropada por la pasión que sabía que le esperaba del hombre que se encontraba al otro lado.

Podría… Pero después, ¿qué?

Aquella noche ninguno de los dos pegó ojo pensando en el otro. Tan solo dos palabras los separaban, sin embargo, ninguno fue capaz de pronunciarlas.

—Te quiero, Cass —dijo en voz alta lo que en ese momento no pudo.

Anora maulló a sus pies. Él la cogió en brazos. Los siguientes minutos se los pasó recreándose en las preciosas facciones de la editora. Sus ojos grises azulados. Su rebelde y rizado cabello rojo como el sol del atardecer. Su sonrisa, que le robaba la respiración.

—¿Sabes una cosa, princesa? —La gata lo miró como si tuviera interés en lo que iba a decirle—. Le confesaré que la quiero cuando esté seguro de que lo que la mueve a besarme no es que yo pierda la apuesta.

Su maullido como respuesta lo hizo sonreír. Tras hacerle un par de carantoñas, la dejó en el suelo. Abrió el archivo de la nueva novela que había comenzado y continuó plasmando en ella sus sentimientos.

Todos y cada uno de ellos centrados, exclusivamente, en Cassandra.

CAPÍTULO 14. COMIENZA EL INFIERNO

Cassandra se despertó con la resaca de la confesión a Samantha para que conociera la verdadera razón por la que había aceptado casarse con Bill. Aún le dolían las retinas. Haber visto las fotos de su madre con aquel joven actor en toda clase de posturas la había dejado muy tocada.

La gran Grace, que exigía elegancia, rectitud y perfección, no había dudado en pisotear a su propia familia. Cass la detestaba por haber sucumbido a unas pocas sesiones de sexo con ese chico sin importarle lo que destrozaba a su paso. La confianza de su padre hacia ella. El respeto y la fidelidad a los que la obligaban sus votos matrimoniales, que con barroca pomposidad había firmado el día de su boda frente a cientos de personas. El amor hacia sus hijos. Ninguna de esas razones había tenido peso alguno para que se detuviera. Simplemente, los había eliminado a todos de un plumazo por un mísero revolcón.

Entró en la ducha y, bajo una cascada de agua caliente, trató de alejar unos instantes esos pensamientos. Le fue imposible, ya que era incapaz de olvidar la expresión de incredulidad e impotencia de Sam mientras aguantaba las lágrimas, al examinar esas imágenes tan dolorosamente explícitas. Cass solo las había visto una vez, con eso le pareció más que suficiente como para hacerse una idea del alcance de aquella furtiva relación.

Trató de ponerse en la piel de su padre y sintió una mínima parte de lo difícil que tuvo que haber sido para él perdonarla y seguir adelante. Ella no podía hacer lo mismo con Bill. De hecho, jamás hubiera aceptado verlo siquiera si la reputación de su familia no pendiera del hilo que movía a su antojo su «futuro marido».

Encendió la cafetera y agradeció en silencio a su hermana el que antes de volver al apartamento la hubiese obligado a pasar por un supermercado, si no, se veía bajando cada día a por el desayuno porque en casa no tenía nada. El primer sorbo de café le supo a gloria. Después, atacó las dos tostadas a base de pan de centeno, queso crema y aguacate.

Con más de media taza llena del humeante líquido, se dirigió al despacho. Antes de dormir, había dejado todo preparado para empezar el día. Eran ya las nueve menos cinco y debía ponerse a trabajar. Se programó una alarma para las doce. Hablaría con su jefe más tarde para que supiera que llevaba conectada desde hacía tres horas. El cambio horario podía ser un inconveniente, pero quería que Samuel tuviera la sensación de que nada había cambiado. Esperaba que continuara confiando en ella. Además, en breve, tendría que volver a Los Ángeles para una reunión mensual. Estaba pendiente debatir la publicación de los manuscritos de los nuevos escritores que se iban incorporando a la editorial. Con lo que pondría todo de su parte para que estuviera satisfecho con su trabajo, pese a no tener la oportunidad de verse a diario.

A las diez recibió la llamada que llevaba temiendo desde el día anterior. Durante un par de segundos, sopesó si rechazarla. La insistencia de Bill gritaba que ni se le ocurriera, de modo que descolgó.

—Cassandra —dijo acariciando su nombre.

—Traidor —respondió ella con extrema lentitud.

—Ey, ¡no puedes tratarme así!

—¿Estás de broma? ¡Puedo tratarte como me dé la gana!

—¡Cierra la boca! —exigió con un pronto que no esperaba ella—. Ya estoy harto de tus gilipolleces, ¿sabes? No te pido que me quieras, pero sí te exijo que me respetes tanto en público como en privado durante el tiempo que estemos juntos. ¿Te ha quedado claro, Cassie?

Oír ese diminutivo hizo que sus pulsaciones se dispararan. Tratando de controlar la ira que sentía, Cass se mordió la lengua e inspiró profundamente para guardar a buen recaudo todas las lindezas que estaba deseando soltarle a ese despreciable chantajista.

—Sí, me ha quedado claro —repitió recalcando cada palabra, más para ella que para Morris.

A la editora ya le estaba resultando imposible seguir adelante, y eso que solo acababa de comenzar el infierno que tenía asegurado durante los próximos tres años.

—Está bien. Te recogeré en tu apartamento dentro de dos horas. He hecho una reserva en Sistina. A la una en punto, nos besaremos. Tiene que parecer real, Cassandra —dijo en un tono en el que no cabían dudas ni improvisaciones—. Esas fotos han de mostrar, sin posibilidad de otra interpretación, que hemos vuelto «en todos los sentidos». ¿Entiendes a qué me refiero? Cuanto mejor lo hagas, más a salvo estará la reputación de tu querida madre.

—Eres la peor persona que he conocido en mi vida. Pero, tranquilo, te daré lo que me exiges. A diferencia de ti, yo sí quiero a los míos muy por encima de mis necesidades.

—Yo quiero a mi familia. A la tuya la tolero, que no es poco.

—Hay algo de lo que no hemos hablado y en eso no haré concesiones: no pienso acostarme contigo antes de la boda. Y si me apuras, después tampoco.

—Ah, no. Eso no. Acepto lo de no follar antes de casarnos, pero el matrimonio debe consumarse. Esto no es una broma para mí. Te lo he dicho, Cassie, te quiero. Sé que es complicado entenderme…

—No, complicado no es, ¡no te equivoques! —gritó, perdiendo un momento la templanza—. Tú quieres «follar» con todas, Bill. El problema es que te pillé, si no, hubieras marcado cada centímetro de nuestro apartamento con tus fluidos y los de cualquier zorra que se te cruzara por delante.

—¡Dios, Cassandra! No hace falta ser tan explícita y soez.

—Tiene gracia que seas tú quien me diga eso. Otra cosa, firmarás un contrato prematrimonial.

—No esperaba menos de ti. ¿Ha sido idea tuya o de Caleb?

—De ambos. No creerías que iba a dejar que, aparte de humillarme, te quedaras con mi dinero, ¿verdad?

—No necesito tu dinero, Cassandra. Solo quiero recuperar mi reputación y follar contigo —replicó con retintín.

—Pues entrena la mano porque a mí no me vas a tocar ni un pelo hasta que nos demos el deseadísimo «sí quiero».

—¿Sabes que me empieza a gustar esta nueva faceta tuya de *Fierecilla Domada*?

—No te confundas, Shakespeare hizo que ella se enamorara de su captor al final de la obra. Te aseguro que tú no vas a tener esa suerte.

—Cassan…

—Ahora, si me disculpas, tengo que volver al trabajo —lo interrumpió, incapaz de seguir escuchándolo.

Bill inspiró para tratar de tranquilizarse. La nueva lengua mordaz de ella le resultaba fresca e interesante, aunque no sabía en qué iba a derivar esa nueva versión de su prometida. La cuestión era que, en cierto modo, la actitud de Cassandra podía ser comprensible. Él la estaba chantajeando, pero eso no restaba valor a sus sentimientos por ella.

Se rascó la frente, intentando buscar una forma de hacerle entender que sus intenciones eran nobles con respecto al amor que sentía. Tal vez, con el tiempo, lograra ganar de nuevo su

corazón. Por el momento, se conformaba con conseguirla, aunque se revolviera panza arriba como un animal al que acababan de atrapar.

—Está bien —dijo él con voz suave—. A las doce…

Ella colgó sin darle la oportunidad de añadir nada más. Cerró los puños con fuerza y acabó por soltar una maldición. Sin poder entender ni una sola palabra del texto que estaba leyendo, salió hacia la cocina. Cogió un botellín de agua fría y se bebió la mitad. Le dolía el estómago, el corazón y las entrañas. Todo. Si hubiera tenido delante a Bill, lo hubiese abofeteado. Muy en el estilo de la novela de época que estaba leyendo.

Caminó a grandes zancadas hacia la cristalera y abrió una hoja para sentir el viento gélido en su rostro. Sin poder aguantar ni un instante más, regresó a su despacho a por el móvil. Aceptaría lo que sus hermanos le habían propuesto la noche anterior, y le iba a importar muy poco hundir a su prometido en el foso lleno de fango más hondo que encontrara.

—Hola, Cassou —la saludó su hermano.

—De acuerdo, Caleb. Contrata a un detective privado. A diez, si hacen falta. Que busquen hasta debajo de las piedras todos sus trapos sucios y que encuentren la puñetera cinta y las fotos.

—¡Esa es mi chica! —dijo con cariño. Ella sonrió—. Dime, ¿qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Me va a llevar a almorzar a Sistina y a la una tengo que besarme con él en público para que todo el mundo sepa que hemos vuelto. Hasta ha contratado a un puto *paparazzi* para que nos pille in fraganti.

—Joder. ¡Será hijo de perra!

—Exacto.

—Dalo por hecho, Cassou. Sea lo que sea que esconda esa rata, lo encontraremos.

—¿Puedes llamar a Sam para contárselo? Necesito tranquilizarme antes de verlo y no podré si tengo que repetirle lo mismo.

—Sí, no te preocupes.

—Gracias, Cal. De lo único que me alegro de todo esto es que nos ha unido a los dos.

—Yo también, Cassou. Mejor tarde que nunca.

—No estoy de acuerdo. A veces es tarde y punto. No siempre podemos arreglar las cosas. Eso es engañarnos a nosotros mismos, y yo no quiero volver a engañarme más.

—Vaya, nunca lo había visto así. Puede que tengas razón y no todo se pueda solucionar.

—Así es. Mientras tanto, seguiré representando esta farsa para salvar a mamá. Si ella supiera que es gracias a mí que su nombre no va a terminar por los suelos, creo que no lo soportaría.

—Venga, Cass. Mamá no es tan mala.

—Eso lo puedes decir tú porque no la has tenido en tu cogote corrigiéndote cada minuto del día desde que comenzamos a caminar —se quejó Cass con razón.

—Lo siento, de verdad. Eso no volverá a pasar, te doy mi palabra. Aunque creo que tampoco podría porque ya no te pareces en nada a la chica que nos dejó hace meses.

—Gracias —expresó con un profundo sentimiento mientras cerraba los ojos—. Eso significa para mí mucho más de lo que puedas imaginar.

—Llamo a mi secretaria y después a Sam. Vamos a hundir a ese hijo de puta.

Cassandra apretó la mandíbula mientras inspiraba con fuerza para decir desde lo más profundo de su ser:

—Hasta que el mismo diablo le diga: «Bienvenido al infierno».



Alex llegó a la editorial sobre las once. Hacía poco más de una hora que había hablado con Ben para adelantar la reunión. Necesitaba organizar lo de Nueva York cuanto antes. La productora ya le había confirmado el día, el miércoles una semana antes de Acción de Gracias. Tendría que comentarlo con Alice. No estaba seguro de si alargaría su estancia en la ciudad. Su intención era ver a Cass, conseguir que cancelara la boda y que regresara con él a Los Ángeles. Como si eso fuera fácil. Sí, sin duda, la próxima novela la ambientaría en un mundo mágico lleno de ninfas y brujas, ya que menuda imaginación le estaba echando a la situación.

Llamó dos veces a la puerta y entró en el despacho del consumado editor. Echaba de menos a Lucille, pero sobre todo a Cass. Aun así, tenía que aceptar que, por el momento, hasta que no lograra cambiarlas, las circunstancias eran esas.

Estaba allí justo para eso, para recuperar a Cass, y todo su esfuerzo lo iba a focalizar en conseguir su objetivo.

—Buenos días, Alex —dijo Allen.

—Buenos días, Ben. Disculpa que me haya adelantado, pero, antes de que comience la gira de firmas, quiero pasar unos días en Nueva York. Me voy a tomar algo así como unas pequeñas vacaciones.

—Me parece una idea estupenda. ¿Qué día te marchas? Te lo pregunto porque sé que teníamos previstos solo dos días, viernes y sábado, pero podemos ampliarlo. Hay tres librerías muy interesadas en que les hagas un hueco. Además, nunca has firmado en ellas y eso despierta la curiosidad. Claro que esto te obligaría a volar, como mínimo, un par de días antes, pero si ya estás allí… —dejó la insinuación en el aire—. ¿Qué te parece la idea? Yo no les he prometido nada, tú tienes la última palabra.

—¿Lo has comentado con Lucille? —quiso saber él antes de embarcarse en algo así sin conocimiento de su editora.

—Ha sido ella quien me ha dado la idea. Para que no haya ningún imprevisto con tu promoción, lo estamos haciendo todo por *email*. Por supuesto, mi intención es molestarla lo menos posible.

—Es un detalle por tu parte —admitió Alex—. Bueno, en verdad, podría sin problemas. Yo saldré pasado mañana, así tengo una semana más o menos para hacer lo que necesito.

—Perfecto. Deja que entre en el correo y te envío la actualización del itinerario. Me pondré en contacto con ellos esta misma mañana para confirmar que aceptas. Esto va a ayudar a dar otro impulso a tu novela, incluso a toda la saga. Ya ha pasado un mes desde lo de Las Vegas, así que viene bien recordarles a los lectores que el *Black Friday* está a la vuelta de la esquina y también las Navidades.

—Temo ese viernes como la peste, pero no hay más remedio que lanzarse al vacío por una buena causa. Por cierto, ¿dónde voy a firmar ese fatídico día? —bromeó.

—En Barnes & Noble Booksellers.

—Perfecto.

—Eso sí, será durante toda la mañana hasta las dos y media de la tarde. Cinco horas seguidas. Lo siento.

—¿Es que Lucy y tú queréis matarme?

—No…, que yo sepa.

Alex se echó a reír. Era la primera vez que el editor hacía un pequeño chiste.

—Y a la semana siguiente, la reunión con Wallace Entertainment. El miércoles, ¿verdad? —preguntó para asegurarse.

—Un momento, Alex —dijo Ben, mientras leía a toda prisa un correo que acababa de llegarle—. No me lo puedo creer.

—¿Qué ocurre?

—La productora ha adelantado una semana la reunión. O sea, que será el miércoles que viene y no en dos semanas.

—¿Y esto nos trastoca mucho la agenda, Ben?

—Bueno, en realidad, solo tendría que cambiar una de las firmas a por la tarde. Pero esto es solo si tú quieres.

—Bueno, voy a estar en Nueva York de todos modos, y así no volvemos tan cerca de Acción de Gracias.

—Yo te lo agradecería mucho. Mi mujer me ha amenazado con obligarme a dormir junto al perro si no llego a tiempo.

Ambos rieron abiertamente. Aquel comentario le hizo ver a Alex que el editor no era tan serio como pensaba. Se sintió un poco mejor al darse cuenta de que, aunque la diferencia de edad entre ambos era considerable, Ben era mucho más cercano de lo que había creído en un principio. Eso lo relajó de forma considerable. De pronto, Alex cayó en la cuenta de que aquel cambio aceleraba sus planes. Vería una semana antes a Cass. Podría hablar con ella y confesarle que…

Un par de golpecitos en la puerta evitó que acabara ese pensamiento.

—Ben, ¿puedo pasar?

El escritor, de forma instintiva, se dio la vuelta. Una chica impresionante, con el pelo rubio ondulado y los ojos verdes más oscuros que había visto nunca, estaba en la puerta pidiendo permiso.

Al reconocerla, una ola brutal de adrenalina le subió de pies a cabeza a Alex. Allí estaba la chica que la noche del viernes anterior lo había rechazado en la disco cuando él le susurró al oído el nombre de la mujer que amaba. «Joder», pensó mientras se decía cómo diablos iba a saludarla sin parecer un auténtico imbécil.

—Pasa, Xena, voy a presentarte a Adam Wright —dijo Ben. Ella entró en el despacho y cerró la puerta—. Adam, ella es Xena Bing, mi nueva ayudante. Fred y ella vendrán con nosotros a las firmas. Los dos se encargarán del papeleo, los hoteles y demás.

—Encantada, señor Wright —respondió la chica, ofreciéndole la mano con una expresión que solo él captó.

—Por favor, llámame Adam —pidió el escritor para no levantar sospechas mientras aguantaba con cara de póker el ligero apretón.

—Ben, aquí tienes las estadísticas que me habías pedido. Necesito saber el día que volamos para sacar los billetes.

El editor le comentó que se había producido un ligero cambio de planes. Ella anotó los días de llegada y salida, se despidió con amabilidad del escritor, no sin antes anotar su teléfono para cualquier situación en la que necesitara contactar con él. Alex también guardó a regañadientes el de la chica, que estaba sosteniendo una sonrisa indescifrable.

Nada más verla salir, respiró un poco más tranquilo.

—¿Cuánto lleva trabajando Xena en la editorial? —preguntó Alex con fingido

desinterés—. Nunca la había visto.

—Samuel y yo le hicimos la entrevista el jueves pasado. Tiene experiencia en el puesto y podía incorporarse de forma inmediata.

Ben dibujó una sonrisa para dar a entender que no habían tenido más remedio que hacer esa concesión a toda prisa por la marcha inesperada de Cassandra.

—Me parece bien. De todos modos, prefiero tratar todos los temas contigo, ¿de acuerdo?

—Sin problemas, Adam.

—No es por nada en concreto. No es algo que comparta así como así, pero me cuesta aceptar un poco los cambios —mintió—. Después de todo lo que ha pasado de la semana pasada a esta…

—Por favor, no hace falta que me des explicaciones. Yo me encargo de todo lo referente a tu cuenta si de ese modo estás más tranquilo. No tienes que preocuparte por nada.

—Gracias, Ben.

—No, Adam. Gracias a ti por ser tan comprensivo. Otros autores no se lo han tomado tan bien como tú, te lo aseguro.

—Nadie tiene la culpa. Vosotros menos. La vida es… imprevisible, ¿no crees?

—Totalmente.

—Bien, llámame cuando tengas todos los itinerarios y quedamos en Nueva York.

—Por supuesto. Disfruta de tus vacaciones —dijo el editor con una enorme sonrisa.

Alex no se lo esperaba y le respondió del mismo modo.

—Eso voy a intentar.

El escritor le estrechó la mano y salió del despacho con la sonrisa instalada en la cara. Las cosas empezaban a mejorar porque, que pudiese adelantar la reunión en la productora, implicaba que Samantha llevara a Cass hasta allí, y eso le daba la oportunidad de hablar con ella.

En realidad, no sabía qué iba a inventar para convencerla. Ni la bróker ni Cassandra tenían una razón de peso para presentarse a media mañana cuando ambas deberían estar trabajando.

De pronto, se le ocurrió un motivo plausible. Se dio una colleja mental porque la excusa era tan sencilla como que quedaran para comer con su hermano. Una simpleza que a ninguno de ellos se le había ocurrido cuando hablaron.

Miró la hora, las doce menos cuarto. Esperaría un poco para llamar a Maverick y decirle que volaba el miércoles. Eso le hacía disponer de toda una semana para preparar esa cita, a no ser que Sam, de alguna manera, encontrara la forma de que se viesen antes.

Llamó al ascensor. Cuando las puertas se abrieron, Xena apareció de la nada y tiró de él justo antes de que se cerraran. Sin previo aviso, la chica se lanzó a su boca y le metió la lengua para lamer la suya mientras dejaba escapar un ruidito de placer exagerado.

Alex, que no había podido reaccionar a tiempo para detenerla, separó la cabeza con brusquedad mientras la sujetaba de los hombros para apartarla de su cuerpo.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó muy enfadado.

—Te he reconocido en el despacho y he sentido un deseo irrefrenable de besarte.

—Pues no entiendo por qué.

—Venga, Adam. No finjas que no me recuerdas —dijo melosa.

—Sí que te recuerdo, pero estamos en el trabajo. Además, dejaste muy claro que no querías nada conmigo cuando te marchaste a toda prisa sin mirar atrás.

—Me llamaste Cass —añadió con un tono juguetón.

Xena alargó la mano y trató de tocarle los botones de la camisa. Él se lo impidió

sujetándosela con poca delicadeza, algo que a ella le hizo gracia—. ¿Sabes? Hace un rato he hablado con tu anterior editora —continuó como si nada—. Me ha resultado muy revelador saber que se llama Cassandra. He de reconocer que ha sido muy amable conmigo…

—Me parece estupendo —la interrumpió, apretando con insistencia el botón de la planta baja.

—Y a mí. Hemos hablado de tus novelas, del exitoso escritor, pero no me ha contado nada de ti, del… hombre —dijo mordiéndose el labio inferior mientras lo observaba con una mirada que estaba empezando a ponerlo aún más nervioso.

—¿Qué demonios…?

—¿Conoce Samuel vuestra relación? —soltó de sopetón, pestañeando despacio y con media sonrisa que mostraba que de tonta no tenía un pelo—. No, yo creo que no.

—Cuidado, Xena.

—¿Por?

—No hay nada entre Cassandra y yo. Ella se ha mudado a Nueva York, y yo prefiero que mi editor siempre esté disponible en la ciudad. Inventarte algo que no existe podría poner en peligro su compromiso. Lo único que nos une es que hemos trabajado unos meses juntos por el embarazo de Lucille, del que supongo que también te has puesto al día.

—Vamos, Adam. No te molestes conmigo —contestó zalamera—. Me dejaste hecha polvo en la disco y allí estaba deseando perderme en tu boca. No me tengas en cuenta lo del beso. En realidad, solo quería hablar. —Se acercó hasta casi rozar su cuerpo—. Por si no te diste cuenta, en cuanto me tocaste, me moría por pasar la noche contigo. Pero dijiste su nombre y me cortaste el rollo.

—Fallo mío. Mientras bailábamos, estaba recordando que tenía que enviarle a Cass el regalo de bodas que le he comprado. Supongo que se me cruzaron los cables por las copas que había bebido.

—Esa es buena —dijo, marcando otra media sonrisa.

—Es la que es —respondió muy seco. El ascensor se abrió—. A partir de ahora, todos los temas profesionales los trataré con Ben. ¿Queda claro?

—Muy claro —respondió y se humedeció los labios con un gesto que le molestó al escritor. Antes de que se cerrara la puerta, ella susurró a media voz. Lo justo para que solo él la oyera—. Entonces, entiendo que los temas… personales los tratarás conmigo. Nos vemos, Adam.

A Alex no le dio tiempo a dar una réplica, ya que el ascensor comenzó a subir. Suspiró enfadado y frunció el ceño sin entender qué había pasado allí. Esa chica había malinterpretado la situación y tenía que pararle los pies cuanto antes. Sin querer darle más vueltas, se dirigió a la salida pensando que, en la pista, se había comportado con ella como un gilipollas. Algo le decía que Xena no se iba a dar por vencida a la primera de cambio, así que se alegraba de dejar unos días la ciudad. Esperaba que la distancia diluyera aquel repentino interés por él y no tuviera que hablar con su jefe para que su relación se ciñera a lo que era: una simple secretaria.

Se subió al coche y condujo de vuelta a casa. Pensando en la mujer de sus sueños, se le ocurrió una escena perfecta donde el choque de los protagonistas terminaba en una tórrida sesión de sexo.

Como siempre, Cass sería su musa y él se dejaría el alma en esas páginas soñando que lo que había imaginado iba a hacerse realidad.

CAPÍTULO 15. UN FINGIDO IN FRAGANTI

A las doce menos diez, Bill llamó a Cassandra para que lo esperara en la calle. El fotógrafo estaba al acecho e iba a tomarles fotos de cómo la recogía y la besaba en la mejilla. Las pautas que había decidido el editor servirían para ir creando expectación conforme los lectores de las redes consumieran la mentira a pasos agigantados.

Nada más colgar, Cass se miró al espejo antes de salir. El vestido que había elegido marcaba a la perfección sus curvas. Sabía que el escote era excesivo para un almuerzo, pero su prometido tendría que aguantarse porque esa era la nueva mujer que había dejado de temerle y complacer a todos menos a ella misma.

Tras enfundarse un magnífico abrigo de vellón y napa de color tostado, cubrió sus manos con unos guantes de cuero negro.

Se sonrió al ver el resultado. Estaba arrebatadora.

—Comienza el espectáculo —se dijo, subiendo ambas cejas.

Bill había dejado el coche en el sitio acordado con el *paparazzi*, justo en la entrada del parking del bloque de apartamentos. Cass salió y echó un vistazo, buscando el extravagante *Z4*[3] de color rojo. De pronto, el estómago le dio un vuelco al ver a Morris. El editor iba impecablemente vestido con un abrigo largo de color antracita bajo el que se vislumbraba un traje de chaqueta negro. Su cabello estaba algo revuelto por la brisa y sus ojos desprendían un brillo especial que Cass no sabía si definirlo como aprobación por su aspecto o devoción por sí mismo.

—¡Guau! —dejó escapar con una sonrisa. Aquella reacción de su ex la sorprendió sobremanera—. Estás impresionante, Cassie —añadió al tiempo que se acercaba a ella para darle el primer beso en la mejilla.

—Cassandra, Bill. Te pido, por favor, que me llames Cassandra.

—Es cierto. Discúlpame, lo había olvidado. Supongo que será la costumbre. ¿Vamos?

Ella elevó los labios en una de las sonrisas más falsas que había simulado nunca.

Para su suerte, él no se dio cuenta, si no que la imitó pensando que todo iba como la seda.

—¿Dónde está tu coche? —preguntó extrañada de no ver su inseparable descapotable.

—Ahí lo tienes —dijo, haciendo un ademán con la cabeza.

—¿Y ese qué modelo es?

—Digamos que las ventas van de maravilla. Aquí tienes a mi otro amor —soltó, guiñándole un ojo—, un *Aston Martin DBS 770 Ultimate Coupe* en color *xenon grey*.

—No me puedo creer que no hayas comprado otro descapotable.

—Este tiene mucha más clase.

—Al menos no pasaré tanto frío.

—Bien visto.

Sin pedir permiso, Bill la sujetó de la cintura mientras se acercaba a su oído para pedirle que dejara de estar tan tensa.

—Cassandra, necesito que te relajes. Esto no va a funcionar si tu espalda está tan erguida que parece que estás en medio de un desfile militar.

Sus palabras le hicieron gracia. Esa postura era la que le repetía su madre una y otra vez que debía tener fuera de casa por si en alguna ocasión la fotografiaban.

Esta vez no simuló la sonrisa porque Bill había logrado sin esfuerzo lo que Grace llevaba

inculcándole desde pequeña.

—Está bien. Vamos al restaurante. No puedo tardar dos horas en el almuerzo.

—¿Por qué no? Trabajas en casa, ¿qué más da? Ahora tienes un horario flexible, ¿me equivoco?

—Del todo —respondió muy seria—. Mi horario es inflexible. De nueve a cinco. Grábatelo en la cabeza porque no volveremos a salir a comer entre semana.

—No, así no va a funcionar esto.

Morris le abrió la puerta y ella subió a aquella impresionante máquina, en la que reconoció el característico olor a cuero. Mientras él rodeaba el coche, Cass se fijó en que el interior era igual de llamativo que el exterior. Con aquel modelo deportivo podría tener a quien quisiera, así que maldijo por lo bajo porque había decidido torturarla a ella. La única satisfacción que encontró fue al reparar que solo tenía dos asientos. Al menos eso le impediría convertir aquel habitáculo en otro picadero.

Él cerró la puerta y se colocó el cinturón.

—¿Qué has querido decir con que «así no va a funcionar esto»? —trató de sonsacar ella.

—Pues que necesito que estemos en las redes a todas horas. Tenemos que ser la comidilla para que no quede duda de que hemos vuelto.

—¿Y no es más fácil hacer un comunicado? —sugirió con una expresión de hastío.

—Eso solo es papel mojado si no nos ven comiéndonos con los ojos en todas partes.

—Eso puedo hacerlo. Lo que ocurre es que mi concepto de comer no creo que coincida con el tuyo —ironizó mientras fruncía los labios para no reír.

—Cassandra, Cassandra, ¿qué voy a hacer contigo?

—¿Quieres decir aparte de destrozarme la vida y conseguir que sienta náuseas a todas horas?

Bill soltó una carcajada. La mujer que tenía al lado se había convertido en una arpía mordaz. De lo que no estaba seguro era de si llegaría a ser despiadada.

La miró un instante, manteniendo una inquietante sonrisa. Se dijo que no. Cass no tenía malicia más allá de unos cuantos comentarios ingeniosos, y, lejos de parecerles un incordio, se convenció de que podría lidiar con ellos sin ningún problema.

Con ese pensamiento, aparcó.

—Vamos, preciosa. No hagamos esperar al mundo. Pon tu mejor sonrisa —pidió zalamero.

Ella obedeció mientras por dentro se apagaba un poquito su alma. Esas fotos iban a salir en todas partes. Sabía que se harían virales en un tiempo récord, y aquella misma noche Alex ya las habría visto. Eso lograría distanciarla mucho más de él y ya nada le impediría comenzar una nueva vida rodeado de decenas de mujeres preciosas. Todas deseando meterse bajo sus sábanas. Todas anhelando formar parte de su universo literario y quién sabe si también de su corazón.

Durante el almuerzo, a Cass le fue imposible prestar atención a nada más que a la idea que le había comenzado a rondar por la cabeza. ¿Y si no lo besara? ¿Y si le echara por la cabeza el plato de salmón del Atlántico con remolachas tiernas asadas, vinagre de jerez y rábano picante fresco que acababan de servirle?

Desde luego, al leer la descripción en el menú le había parecido que sería delicioso. Pero ahora, que lo tenía delante y Bill no paraba de pavonearse porque él solito había encontrado cinco *best sellers* en los últimos cuatro meses, no le pareció tan mala idea renunciar al plato principal para verlo deslizándose por el *Armani* de su insoportable acompañante.

—… Y está causando furor. Dios, hasta yo me acojoné leyendo la historia. En serio,

Cassandra, tienes que comprarte el libro porque es de lo mejorcito que ha publicado la editorial en el último año. Por supuesto, ya está escribiendo el siguiente volumen, y los fans inundan las redes rogando para que lo publique cuanto antes.

—Pues muy bien… —dijo ella, deseando que la tortura acabara de una buena vez.

—¿Qué tal está tu plato?

Ella sonrió sin poder evitarlo. Por un instante, se lo había imaginado adornando su cara.

—Exquisito.

Bill comprobó la hora una vez más y suspiró con verdadera emoción. Ella lo miró con incredulidad. No podía entender cómo su ex podía pensar que aquel beso, que iban a fingir, fuese a solucionar todos sus problemas.

—Por cierto, menudo vestido —susurró, mirándola sin recato—. ¿Es nuevo? No recuerdo habértelo visto.

—Normal que no lo hicieras. Antes no te parecía suficientemente adecuado para alguien de mi talla.

—¿Tu talla? Cassandra, tienes un cuerpo increíble. Pero eso ya lo sabes, por eso has decidido provocar a medio Manhattan con ese escote, ¿verdad?

—Esto es solo para mí, aunque considéralo un plus para tu fingido in fraganti. Estoy segura de que voy a encender las redes con esto —dijo, señalándose despacio.

—A mí ya me has encendido —soltó con su timbre seductor.

Ella ya lo conocía de sobra. Iba a darle una réplica, pero él la interrumpió.

—Es la hora. Venga, mírame como si yo fuera ese «escritorucho» y bésame como si mis labios fueran los suyos.

Cass sintió una punzada en mitad del corazón, pero Bill no le dio la oportunidad de recuperarse. Se levantó para después ponerse a su altura e invadió su boca como si con ese beso se librara del infierno. La pasión con la que la arrolló su lengua fue demasiado para ella. Se le llenaron los ojos de lágrimas por sentirse acorralada y utilizada de la forma más vil.

Morris se separó sin reparar en su expresión porque, en realidad, no le importaba en absoluto. Con satisfacción, regresó a su asiento y continuó almorzando. Ella se pasó con discreción la servilleta por los labios y forzó una sonrisa. El fotógrafo estaba a solo dos mesas de distancia, tampoco es que se hubiera preocupado mucho de no ser descubierto, aunque ¿qué demonios importaba? Había sido contratado para ese fin y ya tenía material de sobra para, al menos, un par de reportajes jugosos.

Una vez terminado el almuerzo, Bill la llevó a su apartamento. Ya no hacía falta seguir con la farsa, de modo que Cass se despidió con un simple «adiós» y caminó hacia el portal a paso muy ligero.

Nada más cerrar la puerta, se dejó caer en ella. Los ojos le ardían de aguantar las lágrimas. Sin poder soportarlo un segundo más, se dirigió a su habitación. Tras desvestirse en un suspiro, se metió en la ducha. Abrió el grifo y comenzó a frotar con fuerza sus labios, rogando para que el agua se llevara hasta el recuerdo del beso de Bill. Apoyó las manos en las baldosas y lloró por todo lo que aún tendría que pasar. Mientras sollozaba bajo la cascada, se dio cuenta de que no lo soportaría.

Debían encontrar algo contra él, pero, si no lo hacían…

Cass dejó ese pensamiento en el aire. Había creído que era lo suficientemente fuerte como para soportar cualquier cosa, sin embargo, ese sencillo beso lo había sentido como una maldita bola de demolición.

Terminó de ducharse y se miró al espejo. Aún le quedaba un último cartucho si no

encontraban nada contra Bill. No podía creer que estuviera a solo un beso más de plantearse el mandar todo al diablo.

Tenía que hablar con Samantha y Caleb lo antes posible.

Antes de arruinar la vida de todos.

Antes de coger un avión de vuelta a Los Ángeles sin mirar atrás.



Alex dio por terminada la jornada a las seis. Llevaba escribiendo sin parar desde que había llegado a casa y se sentía exhausto. Aun así, estaba muy satisfecho de las escenas que había creado de la nada.

Fue directo a la cocina para prepararse un café cargado. Suspiró y comenzó a masajearse el puente de la nariz. Volvía a dolerle la cabeza. Esta vez no tenía claro a qué iba a echarle la culpa: si a las horas delante del ordenador, el cansancio o que Xena lo hubiera asaltado en el ascensor sin venir a cuento. No podía permitir que aquello llegara más lejos. Él no sentía nada por ella, y esperaba que cuando volvieran a verse todo aquello fuera agua pasada.

Bebió un sorbo de su café y decidió tomarse una pastilla. El dolor iba en aumento. Dejar que empeorara no tenía sentido, así que sucumbió a la inevitabilidad de recurrir a su compañera obligatoria.

Se sentó en la mesa de la cocina y comenzó a confeccionar una lista con todo lo que se iba a llevar a Nueva York. Anora apareció maullando y saltó a la silla de al lado. Alex acarició su cabecita antes de proseguir.

Cuando acabó, decidió llamar a Lucille. Llevaba unos días sin hablar con ella y quería despedirse antes de volar.

—Dichosos los oídos… —lo saludó la editora con retintín.

—Lo sé, no te he llamado. Soy un ser despreciable que no tengo consideración contigo.

—Uy, ¡me encanta esa frase! Anótala ahora mismo y úsala en la nueva novela. —Soltó una carcajada.

—¿Cómo estás?

—Harta de estar en la cama, gorda como un pavo relleno en Acción de Gracias —dijo con voz de ogro— y deseando verle la cara a mi pequeñín —acabó con un tono mucho más dulcificado.

—Bueno, ya te queda menos para eso.

—Más de dos meses, así que no me lo recuerdes. Ya me he visto todas las películas y series que existen desde que los hermanos Lumière inventaron el fotomatón.

Ambos rieron con ganas.

—¿No crees que estás siendo un poco exagerada?

—¡Ni por asomo!

—Oye, esta mañana he ido a la editorial y he hablado con Ben. Me ha comentado lo de las otras librerías y me ha parecido bien. Gracias por seguir al pie del cañón.

—Me alegro. Si no fuera porque Theo me mira con cara de perro, te aseguro que haría mucho más.

—No, Lucy. Bastante haces. En serio, todos te esperaremos el tiempo que necesites. Tú estate tranquila, reposa y haz que ese niño crezca sano y fuerte.

—Gracias, Alex. Ya veremos qué pasa. Por ahora, seguimos igual. Eso sí, le tengo un poco de miedo al parto.

—Verás que todo sale bien.

—Eso espero.

Un silencio para rezar por ese pequeño milagro al que aún le faltaban diez semanas para nacer.

—Por cierto, ¿has conocido a Xena? A mí me ha parecido bastante profesional, aunque, claro, solo he hablado con ella cinco minutos.

—Sí, me ha parecido correcta. Mientras trabaje bien, por mí, perfecto.

Alex obvió a propósito el pequeño episodio con ella tanto en la disco como en el ascensor. De hecho, ni le había comentado a Isaiah que estaba trabajando en la editorial. No tenía ganas de oír las burlas de su amigo. De todos modos, eso solo era trabajo y no quería darle más vueltas.

—Ya nos lo dirá Ben cuando pase un tiempo.

—Exacto. Bueno, te llamo para contarte que he decidido hablar con Cassandra. Le voy a confesar que estoy enamorado de ella y que me he comportado como un auténtico idiota.

Otro silencio.

—¿Lucy?

—Alex, estoy muy orgullosa de ti. La cuestión es: ¿crees que ella anulará el compromiso?

—No lo sé, pero me niego a quedarme con la duda.

—¿Has hablado con Isaiah de esto? ¿Qué te ha dicho?

—Me apoya completamente.

—Eso es estupendo. ¿Sabes qué te digo? Que tienes mucho que ganar. Así que hazlo, Alex.

—Es mi intención. Vuelo a Nueva York el miércoles. Me cojo unos días de vacaciones antes de las firmas. Ya lo he hablado con Ben y me enviará el itinerario en cuanto le hayan confirmado los horarios las nuevas librerías.

—Perfecto. Solo puedo decirte que… ánimo. No sé qué ha ocurrido para que ella acepte a su ex. Todo esto me parece muy raro, la verdad. Pero no conozco tanto a Cassandra como para darte una opinión basada en las pocas horas que hemos compartido.

—No pasa nada. Aunque, si me rechaza, no sé lo que haré.

—Alex, yo… ¿Puedo serte sincera?

—Por supuesto.

—Mi consejo es que vayas preparado para todo. Si te digo la verdad, para mí, aunque no lo creas, estás más cerca del sí que del no. Lo que no entiendo es por qué ha dejado de ser tu editora si de todas formas va a trabajar en remoto. Eso sí que me tiene despistada.

—Y a mí. Creo que es por mi testarudez con el tema de la apuesta. —Resopló—. Y también porque, después de lo que hemos compartido, no creo que le fuera fácil mirarme a la cara y hacer como que no había pasado nada entre nosotros.

—Bueno, no te machaques. Sigue adelante y haz todo lo que puedas si es lo que quieres.

—La quiero, Lucy. He sido un gilipollas pensando que el amor no era para mí. Echo la vista atrás y me daría de cabezazos por la cantidad de oportunidades que he perdido cuando la podía haber mirado a los ojos y decirle que la amaba. He tardado demasiado tiempo en darme cuenta de que ella era todo lo que buscaba sin saberlo.

—No has vuelto a ser el mismo desde aquella noche en Nueva York.

—No, no lo he sido —admitió.

—Pues ¡a por ella! —dijo con cariño.

—Te llamaré en unos días. Si todo va bien, puede que consiga verla esta semana.

Alex omitió el plan que habían creado entre April, Isaiah y él para que Samantha convenciera a Cass para ir a la productora. No es que quisiera ocultarle a su editora cómo pensaba hacerlo, pero Lucy no estaba para intrigas. Debía centrar su esfuerzo en su bebé, y no en el estúpido amigo que no había querido escuchar a nadie cuando todos aseguraban que ya estaba enamorado.

—Perfecto. Un beso, y no vuelvas sin ella.

—A la orden, mi capitana.

El escritor se despidió con una sonrisa y colgó pensando en cómo demonios iba a hacerlo.

Dudas, dudas y más dudas.

Alex estaba cansado de repetir lo mismo una y otra vez. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Aprender la lección le había costado la mujer de su vida. Recuperarla iba a ser, con diferencia, lo más difícil que le había tocado hacer nunca en el terreno sentimental.

Su cerebro le jugó una mala pasada y, sin darle la opción de opinar, proyectó la imagen de Jess. Estaba más que harto de que él mismo se boicoteara una y otra vez. Aquello era el pasado y no volvería a abrir esa puerta nunca más. Ahora amaba a Cassandra, así que debía enfocarse en recuperarla.

Resopló porque ella nunca había sido suya. Tal vez solo en aquellas noches. Esas tórridas y maravillosas tres noches que atesoraba, en las que se recreaba sin cesar para escribir todas sus escenas más sensuales. Ella lo era todo, y no iba a permitir que esos viejos recuerdos emborronaran su presente. Ya le había dado demasiado poder a su ex y, por fin, era consciente de que podía dejarla ir.

Con la cabeza un poco más despejada después de negociar consigo mismo, cogió la lista y se dirigió al vestidor. Que hubiera tomado una decisión no significaba dejar de estar tenso, de modo que sacó la maleta y la dejó abierta encima de la cama. Revisó lo que había escrito y comenzó a meter todo lo que no se fuera a arrugar. Necesitaba mantener las manos ocupadas. A la mañana siguiente, ya la acabaría.

Una llamada a tiempo lo apartó de su cruzada.

—Hola, Maverick.

—Hola, Alex. ¿Qué tal va todo?

—Pues ya tengo el billete y salgo el miércoles a las siete de la mañana.

—Perfecto. Oye, Sam me ha pedido tu teléfono y se lo he dado. Necesita hablar contigo con urgencia. Espero que no te moleste.

—Qué va. ¿Y sabes de qué quiere hablar?

—De algo que ha pasado con Cassandra.

—¿Ha roto de nuevo su compromiso? —preguntó esperanzado el escritor.

—No, lo siento. No es eso. Mmm… No sé cómo decirte esto, pero ¿has consultado hoy las redes o leído algún periódico?

—No, la verdad. Entre ir a la editorial y escribir varios capítulos, he perdido la noción del tiempo. ¿Por qué me lo preguntas?

—Antes de nada, quiero decirte que lo siento. Esta situación es muy complicada y has de estar preparado para lo que vas a ver.

—Mav, ¡suéltalo de una vez! —le exigió.

—Consulta cualquier página, en todas aparece un báner con la noticia de que Cassandra

ha vuelto con Bill Morris. Hay unas fotos donde se ven en un restaurante y él…

—¿Qué?

—La besa en los labios, Alex. Están en todas partes.

—Joder… —dijo mientras se frotaba la frente.

—Samantha te va a llamar en unos minutos porque está de los nervios con este tema.

—¿Y a ella en qué le afecta? ¿Qué más le da con quien se case o bese su hermana?

—Eso quisiera saber yo. Lo único que puedo decirte es que, si necesitabas una aliada, creo que has encontrado una.

—¿Por qué me gusta liarlo todo cuando hace meses…?

—Porque, si no, no serías tú. No le des más vueltas y espera a hablar con ella. A mí solo me ha contado lo que te he dicho.

—De acuerdo. Gracias, Maverick. Te llamaré cuando aterrice.

—Si puedo recogerte, te aviso.

Alex colgó con la curiosidad instalada en su pecho y la rabia de saber que ella había besado a Bill. Quizás las cosas no fueran tan sencillas, al fin y al cabo. Ahora solo le quedaba esperar a que Sam lo llamara. No sabía lo que se iba a encontrar, así que volvió al salón y se echó una copa, olvidando la pastilla que se había tomado y el dolor que le volvía a taladrar la cabeza.

Dejó el vaso a un lado y abrió el navegador. Consultó el periódico y, en primera plana, después de las noticias de política, allí estaba ella con el maldito Morris. Los tabloides se frotaban las manos porque la noticia estaba calentita. Apenas habían pasado seis horas desde ese almuerzo en el Sistina. Iba a pasar a la siguiente página, pero una llamada lo interrumpió.

—¿Diga?

—Alex, soy Sam.

—Sam…

—¿Has visto las fotos?

—Sí.

—Tienes mi apoyo incondicional. Así que devánate los sesos y encuentra ya la forma de romper ese compromiso —exigió en un tono inquisidor.

—¿A qué viene eso, Sam? ¿Qué es lo que sabes?

Alex no estaba dispuesto a continuar sin conocer los verdaderos motivos del cambio tan tajante en ella.

—Alex, yo… Lo siento, no puedo decírtelo. Pero ella no ama a Bill, si eso es suficiente motivo para ti, creo que puedes tener una posibilidad.

—¿Cómo lo sabes?

—Eso es algo que tendrás que preguntarle a ella.

—Cass no es de las que comparten secretos sin más.

—Lo sé, pero o rompes su compromiso, o se verá arrastrada a esa boda con la que no puedo lidiar.

—Ya, ni yo tampoco. Pero ¿puedes explicarme cómo pretendes que lo haga?

Alex estaba tan ofuscado que pasó por alto lo que le había dicho Sam sobre que Cass se veía arrastrada a esa boda. Aun así, la bróker no se detuvo para aclarárselo, sino que le dio una solución a medias.

—Con un aliado. Hablaremos el miércoles. Es demasiado importante y no quiero hacerlo por teléfono.

—Está bien. Gracias, Sam.

—Alex, confío en ti.

—Nos vemos.

Aquella conversación dejó muy intrigado al escritor. Samantha acababa de asegurarle que Cass no amaba a Bill. Entonces, ¿por qué demonios se casaba con él? Por otro lado, ¿quién iba a ser ese aliado? Y, lo más complicado, ¿cómo iba a conseguir que ella dijera que sí?

CAPÍTULO 16. CASS TIENE LA ÚLTIMA PALABRA

Después de hablar con Alex, Samantha fue a la cocina a por un vaso de agua. Estaba cerca de tener un ataque de nervios. Llevaba solo un día conociendo la verdad y aquella información se había convertido en una losa que no le dejaba respirar. La situación era tal que, daba igual cómo se desarrollara, alguien acabaría herido. Si las fotos salían a la luz, su padre se moriría de la pena por el bochorno de convertirse en un hazmerreír. A eso habría que añadir que el buen nombre de la productora se resentiría, y quién sabe si algunos actores ya no querrían formar parte de sus películas por el escándalo.

Todos sabían que la industria estaba llena de los peores tiburones. Darles carnaza gratis era algo que muchos aprovecharían al máximo para mejorar su ranking o incluso renacer de sus cenizas. Además, ¿quién decía que aquel chico no sería buscado hasta debajo de las piedras para obtener una exclusiva? Y, si daban con él, ¿acaso rechazaría una oportunidad así? Ni hablar. Carmichael lo había destruido con unas pocas llamadas. Su incipiente carrera había quedado sepultada bajo las sábanas que había compartido con su madre y los contactos de su padre. Ese hombre debía de sentir una rabia brutal contra su familia, y estaba segura de que aprovecharía la ocasión para poder resarcirse de todo el daño que le habían causado.

Se frotó los ojos, cansada tras un día agotador. Adoraba su trabajo, pero la tensión que exigía le estaba empezando a pasar factura. O puede que la razón fuera el haber descubierto que el matrimonio de sus padres llevaba más de una década siendo una farsa.

Ahora entendía que Cass hubiera dejado de creer en el amor. Después de pasar por esa experiencia con Bill, su madre le había confesado su infidelidad años atrás. Lo que más le estaba costando digerir a Sam era que le hubiese propuesto o, más bien, exigido que olvidara todo aquello y continuara con la boda.

La rabia y la impotencia la estaban devorando. Sentía una profunda vergüenza no solo por lo que había hecho su madre, sino por lo que le había propuesto a Cassandra. Aquello la había dejado muy tocada y, por mucho que intentaba ponerse en el lugar de su padre, no se veía capaz de aceptar que su hermana sacrificara ni un minuto de su tiempo con Bill para evitar la ignominia de su familia. Ella los amaba, de eso no había duda. Pero permitir que Cass pasara por aquello, hacerle soportar las pullas de su madre y que esta continuara mirándola con una falsa dignidad, acabó por obligarle a replantearse la vida que quería tener a partir de ese momento.

Marcó el teléfono de Maverick y le resumió la conversación que había mantenido con Alex. El bróker decidió no preguntarle nada relacionado con ese cambio brusco de parecer. Por mucho que quisiera saber qué le ocurría, decidió esperar a que se lo contara. Mientras la escuchaba decirle que el escritor tenía que ayudarla, no dejaba de pensar en que Sam no se caracterizaba por ser una chica tranquila, pero, en comparación con el día anterior, la notaba excesivamente alterada. Ni siquiera en los peores días en la Bolsa había perdido su templanza. Ahora, por el contrario, temía hasta variar el tono de voz porque la veía a punto de volatilizar todo a su paso.

Ella aún no le había dicho el motivo, pero, tal y como iba evolucionando, algo le decía que tarde o temprano se lo contaría.

—Mav, te aseguro que quiero mandarlo todo al infierno.

—Sabes que no te puedo ayudar sin saber qué ocurre. Y no es que quiera forzarte a compartirlo conmigo, pero, ponte en mi lugar. Desde ayer, solo me das evasivas; y le has exigido a Alex algo que no tiene ni pies ni cabeza, esperando a que acepte sin darle ni una pista de a lo que se enfrenta.

—Lo sé, lo sé…

—¿Tan malo es? —preguntó con mucho tacto.

—Peor.

—¿Alguien más lo sabe?

—Cass, Caleb y yo. Y el culpable, claro.

—Entiendo.

—¿Te apetece venir a casa a cenar? Necesito verte y no quiero pasar la noche sola.

—Dame treinta minutos y estaré allí —aseguró él.

Se despidieron y Sam respiró algo más calmada sabiendo que llegaría en poco tiempo. Se sentó en el sofá, cogió el mando a distancia y puso de fondo un paisaje nevado con música suave en el enorme televisor de 85 pulgadas. Después, pensó en que aquello era demasiado importante como para permitir que Cass empeñara su vida por todos.

No quería ni imaginar qué estaría pasando por la cabeza de su hermana. Hacía un par de horas que había hablado con ella de lo del beso y de que Caleb ya había contratado a dos detectives privados. Sentía la cabeza embotada porque, si ella conocía la verdad solo desde hacía un día, ¿cómo había sido aquello para Cassandra si lo sabía desde hacía meses?

Se pasó la mano por la frente para tratar de aclarar sus ideas. Si veinticuatro horas de autocensura la estaban destrozando… «Pobre, Cass», se dijo. De pronto, las necesitaba a todas. Esa noche era para Maverick, pero la del día siguiente sería para ellas cuatro. Y estaba segura de que esa reunión le vendría de perlas a su hermana.

Hizo una llamada a tres en las que Rachel y Olivia contestaron casi al mismo tiempo.

—Hola, Sam. ¿Qué tal estás? —preguntó Rachel.

—Hola, Samantha —dijo Olivia.

—Hola, chicas. Necesito vuestra ayuda. No os puedo decir nada por teléfono, pero ¿podríais venir a cenar mañana a mi casa? Quiero darle una sorpresa a Cass.

—¿Sorpresa? ¿Más que la que me he llevado yo al verla besuquearse con el asqueroso de Bill? —se quejó Rach.

—Más aún.

—¿Qué ocurre, Sam? —indagó Olivia con un tono evidente de preocupación—. ¿Cass está metida en algún lío?

—Ya os lo he dicho, por teléfono… no. Mañana, a las siete.

—Cuenta conmigo —dijeron las dos.

Samantha colgó sin saber qué iba a hacer. Maverick todavía no había llegado, lo que le dejó un poco de tiempo para pensar mientras se perdía entre los caminos copados de nieve. De pronto, una idea brillante tomó protagonismo frente al resto y quizás esa sí que supusiera la diferencia entre encontrar o no una solución. Sin pensarlo dos veces, le envió un mensaje a Caleb para que se sumara. Las cuatro siempre habían sido una piña. Pese a ser un par de años menor, la habían acogido en su particular grupito. Faltaba Peyton, pero, por Sam, podría pudrirse en el peor rincón de la Tierra.

El sonido del timbre, de pronto, consiguió ayudarla a respirar un poco mejor.

—Hola, preciosa —dijo Mav, que se acercó para besarla.

—Hola… Gracias por venir tan pronto.

—Para nada. Por cierto, la comida tiene que estar a punto de llegar. He hecho un pedido nada más salir.

—Eres el mejor. —Sam se acercó y le dio un beso rápido.

—No esperaba que me invitaras a pasar la noche. A no ser que quieras que duerma en la habitación de invitados.

Ella sonrió antes de lanzarse a su boca. Su respiración estaba deliciosamente caliente, preparada, juguetona. Su lengua era seda que buscaba enredarse sin prisa en la suya. Maverick entendió que aquella invitación implicaba mucho más que una simple cena. Puede que la desesperación con la que lo estaba besando tuviera un significado oscuro y complicado. Sí, Sam se estaba volcando en dejarle claras sus intenciones, pero, pese a que le estaba encendiendo cada milímetro de su cuerpo, no quería que fueran así las cosas entre ellos.

Por supuesto que no era la primera noche que pasaban juntos, pero sí en la que su chica tenía un secreto que la estaba devorando por dentro. En ese momento, Mav fue consciente de que Sam le importaba mucho más que un revolcón basado en la rabia. Puede que el sexo acabara siendo impresionante, de otro nivel, mucho más caliente y desinhibido de lo que ambos habían compartido. Solo que ese no era el tipo de relación que quería tener con ella.

Samantha, cuyos ojos azul profundo le invitaban a perderse, lo arrastró al abismo del que era consciente del que muchos querrían huir. Sin embargo, era justo en ese lugar donde Maverick deseaba estar. A su lado. Sin miedos pueriles al compromiso. Sin perder un solo instante negando que estaba enamorado.

En realidad, tenía verdadero pavor a que ella no sintiera nada más allá de la mera atracción física. No podía pedirle un futuro. Aún no. Sam apenas tenía veintitrés años. Él, a sus veintisiete, tampoco es que tuviera que tomar una decisión en firme para el resto de su vida. Pero el miedo a perder a las personas que quería estaba muy arraigado en su corazón. La muerte de sus tíos se grabó a fuego en su alma. Aquello lo marcó de una manera que jamás le había confesado a nadie, ni siquiera a Alex. De hecho, durante los primeros meses de conocer a Samantha se juró que no se enamoraría, tal y como había oído repetirle al escritor sin cesar desde lo de Jess, pero él no era Alex, y Sam sí era la mujer de su vida.

Despacio, dejó de besarla para terminar por dedicarle una dulce sonrisa. Aquello le extrañó a la bróker, pero no le dio tiempo a preguntar porque llamaron a la puerta.

Tras pagar Maverick el pedido, fueron a la cocina. Ella le pasó una botella de vino *Beaulieu Vineyard Georges de Latour Private Reserve 2018.*

—¿La abres? —dijo muy seria, dándole el abridor eléctrico.

—Claro —respondió con media sonrisa.

Sam se ciñó a sacar los platos y las copas, mientras iba y venía para llevarlo todo al salón. Tras colocar las bandejas en la mesa, se sentó mirándolo algo molesta.

—Venga, suéltalo ya —añadió divertido.

—¿El qué? —intentó zafarse.

—Te has molestado porque he parado de besarte.

—Han llamado a la puerta.

—Sabes que ese no es el motivo.

—No. ¿Y por qué lo has hecho?

—Sam, no quiero ese tipo de sexo.

—¿A qué te refieres? —preguntó extrañada, frunciendo el ceño.

—Al de la mentira. Al de la excusa. A volcar en mí tu frustración para luego salir corriendo.

—¿Por qué dices eso?

—¿En serio me lo preguntas después de llamar a Alex para exigirle que detenga la boda de tu hermana?

—No puedo hablar…

—Sí puedes. A mí sí. Yo no soy pasajero. No quiero serlo. ¿Sabes lo difícil que me resulta no decirte que te amo y que me he dado cuenta de que jamás querré a nadie como te quiero a ti?

Samantha abrió los ojos de golpe porque se esperaba cualquier respuesta menos aquella.

—¿Sabes lo que me cuesta no pedirte que confíes en mí porque nunca sería capaz de traicionarte? —continuó el bróker.

—Maverick…

—¿Cómo puedo siquiera planteármelo cuando Cassandra se ve arrastrada a hacer algo que odias, pero que «no puedes decirme» porque no somos más que dos tontos que juegan al ratón y al gato? Te quiero, Samantha, ya lo sabes, pero no puedo pasar la noche contigo si no confías en mí. Ese no soy yo ni quiero serlo.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas y unió los labios en una fina línea para tratar de no romperse. Maverick no dudó ni un instante y se levantó para hincar una rodilla en el suelo con el fin de estar a su altura.

—Shh, no llores, por favor.

—Eres un idiota —susurró con el corazón golpeándole fuerte en el pecho—. ¿Quién te ha dicho que yo no te quiero o no confío en ti?

—No me has contado lo que ocurre.

Ella acarició su mejilla.

—Te quiero, Maverick. No lo dudes, por favor.

Él se acercó y le dio un beso cargado de sentimientos y liberación en los labios.

—Y yo a ti, Sam.

Ella, entre sollozos, acabó por contarle todo lo que estaba ocurriendo. Se veía incapaz de retenerlo ni un momento más. Aquello ponía en peligro a su familia, pero había tocado fondo cuando vio las fotos de su madre. Algo se quebró en su corazón que le impedía dejar que Cass siguiera adelante con aquello.

—Dios… —dijo Mav.

—Esto es algo que jamás debe saber Alex. Prométeme que nunca se lo dirás.

—Pero, Sam…

—Si es verdad que me quieres y quieres que confíe en ti, prométemelo —le insistió.

—Está bien. Te doy mi palabra.

Aquel pacto comenzó un camino para ambos. Uno por el que Sam quería avanzar sin dudas porque ella sentía lo mismo por él.

—Entonces, ¿de verdad estás enamorado de mí? —preguntó, mordiéndose el labio inferior de la emoción.

—Completamente.

Aquella respuesta logró que ambos olvidaran la cena, que bien podía esperar porque la confianza que había depositado Sam en Maverick era más de lo que podría desear, además de que le confesara que también lo amaba. Así que se lanzó a sus labios para devorar todo a su paso. Tiró de ella y la puso en pie. La sujetó de las mejillas para hundirse en su boca. Pensaba que no debería dejarse llevar. Lo que acababa de compartir con él era algo a lo que su chica no dejaba de dar vueltas. Y lo último que deseaba era que Sam estuviera pensando en cualquier otra cosa que

no fuera disfrutar de sus cuerpos.

—¿Estás segura? —preguntó en sus labios.

—Más que nunca.

Caminaron por el pasillo deshaciéndose de la ropa del otro.

La blusa y pantalones de ella.

La camisa y pantalones de él.

Justo al llegar al dormitorio, él la detuvo un instante.

—Mi maleta… Protección…

—Vuela —susurró Samantha entre jadeos.

Cuando regresó, Mav no dudó en volver a lanzarse a su boca. Deleitándose en cada roce, la besó en las mejillas, en el mentón. Bajó por la garganta y se recreó en el hueco que unía su precioso cuello con el hombro. Una línea húmeda de besos con la lengua obligó a Sam a curvarse hacia arriba. La mano de él recorrió su esternón, calentando con la yema de los dedos cuanto acariciaba. Su boca acabó por sustituir la mano, consiguiendo que se endureciera cuanto lamía y succionaba a su lento y demoledor paso.

—Ahh —dejó escapar muy excitada.

—Te quiero… —musitó él mientras descendía por su abdomen. Abajo, más abajo, hasta colarse dentro de su cuerpo con extremada lentitud utilizando la boca y sus expertos dedos.

—Ahh, Maverick… —consiguió arrancarle él tras un arrollador orgasmo en el que él se deleitó de su exquisito sabor y ella entregó una parte de su alma.

Tras una sonrisa cómplice de ambos, Mav se colocó la barrera que aún los separaba y se perdió dentro de su cuerpo al son de las palabras más maravillosas que había oído nunca.

—Te quiero, Maverick… Ahh…

Él no aumentó el ritmo. Deseaba notar cómo ella temblaba esta vez a su alrededor. Quería que aquello durara para siempre, pero Samantha se movía de tal manera y lo besaba con tal intensidad, que nada más sentir cómo volvía a convulsionarse de placer, él se dejó ir, consiguiendo que ambos fueran conscientes de que aquello no había sido una noche más, sino el inicio de un para siempre.

Su «para siempre».



La noche que compartieron juntos fue preciosa y muy especial. A la mañana siguiente, nada más despedirse Maverick, Sam llamó a Cassandra. Sentía remordimientos por haberle contado a su chico lo que sucedía. Por otro lado, no podía arriesgarse a perderlo por algo que no estaba dispuesta a aceptar.

Llevaba enojada desde que había visto aquellas fotos. En cierto modo, se tranquilizó cuando Caleb comentó lo de los detectives privados. Si existía algún trapo sucio con el que cerrarle la boca a Bill, le habían asegurado que lo encontrarían.

Mientras tanto, a Cass le tocaba la peor parte. Y eso tenía que cambiar ya.

—Hola, Sam. ¿Qué haces llamándome tan temprano? Oye, ¿va todo bien?

—Sí, tranquila, no es nada. Me queda media hora antes de irme y necesitaba decirte una cosa. ¿Has empezado a trabajar?

—No, aún me falta más de una hora. Ey, ¿qué pasa?

—Esta tarde he invitado a las chicas a cenar a mi casa —soltó en tropel—. Así que nada de excusas y te vienes. ¿De acuerdo?

—Vale —dejó escapar una risa—, ¿y para eso me has llamado a las ocho menos cuarto?

—Hum…, sí. Es que tengo un día muy apretado y seguro que se me iba a olvidar decírtelo —mintió—. A las siete. No llegues tarde.

—No, tranquila.

Sam colgó sintiéndose la peor hermana del mundo. Debería habérselo contado, pero había sido incapaz. Esa noche se lo diría en persona y ya capearía el vendaval que vendría luego. Sin querer darle más vueltas, se dirigió a la ducha.

A las siete menos diez, las tenía a todas en casa. Caleb no había podido ir porque le había surgido una reunión a última hora.

Como siempre, Rachel se había encargado de llevar alcohol. En esta ocasión, se había decidido por dos botellas de *chardonnay*. Olivia se había parado en una pastelería para comprar una docena de *bagels* calientes con todo tipo de rellenos dulces y Cassandra llevó varias bolsas rellenas con cosas saladas para picar.

Tras recibir el pedido de pizzas a domicilio, se sentaron en la mesa mientras reían, devoraban trozo tras trozo y regaban cada bocado con el vino blanco helado. Al llegar a los postres, Oli cortó en trozos los *bagels*. Aún se mantenían templados.

Sam preparó café y, cuando todas estaban más que dulcificadas y satisfechas, soltó la bomba.

—Maverick me confesó ayer que me quiere.

—¡Enhorabuena! —la felicitaron a la vez sus amigas.

Cass se levantó para abrazarla. Tenía los ojos brillantes por la emoción.

—Me alegro mucho por ti. Pensaba que ya te lo había dicho por todo lo que nos contabas.

—Lo cierto es que sí. Aunque esta vez ha sido distinto y muy especial.

—Pero no hay anillo —puntualizó Olivia.

—Sé que lo habrá. No tenemos prisa.

—O sea, que te lo va a pedir antes de que acabe el año —soltó Rachel.

Las cuatro se echaron a reír.

—Vale. Dicho esto, toca lo otro.

—¿Lo otro? —preguntaron las tres.

—Le he contado a Mav el motivo «real» de por qué te casas.

Rach y Oli miraron directamente a Cass. No tenían ni idea de lo que estaba hablando Samantha.

—¿De qué motivo habla? —preguntó la profesora.

—¡No tenías ningún derecho a contárselo sin consultarnos antes a Caleb y a mí! —gritó de pronto Cassandra.

—¡Lo sé! —respondió Sam—. ¡Pero no te vas a casar con Bill! ¡No lo permitiré!

—¿De qué demonios hablas, Sam? Acaso quieres…

—¡Que mamá apechugue con lo que hizo, maldita sea!

Como si le hubieran dado cuerda, la bróker soltó de sopetón todo lo que había ocurrido. Rachel y Olivia eran de la familia. Ambas las querían como si todas fueran hermanas, y su consejo no tenía precio. Además, Caleb les iba a conseguir una prueba jugosa a través de esos detectives, así que, o eran todas una piña contra Bill, o ella misma iría a contárselo a sus padres porque no podía permitir que Cass pagara por los pecados de su madre.

El timbre sonó. Era Caleb. Nada más entrar, su gemela le contó a todo tren lo que había hecho Sam. Los tres comenzaron a gritar sin medida. Olivia miró a Rachel, que negó despacio, dando a entender que no debían meterse en medio.

—¡Te ha faltado publicarlo en pantalla en el último partido de la *Super Bowl!* —se quejó Caleb a Sam.

—¡Eres un iluso! ¿Acaso crees que Bill no va a terminar por decírselo a quien le venga en gana? Al menos ellas son nuestras amigas, ¡y Rachel es tu pareja!

Ellos se miraron y, para sorpresa de Rach, ya que las cosas no andaban demasiado bien entre ellos, Caleb no contradijo a su hermana.

—Estupendo, Sam. ¿Y ahora qué? —dijo muy enfadado.

—Ahora… —dijo con extrema lentitud—. Ahora hay que buscar el modo de decírselo a mamá y a papá.

—No —respondió Cassandra con rotundidad—. No voy a sacrificar a papá.

—¿Y qué hay de ti? ¡Por Dios! ¿Es que vas a dejar que Bill se salga con la suya? —chilló Sam.

—¿Tú crees que quiero eso? —vociferó Cass.

—¡Basta! —las cortó Caleb. Ambas lo miraron porque parecía a punto de explotar—. Cassandra es la que tiene la última palabra, ¡y no se hable más!

—¿Vas a dejar que lo haga? —añadió Sam, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Acaso tenemos otra opción? —volvió a gritar Cal.

—¡Esto es de locos!

—¡Y tanto que lo es! ¿Crees que no lo sé? —puntualizó la editora.

Un silencio sepulcral llenó la habitación de dudas y dolor. No tenían escapatoria. O cedían a las exigencias de Bill o ya sabían lo que les esperaba.

—Creo que mejor nosotras nos vamos —dijo Rachel.

—¿Es que no tienes nada que decir? —le preguntó Sam.

—¿Decir? Sería capaz de ir a ver a Bill y de destrozarle las rodillas con un bate de béisbol. Pero nada de lo que yo diga cambiará el hecho de que puede destruir a vuestra familia, así que estoy con Caleb —agregó la profesora, mirándolo—. Solo Cassandra tiene la última palabra.

Todos se volvieron hacia ella. Cass asintió.

—Seguiré adelante. Bill no hundirá a papá. Lo hago por él, solo por él —acabó susurrando.

—¿Y Alex? —soltó Samantha a bocajarro—. ¿Lo sacrificarás también a él?

—No tienes ni idea de lo que significa amar a alguien. Cuando quieres lo suficiente, haces lo necesario para que esa persona no sufra.

—Entonces no lo quieres en absoluto, porque está destrozado.

—No puedo ponerle por delante de papá cuando él no siente por mí absolutamente nada —dijo muy seria.

—Estás muy equivocada.

—Tus especulaciones no tienen peso para mí. Él no me quiere, pero yo sí quiero a papá. Ahora me voy a casa. Mañana tengo que trabajar y, para colmo, antes de venir, Bill me ha enviado un mensaje diciéndome que este fin de semana nos vamos a esquiar a Hunter Mountain porque se le ha ocurrido la feliz idea de que eso encenderá las redes. Así que, por favor, Sam, déjalo estar.

—Entonces, es tu decisión.

—Lo es.

La bróker asintió despacio. Tendría que haberle dicho que el escritor volaba a Nueva York para verla, para decirle que la amaba. Pero, en ese momento, su hermana estaba tan segura de su elección que adelantarle sus planes lo hubiera echado todo al traste.

Y Alex necesitaba toda la ayuda posible para hacer cambiar de idea a Cass, aunque ella aún estuviera convencida de que esa era la única salida.

CAPÍTULO 17. ¿POR QUÉ SE LO HAS CONTADO?

Rachel se acercó a Cassandra y la abrazó con fuerza. Sentía mil agujas en el estómago por lo que estaba a punto de hacer su amiga. Además, no entendía cómo esa era la única manera de lidiar con aquello cuando pertenecía a una de las familias más ricas de Estados Unidos.

La profesora siempre había pensado que la expresión «El dinero no da la felicidad» era un patético intento de los que carecían de él para conformarse, ella se incluía en los que tenían esa creencia. Ahora acababa de ser testigo de que tal vez estuviera equivocada. Cass se veía inmersa en aquel tremendo lío precisamente por ser quien era. Su posición le daba prestigio a Bill y repercutía de forma directa en la editorial de su padre.

—Lo siento mucho, Cass —dijo con la voz quebrada.

—Shh, Rach. Aún no he dado el sí y tengo la esperanza de que encuentren algo contra él… —dijo elevando los hombros al tiempo que mostraba una sonrisa que dejaba claro que llegaría hasta el final.

—He de irme ya. Mañana tengo tutoría de ocho a nueve y he venido en el metro para llegar a tiempo.

—Te llevo yo —dijo Caleb.

—Puedo ir en metro —respondió ella muy seca.

—¿A esta hora? ¡Ni hablar! Te vienes conmigo —insistió él.

—¿Es que siempre tienes que decir la última palabra? —se quejó.

—Vamos, dejad de discutir ya —lidió Olivia, señalando a Cass con la mirada—. Además, Caleb tiene razón. No es hora para coger el metro y me voy con vosotros porque tampoco he traído el coche. De modo que te toca acercarme a mi casa, «kryptoniano».

Él asintió como respuesta mientras trataba de no echarse a reír.

Tras despedirse los tres, Sam y Cassandra comenzaron a recoger los restos de la cena.

—Si no te importa, me quedo a dormir en tu casa. No tengo ganas de conducir —dijo la editora.

—Claro.

Un silencio incómodo tomó el control de la situación unos pocos segundos hasta que Cass explotó, soltando de malos modos un par de cubiertos en la mesa.

—¿Por qué se lo has contado a Maverick? Sabes que se lo va a soltar a Alex a la primera de cambio. Para colmo, ya habrá visto las fotos y estoy segura de que tendrá un cabreo monumental porque le he mentido a la cara y, como colofón, ¡he de aguantar a Bill!

—Estás muy equivocada —respondió en un tono más neutral para tratar de que se tranquilizara—. Mav me ha dado su palabra.

—Oh, sí… Su palabra… ¡Como si eso tuviera algún valor!

Esta vez la que se molestó fue Sam, y con razón.

—Que Bill tenga menos palabra que un político no significa que Maverick sea igual. No se te ocurra compararle con ese desgraciado, ¿te ha quedado claro?

Las dos se miraron con la rabia instalada en sus cuerpos. Por primera vez, quien cedió fue Samantha.

—Lo siento, Cass —acabó por disculparse—. No era mi intención traicionarte ni empeorar las cosas, pero ¿qué harías si estuvieras en mi lugar? ¿Acaso me dejarías hipotecar mi vida por la familia? ¿Es que te quedarías tan tranquila viendo cómo otra persona me obliga a

mentir al mundo solo por recuperar su nombre, habiendo sido él mismo quien lo ha hundido en el fango?

—Sam…

—No, Cass. No intentes convencerme de lo contrario. Tú jamás permitirías que siguiera adelante con esta puta locura.

Ella elevó una comisura porque en esas palabras su hermana encerraba más amor del que era capaz de procesar en ese momento. Trató de no volver a llorar. Lo intentó con todas sus fuerzas, hasta que consiguió mantener las lágrimas a raya, aunque sus ojos mostraran lo contrario.

—Gracias, Sam. ¿Y qué hago entonces?

La bróker volvió a morderse la lengua. Aún no había trazado un plan claro para Alex y ella, pero sabía que tenía que actuar rápido o nada iba a lograr apartarla del deber hacia la familia.

—Esperar un poco. ¿Te ha dicho Bill cuándo quiere poner la fecha de la boda?

—Aún no. De hecho, no hemos tenido tiempo de hablar de eso. Por suerte, se ha pasado todo el maldito almuerzo pavoneándose de lo buen editor que es hasta que ha llegado el momento de meterme la lengua hasta la garganta.

—¡Qué asco! —dijo Sam, haciendo una mueca de repulsión.

—¡Qué vas a contarme a mí! —acabó haciendo el mismo gesto.

—¿Y por qué te ha invitado a esquiar a Hunter Mountain?

—Supongo que tendrá pagados a más fotógrafos para que nos pillen —dibujó unas comillas en el aire— en nuestra burbuja de amor.

—Dios, si yo lo detesto, no me puedo ni imaginar lo que estarás sintiendo tú.

—Pues hazte una idea.

Sam apoyó las manos en el respaldo de la silla y miró hacia abajo. Trataba de formar un plan a marchas forzadas. Alex llegaba al día siguiente, y debía lograr que coincidieran antes de que ella se fuera de escapada con Bill.

Ellos tenían que verse para aclarar la situación porque no iba a permitir que Cass llegara hasta el final.

—Siento habérselo dicho a Mav sin consultarte.

—Gracias. Y, por favor, antes de volver hacerlo, pregúntame, ¿vale?

—Prometido. Mmm… ¿Te apetece que comamos el jueves juntas?

—Claro, pero mejor en mi casa. Tendré que hacer la maleta y aún tengo que comprar algunas cosas que me he dejado en Los Ángeles.

—Por supuesto. Venga, vamos a buscarte un pijama.

Sam se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla. La tormenta había pasado, pero no estaba segura de cómo iba a conseguir que Alex aceptara lo que acababa de ocurrírsele. De todos modos, el tiempo se les echaba encima y, si el escritor no movía ficha pronto, mucho se temía que vería a su hermana vestida de blanco al lado de un gusano rubio de metro ochenta y cinco.



Durante el trayecto a la casa de Olivia, la periodista estuvo comentando el problema en el que estaban metidos. Caleb le dio la razón. La única opción que les quedaba era esperar los informes de los detectives y, como último recurso, decírselo a sus padres y soportar lo que les viniera

encima.

Tras despedirse de Oli, el productor se incorporó a la carretera. Rachel apenas había pronunciado unas pocas palabras y todas dirigidas a comentar el tema con su amiga. Con él, nada.

—Estás muy callada.

—¿Y qué esperabas?

—Yo…

—De verdad, no te reconozco —lo interrumpió—. ¿Cómo fuiste capaz de obligar a Cass para que volviera con Bill?

—¿Yo? Yo no la he obligado a nada.

—¿Es que no te importaba que ella se sacrificara o que fuese a vivir un infierno con él? —insistió Rachel.

—Pero bueno, ¿tú has estado atenta a lo que te han contado esta noche? ¡Que no tenía otra opción!

—¿Y no se te ocurrió hablar primero con tus padres para intentar solucionarlo? No, claro que no, la pusiste en el filo del precipicio ¡y solo le diste la opción de saltar!

—¿Pero tú te estás oyendo? ¡Que Bill me amenazó con publicarlo todo si se lo contaba a alguien! Y no sé para qué narices he intentado ocultarlo cuando al final lo va a saber hasta el que vende las palomitas en el cine. ¡Joder!

—Es que esto es algo que no se puede esconder debajo de una alfombra —dijo ella en un tono más conciliador.

—¿Crees que no lo sé? Mataría a Bill con mis propias manos por lo que le está haciendo a Cass.

—Qué drástico —ironizó—. Yo no sería capaz de llegar tan lejos, la verdad.

—¿No?

—Yo creo que no, aunque admito que sí me encantaría que se llevara un buen escarmiento. En serio, no me esperaba eso de él.

—Ni yo. —Caleb negó incrédulo—. ¿Te apetece tomar una copa? Aún es pronto.

—De acuerdo. Necesito digerir esto con algo de alcohol.

Media hora después, estaban frente a un *manhattan* para ella y un *whisky* doble para él. Rachel se sentía muy incómoda porque no sabía qué más decir. Le estaba empezando a doler la cabeza buscando una solución distinta, pero no la encontraba por mucho que lo estaba intentando.

Por fin se dio por vencida y terminó diciendo lo primero que se le ocurrió. El segundo cóctel había tenido mucho que ver en eso.

—Debes decírselo a tus padres, Caleb.

—¿Cómo?

—Es la única posibilidad de salvar a Cass.

—A ver, Rach. Los detectives contratados no llevan ni veinticuatro horas. Hay que darles un poco más de tiempo.

—¿Para? Te recuerdo que Cass tiene que irse este fin de semana con ese desgraciado a esquiar. ¿No se te ha pasado por esa cabecita brillante de productor que tienes que Bill va a intentar obtener de ella algo más que un simple beso?

—No creo…

—¿El qué? —lo cortó—. ¿Acaso piensas que va a reservar dos habitaciones para dormir separados? ¿O eres tan inocente que confías en que se comporte como un caballero y no alargue

su chantaje hasta lograr de ella cuanto desee?

—Él no haría…

—Ah, ¿no? —dijo furiosa.

Rachel tenía la mirada turbada por la ira y el alcohol. Una mezcla bastante peligrosa para tener una conversación de esa índole en mitad de un bar demasiado concurrido en el corazón de Nueva York.

Caleb no sabía por qué se lo estaba tomando de esa forma y es que él no era consciente de que las palabras de ella escondían mucho más de lo que quería mostrar. Rach no dejaba de preguntarse si él se sacrificaría por su familia como le había pedido en un principio a Cassandra. Algo le decía que no hubiese aceptado hacerlo por mucho que todos se hundieran en el proceso.

Aquello la hizo plantearse si él era el hombre con el que quería pasar el resto de su vida, y una respuesta que no esperaba tomó más importancia ante las otras.

—Díselo a tus padres —repitió convencida—. No dejes que la bola de nieve se haga más grande de lo que ya es —insistió muy molesta.

A Rachel le parecía que Caleb estaba tratando de eludir el problema en vez de solucionarlo. Con subterfugios, le había cedido el poder a Cass para no ser responsable de que se hundiera. Si ella lo hacía era porque así lo había decidido. De ese modo, podía estar segura de que contaba con su apoyo incondicional, sin embargo, él no sacrificaba nada. Solo era un espectador más del papel que le había tocado representar a su gemela.

Aquello le esclareció la situación en la que se veía una de sus mejores amigas. En ese momento, se arrepintió de no haber apoyado a Samantha. Ese era un error que solventaría al día siguiente, pero, ahora, debía dejarle claro a Caleb que ya no pensaba como él.

La última palabra no la tenía Cass, sino sus padres. Y debían conocer la verdad lo antes posible.

—No tienes ni idea. Así que no me vengas otra vez…

—¿Con qué? —lo interrumpió ella.

—Con nada. Creo que será mejor que lo dejemos.

—¿El qué? ¿Lo poco que te importa condenar a tu hermana o lo nuestro?

—¿De qué hablas?

—Yo no quiero continuar contigo si no confiesas la verdad y proteges a Cassandra.

—No te sigo, Rachel.

—Me asombra que no seas capaz de anteponer a Cass sobre tus propios intereses y que prefieras que Bill gane con tal de que todo siga igual. No te importa por lo que tenga que pasar para librarte, ¿verdad? Esto me hace pensar que, si llegas hasta ese punto con ella, ¿cómo vas a poder amarme de ninguna manera?

—Lo nuestro no tiene nada que ver con lo que está pasando —se defendió.

—Te equivocas, tiene todo que ver. Ya sabes lo que pienso.

—¿Me estás amenazando?

—No, pero estoy convencida de lo que te he dicho. Debes hablarlo con tus padres —repitió ella por tercera vez.

—Esto no te incumbe. No creas que porque estemos juntos puedes imponerme lo que te parezca que es mejor para mí o para mi familia. Si sigues por ese camino, será mejor que lo deje… —se detuvo.

—Ya veo. Bueno, ya llegamos al punto que esperaba de ti.

—¿Qué punto?

—El punto en el que me rompes de nuevo el corazón. Si va a ser así, dímelo para poder ir

recogiendo ya los pedazos.

Ella no fue consciente de que se le habían escapado un par de lágrimas al decir en voz alta lo que temía desde que volvieron juntos meses atrás. A él le cogió por sorpresa verla reaccionar de ese modo y el cambio tan brusco que había imprimido a la conversación. No venía a cuento, por lo que lo único que se le ocurrió era que Rach hubiera extrapolado la situación de Cass a la que tenían ellos de alguna manera que no era capaz de hilar tras dos vasos de *whisky*.

Mientras ella se enfrentaba a él con la tristeza instalada en su rostro, Caleb la miró y su expresión removió algo en su interior. Jamás la había visto llorar, ni siquiera cuando cortó con ella casi seis años atrás. Pero allí estaba el amor de su niñez, vulnerable y pensando que sus ilusiones estaban a punto de volatilizarse otra vez. El joven productor se acercó y le borró las lágrimas con los pulgares. Después, le acarició las mejillas y acabó besándola en medio del local. Nadie se fijó en ellos porque cada uno estaba a lo suyo. Las risas y las bromas de varios grupos de compañeros de algún trabajo celebraban el ascenso de alguien, mientras los otros se dedicaban a despotricar de los jefes por la cantidad de horas extra que les obligaban echar sin tener derecho a réplica. Entre todos se encontraban ellos, perdiéndose en un beso más profundo del que esperaban compartir delante de tantísimos extraños.

Rachel, pese a estar segura de que estaba enamorada de él, respondió a modo de despedida. Sabía que era muy difícil que Caleb cambiara de opinión, y, a esas alturas, tampoco creía que fuese a hacerlo, por lo que se había dado por vencida. No sabía si lo que ocurría con Cassandra era el verdadero detonante. En realidad, estaba cansada de negar que no creía en cuentos de hadas cuando lo que más ansiaba en el mundo era un amor arrollador. Un verdadero compañero, amante y amigo con el que pasar el resto de su vida. Pero ¿a quién quería engañar? Caleb jamás podría ser o pensar de igual forma que ella.

Pese a desear todo aquello, trató de convencerse de que no tenía ninguna posibilidad con él. Ambos eran muy jóvenes y tenían toda la vida por delante. Ya lo había amado una vez y la historia, de nuevo, se repetía. Pero esta vez no estaba dispuesta a tener que buscar la forma de recuperarse cuando él decidiera que no estaba preparado para una relación. Menos aún, la relación que ella quería con todas sus fuerzas.

Haciendo uso de toda la determinación que pudo reunir, pese a estar perdida entre los labios del hombre que amaba, muy despacio, echó un paso atrás y se separó.

—Me voy, Caleb. Tal y como has dicho antes, será mejor que lo dejemos.

Rachel se dio la vuelta y caminó un par de pasos hasta que notó cómo la sujetaban del brazo.

—No creerás que vas a irte, ¿verdad? —dijo muy serio.

Un par de chicas, demasiado achispadas para ser solo poco más de las diez, se lanzaron a por él. Le tocaron el pelo y los pectorales al tiempo que se ofrecieron a quitarle las penas entre las dos si se deshacía de la morena con la que estaba discutiendo.

—¿Ves? ¿Para qué alargar lo inevitable? —soltó asqueada.

Él, muy molesto por la situación, se deshizo de las dos sin perder un instante y se llevó a Rachel a un lado más despejado del local.

—Si con «inevitable» te refieres a que quiero estar contigo, sí.

—Ya. Eso lo dices ahora. Pero luego te acordarás de que soy solo «Una triste profesora y que tu mundo espera que tengas otro tipo de pareja».

—¿De qué hablas?

—Eso fue lo que le dijiste a Cass cuando cortaste conmigo. Reconócelo, nunca he sido suficiente para un Wallace. Nunca he sido suficiente para ti.

Ella se deshizo de un tirón de su mano, incapaz de seguir mirándolo a la cara, pero él no la dejó irse.

—Me comporté como un auténtico gilipollas, Rachel, pero intenta comprenderme. Era muy joven para atarme, y tú parecías querer ir en serio.

—¿Con veintiún años? ¿Cómo podías pensar que iba en serio?

—Porque tenía acceso a demasiadas cosas y no quería perderme a un sinfín de actrices dispuestas a todo con tal de obtener una oportunidad. Con pareja, no hubiese…

—Vale, no hace falta que sigas. Caleb, no quiero perder el tiempo. Siempre he sido muy práctica. Si algo funciona, lo mantengo, si no, lo dejo ir. Y creo que eso es justo lo que voy a hacer. Sobre todo, después de lo que vas a permitir que haga Cass.

—Deja de criticarme por eso. Mientras mi hermana no esté en el altar, dame, por favor, el puñetero beneficio de la duda. Y que te quede claro, yo no quiero que te vayas. No quiero, Rachel.

Ella se quedó mirándolo sin reaccionar. En realidad, no estaba preparada para que él se sincerara.

—Déjalo. No tiene sentido que sigamos esta conversación. Además, no creo que tengamos ningún futuro.

—Rach, entiendo que no confíes en mí. Mucho menos, después de lo que ha pasado. Durante demasiado tiempo me he comportado como un imbécil, pagado de mí mismo, egoísta, manipulador y… Puedes interrumpirme cuando quieras, ¿sabes?

—No, sigue, vas muy bien.

Él dibujó media sonrisa porque no se esperaba esa respuesta. Ella le hizo un gesto con la mano para que prosiguiera.

—Lo que intento decir es que siempre he conseguido lo que he querido y me he aprovechado de ello. Cuando Bill vino con las fotos, tuvimos una discusión enorme. Le dije que no iba a forzar a Cassou a casarse, y menos por el ego malherido de un gilipollas, pero me amenazó con empapelar Nueva York. Tienes razón, debí hablar con mis padres, pero antepuse, por miedo, la productora y el prestigio de nuestra familia por encima de ella. Me arrepiento de haberlo hecho y lamento no haber sabido actuar de otro modo por ser un auténtico egoísta.

—Sí que lo has sido, y durante mucho tiempo.

—Lo sé. Pero he cambiado, Rachel. Por eso le he dado el control a mi hermana. Si no lo hiciera, me estaría imponiendo, justo lo contrario de lo que quiero.

—En cierto modo, tienes razón. Te confieso que aún estoy sorprendida de que le dijeras la verdad a Cass.

—Es lo mínimo que podía hacer. En cuanto a lo nuestro, solo te pido que me dejes intentarlo. He de reconocer que me atraes muchísimo, y no quiero perderte sin saber a dónde nos puede llevar «esto» —añadió, señalando con la mano a uno y a otro.

—¿Eso significa que no vas a salir corriendo para no perder otras… oportunidades?

—No te entiendo.

—¿Qué harás si «esto» te lleva a un callejón sin salida? —Ella hizo el mismo gesto—. ¿Y si te enamoras de mí, Caleb?

—¿Y quién te ha dicho que no lo estoy ya?

—Eso sí que me resulta muy difícil de creer.

—Lo entiendo. Por si no te has dado cuenta, no estoy en mi mejor momento —bromeó. Ella formó una ligera sonrisa—. Aunque no quiero que vuelvas a dudar de mí. Yo sí quiero estar contigo.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio.

Caleb se acercó y le dio un beso lo suficientemente explícito para que tuviera claro que decía la verdad.

—Vaya… —susurró excitada.

—Sí, vaya —repitió él mirándola a los ojos.

De pronto, se quedó muy serio, pensando. Comenzó a asentir muy despacio mientras sopesaba sus opciones. Hasta que reconoció que solo había una salida.

—Tienes razón, Rach, hemos de hablar con mis padres. Eso sí, te garantizó que arderá Roma porque mi padre va a poner el grito en el cielo cuando se entere y mi madre no va a saber dónde meterse.

—Lo siento mucho, Caleb. Esto no debe de ser nada fácil para ninguno de vosotros.

—No, no lo es.

Rachel miró la hora y vio que se le había hecho un poco tarde.

—Caleb, he de irme. Mañana tengo que estar muy temprano en la universidad. ¿Me llevas a casa? —preguntó mientras se mordía el labio.

—Me parece una idea fantástica, pero no salgas huyendo si me enamoro de ti.

—Uy, no prometo nada.

Él sonrió y la acompañó a la salida mientras pensaba que Rachel era una mujer con la que merecía la pena averiguar si el futuro del que tanto huía era mucho mejor de lo que había imaginado.

Una imagen de su madre repitiéndole a Cass que dejara de hundir la cabeza en la tierra como un avestruz le vino a la mente. Quizás no fuera tan diferente de su gemela en ese aspecto. Pero si Cassandra había podido renacer de sus cenizas para convertirse en una fuerza de la naturaleza capaz de capear un temporal llamado Bill, él no iba a ser menos. Sobre todo, cuando lo único que le esperaba era el amor de Rachel.

Y ella se había ganado a pulso que él dejara de ser, de una vez por todas, un maldito cobarde.

CAPÍTULO 18. GRACIAS POR EL CONSEJO

Isaiah pulsó el portero electrónico de la puerta exterior antes de lo que había previsto. Sabía que su amigo estaría terminando de preparar el equipaje, así que, de camino a su casa, decidió pasar por su pizzería favorita para sorprenderlo. Quería despedirse a lo grande.

En pocas horas, Alex dejaba Los Ángeles para tratar de recuperar aquello que nunca había sido suyo. Lo que más temía el surfista era que había visto las fotos de ella besándose con su prometido. Cassandra parecía estar muy feliz, aunque, después de la conversación de Samantha con Alex el día anterior, no lo tenía claro.

En realidad, no entendía nada de lo que estaba pasando, para qué mentir, pero esperaba que las dudas de todos se despejaran en cuanto ellos dos se vieran de nuevo.

La cuestión era que la incógnita de por qué había vuelto la editora con su ex no se aclararía hasta que Alex consiguiera hablar con ella. Y ni siquiera estaba seguro de que la hermana fuese a conseguir que Cassandra se desplazara a la productora. Por su amigo, deseaba que Sam lo lograra, pero eso aún estaba por ver.

Aparcó el coche en el camino y puso su mejor cara para que Alex tuviera un momento de paz antes de la tormenta.

—¡Ey! —dijo el exbróker nada más abrirse la puerta.

—¡Qué pronto has llegado! Si solo son… ¿las nueve? Dios, se me ha echado el tiempo encima.

—Claro, te dije que vendría a cenar. —Le pasó dos cajas enormes de pizza.

—Eres un crack. —Sonrió al cogerlas.

—¿Ya tienes todo preparado?

—Sí. Incluso he llamado al taxi. Vendrá a recogerme a las cuatro para ir al aeropuerto.

—¿A qué hora sale el vuelo?

—A las siete.

—¡Pues sí que te toca madrugar!

—Y tanto.

Se dirigieron a la cocina. Alex sacó varios platos, un par de cervezas y cogió el cortador de pizzas. Isaiah, entretanto, puso los salvamanteles y las servilletas.

—Joder, si no puedo convencer a Cass, creo que al final me caso contigo. Estamos sincronizados —bromeó.

El surfista soltó una carcajada porque era cierto.

—A ver, me caes bien, pero si vuelves a insinuar algo parecido, ¡te muelo a palos!

Ambos rieron con ganas. Tras chocar las bebidas, atacaron las pizzas como dos lobos hambrientos.

—¿Has vuelto a hablar con Samantha? —preguntó su amigo.

—Desde ayer, no. Sigo sin entender cómo pudo besarlo.

—Me costaba sacarte el tema, pero me quedé frío cuando vi las fotos. Desde luego, no se cortaron un pelo.

—No, pero te aseguro que no fue así por parte de Cass.

—¿A qué te refieres?

—Ella no miente tan bien. He tardado mucho en darme cuenta. No cerró los ojos mientras él le radiografiaba la campanilla.

—¿Y? Se puede besar con los ojos abiertos y eso no significa que no lo quiera.

—Te equivocas. Jess me besaba con los ojos abiertos.

—No me lo puedo creer. Nunca me lo habías dicho.

—Hasta ayer no lo relacioné. De hecho, desde ella, creo que nunca había besado con los ojos cerrados a ninguna mujer, hasta que conocí a Cass en El Cielo.

—¿Me estás diciendo que te enamoraste de Cassandra esa noche? —preguntó con los ojos como platos.

—No lo sé. Pero ¿qué más da? Lo que importa es que, si observas su expresión corporal, notarás que ella estaba tensa y no ha girado el cuerpo hacia él.

—¿Todo eso lo has visto en una foto?

—En muchas.

—¿Y cuánto tiempo las has estado mirando?

—El suficiente, por eso sigo dándole vueltas a todo esto. Es como si hubiera un halo de misterio y secretismo alrededor de la razón de su ida.

Verlos juntos me ha hecho recordar la noche que me dijo que se casaba con él. Hasta ahora no había reparado en una frase que creo que tiene mucho trasfondo detrás.

Isaiah lo miró elevando las cejas mientras subía los hombros.

—¿Qué frase? —acabó preguntando porque la intriga lo estaba matando.

—«He de volver y tendrás que asumirlo».

—Pues no le veo nada en particular.

—«He de volver». ¿Eso no te dice nada?

—Pues que volvía a Nueva York.

—No, Isaiah, esa frase implica deber no deseo. En ningún momento la vi feliz, sonriendo o emocionada. Solo había obligación en sus palabras —acabó susurrando—. ¡Dios! No sé si estoy perdiendo la cabeza, pero empiezo a estar cansado de especular y volver a lo mismo una y otra vez.

—No me extraña. Le has dado muchas vueltas hoy, ¿verdad?

—Como si me hubiera subido en un puñetero tiovivo.

—Es normal, Alex. Piensa que has estado aletargado durante demasiado tiempo. En tu caso, era bastante complicado enamorarse. Y, una vez que lo has hecho, volver a la carga se te está haciendo cuesta arriba, pero merece la pena. Eso sí, deja de ver fantasmas por todas partes hasta que hables con ella. De todos modos, y si te sirve de algo, creo que ir a por Cassandra es la mejor decisión que podrías haber tomado.

—¿No crees que soy un loco?

—Pues claro que sí, ¡el amor nos vuelve a todos locos! —Ambos se echaron a reír—. Entiendo que asusta, pero sigo pensando que debes intentarlo porque algo me dice que aún hay mucho de lo que tenéis que hablar.

—Te recuerdo que me ha rechazado dos veces —ironizó el escritor, tras lo que bebió un sorbo de cerveza.

—¡Como si hubieran sido diez! A mí lo que me tiene mosca es que su hermana está de tu parte.

—Ya, a mí también. Estaba muy enfadada con ella por haberse besado con Bill.

—A ver, yo con Samantha he hablado muy poco, pero sí que conozco a Maverick. No hay nadie más serio y formal que tu primo, lo que me garantiza que ella no es del tipo de chica que jugaría con los sentimientos de nadie.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó Alex sin entenderlo.

—Si Mav confía en ella, eso me dice que es de fiar. Samantha es la clave para conseguir a Cassandra, estoy seguro. Así que lo único que te puedo decir es que la escuches y te dejes ayudar. Aquí no cabe el ego, amigo mío. Escúchala y tendrás una oportunidad.

—Es lo que pensaba hacer. Aun así, gracias por el consejo. Y no te falta razón. Aunque yo tampoco conozco demasiado a Sam, no dudo de Maverick. A ver qué me encuentro mañana y con eso haré lo que pueda.

—Bien dicho. —Isaiah miró la hora y comenzó a recoger.

—Deja eso. Ya lo limpiarán mañana.

—Está bien.

Alex acompañó a su amigo a la puerta y, justo cuando iba hacia su coche, le dijo:

—Dale un beso a April de mi parte.

—Ni hablar. Como mucho, un saludo con la mano. —Rieron—. Descansa lo que puedas y avisa cuando aterrices.

—Claro. Conduce con cuidado.

—Suerte en Nueva York.

Alex sonrió, cerrando un instante los ojos como agradecimiento. Después, se quedó mirando cómo se alejaba Isaiah por el camino. Tras cerrarse la verja, llevó a la entrada la maleta y la mochila con la documentación. Ya la había repasado un par de veces para asegurarse de que tenía todo lo necesario. Anora se acercó para curiosear y empujó una de ellas con la pata. Las ruedas se movieron, lo que provocó que la gata se asustara y saliera corriendo en sentido contrario.

—Eso te pasa por cotilla —dijo riendo.

Regresó a su habitación repasando la conversación con Isaiah. Su amigo tenía razón en una cosa: debía dejar de darle tantas vueltas a todo porque eso no le hacía ningún bien.

Apagó la luz y sonrió al recordar que le había deseado suerte. No cabía duda de que la iba a necesitar, y a raudales.

A las cuatro menos cinco, el taxista llamó al portero. Alex se despidió de Anora y se subió al vehículo con el corazón bombeando con fuerza. Le quedaban más de dieciséis horas para llegar a La Gran Manzana, así que la jornada se presentaba larga y tediosa.

Una vez acoplado en el avión, se dedicó a mirar por la ventanilla mientras decenas de personas se afanaban por llegar a sus asientos y empotrar su equipaje de mano en los distintos compartimentos.

Al poco de despegar, la azafata le ofreció una bebida. Él pidió un café bien cargado. Aún tardarían en servir el desayuno, pero viajar en primera tenía sus ventajas. Le envió un mensaje a Maverick para informarle de cuándo llegaba. Si no podía recogerlo, iría en taxi.

Las seis horas y pico de vuelo se le hicieron interminables. Supuso que las ganas de ver a su primo, aunque más que nada a Samantha, avivaron su impaciencia.

Al bajar del avión, revisó los mensajes. Se sorprendió al saber que los dos iban a recogerlo. Eso significaba que tenían mucho que contar y más aún que planear.

En cuanto enfiló la salida, los vio esperándolo. Él los saludó con la mano y ellos se acercaron sonriendo. Sam lo besó en la mejilla y su primo le dio un abrazo.

—¿Qué tal el vuelo? —preguntó el bróker.

—Largo. Estoy hecho polvo.

—¿En qué hotel te quedas?

—En el Equinox.

—Vaya. Has venido a por todas, ¿no es así?

—Más de lo que crees.

—Deja de pincharlo —se interpuso Samantha.

Los tres rieron.

—Bueno, vamos al aparcamiento —propuso Mav, cogiendo a Sam de la mano—. He reservado en Olio e Più.

—Genial, me muero de hambre —dijo Alex mientras los seguía—. Voy a mandar un wasap a Alice y otro a Isaiah para avisarles de que he llegado.

—Salúdalos de mi parte —pidió su primo—. Quiero llamar a Alice este fin de semana, hace mucho que no hablo con ella.

—Muy bien, se lo digo. Pero como no lo cumplas, seguro que te llamará para quejarse y te pasará a Maddie para que te remate.

Maverick soltó una carcajada. Sabía que ella era muy capaz de hacerlo y de reírse a su costa.

Una vez en el coche, Samantha no pudo esperar ni un minuto más para comentar lo de las fotos y se dedicó a despellejar a Bill sin ningún tipo de freno. El escritor se mantuvo alerta tratando de captar algún detalle que se le hubiera pasado por alto. En esencia, ella repitió casi las mismas palabras que en su conversación por teléfono, sin embargo, Alex tuvo la sensación de que omitía algo a propósito. No estaba seguro, por supuesto, tan solo era una suposición. Pero lo que sí veía claro era que la indignación de ella subía como la espuma conforme volvía una y otra vez a la misma idea: que Bill era un indeseable y no se la merecía.

Sam le insistió, con poca sutileza, en que Cassandra debía saber que él la amaba antes de tomar una decisión definitiva. Esto lo dejó pensando cuando le dijo que su familia podría aguantar cualquier cosa, incluso la segunda ruptura del compromiso, aunque su hermana hubiera insinuado que estaba complacida con aquel matrimonio.

A Alex le hizo gracia lo de que Cass «hubiera insinuado». Si por «insinuación» ella entendía que Bill le hubiese robado hasta el aliento de los pulmones con su asquerosa boca, sí, desde luego lo podía definir así.

Aquello era un lío. La perorata de Sam lo estaba sobrepasando. Por suerte, Maverick aparcó y se dirigieron al restaurante. Estaba seguro de que delante de cualquier merlot ella acabaría por relajarse y dejaría escapar algo más jugoso. Como, por ejemplo, la verdadera razón de por qué Cassandra, de pronto, había aceptado volver con su ex.

—Bueno, entonces, ¿te vas a ceñir a verla el miércoles que viene o intento quedar con ella en algún sitio neutro? —preguntó Sam antes de leer la carta.

—Preciosa, ¿puedes frenar un poco? Estás machacando al pobre Alex y te recuerdo que lleva despierto desde las tres y media de la madrugada —dijo Maverick, también algo cansado de escuchar la misma cantinela.

—Dios, lo siento, Alex —se disculpó—. Estoy como una moto. Desde que vi las fotos, me hierve la sangre. Un soplido y me convierto en asesina.

—No digas esas cosas, Sam —se quejó el bróker.

—Es que no puedo con Bill. Lo detesto. Detesto lo que le ha hecho a Cass y lo que le está haciendo.

Maverick le dio con el pie para que se contuviera. De camino a recoger al escritor, ella le había pedido que no hablaran del chantaje. Eso era algo que tenía que revelarle Cass, y solo si quería. Aunque el problema afectaba a su familia al completo, la última palabra la tenía ella. Así era el acuerdo al que llegaron con Caleb, y Sam había dado su palabra sobre que no interferiría en su decisión de seguir adelante con la boda, pese a no estar de acuerdo en absoluto.

—¿Qué es lo que le está haciendo? —preguntó Alex, a quien no le había pasado desapercibida la coletilla.

—A ver, ¿qué te apetece como entrantes? —preguntó Mav para tratar de arreglar la falta de control de su chica—. A nosotros nos encanta el *Fritto Primavera.*

—Bueno, en realidad, me da igual. Sam, ¿qué has querido…? —insistió.

—Ah, pues entonces —soltó a la carrera para interrumpirlo—, yo quiero probar la *Caponatina Siliciana*. ¿Y tú, Sam?

Tras haber recibido el toque de su chico, ella volvió a controlarse y se dio cuenta de que Maverick estaba haciendo todo lo posible para que Alex olvidara que la ira le había soltado la lengua.

—Mmm… Veamos…

El camarero se acercó para tomarles nota de las bebidas. El bróker sonrió al ver la expresión de Sam, tratando de disimular mientras se incrustaba la carta en la cara. Mav escogió una botella de merlot y otra de agua. Cuando se quedaron los tres solos, el escritor aprovechó la oportunidad para acribillarla a preguntas.

—Bien, Sam, ahora deja de esconderte y dime por favor qué es lo que está pasando de verdad —exigió Alex.

—¿De qué hablas? —dijo ella poniendo una cara de no haber roto un plato.

—¿Crees que no me he dado cuenta? Antes se te ha escapado que Bill le está haciendo algo a Cass. Quiero saber qué es y cómo puedo ayudarla.

Ella cerró la carta para mirarlo.

—No sé a qué te refieres. Lo que quería decir es que detesto todo esto porque estoy segura de que, tarde o temprano, Bill volverá a ponerle los cuernos porque es incapaz de tener el más mínimo autocontrol. Para mí, la está exponiendo al peor de los ridículos, y Cass no es consciente de que esto, a la larga, nos va a explotar a todos en la cara.

El escritor solo asintió. Su argumento era válido, pero Alex tenía demasiadas tablas como para dejarse embaucar. Ahí había algo más de fondo. No es que él tuviera un sexto sentido muy desarrollado, pero sintió que la respuesta de Sam era una excusa para salir del paso.

Esperaba que en algún momento pudiera saber la verdadera razón, por ahora, se tendría que conformar con las migajas que estaba recibiendo.

—Lo siento, Samantha. Esto no debe de ser nada fácil para ti —se disculpó con sinceridad.

—No lo es, Alex. Te juro que daría lo que fuera para que esta pesadilla terminara. Pero no…

Maverick le tocó el antebrazo. De nuevo, volvía a excederse. Ella endureció el gesto y asintió despacio.

El camarero abrió la botella y el bróker la degustó. Después de aceptarlo, les sirvió tres copas. Un compañero les tomó la comanda y les dejó un aperitivo para amenizar la espera.

—Sam —comenzó Alex—, no voy a volver a preguntar qué ocurre. Solo necesito que consigas que vea a Cass lo antes posible. Mañana, si puedes.

—Sé que no debería. En realidad, estoy segura de que va a querer quemarme en la hoguera por… Su felicidad es lo que más me importa, así que te daré su dirección. Termina de trabajar a las seis. Me aseguraré de que esté en casa a esa hora.

—Gracias —dijo él, cerrando los ojos e inspirando hondo.

—No sé si que la veas cambiará algo. Yo espero que sí. Lo deseo con todas mis fuerzas. —Se le quebró la voz.

—Venga, preciosa —susurró Maverick, quien se acercó para darle un beso en la mejilla.

—Lo sé.

El camarero repartió los platos y ellos comenzaron a degustar la maravillosa pasta que habían elegido.

La conversación se derivó a temas más superfluos como el tiempo en Los Ángeles, que el escritor estaba de lleno en su sexta novela, y que Isaiah y April estaban deseando coger unas vacaciones para ir a cualquier parte.

Tras el café, Alex pagó la cuenta en agradecimiento por haberlo recogido y porque ambos estaban de su parte.

A las once, lo dejaron en la puerta del hotel. Una vez acabó de registrarse, entró en su habitación. La suite era impresionante, y las vistas que ofrecía de la ciudad lo dejaron paralizado un instante. Colocó la maleta y la mochila a un lado. Pulsó el interruptor para quedarse a oscuras, quería disfrutar de aquella postal. Después se acercó a los ventanales e hizo una foto mental de La Gran Manzana. Las luces lo llenaban todo, y esa imagen, en cierto modo, le devolvió algo de paz. Estaba rendido por el viaje y por la conversación tan tensa que había tenido en la cena.

Seguía dándole vueltas a las palabras de Sam, pero debía parar porque se encontraba en un callejón sin salida. Hasta que no hablara con Cass, las piezas no podrían encajar. Así que se desvistió y se dirigió a la ducha. Necesitaba que el agua se llevara la pesadumbre que tenía instalada en el pecho. Por mucho que lo intentaba, no era capaz de separarse de aquella frase: «Detesto lo que le ha hecho a Cass y lo que le está haciendo». Se frotó la cara con energía y cerró los ojos mientras se perdía bajo la espectacular cascada que lo estaba cubriendo por completo. Ventajas de estar en uno de los hoteles más emblemáticos de Nueva York.

Se vistió con una simple camiseta y unos pantalones de algodón. Buscó el minibar y se sirvió una copa doble. Una vez instalado en la cama con el móvil y el iPad, abrió Google Maps para ubicar la dirección que le había facilitado Sam. Sonrió al ver el edificio donde residía la editora. Era uno de los más caros de la ciudad, y sus dimensiones superarían con facilidad los 300 m^2.

Pese a ser cerca de la una, le era imposible dormir. En Los Ángeles no llegaban a las once, con lo que aún tardaría un poco en coger el sueño.

Como si su mano tuviera vida propia, acabó buscándola en el navegador. Se torturó viendo, una y otra vez, cómo Bill se hundía en su boca. Lo que le extrañó fue que las fotos tenían varios ángulos, como si aquella escena hubiese estado preparada con antelación. Chasqueó la lengua porque estaba empezando a perder la cabeza. Veía señales por doquier. Ella no había girado el cuerpo hacia él. No le había sujetado la mejilla. No sonreía al besarlo. Parecía estar aguantando la respiración… Alex buscaba desesperadamente alguna pista que le confirmara que había un resquicio por el que llegar al corazón de Cassandra. Y debía de haberlo, si no, Sam no se hubiera unido a su cruzada para separarlos.

Vueltas y vueltas a lo mismo.

Agotado, dejó los dispositivos a un lado y se sumergió en un mar de pesadillas oscuras, todas relacionadas con la sensación de tener una tarea pendiente que no era capaz de acabar.

Esa noche apenas descansó, pero por la mañana descubrió que sí le había dejado la sensación de estar un poco más cerca de encontrar una forma de arreglar las cosas con ella. Tal vez se estuviera engañando, pero esa tarde tendría su prueba de fuego, esa por la que había arriesgado cuanto era sin pararse a pensar que podía volver a perder.

Ya solo le quedaban unas pocas horas para averiguar si aquel sacrificio había valido la pena, y estaba convencido de que, de una forma u otra, ese día todo acabaría. O Cass reconocía

que también lo amaba o la perdería para siempre.

Mientras se vestía para bajar a desayunar, se rio de sí mismo por estar pensando en todo aquello como si fuera la escena de una novela.

Quizás no fuera un loco, al fin y al cabo.

Cada día se había convertido en una serie de escenas en las que había buscado escapar del amor para ahora perseguirlo como un verdadero idiota.

Había acabado por convertirse en uno de los protagonistas de sus historias, y la pregunta que no dejaba de rondarle por la cabeza era ¿conseguiría el corazón de la protagonista?

CAPÍTULO 19. SIGO SIN QUERERTE

Cassandra se despertó empapada en sudor. Desde que había discutido con sus hermanos, se sentía como si tuviera fiebre. Aquella mañana estaba aún peor. Tras levantarse, buscó en el armario del baño y acabó por tomarse una pastilla. Quizás el cambio de temperatura con respecto a Los Ángeles le hubiera afectado. La diferencia de casi veinte grados no era una nimiedad. Pero ¿para qué se iba a engañar? Lo que le ocurría tenía fácil explicación: no quería seguir con Bill. Le repugnaba la idea de tener que besarlo de nuevo. Fingir que estaban juntos era relativamente sencillo. Dejar que la tocara no tanto.

Se preparó un café y terminó por aceptar que no estaba bien para continuar con la lectura de la novela que tenía entre manos o tomar decisiones. Aun así, se dirigió a su despacho y encendió el ordenador. Una cadena de púas la estaba estrangulando. No podía respirar, y el vacío que sentía en el pecho era demoledor.

Un día.

Necesitaba un día para centrarse y aceptar que no tenía escapatoria.

Cogió el teléfono y le envió un wasap a Samuel en el que le decía que estaba enferma. Le aseguró que su trabajo no se vería afectado por ese imprevisto y que tendría todos los informes a tiempo. Se extrañó de que Samuel le respondiera a los pocos segundos porque en Los Ángeles solo eran pasadas las seis de la madrugada. Respiró aliviada al ver que le decía que se olvidara del trabajo hasta estar bien del todo.

Decidió volver a la cocina para prepararse un par de tostadas. Tal vez si comiera algo se sentiría mejor.

Su móvil comenzó a vibrar. Sonrió un poco al ver quién era.

—Hola, Sam —dijo con un hilo de voz.

—Cass, ¿estás enferma?

—Sí y no. Creo que todo esto me ha superado. Le he enviado un mensaje a mi jefe para decirle que hoy no puedo trabajar. Me he tomado una pastilla e iba a prepararme una tostada.

Su hermana cerró el puño y los ojos con fuerza. Todo aquello era por Bill, y se dio cuenta de que Alex no podía esperar hasta las seis para arreglar aquello.

—Lo siento, «Pretty Woman». Estás así por mi culpa. No debí discutir contigo.

—No digas eso. Lo hiciste porque me quieres.

—Muchísimo. Más de lo que puedas imaginar.

—Y yo a ti.

—Voy a cancelar lo del fin de semana en Hunter Mountain. ¡Qué le den a Bill y a su maldito plan!

Sam se echó a reír y contagió a Cass, que sintió cómo, de pronto, podía respirar mejor.

—Me alegro por ti.

—Sí, pero no cantes victoria aún. Mamá ha insistido en que vayamos juntas de compras la semana que viene. —Resopló.

—¿Cuándo? Si quieres, os acompaño.

—No, tranquila. Podré con ella.

—Cuánto has cambiado, «Pretty Woman». En serio, casi no te reconozco y estoy muy orgullosa de la mujer en que te has convertido —admitió emocionada.

—Gracias, Sam. No ha sido un camino de rosas, lo reconozco, pero no desearía que fuera

diferente —acabó susurrando.

—Desde luego. Ese camino te ha llevado a conocer a Alex, de quien estoy segura…

—Sam, no quiero hablar de él.

—¿No has sabido nada…?

—No —la cortó—. Y mejor así. Tal vez, si los planetas se alinean y un gusano que conozco me deja en paz, dentro de tres años pueda… Él no va a esperar tanto tiempo, ¿verdad?

—No pierdas la fe, Cassou. No la pierdas nunca. Estoy convencida de que él te ama.

—¿Por qué dices eso?

—Porque os vi la noche que bailasteis juntos en el cumpleaños de April. Ese hombre no solo te deseaba, allí había mucho más.

—Eso es lo que tú quisiste ver, Sam. En todo este tiempo, no ha cedido ni un ápice de terreno. Si me amaba, ¿por qué continuó con la apuesta?

Su hermana no supo qué contestar. En realidad, no habían hablado sobre aquel tema. Se sintió como una necia porque la noche anterior se le podría haber ocurrido preguntarlo, pero estaba tan ofuscada por lo que iba a suceder que olvidó todo lo demás.

—Eso no lo sé —reconoció la bróker.

—Yo te lo diré, no quería perder su cinco por ciento.

—Cass, Alex jamás negaría que te ama por dinero.

—¡Ni que lo conocieras como para afirmar eso!

—Eso es cierto. Aun así, y pese a no conocerlo —insistió—, te digo que dudo mucho que el dinero tuviera que ver en no decírtelo.

—Pues yo creo…

—¿Te has parado a pensar que puede que lo único que le retuvo para confesarte que te amaba fue el miedo?

—¿Miedo a qué? —dijo Cass sin entenderla.

—Al rechazo. A perderte. A no ser suficiente.

—¿Cómo va a ser eso?

—Ah, ¿no? Maverick me ha contado que le ocurrió lo mismo que a ti con su ex. No me imagino qué pudo pasarle por la cabeza cuando le dijiste que volvías con Bill para casarte.

—Pudo habérmelo dicho si fuera verdad lo que estás comentando.

—¿Y lo hubieras dejado?

Cassandra se quedó callada un momento. Su hermana tenía razón. Incluso si se lo hubiese confesado, ¿habría habido alguna diferencia en su decisión de aceptar el chantaje? La respuesta la hizo asentir para sí.

—No, no lo hubiera dejado —reconoció.

—Bueno, en lo único que tienes que pensar ahora es en ponerte bien. He de volver al trabajo. Ahora a las diez tengo una reunión y aún he de imprimir un par de cosas —mintió—. Te llamo esta tarde, a ver si estás un poco mejor.

—Vale. No trabajes demasiado.

—¡Eso nunca!

Ambas rieron.

Sam colgó e hizo una llamada que estaba a punto de remover los cimientos del destino. Solo un poco. Lo suficiente como para crear una nueva posibilidad a un par de almas que se merecían tener algo de suerte.

Cass metió los platos en el lavavajillas sintiéndose bastante mejor. Le achacó su leve recuperación a la pastilla, pero, en realidad, se debía a la llamada que iba a hacer.

—Hola, Cassandra.

—Hola, Bill. —¡Aaaachís!—. Lo siento, vamos a tener —sorbió un poco— que cancelar lo de este fin de semana. —Tosió varias veces y se sonó con un pañuelo.

—¿Estás enferma? —preguntó con un tono cercano a la preocupación.

—Sí, me he resfriado. —Tos—. Creo que ha sido el cambio de temperatura. Ten en cuenta —¡achís!—, que en Los Ángeles aún iba en manga corta.

—Uf, sí que has cogido un buen constipado.

—Eso parece. Siento lo de mañana, pero no creo que pueda esquiar estando así.

—No, claro que no. Tranquila, lo cancelo. Ya iremos en otro momento. Y creo que será mejor que no nos veamos hasta que te mejores. No puedo resfriarme, esta semana la tengo completa con firmas de libros.

—Por supuesto. —Sonrió.

—Otra cosa, sé que aún no hemos hablado con tus padres. He pensado que Acción de Gracias sería un buen momento para unir a la familia. Podemos celebrarlo en el apartamento, si te parece bien —añadió para suavizar la imposición.

—Claro, Bill.

—Genial, pues ya lo voy organizando con tu madre y la mía.

Cassandra tuvo que morderse la lengua. Jamás hubiera imaginado que fuera tan cínico. No solo la dejaba fuera de la toma de decisiones, si no que iba a tener el valor de mirar a su madre a la cara como si nada para celebrar una fiesta.

Una vez más, la realidad de Bill superaba la ficción de cualquiera con creces.

—Muy buena idea —ironizó. Después se dio cuenta y volvió a estornudar para disimular.

—Venga, acuéstate y descansa. Ya hablaremos la semana que viene para organizar alguna cena en la que nos vuelvan a fotografiar. Pero solo si ya estás bien, ¿de acuerdo?

A ella le hizo gracia que él volviera a sonar preocupado. Por un lado, la instaba a descansar para recuperarse, por el otro, ni se iba a molestar en llamarla en todo el fin de semana para saber cómo estaba. Típico de un egocéntrico y narcisista al que solo le importaba su propio bienestar, reputación y recuperar su nombre.

—Gracias, Bill. Buen fin de semana.

—Que te mejores.

Tras colgar, la editora sonrió abiertamente. No estaba resfriada, pero su actuación bien le hubiera valido un premio. Engañarlo le produjo un placer inesperado. Aquello solo había sido una pantomima para poder librarse de disimular casi dos días completos que estaba enamorada de aquel malnacido. Que él no se hubiese dado cuenta de la mentira significaba que sus dotes para sostener una farsa eran mucho mejores.

Inspiró hondo y notó que la presión del pecho había descendido bastante. Se sentía más recuperada, así que decidió darse una ducha caliente y volver al trabajo. No tenía sentido pasar el día sin hacer nada allí sola en su enorme apartamento.

Una hora después, ya estaba metida de lleno en la historia que estaba descubriendo de un autor desconocido cuando llamaron a la puerta. Miró al techo deseando que Bill no hubiera cambiado de opinión en el último momento y se hubiese presentado con flores o con la intención de quedarse con ella todo el fin de semana. Crispada por tener que enfrentarse a él, cogió un pañuelo. Mientras se dirigía a la puerta, se frotó con energía los ojos para después pellizcarse las mejillas. Si estaba enferma, no podía tener el aspecto saludable que presentaba.

Al abrir la puerta, el mundo dejó de girar.

—Hola, Cass —dijo el escritor con el corazón retumbando fuerte.

—Alex…

Al verlo, toda la fuerza de la que había hecho acopio para afrontar a Bill desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Durante un momento, se quedó bloqueada sin ni siquiera moverse. Una pregunta le taladró la mente, pero fue incapaz de hacerla porque estaba frente a ella.

Cassandra tuvo la sensación de que el tiempo se había detenido, pero, en cuanto volvió a oír su voz, comenzó a correr a toda prisa.

—¿Puedo pasar? —preguntó con una sonrisa sincera.

—Sí, claro. Discúlpame. —Adelantó una mano y con la otra se guardó el pañuelo en el pantalón vaquero—. Déjame el abrigo. —Lo colgó en un armario al lado de la entrada—. Dime, ¿qué haces en Nueva York? Pensaba que comenzarías las firmas la semana que viene.

—Así es. He cogido unos días de vacaciones antes de la vorágine.

Ambos sonrieron.

—Me alegro —añadió ella despacio—. ¿Te apetece un café?

—Claro que sí.

Pese a las innumerables veces que había reproducido esa escena en su cabeza, nada lo había preparado para verla de nuevo. Tenía las manos algo sudorosas, el corazón a mil y no dejaba de maldecir porque no sabía cómo empezar una conversación que derivara en decirle que la amaba.

Una vez sentados en el sofá, ella sujetó la taza con las manos. De pronto, sentía escalofríos. Puede que, a fin de cuentas, estuviera resfriada. O que tener delante al hombre del que estaba profundamente enamorada tuviera mucho que ver en que de pronto no fuera capaz de calmar su pulso.

Su exquisita educación acabó por tomar las riendas de la incómoda situación. Apenas habían cruzado dos palabras, y ya estaba comenzando a ponerse nerviosa.

—Bueno, cuéntame. En qué hotel estás, cuáles son tus planes, y, lo que más curiosidad me causa, ¿cómo sabes dónde vivo? —Bebió un sorbo de su café.

El escritor bajó la mirada solo un instante y sonrió.

—Estaré en el Equinox toda la semana.

—Vaya, por todo lo alto, «señor escritor».

Nada más decirlo, a los dos se les erizó el vello de todo el cuerpo. Era la primera vez que ella bromeaba desde su última conversación, y parecía que ninguno estaba preparado para juguetear con aquella cercanía que echaban demasiado de menos.

—Llevo mucho tiempo sin vacaciones y la ocasión lo merece.

—Me alegro por ti.

—Por lo demás, mis planes se reducen a visitar algún museo o tomar un café mientras veo la ciudad palpitar, y sé dónde vives porque Samantha me ha dado tu dirección.

—¿Mi hermana?

—Sí, claro.

—Traidora… —Chascó la lengua de manera graciosa, tras lo que apuró el café.

—Ni hablar. Ella está en el bando correcto.

—Ah, ¿sí? No sabía que existían dos bandos.

—Por supuesto. Un bando es el tuyo, ese donde te vas a casar y en el que tu vida no va a ser para nada feliz. Y luego, está el mío.

—El tuyo —dijo bajando el mentón y elevando las cejas—. ¿Y cuál es ese?

A Alex no le pasó inadvertido que ella no había refutado sus palabras. Lo que le llevó a pensar que no estaba mal encaminado. Cassandra se casaba, de acuerdo, pero no iba a ser feliz.

Si no fuese de ese modo, hubiera puesto el grito en el cielo y, sin embargo, mostraba curiosidad por lo que iba a decirle.

Aquello era muy buena señal y no pudo retener una sonrisa que acabó por minar la voluntad de la editora hasta casi rozar sus cimientos.

—El mío… —dijo con la respiración entrecortada—. Ese en el que te confieso que ganaste la apuesta hace mucho.

Los ojos de Cass se empañaron de golpe y un nudo de acero le rodeó la garganta para tratar de impedirle hablar.

—¿Qué…? —susurró temblando.

—Te quiero, Cass. Estoy enamorado de ti desde la primera noche que nos besamos en El Cielo —soltó sin darle más vueltas.

Alex dio el todo por el todo. Era eso o la perdería. Y no estaba dispuesto a desperdiciar ni un momento más cuando había movido cielo y tierra para conseguir estar a solas con ella.

—Debí decírtelo mucho antes —reconoció apenado—, pero la culpa es solo mía. Me negaba a aceptar que te amaba por miedo a ser vulnerable y dejar mi corazón expuesto. Siento mucho haber tardado tanto en darme cuenta, pero no puedo…

—Basta, por favor.

Ella se levantó y llevó la taza al lavavajillas. Necesitaba hacer cualquier cosa, si no, acabaría corriendo hacia sus brazos; y eso solo empeoraría aquel momento. Nada había cambiado con respecto a su situación. Si bien Bill parecía haber suavizado el trato, eso no significaba que fuese a dejarla libre. Menos aún, que le permitiera comenzar una vida con aquel hombre que acababa de ponerse en pie con la expresión más triste que había visto nunca. O tal vez sí la hubiese visto. Sí, claro que la había visto. Su propio reflejo cada mañana desde que aquella espiral de amenazas la había atado de pies y manos hasta casi asfixiarla.

—Cass, ¿has oído lo que acabo de decirte? —preguntó con el corazón en un puño.

Alex la miró sintiendo como si miles de esquirlas impactaran contra su piel. Ella se había apartado después de confesarle que la amaba. ¿Es que aquello era otra broma del destino?

—Sí, claro que te he oído.

—¿Y no tienes nada que decir?

La editora se volvió hacia él convencida de que el dolor que sentía no era nada con respecto al que sabía que le esperaba una vez rompiera definitivamente con él.

—Sí, que sigo sin quererte.

Cassandra hubiera jurado que todos los ruidos de la ciudad habían desaparecido. Solo era capaz de oír los latidos de su corazón, y este estaba a punto de estallar.

Alex bajó la mirada al suelo. Ahí acababa todo. Si aun diciéndole que la amaba ella lo estaba rechazando, ¿qué más podía hacer? Asintió despacio mientras tragaba cenizas ardientes.

Inspiró profundamente y acabó por sonreír mientras volvía a clavar los ojos en Cass.

—De acuerdo. Mis abogados se pondrán en contacto contigo para transferirte los fondos correspondientes al cinco por ciento de mis beneficios.

Ella no dijo nada, tan solo apretó la mandíbula una vez más mientras su mundo terminaba por derrumbarse.

—Espero que seas muy feliz, Cassandra —dijo como despedida.

Verlo dirigirse hacia la puerta fue demasiado. Al infierno Bill, el chantaje, incluso el mismo mundo. Si no hacía nada por detenerlo, iba a arrepentirse el resto de su vida. Y ya no estaba dispuesta a sufrir sin luchar contra ese destino que parecía haberle cogido demasiada tirria.

—No podré, Alex —dijo recreándose en cada palabra.

Él se dio la vuelta en el último momento porque se sorprendió de su respuesta.

—Ah, ¿no? Pensaba que sí.

—No… porque sigo sin quererte —susurró.

Fue, en ese preciso instante, al repetir aquellas durísimas palabras, que entendió a Sam cuando le insistió en que debían buscar otro modo. Tal vez contar con sus padres no fuera tan mala idea. Ella no era la responsable de los actos de su madre ni debía pagar por ellos.

Darse cuenta hizo que todo cobrara sentido.

—Eso ya me lo has dejado claro —dijo él tratando de no mostrar que por dentro estaba a punto de romperse.

—Lo sé, pero necesito que sepas que no te quiero tanto… que apenas puedo respirar. No te quiero… porque, si te quiero, si te confieso que perdí la apuesta la noche de El Cielo y no me caso con él, Bill destruirá a mi familia y… a ti. Porque, si te quiero, empapelará Nueva York con algo terrible que hizo mi madre hace años y de lo que él tiene copias. Algo muy parecido a lo que tú y yo tuvimos que enfrentarnos y por lo que decidimos no creer en el amor.

—Dios, Cass…

Un par de lágrimas olvidaron que no debían deslizarse por las mejillas de la editora y dejaron al descubierto que su fachada se estaba resquebrajando por momentos.

—Que cumpla su amenaza significa que mi padre volverá a sufrir porque ya no solo él conocerá la verdad, sino todo el mundo. No puedo dejar que eso ocurra, Alex. Yo puedo impedir esa humillación, pero solo seré capaz… si no te quiero.

Él salvó los dos pasos que los separaban y colocó las manos a ambos lados de su preciosa cara. Se acercó hasta que la distancia fue un recuerdo y, justo antes de besarla, susurró:

—Te quiero, Cass…

Ella se lanzó a sus labios mientras sus lágrimas empapaban todo a su paso. La rabia y la frustración de ambos por casi haber perdido lo que más querían estaban quedando impresas en cómo invadían sin reservas la boca del otro.

Reencuentro. Deseo. Amor.

Ninguno de los dos se detuvo a pensar cuál de esos sentimientos era el más importante.

Todos, y a la vez.

Ella dejó de pensar para permitirse deleitarse con la piel de Alex. Lo atrajo aún más, metiendo los dedos entre su pelo. Quería recordar cada beso, su aliento, su lengua hambrienta por tantos momentos perdidos. Él lo era todo, y se dio cuenta de que Bill nunca podría arrebatarle esos recuerdos. Así que bajó las manos y le quitó la chaqueta.

Alex entendió sus intenciones. Dejó escapar un suspiro entre sus labios y comenzó a desabotonarle la blusa. Ella se separó antes de tirar de él mientras avanzaban por el pasillo entre risas, ropa volando y besos profundos, cargados de deseo. Cassandra tenía hambre de su boca, de su tacto, de su piel. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez. Ahora, al magnífico cóctel de lujuria que eran capaces de crear juntos, le iban a añadir un nuevo sentimiento: amor. Y ambos sabían que lo que iban a probar al otro lado de la puerta que estaban a punto de cruzar iba a ser algo muy diferente y especial.

En cuanto entraron en el dormitorio, ella quitó la colcha de un tirón. Entre más risas y anhelos, medio desnudos, se tumbaron en la cama.

—Dios… no tengo… —dijo él con los ojos como platos.

—Pero yo tomo…

—¿Y eso es fiable?

—¿Acaso importa?

Él dejó escapar un suspiro que mostraba la felicidad plena que sentía. Con solo dos palabras, ella borraba de un plumazo la indecisión y el temor de no compartir un futuro. Alex sintió un nudo en la garganta, pero eso no le impidió decir unas palabras que se grabaron a fuego en el corazón de Cassandra.

—Prométeme que te casarás conmigo —dijo él muy serio.

—¿Ahora…, «señor escritor»? —se burló, dibujando media sonrisa.

—Ahora…, «editora».

Ella unió los labios y asintió despacio.

—Te lo prometo.

Alex selló sus bocas y se deshizo de las prendas que los separaban.

Piel con piel.

Alma con alma.

Sentirlo por primera vez fue algo sublime. Cass se entregó por completo, dejando que se deslizara en su interior hasta que sus cuerpos fueron uno solo. Él la cubrió de besos por donde pasaban sus manos. El cuello. El esternón. La suavidad convertida en dureza tras el calor de su lengua.

—Ahh, Alex… —susurró ella entre sus labios.

La necesidad se convertía en deseo. El deseo, en lujuria. Todo aquello dejó paso a un sentimiento más pausado, profundo, tierno y salvaje al mismo tiempo. Porque el amor se dividía en muchas facetas, y ellos las querían explorar todas. Lento, rápido, suave, fuerte.

La calidez de su interior embriagó a Alex, que se olvidó del mundo alrededor para centrarse solo en la mujer que lo había devuelto a la vida.

—Te quiero, Cass.

Nada más decirlo, provocó en ella un orgasmo tan intenso que lo arrastró al mismo abismo hasta lograr perderse juntos.

Quién sabe lo que les tenía el destino preparado, pero, en ese momento, a ninguno de los dos les preocupó lo más mínimo.

Habían aniquilado el muro que los separaba y el mañana aún estaba muy lejos. Sin embargo, la realidad estaba solo a la vuelta de la esquina y lidiar con ella, por desgracia, no iba a ser nada sencillo.

CAPÍTULO 20. TENÍAS RAZÓN

Tras un segundo asalto, en el que la complicidad al no tener que esconderse tras una fachada les permitió dejarse llevar por completo, se dirigieron a la ducha. Ambos estaban exhaustos debido a la marea tan intensa de sentimientos nuevos que los había arrollado como un tren de mercancías. En realidad, ninguno de los dos sabía cómo lidiar con ellos. Lo más curioso era que apenas había una mínima diferencia a lo que ya habían compartido en tres ocasiones. Así que se miraron e hicieron un pacto silencioso donde su única meta era estar juntos. El resto ya se vería.

Cass acabó de secarse el pelo. Esa mañana se había levantado enferma; sin embargo, en ese momento, se sentía de maravilla. Aun así, era mejor no tentar a la suerte.

Entre risas, besos dulces y alguna que otra cosquilla regresaron al salón. Debían hablar de lo que había pasado entre ellos y, aunque lo de Bill podía esperar, era un mastodonte que se movía con pesadez por la habitación. Por lo que, tarde o temprano, tocarían aquel tema. Sabían que también sería necesario hablar de eso, pero, por ahora, se iban a centrar en algo mucho más importante: ellos.

Nada más entrar en la cocina, Cass encendió la cafetera.

—¿Tienes hambre? ¡Yo estoy famélica! —dijo riendo mientras abría la nevera.

—Me apunto a lo que tengas, me has dejado seco… —bromeó con una expresión que la hizo reír.

—Siempre dices lo mismo, y no estoy de acuerdo —añadió divertida, sacando varios embutidos—. Eres tú el que se impone un ritmo maratoniano para no quedar como un blandengue…

A ella no le dio tiempo a acabar la frase. Alex le quitó lo que llevaba en las manos para besarla, como si en las últimas dos horas no se hubiera dejado la piel en satisfacerla con miles de caricias y varios orgasmos dignos de recordar.

—¿Un blandengue? —susurró en sus labios.

Cassandra se hundió en su boca con exigencia para juguetear con su lengua y dejarle claro que ella podía responder de la misma forma para encenderlo.

—«Señor escritor», ¿es que tiene usted baja la «autoestima»? —se burló traviesa.

—«Editora», mi «autoestima» está mucho más que a la altura necesaria para otro asalto.

Ella se echó a reír. Se deshizo de su abrazo y abrió un armario para sacar el pan y un par de tazas.

—Eres un presuntuoso con la gran suerte de que me he enamorado de ti —dijo sin mirarlo—, así que aceptaré tu palabra. Incluso puede que más tarde te deje enseñarme a qué te referías.

Alex soltó una carcajada.

—Y tú eres muy divertida y elocuente. Pero eso ya lo sabías, ¿verdad? —replicó él.

—No, para nada —respondió muy seria mirándolo con cierta expresión de sorpresa.

—Hay mucho de lo que hablar, Cass. Vamos a terminar el tentempié y comenzamos por el tema que quieras. ¿Te parece?

La editora asintió con media sonrisa.

Después de acabar con todo lo que habían preparado, Alex se volvió en el sofá hacia ella, quien se quitó los zapatos y cruzó las piernas para estar más cómoda. Aquel gesto le encantó al escritor.

—Venga, suéltalo ya —lo animó Cass.

—¿El qué?

—¡Que perdí la apuesta! —Le sacó la lengua.

—No, amor mío —dijo muy despacio—, te equivocas de pleno. Ambos la ganamos.

Ella le dedicó una espectacular sonrisa que dejó a Alex sin aliento.

—Me encanta que me llames «amor mío» —susurró con los ojos brillantes.

Aquella declaración mutua les permitió compartir uno de esos raros y efímeros «momentos de luz». Uno de esos en los que parece que el mundo exterior no existe y puedes con todo lo que la vida quiera enviarte porque te sientes fuerte, protegido y amado.

Alex la miró sintiendo todo eso y no pudo evitar que sus ojos también mostraran emoción.

—Jamás se lo había dicho a nadie —reconoció sobrepasado con la voz algo quebrada.

—Eso lo hace mucho más especial.

—Lo sé.

—Volviendo a la apuesta. ¿Sabes lo mejor? —preguntó juguetona para ayudar a avanzar tras ese instante tan emotivo.

—Ilumíneme, «editora».

—¡Que me debe toda una noche de sexo, «señor escritor»!

Ambos se echaron a reír con ganas.

—¿Y lo que acabamos de hacer no cuenta? —se defendió él, tratando de sostener la sonrisa.

—¿Es que es de noche? —preguntó Cass, que se giró hacia las cristaleras y asintió una vez con la expresión de «yo tengo razón».

—Pues es verdad. Entonces, yo le debo ese cinco por ciento.

—No, Alex —dijo mientras movía ambas manos, paralizando la broma por completo—. Quiero que sepas que jamás pensé aceptarlo. Estaba tan segura de que no me enamoraría de ti que fue una tontería infantil apostar dinero.

—Pero debes saber que yo soy un hombre de palabra, y eso es tuyo.

—Te aseguro que te lo agradezco, pero —extendió los brazos e hizo un barrido con la mirada al enorme salón—, como ves, no lo necesito.

—Hablaremos de eso en otro momento, ¿de acuerdo? —negoció él para no alargar el tema.

—Eres un cabezota, pero de acuerdo.

—Gracias.

Los dos asintieron al hacer ese pacto y el ambiente volvió a ser ligero e íntimo.

—Ahora, me gustaría decirte que tenías razón —comenzó Cass.

—¿Yo? Lo dudo mucho.

—Venga —le dio suavemente con la mano en el antebrazo—, estoy hablando en serio, Alex.

—Vale, pues aclárame en qué.

—Cuando te solté hace poco más de una semana que me iba a casar, me aseguraste que… ¿Cómo fue? Algo así como que: «Tendrás que asumir el resto de tu vida que no conseguirás olvidarte de mí».

—Siento haberte dicho…

—No —le puso la mano en los labios—, tenías razón. Quiero que sepas que tuve que utilizar toda mi fuerza de voluntad para no gritarte que te quería. Decirte adiós ha sido lo más

difícil y doloroso que he tenido que hacer nunca. No dudes de que, si hubiera encontrado otra salida, la hubiera tomado.

Cass decidió sincerarse con él y le contó cuanto había ocurrido. Amaba a ese hombre. Deseaba pasar el resto de su vida a su lado y no tenía sentido comenzar desde el secretismo o una verdad a medias.

Se repitió una vez más que había dejado de ser esa chica que escondía la cabeza, por lo que dejó salir todo lo que sentía y temía.

—Ha debido de ser durísimo para ti y para tus hermanos.

—Así es.

—Ahora entiendo a Sam. Ella no me ha dicho nada de lo que estaba sucediendo, pero sí que debía impedir esa boda si te amaba.

—¿Sam te dijo eso?

—Estoy aquí gracias a ella. ¿Lo recuerdas?

—Entonces, no es una traidora.

—No, para nada. Te quiere muchísimo, y no puedes hacerte una idea de lo que está sufriendo por ti.

—He de hablar con ella.

—Y con Bill. Has de anular una boda.

Cass lo miró y se quedó pensando en sus palabras. Él tenía razón, solo que, para poder acabar con aquella farsa, antes debía hablar con su familia al completo.

—Lo sé. Dame unos días. En cuanto se lo cuente a mis padres, veremos qué se puede hacer. Lo bueno es que hasta la semana que viene no tengo que verlo.

—No te entiendo.

—Mañana nos íbamos de fin de semana a esquiar, pero me he despertado y me sentía enferma. No estoy trabajando porque le envié un mensaje a Samuel para decírselo. Lo que me recuerda que esto no está bien. Debería volver al trabajo, ya que he dejado de sentirme mal.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién ha logrado que te pongas mejor? —preguntó Alex, entrecerrando los ojos.

—Uy, la culpa la tiene un escritor muy cargante y engreído —dijo, mientras se sentaba a horcajadas encima—. No sé si te lo he comentado —añadió con la voz muy sensual—, pero resulta que no me he podido resistir a él porque es más impresionante que un dios. Ah…, y da unos besos que me encienden por dentro como si con sus labios me traspasara el mismo fuego del Olimpo.

—¿Yo consigo hacer todo eso? —Elevó una ceja, divertido.

—Eso y mucho más…

Cassandra devoró su boca como si temiera perder ese momento. Sí, parecía que la decisión que había tomado de revelarle la extorsión a sus padres pondría fin a su problema. Sin embargo, sentía ese miedo conocido a que la vida resultaba demasiado imprevisible como para tomarla a broma. Y, más que nada, lo que la hacía sentir de ese modo era que dudaba mucho de que Bill se diera por vencido sin luchar hasta el final.

El resultado podría ser el que se temía, que todos hablaran de la infidelidad y del desnudo de su madre. Dejó esos pensamientos a un lado porque ese puente aún no tenía que cruzarlo. De modo que centró toda su atención en besar a Alex, que se estaba dejando el alma en mostrarle cuánto significaba para él. De pronto, llamaron a la puerta.

Ella se separó y formó una simpática mueca de molestia.

—¿Quién narices será? —preguntó mientras Alex la ayudaba a levantarse.

—No lo sé.

—Espera aquí, voy a ver.

Cassandra abrió la puerta y se encontró con un repartidor cuarentón que llevaba en una mano un enorme ramo de rosas rojas con una nota.

—Hola, ¿Cassandra Wallace?

—Soy yo.

—Entonces, este ramo es para usted. Tiene que firmarme un comprobante. ¿Le importa cogerlo? No quiero que se estropee —dijo mientras se lo daba.

—Sí, claro. Espere un momento, lo voy a dejar en la cocina.

—Vale.

Al regresar, se lo encontró en mitad del recibidor. Estaba muy serio mirando hacia todas partes. Cuando Alex se giró para verlo, el hombre lo saludó con un gesto de cabeza. A ella le molestó que hubiese entrado en su casa, pero supuso que lo que quería era una propina, así que cogió un billete de su bolso y, tras firmar el comprobante, le dio diez dólares.

—No hace falta —dijo el repartidor, rechazando el dinero.

—Insisto. Gracias por traerme algo tan bonito.

—No olvide leer la tarjeta. Que tengan un buen día.

—Igualmente.

Cuando Cass cerró la puerta, el escritor se puso en pie.

—No tengo ni idea de quién me ha podido enviar un ramo de flores —reconoció ella—. No habrás sido tú, ¿verdad?

—Lo siento, pero no.

—Bueno, vamos a ver quién es. A lo mejor es de Samuel…

—No creo que te enviara rosas rojas.

—Tienes razón. ¡Qué intriga! En fin, desvelemos el misterio.

Con cuidado, sacó la tarjeta de entre las flores para no pincharse. Eran de tallo largo, de ese tipo que sabes que el que las envía no ha escatimado en gastos. Las contó por encima, al menos había dos docenas.

—Dios, esto no es una tarjeta, es un pergamino —bromeó.

Cuando leyó la nota, su expresión cambió por completo.

«*Veinticinco rosas no expresan lo que siento por ti, pero sí que te pueden dar una pista de una fecha que creo perfecta para casarnos. ¿El veinticinco de diciembre es muy pronto? Me muero por saber tu respuesta.*

Siempre tuyo,
Bill».

Cassandra no pudo pronunciar ni una sola palabra. Le pasó a Alex la tarjeta y salió hacia el salón con las manos temblando.

Él no iba a leerla, pero si ella hubiera querido lo contrario, no se la habría dado. Devoró la nota en pocos segundos y, sin poder controlarse, hizo con ella una bola que soltó con rabia en la encimera, justo al lado de aquellas preciosas flores convertidas en un Caballo de Troya cruel y amenazador.

Aquellas veinticinco rosas eran un simple recordatorio de algo que Morris creía inevitable y que al unísono marcaban el tic tac de una cuenta atrás silenciosa que le gritaba alto y claro que debía cumplir su promesa, quisiera o no.

—¿Estás bien? —preguntó cogiéndola de las manos—. Ey, ¡estás helada! Ven aquí.

El escritor la abrazó con todo su cuerpo mientras besaba su pelo.

Cass trató de ser fuerte. De aguantar hasta el último instante. Pero el maldito Bill siempre encontraba el resquicio más diminuto para colarse en los mejores momentos y así relegarlos a un segundo plano porque conseguía ensombrecerlos con su sola presencia.

—Esto no va a salir bien —susurró con el corazón destrozado—. Él no va a dejarme escapar.

—No se lo permitiré.

—Hay cosas que no podemos controlar. Y, hasta que no hable con mi familia, no puedo darte una respuesta en firme.

Alex echó un paso atrás para mirarla. Si no la había entendido mal, puede que aún hubiera una posibilidad de que se casara con ese indeseable. No conocía a los padres de Cass, pero esa respuesta le aclaró que no las tenía todas consigo para obtener el apoyo con el que debía contar sin condiciones ni dudas.

Aquello lo dejó atónito y pensando en que la vida de la mujer que amaba no había sido para nada fácil. Si no podía contar con ellos, al menos tendría a sus hermanos de su parte. Por lo que le había dicho, para su padre no iba a ser una sorpresa oír hablar de la infidelidad, pero la que sí lucharía con uñas y dientes para que esa información no corriera como la pólvora sería su madre.

—De acuerdo. No me puedo imaginar qué significa estar en tu piel en este momento, pero comprende que esto tampoco es fácil para mí.

—No es fácil para ninguno —dijo ella, intentando no romperse.

—Llámalo. Dale esperanzas. Ha de estar confiado o cometerá alguna locura.

—Está bien. Pero no quiero que lo oigas. Esto es algo que he de hacer sola. ¿Lo entiendes?

—Me cuesta, Cass. Aunque, si es lo que quieres, no puedo decir que no.

—Gracias.

Ella se marchó al despacho y cerró la puerta. Lo último que le faltaba era que el hombre que amaba escuchara cómo tenía que aguantar las estupideces de un loco que la estaba manipulando y al que no le importaban nada sus sentimientos o deseos.

—Hola, Cassandra.

—Hola, Bill. —Tosió varias veces para disimular—. Acabo de recibir las rosas.

—¿Te han gustado?

—Son muy bonitas. Gracias.

—He pensado que sería un buen detalle para hacerte sentir mejor.

—Lo has conseguido —mintió y disimuló un estornudo.

—¿Has tomado algo?

—Sí, dentro de un par de horas me tomaré otra pastilla.

—¿Va a ir alguien a cuidarte?

—No, estaré sola todo el fin de semana. No quiero pegárselo a nadie.

—Por supuesto. Siempre tan servicial, mi buena Cassandra.

Aquellas palabras acabaron por destrozar los nervios de la editora y a punto estuvo de mandarlo al infierno.

—Soy empática, ya lo sabes. Y no quiero que nadie enferme por mi culpa.

—Claro, claro. —Él dejó escapar un suspiro exagerado—. Me hubiera encantado ir a esquiar contigo.

—Bill, me duele la cabeza. ¿Te importa que hablemos la semana que viene? Quiero dormir.

—Descansa y no hagas locuras.

—Mi plan es pasarlo en cama las próximas setenta y dos horas.

—Mmm… ¿Es una invitación?

—Tú siempre tan bromista. Te dejo. Te llamaré el lunes, voy a poner el móvil en silencio hasta que me encuentre mejor.

—Está bien, Cassandra. Buen fin de semana.

Ella no contestó, sino que colgó sin despedirse. ¿Para qué? Con la rabia instalada en el cuerpo, pasó por delante de Alex y se dirigió a la cocina para tirar las rosas a la basura. Después, cerró la bolsa para no tener que verlas.

—¿Mejor? —preguntó Alex.

—Infinitamente.

—Dime, ¿qué quieres hacer? ¿Vas a llamar a tus hermanos para ir a hablar con tus padres?

—Sé que debo hacerlo, pero hoy no. ¿Cuándo tienes las primeras firmas?

—Martes por la tarde, viernes todo el día y el sábado por la mañana. Ah, y el miércoles tengo una reunión en la productora. En los estudios. Me van a enseñar algunos de los escenarios que están montando y voy a conocer a parte del elenco principal.

—El miércoles puedo ir allí y luego almorzamos juntos.

—¿Te puedes creer que esa era la idea inicial cuando volé para conseguir hablar contigo?

—¿En serio?

Alex le contó de seguido el plan que habían pensado entre todos para poder conquistarla. Ella reía a carcajadas al saber que su hermana, April e Isaiah habían formado parte de ese ardid. Incluso Alice y Lucille habían puesto su granito de arena para terminar de convencerlo de que debía coger ese vuelo.

Un mensaje llegó al móvil del escritor. Era Sam preguntándole qué tal había ido todo. Él se lo pasó a Cass, y ella marcó su teléfono. Mientras Alex la veía contarle cómo se habían reconciliado y lo que había ocurrido con el ramo de flores de Bill, no pudo dejar de preguntarse por qué a veces la vida era tan sumamente enrevesada.

La mujer que amaba, cuya expresión iba cambiando de forma alternativa de la sonrisa más bonita que había visto nunca a la de querer destrozar a alguien con sus propias manos, se hallaba entre la espada y la pared. La respuesta a lo que debía hacer parecía sencilla. Mandar al cuerno a Bill y que todo saltara por los aires no era una opción viable sin hacer daño a los suyos.

Se acercó un instante a las cristaleras para admirar las hermosas vistas que ofrecía aquel espectacular ático. Sí, a Cassandra no le hacía falta su cinco por ciento, pero, pese a todo, ella había ganado su parte y él insistiría en que se la quedara.

Samantha le dijo algo que la hizo reír a carcajadas. Con seguridad, estaba preguntando lo que habían hecho esa mañana porque Cass no paraba de repetir que sus labios estaban sellados, pero que él tenía un sobresaliente asegurado. Solo que lo iba a mandar a «septiembre» por si las moscas.

Alex sonrió abiertamente, pero no se dio la vuelta. Prefería dejar algo de intimidad a las hermanas, aunque la editora no dejaba de caminar de arriba abajo mientras iba soltando todo lo que le venía a la cabeza sobre lo repugnante que era Morris y que esperaba que su padre acabara con todo aquello.

Antes de colgar, Sam quedó con Cassandra en que hablarían en unos días. Quería dejarlos

solos para recuperar el tiempo perdido y para permitirles aclarar qué iban a hacer a partir de ese momento. Cass se lo agradeció y le rogó que no hablara con Caleb o con sus padres del tema. Ella era la principal afectada y quería ser quien diera la noticia. Su hermana aceptó porque la entendía. Tomar el control de la situación era muy importante para Cass, y jamás le robaría la posibilidad de poner a su madre en su lugar tras años de sometimiento por voluntad de la gran Grace.

Miró a Alex con la certeza de que él era el hombre con quien quería reír y discutir el resto de su vida.

—¿Qué? —dijo el escritor, quien no fue capaz de descifrar su expresión.

—¿Por qué has tardado tanto en venir?

Aquella pregunta le llenó el corazón de mil sentimientos distintos y provocó que inspirara un poco más profundo.

—Porque estaba perdido, pero tú has logrado despejar mi camino.

—Ah, ¿sí? —susurró ella acercándose.

—Sí, Cass, así que bienvenida porque nos queda toda la vida para descubrir lo extenso que va a ser.

Ella lo besó sin restricciones, sin importarle la tormenta que se estaba formando al otro lado de la puerta. Por desgracia, las cosas sencillas rara vez se sincronizan, por lo que dejan un regusto amargo cuando los instantes de felicidad se ven empañados por manos crueles que mueven los hilos.

Ambos sabían que su final feliz aún tendría que esperar para ser perfecto, pero, mientras tanto, disfrutarían de esos pocos días que, contra todo pronóstico, habían ganado al destino.

CAPÍTULO 21. NO HAY DOS SIN TRES

Después de aquel beso largo y abrasador, Cass se separó para tratar de ordenar sus ideas. Aunque los labios del escritor la invitaban y retaban al mismo tiempo a encontrar nuevas formas de pasar horas y horas redescubriéndose, lo que tenía pendiente no era para tomárselo a la ligera.

Miró el reloj, las dos. Por un lado, le apetecía salir con él por la ciudad, por otro, le había dicho a su jefe que estaba enferma y no era cuestión de que alguien la viera cuando se suponía que se encontraba tan mal como para no cumplir con su deber.

Resopló un poco y decidió que hacer un pedido a domicilio era lo más sensato.

—¿Qué? —preguntó Alex.

—Hasta mañana no puedo salir. Se supone que estoy enferma.

—No te preocupes por eso. Prefiero tenerte para mí solo entre cuatro —miró alrededor y frunció las cejas— o, más bien, cuatrocientas paredes. Te aseguro que resulta muy excitante —dijo, mordiéndose el labio de forma juguetona.

Ella se echó a reír y ese maravilloso sonido lo contagió. La expresión de la editora mostraba la felicidad pura. Por un instante, él se recriminó el haberse comportado como un verdadero necio durante esos meses. Cass era todo lo que había deseado en una mujer: inteligente, curiosa, decidida y preciosa. Ella lo era «todo» y, aunque hubiera tardado un poco más de lo debido en ir a buscarla, se sentía de maravilla por haber luchado a muerte contra sus propios fantasmas para dejar atrás el miedo a perderla. A fin de cuentas, había salido victorioso. Y no iba a dejarla escapar nunca más.

—Serás exagerado. ¡No tengo cuatrocientas puertas! —dijo riendo abiertamente—. Treinta puede, pero no las he contado. Anda, ten, estos son los restaurantes donde suelo pedir —dijo, pasándole los folletos.

Mientras Alex elegía, Cass era incapaz de dejar de mirarlo. Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados en unas pocas horas y apenas se atrevía a respirar para que la burbuja no explotara.

De pronto, sintió un profundo desasosiego. La idea de que esa relación se convirtiera en su nueva realidad era justo lo que más anhelaba, pero sabía que aún quedaba mucho camino por recorrer. La sombra de Bill se cernía sobre ella como la inevitabilidad que presenta la salida del sol cada mañana.

Sin pretenderlo, se fijó en la arruguita que se le formaba en el entrecejo al hombre del que se había enamorado sin remedio al tiempo que revisaba los menús. Inspiró hondo y tomó una decisión férrea mientras se prometía a sí misma que haría cuanto estuviese en su mano para volver con él a Los Ángeles.

Sorprendida, reconoció que eso era lo que más deseaba, pero, si pretendía que la vida de su familia permaneciera inalterable, esos planes no podrían cumplirse. «El Príncipe Encantador» ambicionaba el lote completo: su castillo y su cuerpo. Y estaba segura de que iba hacer lo imposible para conseguirlo.

Una pregunta de Alex la sacó de aquella maraña de pensamientos y temores.

—¿*Ben & Jack's Steakhouse* envía a domicilio? —dijo extrañado al ver el menú.

—Bueno, es un plus que los inquilinos de este edificio tenemos. El servicio de portería es el que se encarga de ese tipo de cosas.

Él elevó las cejas y asintió entre tanto bajaba las comisuras por las ventajas de ser una

Wallace o extremadamente rico como para vivir allí.

—Me conformo con una pizza de *pepperoni*.

—Yo de cuatro quesos. Aún no hemos terminado con el… ejercicio.

Alex soltó una carcajada de felicidad y la atrapó entre los brazos mientras se deshacía en sus labios. Recorrió con la yema de los dedos su cuello como si venerara cada centímetro. El calor que desprendía su piel era delicioso. Fuego en estado puro. Fuego que lo quemaba sin remedio y le hacía desear perderse de nuevo en su cuerpo. Ella lo encendía con su respiración y parecía no darse cuenta de que, a cada uno de sus movimientos, le estaba imprimiendo algo más que lujuria. Cuando fue consciente de que el amor acababa de formar parte de la ecuación, el más verdadero que había sentido nunca, se dijo que no volvería a dudar y que se dejaría la piel por mantenerlo.

Su atención a los labios de Cass regresó de golpe al oír cómo un sensual sonido de absoluto placer salía de su garganta. Aquello logró que el baile acompasado de sus lenguas, que los estaba empujando irremediablemente a querer profundizar en todos los sentidos, se convirtiera en un contacto demasiado sutil e insuficiente para lo que ambos ansiaban.

Él bajó hasta encontrar el borde del suéter de la editora, quien subió los brazos. La prenda desapareció al instante. Ella se lanzó a desabotonar la camisa de Alex mientras lo arrastraba de vuelta al sofá. Los dos parecían haber olvidado que las cristaleras ofrecían una primera fila de lo que estaban a punto de hacer. Justo antes de que sus pantalones fueran un mero recuerdo, Cassandra cogió un mando a distancia de la mesa de café. Pulsó un botón, haciendo que unas cortinas tupidas aparecieran para crear un ambiente íntimo y privado. Lejos de cualquier ojo curioso que pudiera estar observando por el mero hecho de ver una escena tórrida gratuita. Lejos de… todos.

Alex le bajó la prenda, llevándose con ella cualquier extra que impidiera hundirse en ella. Cass repitió los movimientos del escritor, que se encontraba mucho más que listo para aceptar el desafío. Justo en el momento en que fue a sentarse, él observó un instante la carísima pieza de cuero.

La editora soltó una carcajada y extendió una de las exquisitas mantas de cachemira que adornaban el respaldo.

—No pasa nada si se mancha —dijo juguetona.

—Más bien es que preferiría no quedarme pegado…

Ella volvió a reír. Apoyó las manos en los pectorales del escritor y lo empujó suavemente para que se sentara. Muy despacio, se colocó a horcajadas. Ayudándose de la gravedad y de la excitación que la estaba volviendo loca, permitió que él desapareciera dentro de su cuerpo, provocando estragos en su interior.

Si Alex antes sentía fuego, Cass acababa de conseguir que miles de llamaradas tocaran su piel. Notarla por completo se había convertido en algo a lo que comenzaba a ser un adicto. Esa solo era la tercera vez, pero no podían continuar de ese modo. Por mucho que les fastidiara, aquello estaba llegando a un punto donde se estaba volviendo completamente necesario recurrir a una barrera que los separara si no querían aumentar la superpoblación de la Tierra.

Sin poder evitarlo, sonrió por lo que acababa de pensar.

—¿Qué, «señor escritor»? —dijo ella mientras hacía círculos lentos e insinuantes con sus caderas—. ¿Se… divierte?

—Me has pillado. Ah… Dios, Cass… Solo pensaba que tengo que bajar a por dos cajas de… si no quieres que repoblemos el planeta.

Ella no pudo evitarlo y se echó a reír, expandiendo una ola de vibraciones excitantes y

profundas al escritor.

—Tienes razón —más giros—, mucha… mucha razón. —Un beso cargado de lujuria y demoledor—. ¿Lo dejamos? —preguntó divertida.

—En cuanto consiga que veas todas las estrellas del firmamento.

Él se hundió en su boca y comenzó a moverse hasta que no hubo separación en sus cuerpos. Una, mil veces. Cass comenzó a temblar mientras un orgasmo la recorría de pies a cabeza. Alex siguió un poco más hasta que se liberó en su interior al tiempo que le decía en los labios cuánto la amaba.

—Al final me vas a hacer comprar tres pizzas… —bromeó ella.

—¿Yo? No sé de qué me hablas.

—Eres tú el que me ha atacado sin piedad —añadió mientras sellaba sus palabras con un dulce beso antes de separarse.

Alex la ayudó a ponerse en pie.

—Es que me he acordado de lo que me dijiste antes de la «autoestima». ¿Le ha parecido a usted que la tengo suficientemente alta? —dijo con una sonrisa pícara.

—Ha cumplido satisfactoriamente su cometido, «señor escritor».

Cass se giró hacia las cortinas. Frunció las cejas y asintió como si se hubiera respondido algo a sí misma. Alex cayó en la trampa y acabó preguntando.

—¿Qué?

—Nada. Cosas mías…

—Ah, no. ¿Qué es lo que has pensado mirando hacia fuera?

Ella unió los labios hasta convertirlos en una línea. De poco le sirvió porque una carcajada estaba luchando por salir.

—Aún no es de noche.

—No, claro. Son… las tres menos cuarto —respondió él hasta que cayó en la cuenta de lo que ella quería decir—. «Editora», ¿es que no has tenido suficiente? —agregó, fingiendo una expresión de sorpresa.

—Es que a mí me han dicho que he ganado una apuesta y quiero cobrar mi premio.

La cara de Alex pasó del asombro a la de un depredador que pretendía atrapar a su presa. Entrecerró los ojos y frunció los labios para después formar una enorme sonrisa. La sujetó de la cintura y la cogió en brazos. Cass cruzó los pies para sujetarse mientras él avanzaba por el pasillo.

—Vas a dejarme seco, pero me iré con una sonrisa en los labios.

Ella lo besó con ese «algo más» que había comenzado ese asalto. El cóctel perfecto de deseo, pasión, lascivia y cariño. Ambos estaban borrachos de aquello a lo que se habían prometido renunciar y que, en el fondo, deseaban más que nada: un amor verdadero.

Quizá el destino no fuera tan perverso, al fin y al cabo. Pero, mejor no engañarse, solo llevaban unas pocas horas juntos y aún quedaba mucho para poder lanzar las campanas al vuelo.

—Bueno, seré generosa y compraré cuatro pizzas para reponer fuerzas —dijo entre risas.

El rio con ella y la llevó a la ducha. Veinte minutos más tarde, aseados y felices, pidieron algo para comer.

Aquella tarde hablaron de mil cosas. De la nueva novela de Alex. De las historias que Cass estaba corrigiendo. Dejaron de lado la espada de Damocles, que continuaba con su movimiento pendulante sobre sus cabezas, para adentrarse en conocer un poco mejor al otro.

Volvieron a la apuesta, a aquella locura que los había unido para siempre, y recordaron que todavía les quedaban pendientes tres citas. Cassandra tenía mucha curiosidad sobre cuáles

había elegido Alex. Una correspondía al cuarto libro, las dos restantes al quinto. Todas eran en lugares impresionantes. Algunos los conocía, otros, sin embargo, estaba deseando visitarlos. En concreto, la última cita era la predilecta de la editora. Apenas habló de ella. Prefería que, a partir de ese momento, todo fuese más natural entre ambos y sin imposiciones. Ya no tenían que cumplir una agenda preestablecida para un fin. Ganar había quedado relegado a la nada. Tal vez porque ambos habían conseguido su objetivo, o puede que todo se debiera a que perder suponía el mayor premio de todos.

Poco importaba el motivo. Todo aquel lío los había llevado a estar devorando un trozo de pizza junto a una cerveza delante de un televisor enorme, en cuya pantalla un vídeo de una chimenea les ofrecía el repiqueteo de las llamas mientras llenaba de tonos rojizos y dorados el inmenso salón.

—Me sorprende que no tengas una chimenea de gas —dijo Alex, bebiendo un sorbo de su *Budweiser*.

—Tengo calefacción.

—¿Y no te gustan las chimeneas?

—En la casa de Los Hamptons tenemos varias, pero no es algo que necesite.

—Yo soy todo lo contrario. A mí me encantan, pero en Los Ángeles no puedo encender la mía porque no hace frío.

—Si te parece bien, algún día iremos a cualquier sitio donde haya una enorme solo para nosotros. —Cass se acercó y le dio un beso corto.

—Te tomo la palabra.

—Bueno, «señor escritor», ¿cuáles son sus planes para mañana? Yo tengo que trabajar hasta las cinco.

—Aprovecharé para hacer unas compras. Acción de Gracias está a la vuelta de la esquina y siempre hago regalos en esa fecha.

—¿En serio? ¿Y qué dejas para Navidad? —preguntó curiosa.

—¡Más regalos!

Ambos rieron.

—Mmm… ¡Consumismo al poder! —se burló Cass. Alex ladeó la cabeza, barriendo con la mirada el ático—. Ya sé, ya sé…

—Puede que lo parezca —se defendió él—, pero no es por eso.

—Ah, ¿no?

—No. Regalo doble por todos los que no podré hacerles nunca más a mis padres. Aunque Maverick también es mi familia, no ha vuelto a Los Ángeles desde que ocurrió el accidente. Estaba muy unido a mi padre porque a ambos les encantaban los deportes. Mi tío no era muy dado al béisbol o al *rugby*, ni yo tampoco. Mientras ellos pasaban la tarde del sábado frente al televisor, su padre y yo nos dedicábamos a los juegos de mesa. Tardes y tardes enteras discutiendo con mi hermana por quién había hecho trampas en el *Monopoly*.

—¿Y hacías trampas?

—¿Yo? ¿Por quién me tomas? —dijo fingiéndose indignado.

—¿Eso es un sí? —preguntó ella acabando con los labios en una fina línea.

Él la miró muy serio.

—¡Pues claro!

Los dos se echaron a reír. Cass no esperaba que se confesara, menos aún el propio Alex, al que le sorprendió decirlo sin más.

—¿Sabes? Me encantaría volver a El Cielo contigo. Podrías llamar a Maverick. Tal vez

pueda conseguirnos unos pases vips.

—Claro. ¿Cuántos seríamos?

—Déjame pensar. Caleb y Rachel, Olivia, ellos y nosotros. Siete, a no ser que quieran decírselo a alguien más.

—Yo creo que estaría bien el sábado salir a cenar y después a la disco. ¿Qué opinas?

—Es una idea fantástica. Voy a llamar a las chicas, a ver qué les parece —dijo justo antes de besarlo.

—Y yo a Mav.

—Vale. Voy al despacho, así no oirás sus gritos cuando sepan lo que ha pasado hoy.

—¿Les vas a contar las tres veces? —dijo, mostrándole orgulloso la cuenta con los dedos.

—Con pelos y señales.

Alex soltó una carcajada mientras ella enfilaba el pasillo con paso insinuante.

Sin mirar atrás, Cass subió el brazo y mostró tres dedos para que a él no le quedara ninguna duda de lo mucho que aquello significaba.

Tres veces sin barrera entre ambos.

Tres veces con amor.

Al entrar en el despacho, cerró la puerta. Sabía que se iba a liar una buena, y qué los gritos de todas se colarían por cada rincón de la casa.

En el último momento, decidió hacer una videollamada. Aquella noticia merecía darla en directo.

—Hola —dijeron las cuatro.

—Uy, ¿y esa cara? ¡Tú has follado! —dijo Rachel por las claras.

—¡Serás bruta! —se quejó Olivia—. ¿No será que acaba de terminar de hacer deporte?

—Sí, claro. El deporte que te abre todos los «poros» a la vez.

—¡Haya paz! —intervino Sam—. ¿Y qué? ¿Cuántos «poros» te han abierto?

Soltaron una carcajada.

—Venga, ya. ¡Cerrad el pico! —cortó Oli—. Ahora, Cass, cuéntanos por qué tienes esa carita de princesa acabada de salir de darte cuatro revolcones en el heno.

Más risas.

—No han sido cuatro, solo tres —corrigió, mostrando los dedos en la pantalla.

—¿Tres? Joder, ¡ese tío es un fiera! ¿No tiene otro primo? —soltó Olivia.

—¡Ja! Tres no es nada. Supongo que será la edad. El maldito tiempo no perdona y luego pierden… resistencia —señaló Rachel haciendo un gesto de bajada con un dedo.

—¿Queréis callaros de una vez? Sí, vale, ha follado con Alex, pero lo que yo quiero saber es qué le has dicho de… lo otro —se quejó la periodista.

Cassandra asintió y respiró profundamente antes de decirlo en voz alta.

—Se lo he contado. No he dejado nada atrás. Estoy harta de mentiras. De tener que ocultar lo que siento. Alex me apoya y me he dado cuenta de que tenías razón, Sam. Hemos de hablar con mamá y papá. El chantaje nos afecta a todos. Y aunque quisiera que nada de esto hubiera sucedido, yo no soy la culpable. Asumiremos las consecuencias y saldremos adelante. Quizás una declaración oficial fuera lo más acertado, pero supongo que los abogados de papá se harán cargo.

Rachel y Olivia se mantuvieron en silencio, pero su expresión lo decía todo. Estaban de acuerdo con su amiga y la apoyarían siempre.

—Es la mejor decisión que podrías haber tomado —dijo Sam emocionada—. Me siento muy orgullosa de ti, y seguro que Caleb nos apoyará. De hecho, ya lo hacía. Lucharemos contra

Bill y lo llevaremos a los tribunales si es preciso. No tengo idea de qué se hace en estos casos, pero es lo que has dicho. Los abogados de papá se encargarán de todo. Por cierto, este domingo no hay almuerzo familiar porque se van unos días a República Dominicana. Papá está harto del frío y quiere desconectar un poco antes de Acción de Gracias.

—¿Y cuándo lo han decidido?

—Mamá me lo ha dicho hace un rato. Lo han decidido esta misma mañana, y ya tienen los billetes para el sábado. Supongo que papá te llamará luego.

—Pues sí que les ha dado fuerte. Bueno, entonces tendremos que contárselo cuando vuelvan. ¿Sabes cuánto van a estar fuera?

—Creo que desde el sábado al jueves. Son pocos días. Si quieres, nos vemos todos el viernes.

—Me parece bien. Necesito acabar con esta pesadilla porque quiero regresar a Los Ángeles cuanto antes.

—¿Volverás a dejar Nueva York? —dijo apenada Olivia.

—Mi vida está allí, Oli. Os quiero muchísimo, pero he de seguir a mi corazón y lo que es mejor para mí.

—No, si lo entiendo. Yo… —La periodista se detuvo a la mitad porque dudaba si contarles lo que tenía en mente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Rachel—. Por cierto, Cass, me parece una putada que te vayas, pero prefiero mil veces verte a través del móvil a que tengas que casarte con Bill.

—Gracias, Rach.

—De nada, «Pretty Woman». Olivia, estoy esperando tu respuesta —la forzó la profesora.

—Veréis, adoro mi trabajo. Joder, soy redactora en *The New York Times*, pero Gabriel me ha comentado que necesitan a alguien que cubra las noticias de política exterior porque el periodista que lo lleva se jubila el año que viene. Es una leyenda, así que me da miedo no estar a la altura. No os quería decir nada porque no tengo la entrevista hasta dentro de dos semanas. De hecho, nada garantiza que consiga el puesto. Además, estoy muerta de miedo por si no encajo allí o lo nuestro no funciona. He hablado con mi jefa y me ha dicho que estoy loca; sin embargo, me ha deseado suerte y me ha exigido que no me despida, sino que me coja un año de excedencia. No sé qué hacer, no se lo he comentado a él por miedo a que se moleste…

—Olivia —la cortó Cass con cariño—, ¿tú qué quieres hacer?

Ella sonrió con timidez. Las tres vieron cómo sus ojos se empañaban y comprendieron que ya había tomado la decisión.

—Iré a hacer la entrevista y cogeré ese año de excedencia si me dan el trabajo —acabó diciendo con un tono pausado pero firme.

—¿Vas a vivir en Los Ángeles? —preguntó la editora emocionada.

—Si me dan el trabajo, sí.

—¡Voy a tenerte en Los Ángeles! —gritó Cass mientras se ponía en pie y hacía una gran uve con los brazos.

—Sí, sí, ¡y yo me quedaré sola aquí! —lloriqueó Rachel.

—¡Oye! ¡Que yo no estoy pintada! —la reprendió Sam—. Además, también tienes a Caleb, ¿o me equivoco?

Ella bajó la mirada y se sonrojó ligeramente.

—¿Qué? —dijeron las tres a la vez.

—¡Suéltalo todo! —exigió Olivia.

Los siguientes minutos los pasaron entre confesiones, risas y alguna que otra lagrimilla que se les escapó. La vida seguía su curso y era imposible detener el tiempo.

Antes de colgar, quedaron en que ese sábado saldrían a cenar y después de copas. Debían celebrarlo por todo lo alto, y aquello les serviría como una nueva despedida con la ilusión de que las cuatro encauzaban el futuro tal y como deseaban.

Cuando Cass volvió al salón, Alex estaba repasando la parrilla de una plataforma. Ella se sentó a su lado y él no tardó ni un segundo en besarla como si temiera que se le fuese a escapar de entre los dedos.

—Ey, ¿y ese beso? —dijo con una sonrisa.

—Te has pasado una eternidad hablando con las chicas.

—¡Qué exagerado! Si solo he estado… ¡cuarenta y cinco minutos! —exclamó escandalizada.

—¿Ves? Yo creo que deberías compensármelo —soltó cruzando los brazos y subiendo el mentón, divertido.

—Mmm… déjame pensar… ¿Otro trozo de pizza?

Él soltó una carcajada. Ella no pudo resistirse y acabó riendo.

—Mav me ha dicho que él se encarga del restaurante y que se hará con los pases sin problemas.

—¿Cómo los conseguirá? Tengo mucha curiosidad porque, a la semana siguiente de conocernos, nos dio a las chicas y a mí uno como si nada. Y conozco a gente que se lleva meses esperando para poder entrar.

—Un momento… ¿Qué es eso de que fuiste a esa disco sin mí? —soltó Alex jugando.

—Buscaba un rollo de una noche. La última vez me había salido muy bien —dijo para picarlo.

—¿Y tuviste «suerte»? —preguntó con un tono demasiado cercano a descubrir lo que estaba sintiendo.

Cass sonrió al ver su reacción.

—¿Celos, «señor escritor»?

Sin que se lo esperara, Alex se lanzó a por ella hasta atraparla con su cuerpo en el sofá. Cass dejó escapar un gritito de sorpresa y él la besó con una fuerza arrolladora.

—Todos, «editora». Tengo todos los celos del mundo. Así que ¡respóndeme!

—«Nop».

Él le hizo cosquillas y Cass se retorció bajo su peso.

—¿Suficiente? —preguntó para saber si se rendía.

—¡«Nop»!

Más cosquillas y carcajadas.

—¿Con quién te fuiste?

—¡No pienso contestar!

Alex paró de torturarla porque ella estaba sin aliento. La miró a los ojos y sintió que ese momento era uno de los más especiales que había vivido nunca.

—La noche antes de verte en la editorial tuve una cita.

Ella no pudo contestar porque aún se estaba recuperando de las carcajadas.

—Antes de pedir el postre —continuó—, fingí que Isaiah me llamaba por un problema y la dejé en un taxi para salir corriendo. Desde que pasé la noche con una chica impresionante, no he sido capaz de… con nadie más.

—Lo estás diciendo en serio —dijo ella muy despacio.

—Sí.

—Yo tampoco, Alex. Pero tuve que besar a…

Él puso un dedo en sus labios y acabó devorando su boca para que no pronunciara ese maldito nombre.

—Tú no lo besaste, Cass. Vi las fotos. Tu cuerpo me hablaba. Tu expresión me gritaba que no querías estar ahí. Tus manos permanecieron en la mesa y ni siquiera te giraste hacia él.

—¿Notaste todo eso viendo una foto?

—Una no, muchas. Las copié todas y las revisé una y otra vez hasta que fui capaz de ver más allá. Aquello fue una razón añadida para venir a por ti.

—¿Temías que te rechazara de nuevo?

—Estaba seguro de que lo harías, pero debía intentarlo. Fui un estúpido al no darme cuenta de que no sonreíste al decirme que te casabas. Mi ego habló por mí y no vi lo difícil que tuvo que ser para ti…

—Déjalo, Alex. Ahora estamos aquí. Sam me ha dicho que mis padres se van unos días de vacaciones. Vuelven el jueves de la semana que viene, por lo que tenemos siete días para ser felices sin pensar ni en Bill ni en nada más.

—¿Y si te llama?

—Le diré que estoy con el periodo. Eso siempre le ha espantado como hombre de las cavernas que es, además de gilipollas.

—Muy gilipollas.

—Te quiero, Alex.

Él tuvo que inspirar un poco más profundo para asimilar sus palabras.

—Y yo a ti.

—Saldremos adelante. Solo dame el tiempo suficiente para solucionarlo.

—Todo el que necesites.

El móvil de ella sonó. Sonrió al ver quién era.

—Hola, April.

—Hola, guapísima. ¿Cómo va todo?

—No te vas a creer a quién tengo a mi lado…

Cass le contó por encima la reconciliación con Alex. La agente no paró ni un instante de reír y de sentirse muy feliz por ambos. Quedaron en que se llamarían en unos días, pero lo importante era que por fin lo habían solucionado.

Tras colgar, miró a Alex.

—Creo que deberías llamar a Isaiah —dijo Cass sonriendo.

—Mañana.

Después de darse un tierno beso, decidieron atacar la pizza fría entre risas. Tras elegir una película, se tumbaron en el sofá como si la vida fuera tan sencilla como eso. Durante los próximos días tal vez lo fueran, pero ambos sabían que un huracán se acercaba de forma inexorable. De modo que trataron de convencerse de que, estando juntos, incluso la peor de las tormentas sería una fina lluvia de primavera con la que seguro podrían lidiar hasta que las aguas volvieran a su cauce.

Y nada iba a impedir que tuvieran su final feliz porque, sin duda, se lo habían ganado a pulso.

CAPÍTULO 22. NO ME PUEDO CREER QUE ESTÉS AQUÍ

Alex se quedó a dormir con Cassandra. No tuvieron esa noche pendiente de sexo desenfrenado, ya que ambos estaban exhaustos tanto por los tres asaltos como por tratar de asimilar el cambio en su relación. Pese a que cada uno había soñado por su lado con estar juntos y confesarle al otro lo que sentía, una vez llegado el momento, sus expectativas habían sido superadas con creces. Ninguno de los dos se planteó el mañana, tan solo disfrutar de cada instante hasta que la bola de nieve, que esperaba con paciencia en la colina, cayera antes de formar una avalancha.

Nada más sonó el despertador de Cass, él abrió los ojos. Parpadeó un par de veces y, de pronto, fue consciente de dónde se encontraba. Dibujó una leve sonrisa al comprobar que no había tenido ni una pesadilla. Ella estaba balbuceando un galimatías ininteligible. Aquello le hizo gracia y comenzó a reír bajito.

—¿Sabes que no entiendo ni una palabra de lo que dices? —dijo Alex en un tono medio—. Por cierto, buenos días.

La hizo girar y le dio un dulce beso. Después, se pasó a una mejilla y luego a la otra, hasta acabar de nuevo en sus labios.

—Me duele todo. Eso era de lo que me estaba quejando. ¡Tengo agujetas por todas partes! Y… buenos días.

Cass le devolvió el beso con un gesto de estar a punto de soltar una carcajada porque notaba pinchazos en el interior de los muslos.

«¿Cuánto ha pasado desde la última vez?», se preguntó mientras guiñaba un ojo y se mordía el labio.

—Te recuerdo que fuiste tú quien decidió… cabalgarme.

—¡Y tú te vengaste con cosquillas! ¡Ahora verás!

Cassandra atacó sin piedad los abdominales de Alex. Él comenzó a retorcerse y a pedir tiempo con un gesto de manos. Eran como dos niños recuperando algo que jamás habían tenido, aunque sí deseado.

Complicidad. Auténtica intimidad.

Una serie de situaciones de lo más sencillas, pero que nunca pudieron experimentar por miedo a ser ridiculizados por el otro. En esa enorme cama, ahora había dos almas en sincronía que no juzgaban, sino que sentían amor a raudales y eran tan valientes que se veían capaces de mostrarlo.

—Como no pares, ¡me voy a vengar! —dijo él entre risas.

Ella se detuvo y se dejó caer bocarriba mientras sonreía de pura felicidad. Sin esperarlo, se preguntó si amar quizás no fuera tan complicado. En realidad, era Alex quien lo hacía fácil, nadie más. «Nadie más», se repitió.

Poco a poco, él recuperó el aliento. La miró y algo le dijo que estaba muy lejos de allí. Se giró hacia ella y apoyó la cabeza en la mano.

—¿En qué piensas?

—En que no me puedo creer que estés aquí y que jamás imaginé que la vida podía ser de esta manera —admitió sobrepasada.

—No te comprendo.

Ella se puso de lado para poder mirarlo a los ojos.

—Tú haces que todo sea fácil —dijo, acariciándole la mejilla con la mano—. Es

abrumador y, aun así, no me imagino estar en ningún otro sitio que no sea aquí contigo.

—El amor es tan sencillo como tú quieras hacerlo, Cass. Significa no imponer. Incluso aceptar que el otro no compartirá todas tus opiniones, pero sí que las respetará.

—Eso no me ha pasado nunca, Alex.

—¿Y ahora?

—Quiero cambiar mi respuesta. Sí me ha pasado, aunque solo contigo. Desde que nos conocimos, ha sido así.

—Te recuerdo que discutimos en el despacho de Lucille la primera vez que te vi allí.

—Ya, pero eso fue un golpe bajo por mi parte. Debí contarte que iba a trabajar en tu editorial.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Te lo confesé, tuve miedo. El mismo que creo que tú sentiste cuando te dije que me iba.

—No es fácil decir lo que se quiere en el momento adecuado.

—Esa es una gran verdad.

—Hagamos un trato —pidió él, poniéndose de rodillas en la cama. Ella lo imitó, divertida.

—Tú dirás.

—Por muy malo que sea, por muy difícil que tengamos la situación y por mucho que nos cueste confesarnos, prométeme que siempre me lo dirás. Por mi parte, puedes estar segura de que lo haré.

—¿Y si no aceptas mi decisión? No puedo prometer…

Él puso la mano en sus labios.

—Tal vez no la entienda, pero sí la respetaré.

—¿Estás seguro?

—Es lo que estoy proponiéndote, Cass.

Ella se quedó un momento en silencio, sopesando su respuesta.

—Está bien, Alex. Lo prometo.

Le ofreció la mano y él cerró el trato con un ligero apretón. Después, se acercó a ella y le dio un profundo beso.

—Bueno, «señor escritor». Son las siete y media. He de trabajar de nueve a cinco, pero puede que me ponga un poco antes por lo de ayer. Voy algo retrasada.

—Yo he de volver a mi hotel. He de cambiarme de ropa y no quiero interrumpir tu trabajo. ¿Prefieres que comamos juntos o me paso a las seis y aprovecho para hacer las compras?

—Lo segundo. He de acabar de corregir diez capítulos de un libro y otros seis de otro. ¡No sé cómo voy a hacerlo!

—¡Ni yo!

Ambos rieron.

Tras desayunar juntos, Alex pidió un taxi y regresó a su hotel. Cass, con una enorme sonrisa instalada en la cara, se fue a su despacho. Le envió a Samuel otro wasap para confirmarle que se encontraba mucho mejor y que estaría trabajando toda la jornada. Encendió el ordenador y se mordió el labio mientras se decía que por fin la vida le daba un respiro.

Justo antes de comenzar, cerró los ojos y disfrutó de ese instante de pura armonía. Dejó escapar el aire entre sus labios y se metió de lleno en la historia que la estaba esperando.



Nada más entrar en la habitación del hotel, Alex se dirigió a la ducha. Necesitaba cambiarse de ropa y salir a dar un largo paseo para quemar la adrenalina que aún corría por sus venas. Estaba deseando perderse en las calles de Manhattan para poder despejarse.

Se sentía embriagado. Flotando. Feliz e incapaz de dejar de sonreír como cualquier adolescente estaría el día en que roba su primer beso. Ese tiempo hacía mucho que había quedado atrás, pero la sensación de ser el dueño de su destino era nueva. Cass lo amaba. La chica de sus sueños lo había elegido, y él no quería ni respirar para que la maldita mariposa que se encontraba al otro lado del océano no creara un huracán con su simple batir de alas.

El botones del hotel le consiguió un taxi. Aquella mañana hasta el tráfico parecía estar más fluido. Muy acorde a cómo se encontraba porque todo le estaba saliendo bien.

Tras bajarse cerca del Rockefeller Center, comenzó a disfrutar del ambiente caótico y frenético de la ciudad. Cientos de personas corrían de un lado a otro como si todos llegaran tarde a algún sitio. En verdad, esa orquesta estridente le atraía y repelía a partes iguales, pero, en ese momento, no se iba a quejar de nada.

Su móvil comenzó a sonar. Sonrió.

—Vale, te he dejado tranquilo dos días, ¡pero ahora mismo vas a contarme qué ha pasado!

—Buenos días a ti también, Alice —dijo muy serio sin querer dar ninguna pista.

Alex sabía que aquello la sacaría de quicio. Tenía que reconocer que le encantaba pinchar a su hermana, pero estaba tan feliz que no tuvo fuerzas para mantenerla en vilo ni un minuto más.

—Sí, ya. Por Dios, ¡dime qué ha pasado!

—Me quiere, «Wonderland».

—¿Lo dices en serio? —susurró emocionada.

—No te miento. Ayer pasamos el día juntos.

—¿Juntos… juntos?

—Eso no te lo voy a contar. Soy un caballero.

—No es eso, Alex.

—Sí, Alice. ¿Un «para siempre» te parece bien?

Ella frunció los labios y trató de contener las lágrimas. Su hermano se merecía ser feliz. Que él le dijera que por fin parecía haberlo logrado hizo que ella se desmoronara durante un instante.

—Muy bien, «Peque».

—¡Ey! No llores, por favor —dijo con un nudo en la garganta.

—Llevo tanto tiempo esperando que encontraras a una chica que te viera tal y como eres y te amara como te mereces que…

—Lo sé.

—Bueno, basta de llorar —se regañó a sí misma mientras se secaba las lágrimas—. Es una noticia maravillosa, Alex. ¿Qué va a hacer ella entonces?

—Hay algo que tiene que solucionar. Necesitará unos días y después volverá a Los Ángeles.

—Me alegro mucho por ti, por los dos.

—Gracias… —dijo con sentimiento.

—¿Qué vais a hacer hoy?

—Cass tiene que trabajar todo el día y yo voy a aprovechar para hacer algunas compras.

—Disfruta de todo, hermanito. De tu chica, de la ciudad, de… todo —insistió con la voz quebrada.

—Lo haré. A partir de hoy, lo haré. Lo prometo.

—Está bien. ¿Cuándo es tu primera firma?

—El martes por la tarde. El miércoles, la reunión en la productora, y viernes y sábado, más firmas.

—Te lo volveré a preguntar porque seguro que se me olvida.

—Contaba con ello.

Ambos se echaron a reír. Después de despedirse de su hermana, decidió llamar a Isaiah. Tanto April como él se merecían conocer el resultado del plan en el que se habían volcado sin dudarlo.

—Hola, Alex.

—Hola, amigo mío.

—Jooooder, tío. Te quiere… —soltó como si se hubiera quitado un enorme peso de encima.

—¡Pero si aún no te he dicho nada! —Alex rio con ganas.

—Te equivocas. Solo me llamas «amigo mío» cuando las cosas han salido realmente bien.

—¿Yo hago eso?

—Sí, solo que no te das cuenta.

—Me quiere, y Sam nos ayudó por una buena razón. No puedo decirte qué ocurre, pero Cass lo ha pasado muy mal estos días.

—¿Y tú puedes ayudarla?

—En cierto modo, ya lo he hecho. La semana que viene acabará esta pesadilla y podremos volver a casa.

—¿Y ya le has dado el ani…?

—Aún no. Y no quiero hacerlo hasta que estemos en Los Ángeles y podamos dejar esto atrás.

—Bueno, me alegro mucho de que al menos hayas solucionado las cosas con ella.

—Sí, eso desde luego. Ah, dale las gracias a April de mi parte.

—Se las daré, aunque no puedo garantizarte que no llame a Cass o incluso a ti. ¡Menuda es!

—No te preocupes. Ellas ya han hablado, solo que yo no quise interrumpirlas.

—Pues, entonces, aprovecha el tiempo —bromeó el surfista.

—Gilipollas…

—Enhorabuena, Alex —añadió emocionado.

—Gracias, Isaiah.

El escritor colgó y se pasó el resto de la mañana comprando libros y diversos regalos para todos. También algo de ropa extra para aquellos días y un detalle muy especial para Cassandra. Por supuesto, no le iba a regalar flores. Eso estaba descartado. De hecho, en mucho tiempo no pensaba hacerlo, puesto que le recordaría a Bill, y eso era lo que menos deseaba.

Pasadas las seis, llamó a su puerta. Cass abrió y lo recibió con el beso más cargado de

sensualidad y amor que había recibido nunca.

—Vaya… Estoy por cerrar la puerta y volver a llamar —bromeó el escritor.

Como no podía ser de otro modo, ella soltó una carcajada. Después regresó a sus labios para hundirse en ellos con más intensidad con la intención de provocarlo.

—Bienvenido —dijo con una enorme sonrisa.

—Te he traído una sorpresa.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Lo he visto y me he acordado de algo que dijiste en Las Vegas.

—Ah, ¿sí? Pues… no sé.

—¿Lo quieres? —dijo Alex, balanceando la pequeña bolsa.

—Dame, dame, dame —pidió, acompañando sus palabras con un movimiento rápido de dedos.

Él se echó a reír antes de hacerlo. Cass lo cogió de la mano y lo llevó hasta el sofá para sentarse.

—¡Qué intriga! —añadió la editora con los ojos emocionados.

Sacó una cajita rectangular exquisitamente envuelta. Por un momento pensó que podía ser una pulsera o un collar. Con delicadeza, fue quitando las cintas que sujetaban el papel.

—Puedes romperlo si quieres.

—Ni hablar. Es tu primer regalo. Quiero conservarlo para siempre.

Cuando Cassandra acabó, formó una enorme «o» con los labios. Miró a Alex y regresó a la caja.

—No puedo aceptarlo.

—¿Por qué no?

—¡Pero tú sabes lo que cuesta esto!

El escritor ladeó la cabeza y sonrió sin más.

—Maldita sea —dijo ella al no poder contener las lágrimas.

—¿No te gusta?

—Todo lo contrario. —Tiró de él para besarlo con todo lo que era—. ¿Cómo te has acordado? —susurró.

Cass abrió la cajita que contenía una preciosa pluma estilográfica de edición limitada *William Shakespeare* de *Montblanc*.

—Puede que me lo anotara como posible regalo de Navidad —admitió con una sonrisa.

—Estoy sin palabras.

—Deja que anote mentalmente este momento.

—Déjate de bromas. Es el mejor regalo que me han hecho nunca.

—Bueno…

—El dinero no lo compra todo, Alex. Vale, sí. Esto es carísimo —dijo, mirando alrededor—, pero a lo que me refiero es que te has tomado la molestia de comprar algo de lo que te hablé hace meses.

En aquellas palabras había mucho dolor encerrado. Él entendió a qué se refería y asintió despacio. Cass cayó en la trampa de recordar que Bill no se había molestado en comprar ni un solo detalle por sí mismo durante todo el tiempo que estuvieron juntos. La elección siempre se la dejaba a su secretaria, y la pobre pocas veces acertaba. Hasta que logró sonsacarle que era ella quién se encargaba, y terminaron por firmar un pacto en el que la editora le decía lo que quería y la mujer se lo compraba.

—Me encanta hacer regalos —reconoció él.

—Y a mí. Pero esto es…

—Mi manera de decirte que en Las Vegas ya te amaba —la interrumpió—. Esto es por todos los meses que he sido un necio negándome la verdad y obligándote a seguir con la estúpida apuesta.

Ella dejó con cuidado la cajita encima de la mesa de café. Después se giró hacia él y puso las manos en sus mejillas.

—Esa maravillosa apuesta nos ha traído hasta aquí. No te lamentes por lo que pudo ser porque ya es imposible cambiar el pasado. El «ahora» es cuanto tenemos. Por favor, no lo malgastes recordando algo que no puedes controlar.

—Buena filosofía.

—No es mía, pero quiero hacerla mía. Mil gracias por la estilográfica. No sé si voy a poder utilizarla. Me da pánico que se estropee.

—Si se estropea, significará que la has disfrutado. No tengamos miedo de que algo se pueda romper.

—Me encanta lo que has dicho: «No tengamos miedo de que algo se pueda romper».

Cass se lanzó a su boca y profundizó el beso para perderse en la marea de sensaciones que Alex le provocaba.

—¿Qué te apetece hacer? —preguntó el escritor con una sonrisa pícara.

—Ah, no. Quiero salir a cenar. Después podrías enseñarme tu habitación de hotel…

—Me parece una idea fantástica.

—Necesito unos minutos para cambiarme y nos vamos.

—Perfecto.

Ella le dio un beso rápido. Se fue a vestir y a maquillarse. Mientras terminaba con la máscara de pestañas, se miró al espejo. Qué lejos quedaba la chica asustadiza que se dejaba manipular por no sentirse suficiente. No es que ahora fuera un dragón que pudiera arrasar el mundo, pero tal vez sí que se acercara a una pequeña pantera que no volvería a dudar en defenderse para que nadie la pisoteara. Ni siquiera Bill.

La noche fue perfecta en la habitación de Alex. Muy especial. Igual y a la vez distinta que las anteriores. De hecho, sucedió justo como ambos habían pensado que sería la que describió Alex meses atrás, solo que en esta sí hubo mucho amor y sentimientos. Los dos se entregaron por completo y abrasaron al otro con el fuego con el que él deseaba que ella lo quemara. Hasta el amanecer. Hasta que ambos acabaron exhaustos y colmados de algo mucho más importante y duradero que un simple intercambio de placer.

De eso también hubo mucho, y magnificado. Porque todo lo que se hace con el corazón es infinitamente mejor que cualquier acto vacío.

Mientras se daban el último beso antes de que el sol les avisara de las muchas horas que no habían dormido, fueron conscientes de lo que habían creado sin pretenderlo desde aquella primera noche en Nueva York. La sensación de haber encontrado algo precioso los inundó, pero también les recordó que hay que luchar para que ciertas cosas duren para siempre.
Además, aún les quedaba librarse de Bill, aunque ninguno de los dos quiso decirlo en voz alta.

Tras vestirse, desayunaron en el hotel. Pasaron el día deambulando por todas partes. Descubriendo rincones nuevos. Comiendo donde les apetecía. Sin prisas. Sin orden, pero felices.

Sobre las siete, llegaron al restaurante Robert, en Columbus Circle. En cuanto los vieron, las tres se lanzaron hacia Cass para abrazarla con fuerza mientras se afanaban por felicitarla. Por supuesto, después le tocó el turno a Alex. Maverick le dio varias palmadas en la espalda mientras le decía lo feliz que se sentía porque todo hubiese salido bien.

—Dios, ¡qué buena pareja hacéis! —soltó Sam emocionada.

—¿Y Caleb? —preguntó Cass.

—Ha tenido que volver al coche porque se le había olvidado el móvil —confirmó Rachel.

Justo en ese momento, apareció su gemelo. Sam ya lo había puesto sobre aviso la tarde anterior y, todo el camino hasta el aparcamiento, Rach y él lo habían estado comentando.

—Cass, enhorabuena —dijo justo antes de fundirse en un abrazo que provocó que a ella se le hiciera un nudo en la garganta.

—Gracias, Cal —le susurró al oído.

—Así que tú vas a ser mi cuñado —bromeó con Alex mientras le ofrecía la mano y una sonrisa.

—Eso parece, Wallace —respondió con un buen apretón.

—¿Eso significa que vas a hacernos una rebaja en el contrato? —añadió el joven productor para chinchar a su hermana.

—Eso significa que puede que quiera cobrar aún más.

Los dos se echaron a reír.

El metre se acercó para indicarles que su mesa ya estaba preparada. Los siete pasaron al precioso comedor que ofrecía unas vistas magníficas a Central Park.

La velada estuvo llena de risas, burlas y momentos de complicidad. Caleb no consistió que nadie pagara la cena, pese a la insistencia de Alex y Maverick. Rachel dijo algo gracioso sobre que parecían gorilas luchando por el territorio, ya que solo les faltaba golpearse en el pecho. Por supuesto, también añadió que no le importaba porque con su triste sueldo de profesora no le daba ni para el agua.

Sobre las once y media, se dirigieron a El Cielo. Tras pasar varias horas tomando unas copas, charlando y bailando, llegó el momento de dar por acabada la velada. El grupito que habían formado estaba incompleto. Olivia echaba mucho de menos a Gabriel, pero pronto tendría la oportunidad de comenzar algo nuevo y, quién sabe, tal vez duradero. Al menos es lo que ella deseaba con todas sus fuerzas.

Tras despedirse, Cass y Alex pasaron por el hotel para coger parte de la ropa nueva que se había comprado el escritor. Ni que decir tiene que aquella noche la iban a pasar juntos. Sobre todo, para rememorar su primera vez y, claro, también las posteriores.

Entre risas, ambos habían llegado a la conclusión de que era necesario repetir para poder comparar, ya que solo a través de la experiencia empírica podrían convertirse en unos expertos en el tema.

Y los dos habían decidido por consenso que aún les faltaba mucho para eso.

CAPÍTULO 23. FIRMAS, CITAS Y ALGO MÁS

Los días siguientes sucedieron en un suspiro. El domingo salieron a dar un largo paseo por Central Park. Tras comprar perritos calientes para almorzar, caminaron hasta la valla de la laguna *Reservoir*, donde se encontraba la famosa pista de *running* utilizada como fondo en numerosas películas. No dudaron en tomarse decenas de fotos juntos, tal y como habían hecho en muchas de las citas de la apuesta.

Cass sujetó dos barrotes con sus manos enguantadas y miró hacia la oscuridad que el enorme embalse mostraba orgulloso. Alex se colocó justo detrás de ella y la abrazó, atrayéndola hacia su cuerpo y apoyando la cabeza en su hombro.

Aquel fue un momento mágico. Uno de muchos que compartieron hasta que la realidad irrumpió con fuerza el lunes y ella tuvo que regresar al trabajo. Alex, que siempre llevaba su portátil y el iPad allá donde fuera, pasó a recogerlos al hotel mientras aprovechaba para cambiarse de ropa. Regresó a media mañana y se instaló en el lado opuesto de la mesa de Cass. Uno frente al otro, mientras pasaban las horas cumpliendo un horario obligatorio para la editora y en el que él se sintió tan inspirado que acabó un par de capítulos del tirón.

El martes se despidió de ella muy temprano porque llegaban Ben Allen con Fred y Xena. Un mal presentimiento se instaló en su cabeza. Esperaba que la chica entendiera que entre ellos nunca habría nada y que debía olvidar cuanto antes el pequeño episodio que habían compartido si pretendía continuar trabajando con él. No iba a aguantar ninguna insinuación más por su parte ni tampoco estaba dispuesto a pasar los próximos días aguantando pullas o miradas para atraer su atención. Aquella noche fue un error. Un momento de despecho en el que trató de olvidarse de Cass, pero el destino metió la mano y le impidió hacer una estupidez.

Ahora se arrepentía de no haber pensado las cosas con más frialdad, pero se suponía que Cassandra no lo amaba, y él no se podía pasar el resto de su vida siendo un monje.

Un mensaje de Ben lo sacó de aquellos pensamientos. En cuanto vio a los tres juntos, se relajó. Todos parecían entender que eso solo era una reunión de trabajo y, tras saludarse de forma educada, se fueron a la cafetería para ultimar los detalles de la primera firma, que comenzaría en unas cinco horas.

A las ocho, el evento acabó. Alex estaba agotado. Necesitaba una ducha de agua bien caliente y una pastilla por el esfuerzo de sonreír tanto y firmar cientos de ejemplares.

De camino al hotel, llamó a Cass. Apenas habían hablado unos minutos antes de comenzar el evento y ya estaba deseando oír su voz, además de comentarle cómo había sido el evento.

—Hola, «señor escritor».

—Hola, «editora».

Ambos rieron con una mezcla de felicidad y cansancio.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó curiosa.

—De maravilla. Los organizadores no han reparado en gastos y hasta han ofrecido una bebida caliente y pastas a todos los que esperaban en la cola.

—¿En serio? ¡Qué detalle!

—Sí, y les ha salido redondo. Muchos de los que han venido a por el autógrafo han comprado otros libros y *merchandising* de todo tipo. La caja echaba humo.

—¡No sabes cuánto me alegro!

—Me han ofrecido que vuelva en Navidades, y creo que voy a aceptar.

—Haces muy bien. Cuanto más te conozcan, llegarás a más lectores.

—Exacto.

—¿Y tu mano? ¿Te duele mucho?

—Me molesta un poco, pero son gajes del oficio.

—¿Por dónde vas?

—Estoy llegando al hotel. Necesito una ducha de forma urgente.

—Alex, si lo prefieres, quédate allí y descansa. Mañana tienes la reunión con Caleb en la productora.

—¿No te importa? Estoy destrozado.

—¡Claro que no! Si quieres, me acerco a mediodía. Comemos con mi hermano y luego volvemos aquí. La siguiente firma es el viernes, ¿verdad?

—Sí. Pues te tomo la palabra. Han sido tres horas muy intensas y me duele un poco la cabeza.

—No se hable más. Descansa y mañana nos vemos. Te quiero.

—Y yo a ti. Gracias, Cass.

—Eso sí, pienso cobrarte la noche de hoy.

—Uf, si no hay más remedio…

Ella se echó a reír y él también acabó haciéndolo. En cuanto colgó, Alex miró por la ventanilla mientras sus labios aún sostenían una sonrisa de felicidad. Pagó la carrera y subió a su habitación. Pediría la cena y dormiría hasta el día siguiente. Pese a estar exhausto, no desearía que nada fuera distinto. Y esperaba que nada cambiara de ahí en adelante.

La reunión en la productora fue muy diferente a las anteriores. Caleb lo recibió con una complicidad y amabilidad inesperadas. Ben Allen estuvo a su lado todo el tiempo mientras les presentaban algunos de los actores y revisaron parte de los diálogos más importantes de la historia.

El escritor estaba impresionado y muy satisfecho con el trabajo impecable de los guionistas al haber tratado con extremo cuidado lo que él consideraba el corazón de la novela. Por supuesto, recibió una copia del guion completo y confirmó que a la semana siguiente lo habría leído. Si encontraba alguna discrepancia con su novela, lo solucionarían antes de empezar el rodaje.

A la una, Cassandra llegó a los estudios. Llamó a Caleb para que le dijera dónde estaba y poder encontrarse con ellos.

Tras despedirse de Allen, los tres volvieron al despacho de su gemelo.

—¿Dónde os apetece ir a comer? —preguntó el productor.

—La verdad es que me da igual —dijo ella.

—Y a mí.

El teléfono sonó y Caleb tuvo que responder.

—¿Qué te ha parecido el guion? —quiso saber Cass.

—Casi perfecto. Estoy muy contento, la verdad. Ahí tengo la copia. Me la voy a llevar y la leeré de arriba abajo. Pero si, más o menos, sigue la línea de lo que he visto hoy, creo que estará bien.

—Me alegro. ¿Has conocido a algún actor?

—Sí. Me han presentado a Timothée Chalamet, que ha sido muy simpático. Me parece genial que él interprete a Dereck.

—¿Y quién será Tina?

—Espera, que aún lo estoy asumiendo.

Alex levantó ambas manos, cerró los ojos e inspiró para darle emoción al asunto. Ella le golpeó de broma en el brazo y a él por poco no se le escapa una carcajada.

—Venga, ¡suéltalo ya! —insistió Cass.

—Maya Hawke.

—¿Sí? ¡Qué bien! ¿Sabes? Uma es un amor y Ethan es muy bromista. Casi siempre nos veíamos en las fiestas de los estudios o en la alfombra roja. Una vez fui a una fiesta de pijamas con ella, Sophie Turner, Elle Fanning…

—Lo estás diciendo en serio, ¿verdad?

—Mmm…, sí. ¿Por qué?

—Siempre olvido quién eres.

—Soy Cassandra, Alex. No lo olvides nunca —dijo, dándole un beso corto.

—Tortolitos, lo siento, pero necesito media hora. Me ha surgido una reunión urgente, de esas que, si no atiendes enseguida, crea el caos a su paso. Dudo que tarde más de quince o veinte minutos, pero no puedo posponerla. ¿Por qué no dais un paseo por los escenarios? Ya se los he enseñado a Alex, pero sé lo mucho que te gusta verlos —dijo mirando a su hermana.

—Claro, Cal —respondió emocionada por varias razones. Iba a ver parte de la novela de Alex, aunque, más que nada, porque su gemelo lo había recordado—. ¿Nos avisas cuándo acabes?

—Sí. Media hora, máximo tres cuartos.

—No sabes mentir —agregó ella riendo—. Eso sí, si tardas mucho, ¡morderé una manzana del atrezo!

Salieron del despacho riendo.

En cuanto pisaron la calle, Cassandra habló con un guarda, que los acercó en un pequeño coche eléctrico parecido a uno empleado para el golf.

Al entrar en la nave, la puerta metálica se cerró. Ella se dirigió al panel de las luces como si lo hubiera hecho en más de una ocasión. Subió el interruptor general y las distintas zonas de la casa de Tina y Derek aparecieron de la nada.

Alex observó los distintos ambientes sintiéndose muy orgulloso y, en parte, sobrepasado. Ya los había visto hacía un rato, pero eso no restaba valor a que decenas de personas se hubieran dedicado a recrear en tres dimensiones lo que él solo había visto en su mente.

—Cuando era adolescente, me colaba cada dos por tres para ver los escenarios. Es algo que me fascina.

—Yo los estoy viendo y me cuesta asumir el grado de exactitud de cada habitación.

—Las buenas adaptaciones siempre intentan plasmar lo que ve y siente el autor —comentó ella.

—No son solo cuatro paredes, han creado un hogar para cada uno. De verdad que estoy impresionado.

Avanzaron por los sets. Mientras iban tocando parte del decorado, comenzaron a bromear con la cantidad de escenas eróticas que habían compartido sus personajes en el pequeño salón, la cocina, el baño… Cass lo besó con la convicción de que los espectadores adorarían la historia y la película se iba a convertir en la comedia romántica de éxito a finales del año siguiente. Al llegar al dormitorio, no supo bien por qué se lanzó a los labios de Alex. Puede que fuese que llevaba sin verlo desde el día anterior, o tal vez lo que habían comentado la hubiera excitado mucho más de lo que pensaba. Por un motivo o por otro, el calor que desprendía la encendió tanto como para dejarse llevar. Sabían que apenas tenían unos minutos, pero eso no disminuyó la

necesidad con la que se deseaban el uno al otro.

Alex la empujó con suavidad hasta colocar su espalda en la pared. Sin perder tiempo, ella le desabrochó los pantalones y se subió el vestido lo suficiente como para que el escritor retirara hacia un lado su ropa interior y se perdiera en su cuerpo.

—No hagas ruido —susurró ella, ahogando un gemido.

—No deberías haberme provocado —se defendió él, devorándole los labios para después lamer su lóbulo mientras se movía con rapidez.

Tras unos pocos minutos frenéticos, cargados de erotismo puro y de tener la adrenalina al máximo por si los cogían in fraganti, Cass se convulsionó y Alex la siguió casi al instante porque estaba a punto de explotar en todos los sentidos.

A ambos les pareció oír un pequeño clic, así que se separaron para vestirse. Ella agradeció que no todo fuera atrezo y pudo utilizar el baño porque estaba operativo.

Al salir, el escritor la estaba esperando con una enorme sonrisa. Justo en ese momento, recibió un mensaje de Bill. Confesarle a Alex que lo amaba había dejado en segundo plano al resto, y Morris ocupaba el primer lugar en esa lista. Acto seguido, la llamó. Ella colgó sin pensarlo, pero él insistió de nuevo.

—Es Bill, he de cogerlo.

—De acuerdo.

—Hola…

—No digas ni una palabra —la interrumpió con una voz que denotaba lo enfadado que estaba— y mira lo que acabo de enviarte.

Cassandra se dio la vuelta para abrir WhatsApp. Lo que vio hizo que tomara una fuerte inspiración por la boca.

—¿Cómo…?

—¡Que no hables, puta! Ahora mismo dile a ese cabrón que no vas a verlo nunca más. Te casarás conmigo en Navidad y se acabó eso de mirarme como si fuera un mierda cuando tú acabas de ponerme los cuernos ¡igual que yo hice!

—Bill…

—Como digas algo más, ¡te juro que mando el vídeo de tu madre y el tuyo de haber estado follando ahora mismo con el escritor! Sí, sorpresa, sorpresa: un detective privado te ha estado siguiendo desde que volviste. ¿Es que creías que iba a confiar en que mantendrías tu palabra? Ni hablar. Eres una Wallace. Vosotros pocas veces cumplís lo que prometéis y destruís vidas sin mirar atrás.

Cass no entendió a qué se refería con esas palabras. ¿Qué vida había destruido su familia…? Pero él continuó sin darle tiempo a pensar.

—Ahora estamos al mismo nivel. Sé todo lo que has hecho. Lo tengo bien documentado y a todo color. ¿Y tú tuviste la cara de criticarme? Desde que fue a verte el jueves, ¡no salió de tu casa hasta el viernes! Y no hace ni cinco minutos, ¡te lo has tirado en un decorado cochambroso donde cualquiera os podría haber pillado! Yo al menos tuve la decencia de hacerlo en privado. Desde luego, te has puesto a la altura de tu «honorable» madre. Pero no te confundas, «cariño», no pienso dejarte escapar. No, Cassie, tu castigo será casarte conmigo…

Alex se acercó.

—¿Qué pasa, Cassandra?

Ella negó y se separó unos pasos.

—No me puedo creer que te hayas bajado las bragas con ese gilipollas. Al menos Peyton tenía algo de clase. Está claro que tú no, pero ya no importa. Si no quieres que todas sus lectoras

fieles sepan que su escritor favorito es un maldito putero que se acuesta con las novias de los demás, será mejor que hagas lo que te digo. Y, ahora, que te quede bien claro que ya no tienes ningún poder sobre mí, de modo que ve acostumbrando tus rodillas al suelo porque te vas a pasar los próximos años donde mereces. Y olvida nuestro acuerdo. Te liberaré de esto cuando me dé la gana. Ah, y nada de contratos prematrimoniales. Lo tuyo es mío y lo vas a poner por escrito si no quieres que las redes se ceben con tu familia hasta el fin de los tiempos. Tienes cinco minutos para mandarlo a la mierda, pero ni se te ocurra decirle el motivo. Recuerda, tengo ojos y oídos por todas partes, así que no intentes mentirme porque le doy al puto botón de enviar. ¿Te ha quedado claro? —vociferó.

—Muy claro.

Morris colgó y Cassandra cerró los ojos un instante. Esta vez no tenía escapatoria y lo aceptó, sintiéndose destrozada. Pero ahora no era el momento de lamentarse, tampoco tenía tiempo. Alguien los estaba observando desde algún sitio y no podía hacer otra cosa, pese a que iba a perder al hombre de su vida en el proceso de querer mantenerlo a salvo.

Alex se acercó a ella muy preocupado.

—¿Qué ocurre?

—Hemos terminado, Alex.

—¿Cómo dices?

—Nada ha cambiado. Voy a casarme con Bill en Navidad. Esto ha sido bonito mientras ha durado, pero la burbuja acaba de explotar y he de cumplir con mi obligación.

—¿Obligación? ¿Qué obligación? ¿Dime qué te ha dicho ese hijo de puta?

—Lo suficiente para no dejarme cambiar de opinión.

—Cass… —dijo, tratando de tocarle el brazo.

—¡No, Alex! —Ella se deshizo de su mano y elevó las suyas para que no volviera a acercarse.

—He de irme —agregó, tratando de utilizar un tono frío. No lo consiguió—. Discúlpame con Caleb. Lo nuestro… se ha acabado.

Cassandra trató de dar un paso, pero el escritor se lo impidió sujetándola de los dos brazos.

—¿Qué es? ¿Qué tiene contra ti? —le exigió saber, mirándola a los ojos con voz suplicante.

—No puedo hablar de ello.

—Sí puedes. ¡Claro que puedes! ¿Es que no confías en mí?

—Te quiero, Alex. Nunca lo dudes.

—Me hiciste dos promesas. ¡Dos! ¿Las recuerdas?

—Claro que sí, pero ya no puedo darme el lujo de poder cumplir ninguna de ellas —dijo con la sensación de que alguien le había arrancado el corazón. Se apartó de él y caminó hacia la puerta metálica por la que habían accedido.

La escena golpeó con fuerza a Alex. De algún modo, había soñado con ese momento. De hecho, esa era una de las pesadillas recurrentes que no habían dejado de torturarle sin descanso. La chica le decía que lo amaba, pero que debía cumplir con su deber. Después, salía sin mirar atrás y la puerta se cerraba con un gran estruendo.

La editora sujetó con fuerza el pomo y tiró para dejar solo a un hombre que le decía desesperado que no se marchara.

Cuando la puerta se cerró, Alex se quedó paralizado. Todo su cuerpo le gritaba que corriera tras ella. Que la obligara a decir la verdad, pero sus piernas no le obedecieron. Durante

todo un minuto, se quedó allí mirando hacia la puerta, hasta que por fin reaccionó y pudo moverse.

Nada más salir, una fuerte sensación de angustia lo inundó. De la nada, una marea incesante de trabajadores estaba trasladando parte de otro decorado a un almacén a unos cientos de metros de donde se encontraba. Miró hacia todos lados, intentando localizarla, cuando un pequeño vehículo pasó delante con mobiliario diverso, impidiéndole ver cómo ella giraba al final de uno de los edificios.

Sin pensarlo, marcó su teléfono. Nada. No contestaba. Estaba seguro de que Bill la había vuelto a amenazar con una sarta de ignominias que estarían todas dirigidas a su madre. Entendía la posición de Cass, ya le había ofrecido su apoyo. Pero lo que lo estaba volviendo loco era aceptar que ella no hubiese querido confiar en él. Se preguntó si habría algo más. Y tenía que haberlo, de lo contrario, Cassandra jamás hubiera salido huyendo de ese modo.

Volvió a llamarla. Nada aún.

Mientras se dirigía al despacho de Caleb, lo intentó una y otra vez. De pronto, se dio cuenta de algo que lo atravesó como si un rayo lo hubiera alcanzado. Ella no había querido confiar en él. Y si no había querido confiar después de haberle prometido que se casarían y que se contarían cualquier problema que tuvieran para poder afrontarlo juntos, eso solo tenía una explicación posible: nada de lo que habían compartido era real. Pero Cass no era de esa manera. No podía creer que hubiera jugado con él si le había dicho antes de irse que lo quería y que nunca lo dudase.

Continuó caminando y, antes de entrar en las oficinas, otra idea se hizo fuerte y acabó por desestabilizarlo. Si ella lo había relegado al temido segundo plano, eso solo podía significar que la confianza en la que había puesto su alma solo fue recíproca hasta que se había visto amenazada por Bill. Después, no había tenido ninguna duda en salir corriendo sin decirle qué sucedía. Él estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para ayudarla, pero Cass seguía ocultándole lo que estaba ocurriendo. En realidad, se había echado atrás a la primera de cambio y había faltado a su palabra dos veces. No hacía falta que siguiera buscando otra respuesta, con esa tenía más que suficiente. Aquello le abrió los ojos y le despejó toda duda: por mucho que lo intentara, ella jamás confiaría en él. Al darse cuenta, sintió como si alguien le hubiera echado por encima un jarro de agua fría. Sí, ella lo amaba, pero no lo suficiente como para anteponer su promesa a una nueva amenaza. Una que había sido incapaz de compartir.

Alex maldijo porque, después de tanto esfuerzo, de sincerarse y de jurarse amor eterno, volvía a estar como una semana atrás: solo.

Subió al despacho y la secretaria de Caleb le dijo que podía pasar. Ante todo, ese era su trabajo y su futuro. Pese a que le doliera como si mil escorpiones le hubiesen perforado cada centímetro de la piel, Cassandra ya había elegido. Él, atravesando el umbral de la puerta, fue consciente de que acababa de tomar una decisión.

Aunque le doliera lo indecible, y sabía que iba a ser de ese modo, iba a olvidarla. Y jamás volvería con ella.



En cuanto había cerrado la puerta tras de sí, Cass se alegró de que hubiera tanto movimiento. Se temía que Alex la siguiera, y entonces sí que le sería imposible seguir adelante.

Miró hacia un lado y al otro. No conocía a los trabajadores del estudio. De hecho, cualquiera de ellos podía ser un maldito detective privado contratado por Bill. Desde luego, esos eran mucho más eficientes que con los que se había puesto en contacto su hermano. Ellos aún no habían encontrado ningún trapo sucio del editor, excepto la conocida por todos infidelidad con su dama de honor. Se entremezcló con la gente, que porteaba todo tipo de enseres. Sin duda, uno de los rodajes habría acabado o lo cambiaban de sitio. Aligeró el paso para llegar al final de la calle y enfiló la siguiente esquina convencida de que Alex no la había visto. Se cruzó con el mismo chico que los había acercado y le pidió que la llevara a la salida lo antes posible. Debía coger un taxi para alejarse de él y de Caleb. Si alguno de los dos la interceptaba, podrían con ella los nervios. Y necesitaba estar entera para afrontar la siguiente conversación.

En cuanto llegó a la entrada, saltó del vehículo y le dio las gracias al muchacho mientras silbaba con fuerza, parando un taxi en menos de treinta segundos. Le facilitó la dirección y rezó para que no tardase mucho en llegar a su apartamento. Quería estar sola para hablar con Bill, pero el demonio no le concedió su deseo. El móvil comenzó a sonar con una cadencia irritante.

Cass inspiró y apretó un instante la mandíbula antes de contestar.

—¡Muy bien, Cassie! —ironizó con voz cantarina—. Solo cinco minutos y medio para despacharlo. No está nada mal.

Oír su voz removió el fuego que se había estado formando en su interior. Esa era la vida que le esperaba si no le hacía frente. En realidad, ¿tan malo era que todo el mundo supiera que había echado un polvo?

De pronto, la respuesta la sorprendió y le insufló las fuerzas que creía haber perdido.

—Cierra la boca, Bill. Me das tanto asco que no quiero volver a escucharte nunca más. Por desgracia, eres un cabrón con suerte que tiene algo que quiero.

—¿Es que antes no te lo he dejado claro? ¡Vas a ser mi esclava!

Cass colgó. Sabía que aquello lo desquiciaría, pero no había destrozado por segunda vez el corazón del hombre al que amaba para acabar siendo un monigote, y menos aún de él.

Bill volvió a llamar. Ella se mordió el labio inferior. Terminó frunciéndolos, mientras pensaba qué decirle. Estaba segura de que, lo que se le acababa de ocurrir, terminaría por hacer que el editor pusiera el grito en el cielo.

—¡No se te ocurra volver a colgarme o comparto los vídeos! —vociferó al otro lado.

—Muy bien. Tú ganas. Hazlo —dijo ella en un tono frío, pero, por dentro, su corazón bombeaba como un martillo neumático.

—¿Acaso crees que no tengo huevos para hacerlo?

—«Nop». Si lo haces, tú pierdes más que yo. Y lo sabes.

—¿De qué cojones estás hablando, zorra? Eres tú la que…

Cassandra volvió a colgar. No estaba dispuesta a soportar ni un solo insulto más. Si Bill quería jugar, iba a tener que ceñirse a las piezas del tablero que estaba dispuesta a darle. Todo podía saltar por los aires, claro, pero, si quería recuperar a Alex, la única forma era acabar con todo aquello de una vez por todas.

De nuevo, él llamó.

—A la siguiente…

—Deja de amenazarme y manda los vídeos, Bill. ¡Hazlo! —Silencio—. ¿No? Bien, creo que ahora nos entendemos.

—Vaya, Cassie. Esta faceta tuya de arpía conspiradora no la conocía.

—Supongo que te la debo a ti, despreciable putero. Sí, tú sí que lo eres, y como vuelvas a decir una sola palabra sobre Alex, juro que seré yo misma la que publique las fotos de mi madre

para que pierdas la exclusiva. ¿Queda claro?

El taxista miró hacia atrás un instante. Ella vocalizó un «Lo siento». El hombre negó con la cabeza y continuó conduciendo. Ya quedaba poco para llegar a su dirección.

—¿Y qué propones, Cassie? —dijo una vez más para amedrentarla, algo que logró.

—Vuelve a llamarme así y te bloqueo.

—Dime qué cojones propones.

—Primero, me darás todas las copias de lo que tengas.

—¿Estás loca?

—No, claro que no. Si quieres que sigamos con esto, será como te digo. Pondremos una fecha para la boda, pero una semana antes compartiremos un triste comunicado en el que ambos reconoceremos habernos dado cuenta de que tenemos diferencias irreconciliables. Yo daré varias exclusivas diciendo lo maravilloso que eres, pero que me he dado cuenta de que aún soy muy joven para aceptar el compromiso. Tú harás exactamente lo mismo y quedaremos como amigos para siempre. Nadie hablará más del tema y así recuperarás «tu honor» —soltó con retintín.

—¿Por qué crees que voy a aceptar eso? Soy yo el que tiene las fotos y los vídeos. Estás aguantando la respiración, Cassie. Jugar al póker nunca se te ha dado bien, y, aunque no te veo la cara, sé que estás muerta de miedo.

—Publícalo entonces. Pero las tornas acaban de cambiar porque el que ya no tiene poder sobre mí eres tú. Estas son mis condiciones, maldito hijo de puta. O las aceptas o se acabó. Y que te quede clara una cosa: jamás volverás a amenazarme. El que se va a poner de rodillas eres tú y me va a importar una mierda si te acostumbras o no.

El taxista paró. Ella pagó la carrera y le dio una propina de veinte dólares al hombre, que asintió como agradecimiento.

—No eres la mujer que recuerdo.

—Es el mejor cumplido que podías hacerme. Dame cinco minutos, voy a coger el ascensor.

Cass colgó y saludó con un gesto de cabeza al portero. Pulsó el botón de su apartamento mientras le temblaba todo el cuerpo. Nada más llegar a su puerta, el móvil comenzó a vibrar con avisos de llamadas perdidas. Cerró los ojos un instante para aceptar lo que le quedaba aún por afrontar. Cogió un botellín de agua y bebió un largo sorbo. Se quitó el abrigo y lo dejó en la silla de la cocina. Volvió al salón y se dirigió a las cristaleras. Apenas eran las tres de la tarde, pero el cielo se había oscurecido de repente, como para darle fuerzas para descargar en su «prometido» toda su ira y frustración.

Marcó y se preparó para el último asalto.

—¿Qué has decidido? —preguntó ella muy seria.

—Acepto.

—Mañana, a primera hora, quiero todo lo que tengas. Envíalo con un mensajero. Ni se te ocurra venir a traérmelo, si no, romperé el trato.

—No sé por qué permito que me hables así.

—Porque la única neurona que te queda te ha hecho ver que es esta opción o seguir como estás.

—Al final has resultado más cruel y despiadada de lo que siempre has querido aparentar. Quizás sí que sepas mentir después de todo.

—Te equivocas, soy una pésima actriz. Por eso no vuelvas a tocarme. Ni un solo beso, o no seguiré adelante.

—¿Y cómo pretendes que crean que lo nuestro es real?

—Me importa un comino. Ya tienen el beso que me obligaste a darte. Que se contenten con eso y con los anuncios de los periódicos.

—No servirá.

—La gente creerá el cuento de hadas porque siempre busca un final feliz, aunque se les esté mintiendo a la cara.

—Mañana tendrás los documentos, pero, si no sigues adelante, seré yo mismo quien le diga a tu madre que no te importaba exponerla a todo el mundo con tal de no casarte conmigo, cuando sabe de sobra que «te amo» por encima de todo.

—Un chantajista tratando de hacerse pasar por víctima. ¿Ves? Tú sí que sabes mentir. Hasta servirías para cómico.

—Acabemos con esto.

—Exacto.

Cass colgó y fue hacia el sofá donde había compartido su cuerpo y su alma con Alex. Dejó el móvil en la mesa y hundió la cara entre las manos mientras sollozaba por lo que, una vez más, se había visto obligada a hacer.

Había olvidado exigirle a Bill que retirara de inmediato el detective, pero ya se lo diría la próxima vez que hablaran. En ese momento, solo quería sumergirse en su pena porque algo le decía que Alex no la perdonaría facilmente. Le había dado su palabra de que contaría con él para afrontar cualquier cosa que surgiera y, con el primer problema con el que se había dado de bruces, había incumplido su promesa. Pero ¿qué otra opción tenía?

Los estaban vigilando, y no iba a arriesgar la carrera de Alex sin pararse a pensar un momento. Esta vez lo había hecho por él y también por ella misma. El mensaje de Morris era un vídeo de ellos dos en los decorados mientras lo hacían. No entendía cómo los habían podido grabar sin darse cuenta, aunque la situación tampoco propiciaba que estuvieran atentos a nada más que a sentir el placer que le estaba proporcionando el otro.

El móvil volvió a sonar. Esta vez era Caleb. Debía afrontar esa conversación, pero se veía incapaz de contestarle. Puso el modo silencio y cogió el mando a distancia. Eligió el vídeo de la chimenea que había visto con Alex la primera noche que pasaron juntos y cerró las cortinas para aislarse del mundo.

Mientras se perdía observando las llamas se preguntó si en algún momento su vida sería la que había soñado.

Nadie podía responder a eso, ni siquiera ella misma. Darse cuenta la hundió aún más. Así que cerró los ojos con la esperanza de que aquello terminaría tarde o temprano.

A lo que no dejaba de darle vueltas era cómo conseguiría recuperar a Alex. O, peor aún, si llegaría a recuperarlo algún día.

CAPÍTULO 24. NO DIGAS NADA

Caleb se levantó dispuesto a ir a almorzar con la pareja, pero se sorprendió al ver entrar solo a Alex en su despacho.

El escritor mostraba una expresión seria y profesional, nada que ver con la distendida que había compartido una hora antes con ambos.

—¿Y Cassou?

—Con Bill.

—¿Cómo? —dijo, entrecerrando los ojos.

—Morris ha encontrado una nueva forma de extorsionarla y ella ha elegido. Ahora debo irme. Gracias por todo. El resto de las reuniones las haré desde Los Ángeles. No quiero volver a pisar Nueva York por un tiempo.

Alex le ofreció la mano, pero Caleb no se la dio porque no estaba dispuesto a que se marchara sin saber qué demonios había sucedido.

—Pero ¿qué le ha hecho esta vez ese malnacido a mi hermana?

—No lo sé. Ella ha decidido romper conmigo y salir corriendo —agregó dolido.

—¿Has dejado que se marche sin más? —le recriminó el productor.

—¿Y qué pretendías que hiciera? Es una mujer adulta que toma sus propias decisiones. Entre ellas, no confiar en mí.

—¿La has llamado?

—Media docena de veces antes de verte, aunque ha preferido ignorarme.

—¡No me lo puedo creer! ¿Es que ese hijo de puta no nos puede dejar en paz?

—Se ve que no. Me voy.

—¿Por qué? ¿Es que no quieres luchar por Cass?

—Si existiera el menor resquicio que me permitiera hacerla cambiar de opinión, te juro que iría ahora mismo a por ella.

—¡Seguro que lo hay! —insistió el productor.

—Se ve que no conoces a tu hermana.

—Alex…

—No hay nada más que decir. La primera vez no podía contármelo y lo entendí. Esta vez, por muchas razones… debería haber confiado en mí. Pero no, ha preferido afrontarlo sola. Es su decisión y la respeto. Ahora, compréndeme, Caleb, no puedo vivir una vida en la que tu hermana anteponga a todos sin contar conmigo porque ¿eso dónde me deja?

—Joder, Cass… —exclamó el productor, bajando la mirada y negando sin parar.

—No digo que ella no os cuide o que no os proteja, pero si no tengo ni voz ni voto en su vida, ¿en qué me convierte eso?

—Deja que hable con mi hermana, a ver si puedo aclarar…

—Ese ya no es mi problema —lo cortó con un tono frío de voz—. Gracias por todo. —Esta vez, Caleb sí le dio la mano—. Tienes mi teléfono para cualquier consulta que tengas sobre nuestro contrato.

Con esas palabras, el escritor dejaba claro que no quería saber nada más sobre Cassandra ni tampoco de su forma de dejarlo a un lado cuando le viniera en gana. Aquello le había hecho ver que, por mucho que lo intentara, jamás tendría ese tipo de felicidad.

Ya estaba harto de mendigar amor. Tenía la esperanza de que la editora fuera diferente,

pero el tiempo le había dado una vez más la razón. El momento efímero que había compartido con ella se había esfumado dejando solo desolación y tristeza. Y no pensaba pasar por ello de nuevo.

—No entiendo a mi hermana, Alex.

—Ya somos dos.

—Espero que vayan bien las firmas.

—Gracias.

El escritor salió del despacho y se dirigió a la primera parada de taxis que encontró. Quería dejar a los Wallace atrás, algo que, por desgracia, le iba a ser imposible mientras filmaban las cinco películas.

De camino al hotel, recibió una llamada de Ben. El éxito de la primera librería había sido tal que querían proponerle algo más jugoso: tener una línea completa de *merchandising* de cada uno de los libros. Para ello tendrían que reunirse con Samuel y tal vez Lucille.

De pronto, decidió sentirse mejor. Necesitaba centrarse en el trabajo y dejar atrás cuanto había ocurrido. Ni siquiera se permitió pensar en que no volvería a creer en el amor. Lo tenía tan asumido que no quiso perder ni un solo instante en compartir consigo mismo algo que había decidido nada más salir de la productora.

El viejo Alex acababa de hacer acto de presencia y bloquearía cualquier tipo de sentimiento o dolor porque ya no le interesaban. Aceptar que esa era la vida que le había tocado representar le proporcionó una falsa sensación de paz. Se aferró a ella porque era eso o despedazar al causante de su desdicha, y no estaba dispuesto a poner un solo pie en prisión por alguien que no merecía ni el esfuerzo de su desprecio.



Cass parpadeó varias veces. Se había quedado dormida sin ni siquiera saber cómo. Se incorporó y cruzó las piernas en el sofá. Decidida a solucionar la situación, cogió el móvil.

Dieciocho llamadas perdidas. Alex, Caleb, Sam.

Miró las horas. Él no había vuelto a intentarlo después de que dejó el estudio. Cerró los ojos y asumió que había cometido un error. Debería haberle gritado a Bill que hiciera lo que le diera la gana. Debería…

Inspiró para acostumbrarse al silencio. A la ventaja de estar sola frente a pasar la vida con una rodilla hincada en el suelo.

Había perdido a Alex, pero nada ni nadie le impediría que intentara lo imposible. Aparte de conseguir las pruebas, no tenía ningún otro plan. Después de eso, ya volvería a pensar.

Por el momento, se conformó con responderle a Caleb, que no era poca cosa.

—Cassandra, ¡por fin!

—Hola, Caleb.

—¿Qué demonios ha pasado?

Ella le contó sin filtros lo sucedido en el plató y todo lo demás. Cass parecía haber crecido de golpe para él. La mujer que hablaba con franqueza sobre sus actos y sus decisiones era una versión mejorada de la que había ido a Los Ángeles. Sin duda, Bill sacaba, a partes iguales, lo mejor y peor de su gemela.

—Pero ¿cómo se os ocurre? —se quejó Caleb.

—Como si tú no lo hubieras hecho en todos estos años con tus muchas parejas.

Silencio.

—Bueno —dijo al fin el productor—, ¿y de verdad crees que va a darte los originales?

—Por la cuenta que le trae, espero que sí.

—¿Has hablado con Alex?

—Aún no. Hasta que no compruebe el material, no.

—¿Por qué? Estaba destrozado. No te puedes ni imaginar la cara que tenía.

—Ah, ¿no? ¿Quién crees que lo ha rechazado dos veces? Esto parece el título de una mala canción.

—¿Y no has llamado a papá o a mamá?

—No, y no digas nada. A ninguno de los dos. A nadie.

—Pues se lo he comentado a Sam. No conseguía hablar contigo y he pensado que con ella sí que podrías abrirte.

—¿Más aún? Cal, te lo he contado todo.

—Pues va a alucinar cuando le digas el resto. Una duda: ¿por qué no quieres decírselo aún a nuestros padres?

—Porque he ganado y es mi regalo de Navidad para papá.

—No te entiendo, Cassou. Entonces, ¿quieres o no a Alex?

—Más que nada. Me he vuelto a sacrificar por él, pero no debe saberlo porque tratará de solucionar las cosas a su manera…

—Eso no es lo que me ha dicho —la interrumpió.

—Claro, porque no sabe que Bill ha estado siguiéndonos, haciendo fotos y nos ha grabado en vídeo. Sacarlo a la luz fracturaría su imagen pública. Dudo mucho que eso no acabara por arruinar su carrera. Lo quiero más que eso, Cal. Por eso prefiero que pase por este calvario hasta que pueda solucionarlo. Después volaré a Los Ángeles y trataré de explicarle por qué tomé esta decisión.

—Si te soy sincero, Cass, no sé si querrá escucharte —dijo con preocupación.

—Al menos he de intentarlo. Él lo hizo por mí.

—Tienes mi apoyo incondicional. Si necesitas mi ayuda, hasta yo volaré allí para hacerlo entrar en razón.

—¿Quién iba a decirnos que la vida sería tan complicada?

—Nadie, te lo aseguro.

Tras despedirse de su hermano, Cass se dirigió a la ducha. Aún sentía los efectos de su encuentro con Alex y necesitaba que el agua se llevara ese vacío que tenía instalado en el corazón.

Bajo la cascada, apoyó los brazos en la pared y comenzó a darle vueltas a por qué no había podido pensar más deprisa. Si había acabado por amenazar a Bill con publicar las fotos, ¿por qué demonios no se le había ocurrido decirlo delante de él?

Estaba harta de mentiras. De tener que sacrificarse por un bien mayor. De sentir el inconmensurable dolor por perder de nuevo a Alex. Esa situación se había convertido en un tormento. Uno que compartían el hombre al que amaba y ella. Pero no iba a dar marcha atrás. Había hecho un nuevo trato e iba a cumplirlo para lograr que su ex la dejara en paz. Aquella farsa no sobrepasaría el día de Navidad. Después, sería libre. Por lo menos esa era su intención, y estaba convencida de que iba a conseguirlo.

A la mañana siguiente, a las diez en punto, un mensajero le llevaba un pequeño sobre. En cuanto cerró la puerta, tiró de la pestaña con rabia y de su interior aparecieron dos *pendrives* y

una nota.

«Ya tienes los originales. Las únicas copias que existen son las que le entregué a Caleb. Cumple tu promesa y esto acabará.

Bill».

Cass volvió a su despacho. Llevaba despierta desde las cinco y se había volcado en el manuscrito que estaba corrigiendo. El día anterior apenas había trabajado unas pocas horas y no estaba dispuesta a perder su empleo también.

Pasó el antivirus a la primera memoria USB. Hacía tanto que no las utilizaba que estaba un poco oxidada. Abrió las distintas carpetas y ahí estaban las fotos y varios vídeos. Todo ordenado por fechas.

Inspiró hondo y revisó cada uno de ellos. Apenas visualizó unos segundos, pero fueron los suficientes como para que las lágrimas llenaran sus ojos al ver a su madre.

Cambió de memoria y esa estaba organizada de forma similar, pero las fotos eran todas suyas con Alex. En Central Park, comiendo, paseando, riendo… Cientos de fotos de los días que habían pasado juntos.

En la última carpeta estaba el vídeo. Pulsó dos veces y era el mismo que Bill le había mandado de ellos haciendo el amor en el plató.

Cogió los dos *pendrives* y los guardó en la caja de seguridad que tenía en el despacho. Después volvió a su mesa e hizo una llamada.

—Cassandra —dijo Bill alargando su nombre.

—Trato hecho. Hoy llegan mis padres. Mañana hablaré con ellos para que pongan un anuncio en todos los medios. La boda será en Navidad, «*ho, ho, ho*» —se burló—, pero, «oh, qué pena», el dieciocho de diciembre nos disculparemos con todos porque el amor ya no está en el aire.

—¡Eso nos da menos de un mes!

—Los ricos y sus excentricidades. Lo tomas o lo dejas —escupió ella sin titubear.

—Lo tomo.

—Después de esto, no quiero volver a oír nunca tu voz.

—Hecho, pero la semana que viene celebraremos Acción de Gracias en casa. ¡Y en eso no voy a ceder! Necesitamos más fotos juntos, al menos que sean con la familia para que esto me sirva de algo.

—No has perdido, Bill —añadió ella, sorprendiéndolo.

—Ah, ¿no?

—Qué va. Recuperarás tu imagen pública y te librarás de una boda.

—Yo sí te quería, Cassie.

—No podías haberlo dicho de mejor forma.

El editor se dio cuenta de que ella tenía razón. En el proceso de la venganza había perdido cualquier tipo de sentimiento hacia ella que no estuviera relacionado con recuperar su fama. El resto, se había esfumado.

—¿Organizas el cáterin?

—Creo que tu secretaria se va a divertir más que yo. Al menos ya no tengo que acordar con ella qué vas a regalarme por mi cumpleaños.

—¿Cómo sabías…?

—Hasta el próximo jueves, Bill.

Cassandra no le dio la oportunidad de despedirse. Apoyó las palmas en la mesa y se dio

cuenta de que no temblaba. El pulso sí lo tenía algo acelerado, pero nada que pudiera compararse con el del día anterior. El miedo ya no hacía mella en su cuerpo. Aquello la entristeció y también la impulsó a levantarse, pero no se detuvo a pensar qué significaba eso. Se puso el abrigo y salió a la terraza. Cerró los ojos para disfrutar de los pocos rayos de sol que incidían con timidez. Un viento gélido eliminó la posibilidad de calentarse, pero no notaba el frío. La rabia era suficiente combustible para hacerla sentir como si estuviera a punto de entrar en ebullición.

«Alex», repitió para sí como un mantra. Se preguntó qué estaría haciendo y con quién habría compartido su dolor.

Caleb le había dicho que estaba destrozado. «¿Y quién no?», se preguntó de forma retórica. Negó un par de veces y decidió volver al despacho. Aún le quedaba bastante por leer, aunque dudaba mucho que terminara enamorándose de los personajes.

Una hora después, cansada de no conectar con la historia, decidió llamar a April.

—¡Hola, Cass!

—April…

—¿Qué ocurre?

—Prométeme que no se lo contarás a nadie.

—Sabes que puedes confiar en mí.

Cass se detuvo un instante para sopesar si era buena idea volverse a abrir a su amiga. Con los suyos no se veía capaz porque sabía que tratarían de persuadirla para hacerle cambiar de opinión. Y, a esas alturas, ya tenía toda la carne en el asador y no cabía el arrepentimiento. Así que inspiró para coger fuerzas y decidió confiar en la agente. Ella podría darle otra perspectiva de lo sucedido, aunque, en realidad, lo que buscaba la editora es que se pusiera de su parte.

—He cometido un error, pero ya no hay marcha atrás.

—¿Qué ha pasado?

—Ni yo misma me creo lo que he hecho…



Alex entró en Starbucks a por un *cappuccino* doble. Salió al frío y soportó con estoicidad el viento helado.

Se había levantado con un dolor de cabeza terrible y, pese que a que ya hacía un par de horas que se había tomado una pastilla, la punzada en la sien no cedía. La razón: Cass.

La tarde anterior, se había decidido a llamar a Isaiah para contarle lo sucedido. Su amigo no daba crédito a lo ocurrido, pero poco le podía aconsejar. April, que se encontraba a su lado, se regañó mentalmente por no haber tenido ni un minuto para hablar con la editora en la última semana. No había parado de trabajar y, cuando disponía de un momento libre, su madre o cualquiera de sus dos hermanas le buscaban la forma de llenarlo con alguna petición a la que no se podía negar.

Quedó con Alex en que la llamaría y después le contaría todo lo que pudiera. Él se lo agradeció, pero le rogó que no se metiera en medio. Si quería hablar con ella, era libre de hacerlo, aunque a él había dejado de interesarle lo que tuviera que decir. Por supuesto que la mejicana discutió con el escritor, pero Alex no quiso ceder porque ya estaba al límite de sus fuerzas.

Tras dar un sorbo a su café, se dedicó a mirar escaparates. Acabó paseando por una calle

llena de librerías de todo tipo en las que adquirió un par de primeras ediciones a un precio razonable. De pronto, recordó la pluma que le había comprado a Cass. Se sorprendió de no arrepentirse de haberle hecho un regalo de tal magnitud. Pensó que la chica que le había dicho cuánto la deseaba seguía viviendo en ella, solo que había quedado sepultada por el deber y el amor hacia su familia. Lo que iba a hacer era digno de admiración, además de loable, pero parecía que poco importaba que a él lo hubiera aplastado como una simple hormiga sin tener en cuenta sus sentimientos.

Alex tenía una terrible lucha interna. Por un lado, se veía incapaz de confiar de nuevo en Cass. Por el otro, aún tenía la esperanza de que lo llamara para decirle por qué había tomado esa decisión. Una sola llamada y volvería a confiar en ella. Pero casi habían pasado veinticuatro horas, así que algo le decía que eso no iba a suceder. Se había enamorado de una chica valiente, de eso no había duda porque anteponía una amenaza a sus sentimientos y deseos, pero lo mantenía lejos de sus problemas.

El escritor se frotó la frente y decidió sentarse en un banco vacío en mitad de Central Park. Pese a hacer un frío de mil demonios y ser jueves, el parque estaba a rebosar.

Su móvil vibró y el corazón le dio un vuelco. Dejó escapar un suspiro, era Alice. Los siguientes minutos se los pasó explicándole en bucle lo que había sucedido. Su hermana no entendía nada, y él no iba a revelarle mucho más cuando tampoco lo sabía. Solo podía hacer suposiciones, puesto que Cassandra no se había molestado en decirle una sola palabra.

—Bueno, Alex. Espera, ¿no? Ella te ha dicho que te quiere. Eso tiene que significar algo. Y después de lo que me has contado, estoy segura de que ese malnacido ha encontrado la forma de manipularla de nuevo. Ya sabes cómo es la gente poderosa.

—Alice, es el hijo de un editor. Él mismo es editor. ¿Poderoso?

—¿Tiene más dinero que tú?

—¡Y yo qué sé! —se quejó Alex.

—Bueno —resopló—, yo tampoco sé qué decirte.

—Es que no hay nada que decir.

—¿Por qué no ha confiado en ti? Se lo pediste y ella lo prometió.

—Y aceptó casarse conmigo, no lo olvides —añadió con retintín, bastante molesto.

—Desearía estar allí para darte un abrazo, «Peque».

Alex apretó la mandíbula para tragar el dolor que encerraban las palabras de su hermana.

—Te aseguro que hoy no te diría que no.

—¿Se lo has contado a Isaiah?

—Sí.

—¿Y a Maverick?

—Pensaba llamarlo luego. Sam es su chica y no quiero que esto sea motivo de mal rollo entre ellos. Lo mío con Cass no tiene nada que ver con su relación. Supongo que algo sabrá ya.

—Las malas noticias vuelan, ¿no dice eso la gente?

Su móvil vibró y se le escapó una ligera risa. Era Maverick.

—«Wonderland», no te lo vas a creer. Es Mav.

—Señor, ¡hemos invocado a los dioses!

Ambos rieron.

—Te llamo mañana cuando llegue al hotel. Un beso para todos, y otro para Anora. Gracias por cuidar de ella.

—No hay de qué. Te quiero, Alex.

—Y yo a ti.

El escritor colgó y respondió a una llamada que creyó inevitable.

—Ey, Mav —dijo con cansancio.

—Alex, acabo de enterarme. Estoy en el despacho de Sam y me he quedado sin palabras.

—Bueno, ya sabes. No hay tres sin cuatro.

—¡No digas eso! Sam ha hablado con Cass hace un rato. Lo que ha ocurrido es…

—No quiero saberlo —lo cortó.

—¿Cómo que no? ¡Hay una explicación para esto!

—Y tú la sabes antes que yo. Si Cassandra hubiera querido compartirla conmigo, podría haberlo hecho ayer antes de romper por segunda vez.

—Pero no pudo porque…

—¡Que no me lo cuentes, Maverick! —gritó.

Dos chicas que pasaron por su lado se asustaron. Él pidió perdón y acabó levantándose para caminar de vuelta al hotel.

—Ella no tiene la culpa… —Se oyó un trasteo de fondo.

—Alex, soy Sam. He puesto el manos libres. Bill…

—¡No quiero saberlo! No te corresponde ni a ti ni a Maverick decírmelo. Si es tan terrible, ella debería habérmelo contado. ¡Debería haber confiado en mí!

Conforme iba diciéndolo en voz alta, interiorizó sus propias palabras. Ese fue el peor error que podía haber cometido porque creó una brecha aún más grande entre ambos.

—Pero no podía…

—¡Excusas! Siempre tiene una excusa.

—¡Serás gilipollas! ¿Es que acaso sabes qué ha hecho Bill? —En esta ocasión, quien gritó fue la bróker.

—No, Sam. No lo sé, y el motivo es que ella no me ha llamado. Así que, a estas alturas, no me importa. Si ha tenido tiempo de contártelo a ti y supongo que también a Caleb, ¿qué demonios la ha retenido para no decírmelo?

Los dos se miraron. Alex tenía razón, y ninguno podía responder a esa pregunta.

—No lo sé. Yo le he insistido en que…

—Déjalo, Sam. Te lo agradezco, de verdad. También a ti, Maverick. Pero, por favor, permitidme tomar mis propias decisiones. Permitidme hacer con mi vida lo que crea conveniente.

—Alex, lo siento, he de decirte que creo que estás tomando una mala decisión —dijo su primo.

—Tal vez, no lo sé, pero ahora es la única que voy a tomar.

—Oh, Alex… —susurró ella.

—El sábado por la tarde, volveré a Los Ángeles. He cambiado el vuelo y no pienso pisar esta ciudad hasta que me olvide de esto. Disculpadme que no me despida de vosotros en persona.

—Lo siento… —A Sam se le quebró la voz.

—Cuídate. Te llamo la semana que viene. Aun así, si me necesitas, estoy solo a una llamada, ¿de acuerdo? —agregó Mav.

—Claro que sí.

Tras colgar, el escritor paró a un taxi. Quería volver al hotel y volcar toda su rabia en el teclado. Iba a crear un nuevo personaje que traicionara e incumpliera su palabra repetidas veces, y, lamentablemente, ya tenía la musa perfecta en la que basarse.

CAPÍTULO 25. DE COMPRAS CON EL ENEMIGO

Aquella tarde, Carmichael hizo una videollamada a sus hijos para confirmarles que ya estaban de vuelta. Se le veía más moreno e incluso con menos ojeras. Habían pasado unos días muy relajados y les aseguró que ambos venían «con las pilas cargadas». Claro que el relax le duró muy poco al pobre productor porque Cass lanzó una bomba al pedirle a su madre que escribiera una nota de prensa anunciando que Bill y ella se casaban el día de Navidad. Su padre puso el grito en el cielo mientras que Grace sonreía complacida al haber conseguido que su hija recuperara la sensatez de una buena vez.

Tras una acalorada discusión, en la que Caleb y Sam se dedicaron a defender a capa y espada a Cassandra, Carmichael acabó por irse de la habitación para dejar sola a su mujer hablando de invitaciones, menús, flores y vestidos nuevos para las damas de honor.

Por supuesto, la editora la dejó explayarse todo lo que quiso por varios motivos. Uno, no era capaz, literalmente, de interrumpirla y, otro, porque aquello le daba veracidad a la mentira. Su madre era única en todos los sentidos, y, por supuesto, Cass estaba convencida de que sería capaz de organizar la boda en un abrir y cerrar de ojos sin tener que contar con la ayuda de nadie. Ella sola se bastaba y se sobraba.

Tras felicitar a su hija por haber tomado por fin la decisión correcta, Grace salió de la videollamada. Se sentía pletórica por haber logrado su objetivo. Porque una cosa era que estuvieran comprometidos de nuevo y otra muy distinta que volvieran a tener fecha para el enlace. Estaba tan feliz de poder comunicarlo a bombo y platillo que, en menos de dos horas, la noticia ya quemaba todas las redes gracias a sus múltiples contactos. La exclusiva iba a reportar unos jugosos ingresos y con ellos solventarían sin problemas los gastos generados por el evento. La inmediatez había que pagarla, y Grace no iba a reparar en gastos, ya que estaba deseando convertirse en la «incomparable madre de la novia».

Los tres hermanos se quedaron hablando un poco más. A Caleb no le dio tiempo de meter baza porque Samantha se bastó ella sola para ponerle los puntos sobre las íes.

—Desde luego que la has cagado y bien. ¿En qué demonios estabas pensando para no llamar a Alex? —le soltó la bróker a su hermana.

—¿Es que crees que eso ha sido fácil para mí? ¡Lo estoy protegiendo! —se defendió Cass.

—¿En serio? Pues no veo cómo.

—¡Bill me amenazó con compartir el vídeo de mamá y el mío por todas partes si no renunciaba a él!

—Vale, lo pillo. ¡Pero eso fue ayer! ¿No nos has dicho que ya tienes los dos *pendrives*?

—Sí, y te recuerdo que me ha tocado revisarlos para confirmar que eran los auténticos.

—¿Entonces?

—¿Quieres que mamá se entere de que le dije a Bill que no me importaba que compartiera su vídeo? Esa es la última baza que le queda si no cumplo con lo de la boda. La cuestión es, ¿por qué no lo hizo si lo reté? Está tan claro como el agua, él tiene mucho más que perder que yo y, por fin, se ha dado cuenta —dijo convencida—. Si no anuncio nuestro compromiso, su reputación seguirá estando por los suelos, y eso no es lo que quiere. Por otro lado, ¿de verdad crees que lo que me ha enviado son los originales? Por favor, Sam, dime que no eres tan inocente.

—¿Quieres decir que todo esto es para nada?

—No, claro que no.

—¿Entonces? —repitió.

—Seguiré con mi plan. No quiero que se nos vea follando en internet a ninguna de las dos, ¿lo entiendes?

—¿Y qué te garantiza que no lo difundirá después si aún tiene esos vídeos? —preguntó Caleb, harto de todo aquello.

—Nada. Nada nos garantiza que no lo haga, pero he de intentarlo a mi manera. Si todo sale como mamá va a planear, nadie sospechará que esto es un engaño. Después, se llevará una decepción cuando la anulemos, lo sé. Pero mejor eso a verla desnuda por todas partes.

—Espero que no te equivoques porque algo me dice que Alex no te va a esperar indefinidamente —señaló Sam.

—Es algo que he de asumir, aun así, volveré a Los Ángeles cuando esto termine. Se lo contaré a su debido tiempo si me deja.

—Perdona que te diga, Cass —dijo Caleb—, yo no creo que debas esperar tanto para arreglar las cosas. ¿De cuánto estamos hablando? ¿Tres, cuatro semanas?

—Algo así.

—Es más que suficiente para que… ya sabes, con otra.

—Cal, ¿crees que no lo sé? ¿Y qué quieres que haga? ¿Me arriesgo? ¿Es eso lo que me estáis diciendo?

—Bueno, yo… —Él no supo qué responderle.

—Gracias por poneros de mi parte, aunque ninguno parece entender el alcance de todo esto. Y no sé vosotros, pero yo prefiero no tener que pasarme el resto de mi vida viendo a mamá o a mí misma cometiendo un error por el que se nos juzgará con desprecio y burla.

—Mamá se lo merece —soltó Sam.

—¿Y yo?

—¡Tú no le has puesto los cuernos a ese malnacido! —dijo de malos modos.

—En realidad, sí. El lunes pasado nos fotografiaron besándonos y al miércoles siguiente me graban con otro hombre. Nadie se pondrá de mi parte porque, a efectos prácticos, le he sido infiel. ¿Dónde crees que me deja eso? Irónicamente, a su altura.

—Hijo de perra —soltó su hermana.

—Exacto. Una vez más, estoy entre la espada y la pared.

—No me parece justo, Cass —añadió Caleb.

—Y no lo es, pero ¿tengo otra opción? Además, convertir a Alex en «el otro» lo expone al ridículo y a que su carrera se resienta. ¿Me arriesgo? ¿Crees que después de lo mucho que le ha costado llegar donde está nuestra relación sería la misma si pierde a miles de lectoras por esta infidelidad?

—Dios, tienes razón —acabó diciendo Samantha mientras negaba.

—Lo sé, y es una auténtica mierda. Mamá me está llamando. Comienza el show —dijo Cass con una mueca de cansancio.

—Estoy aquí, ¿vale? Cuenta conmigo —insistió Sam.

—Con nosotros —se añadió Caleb.

—Os quiero.

—Y nosotros a ti.

Tras terminar la videollamada, Cassandra se pasó los siguientes cuarenta y cinco minutos escuchando una perorata de Grace sobre que apenas tenían tiempo para organizar la boda.

Aunque, de forma milagrosa, ya había encargado las invitaciones y encontrado un par de hoteles con los que tenían una cita concertada para el día siguiente. Cass le insistió en que debía trabajar hasta las cinco y que dejaba en sus manos la elección de todo porque confiaba en su criterio. Grace le dio la razón y quedó en que se verían por la tarde para ir de compras. La futura novia necesitaba un vestuario completo actualizado a fin de estar a la altura de las circunstancias. En las próximas semanas, iba a ser el centro de atención junto a Bill en todos los medios, y Grace se iba a encargar de que así fuera.

El viernes pasó lento, tedioso, exasperante. Pese a que intentó adelantar todo el trabajo posible, fue incapaz de no volver al pensamiento recurrente de que Alex estaría firmando hasta las dos en Harvard Book Store. Podría escaparse un momento para verlo, para intentar… Nada. Aquella no era una buena idea, y no iba a exponerlo a esa situación cuando lo único que quería era alejarlo de Bill y su envenenada estela.

Miró la hora y cerró con fuerza los ojos. Debía vestirse para la ocasión, aún le quedaba pasar una larga tarde de compras. Sabía lo que le esperaba: un sinfín de pullas sobre todo lo relacionado con su relación con Bill, la decisión de cambiar de ciudad, su color de pelo…

Suspiró agobiada, aunque decidida a hacerlo. Contó los días que le faltaban hasta el comunicado de la anulación. Veinticuatro. Demasiados como para querer librarse de cualquier cosa que le propusiera.

Ahora debía ser más fuerte que nunca porque, de algún modo, tenía que enterrar la cabeza bajo tierra y soportar las repetidas críticas a las que sabía que no podría responder si quería acabar con esa situación.

Una llamada de Grace le advirtió que estaba esperándola en la limusina. Justo antes de salir, se miró al espejo. Inspiró con fuerza y cerró los puños para afrontar el siguiente reto: no gritarle a su madre que todo aquello era por su culpa.

Nada más salir, vio al nuevo chófer. Fue incapaz de disimular la mueca de desaprobación que de forma instantánea dibujó su cara. El chico solo era un poco mayor que ella y demasiado guapo como para ignorar el motivo por el que había sido elegido para el puesto. Aun así, lo saludó con un simple gesto de cabeza. Él cerró la puerta tras entrar.

—Hola, mamá —dijo, acercándose para darle un beso—. Hola, Violet —saludó a su sufrida secretaria.

—Hola, Cass… —respondió la chica.

—Cassandra, ¿es que no tienes otro abrigo? Ese te hace demasiado… voluminosa —la criticó Grace.

—Ah, ¿sí? Pues no me había dado cuenta —respondió, mirándose con parsimonia.

Primer asalto superado.

—Bueno, como tenemos poco tiempo, Violet ha hablado con la chica de Dior para que tenga preparada una selección de prendas. Después iremos a Gucci y a Victoria´s Secret.

—Mamá, ¿cuánto piensas gastarte?

—Cariño, es tu boda. No te preocupes por eso. Tu padre no se va a molestar por unos míseros veinte o treinta mil dólares, ¿no crees?

A Cassandra le dio un vuelco el estómago porque aquello le había devuelto la ilusión a su madre, pero no quería derrochar el dinero en algo que no necesitaba. Ya vería cómo devolver todo después de solucionar la situación.

—Supongo que no —agregó para seguirle el juego.

—Además, llevas meses viviendo como una salvaje. No quiero ni pensar con qué te has vestido en un verano casi perpetuo.

—Bueno, mamá, la ropa que me llevé allí es la que tú me elegiste.

Segundo asalto. Esquivado.

Violet frunció los labios para no reír y disimuló clavando la mirada en su inseparable agenda. La única que se dio cuenta fue Cass, quien mantuvo una expresión cercana a no haber roto un plato cuando sabía que acababa de devolvérsela de forma contundente.

—Si tú lo dices… —soltó Grace, ninguneando la respuesta de su hija—. Por cierto, ya tenemos lugar para la celebración. Como tú no podías darme ni cinco minutos de tu tiempo, he quedado con Bill esta mañana. Nos ha encantado uno de los salones del hotel Equinox. Nos pueden hacer el hueco sin problemas.

Tercer asalto. Perdido.

A Cassandra se le subieron las pulsaciones de golpe. Aquel era el hotel donde se hospedaba Alex y donde había pasado una noche con él. El destino era demasiado irónico como para pasarlo por alto. Trató de tranquilizarse porque no importaba dónde hicieran la reserva: no iba a haber boda. Se repitió aquellas palabras antes de responder.

—Si te ha gustado, seguro que es perfecto —dijo para darle un poco de coba mientras trataba de recomponerse.

—Bueno, no es perfecto ni de lejos, pero es lo mejor que he podido encontrar con el poco tiempo que me has dado.

Cuarto asalto… Cassandra decidió dejar de pensar en ello. Grace iba a acabar vapuleándola. Cuanto antes lo asumiera, mejor sería.

—Bueno, las cosas llegan cuando tienen que llegar, ¿no crees, mamá?

—Para nada. Una ha de hacerse con las riendas de su propia vida, si no, los demás creen que tienen derecho a dar su opinión sobre tus decisiones. Te aseguro que eso no va a ninguna parte porque, al final, nada sale como una quiere, ya que te pasas el tiempo intentando contentar a todos, y eso es imposible. Hay que luchar por lo que vale la pena, Cassandra —dijo, dándole un golpecito ligero en la mano, a modo de regaño.

—Claro, mamá —respondió apretando la mandíbula.

—Bien sabe Dios que llevo años tratando de inculcarte fortaleza para enfrentarte al mundo —continuó Grace sin haberla escuchado—, y creo que todos mis esfuerzos han dado un pequeño fruto. Casarte con Bill es algo bueno. Ya habéis superado el primer escollo, así que estoy segura de que todo va a ir como la seda a partir de ahora. Él está muy ilusionado, ¿sabes? Me lo ha dicho esta mañana. También se ha disculpado por su desliz. Por supuesto, lo he perdonado porque no hay que ser rencoroso. Todos tenemos derecho a equivocarnos.

—Ya.

—Y no creas que no me molestó. Claro que sí. La de llamadas que tuve que hacer para explicar lo sucedido me dejó agotada, casi sin fuerzas para seguir los siguientes días. En fin, dar la cara es lo que toca en estos casos, y tú, señorita, lo hiciste muy mal. Salir corriendo solo demostró tu falta de carácter, pero ahí estaba tu madre para afrontarlo y sacarte las castañas del fuego.

—Gracias, mamá. Eres todo corazón. —O ironizaba o terminaría reventando, y no podía darse ese lujo si quería que su plan funcionara.

—Lo sé, hija. Es lo mínimo que puede hacer una madre. Pero no creas que siempre voy a estar ahí para arreglar tus desaguisados, Cassandra. Debes darte cuenta de que ya eres adulta —dijo con condescendencia—. No puedes pretender que todos estemos pendientes de tus necesidades como cuando eras niña. Toca crecer, no hay más remedio.

—Tienes razón, mamá.

—Bueno, poco a poco conseguiré hacer de ti la mujer que te corresponde ser.

El coche se detuvo y Cass respiró aliviada porque estaba a punto de explotar por demasiados motivos.

Una vez en Dior, la conversación no decayó ni un instante. Grace estaba desatada y elegía a diestro y siniestro todo tipo de prendas, cada cuál más cara que la anterior.

Cass tuvo la paciencia de probárselas sin protestar ni una sola vez. Por supuesto, ninguno de los vestidos se salvó de las críticas de su madre. El problema no era la ropa, sino el concepto que tenía Grace sobre la complexión de su hija, que no encajaba con su modelo de perfección.

La dependienta estaba comenzando a desesperarse. No importaba cuánto lo intentara, nada parecía agradar a su mejor clienta.

—Eso te hace un bulto al final de la espalda.

—Mamá, esto es mi culo —dijo Cassandra a punto de soltar una carcajada.

—¿Eh? Ah, sí. Bueno, de aquí a la boda solo a caldo e infusiones. Has de estar radiante en las fotos, no ocupar un gran angular.

—Mamá, peso cinco kilos menos que cuando me fui de Nueva York.

—Bueno, pues sigue así. A ver si en estos días llamo a mi entrenador y te hace un hueco como sea. Esos muslos son imperdonables, aunque podemos solucionar ese enorme problema si llevas una falda amplia en el vestido. ¡Ah! ¡El vestido! ¡No tenemos tu vestido!

—Tranquila, mamá. La semana que viene…

—¿Qué? Ni hablar. Mañana mismo vamos a por él. A ver si entras en alguno ya confeccionado y le hacemos unos retoques. No hay tiempo para nada más.

—No te preocupes. Lo encontraremos —dijo para contentarla.

Una hora después, entraban en Gucci. La reacción de Grace fue exactamente la misma, así que Cassandra se armó de paciencia y soportó con estoicidad todas las críticas relacionadas con las distintas partes de su cuerpo, incluido su color de pelo.

Sobre las nueve de la noche, la dejó en casa. Lo sentía por la pobre Violet, pero ese era su trabajo y esperaba que su madre le pagara un buen sueldo porque se ganaba cada centavo con sudor y lágrimas.

El chófer subió con ella y dejó las numerosas bolsas en la entrada. Tras despedirse de él, Cass se fue directa a la ducha. Necesitaba quitarse la energía negativa de la que su madre la había impregnado con cada palabra hiriente cargada de veneno. Seguía sin comprenderla. Si era su hija, ¿por qué le tenía tal inquina? Dudaba que algún día tuviera una respuesta. Mientras se masajeaba el cuero cabelludo con el champú, se conformó pensando que había personas que eran incompatibles, fueran de la misma sangre o no.

Eligió un pijama de algodón suave y se dirigió a la cocina para prepararse algo de cena. En realidad, estaba tan cansada por el esfuerzo de pasar tantas horas con ella que se le había quitado el apetito. Regresó al salón y cerró las cortinas. Esa noche no tenía ganas de ver la ciudad.

Revisó WhatsApp. April le había enviado un mensaje para ver cómo estaba. Ella le respondió la verdad, que nada bien, pero que seguiría adelante, pese a saber que el escritor tal vez no la perdonara nunca porque, al fin y al cabo, había faltado a su palabra.

Tras compartir más de media hora de mensajes, Cass dejó el móvil en la mesa y acabó por preguntarse algo inevitable: dónde estaría Alex. Llevaba dos días sin hablar con él y le estaba comenzando a faltar el aire. Pero debía ser fuerte para aguantar hasta el final. Después ya pensaría en cómo recuperarlo, por el momento, solo podía esperar.



Alex cerró el último botón de su camisa como si fuera un autómata. La muñeca derecha estaba protestando más de la cuenta, y no era para menos.

Las cuatro horas que se había pasado firmando autógrafos le habían dejado tocado.

Era la primera vez que asistía a un evento tan cercano a *Black Friday*, y menuda locura. Por supuesto, el resultado de las ventas era brutal en comparación con otras fechas, quitando Navidad. Quizás se animara a repetirlo el año que viene, pero aún era pronto para hacer planes tan a largo plazo.

Se echó dos pulverizaciones de su colonia favorita y salió de la habitación camino del restaurante del hotel. Aunque Ben, Fred y Xena se hospedaban en otro más acorde al presupuesto que cedía la editorial para estos casos, él había elegido hospedarse en uno que sobrepasaba con creces lo estimado por el Departamento de Administración. Dado el esfuerzo y la dedicación de la que se habían hecho eco todo el día, le pareció buena idea recompensarlos con una cena de lujo. Era lo mínimo que podía hacer por ellos. En pocas horas, tendrían que volver a la carga. Todavía estaba pendiente la última librería, la famosa Barnes & Noble situada en la Quinta Avenida. La duración de la firma sería de cinco horas, aunque no tenía ningún inconveniente en estar el tiempo necesario para cumplir con las expectativas de su público.

Cuando llegó al restaurante, los tres estaban tomando una copa en la barra mientras hacían tiempo.

—¿Qué tal la mano? —dijo Ben.

—Más o menos —reconoció Alex—. La verdad, no me esperaba tal avalancha.

—¿Y siempre es así? La cola se perdía de la vista —añadió Xena muy sorprendida.

—Esto es lo normal con Adam. —Fred elevó la copa, celebrando el éxito del escritor.

—Me halagas, pero creo que hoy ha estado bastante más concurrido que otras veces. Creo que necesito una mano de reemplazo.

Todos sonrieron.

Una vez sentados a la mesa, repasaron una vez más el evento del día siguiente. La limusina los recogería a ellos a las ocho y a Alex a las ocho y media. El evento comenzaba a las nueve y media, y Ben le aseguró que el dueño de la librería ya le había confirmado que todo estaba listo.

Xena lo estuvo mirando de forma disimulada toda la cena. El escritor lo notó, pero la ayudante cambiaba la expresión cada vez que él se dirigía a ella. Ni Fred ni Ben se dieron cuenta. Eso era algo entre los dos, y ellos estaban demasiado cansados como para prestar atención a nada que estuviera más alejado de su plato y de la copa de delicioso vino que degustaban con verdadero deleite.

La velada no dio pie a nada más que la de una reunión de trabajo. Al acabar, los tres se marcharon en un taxi para su hotel y Alex regresó a su habitación. Una vez allí, se cambió de ropa y decidió echarse la última copa. Apagó las luces y se acercó a la enorme ventana.

El primer sorbo de *whisky* le quemó un poco la garganta, una sensación conocida y placentera. Fijó la mirada en el pequeño horizonte desigual que formaban los distintos edificios. El tornasol de luces frías y cálidas daban a la ciudad un aspecto perpetuo de fiesta. Apenas faltaba una semana para Acción de Gracias y ya la mayoría de los establecimientos mostraban

orgullosos unos escaparates impresionantes para imponer el espíritu navideño a marchas forzadas. Aquello elevaba las ventas de manera exponencial. Al fin y al cabo, el consumismo era lo que movía todo. «Navidad en *Black Friday*. El mundo se ha vuelto loco», se dijo mientras el segundo sorbo le recordaba que él estaba allí por lo mismo. Vender libros. Llegar a más lectoras. En definitiva, seguir siendo un *best seller*.

Cerró los ojos un instante. No quería pensar en Cass. Menos aún, tener cualquier sentimiento hacia ella que no fuera indiferencia. Engañarse a sí mismo podría volverse una costumbre peligrosa, pero era la única opción que había encontrado para sobrevivir a ese terrible desengaño al que le había sometido sin pensárselo dos veces. Cassandra era incapaz de confiar en él, y eso lo había terminado por destruir. A Alex le había costado años llegar al punto de poder abrir su corazón y su alma. Lograrlo no fue empresa fácil, pero ¿para qué le había servido? Ella lo amaba, sin embargo, cedía a las exigencias de Bill sin ni siquiera contar con él como apoyo. Una vez más, lo había apartado de su vida y, a estas alturas, no podía sino cerrarse en banda y capear el resto de las horas que le quedaban en Nueva York, a pocos kilómetros de ella, como mejor pudiera. Una tarea difícil, pero en la que no tenía más elección que seguir adelante y llevar una máscara que ocultara el dolor y la tristeza de perder aquello por lo que había luchado.

Apuró la copa y decidió dejar de perderse en ese sinfín de pensamientos caóticos. Ya era mayorcito para afrontar el desamor y, lo peor de todo, no le quedaba otra que aceptarlo, pese a que aún la amaba con todas sus fuerzas.

No volvería a verla y tampoco le permitiría explicarse. ¿Para qué? ¿Es que habría alguna diferencia? No, Cass también era adulta y había tomado una decisión que había provocado un resultado devastador. Él se había visto empujado a un rincón vacío y oscuro de desesperación sin que ella tuviera en cuenta las consecuencias. Ya estaba más que harto de no ser suficiente como para que no hubiera alguien que luchara por él.

Y eso era justo lo que había hecho Cassandra.

CAPÍTULO 26. EN FIN

A las ocho de la mañana, el teléfono de Cass comenzó a sonar de forma insistente. Estaba profundamente dormida y no era capaz de atinar dónde lo había dejado. Farfulló una protesta porque llevaba varios días sin pegar ojo y ese era el primero que había logrado dormir algo.

A duras penas podía enfocar la pantalla. Era demasiado temprano para que nadie la llamara. Cuando vio su cara, el corazón le dio un vuelco. «Dios», pensó dejando escapar un suspiro.

—Buenos días, mamá.

—Cassandra, ¿aún estás dormida? —respondió en un tono entre reproche y advertencia.

—Pues claro, es sábado.

—Tienes treinta minutos para vestirte y maquillarte. Tenemos cita en Vera Wang a las nueve y media. Necesitas un vestido de novia de tu talla. En fin, no te preocupes, la chica… No recuerdo su nombre, me ha dicho que te lo pueden arreglar en menos de una semana.

—Mamá, no necesito un vestido de firma para eso. Podemos ir a cualquier tienda…

—No sabes lo que dices. ¡Vas a salir en todas las portadas del país! ¿Acaso quieres parecer una novia más? Sabes que eso no va a pasar. No mientras yo sea tu madre. Así que date una ducha, vístete y no olvides utilizar una base de maquillaje que cubra tus pecas, si no, vas a parecer una campesina de las *Highlands*.

—Si la abuela te oyera…

—Pero no puede porque ella está allí y yo aquí. Venga, espabila y estate preparada.

Grace colgó sin despedirse. Cassandra dejó escapar otra protesta ininteligible y se dirigió a la ducha. En menos de veinte minutos, estaba lista. Eso sí, le faltó poco para apuñalarse con la máscara de pestañas. Por suerte, su ojo reaccionó mucho más rápido que ella y se cerró a tiempo. El problema fue que tuvo que esperar un par de minutos para que la mancha se secara antes de retirarla.

Estaba terminando de ponerse la barra de labios cuando su madre la volvió a llamar.

—Mamá.

—Baja, querida. Ya estamos aquí.

—Voy.

Cass se echó un último vistazo. Estaba radiante. Llevaba un gorro de color gris marengo a juego con los guantes y la bufanda. En contraste, un precioso abrigo de cachemira en tonos grisáceos y marrones claros. El *outfit* lo había completado con un vestido de punto muy calentito y unas botas altas de cuero negro.

Mientras bajaba en el ascensor, se preguntó cuánto tardaría su madre en criticarle el modelito. Decidió apostar consigo misma que no tardaría ni cinco segundos.

El mismo chófer de la tarde anterior estaba de pie junto a la puerta. Al verla, la abrió al tiempo que le daba los buenos días. En esta ocasión, ella también lo saludó.

—Cassandra, ¿se puede saber qué llevas en la cabeza? ¿Y ese abrigo espantoso? —La recorrió de arriba abajo en un parpadeo mientras chasqueaba la lengua con evidente desaprobación—. Y mejor no comento nada sobre las botas.

La editora sonrió. Había perdido de forma estrepitosa porque su madre no había tardado ni un segundo en despreciar su conjunto.

—Buenos días, mamá. Esto —dijo señalando con un dedo al tiempo que se sentaba a su

lado—, se llama gorro de lana para que no se me congele la cabeza. El abrigo, que no te gusta, es de cachemira y de Armani, regalo de la abuela del año pasado. Y las botas —dijo, enseñándolas por completo—, son de Loewe. Muy cómodas para el taconazo que tienen y estilizan la figura muchísimo, tal y como a ti te gusta.

—En fin, si tú lo dices. Yo creo que esos colores no te favorecen en absoluto.

—Mamá, siempre dices que vaya de negro para que me haga más delgada la figura. El vestido y las botas son de ese color.

—Ya, bueno, dejémoslo estar.

—¿Y Violet?

—Enferma. Me ha enviado un mensaje esta mañana diciendo que tenía fiebre, pero yo creo que miente. Esta tarde se casa no sé quién de su familia y estoy segura de que lo que ha querido es escaquearse.

—Mamá, Violet se merece que le des tiempo libre y, con más razón, si un familiar se casa.

—Tal vez haya sido muy dura con ella porque la he despedido.

—¿Qué? Mamá, llámala ahora mismo y devuélvele su empleo. Aunque, si yo fuera ella, no sé si querría seguir a tu lado.

—No seas cruel, Cassandra —dijo mientras marcaba el teléfono de la chica—. Sí, soy yo. Olvida lo del despido… Sí, de verdad. Tienes una voz terrible. Cuídate y nos vemos el lunes. De nada. —Miró a su hija y añadió—: ¿Mejor?

—Sí, mamá. Mucho mejor. Dime, ¿dónde vamos a desayunar? No he tomado nada y necesito un café.

—No, bebe un poco de agua y listo. Necesitas perder cinco kilos antes de la boda o parecerás…

—Una campesina de las *Highlands* —la interrumpió—. No pienso dejar de comer por Bill. Él me «quiere» tal y como estoy.

—En fin, la vida es muy curiosa —añadió Grace elevando las cejas.

Cass miró por la ventanilla para situarse por dónde iba conduciendo el chófer y bajó la mampara de separación.

—Por favor, déjanos en el Starbucks de la Quinta Avenida.

—Lo siento, señora Wallace. No puedo ir en contradirección, estamos en la *46th* con la Quinta.

—¿En un Starbucks? —puso el grito en el cielo Grace.

—Mamá, eres neoyorquina, por Dios.

—Está bien —cedió Grace farfullando, más consigo misma que con ella—. Supongo que el café solo tiene las mismas calorías en todos los sitios.

—Déjanos en la esquina antes de girar. Te avisaremos cuando hayamos acabado. Aquí. Para aquí.

El chófer obedeció y ellas bajaron. Grace protestó porque no le apetecía caminar con el frío que hacía. El tráfico se detuvo por un semáforo y ellas cruzaron entre los coches, su madre todo el tiempo protestando.

—Pero ¿qué hace la gente haciendo cola a esta hora con este frío? —soltó repasando a los cientos de personas que se apretujaban pegadas a los escaparates para dejar paso.

—No puede ser… —susurró Cass en cuanto se dio cuenta de dónde se encontraba.

Justo cuando iban a continuar calle abajo, de frente, se encontró con Alex, que iba acompañado por otras tres personas. A dos de ellas ya las conocía de la editorial, pero aquella

chica rubia espectacular no le sonaba de nada.

—Hola, forastera —dijo Fred, emocionado de encontrarla allí.

—Hola —respondió ella sonriendo mientras lo saludaba.

—Buenos días —añadió Ben, dándole la mano—. Te presento. Ella es Xena, mi nueva ayudante.

—Encantada de conocerte —expresó con voz melosa, o tal vez fue a Cass a quien le fastidió ver cómo esa chica se situaba demasiado cerca del escritor.

—Cassandra… —El tono de Alex fue frío, impersonal, calculado. Todo lo contrario a lo que sentía por dentro.

Ninguno de los dos se movió ni un milímetro, hasta que él dio un paso para acercarse. Acabó dándole un suave beso en la mejilla mientras le pasaba de forma sutil la mano por la cintura. Se separó despacio, habiéndose embriagado de su exquisito perfume y de la suavidad de su piel. Maldijo para sí por haber sucumbido a sus deseos, pero ya no podía hacer nada para deshacer su error.

—Adam.

Grace carraspeó con molestia por aquel detalle. En realidad, no le había gustado nada que él se acercara de una forma que le resultó demasiado íntima. Cass se dio cuenta y decidió presentarle los cuatro a su madre para que olvidara lo que acababa de ver.

—¿Adam Wright? ¿De qué me suena tu nombre? Ah..., sí. Tú eres el escritor que vamos a llevar a la gran pantalla. Por lo visto, tus libros se venden bastante, ¿no? —dijo ella a propósito para desprestigiar a Alex delante de todos.

Eso molestó a su hija, que no dudó en responder para defenderlo.

—Mamá, Adam Wright es el mayor *best seller* de novela romántica de todo Estados Unidos. Sus libros no se venden mucho, son los que más se venden —la reprendió sin poder refrenarse.

Xena se la quedó mirando con una expresión indescifrable que no le gustó nada a Cass.

—Bueno, hija. Mi intención no era ofenderle, por supuesto —dijo con retintín—. ¿A que no te has sentido ofendido, Adam? —preguntó zalamera.

—Por supuesto que no, señora Wallace.

Ella sonrió complacida. Su móvil comenzó a sonar. Miró la pantalla y levantó la mano.

—He de contestar.

Grace se separó unos pasos. En ese momento, Xena aprovechó para acercarse a él y decir con demasiada confianza:

—Adam, tenemos que entrar ya.

Él apretó la mandíbula y llevó la mirada a la mano de la ayudante, que la retiró enseguida.

—Id vosotros. Tardaré cinco minutos.

—Sin problemas —terció Ben. Sus palabras sonaron a ley. Tanto Fred como Xena se marcharon tras él.

—No te pareces en nada a tu madre —dijo Alex sin saber por qué.

—Mi «belleza» ha saltado un par de generaciones. Soy casi un clon de mi bisabuela.

Los lectores de la fila lo habían reconocido nada más verlo, pero no se atrevían a saltarse la cinta por temor a perder su lugar. Eso sí, no dejaban de observarlos y de hacer fotos.

Cass no se dio cuenta de que aquella conversación le iba a salir muy cara, sin embargo, no le importó. El destino le había dado una oportunidad para decirle que todo se iba a solucionar, y no iba a desaprovecharla.

—Supongo que estarás muy feliz —preguntó con ironía—. He visto el anuncio de tu boda por todas partes.

—Tú mejor que nadie deberías saber que las noticias de la prensa rosa rara vez son verdad.

—Pues fíjate, en esta ocasión, les voy a dar el beneficio de la duda.

—Espera al dieciocho de diciembre, por favor. Tal vez cambies de opinión y pueda explicarte… —se le escapó.

—No hay nada que explicar, Cassandra —recalcó su nombre.

—Por favor, no digas eso. Nunca te he mentido, Alex.

—No, ha sido peor que eso. Me has apartado de tu vida sin ofrecerme ni una sola oportunidad para ayudarte.

Grace colgó la llamada y Cass vio cómo su madre se acercaba hacia ellos. De pronto, sintió un escalofrío recorriéndole todo el cuerpo. Las pulsaciones se le aceleraron y retumbaban con fuerza en su pecho. No le quedaba tiempo, así que arriesgó todo lo que tenía para que él tuviera una mínima esperanza.

—Alex, lo nuestro no se ha acabado. Confía en mí. Esto solo es una fachada que…

—Te equivocas, Cassandra. Ya no existe «un nosotros» y jamás volveré a confiar en ti.

—Bueno, hija —dijo Grace nada más llegar—. Tomémonos ese café, de lo contrario, se nos va a hacer tarde para la cita. Hoy elegimos su vestido de novia, ¿sabes, Adam? —recalcó intencionadamente.

—Enhorabuena, Cassandra —repitió él con desdén—. Encantado de conocerla, señora Wallace. Ahora debo irme. ¿Ve a todas esas personas que están haciendo cola?

—Sí, claro.

—Le contaré un secreto. Están aquí por mí.

—Anda, pues no está nada mal.

—Lo sé.

Alex le dio la mano a Grace y se despidió de Cass con un simple cabeceo. Se dio la vuelta y saludó a sus fans mientras se dirigía al interior de la librería.

Cassandra sintió como si le volvieran a arrancar el corazón.

—Bueno, ¿vamos? —preguntó su madre.

—Llama a tu chófer. Se me ha quitado el hambre.

—Estupendo.

De camino a Vera Wang, Grace no dejaba de parlotear sobre tejidos, tonalidades, complementos y demás. La editora no la oía. Para ella, solo era un murmullo a lo lejos. Cerró los ojos un instante para recordar la expresión de Alex y sintió una punzada de dolor que la atravesó.

—¿Me estás escuchando, Cassandra? —se quejó su madre, dándole un toque en el brazo.

—Creo que me he quedado dormida, mamá —mintió.

—Bueno, pues atenta porque vamos a bajar.

Ambas caminaron unos pocos pasos hasta la famosa tienda de novias. Nada más entrar, la dependienta con la que había contactado Violet las atendió como si se trataran de la realeza.

Les sirvieron café, agua y pastas. Por supuesto, Grace no dejó que Cass se acercara al plato, tampoco es que se le apeteciera ninguna. Alex se había llevado consigo todo, incluso sus ganas de tomar algo dulce.



La mañana del escritor se mantuvo en la misma línea que la de la tarde anterior. Cientos y cientos de libros vendidos, fotos, comentarios divertidos, de entusiasmo, insinuantes. Lo típico a lo que estaba acostumbrado, solo que, después de ver a Cass, le estaba costando más de la cuenta.

Pasadas las dos y media, se dio por concluido el evento. Después de despedirse de los organizadores y fijar nuevas fechas para la semana de Navidad, se fueron a comer.

Una hora más tarde, se subieron en la limusina. Ellos se quedaron en su hotel y Alex volvió solo al Equinox. Él tenía el billete para otro vuelo. El resto se desplazaría un par de horas más tarde.

De camino al aeropuerto, decidió llamar a Maverick. Se sentía un poco mal por haber discutido con él y haberlo apartado después de todo lo que Sam había hecho.

—Hola, Alex.

—Hola, Mav.

—¿Qué tal han ido las firmas?

—Muy bien, la verdad. Repetimos en unas pocas semanas. Justo antes de Navidad.

—Me alegro.

—¿Cómo estás?

—Si te digo la verdad, mejor de lo que esperaba.

El escritor le contó lo que había sucedido aquella mañana y Maverick supo que debía decírselo a Sam cuanto antes. Aquellos dos estaban hechos el uno para el otro, aunque el maldito Destino se empeñara en separarlos una y otra vez.

—¿Y qué ocurre el dieciocho de diciembre? —preguntó el bróker para asegurarse de que se enteraba de todo.

—Esa es la cuestión. Ni lo sé ni me importa.

—Joder, Alex.

—He tocado fondo y estoy cansado de esperar como si fuera un cachorro que suplica amor en una maldita perrera. No pienso rebajarme más. Se lo ofrecí todo, Mav. Mi comprensión, mi apoyo, mi corazón y mi alma. Aun así, decidió no contarme la verdad.

—¡Porque tenía sus razones! —la defendió.

—Eso no lo dudo.

—¿Entonces?

—Que ya no me importan. No puedo pasarme la vida esperando las migajas que quiera compartir conmigo.

—Las cosas no son siempre tan simples, y conoces el chantaje al que ese hijo de puta la ha sometido. ¿Qué te hace pensar que no ha encontrado otra cosa con la que llevarla al límite? —Mav trató de hacerle entender que justo era eso lo que había sucedido.

—De eso estoy seguro, pero el problema es que no ha confiado en mí y me prometió que lo haría.

—Pero, Alex, por favor, ¡no seas tan literal!

—Ponte en mi lugar y luego hablamos.

Maverick se mantuvo unos segundos en silencio. A eso sí que no sabía cómo responder.

—Está bien. Tú ganas.

—No, Mav. Ese es el caso, que «nunca» gano.

—No sé qué decirte.

—Es que poco más se puede decir.

—Cuídate y no cometas una estupidez.

—¿A qué te refieres?

—A que el dieciocho está a la vuelta de la esquina. Mantente puestos los pantalones y espera a ver qué ocurre.

—¿Es que crees que ella va a hacer lo mismo? —preguntó con ironía el escritor.

—No puedo responderte a eso. Lo que sí puedo es decirte lo que me ha pedido Sam: que la esperes. Que, por favor, aguantes.

—¿Que aguante? Esa familia es increíble. ¡Es su ostracismo lo que ha acabado con todo! ¿Y me pide que tenga fe ciega cuando ella no confía en mí? Dime, ¿qué razones tengo para hacerlo?

—Visto así.

—Es que no hay otra forma de verlo. He de dejarte. Ya estoy en el aeropuerto. Hablamos en unos días, ¿de acuerdo?

—Claro. Alex…

—¿Sí?

—Si estuvieras en su lugar…

—Si estuviera en su lugar, ya sabría la verdad.

—Lo dudo, pero no quiero discutir contigo. Ten un buen vuelo.

—Gracias, Maverick.

El escritor bajó de la limusina y caminó hacia las pantallas. Su vuelo ya aparecía, así que se dirigió al mostrador. Tras pasar por los arcos de seguridad, se dijo que en menos de ocho horas estaría en casa. Miró el reloj: las siete. Aún le faltaba una hora para embarcar, de modo que decidió tomar un café para despejarse.

Sentado en la cafetería, sacó el móvil y lo puso a cargar con la batería externa que siempre lo acompañaba. Abrió wasap y vio un mensaje de Lucille.

No se lo pensó dos veces y la llamó.

—Hola, Alex —lo saludó con voz risueña.

—Hola, Lucy. ¿Cómo estás?

—Más gorda que la semana pasada, pero bien. Oye, Ben acaba de enviarme un informe provisional ¡y menudo subidón has dado!

—Creo que me lo ha mandado a mí también. En un rato, lo veré.

—Vale, sí. Ahora suelta todo lo que ha pasado con Cassandra.

Alex se volcó en contarle lo sucedido. No se dejó nada en el tintero. Ni siquiera la última escena subida de tono y la forma en la que ella lo había dejado sin mirar atrás.

—Bien, dime, ¿me espero al dieciocho? —le preguntó a su antigua editora con retintín.

—Dame un momento para que lo asimile porque te juro que no comprendo a esa chica. ¿Te ha vuelto a hacer lo mismo?

—Exacto. Así que no hay nada que comprender. Ella ha elegido.

—Pero tendrá sus razones, ¿no?

—¿Y? Yo también tengo las mías.

—Sí, Alex, pero no es tu madre la que puede salir desnuda por todas partes. No creo que debas tomar a la ligera sus decisiones.

—¡Pero si no lo hago! Joder, Lucy, incluso estaba dispuesto a aceptar que se casara con él para salvar a su familia.

—¿En serio?

—Bueno, no lo sé. La cuestión es que no ha confiado en mí. Dios, llevo repitiendo lo mismo desde el miércoles.

—Vale. Es una putada lo que te ha hecho. Repíteme lo que te ha dicho esta mañana.

—Algo así como que nunca me había mentido. Que lo nuestro no se había acabado y que confiara en ella. Quería darme a entender que todo esto solo es una fachada de humo.

—¿Y qué más?

—No la he dejado continuar.

—¿Por qué? —dijo elevando la voz.

Silencio.

—Alex, ¿por qué no has querido que te lo contara? —insistió ella.

—Porque la voy a perder de todos modos. Conocer sus razones no cambian el hecho de que no ha vuelto a contar conmigo.

—Tienes una pataleta.

—Tengo el puto corazón roto, Lucille. —En cuanto se dio cuenta de su respuesta, se arrepintió—. Discúlpame. No quería hablarte así.

—Chorradas, Alex. Vale, tú tienes el corazón roto, ¿y ella?

—Se la veía perfecta e iba pletórica con su madre de camino a comprar el vestido de novia para el gran evento.

—No sé, llámame loca, pero lo dudo mucho.

—No la conoces como yo.

—Y tú no sabes la hiel que puede estar tragando ella para que nada se descubra.

Otro silencio. Esta vez, un poco más largo.

—Tienes razón, no lo sé —acabó diciendo el escritor—, pero ya no puedo más.

—Es tu vida, Alex. Tú decides qué es lo que quieres hacer con ella.

—Quiero olvidar y seguir adelante.

Lucille cerró los ojos y se acarició el abultado abdomen. No sabía qué había sucedido en realidad con Cass. Tampoco es que pudiera llamarla para preguntarle. En teoría, ella no tendría que conocer su secreto. En su situación estaba atada de pies y manos. Tan solo podía rezar para que Alex tomara la decisión correcta, pero mucho se temía que su amigo ya había perdido toda esperanza. Así que se ciñó a lo que se veía capaz de hacer: apoyarlo hasta el final.

—Estoy solo a una llamada si me necesitas, ¿de acuerdo?

—Gracias, Lucy. He de irme, ya ha llegado el personal de vuelo.

—Buen viaje.

—Cuídate mucho.

Alex se colocó en la fila y, tras sentarse en su asiento, miró por la ventanilla. No le apetecía ser cortés ni hablar con nadie.

Nada más despegar, se sintió un poco más ligero. La razón era sencilla: había dejado su corazón en Nueva York.

CAPÍTULO 27. ACCIÓN DE GRACIAS

Los días pasaron lentos, tediosos. En realidad, cada hora se volvía insoportable tanto para Cassandra como para Alex. Pese a estar separados miles de kilómetros, notaban el ambiente pesado y agobiante. Respirar era algo que se había vuelto casi como un lujo.

Los dos estaban llevando al extremo sus pensamientos derrotistas. La pena los invadía y, sin embargo, eran incapaces de coger el teléfono para llamar al otro. Cass, porque temía que Bill aún tuviera los vídeos y se vengara de ella compartiéndolos si cometía algún error. Alex, porque se sentía herido y traicionado. Una situación bastante complicada y, a la vez, tan sencilla de solucionar. Pero ninguno quería a dar el primer paso. Sobre todo él, que estaba convencido de que nada de lo que hiciera iba a hacerla cambiar de opinión.

De hecho, el escritor se había dado por vencido. Luchar le parecía una pérdida de tiempo sin sentido. Además, dejarse la piel en pos de un ideal como era recuperar a la chica de sus sueños no le había servido de nada. Y el desgaste le había pasado una factura demasiado alta de la que no sabía si algún día se podría recuperar.

La editora, por su lado, se había volcado de lleno en el trabajo para no tener que pensar. El sábado, nada más llegar a casa después de la agotadora mañana con su madre, en la que eligió el vestido a su gusto, había guardado la pluma que le había regalado Alex en la caja fuerte. Tras su conversación en plena calle, verla en el despacho le resultaba demasiado difícil y era un recordatorio constante del dolor que le había infligido, y que también sufría ella. A todo eso tenía que añadir que Bill le había exigido que salieran a almorzar varias veces antes de la gran cena en su casa. Por supuesto, había aceptado, pero Cass era demasiado lista como para permitirle que se saliera con la suya así como así. De modo que, la primera vez llevó a Grace con ellos y, a la siguiente, se presentó con su madre y la madre de él, Nora, para darle una sorpresa que le sentó como un jarro de agua fría a su falso prometido.

En las dos ocasiones, le fue imposible acercarse hasta ella para propiciar ni un solo beso. Las culpables, en parte, su propia madre y la de Cass. Las dos mujeres copaban toda la conversación mientras hacían y deshacían la vida de Cassandra sin tomarse la molestia de pedirle permiso u opinión. La cuestión era que ella no se había quejado ni una sola vez, lo que hacía más fácil y llevadera la situación. Mantener contenta a su madre no era una tarea fácil, pero, claro, llevaba días aceptando todo lo que le pedía sin rechistar. Aquello se le estaba dando de maravilla, más que nada porque sabía que todo era una farsa y que, llegado el día, no se casaría con Bill. Ese pensamiento era lo único que la mantenía cuerda, y se había aferrado a él con la esperanza de que los días pasaran rápido y que aquello se solucionara de una vez.

Esa noche, la de Acción de Gracias, iba a ser la verdadera prueba de fuego. Todos juntos. Las dos familias al completo en el mismo lugar. Una ocasión perfecta para que todo saltara por los aires. Mucho se temía que Samantha era la que iba a terminar haciendo explotar el polvorín que llevaba semanas guardando en su interior si Bill decía alguna estupidez.

Y sabía que eso, tarde o temprano, ocurriría.



Alex aparcó en la casa de Alice. Tocó la puerta cargado de bolsas llenas de regalos. Ese año se había volcado en las personas que más quería y estaba deseando abrazar a Maddie, jugar con ella y acabar hastiado de golosinas.

—Hola, «Peque» —dijo su hermana, dándole un enorme abrazo de oso mientras intentaba no romperse por él.

—Ey, «Wonderland». ¿Qué ocurre?

Ella lo miró y le dio una bofetada simbólica en la mejilla.

—Cassandra es idiota y tú el mejor hombre del mundo —añadió con lágrimas en los ojos.

—Para nada, hermanita.

—Claro que sí. Y no me lleves la contraria, que soy mayor que tú. Hoy date un respiro e intenta disfrutar de la fiesta. ¿Te parece?

—Lo intentaré.

—Hola, cuñado. —Zac se acercó a él y le dio otro abrazo inmenso.

—Que estoy bien. ¿Y Maddison?

—Como quería quedarse hasta más tarde, la he amenazado con dormirla después de cenar si no se echaba una siesta.

—¿Y lo has logrado?

—¿Tú qué crees?

Los tres rieron bajito para no despertar a la niña.

—¿Y Anora? —preguntó Alex, extrañado de no verla.

—Durmiendo con Maddie. No se ha separado de ella en todo este tiempo. ¡Ni que pareciera que intuía algo!

—Pues no lo descartes.

Más risas.

—Pasa al salón, tenemos algo que contarte.

—Vale —dijo él con una mueca de curiosidad—. ¿No me digáis que habéis conseguido otro contrato?

—Y tanto… —agregó Alice. Zac le pasó el brazo por los hombros para atraerla hacia él—. Uno para toda la vida. —Se tocó la barriga y sonrió con los ojos brillantes.

—¿Estás embarazada?

—Sí. Me he hecho el test esta mañana. Soy un desastre y no me había dado cuenta de que tenía varios retrasos por todo el trabajo que estamos sacando adelante. Eres el primero en saberlo, ni siquiera se lo hemos contado aún a Maddie. Sin duda, este es nuestro regalo de Acción de Gracias. Así que tienes que llevarte a la gata hoy mismo.

Alex fue hacia ellos y los abrazó con fuerza. El universo compensaba su dolor dándole una noticia maravillosa. Se alegraba tanto por ellos que no pudo contener un par de lágrimas.

—¡Felicidades! —dijo verdaderamente emocionado—. No me creo que vaya a ser tío de nuevo… Y no te acerques a Anora por si acaso.

—¿Qué? —gritó Maddie desde lo alto de la escalera—. ¿Voy a tener un hermanito?

—¡Ups! —dijo Alex, separándose de ellos.

—¡No vayas a bajar corriendo! —la advirtió Alice—. ¿Y qué haces despierta?

Maddison bajó despacito. Anora la acompañó como si tuviera toda la paciencia del mundo. En cuanto llegó al último escalón, saltó y corrió hasta su tío con los brazos abiertos. Alex la cogió en vuelo y giró un par de veces mientras la niña reía de felicidad por ser el centro de atención.

—Mamá, ¡ha venido el tito Alex!

—Ya lo veo, cariño.

—¿Me has traído regalos?

—¡Maddie! —la regañó Zac.

—¿Es verdad que voy a tener un hermanito? —preguntó mirando muy seria a su madre.

—¿Y tú cómo has podido saberlo?

—El tito ha dicho que iba a ser tío otra vez, y solo es tío porque estoy yo.

—Vaya, ¿y tú sola has llegado a esa conclusión? —indagó Alex.

—Pues claro. ¡Ni que fuera difícil! ¿Y mis regalos?

Los tres se echaron a reír.

—Primero, lávate las manos. Después, la cena. ¿Y por último?

—Los regalos, mamá.

—¡Exacto! Venga, ¡corre a lavarte!

El escritor la dejó en el suelo y la niña salió escopeteada hacia el baño. Cogió a la gata y Alice le indicó dónde tenía el trasportín. La dejó allí y volvió al salón con ellos.

—¿Y todo va bien? —Alex miró a su hermana expectante.

—Supongo que sí. La semana que viene, tengo cita con la obstetra. Por las fechas que he calculado, creo que aún me faltan unas tres o cuatro semanas para saber el sexo, pero lo único que quiero es que esté sano y punto.

—Verás que dentro de nada estás gritándole para que no meta los dedos en el enchufe —se burló Alex.

—¡Como si hubiera dejado de hacerlo en algún momento!

Los tres se dirigieron a la cocina para preparar la cena. El pavo llevaba horas en el horno. Entre copas, risas y bromas pasaron la velada hasta que llegó el momento de repartir los regalos. La pequeña se volvió loca con sus juguetes.

Alice se quejó por el collar de Swarovski con los pendientes a juego y Zac por su cámara de fotos profesional. Alex se había volcado en su familia. Ellos eran el ejemplo perfecto de que el amor podía existir. Se dio cuenta de que tal vez el suyo estaba lejos de Nueva York, sin embargo, se ciñó a disfrutar de la noche y a olvidar a la chica que no dejaba de pensar en él, aunque él se negara a reconocerlo.



A las seis de la tarde, el cáterin que habían contratado Nora y la madre de Cass acabó de preparar la impresionante mesa de Bloomingdale's. Mantel de hilo bordado, candelabros de cristal de Murano, cubertería de plata y vajilla de Limoges con el filo dorado a fuego. Un regalo de última hora de la madre de él para la forzada ocasión.

Cassandra no se había molestado en mirar el menú. ¿Para qué? Había intentado dar su opinión en un par de ocasiones y las dos la habían ninguneado mientras se reían de sus desacertadas elecciones de golosa empedernida.

El vestido que había elegido para la ocasión era espectacular. Lo había encontrado en una tienda escondida al final de la Sexta Avenida. En ese momento no recordaba el nombre, ni

importaba. Se miró al espejo que eligió meses atrás, en aquel apartamento que debería haberse convertido en su hogar. Parecía la versión modernizada de Julia Roberts en la película *Pretty Woman.* Inspiró profundamente para afrontar esa pantomima.

Cuando salió, Bill estaba hablando con su padre y su madre en el salón mientras los tres sostenían una bebida en la mano.

Ella inspiró y fingió su mejor sonrisa.

—Hola, Cassandra. Estás preciosa —dijo el viejo editor.

—Hola, Parker. —Ella se acercó y le dio un beso en la mejilla—. Nora.

—Qué vestido más… —Su respuesta quedó en el aire, pero su expresión dejaba patente que no le había gustado en absoluto.

El timbre de la puerta sonó y uno de los muchos camareros fue a abrirla. Su familia apareció al completo junto a Rachel y Maverick. En esta ocasión, la editora sonrió de verdad. Puede que el que hubiera pensado que «los refuerzos habían llegado» tuviera mucho que ver. Y, en cierto, modo, tenía razón.

Uno a uno los fue saludando y, una vez que todos dejaron los abrigos, se fueron acomodando en las distintas zonas de la estancia. Fue entonces cuando los camareros comenzaron un baile sincronizado para servir los entrantes mientras ellos tomaban una copa.

—Estás impresionante, Cassandra —dijo Rachel. Caleb, Sam y Mav se le sumaron.

—Desde luego —comentó su hermana.

Su madre se acercó para formar parte de una conversación que le parecía desacertada. El vestido que llevaba puesto su hija no era el que le había elegido para la ocasión. Le resultó vulgar y excesivo, cosa que no tardó en compartir con todos.

—Cassandra, me sorprende mucho lo que llevas. ¿Y el Dior que te compré el otro día? Desde luego ese era mucho más discreto y elegante que ese.

—¡Mamá! —se quejó Sam.

—Está donde me dijiste, en el fondo del armario —respondió Cass sin inmutarse.

—Te dije que ese vestido era fondo de armario, es decir, que servía para cualquier ocasión —la rectificó Grace.

—Debo de haberlo entendido mal…

Sam se dio la vuelta para no soltar una carcajada. Rachel apretó sin darse cuenta la mano de Caleb y Maverick bajó la mirada para que su futura suegra no buscara su apoyo.

—Eso debe de ser. Bueno, ¿qué tal lo estáis pasando? —preguntó como si ella fuera la anfitriona—. El cáterin me parece excelente.

—Sí, claro. Los entrantes son exquisitos —respondió Cass con una sonrisa calculada.

—Pues a mí me parecen horribles. ¿Es que no había nada con hojaldre o paté? —se quejó Sam.

—¿Es que quieres ponerte como tu hermana?

—¡Mamá! —la regañó la bróker—. Discúlpate ahora mismo con Cass.

—Bueno, hija. No ha sido mi intención. Es que el peso es algo que hay que cuidar. Además, si algún día me hace abuela, debe tener en cuenta que esos cinco o seis kilos de más por el embarazo no se van solos si no te esfuerzas. Lo digo solo por su bien.

«Asalto cien. Uff», se dijo Cass.

—Pues no lo vuelvas a decir, mamá. —Esta vez el que la defendió fue Caleb.

Rachel tenía una expresión muy seria. No era cuestión de responderle una grosería a la madre de su amiga antes de la cena, pero estaba a solo una lindeza más de ser incapaz de controlarse.

El metre intervino en el mejor momento para rebajar la tensión.

—Señores, si son tan amables. La cena está preparada —dijo con voz firme pero educada.

—Adelante —se dirigió a Grace sus consuegros.

Carmichael se acercó a su hija mientras todos ocupaban sus asientos. No había podido hablar con ella en toda la noche y aún tenía la esperanza de hacerla entrar en razón.

—¿Cómo estás, Cassou?

—Bien, papá. ¿Y tú?

—Bueno, deseando que toda esta pantomima acabe.

—Pues ya somos dos.

—Carmichael, tú te sientas al lado de Nora —impuso Grace—. Venga, dejad de hablar ya y sentaos.

Cuando Cassandra se dio la vuelta, las tripas se le revolvieron. Bill había escogido el lugar opuesto para presidir en la mesa, lo que la dejaba justo en el lugar donde Peyton había puesto su cuerpo desnudo mientras él arremetía contra ella.

No pensaba aceptar ese golpe bajo ni loca, así que caminó hasta llegar donde se había sentado Bill y con empalagosa amabilidad, le hizo una petición a su futuro marido, quien no se pudo negar.

—Cariño, la luz me molesta un poco y no quiero acabar la preciosa velada con dolor de cabeza. ¿Te importa cambiarme el sitio? Sé que a ti nunca te han afectado estos focos —dijo con una voz tan melosa que Sam acabó mirándola sin entender nada.

Bill sonrió porque sabía el motivo. Todos tenían la mirada fija en él, de modo que no pudo rechazar la petición de Cass, ya que ella no podía habérselo pedido con más dulzura y delicadeza.

—Claro, cariño —respondió en el mismo tono.

Él se puso en pie y, en cuanto pasó a su lado, la detuvo para darle un beso en los labios. Un beso que ella tampoco pudo rechazar.

«Hijo de perra», pensó Cass, que cerró los puños con disimulo mientras trataba de no estamparle uno en la cara.

La cena se desarrolló entre alabanzas constantes de Grace hacia sí misma. Nora no se amilanó y se echó el mérito de la elegantísima vajilla y de los candelabros. Entre las dos tuvieron un pulso para demostrar que la elección de los platos había sido la más acertada. Entretanto, Cass trataba de no fijarse en cómo la miraba Bill con satisfacción. Parker estaba absorto en una conversación con su padre. Caleb se quejaba de que las patatas estaban un poco frías, y Sam reía con Maverick sobre un comentario que había hecho de la bolsa.

Tantas personas y se encontraba sola. Se preguntó qué estaría haciendo Alex, hasta que su madre decidió romper la magia.

—Cassandra, haz el favor de no comerte las patatas. Primero, no necesitas más hidratos y, segundo, sabes de sobra lo lejos que estás de la talla cero como para seguir zampándotelas como si nunca hubieras comido. Por favor, contrólate un poco.

—Sí, cariño. Haz caso a tu madre, ella tiene razón —malmetió Bill, aprovechando el apoyo incondicional de su siempre fiel suegra.

—¿Ves? Hasta Bill me apoya. Y tú decías que le gustabas estando así —agregó con una mueca de reprobación.

A Sam se le escapó un sonoro «Ahh». Todos callaron y miraron a Cassandra, esperando una réplica.

—Mamá, pídeme disculpas —dijo muy seria, soltando sin cuidado los cubiertos encima del plato.

Nora la miró con los ojos muy abiertos. Le dolía más cualquier desperfecto en la vajilla que lo que pudiera decirle su consuegra a su futura nuera.

—No digas tonterías. Solo lo hacemos por tu bien —se mantuvo en sus trece.

—Mamá, no te lo voy a repetir. Pídeme disculpas. Llevas toda la semana machacándome. Hoy en especial…

—Normal. Has decidido vestirte de *Pretty Woman* regordeta y eso solo te ha dejado en ridículo.

Bill soltó una carcajada. Nora se limpió con la servilleta, pero detrás escondía una sonrisa.

—¡Grace, por el amor de Dios! —la censuró Carmichael subiendo el tono de voz.

—Vamos, vamos —medió el joven Morris—, tu madre y yo solo queremos lo mejor para ti, Cassie.

—Gracias, Bill. Menos mal que tú siempre estás de mi lado —puntualizó su madre.

Aquello fue la gota que colmó el vaso rebosante de Cassandra. Miró a sus hermanos y vio cómo ambos asentían a la vez sin ni siquiera haberlo preparado.

—¿De tu lado…? —comenzó la editora—. ¡Dices que Bill siempre ha estado de tu lado! —Rio con todos los nervios temblando a la vez.

Él la miró y negó despacio, como si con esa respuesta hubiera adivinado qué venía después.

—Claro que sí —aseguró Grace.

—Bill es el mejor, ¿verdad?

—¡Haz el favor de bajar el tono!

—Bill es un cúmulo de aciertos y yo siempre soy el patito feo de la fiesta, ¿no, mamá?

—¡Compórtate, Cassandra!

—¡Bill es un maldito hijo de perra que lleva semanas chantajeándome con un vídeo tuyo pasando la noche con un actor al que conoces en profundidad! —gritó a todo pulmón—. ¿Sabes de lo que hablo, mamá?

—¿Qué estás diciendo? —preguntó ella abochornada.

Cassandra sacó todo lo que llevaba semanas tragando y acabó contando lo que Bill había hecho. Les detalló la extorsión a la que la había sometido y las amenazas constantes a las que se había tenido que enfrentar para protegerla a ella y a la familia. Por supuesto, omitió lo que había ocurrido con Alex; pero Morris era tan inconsciente que, en un intento de defenderse, le echó en cara que ella le había sido infiel con el escritor en la productora, a lo que ella señaló el lugar exacto donde Peyton había dejado impresa su anatomía.

Aquello era un caos.

Carmichael trató de pegarle un puñetazo a Bill por el chantaje al que había sometido a Cassou. Parker lo detuvo para no empeorar las cosas, pero no dejaba de gritarle a su hijo que era un desalmado. Grace discutía sin reparos con Nora y Bill, que se había librado por los pelos del puñetazo de su futuro suegro, no tuvo tanta suerte con Caleb, que acabó por noquearlo al cogerlo desprevenido.

Los camareros estaban bloqueados sin saber qué hacer o a quién acudir. El espectáculo que estaba ofreciendo aquella familia era digno de llevar a la gran pantalla. Una de las chicas trató de grabarlo, pero Rachel la vio y le arrancó el móvil de la mano.

—¡Como alguien grabe una sola palabra o imagen, os vais a enfrentar a una demanda

judicial! Los móviles de todos aquí, ¡ya! —dijo, cogiendo una de las bandejas limpias del aparador.

Los seis camareros restantes soltaron los móviles. Rachel revisó el de la chica, que estaba desbloqueado, y borró lo poco que le había dado tiempo a grabar.

—¿Alguien más ha grabado algo? —preguntó Caleb, poniéndose a su lado.

—Lo mejor será que lo compruebes uno a uno —insistió ella, dándole el móvil con las manos temblando.

—¡Eso es ilegal! —dijo la chica a la que Rach le había arrebatado el teléfono.

—Es esto u os demando a todos por grabarnos sin nuestro consentimiento y en nuestra propia casa. Créeme, no vas a encontrar otro trabajo en la ciudad como se te ocurra difundir cualquier cosa que hayas visto u oído esta noche. —La voz de Caleb mostraba una férrea determinación.

—Mira, yo no quiero líos —acabó diciendo otra camarera—. Ese es mi teléfono.

Caleb se lo dio. Ella lo desbloqueó en un par de segundos y le mostró las imágenes. No tenía nada de aquella noche. El resto de los compañeros hizo lo mismo, con lo que no había quedado ni una sola prueba de aquella discusión, que aún estaba en su punto álgido.

—Marchaos. Se os abonará el doble de lo estipulado esta noche. Si alguno da una exclusiva…

—Nadie hará o dirá nada —comentó el metre, que era a su vez el dueño del cáterin—. Se lo aseguro —añadió, mirando a la chica que seguía refunfuñando.

Ella torció el gesto y acabó por asentir una vez. Sabía que la oportunidad de tener el vídeo del año se le había escapado de entre los dedos, pero enfrentarse a una demanda contra los Wallace no le compensaba para nada. Ya no.

Una vez Caleb y Rachel cerraron la puerta, ella se abalanzó a su boca para darle un beso corto, aunque cargado de intenciones.

—¿Y esto? —preguntó él.

—Por defender a Cassandra.

—Si lo hubiera sabido antes…

—La recompensa la tendrás luego, pero ahora… —dijo haciendo un barrido con los ojos hacia el salón.

—Vamos a acabar con esto antes de que llegue la sangre al Hudson.

Cuando regresaron al salón, los dos se quedaron atónitos. La escena que se desarrollaba era grotesca. Bill tenía un ojo morado y le gritaba a Cassandra algo sobre que era igual o peor que él. Nora seguía discutiendo con Grace, calificándola de todo tipo de adjetivos explícitos y acertados con su disoluta conducta. Parker, pese a tratar de que Carmichael no acabara dejándole el otro ojo morado a su hijo, vociferaba que cómo se le había ocurrido hacerle eso a la familia de uno de sus mejores amigos, y que estaba dispuesto a despedirlo de la editorial. Sam metía baza, apoyando en todo momento a su hermana, y Maverick se ciñó a estar a su lado porque aquello era lo último que esperaba encontrarse en la cena de Acción de Gracias. Además, a él no le correspondía decir nada.

La discusión duró más de dos horas. Cassandra les dejó claro a todos que no pensaba casarse con Bill. Regresaría a Los Ángeles y que, si él se atrevía a compartir algo de su madre o suyo, se verían en los tribunales y acabaría por hundir aún más su reputación dando una exclusiva, pero que esa pantomima había acabado y jamás volvería a verlo.

Tras salir en tropel la familia Wallace de aquel ático, el ambiente estaba demasiado tenso en el ascensor como para pasarlo por alto. Carmichael se sentía muy avergonzado porque los

Morris hubieran descubierto la infidelidad de su mujer, aunque debía reconocer que también sentía verdadero orgullo y admiración por su hija. Cassou había demostrado tener la valentía suficiente que a él le faltó años atrás como para decidirse a exponer lo sucedido. Había logrado acabar con todo aquello, y eso era algo por lo que estaría feliz durante el resto de su vida, ya que ella no iba a hipotecar la suya para ocultar una mentira.

Grace, en cambio, estaba tan enfadada que le hervía la sangre. Aun así, llevaba el mentón levantado con altanería, como si su infidelidad no tuviera más importancia que la de una carrera en una media. Le dolía la traición de Bill, pero lo que más le molestaba era que Cassandra la había defendido. Su soberbia no le permitía reconocer que, si no hubiera sido por ella, sería el hazmerreír de todos y su reputación habría quedado destruida.

Cuando llegaron al bajo, Cass se despidió de su padre, pero fue incapaz de darle un beso a su madre. Grace solo asintió una vez y salió muy digna hacia la calle. Carmichael levantó la mano y volteó los ojos en señal de que su decisión estaba tomada respecto a su mujer. Salió tras ella y acabó cogiéndola del brazo para llevarla a su coche.

Las puertas se cerraron. Mientras bajaban al sótano, Cass abrazó a sus hermanos. Una vez salieron del ascensor, ella se ofreció a llevarlos.

La zona era complicada para aparcar y las dos parejas habían compartido taxi.

—¿Cómo te encuentras, Cass? —preguntó Sam, que iba sentada a su lado.

—Extraña. Liberada.

—¿Qué crees que le pasará a Bill? —dijo Rachel.

—Supongo que nada, aunque dudo mucho que Parker quiera verlo por la editorial durante un tiempo.

—¿Me estás diciendo que no se va a llevar su merecido? —insistió su amiga.

—Se lo ha llevado. No se casa conmigo y va a quedar como un estúpido por dejarme escapar por segunda vez. De todos modos, no es lo que más me importa en este momento.

Sam le cogió la mano y se la apretó.

—¿Vas a ir a por él? —preguntó Maverick, que apenas había hablado desde que comenzó la pelea.

—Si puedo, volaré mañana mismo —se sinceró ella.

—Buena suerte, Cass. Alex está cerrado en banda. Pero, si puedo ayudarte en algo, cuenta conmigo. Y gracias por no permitir que Bill compartiera vuestro vídeo, eso hubiera hundido su carrera.

—No seas tan exagerado —se quejó Rach, que pensaba que con ese comentario defendía a Cass.

—Él tiene razón, Rachel —la cortó la editora—. La razón principal de romperle el corazón y de no contárselo es que a Alex no le hubiese importado tirarlo todo por la borda con tal de ayudarme. Yo lo amo mucho más que eso. No podía permitir que su trabajo se resintiera por mi culpa, y estoy segura de que él hubiera hecho lo mismo por mí, pese a que no quiera oírlo.

—Cuenta con nosotros —dijo Caleb.

—Con todos —añadió Sam.

Cassandra sonrió porque aquella noche la velada había terminado con su suplicio. La cuestión era que la condena acababa de empezar.

Alex no se lo iba a poner nada fácil, pero después de haberse librado de Bill, cualquier cosa había dejado de ser imposible.

Incluso volver a conquistar el corazón del hombre que, en ese momento, se juraba que jamás volvería a amarla.

CAPÍTULO 28. DESEADME SUERTE

Alex regresó de madrugada con Anora. Tras dejarla en la entrada, cerró la puerta. Encendió las luces e inspiró hondo para disfrutar del silencio. La noche había sido preciosa. El nuevo embarazo de su hermana, la pequeña Maddison revolucionándolo todo, y Zac haciendo cientos de fotos con una sonrisa constante en los labios.

Avanzó hasta el bar y se sirvió la última. Encendió el televisor y buscó en la parrilla una chimenea para tenerla de fondo. La gata se sentó a su lado y se hizo un ovillo. Él la acarició mientras el primer sorbo le devolvía a su antigua vida.

Estar solo no significaba una hecatombe. Durante muchos años, había llevado muy bien la soltería y la falta de compromiso. Ahora todo era diferente. Esa noche le había mostrado algo importante que se estaba perdiendo. El amor de una pareja enamorada, la risa de una niña entregada a ser feliz y el calor de un hogar imperfecto, pero, aun así, maravilloso.

Sabía que todas las relaciones tenían altibajos. La de su hermana no era ideal, ni mucho menos, pero tanto Zac como ella se habían preocupado y esforzado cada día para que funcionara lo mejor que sabían. Nadie podía poner en duda que así había sido, puesto que habían creado una nueva vida desde el amor más profundo, y era justo aquello lo que había despertado en Alex la voluntad de cambiar.

El escritor tenía muy presente que tal vez no consiguiera esa felicidad tan especial que tenía su hermana, pero quizás lograra encontrar en alguien algo similar que llenara su vida con risas, bromas y discusiones llenas de razones que terminasen en un consenso.

Cerró los ojos y Cassandra se coló en su mente. Era inevitable y tremendamente doloroso. «Te quiero, Alex. Nunca lo dudes», reprodujo una vez más sus palabras.

—Sí, me quieres tanto que no has sido capaz de confiar en mí —dijo mirando a las llamas y elevando la copa como brindis.

Anora se desperezó para terminar subiéndose a sus piernas. Él acarició su lomo mientras bebía otro sorbo. Estaba cansado de sentirse miserable. Ya había pasado más de una semana y no tenía noticias de ella, lo único de lo que sí podía «disfrutar» era de un sinfín de fotografías de varios almuerzos que había compartido con Morris y con las madres de los dos. La boda seguía viento en popa y, para colmo, estaba seguro de que ya tendría el vestido de novia y demás parafernalia.

«Espera al dieciocho de diciembre, por favor. Tal vez cambies de opinión y pueda explicarte…», sus palabras volvieron una vez más para terminar de herirle.

Maldijo por no haberla dejado acabar. «¿Qué demonios iba a pasar el dieciocho?», se preguntó de nuevo.

Apuró el vaso, lo dejó en la mesa y cogió el móvil para revisar los múltiples mensajes de felicitaciones. Maverick y Sam, Lucille y Theo, Samuel y su mujer, Ben Allen junto a su familia… Volvió a reír por el *selfie* de Isaiah con April en la casa de ella. Había invitado incluso a los padres de su amigo, por lo que aquello solo podía significar que su relación iba de maravilla. Se alegraba mucho por ambos y esperaba que tuvieran el final feliz, ese mismo que parecía inalcanzable para él.

Como una polilla atraída de forma irremediable por la luz, acabó por revisar los últimos wasaps que había compartido con Cass. No eran especialmente memorables. Algún «Llego en cinco minutos», otros «Voy a ganar la apuesta» y muchos «Señor escritor».

Pulsó para ver los archivos en la aplicación. Allí tenía todas las fotos que se habían enviado. Las repasó una a una dándose cuenta de lo mucho que la echaba de menos, pero también de que era incapaz de perdonarle que no hubiera confiado en él.

Estaba harto de repetir lo mismo. Tal vez su reacción fuera infantil y exagerada. En realidad, en un momento de la noche, fue la misma que había tenido su sobrina cuando habían estado pinchándola para no contarle un secreto, que terminó siendo algo tan simple como que el postre era una tarta casera de chocolate y vainilla. Su preferida.

Se pasó la mano por la frente mientras negaba despacio. Lo que había sucedido con ella no era lo mismo ni podía compararse con esa simpleza. Pensar en que Bill hubiera podido separarlos le aclaraba muchas cosas. Como, por ejemplo, ¿y si encontraba algún trapo sucio más de la familia de Cass? ¿Dónde la dejaría a ella entonces? ¿Saldría de nuevo corriendo para tapar un problema que no era suyo?

La gata saltó de su regazo para estirar las piernas. Aquello le pareció una señal para irse a dormir de una buena vez. Eran cerca de las tres de la madrugada y estaba comenzando a desvariar. Pasada la hora mágica, no debían tomarse decisiones ni dejar que los pensamientos asieran las riendas de la realidad, porque la mayoría de las veces acababan provocando un caos difícil de solucionar.

Apagó el televisor y se desperezó. Caminando hacia su dormitorio, cometió el error de contestar a sus dudas. «Cass siempre saldrá corriendo para proteger a su familia», condensó en una única frase la respuesta a todas ellas.

Tras meterse en la cama, repitió algo que se había vuelto una costumbre: pasó el dedo por la marca que ella había hecho en su cabecero, pero, en esta ocasión, frotó con energía y acabó por borrarla.

—Adiós, Cass… Cassandra —dijo con tristeza.

Anora saltó a la cama y él apagó la luz para dejar atrás sus fantasmas. Había tomado la decisión de tener una nueva oportunidad en el amor, pero ya no sería con la editora de sus sueños.



Cassandra, aún despierta, hacía horas que se había despedido de los cuatro. Le era imposible dormir. Recuperar su vida y la libertad le habían insuflado una inyección de adrenalina. Aún se encontraba en el salón con las luces apagadas. La pantalla del enorme televisor mostraba una chimenea y las llamas del vídeo llenaban de tonalidades rojizas y anaranjadas la estancia.

Ya tenía el vuelo comprado para las doce del mediodía. A primera hora, llamaría a Samuel para decirle que volvía a casa. Aún debía hacer la maleta, pero allí no tenía nada que le resultara imprescindible. Quizás la ropa que le había comprado su madre. Lo sensato sería llamar a Sam para que le hiciera el favor de devolverlo todo. Las prendas estaban colgadas en un armario con las etiquetas puestas. No las quería porque eran un recordatorio constante de los chantajes a los que se había visto obligada a sucumbir. Y, aunque solo habían sido unas pocas semanas, eso no le restaba importancia a los sacrificios que había hecho para que sus vidas se mantuvieran inalterables. Posiblemente, esa reflexión estaba un poco idealizada por su parte. Desde luego, nada se iba a mantener «inalterable», o puede que sí. Algo le decía que la discusión de aquella noche iba a permanecer para siempre en la memoria de su madre por muchas razones.

Su expresión, al salir del ascensor, era la de la dignidad absoluta, pero también había dolor y arrepentimiento en sus ojos. Un gesto hacia su padre le había tocado el alma. Justo antes de cerrarse las puertas del ascensor, vio cómo él le había ofrecido su brazo y ella no había dudado en aceptarlo, pero no solo eso. Acabó por apoyar la cabeza en su hombro y su padre hizo lo mismo en la de ella.

Tal vez su madre fuera demasiado estricta, altanera, exigente y difícil de entender, pero allí, sin testigos, había demostrado un instante de debilidad y amor. Ella no era quién para juzgar la relación de sus padres, aunque de lo que sí estaba segura era de que no quería tener nada parecido.

Con ese pensamiento apagó el televisor y se tapó con la manta que había compartido con él. Olía a limpio, a detergente con un toque especiado y a flor de cerezo. La chica que limpiaba su apartamento siempre utilizaba la misma mezcla. Cerró los ojos deseando que él estuviera a su lado. Deseaba notar su piel, perderse en sus besos y reír con sus comentarios mordaces y llenos de vida.

Echaba de menos todo de Alex, y mientras recordaba la sensación de sentirse amada de verdad, se quedó dormida sin poder distinguir si lo que había visto era un sueño o lo que deseaba con toda su alma.

Como cada mañana, el despertador sonó a las ocho. Cass lo apagó con una sonrisa. Se levantó convencida de que todo se solucionaría.

Después de ducharse, comenzó a hacer las maletas. Las llenó con lo imprescindible porque se había dejado la mayor parte de sus enseres personales en California. Tan solo se llevaba algo más de abrigo, algunos vestidos y lo que consideró que no quería dejar atrás. Por supuesto, la pluma que le había regalado el escritor fue lo primero que metió en el bolso junto con su documentación.

Diez minutos después, tras pedirle al conserje que le consiguiera un taxi, bajó con las dos maletas al vestíbulo.

De camino al aeropuerto, llamó a sus padres para despedirse. Grace le deseó que encontrara lo que buscaba en la otra ciudad y Carmichael que esperaba verla para Nochebuena. No hubo negociación, el cabeza de familia no le iba a permitir que se saltara esa cena. Cass aceptó, pensando que tal vez para esa fecha pudiera llevar a Alex con ella. Después les tocó el turno a Sam y a sus dos mejores amigas.

—A ver, ¿estamos las cuatro?

—Sí —respondieron todas.

—Oli, no sé si ya te has enterado de lo de anoche —dijo Cass.

—Rachel me ha llamado esta mañana para ahorrarte el mal rato de contármelo. ¿Cómo estás?

—Primero, gracias, Rach.

—De nada, preciosa —respondió la profesora.

—Y, segundo, por una parte, estoy muy contenta, pero, por otra, quiero arreglar lo mío con Alex, solo que aún no sé cómo voy a hacerlo —reconoció la editora.

—Estoy segura de que encontrarás la manera. Eres la más lista de todas —agregó Olivia.

—¡Eh! —se quejó Sam—. Bueno, vale.

Las cuatro se echaron a reír.

—¿Y tú cuándo vuelas a Los Ángeles?

—Al final, el miércoles. La entrevista se ha retrasado al viernes —respondió la periodista.

—¿Quieres quedarte en mi casa? Así te ahorras el hotel.

—Te lo agradezco, pero Gabriel…

—¿Cómo? —dijeron las tres.

—Sí, ¿qué pasa? Gabriel me ha invitado a pasar unos días en su casa y yo he aceptado para ver cómo nos va. De todos modos, he cogido un par de semanas de vacaciones. Me deben aún cerca de un mes en horas extra, así que mi jefa no ha dicho ni «mu» porque le da algo si dejo el trabajo.

—Me alegro, Olivia —dijo Cass.

—Y nosotras —añadieron Sam y Rachel.

—Bueno, chicas, estoy llegando a la terminal. Os envío un wasap en cuanto esté en el apartamento. Esta tarde voy a intentar hablar con Alex, así que deseadme suerte.

—¡Toda para ti! —le desearon las tres.

Cass colgó y se dirigió a las pantallas. Su vuelo aún no tenía la puerta asignada, de modo que decidió desayunar algo. Apenas había dormido y los nervios le estaban jugando una mala pasada, pero nada se podía comparar a la tensión que le esperaba para recuperar al chico del que se había enamorado, e iba a dar lo mejor de sí para que la perdonara.

Tras sentarse en una mesa, abrió WhatsApp para enviar un mensaje que sabía que iba a terminar en una llamada.

Cassandra_09:58
Siento despertarte, pero estoy en el aeropuerto a punto de coger un vuelo.

La agente inmobiliaria no tardó ni treinta segundos en llamarla.

—Cass, ¿de qué estás hablando?

—Todo se ha acabado, April. Vuelvo a casa…



Alex ignoró la alarma y durmió hasta cerca de las diez de la mañana. Hacía años que no se quedaba en la cama hasta tan tarde, pero había estirado demasiado la noche anterior y ahora notaba los efectos devastadores de no haberse ido a descansar en cuanto llegó a casa.

Tenía una llamada perdida de Isaiah. Supuso que quería saber cómo se encontraba y también para contarle qué tal había ido todo en la cena con la familia de April.

Primero fue a la cocina para prepararse un café y un par de tostadas. Necesitaba cafeína con urgencia.

—Hola, Alex. ¿Qué tal anoche? —preguntó el surfista.

—Genial. Los tres te mandan recuerdos.

—A ver si me paso un día y hacemos una barbacoa. Me encantaría presentarles a April.

—Pues si quieres, la semana que viene o la otra. Después tendré que volver a Nueva York porque tengo otras firmas.

—Estás que no paras.

—Mira quién fue a hablar.

—Sí, mejor me callo.

Se echaron a reír.

—Bueno, ¿has sabido algo de…? —No se atrevió a terminar.

—No, y tampoco lo espero.

—Ya solo quedan diecisiete días. Eso pasa enseguida.

—¿Y voy a hipotecar mi vida a su voluntad? —se quejó el escritor, harto de tener que ceder siempre.

—Si yo la quisiera como tú lo haces, esperaría lo que hiciera falta —soltó muy serio.

—Suerte que no soy tú. Si no te importa, cambiemos de tema. ¿Qué tal en la cena? —Isaiah dejó escapar una pequeña risa—. ¿Así de bien?

—Diría que incluso mejor. Mi madre se ha enamorado de April y mi padre se ha vuelto íntimo del suyo. Todos congeniaron desde el minuto uno y yo no puedo estar más feliz.

—Me alegro mucho por ti, de verdad.

—Lo sé. La quiero y no puedo esperar ni un solo día más sin que vivamos juntos.

—¿Y no es mejor esperar un poco para ver cómo os va antes de tener que echar marcha atrás? —Alex solo quería ayudar a su amigo, pero, en realidad, había un poco de envidia y miedo en su pregunta.

—Eso sería si no lo tuviera claro, que no es el caso.

El escritor asintió e inspiró hondo.

—Entonces, no la dejes escapar —dijo desde el fondo de su corazón.

—Es lo que pienso hacer. El año que viene, le pediré que se case conmigo, pero aún no sé cuándo. Quiero darle una sorpresa con alguna escapada. Aunque, primero, ¡he de comprarle un anillo!

—Sea cuando sea, estoy seguro de que te dirá que sí. Enhorabuena, Isaiah.

—Gracias, Alex.

El escritor colgó con una sonrisa triste en los labios. Se alegraba por su amigo. De eso no tenía ninguna duda, pero él seguía justo donde se encontraba antes de conocer a Cassandra.

Ya estaba cansado de esperar, así que cogió el teléfono y decidió hacer una llamada para probar suerte.

—Hola, Xena.

—Hola, Adam. ¿En qué puedo ayudarte?

—Me preguntaba si te apetecería salir esta noche a cenar.

La chica se mordió el labio inferior y cerró con fuerza los ojos mientras apretaba un puño en señal de triunfo.

—Me apetece mucho.

Él dibujó una sonrisa. Su entonación la había delatado.

—Envíame tu dirección y te recojo.

—Mejor dime dónde cenamos. Prefiero ir en taxi.

«Chica precavida. Buen comienzo», se dijo.

—De acuerdo. Hago la reserva y te aviso. Nos vemos luego.

—Lo estoy deseando.

Al escritor le gustó su disposición, pero, al mismo tiempo, le apenó tener que empezar de nuevo. Y no era que Xena no fuera una mujer atractiva. De hecho, unas semanas atrás, estuvo a punto de llevarla a un hotel para pasar la noche con ella. El caso era que algo lo detenía. La razón: continuaba enamorado de Cassandra, pese a estar enfadado con cada fibra de su ser por lo que él consideraba una traición a su palabra.

Miró la hora, las once y media. Probó suerte, pero en el restaurante que había elegido nadie cogía el teléfono. Quizás era pronto para hacer una reserva, así que llamaría un poco más

tarde.

Decidió darse una ducha. Al salir, se topó con el servicio de limpieza. Los saludó y se metió en el despacho para tratar de escribir algo, pero le fue imposible. Se encontraba demasiado alterado como para hablar de amor. Como mucho, podría hacer que los personajes se sintieran miserables y que terminaran rompiendo porque enamorarse, tal y como recordaba, era un asco.



Mientras caminaba hacia la puerta de embarque, Cass recordó que debía llamar a Samuel.

Aún era pronto en Los Ángeles, solo las ocho y media. Tendría que ser suficiente. Si la llamaba, no le podría contestar, ya que estaría en pleno vuelo.

—Buenos días, Cassandra. ¡Qué temprano me llamas! ¿Pasa algo?

—Buenos días, Samuel. Sí, algo muy bueno.

El editor notó un cambio en el timbre de su voz, pero supuso que tal vez la fiesta de la noche anterior tenía mucho que ver.

—Ah, ¿sí? Bueno, pues tú dirás. Y, por cierto, ¿qué tal la cena de Acción de Gracias?

—La cena… liberadora. Por eso mismo te llamo, jefe. Vuelvo a Los Ángeles.

—Bueno, aún es pronto, pero no me viene mal reunirme con el equipo antes de que comience la campaña de Navidad. Esto de que no hayan coincidido Acción de Gracias y el Black Friday en la misma semana me tiene despistado.

—Lo cierto es que a mí también. En cuanto a mi vuelta, creo que no he sabido explicarme. Viajo con billete solo de ida, Samuel. Todo se ha… acabado. Estoy en el aeropuerto a punto de embarcar.

—¿Todo se ha acabado? ¿Es que ya no vas a casarte?

—Me alegra decirte que no.

—Bueno, entiendo que es una muy buena noticia para ti. ¿Y cómo te encuentras?

—¿La verdad? De maravilla. Yo… quiero contarte qué sucedió, pero preferiría hacerlo en persona.

—Cassandra, no tienes por qué. Ahora me doy cuenta de que estuvo mal por mi parte exigírtelo. Supongo que tuvo que ser algo muy personal que tuviste que afrontar sola.

—Estabas en tu derecho. Te debo más de lo que crees, Samuel. Y me alegra poder decirte que no lo afronté sola, pero sí que fue muy duro, además de personal y… terrible. —Inspiró hondo y suspiró.

—Lamento mucho oír eso. ¿De verdad que te encuentras bien?

—Mejor que nunca o casi. He de dejarte, ya ha llegado el personal de vuelo y la gente se ha vuelto loca haciendo la cola.

—¿Ya sale tu avión?

—A las doce, y parece que va puntual. Aterrizaré sobre las tres y media más o menos. Eso si no hay retrasos —dijo riendo.

—Esperemos que no. El lunes me pondrás al corriente, ¿te parece? —negoció con ella.

—Por supuesto. Gracias, Samuel. Jamás olvidaré lo que has hecho por mí.

—Buen viaje, Cassandra.

Tras colgar, se decidió a enviar un wasap más. No sabía cómo se lo iba a tomar, pero necesitaba sacar fuera lo que sentía y no podría viajar más de seis horas sin haberlo hecho.

Alex estaba revisando las últimas líneas que había podido escribir cuando un mensaje sonó en su móvil. Al ver quién se lo enviaba, el corazón le dio un vuelco. Se pasó la mano por la frente antes de decidirse a leerlo.

Cassandra_11:59
No sé ni cómo pedirte perdón, pero estoy a punto de despegar y

Eso era todo. Las pulsaciones de Alex se duplicaron en un instante porque ella iba a volar. «¿A dónde? ¿A Los Ángeles? ¿Al maldito infierno? ¿A dónde?», se repitió. Se quedó como un pasmarote esperando una respuesta que no llegaba. Quizás se había quedado sin batería o no había podido continuar por el despegue.

Decidió que no quería quedarse sin saberlo y comenzó a escribir.

"Eres única para crear expectación". Lo borró.

"Espero que tengas buen vuelo". «¡Serás idiota!», se regañó y lo borró.

"No sé qué esperas de mí". Aquella respuesta fue la que le pareció la más cercana a lo que sentía y acabó por escribirla.

Alex_12:07
No sé qué esperas de mí.

Le dio a enviar y se quedó mirando la pantalla, pendiente de una respuesta que seguía sin llegar. Soltó de malos modos el móvil en la mesa y se puso en pie para caminar de un lado a otro. Nada había cambiado. Pese a no querer pensar de nuevo en ello, el dolor no desaparecía y era un recordatorio constante de que Cassandra lo había relegado a un segundo plano. Se enfadó porque no paraba de envenenarse con los mismos pensamientos, pero no era capaz de salir de ese círculo vicioso de autocompadecerse por su decisión.

De un modo u otro, había perdido a la chica. Y a esas alturas no quería recuperarla. No así. Cogió el móvil y llamó al restaurante. Acto seguido, le envió a Xena la dirección y la hora. Se negaba a ser un monigote en manos de Cassandra. De continuar poniendo sus necesidades por encima de las suyas. No soportaba su falta de palabra. Y aunque tuviera la mejor excusa del mundo, ¿qué iba a significar para él?

Alex continuó dándole vueltas, quejándose por su interminable perorata sobre su incapacidad de dejar de pensar en ella hasta que, de pronto, recibió otro wasap.

Cassandra_12:28
Lo siento, la azafata me obligó antes a guardar el móvil. Solo te pido una oportunidad para poder explicarme. Estaré en tu casa a las 16:30 si el vuelo no se retrasa.
Te quiero, Alex.

El escritor se sentó de golpe en la silla porque no esperaba que ella fuese a verlo. «Entonces, vuelve a Los Ángeles… Claro, idiota. ¡Acaba de decírtelo!», pensó con el corazón retumbando con fuerza en su pecho.

Alex leyó y releyó infinidad de veces sus tres últimas palabras, hasta que se dio cuenta de que él también la quería, pero había dejado de confiar en su palabra.

CAPÍTULO 29. UNA OPORTUNIDAD

Cassandra se pasó el vuelo pensando en las palabras de Alex. April le había enviado varios mensajes para confirmarle que podría ir a recogerla al aeropuerto. La editora se lo agradeció, pero no le contó nada sobre la respuesta que le había dado. Esta le había caído como un jarro de agua fría.

Con la preocupación instalada en el cuerpo, no dejaba de preguntarse por qué él no había contestado nada a su «Te quiero». Miró por la ventanilla mientras el suelo se acercaba demasiado despacio para la necesidad que tenía de llegar a la casa del escritor. No sabía qué iba a ocurrir una vez lo tuviera delante, pero no se amilanaría. Amaba a Alex y, de alguna manera, tendría que hacerle entender que todo lo había hecho para salvarlos a ambos.

De camino a la cinta, llamó a la agente para decirle que estaba esperando sus maletas. Ella ya estaba aparcando, así que se verían en la salida. Treinta minutos después, April levantaba el brazo mientras la recibía con una enorme sonrisa.

Cass se apresuró a llegar a su lado. Ambas se dieron un fuerte abrazo mientras reían de la emoción por volverse a ver.

—¡No me creo que estés aquí! —dijo April, cogiéndola de las manos.

—Yo tampoco.

—Dame una maleta, tengo el coche bastante cerca.

—¿Cómo lo has logrado?

—He pillado a uno saliendo. El que iba detrás de mí ha puesto una cara de «te mataría ahora mismo» ¡que me ha dado hasta miedo!

Las dos se echaron a reír.

Antes de salir, Cassandra le enseñó los wasaps, su amiga se quedó de piedra porque no esperaba esa respuesta por parte del escritor.

—No me puedo creer que no te haya respondido nada a tu «Te quiero». Me parece impropio de Alex.

—Está muy enfadado conmigo, y no es para menos.

—A ver, entiendo que esté molesto porque…

—Porque se siente traicionado —la interrumpió Cass.

—Me parece increíble. Después de lo que me has contado, no creo que tuvieras otra opción. Era eso o que tu ex os expusiera sin pudor.

—Ya, lo sé.

—¿Y le vas a contar la verdad?

—No lo sé, April. Aún no he decidido qué voy a hacer porque todo depende de su reacción.

—¡No me vengas con esas, Cass! ¿Cómo pretendes que te entienda si no le confiesas la verdad? Además, a mí me la has dicho y lo saben Rachel, Olivia y hasta Maverick, que se encontró en plena batalla campal sin esperarlo. ¿Y si se lo cuenta él a Alex?

—Sam le ha hecho prometer que no lo haría. Ella me ha asegurado que Mav le ha dado su palabra.

—Dios, ¡qué lío!

—Tienes razón.

—Bueno, lo mejor será que no te andes por las ramas y le cuentes el verdadero motivo.

Estoy segura de que él lo entenderá.

—Creo que no conoces a Alex. Da igual el motivo, incumplí mi palabra.

—Espero que no sea tan difícil.

—Lo será, pero nada comparable a tenerme que casar con Bill.

April asintió y le dedicó una sonrisa.

—Oye, primero vamos a dejar las maletas en tu apartamento. Después, te llevo a la casa de Alex, pero debo volver a la oficina porque he de acabar la documentación de varios alquileres.

—Me parece bien. Siempre puedo llamar a un taxi para regresar a mi piso.

—Dudo mucho que Alex te deje escapar.

—Eso ya lo veremos.

Pasadas las cinco, la agente detuvo el coche en la entrada de la casa del escritor.

—Mucha suerte, Cass.

—Gracias —dijo, tras lo que dejó escapar un suspiro.

April la cogió de ambas manos para insuflarle fuerzas. Cassandra salió del coche y pulsó el portero electrónico. Sentía la boca seca. Sin que nadie respondiera, la cancela se abrió. La agente cruzó los dedos y Cass se despidió de ella con el mismo gesto.

Mientras avanzaba hasta la puerta, admiró las flores que enmarcaban el precioso camino. Solo había estado una vez, pero no había olvidado la bonita propiedad que tenía.

Al verlo en la entrada, el mundo se detuvo. Unos pasos más y estaría a su lado. Algo le dijo que las cosas iban a salir bien, lo que provocó que una bonita sonrisa enmarcara su rostro. Sonrisa a la que él no reaccionó.

—Cassandra —la saludó con un tono de voz frío, casi helado.

—Alex.

Ella iba a acercarse para darle un beso en la mejilla, pero él interpuso una mano entre los dos. Esto hizo que Cass se detuviera en seco. El escritor adelantó ese brazo para invitarla a pasar, aunque no dijo ni una palabra.

Al verla, Anora se acercó enseguida y comenzó a rozar sus piernas con el lomo mientras ronroneaba. La editora se agachó para acariciarla cuando Alex cogió a la gata y la soltó en mitad del salón. Ese gesto no le gustó en absoluto a Cass, pero se mantuvo en silencio mientras lo miraba.

—¿A qué has venido? —acabó por decir.

—Quiero explicarte…

—Que me mentiste. Ahórratelo.

—Yo no te he mentido, Alex.

—Esa es tu forma de verlo, no la mía.

Aún no la había invitado a sentarse, ni siquiera le había ofrecido un café. Aquello le hizo formarse una idea a Cass de que su visita quizás no tendría el efecto que deseaba. Aun así, se atrevió a pedirlo. Puede que, con una bebida caliente acompañándolos, ese témpano de hielo que tenía enfrente se derritiera un poco.

—¿No me invitas a un café? —Su voz denotó necesidad, casi como si mostrara una bandera blanca a modo de signo de tregua.

—No tengo tiempo, he quedado con una chica y he de irme en quince minutos.

Esas palabras atravesaron el corazón de Cass.

—Has quedado con otra chica… ¿Es que no has podido esperarme?

—¿Para qué iba a esperarte? Haces lo que quieres cuando quieres sin tenerme en cuenta.

—No sabes lo que he tenido que…

—¡Exacto! Tú misma acabas de decirlo. No sé lo que has tenido que hacer porque no confiaste en mí.

—Las cosas no son tan sencillas, Alex.

—Te equivocas. O confías o no. Tú tomaste tu elección, ahora debes aceptar la mía.

—¿Te haces una idea de lo que me duelen tus palabras? —dijo ella con los ojos brillantes.

—Por supuesto. Estoy convencido de que te tienen que doler tanto como que te dejen sin explicaciones después de hacer el amor en mitad de un plató desierto.

—Quiero contarte lo que pasó.

—No te esfuerces, no me interesa.

Cass no pudo contenerse y dejó sus labios entreabiertos en señal de incredulidad.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Ella asintió una vez, sintiendo que miles de agujas le atravesaban hasta el alma. Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta sin mirar atrás.

—Adiós, Cassandra —añadió él.

La editora no se despidió. Le era imposible hacerlo sin romperse. Además, estaba segura de que no habría ninguna diferencia porque él ya la había condenado.

Buscando fuerzas de no supo dónde, se limitó a salir de la casa y deshizo el camino hacia la entrada sin perder la compostura. Una vez en la cancela, esta se deslizó sin hacer casi ruido.

Sin perder un instante, llamó a un taxi. Acto seguido, marcó a April.

—¡Hola! ¡Qué pronto has llamado! Cuenta, ¿qué tal ha ido?

Pero ella no pudo contestar. Trató de retener las lágrimas, solo que estas no tuvieron compasión y le cubrieron las mejillas mientras un sollozo le descubría a su amiga que todo había salido mal.

—¡Dios, Cass! ¿Dónde estás? —preguntó April, que estaba a punto de llegar a la oficina.

—Calle abajo. Alex… Él…

—¡Quédate ahí! Voy a por ti ahora mismo.

—He pedido un taxi. No creo que tarde en llegar.

—Vale, dame el tiempo necesario para escribir un par de *emails* y me voy para tu casa, ¿de acuerdo?

—No hace falta.

—Mientes fatal. En un rato, estaré allí.

—Le he perdido, April.

El dolor de la editora traspasó el teléfono y provocó que a su amiga se le escapara una lágrima.

—Solo un instante, Cass.

—Tú no has visto cómo me miraba.

Cassandra frunció los labios mientras la barbilla no dejaba de temblarle. Bajó la vista hacia el suelo para tratar de controlarse. Estaba en mitad de Bel Air y no era cuestión de que alguien famoso la viera llorando en plena calle. Cualquiera podría fotografiarla, y ya había tenido más que suficiente.

Por suerte, vio cómo un taxi enfilaba la calle hacia ella.

—Nada es inamovible, preciosa. Ten fe.

—April, acaba de llegar el taxi. Voy para casa.

—Te veo allí.

Mientras Cass miraba por la ventanilla, estaba convencida de que su amiga no tenía razón. Alex había roto definitivamente con ella. Perdida en la vista que le ofrecía el mar, de pronto, recordó algo que él le había dicho la tarde que le confesó que se casaba con Bill.

«No soy adivino. Soy un maldito trolero y reconozco a mis iguales». Cassandra se repitió esa frase una y otra vez. El recuerdo de la primera cita en la playa la obligó a bajar la ventanilla. Necesitaba oler el aire salado un instante.

Cerró los ojos y varias preguntas la asediaron sin piedad. ¿Y si Alex estaba mintiendo? ¿Y si, en realidad, aquello solo había sido una farsa porque se sentía muy dolido? Cassandra no dejaba de darle vueltas a esas y otras dudas que la acecharon durante todo el trayecto a casa. Por último, se dejó convencer de que tal vez veía esperanza donde no la había y que todo era invención suya para no darse por vencida.

Pagó la carrera y entró en su apartamento. La diferencia de temperatura la hizo sonreír. Antes de salir, se había cambiado de abrigo. Aun así, sentía calor. Vio las maletas en la entrada y decidió deshacerlas. April todavía tardaría un poco en llegar, y se veía incapaz de sentarse a esperarla sin hacer nada.



Alex, con un semblante sombrío, observó desde la entrada cómo Cassandra se marchaba. Cuando cerró la puerta, la gata estaba mirándolo muy seria, como si estuviera molesta con él.

—Ven, Anora —la llamó.

La gata elevó la cabecita y se dio la vuelta para subirse al sofá. Ni siquiera el felino estaba de acuerdo con sus decisiones.

—Ella no merece mi perdón. —Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se enfadó consigo mismo—. ¿Y qué demonios hago yo hablando con una gata?

Se marchó a su dormitorio para cambiarse de ropa. Tenía una cita a las seis y media para cenar. Después se marcharía con Xena a cualquier parte para tomar una copa y, lo más probable, la última en la casa de ella o en un hotel.

Camisa blanca, *blazer* negra, vaqueros azules desgastados. Un clásico atemporal. Dos pulverizaciones de su perfume favorito con toques amaderados y ya estaba listo para comerse la noche.

De camino hacia el restaurante Maccheroni Republic, se sorprendió al caer en la cuenta de que no se encontraba mal. Había sido educado con Cassandra, solo que ya no sentía nada por ella. Bueno, tal vez sí sintiera algo. Algo parecido a clavos ardiendo atravesándole la garganta porque se había comportado como un maldito cretino insensible y maleducado.

«Esto es lo mejor. Es lo mejor…», se repitió una y otra vez hasta que dejó el coche en un aparcamiento cercano.

En cuanto llegó, se decidió a entrar. No sabía si Xena era puntual. Echó un vistazo y aún no había llegado, por lo que se dijo que tomaría una copa mientras hacía tiempo. Diez minutos después, ella apareció.

La chica era una preciosidad. Llevaba la melena rubia suelta con unas ondulaciones perfectas, un elegante vestido rojo, algo ceñido, y unos tacones espectaculares que desafiaban la gravedad.

Se acercó al escritor con una expresión de preocupación que dejó intrigado a Alex.

—Discúlpame, Adam. —Lo besó en la mejilla sin titubear—. Sé que llego tarde, pero mi gato ha decidido que era buena idea colarse detrás de la nevera y he tenido que llamar a mi vecino para que me ayudara a sacarlo de ahí.

—Ah, ¿tienes un gato?

—Pirata, tiene tres años.

—¿Pirata?

—Sí, es de tonos anaranjados, pero tiene un ojo con una mancha negra enorme. Mira… —Ella le mostró una foto en el móvil.

—Vaya, parece que tiene mucha personalidad.

—¡Es un incordio!

Ambos rieron.

Alex le indicó al metre que su pareja ya había llegado y los llevó enseguida a la mesa que había reservado.

—¿Sabes? Me encanta la pasta —dijo ella.

—A mí también.

—El problema es que no puedo comerla porque soy celíaca.

—¿Tendrán sin gluten?

—Aun así, no me fío. Tranquilo, pediré algo de carne a la brasa y una ensalada. No es lo mismo, así que lloraré al ver tu plato —dijo con un tono de voz lastimero que hizo reír a los dos.

La noche fue perfecta.

Xena era graciosa, ocurrente. Se disculpó de nuevo por su falta de tacto aquel día en el ascensor y por haberlo besado sin su permiso. Alex le aseguró que todo estaba olvidado y se dedicó a conocer más a la chica que tenía delante. Sus sueños, sus aficiones, dónde se veía en cinco años. Las típicas preguntas de la primera cita.

Ella las bordó. Todo lo que decía tenía sentido y su risa era pegadiza. Apenas probó el vino en detrimento del agua con gas. Parecía que su único propósito era conquistar al escritor, y su plan iba viento en popa. En realidad, sus intenciones eran las de cualquier mujer a la que le atrae un hombre. Y la chica sentía verdadera atracción por Alex.

Guapo. Inteligente. Amable.

Aún recordaba la noche que se acercó a ella en la disco, pero mientras la tocaba dijo el nombre de la editora. Xena apartó esa imagen porque Cassandra estaba en Nueva York e iba a casarse, con lo que ya no existía esa competencia. Así que se centró en los labios del escritor y en que estaba deseando que la cena terminara para perderse con él por las calles de Malibú. Adoraba el ambiente nocturno y sofocante de una pista de baile. Las luces estroboscópicas, la música elevada, los cuerpos moviéndose a un ritmo demencial… Todo aquello la liberaba y conseguía que se olvidara de los grilletes de la sociedad para dejarse llevar por sus propios deseos.

Y aquella noche él copaba todos y cada uno de ellos.

—¿Te parece que vayamos a Exchange? —dijo ella con la mirada turbada por la lujuria.

—Claro. ¿Te apetece… bailar? —La pregunta de Alex encerraba una doble intención que Xena captó a la primera.

—Desde hace semanas, Adam.

Oír su nombre profesional lo devolvió a la realidad. Ella no era Cass, y esa cita no formaba parte de una apuesta.

Se enfadó consigo mismo porque aquella tarde había tenido la oportunidad de solucionar las cosas, pero se vio incapaz de aceptar una disculpa. Estaba seguro de que las razones de

Cassandra eran irrefutables y que lo que se había visto obligada a hacer era para salvar a su familia. Sin embargo, echarlo de su vida sin tener la oportunidad de opinar lo había herido de muerte. Su ego había quedado destrozado. Además, sentirse inútil y desplazado lo había sumido en el limbo.

Mientras Xena iba un momento al lavabo, regresó al pensamiento de si se estaba comportando como un adolescente herido. Podría ser que sí, que la rabieta le estuviera durando demasiado, pero era incapaz de pararlo. Y pensar que ella saliera corriendo otra vez había acabado por convencerle de que estaba tomando la mejor decisión para proteger su corazón.



En cuanto April atravesó la puerta, Cass se abrazó a ella en busca de consuelo. Le había dado tiempo de sobra a guardarlo todo y, desesperada, terminó por irse a la terraza para caminar de un lado a otro, incapaz de mantenerse quieta.

—Shh… Venga, cuéntame qué ha pasado.

Tras acompañarla al sofá. Cassandra le soltó del tirón las escasas palabras que había compartido con el escritor.

April terminó dibujando una mueca de reprobación porque no lo entendía.

—Alex es… ¡Alex es gilipollas! —dijo la agente muy enfadada.

—No digas eso. Está dolido.

—Toma ya. ¿Y tú no?

—Qué va, ¡si yo he estado de vacaciones pagadas tomando el sol! —bromeó Cass.

Las dos se echaron a reír.

—Eso está mejor —añadió April, secando una lágrima de la mejilla de su amiga.

—No lo entiendo. Es que no me ha dejado ni hablar.

—A mí me ha sentado como un tiro que apartara a Anora. Eso le ha quedado fatal. Pero dejar que te fueras sin más…

—No sé por qué lo ha hecho. Además, su expresión era la de que no había explicación posible a mi decisión.

—Hombre, que no saliera follando por todas las redes creo yo que sería un motivo más que suficiente —ironizó la mexicana.

—Ya, pero eso no lo sabe porque no me ha dejado hablar. Estaba cerrado en banda para protegerse.

—Pues, perdona que te diga, me parece una actitud muy infantil por su parte. Y me es imposible entenderlo, cuando movió cielo y tierra para tratar de recuperarte.

—He herido su ego. Mi forma de actuar ha tenido que mover algún resorte que le ha obligado a responder así.

—Madre mía, Cass. ¡No lo defiendas! —se quejó April.

—¡Y no lo hago! ¡Dios! —Se pasó la mano por la cara—. No sé qué hacer. He vuelto con la esperanza de empezar una vida juntos. Sabía que me iba a costar que me escuchara, pero lo que no me esperaba es que ni quisiera oír mis razones.

—Yo tampoco lo entiendo, la verdad. Y creo que no ha hablado aún con Isaiah, porque no me ha llamado.

—Y, para colmo, me ha despachado porque tenía una cita.

La agente se paró en seco y la miró con una expresión de sorpresa, elevando las cejas.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. Así que me ha invitado —dibujó unas comillas en el aire— a irme.

—¿Es que ha perdido la cabeza?

—Puede ser.

—Cass, tengo que llamar a Isaiah para contárselo. Apenas son las ocho y puede que aún estemos a tiempo de evitar algo de lo que estoy segura de que se arrepentirá para siempre.

—¿Y qué le vas a decir? Tu amigo ha salido con otra para cenar y luego darle la vuelta en un hotel.

April frunció los labios, tratando de no reír.

—¿Darle la vuelta?

—Ya me entiendes.

Como era de esperar, las dos acabaron a carcajadas, pese al dolor que sentía Cassandra.

—Deja que hable con él, a ver si puede hacerle razonar.

—Está bien.

La editora se levantó para beber un poco de agua cuando cayó en la cuenta de que no le había ofrecido nada a su amiga.

—April, discúlpame. Con todo este lío, he olvidado preguntarte si te apetece tomar algo.

—Aceptaría una pizza.

—Perfecto. Hago el pedido mientras tú llamas a Isaiah.

La agente marcó el teléfono de su chico, que respondió enseguida.

—Hola, preciosa.

—Cariño, necesitamos tu ayuda…

CAPÍTULO 30. NO TE METAS

Alex acompañó a Xena a su coche y le abrió la puerta. Ese gesto hizo que ella sonriera antes de pasarse la mano por el cabello como respuesta. El escritor la cerró con un malestar instalado en cada poro de su piel. Puede que su mente racional quisiera apartarlo de la editora, pero el resto de él protestaba alto y claro.

De camino a la disco, ella comentó lo bien que habían ido las firmas en Nueva York y que estaba deseando volver a la ciudad para hacer las típicas compras navideñas antes de Santa Claus. Alex parecía que la estaba escuchando, sin embargo, tenía la mente en otro lugar. Puede que en la entrada de su casa donde había mantenido a Cass como un estúpido maleducado.

Mientras Xena seguía hablando de que estaba acabando su segunda novela, el escritor no pudo controlar el recuerdo de las citas que había compartido con la editora. La playa, la noche que pasaron en su casa cuando no pudieron salir, el cumpleaños de April y otras tantas. Alex no paraba de preguntarse qué era lo que lo retenía y por qué no le había dado la oportunidad de explicarse.

Después de dar unas pocas vueltas, logró aparcar a un par de manzanas. Su cita caminaba con soltura sin importarle los tacones de aguja con los que iba avanzando a una velocidad increíble.

Al entrar en la disco, ella tiró de él para ir directamente a la pista. Canción tras canción, se contoneó para incitarlo. Algo que consiguió porque él acabó por acercarse hasta que la separación en sus cuerpos apenas era apreciable. Mientras David Guetta, Anne-Marie y Coi Leray los hacía revivir con una nueva versión de la famosísima *Baby Don't Hurt Me*, ella se acercó a sus labios para hacerle entender que la noche solo acababa de empezar. Alex se hundió en su boca, empujado por la música, el calor, la cercanía y disposición de aquella chica que se estaba empleando a fondo para excitar cada parte de su cuerpo.

Tal vez fue la necesidad de olvidar a Cass o de convencerse a sí mismo de que tenía razón. Las circunstancias lo habían empujado a volver a ser el hombre que disfrutaba del sexo, pero no creía en el amor. Y era justo lo que iba a hacer.

La respuesta del escritor azuzó a la chica, que se estaba deshaciendo entre sus brazos, a desinhibirse y permitir que sus anhelos tomaran el control.

—¿Nos vamos a mi casa? —le preguntó ella en el oído.

Él sonrió antes de cogerla de la mano para marcharse.

Al dejar atrás a la marea de gente que se apelotonaba en la entrada, el frío lo despertó del embrujo y el mundo real volvió de golpe. La mujer que caminaba a su lado no era Cass, y se dio cuenta de que ahí no era donde quería estar.

Ella se acercó para besarlo, pero Alex la detuvo antes de continuar con aquella insensatez por su parte.

—¿Qué ocurre? —soltó Xena sin entender su cambio de actitud.

—Lo siento, pero no… Te llevaré a tu casa. No he debido…

—¿Me estás diciendo que vas a hacerme otra vez lo mismo? —dijo elevando el tono, visiblemente enfadada.

—He cometido un error. Lo siento de verdad, Xena.

—Alucino contigo. ¡Me vuelves a dejar a dos velas! ¿Pues sabes lo que te digo? Que yo regreso a la disco. Pero, Adam, lo que sea que fuera esto —añadió, señalándolo a él y después a

ella— se ha terminado. Tú estás enamorado de otra, y con eso no puedo competir.

—No es eso, Xena.

—Mira, engáñate si quieres, pero a mí no me hagas perder el tiempo. Tranquilo, no pienso decir nada en el trabajo. Que te vaya bien.

—Xena…

Se marchó sin darle la oportunidad de acabar la frase. Estaba excitada y enfadada a partes iguales. El escritor se sintió fatal al verla. No debería haber quedado con ella. La cuestión era que, en realidad, sí que pensaba que podía dejar atrás el pasado y empezar de nuevo, pero volvía a engañarse a sí mismo. «Joder», se dijo mientras se daba cabezazos mentales por el error que había cometido.

Su móvil comenzó a vibrar, era Isaiah. Acababa de ver que tenía seis llamadas perdidas de su amigo. Dentro de la disco, ni se había dado cuenta.

Miró el reloj, las once menos cuarto. «¿Y ahora qué?», se preguntó malhumorado.

—Hola, Isaiah.

—¿Eres gilipollas?

—¿A qué viene eso?

—¿Esta noche has salido con otra mujer?

—¿Cómo lo sabes? Vale, April ya se ha enterado —se respondió a sí mismo.

—Sí, ¡por supuesto que sí! ¿Es verdad que Cass ha ido a tu casa y la has despachado sin dejarla hablar?

—A ver, que yo sepa, no necesito tu permiso para vivir mi vida como me salga de las narices.

—Ah, ahora me vienes con esas. Entonces, ¿todo lo que liamos la noche que estuvimos hablando con Mav y Sam no sirvió para una mierda?

Alex entró en su coche. Malhumorado, salió del aparcamiento hacia su casa.

—¡Ella me apartó de su vida y me abandonó en mitad de un puto plató de cine!

—¡Que ya lo sé! ¡Qué perra con eso! Sí, fue una putada y estuvo muy mal por su parte. Pero ¿le has dado la oportunidad de explicarse por qué lo hizo?

—¿Es que tú sabes el motivo?

—No, Alex. Pero si fuera April quien estuviera en su lugar, te aseguro que le permitiría contarme sus razones. ¿Sabes por qué?

—Ni idea —respondió de malos modos.

—Porque la quiero. Porque estoy enamorado de ella y sé que jamás me apartaría de su lado si no se viera obligada a hacerlo.

—¿Y no te importaría que te hubiera mentido? ¿Que no cumpliera lo que te había prometido incluso después de decirte que se casaría contigo?

—¿Es que tengo cinco años? La idealización del honor está muy bien, pero hace de la vida una mierda muy solitaria. No todo es blanco o negro. A veces hacemos promesas que debemos romper por un bien mayor, aunque se nos parta el alma en el camino.

—Esa es tu manera de verlo. Pero, para tu tranquilidad, he dejado a mi cita en la disco. No me he ido con ella a su casa ni a ninguna parte.

—Al menos te queda algo de sensatez —dijo su amigo de forma mordaz—. ¿Sabes? A April le ha sentado muy mal lo que has hecho después de lo que se esforzó para ayudarte. Y de mi cosecha añadiré que te has comportado como un auténtico cabronazo. Eso de dejarla ir…

—Vaya, parece que todos tenéis algo que opinar o criticar sobre mis decisiones.

—Como tu amigo que soy, espero que me pares los pies cuando me comporte como un

tonto de remate. Y tú estás siendo un capullo de campeonato en este momento.

—Pues, como amigo tuyo que soy, ya te he oído.

—Respóndeme a algo, ¿por qué no te has ido con esa chica?

Alex inspiró y detuvo el coche en un semáforo. Golpeó con los pulgares el volante mientras pensaba qué responder.

—Aún no lo sé —se sinceró.

—Qué pena, porque yo sí.

—¡No me toques las narices, Isaiah!

—¿Sabes? Lo que tienes es una puta pataleta. Bien, disfrútala hasta hartarte. Cuando te des cuenta de que la has cagado y bien, hablamos de nuevo. Pero que sepas que Cassandra es la mujer de tu vida y la vas a perder por tu cabezonería. ¿Te suena?

—La apuesta fue mucho más que eso.

—No te lo niego, pero empezó porque tu puñetero ego es tu talón de Aquiles.

Silencio. De pronto, a Isaiah se le ocurrió algo que tal vez despertara al escritor, aunque dudaba que diera su brazo a torcer por cómo se estaba tomando todo aquello.

—Oye, ¿tienes reloj?

—¿Qué? Espera, estoy aparcando y voy a salir del coche. Sí, claro, tengo reloj. ¿Por qué?

—Bien, dime qué hora es.

—Las doce menos diez.

—Grábatela a fuego, Alex. A partir de ahora, date cuenta de cuánto tiempo vas a desperdiciar por no reconocer que estás juzgando a Cassandra por algo de lo que no sabes si tienes o no razón.

—¡Qué poético!

—Gilipolleces, y lo sabes. Pero tú mismo.

—Es mi decisión.

—La respeto, aunque jamás la compartiré. Que descanses.

—Igualmente.

Alex entró en casa y buscó a Anora. El felino lo miró de lejos y acabó volviendo al sofá. Estaba claro que todos estaban en su contra aquella noche. Mascullando una sarta de maldiciones, se dirigió a su habitación. Esta vez cerró la puerta. No tenía ganas de compañía, y menos de una gata que lo había rechazado sin motivos.

Estaba enfadado con el mundo, pero no era capaz de dar un paso atrás y reconocerlo. Miró el cabecero y echó de menos la «muesca». Él mismo se había cavado su tumba y tendría que dormir en ella hasta el fin de los tiempos si no cambiaba de opinión.

El problema es que estaba seguro de que no podría porque eso significaría romper su propia promesa, y eso jamás iba a suceder.



April durmió en casa de Cass para no dejarla sola en su primera noche. Tras hablar de nuevo con Isaiah, quien le confirmó que su amigo seguía igual de ofuscado con la misma cantinela, las dos se fueron a descansar.

A la mañana siguiente, mientras la editora preparaba café y tostadas, su amiga tuvo una idea que le pareció fantástica. Tal vez un cambio de aires le viniera bien y, de todas formas, es

algo que estaba pendiente desde hacía mucho.

—Hoy te vienes a comer a casa de mis padres y vas a pasar todo el día con mi familia, cena incluida.

—Te lo agradezco, pero no estoy de humor.

—¿Es que te he dado a elegir? —Las dos rieron—. Tú necesitas hablar con otras personas. Como mi abuela, por ejemplo.

—Por cierto, ¿cómo se llama?

—Josefa.

—Bonito nombre. Entonces, ¿no me puedo librar?

—Pues no, ¡y es lo que hay!

Más risas que trajeron algo de serenidad a Cassandra.

—Está bien, pero primero vamos a desayunar.

—Ya te digo.

—Oye, ¿has hablado con Blair? Dios, no sé nada de ella desde la boda —dijo Cass, tapándose los ojos con la mano, al darse cuenta de que el lunes se incorporaría de nuevo a la editorial.

—Hace un par de semanas me envió un audio desde Mozambique. Acababan de terminar un nuevo pozo de agua. No me creo que se haya ido en su luna de miel con Manos Unidas como ayuda humanitaria.

—Ni yo tampoco, pero es digna de admiración. He de enviarle un mensaje. Con todo lo de Bill, la he olvidado por completo.

—Tranquila, tampoco tenía cobertura. Vuelve la semana que viene. Stephen y ella son buenísimas personas. Estoy segura de que nos va a contar un millón de cosas de esa experiencia.

—De eso no tengo dudas. ¿Cuántos días de excedencia solicitó?

—Tres semanas, pero mi tío le ha regalado una de ellas como si fueran vacaciones.

—Tu tío es un gran hombre, y lo digo de corazón.

—Lo sé. Anda, pon las tostadas que tengo ganas de que conozcas a mi «abuelita».

A las doce de la mañana, Cass y April aparcaban cerca de la casa. De camino hacia la entrada, la agente le aclaró que en el almuerzo estarían solas con su abuela. Los sábados eran un caos para su familia. Su padre estaba en la escuela para darles clase a Teo y a sus compañeros casi todo el día. Su madre, en el restaurante hasta bien entrada la tarde. Sus hermanas, con sus familias o echándole una mano a su madre sirviendo las mesas. Gabriel, en el periódico, ya que nunca descansaba.

Y ella se dedicaba a preparar la cena con su abuela porque tocaba noche de reunión familiar con tíos y primos. ¡Una locura!

—Sabes, me encanta la vida que desprende tu casa —reconoció Cass al entrar.

—No, si por falta de vida no va a ser. ¡Esto siempre parece el metro!

Se echaron a reír.

Pasaron a la cocina y ya olía a gloria. Su abuela estaba cortando unas judías mientras removía unos frijoles y un par más de recetas que Cass no llegó a distinguir.

—Hola, «abuelita» —dijo April, acercándose a ella para darle un sentido abrazo y un par de besos.

—Hola, «Abrilcita». ¡Por fin has traído a tu amiga! «Ven aquí, ¡que no muerdo!» —dijo en perfecto español.

—«Abuelita», no lo digas en español. Cass solo habla inglés.

—Okey, okey. Ven aquí, que no muerdo —repitió en inglés y se echó a reír mientras

abría los brazos.

La editora sonrió, acabó por abrazarla y le dio dos besos como si fuera su nieta. En cierto modo, le recordaba a su propia abuela.

—Bueno, lavaos las manos y ayudadme a pelar patatas. Hay que hacer varias ensaladas para esta noche.

—Claro. Venga, ¡a por ellas!

—April —dijo la editora preocupada—, yo no sé pelar patatas.

—¡Ay, Diosito! —soltó Josefa mirando hacia arriba.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cass.

—A mi abuela le va a dar un patatús porque no has pelado una patata en tu vida. Pero, mira por dónde, hoy vas a convertirte en una experta.

La agente señaló un enorme saco y le ofreció un cuchillo. Cassandra abrió los ojos de golpe y se echó a reír.

—¡Creo que no voy a querer comerme ni una sola patata más durante el resto de mi vida!

Mientras April lloraba de la risa intentando enseñar a Cass cómo conseguir no llevarse media patata con la piel, Josefa la observaba con una expresión de estar leyendo hasta su alma.

A las dos de la tarde, las tres pararon para almorzar. Seguían solas en la casa, algo bastante extraño. La intuición de su nieta le dijo que ella había tenido mucho que ver.

—Bueno, querida niña, cuéntame qué te ocurre —soltó la anciana sin más.

—Supongo que se podría definir como mal de amores —reconoció Cass, quien cerró los ojos tras degustar una exquisita sopa—. Dios, ¿qué lleva esto?

—Se llama sopa Tolteca. Está hecha a base de cebolla, ajo, chile poblano, jitomate, maíz, caldo de pollo y nopalitos tiernos troceados en cuadraditos.

—No he entendido la mitad de los ingredientes, pero está deliciosa.

—Gracias, hija.

—Gracias a ti, Josefa. Y en cuanto a lo mío… La verdad no es otra que estoy enamorada de un hombre al que tuve que traicionar porque me vi forzada a ello para salvar su reputación y trabajo. —Otra cucharada—. Mi ex tenía algo que nos podía hundir a todos, incluida a mí. —Dos cucharadas más. No, tres—. La elección no fue fácil, pero no me arrepiento de haberlos puesto a todos por delante de mi promesa. Volvería a hacerlo sin dudarlo.

La mujer sonrió. Su sopa siempre dejaba salir el dolor que se llevaba dentro. Algo así como un suero de la verdad, solo que era el amor hacia la cocina lo que lograba que todos confesaran sus temores y penas.

—¿Por qué ese hombre cree que lo has traicionado?

—Le prometí a Alex que confiaría en él siempre, y eso fue después de aceptar su propuesta de matrimonio.

—¿Qué? —dijo April con la boca abierta—. ¡Eso no me lo habías contado!

—Es lo único. Pero, bueno, ¿qué lleva esta sopa? No soy capaz de callar —reconoció Cass con una sonrisa.

—Mucho amor y comprensión, niña. Y me da a mí que, de lo último, él no ha tenido «nadita» contigo.

Cassandra frunció los labios mientras sonreía para disimular el dolor. Sus ojos se empañaron y negó despacio.

—No, Josefa. No la ha tenido.

—El orgullo herido es una trampa. Te hace ver razones donde las hay y donde no. Te mantiene el mentón bien alto, pero el alma vacía.

—«Abuelita…» —dijo April, cogiendo su mano.

Josefa miró a Cass y le ofreció la suya. La editora se la dio enseguida. Después, las dos amigas hicieron lo mismo y terminaron formando un triángulo.

—¿Qué fue lo que os unió con lazos irrompibles? —prosiguió la anciana—. El fuego nace de la nada, pero el amor es algo que se cuece muy despacito, como esta sopa. Dime, niña, ¿dónde empezaste a echar nopales a tu caldo?

Ella sonrió y April puso los ojos en blanco por su metáfora culinaria.

—Cuando me pidió que no me enamorara de él.

Cass le resumió la historia de las citas y lo que habían compartido todos esos meses. También los chantajes de Bill y lo que había provocado su vuelta.

—Hija, qué difícil ha tenido que ser para ti todo este tiempo, ¿me equivoco?

—No me di cuenta de que lo amaba hasta esa noche en la que no pudimos salir.

—Sí, has dicho que fue… ¿en la tercera cita? —preguntó la mujer, tratando de recordar.

—Exacto.

—Entonces, ¿no acabasteis la apuesta?

—No hizo falta. Los dos reconocimos haber ganado o… perdido. Hubiera estado bien poder terminar las citas. La octava era una cena romántica en Geuffrey's, con una vista espectacular del océano al fondo. La novena, en mi preciosa Escocia, allí es donde viven mis abuelos. Y, la décima, en Paris. Daría lo que fuera para vivir esos momentos con él para que pudiéramos enamorarnos de nuevo. Para que…

Cass se quedó callada sintiendo como la piel se le erizaba. Josefa sonrió complacida y April miró a las dos sin entender nada.

—¿Qué me he perdido? —preguntó la agente mostrando las palmas de las manos.

—Cassandra ha encontrado la solución.

—¿Cómo, «abuelita»?

—¿Y si le pidiera a Alex acabar la apuesta? —dijo Cass a su amiga—. ¿Y si le retara a no enamorarse de mí?

April se cubrió la boca con las manos y asintió emocionada.

—Oh, Cass. Estoy segura de que no se podrá negar. La idea es… —se mordió el labio inferior— preciosa.

—Esta vez seré yo quien haga las reservas de todo y… —se detuvo un instante—, puede que logre que me perdone. Merece la pena intentarlo, ¿verdad?

—Eso ni lo dudes —dijeron abuela y nieta a la vez.

Las tres volvieron a cogerse de las manos y sellaron el pacto con un ligero apretón. Cass había encontrado una pequeña luz en el camino que la había guiado hasta un nuevo recodo en el que tal vez estuviera la solución. Aún era pronto para saberlo, pero, en cuanto llegara a casa, leería los pasajes que hacía tiempo él le había comentado. Quería preparar lo que se le había ocurrido a conciencia y con corazón.

El día transcurrió para la editora con la llama de la esperanza, mientras Alex seguía sumido en el más profundo agujero, lamiéndose las heridas tras sentirse víctima de la más vil traición. Como si Cassandra no hubiera tenido en cuenta sus sentimientos. Como si el mundo entero conspirara para que su vida fuera un infierno.

El escritor había decidido pasar el día encerrado en su despacho volcando su frustración en bastantes escenas inconexas, pero llenas de emociones y vida. No tenía idea de si llegaría a utilizarlas en alguna de sus novelas, pero era incapaz de parar de escribir. Necesitaba sacar fuera todo lo que sentía. El amor, la desesperación, el remordimiento, la creencia de que había actuado

de forma correcta y que sus razones eran las únicas verdaderas. Aquello había extraído de él un cúmulo de experiencias tan desoladoras como dolorosas, pero también le había mostrado algo que lo hizo detenerse en su cruzada por escribir cuanto le venía a la cabeza. Descubrirlo logró, en cierto modo, que despertara; y es que aún amaba a Cass. La quería con todas sus fuerzas, pero, al mismo tiempo, un vacío terrible avanzaba en su corazón, asolando todo a su paso. Desde hacía más de una semana, una palabra se repetía sin parar en su mente: traición.

Se frotó la cara con ambas manos para despejarse mientras se regañaba por haber llevado su decepción al extremo. Apagó el ordenador y decidió hacerse un café. No se había separado de la pantalla en todo el día, y ya eran cerca de las seis.

Con la humeante taza en la mano, se acercó a las cristaleras. La noche comenzaba a cernirse sobre la ciudad y las luces brillaban a lo lejos y por doquier, como si un director de orquesta las dirigiera para formar notas espectaculares que eran capaces de atraer las miradas incluso de los más apáticos.

De pronto, y sin esperarlo, Anora se acercó. Alex dejó la taza encima de la mesa para cogerla en brazos.

—Estás enfadada conmigo. Lo sé.

La gata lo miró como si le entendiera. Se frotó contra su pecho como si con ese gesto quisiera decirle algo.

—No puedo, preciosa. Me ha roto por dentro y no sé cómo volver a confiar en ella.

Con esa confesión, Alex se dirigió al sofá para dejarla allí con suavidad. Se sentó a su lado y encendió la televisión. Tomó otro sorbo de café sintiendo que estaba equivocándose de pleno, pero era incapaz de echar marcha atrás.

Necesitaba tiempo.

Necesitaba estar solo y pensar.

Aunque, irónicamente, a quien más necesitaba era a Cassandra, solo que se negó a reconocerlo.

CAPÍTULO 31. SEÑOR WRIGHT

El lunes por la mañana, Cass sonrió al coger un taxi hacia el trabajo. Quizás acabara comprándose otro coche para tenerlo allí de forma permanente. Su Dodge Challenger había dejado de gustarle porque le recordaba el pasado. Y no estaba dispuesta a mirar hacia atrás nunca más si podía evitarlo.

Saludó a unos pocos compañeros de camino al ascensor y, en cuanto Martin la vio, corrió a toda prisa hacia ella para darle un abrazo. Ben y Fred también la saludaron antes de ir a sus mesas.

—¿Qué tal en Nueva York? —preguntó el secretario.

—Una auténtica locura, pero ya no tengo que volver.

—Ah, genial.

Samuel salió del ascensor y los vio hablando.

—¡Hola, Cassandra!

—Hola, ¡qué bien estar de vuelta! —reconoció ella, dándole un fuerte apretón de manos.

—Te dejo que te instales y hablamos luego. ¿Te parece?

—Claro.

Ella se despidió de Martin y abrió su despacho. Aún no había hablado con Lucille desde que dejó la ciudad. Todo se le acumulaba, aunque ya estaba cansada de tener que contar lo mismo. Dejó atrás esos pensamientos y se metió de lleno en el trabajo para ponerse al día lo antes posible. El viernes no había podido hacer nada y no quería ir retrasada.

Sobre las diez y media, salió un momento para pedir unos datos a administración. Lo que menos esperaba era encontrarse de frente con Alex y Ben. Ambos hablaban sobre otra presentación, pero no le dio tiempo de enterarse ni dónde ni cuándo tendría lugar.

Nada más verla, el escritor se puso tenso y perdió el hilo de la conversación. Al pasar a su lado, se vio obligado a saludarla.

—Cassandra.

—Señor Wright —dijo ella sin pararse.

Que lo llamara de esa manera no le sentó nada bien a Alex, que se la quedó mirando hasta que los dejó atrás. Ben, que no había perdido detalle de su cambio de humor y atención, lo invitó a pasar a su despacho para mostrarle el itinerario. Alex aceptó con un gesto de cabeza. Al cruzar el pasillo, miró hacia donde Cass había desaparecido con la esperanza de verla, pero no había ni rastro. Su editor cerró la puerta y no tuvo más remedio que atender a vuelos, horarios y demás.

Una hora después, terminada la reunión con Ben, se llevó la documentación para los eventos y se dirigió a hablar con Samuel. Quería comentarle lo satisfecho que estaba con los resultados de noviembre y de cómo se presentaba diciembre de cara a las Navidades.

Cassandra se dirigió al despacho de su jefe, quería hablar con él sobre lo sucedido. El secretario iba a avisarlo cuando la puerta se abrió y, de nuevo, se encontró con el escritor.

—Samuel —dijo Martin al verlo salir con Alex—, Cassandra quería verte.

—Sí, claro. Bueno, Adam, me alegro mucho de que todo vaya sobre ruedas. Ya hablaremos cuando vuelvas de Nueva York y lo veremos con Lucille. Como no la llame para decírselo, ¡la veo presentándose aquí!

Rieron los dos.

—Samuel, hay algo que me gustaría hablar con Cassandra, ¿te importa que te la robe unos minutos? —dijo Alex con una enorme sonrisa.

—Para nada. Así aprovecho y me tomo un café. Pásate cuando acabes —le indicó a ella—, pero sin prisas. ¿De acuerdo?

Cass inspiró despacio y asintió. No le salía la voz del cuerpo porque no entendía a qué había venido eso de que ahora quisiera hablar con ella.

Cuando entraron en su despacho, cerró la puerta. Se sentó en la mesa y el escritor en la silla de enfrente.

—Bien, usted dirá, señor Wrigth.

—Como vuelvas a llamarme así, haré que te despidan.

Esa respuesta no era la que esperaba Cass en absoluto, pero daba pie a un comienzo. Tal vez no el que ella había imaginado, aunque no iba a quejarse. Al menos lo había hecho reaccionar, y eso ya significaba algo.

—Un poco drástico cuando lo único que estoy haciendo es dirigirme a usted con respeto. ¿No cree?

—¿A qué viene este jueguecito?

—No le comprendo, señor Wright —insistió ella, haciéndole perder los nervios.

—No me acosté con ella —soltó de repente.

Cassandra tampoco se esperaba eso. Así que su respuesta fue abrir los ojos de golpe.

—El viernes… —prosiguió muy serio—. Sí, salí con una chica. Cenamos y tomamos una copa. Solo eso. Quería aclararlo.

—No te he pedido explicaciones.

—Yo he querido dártelas.

—Ah, ya veo. Tú sí puedes cuando quieres, pero yo no.

—No me compares.

—¿No?

—Yo cumplo mis promesas.

—Y yo me sacrifico sin medir las consecuencias —respondió muy molesta. Después de todo lo que había tenido que aguantar, parecía que él no le daba importancia.

—No quiero discutir contigo.

—Pues cualquiera lo diría.

—Crees que tienes razón, pero no es así.

—Y tú crees que lo que hice fue solo para hacerte daño. Que no confiar en ti era un ataque directo a tu persona.

—No quiero saberlo, Cassandra.

Ella frunció los labios y asintió varias veces.

—Pues estupendo, señor Wright.

—¿Quieres dejar de llamarme así?

—No. Primero, porque no soy su editora. —Volvió a tratarlo de usted—. Segundo, porque estoy segura de que mi jefe entenderá mis razones y no tendrá inconveniente en que entre nosotros exista este distanciamiento que usted desea con tanta intensidad.

—Te equivocas.

Cass se quedó en silencio mientras lo observaba sin entenderlo.

—¿Me equivoco?

—Sí, porque no sé lo que quiero. Ya no.

—¿Y antes lo sabías?

—Con todo mi corazón.

Unos suaves golpes en la puerta interrumpieron su conversación y ambos sintieron que algo había quedado pendiente por decir.

—Perdón —se disculpó la chica de Administración—. Cassandra, aquí tienes las cifras que me has pedido.

—Gracias.

—Y aquí están los días de vacaciones que has solicitado. Fírmalos si son correctos.

—He de irme —dijo él, poniéndose en pie. Sabía que, si continuaba allí, acabaría por besarla en cuanto esa chica saliera del despacho, y aún no estaba preparado para perdonarla—. Nos vemos, Cassandra.

—Señor Wrigth.

Alex no pudo quejarse porque no estaban solos, pero esa se la haría pagar en algún momento. Si le molestaba que lo llamara Adam, que empleara su apellido como si no hubieran estado a punto de compartir un futuro juntos le partió en dos.

Nada más irse, la editora firmó el documento y la chica salió detrás del escritor. Cass sonrió porque había conseguido resquebrajar el escudo de Alex con aquella tontería que se le había ocurrido en el último momento. Decidió llamar para hacer una reserva. Una vez conseguida, comenzó un *email* describiendo cómo se sentía y lo que se le había ocurrido. Lo enviaría esa misma tarde, pero ahora tenía que afrontar una conversación con su jefe y no sabía hasta dónde iba a llegar cuando comenzara.

Se acercó al despacho y Martin la dejó entrar directamente.

—Samuel, ¿te viene bien que hablemos ahora?

—Sí, claro. Pasa.

Ella cerró la puerta y se sentó con las manos sudorosas. Estaba cansada de medir cuanto decía, pero tampoco era cuestión de airear los trapos sucios de la familia. De modo que no dejaba de darle vueltas a cómo iba a encontrar las palabras correctas para acabar con todo aquello.

—No sé cómo empezar, la verdad —confesó Cass.

—Ni yo tampoco sé si quiero saberlo.

—Bill me extorsionó con algo que tenía de… alguien de mi familia. O me casaba con él para mejorar su imagen por lo de… ya sabes —su jefe asintió— o lo subía a las redes.

—¿Eso es así?

—Peor. Aunque logré que la pantomima del tiempo juntos se redujera a tres años, en cuanto volví, contrató un detective privado para seguirme. Algo que también hicimos nosotros para tratar de pararle los pies, pero no le encontraron ningún trapo sucio.

—¿Y por qué iba a seguirte?

Cassandra resopló, pero había llegado el momento de confesar toda la verdad, ya que sentía que estaba en deuda con él.

—Samuel, Alex y yo… Él vino a Nueva York para confesarme que me quería. —El editor abrió los ojos de golpe—. Pasamos unos días maravillosos, pero no sabíamos que nos estaban siguiendo. Nos grabaron, ¿entiendes?

—Creo que sí —dijo asintiendo.

—Una razón más para extorsionarme. Tuve que dejar a Alex sin poder confesarle la verdad. Ahora no quiere saber nada de mí porque lo abandoné en mitad del plató de la productora de mi padre, justo antes de irnos a comer con mi hermano.

—Dios, Cassandra.

—Alex no lo sabe.

—¿Cómo que no lo sabe?

—No me ha dejado explicárselo. Piensa que lo he traicionado. Le prometí confiar en él, pero Bill me chantajeó con compartir los dos vídeos.

—¡Pero debe saberlo!

—Ya. —Ella elevó los hombros.

—¿Y por qué renunciaste a su cuenta?

—Porque le grité a Bill en la boda de Blair que amaba a Alex. Vino a pedir mi mano, pero yo lo rechacé. Después empezó con este lío.

—Nunca pensé que pudiera hacer algo así. ¿Y Parker sabía algo?

—Nada. Él es un gran hombre, como tú.

—Cassandra…

—En Acción de Gracias exploté y lo confesé todo en mitad de la cena con las dos familias presentes. Todo se volvió un caos y rompí el compromiso. No he vuelto a hablar con Bill, y mejor así. Dentro de unos días llamaré a Parker, pero de su hijo no quiero saber nada.

—Normal.

—Más o menos es lo que ha ocurrido. No sé qué opinas sobre que Alex y yo tuviéramos… Aunque ahora mismo no hay nada entre nosotros.

—Mientras no interfiera en el trabajo, eres libre de amar a quien quieras. Sabes que somos una familia, lo que me apena es que hayáis discutido.

—He solicitado un par de semanas de vacaciones para después de Noche Vieja. Le voy a proponer hacer algo juntos, aunque no sé si aceptará.

—Bueno, tú tranquila. ¿Has hablado de esto con Lucille? Ellos son muy amigos y quizás pueda echarte una mano.

—No se me había ocurrido, pero no es mala idea. Gracias.

—No hay de qué. Ahora, a trabajar. Ya se ha acabado y puedes rehacer tu vida.

—Y no sabes lo feliz que me hace eso. ¿A qué hora nos reunimos esta tarde para ver con los otros editores el informe de noviembre?

—Mejor aterriza hoy y lo vemos mañana a las diez.

—Perfecto.

Cassandra salió del despacho sintiendo los hombros más ligeros. En cierto modo, había podido devolverle a Samuel algo. Que supiera gran parte de la verdad mostraba que ella no había tenido más remedio que aceptar las condiciones que le marcaba Bill. Pero ya no tenía que pensar en ello, así que volvió a su despacho y se centró en el manuscrito que estaba a punto de concluir de leer.



El escritor condujo con un enfado monumental hasta llegar a casa. Cada vez estaba más convencido de que se estaba comportando como un necio. El problema era que no sabía cómo parar.

Después de comer, decidió visitar el pequeño gimnasio que tenía montado en la parte de atrás y al que hacía meses que no se acercaba. Caminó a paso ligero en la cinta unos cuarenta minutos. Necesitaba despejar la mente, pero no destrozarse en el proceso.

Después de una merecida ducha, volvió a la cocina a por su tercer o cuarto café del día.

Había perdido la cuenta. Regresó al despacho y decidió revisar los correos. Entonces, vio que tenía uno de Cassandra.

Se mordió un lateral del labio inferior con los dientes y lo abrió.

Hola, Alex:

Sé que no quieres que te explique qué sucedió aquella tarde y he llegado a la conclusión de que no voy a hacerlo hasta que me lo pidas. Sí, tuve mis razones. Unas durísimas que estoy segura de que comprenderás cuando estés preparado.

Hace poco me dijiste que no conseguiría olvidarme de ti, y he de reconocer que tenías razón.

Te escribo para proponerte algo loco, descabellado y que espero que seas incapaz de rechazar: seguir con la apuesta. Ahora soy yo la que te reta a que vuelvas a enamorarte de mí. Nos quedan tres citas para acabarla, y tengo la esperanza de que aceptes mi desafío.

Esta vez seré yo quien sufrague los gastos, así que te adelanto que he hecho una reserva a las siete en Geuffrey's para el tercer sábado de diciembre. Sé que aún no habrás volado a Nueva York y quizás puedas irte con una sonrisa en los labios.

Te esperaré sentada en la mesa junto a una copia de la novela para que tengas tiempo de decidir si quieres cenar conmigo.

Te quiero.
Cass.

El escritor leyó dos veces el correo para asimilar lo que le pedía Cassandra. ¿Volver a la apuesta? ¿A enamorarse de ella? ¡Si no había dejado de amarla! Y, en esencia, ese era el problema. Seguía enamorado, pero se veía incapaz de olvidar y pasar página para poder confiar de nuevo en su palabra.

«Joder, otra vez estás igual», se regañó. Acabó por salir del despacho para respirar aire fresco. De pronto, necesitaba sentir el frío en la cara. Eran las cinco. Aún no había anochecido, pero el sol bajo apenas calentaba. Caminó lentamente, notando que la alfombra mullida que le ofrecía el césped le devolvía parte de la serenidad.

Miró al horizonte, a lo lejos. El mar parecía en calma, aunque estaba seguro de que no era así. Las diminutas líneas blancas que distinguía eran olas embravecidas que acabarían rompiendo en la orilla.

Cerró los ojos. La jaula que él mismo había creado para protegerse no quería dejarlo escapar. Era natural, allí se encontraba a salvo. Solo, pero a salvo. Estaba cansado de sufrir y de darle vueltas a todo.

Cogió su móvil, decidido a llamar a su hermana. Necesitaba consejo, aunque esta vez no le envió un mensaje porque le hacía falta oír una voz distinta a la suya, que no dejaba de taladrarle la cabeza.

—Hola, «Peque».

—Hola, Alice —dijo muy despacio.

—Ay, Dios, ¿qué pasa ahora?

Veinte minutos después, ella le hubiera dado un coscorrón porque su hermano le había contado lo que le había propuesto Cassandra y aún se lo estaba pensando.

—Mira, Alex, no es por nada, pero pareces un disco rayado.

—¿Crees que no lo sé?

—Pues si lo sabes, ¿qué te detiene?

Se mantuvo en silencio porque, en realidad, no lo tenía claro del todo.

—¿El miedo? —añadió ella.

—No lo supero.

—Tal vez necesitas cerrar esa herida de verdad, no con parches momentáneos.

—En Nueva York no me sentía así.

—Alex, Jess te dejó por otro hace años. O lo asumes de una vez o vas a perder a Cassandra así —dijo, chascando los dedos—. ¿Qué demonios quieres? Puedo tener la misma conversación contigo el resto de nuestras vidas, pero, mientras, el tiempo pasa. Lo perdido no vuelve.

—Lo sé.

—Ya. ¡Dios, como el que escucha llover!

—No es eso.

—¿Entonces? —Alice terminó elevando el tono de voz porque la estaba desesperando.

—En mis novelas, el protagonista ama con tal intensidad a la chica que haría lo que fuera necesario para salvarla. Daría hasta su vida. Ese amor incondicional e infinito hace que pierda la cabeza cuando ella está en peligro o consigue que supere sus dudas, sus temores, todo cuanto lo paraliza para lograr el final de sus sueños…

—De acuerdo —dijo Alice, sin saber bien a dónde quería llegar.

—Todos ellos soy yo, o al menos pensaba que lo era. Pero no es así.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre he considerado que estaba muy por encima de Jess. Creía que era mejor que ella por no dejarme llevar por la atracción que sentía por otras personas. Tuve la oportunidad de serle infiel, ¿sabes? —Alice no dijo nada. Solo esperó a que continuara—. Nunca se lo había contado a nadie —agregó el escritor, volviendo dentro de casa.

—Alex, ¿quién no ha tenido esa clase de tentaciones alguna vez? Pero estás desviándote del tema.

—No, todo lleva a lo mismo. Yo pensaba que, como mis protagonistas, podría amar a la chica sin restricciones y durante el resto de mi vida. Que sería capaz de perdonar cualquier error si ella tenía un motivo razonable para haberlo cometido.

—Te lo juro, estoy perdida.

—No soy así, Alice, para nada. No puedo soportar que Cassandra no me contara el motivo de dejarme solo en mitad de un plató justo después de haber hecho el amor con ella. Me sentí como un maldito idiota, otra vez. Y no sé por qué no quiero que me lo explique. Todo gira en torno a lo mismo y ya te lo contado, así que no me voy a repetir porque hasta yo estoy cansado de escucharlo.

—Faltó a su palabra.

—Sí.

—Alex, todos hemos faltado a nuestra palabra alguna vez. Mamá y papá lo hicieron cuando se despidieron de nosotros con un «Hasta luego», pero nunca volvieron.

—¡Tuvieron un accidente de coche!

—Así que tuvieron un motivo razonable, ¿no?

—Dios, Alice. ¿Cómo puedes comparar una cosa con otra?

—¡Porque ya no sé qué demonios decirte para que despiertes! Vale, tal vez me haya excedido, lo reconozco, pero es que me he quedado sin argumentos. Eso sí, debería darte vergüenza haberla dejado irse sin más, pero, más que nada, ¿cómo pudiste salir con otra después

de que ella hubiera ido a disculparse y a tratar de explicártelo? Por Dios, Alex. ¿En qué estabas pensando?

—Lo sé, lo sé… No me siento orgulloso de lo que he hecho. —Suspiró con fuerza porque ni él mismo sabía cómo encontrar el camino de vuelta.

—Por algo se empieza. Has de hablar con ella y esta vez serás tú quien le pida disculpas por tu comportamiento. Alex, de esto solo puedes salir por tu propio pie. —Silencio—. «Peque» —añadió con cariño—, por mucho que pienses en ello una y otra vez, hasta que no encuentres la verdadera razón, no serás libre. Siento repetirlo, pero no sé qué más puedo decirte para que veas que estás completamente equivocado.

—Ya. Ni tú, ni Isaiah, ni Maverick…

—Te dejas a la más importante en esta historia, ni Cassandra. No sé en qué estabas pensando para no dejarle explicarse.

—En mi orgullo herido. Hay algo más que no te he contado…

Acabó volviendo a lo que le había propuesto Cass en su *email*.

—Dios, Alex, ¡esa es vuestra oportunidad! Dime que vas a presentarte en el restaurante.

—Aún no lo sé.

—¿Es que te has vuelto loco? ¿Serías capaz de dejarla plantada por una rabieta?

—No es una rabieta, ¡joder!

—¡A mí no me hables así!

—Vale, lo siento. Pero no lo sé, Alice. Aún no lo sé.

—Tantos años buscando volver a enamorarte y vas a estropearlo todo sin saber el porqué. Dime, ¿quién es el tonto de remate aquí?

—Yo no buscaba enamorarme. Te recuerdo que pensaba justo lo contrario.

—Señor, estamos dando más vueltas que los que compiten en un circuito cerrado.

—Lo sé.

—Bueno, he de hacer la cena. Quédate con esto y cuelgo: cuando mañana despiertes, ¿a quién te gustaría tener a tu lado? No me contestes. Piénsalo y encuentra el camino de vuelta.

—Deberías ser tú la escritora.

—¡Cómo si tuviera tiempo para estar horas y horas delante de una pantalla! ¡Ni hablar!

Los dos soltaron una carcajada. Alex se despidió de ella y fue directo a la cocina para cenar algo.

Con tristeza, reconoció que aún no tenía una respuesta definitiva a la pregunta de Alice. Eso lo dejó todavía más sumido en las profundidades, porque, pese a que quería responder que «a Cassandra», su cabezonería no podía permitirle aceptar que así era.

CAPÍTULO 32. SIN AVANCE

En Elegant Books sabían que las semanas previas a la Navidad iban a ser una auténtica locura y por eso llevaban bastante tiempo preparándolas a conciencia. Como de costumbre, todos los editores andaban ultimando los detalles de las distintas firmas programadas en la ciudad. Los más importantes, como Adam Wright, volarían a La Gran Manzana para lograr el mayor impacto en los potenciales lectores que aún no se habían decidido. Por suerte, el merchandising que habían creado para la ocasión se vendía por sí mismo. Tazas, bolígrafos, fundas para libros, para móviles y también *tablets*… Un sinfín de artículos más un *pack* especial con las cinco novelas, que estaba causando furor.

Cassandra estaba metida de lleno en las distintas promociones para organizar a los editores. La mañana del jueves tenía un compromiso ineludible con una autora novel que acababa de publicar su primer libro. Después de la firma, que resultó mucho mejor de lo que tenían previsto en un principio, se dirigió a casa con la adrenalina a mil. Olivia llegaba aquella tarde y estaba deseando verla. Acto seguido, recordó que Blair se reincorporaría en pocos días. Aquello merecía organizar una cena de chicas en su casa en cuanto las cuatro pudieran.

Sobre las ocho y media de la tarde, Oli le envió un mensaje diciéndole que ya estaba en Los Ángeles y que Gabriel había ido a recogerla al aeropuerto. Su amiga tenía ganas de verla, pero estaba rendida tras el vuelo. Le prometió que, después de cenar, la llamaría.

Cass sonrió al saber que ya estaba con su chico y respondió que hablarían al día siguiente tras su entrevista. En un abrir y cerrar de ojos su mundo volvía a cambiar, y estaba deseando poder decir lo mismo sobre su situación con cierto escritor. Pero Alex no había respondido aún a su propuesta. Habían pasado cuatro días y un vacío inmenso los separaba. Sin embargo, aún tenía la esperanza de que se abriera lo suficiente como para aceptar esa cena. Pero eso solo el tiempo lo diría.

La mañana del viernes pasó en un suspiro. Sobre la una, recibió la llamada que estaba deseando.

—¡Hola, Oli! —dijo muy emocionada.

—¡Hola, Cass! Acabo de salir de la entrevista. ¡Me quedo en Los Ángeles!

—¿Lo dices en serio?

—¡Sí! —exclamó, riendo con ganas—. Eres la segunda en saberlo, Gabriel dice que tenemos que celebrarlo y vamos a salir a cenar. ¿Te importa que quedemos mañana?

—Claro que no, y ¡enhorabuena! ¿De verdad es esto lo que quieres? Te aseguro que el cambio es bastante duro.

—Lo sé, pero mis circunstancias son distintas, Cass. Soy yo la que ha elegido venir.

—Tienes razón.

—Además, como aliciente, tengo un morenazo que me ha invitado unos días a su casa y quiero aprovecharlos al máximo. ¡Que he perdido la cuenta de cuánto hace que…!

Ambas rieron con ganas.

—Pues emplearos a conciencia. Dicen que la canela, el jengibre y el chocolate son afrodisiacos. Como te falta práctica… Vamos, yo lo digo por tu bien.

—Uy, ¿tú haciendo un chiste? —Más risas—. Dios, ¡cómo te echaba de menos!

—Y yo a ti.

—Bueno, ¿cómo va lo de Alex?

—Directamente, no va.

—¿Qué quieres decir?

Cassandra acabó por contarle lo que había sucedido en el despacho y le leyó el correo en el que le retaba a continuar con aquel juego. Apenada, también confesó que él no se había decidido todavía a responderle.

—Me parece muy infantil su actitud. Por favor, ¡que va a acabar por perderte por su orgullo! ¡Ni que fuera Elisabeth Bennet!

—La cuestión es que yo no soy Darcy. Yo no tengo prejuicios.

—Pero sí cabeza. Mi consejo es que intentes aclarar esto lo antes posible.

—Tienes razón, aunque no sé cómo hacerlo.

—Siendo tú misma. Algo me dice que está perdido en un mar de inseguridades porque le han roto demasiadas veces el corazón.

—Y yo no se lo he puesto fácil.

—No fuiste tú, sino las circunstancias.

—¿Y qué más da? El final es que no soy capaz de llegar hasta él. Se ha cerrado en banda como si hubiera renunciado a su oportunidad de ser feliz, pero ¿qué ocurre con la mía?

—Alex es mayorcito para decidir lo que quiere.

—Exacto, Oli. La pelota está es su tejado, pero no puedo suplicar por su amor. Le quiero, él lo sabe. Solo necesita tiempo.

—¿Y cuánto estás dispuesta a darle? —La periodista sabía que aquella situación se volvería insostenible en unas semanas y acabaría por destrozar a su amiga.

—Hasta el catorce de febrero. Esa es mi fecha límite.

—¿Y por qué ese día?

—Es la última cita.

—¿Crees que se presentará a la cena?

—Eso espero, si no, ¡me pondré morada de langosta yo sola!

Se echaron a reír. Cass, más bien, por el miedo a que no apareciera en el restaurante.

—Bueno, esperemos que la cordura vuelva al escritor y despierte de una vez.

—Yo lo estoy deseando —admitió Cassandra—. Una cosa, Blair vuelve este fin de semana. ¿Te parece que el que viene os vengáis a cenar a casa? Gabriel y tú, April e Isaiah y yo, ¡claro!

—Es una idea genial. Cuenta con nosotros.

—Estupendo. Bueno, vuelvo al trabajo. ¿Y tú cuándo empiezas?

—En enero. Este mes lo necesito para arreglar el papeleo y lo del alquiler de mi piso. Además, mudarme va a ser una odisea.

—¡Y tanto! Si quieres, te echo una mano. ¿Vas a traer tu coche? Podrías contratar una empresa, como hice yo.

—No creo, eso seguro que cuesta un pastizal. Yo vendré en coche con todo lo que pueda y el resto lo enviaré poco a poco.

—Ni hablar. Yo lo pago, considéralo un regalo por haberte mudado por mí.

—Cass, no lo he hecho por…

—Shh, ¡no rompas la magia!

Olivia soltó una carcajada y la editora se contagió de su risa.

—Gracias, de verdad.

—Cuando vuelvas a Nueva York, llamaré a la secretaria de mi padre. Ella se encargará de todo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Ahora he de volver al trabajo.

—Vale. Mañana te llamo y quedamos para vernos. Sé que Gabriel me tiene algo preparado con su familia, pero intentaré escaparme para que podamos tomar un café.

—Me parece genial. Llámame cuando te dejen un hueco y quedamos. ¡Y felicidades de nuevo!

—Gracias, «Pretty Woman».

Cassandra colgó con la sensación de que Olivia no regresaría a Nueva York. Algo le decía que ese año que se daba de plazo su amiga solo era para conocer a Gabriel. Esperaba que en el trabajo le fuera muy bien, pero, más que nada, que el esfuerzo de cambiar de vida tuviera la recompensa que buscaba. Por lo poco que conocía al hermano de April, sabía que Olivia tenía todas las de ganar. Aquella familia la formaban personas buenas y cariñosas, un motivo más para quedarse. Y Cass estaba convencida de que la periodista estaba deseando formar parte de ella.

El viernes por la tarde, la editora se encontraba sola en casa. Después de la primera semana de vuelta al trabajo presencial, se notaba agotada.

El timbre de la puerta sonó. Se preguntó quién sería porque no esperaba a nadie.

—¡Sorpresa! —dijo April, abriendo los brazos en uve.

—¡Hola!

Ambas se abrazaron.

—Lo sé, lo sé. Debería haber venido antes a verte —comenzó la agente—, pero he tenido una semana de locos.

—¿Un café?

—¡Y dos! —Rieron con ganas—. En fin, me he presentado sin avisar porque tengo buenas noticias. ¡El propietario ha aceptado venderte el apartamento!

—¿De verdad?

—¡Sí! He estado varias semanas de tira y afloja, pero gracias a mis dotes de persuasión… Vamos, que lo he llamado a diario para convencerlo. ¡El pobre ha claudicado porque está harto de mí!

Cass soltó una carcajada.

—¿Y el precio, April?

—El que le ofreciste, aunque le he dicho que se podrá quedar con la fianza. Yo creo que eso ha sido lo que ha terminado por convencerle.

—Estupendo. ¿Y cuándo firmamos el contrato?

—El martes que viene.

—¡Qué rápido! Gracias —dijo, dándole un beso en la mejilla—, ¡eres la mejor!

—Eso lo sabe todo el mundo —bromeó, formando una mueca muy graciosa que hizo reír de nuevo a Cass.

—Es verdad, lo había olvidado.

Más risas.

—Bueno, ¿y qué tal va todo con Alex?

—Pues igual.

—¿Aún no te ha contestado? —dijo elevando el tono.

—«Nop».

—Si puedo darte mi opinión, me parece muy feo por su parte que no te haya dicho nada —soltó la agente, apurando el café.

—Creo que lo entiendo.

—¿Cómo?

—April, le hice daño.

—Vamos a ver, Cass, eso lo sabemos todos. Pero si te quiere…

—Quizás ha dejado de hacerlo. Hace cinco días que le propuse volver a la apuesta en un *email*.

—¿Quéeeee?

Ella le resumió a su amiga lo que le había escrito. Al final, se pasaba el tiempo contando a unos y a otros su vida. Estaba empezando a plantearse hacer un grupo con todas para explicarlo una sola vez.

—Me has dejado sin palabras —admitió April—. ¿Y no te ha contestado después de decirle…?

—No. Si te digo la verdad, no me lo esperaba —se lamentó Cass.

—Creo que Isaiah no sabe lo que le has propuesto.

—Ah, ¿no?

—Me lo hubiera comentado. O quizás Alex le haya pedido no compartirlo. No lo sé.

—Da igual —añadió la editora con una sonrisa triste.

April la miró y se sintió muy mal por ella. Ya había pasado tiempo suficiente como para que Alex le hubiese dicho algo. Esto no iba a quedarse así. Estaba dispuesta a solucionarlo por su cuenta, aunque su chico se molestara por entrometerse.

—Bueno, tranquila. Isaiah hablará con él —adornó la verdad.

—No quiero que le insistan. Lo nuestro era algo natural, sin dobleces…

—No lo dirás en serio, ¿verdad? Los dos sois un par de mentirosos de campeonato.

—¡April!

—Es que no entiendo por qué dices eso cuando ambos os habéis pasado meses negando lo evidente. Puedes decir que era natural, vale. Os enamorasteis sin pretenderlo. Hasta ahí, lo admito. Pero eso de que no había dobleces…

—Vale. En Nueva York fue maravilloso. Nos abrimos el uno al otro y compartimos mucho más que un simple reencuentro. —Su amiga asintió—. Pero nada de eso tuvo valor, o al menos es lo que ahora parece.

—Todo se arreglará, te lo aseguro —insistió April.

—Ya veremos.

—Ahora debo irme. He quedado con Isaiah. Mañana quiero que vengas a cenar a la casa de mis padres. Estará Olivia, y un pajarito me ha dicho que aún no habéis podido veros.

—Mañana iba a intentar escaparse para tomar un café juntas.

—Pues os lo podéis ahorrar. Te vienes y punto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Cualquiera te lleva la contraria.

—Y que no me entere yo de que intentas escaquearte.

Ambas volvieron a reír. Tras despedirse de su amiga, Cass regresó al sofá. Cogió su portátil para comenzar a leer una nueva historia sobre vampiros. El género le fascinaba y la autora proponía una visión muy oscura del mundo, pero, que, en el fondo, escondía un romance épico como jamás se había conocido.



April salió disparada para la casa de Alex. Llamó a Isaiah varias veces, sin embargo, no logró hablar con él. Supuso que tendría muchos clientes o que estaba en mitad de una clase. Aquello la detuvo solo el tiempo de pararse en un semáforo. Tenía algo en mente y, aunque Cass acabara enojada con ella, era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera cantarle las cuarenta al escritor. Y eso era justo lo que iba a hacer.

Alex se extrañó al oír el timbre de la puerta. No había quedado con Isaiah y aún no había hecho el pedido para cenar.

Al mirar la pantalla, la sonrisa de la agente lo traspasó. Abrió enseguida. Ella subió por el camino y aparcó detrás del coche del escritor. Al acercarse, él ya estaba en la puerta esperándola.

—Hola, April.

—Hola, Alex —dijo mientras negaba con lentitud.

—¿Qué ocurre?

Anora se acercó despacio y maulló mientras se rozaba con las piernas de ella.

—Hola, bonita —susurró agachándose, contenta de que la gata la hubiera dejado acariciarla.

—¿Isaiah no viene contigo? —preguntó él extrañado.

—No. Le he llamado, pero no contesta. Estará en una reunión o se habrá dejado el móvil en la trastienda. ¡Adivina tú!

—Bueno. Mmm… Perdona que te lo pregunte, ¿por qué has venido entonces? —trató de averiguar, tras cerrar la puerta.

Ella rascó un instante más el cuello de Anora antes de ponerse en pie. Su expresión cambió a una mucho más censuradora.

—Alex, voy a meterme donde no me llaman y puedes enfadarte conmigo si quieres, pero ¿por qué narices no has respondido aún a la propuesta de Cass?

Él se quedó paralizado un momento.

—Te lo ha contado —dijo con sentimientos encontrados mientras le ofrecía con la mano pasar al salón para sentarse.

—Ahora entiendo… —dijo pensativa—. Aún no se lo has dicho a Isaiah.

—No me ha dado tiempo.

—¿En cinco días?

—April, te agradezco mucho la preocupación, pero esto no es de tu incumbencia. En serio, te agradecería que no te metieras en mis asuntos porque no tengo una respuesta.

—Vaya, ahora estorbo —respondió, bajando las comisuras—. Hace tres semanas no, claro. Isaiah y yo éramos tu tabla de salvación para recuperarla.

—¿Es que acaso la he recuperado?

—Alex, perdóname por lo que voy a decirte, pero te estás comportando como un niño con un berrinche. No te han quitado un caramelo, la mujer de tu vida ha estado a punto de perder lo que más quería por el amor hacia su familia.

—Pero no hacia mí.

—¿¡Cómo que no!? —clamó ella.

Anora salió corriendo hacia el dormitorio por el susto.

—April, no puedes venir a mi casa a gritarme.

—¿Pero sí a ayudarte? ¿A mentir por ti? Eso sí podía hacerlo, ¿verdad?

—¿Se puede saber qué quieres?

Ella lo miró con la adrenalina a punto de explotar. Cass se había convertido en una de sus mejores amigas. Verla sufrir de nuevo la reconcomía por dentro. Sabía que se estaba

sobrepasando, y aunque trató de dulcificar su respuesta, lo que dijo no resultó tan suave como deseaba.

—¡Que le eches pelotas y la llames!

Nada más decirlo, se arrepintió. Abrió la boca, pero, no sabía cómo disculparse.

—¿Algo más? —dijo muy serio.

—Lo siento, Alex. Me he pasado de la raya. Tienes que saber que Cass está loca por ti. Todo esto la está hundiendo y verla llorar me parte el alma.

April se tomó la licencia de exagerar un poco la verdad de las últimas circunstancias. Aunque, pensándolo en frío mientras él la observaba, sí que tuvo que reconocer que su amiga había llorado por todo aquello, y en más de una ocasión.

—No sabía que ella…

—¿Y qué esperabas? Dios, voy a rezar para no equivocarme nunca porque, incluso con razones irrefutables, puedes dejar de querer hablar conmigo en cualquier momento. Supongo que eres perfecto y a Isaiah se le olvidó mencionármelo.

—No hace falta ironizar, ¿sabes? —respondió molesto.

—Ah, ¿no? Una cosa más y me voy. ¿Qué harías por Alice? ¿O por Maddison? ¿O por Zac? Isaiah me ha hablado de ellos. No los conozco, pero estoy segura de que sacrificarías tu vida con tal de que ninguno sufriera.

—Puedes estar segura de que no faltaría a mi palabra.

—¿Segura? —recalcó, mirándolo de una manera que hizo tambalearse los cimientos del escritor—. Por mi familia entregaría hasta mi sangre, así que no mientas, Alex. Te aseguro que no eres tan bueno haciéndolo.

—Creía que la que no sabía mentir era Cass —dijo con media sonrisa forzada.

—¿Acaso no has oído la expresión de que «Todo lo malo se pega»?

—April, no puedo.

—No puedes… —dijo, mirando alrededor. Después, se puso en pie. Él hizo lo mismo—. ¿Oyes eso?

—¿El qué?

—Exacto.

—Me traicionó —soltó con ira.

—Te equivocas. Y te estás equivocando tanto que, cuando quieras dar marcha atrás, quizás ya la hayas perdido. Pero, escucha… —añadió mientras inspiraba cerrando los ojos—. Nada.

—Necesito que dejéis de insistirme.

—Como desees, «señor escritor».

A él se le revolvió el estómago al oírla decir esas palabras.

—Te agradecería que no me llamaras así.

Ella lo miró frunciendo el entrecejo. Aquello mostró que April lo había hecho sin saber que ambos tenían esa complicidad.

—Disculpa, no me hagas caso —acabó él diciendo mientras se frotaba la frente. Un dolor de cabeza importante apareció de pronto.

—No pasa nada. Cuídate, Alex.

—Tú también.

La agente salió de la casa con un regusto amargo en la boca. No había conseguido hacerle entrar en razón ni tampoco que tuviera el detalle de dar una mísera respuesta a Cass.

Debía hablar con Isaiah. Tal vez él si lograra hacerle ver las cosas desde otro punto de

vista. El tiempo pasaba y la cita que le había propuesto Cassandra se acercaba inexorablemente. Apenas faltaban un par de semanas y sabía que la incertidumbre de lo que iba a ocurrir estaba minando la confianza de su amiga tanto como las esperanzas de poder solucionar el distanciamiento entre ellos.

Marcó el teléfono de su chico y esta vez sí respondió.

—¡Hola, preciosa!

—Hola, cariño. ¿Qué tal todo?

—Agotado. No te puedes imaginar qué tarde llevo. ¿Te recojo y salimos a cenar o pedimos algo?

—Vente a mi casa. He de contarte una cosa.

—¿Qué ocurre?

—He ido a tratar de hacer entrar en razón a Alex.

—¿Esta tarde?

—Sí, acabo de salir de su casa. Antes he intentado hablar contigo, seguro que tienes varias llamadas perdidas mías.

Él lo miró en un momento.

—Lo siento, me había dejado el móvil en el almacén.

—Lo que pensaba.

—¿Y por qué has ido a verlo?

—Isaiah, como Alex siga así, va a perder a Cass. Pero lo hablamos ahora. ¿Te parece?

—Claro. Dame cuarenta y cinco minutos.

—Te espero en casa. Te quiero.

—Y yo a ti.

Isaiah colgó con un malestar instalado en el cuerpo. Su amigo estaba llevando aquella pataleta demasiado lejos. Si no quería acabar como al principio, debía aceptar que Cassandra había tenido que dar su brazo a torcer por algo importante.

Sin pensárselo dos veces, marcó su número. Ya iba siendo hora de que Alex admitiera que estaba equivocado. Y, más complicado aún, que quisiera dar marcha atrás para tener la oportunidad de ser feliz, aunque él mismo estuviera luchando contra el viento. El surfista veía que continuaba ofuscado en mantener una posición insostenible, pero allí lo único que podía encontrar era el mayor error de su vida, pese a no querer verlo.

CAPÍTULO 33. ¿ES ESTO LO QUE QUIERO?

Tras otra buena discusión con Isaiah por la misma razón que con April, Alex colgó con el sentimiento de que todos estaban en su contra. Necesitaba a su gata, pero, después de la conversación con la agente, estaba desaparecida. Tampoco es que fuera a ponerse a buscarla por todas partes. Supuso que, tarde o temprano, aparecería.

Miró la hora, las diez menos diez. Tal vez debería pedir algo para cenar, pero se le habían pasado las ganas. Volvió al salón y, para torturarse, eligió la misma chimenea que había visto sin parar desde que regresó de Nueva York.

Cerró los ojos. Se sentía agotado. Pensó en el consejo de Alice y sus amigos. Puede que todos tuvieran razón. Sin darle más vueltas, cogió el móvil. Ya iba siendo hora de aclarar las cosas.

Alex_21:59
Me he portado como un idiota.

Le dio a enviar y esperó a que ella le concediera la oportunidad de hablar. ¿Sería demasiado tarde? Eso solo podía decidirlo Cass.

Aguantó la respiración cuando vio que le estaba escribiendo.

Cassandra_22:02
Estabas muy enfadado conmigo.

Alex_22:03
Aún lo estoy, pero iré a la cena.

Cassandra_22:05
¿El beneficio de la duda?

Alex_22:06
El rapapolvo de todos.

Cassandra_22:07
¿Es esa la única razón?

Cassandra se quedó absorta esperando una respuesta que no llegaba.

Alex, con la mirada fija en la pantalla, le estaba dando demasiadas vueltas a lo que iba a escribir. No quería ser muy duro, pero tampoco dar a entender que todo se había solucionado como por arte de magia, por lo que prefirió ser sincero.

Alex_22:10
Por ahora, sí.

Ella respiró con la seguridad de que lo que tenían había acabado en aquel plató. Incluso así, prefirió contarle lo sucedido en persona, aunque ya no hubiera nada que salvar.

Cassandra_22:13
Geuffrey's, a las siete. Nos vemos en dos semanas. Cuídate.
Alex_22:14

Tú también.

Nada más enviarlo, el escritor chasqueó la lengua. ¿Por qué era tan obtuso con la situación? ¿Es que Cass no merecía una oportunidad? «¿Es esto lo que quiero?», se preguntó, lleno de dudas. Anora apareció y subió de un salto al sofá. Sin darle más vueltas, se acomodó encima de sus piernas mientras maullaba exigiendo atención.

Él comenzó a acariciarla despacio, perdido en las llamas hipnóticas que parecían querer hablarle.

—¿Crees que me estoy equivocando, granujilla? —le preguntó al felino.

La gata lo miró y ronroneó con una cadencia un tanto conocida. En cierto modo, su respuesta era que sí. Esto lo hizo mostrar una sonrisa incómoda, aunque solo él pudo notarlo.



April recogió a Cass sobre las doce. Al poco, llegaron a la casa de la mexicana. Allí ya estaban Olivia y Gabriel. La periodista corrió hacia su amiga en cuanto la vio y se fundieron en un abrazo como si hiciera años que no lo hacían.

—No me creo que estés aquí —dijo la editora.

—Ni yo.

—Bueno, niñas —las cortó Josefa con una voz de apremio—, ya os habéis saludado. Ahora, Cassandra, dame un beso y ponte a pelar patatas, que necesitamos muchas.

—Abuela, deja de mandar.

—Ay, «Abrilcita», ¡es que me sale solo! —Las cuatro rieron—. La culpa es de tu madre. Si ayer hubiera dejado hechas las enchiladas, no tendríamos tanto trabajo.

—«Abuelita», mis hermanas llegarán sobre la una. Verás que en nada tendremos preparada la comida. Además, hay muchas manos para ayudar, así que no te quejes.

—Eso es lo que quiero.

La anciana sonrió al decirlo mirando hacia Cass y Olivia. La periodista no la entendió, pero Cassandra sí.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó Oli a April.

—Que ambas le gustáis por igual. Venga, lavaos las manos y vamos al lío, que hay mucho que hacer.

Durante las horas que pasaron juntas en el hogar de la agente, las dos neoyorquinas se sintieron como en casa. El amor y complicidad que desprendían todas aquellas mujeres no se podía comparar con nada que ninguna hubiera experimentado.

Tras dejar a Cassandra en el apartamento, Olivia le prometió quedar con ella antes de volver a Nueva York por Navidad. Debía comenzar con la mudanza y pasar unos días con su familia.

Mientras Gabriel conducía hacia su apartamento, no dejaba de darle vueltas a cómo comenzar la conversación a la que quería llegar, pero no sabía cómo. El tiempo que ambos habían pasado alejados le había despejado sus dudas. Olivia era la mujer con la que quería despertarse a diario y, aunque habían pasado apenas unas pocas horas juntos repartidas en cinco meses, se moría de ganas por saber cómo sería tener otro tipo de confianza, una mucho más cercana y personal a la que llevaban compartiendo todo ese tiempo.

—Estás muy callado —dijo ella para romper el hielo.

—Estaba pensando cuánto tiempo vas a tardar en volver.

—Bueno, casi cuatro semanas. Las Navidades están de por medio, y en el periódico comienzo el ocho de enero. Eso sí, April me ha prometido encontrar un apartamento mono y asequible cerca. Así no tendré que gastarme el sueldo en desplazamientos.

—Mmm… Mmm…

—¿Qué, Gab?

—Aquí la vida es carísima —soltó mirándola en cuanto paró en un semáforo.

—Bueno, por eso quiero algo «asequible» —repitió dibujando unas comillas en el aire.

—Yo creo que no es buena idea que busques un apartamento porque es lo que dices: «Se te va a ir el sueldo en desplazamientos».

—Ya. ¿Y qué pretendes que haga? ¿Que viva con tus padres?

A él se le escapó una carcajada. Había llegado el momento de parar de darle tantas vueltas.

—Mejor aún, conmigo.

Aparcó el coche y se giró hacia ella.

—¿Me estás pidiendo que vivamos juntos? —Olivia no salía de su asombro.

—¿Tan malo es?

Ella trató de no sonreír, pero le fue imposible.

—No sé cocinar ni me importa. Tengo un millón de libros y me gusta tomar café con mis amigas. Hablo por los codos y, ah…, me ducho a las seis de la mañana.

—¿Eso es un no? —preguntó algo decepcionado.

Olivia negó despacio.

—Eso es para que luego no me digas que no te lo advertí.

—¿Entonces?

—¡Claro que quiero vivir contigo, bobo!

Gabriel se acercó para besarla. Aunque Olivia notaba cientos de mariposas en el estómago, jamás desearía cambiar esa sensación por nada ni estar en ningún otro lugar que en los brazos del chico que se estaba esforzando por hacerla entender que ella era la única. En él había encontrado al hombre que, sin pretenderlo, la había hecho ver que existía vida fuera de los límites de Nueva York, y ella no podía esperar a descubrir el resto del mundo a su lado.



El lunes llegó mucho más rápido de lo que hubiera deseado Cass, que regresó a la editorial con los informes de un par de novelas que tenía empezadas. Tras reunirse con su jefe, se dirigió a su despacho. La semana anterior había olvidado por completo llamar a Lucille y quería saber cómo se encontraba.

—Hola, Cass. Al fin te has decidido a llamarme. Dime, ¿con qué te ha amenazado Samuel?

—Hola, Lucy. Soy lo peor. No tengo excusa.

—Anda que no. Oye, ¡que solo estaba bromeando!

Las dos rieron, rompiendo la primera barrera tras la vuelta de la joven editora.

—¿Cómo te encuentras?

—Como un cachalote —afirmó riendo.

—¿Y te aburres mucho?

—¡Qué va! Hace unos diez días comencé con las contracciones de Braxton Hicks, así que estoy muy entretenida tratando de respirar y de no matar a mi ginecólogo cuando me visita.

Más risas.

—Bueno, en un mes tendrás a tu precioso bebé en los brazos.

—Lo sé. Es lo único que me mantiene cuerda. Bueno, ahora dime, ¿qué tal va todo con Alex? —Cass inspiró hondo. La futura mamá lo oyó alto y claro—. Dios, ¿así de mal?

—¿Qué te ha contado?

—Bueno, él y yo somos muy amigos.

—Entonces, todo. ¿No es así?

—Aún no sé el motivo de por qué no confiaste en él.

—Lucy, Alex no me ha dejado contárselo. Si no te importa, yo tampoco lo voy a hacer. Antes quiero hablar con él.

—Lo entiendo.

—Ahora tengo que dejarte. Se me acumulan las novelas, pero he encontrado tres que me han encantado.

—¿Sí? ¿Me puedes enviar los informes? Estoy muy aburrida.

—¡Claro! Dame un momento… —Cass le preparó un correo—. Ya lo tienes.

—En cuanto te cuelgue, le digo a mi madre que me acerque el portátil. Estoy harta de ver la televisión y necesito leer algo.

—Vale, pero no te esfuerces.

—Prometido —dijo con voz cantarina. Se notaba que lo había repetido hasta la saciedad.

—Por cierto, las dos primeras semanas de enero estaré fuera del país. Me voy de vacaciones.

—¿A dónde?

—A Escocia. Mis abuelos viven allí y voy a ir a visitarlos.

—¡Me encanta Escocia! Algún día quiero conocerla.

—Pues cuando vayas, no busques hotel. Mi abuela te recibirá encantada.

—No, mujer. No podría invadir su casa.

—Mis abuelos poseen un castillo. Creo que tendrán sitio de sobra.

—No estás bromeando, ¿verdad?

—Claro que no.

—Pues, entonces, ¡te tomo la palabra!

Rieron juntas, uniendo un poco más su relación.

—Cuídate mucho. Te aviso cuando vuelva.

—Estupendo.

Cass colgó con una buena sensación. Aquella conversación había sido algo más cercana que de costumbre y notó que, aunque mucho más lento de lo que deseaba, todo empezaba a encajar en su lugar.

Todo, menos Alex.



Después del intercambio frío e impersonal de aquellos wasaps que le había enviado a Cass, Alex había pasado a ser casi un ermitaño. Apenas salía y se pasaba todo el tiempo tratando de mejorar la novela, algo que no estaba sucediendo ni de lejos.

Cada día, le daba vueltas a la situación. Como resultado, prefirió apartarse del mundo hasta no tener claros sus sentimientos. Por el momento, no había logrado gran cosa. Pese a que sus amigos y familiares no dejaban de llamarlo para saber cómo se encontraba, agradecía no haber recibido ningún otro mensaje de Cassandra. Eso le había permitido tratar de comprender qué le estaba ocurriendo. Lamentablemente, aún no había llegado a ese punto, así que se había volcado en su vía de escape favorita desde hacía años: escribir. Había rehecho parte de la sexta novela y seguía sin estar satisfecho con el desenlace.

Paró un instante para estirar las piernas. Le dolían ambas muñecas del esfuerzo. También los ojos por pasar tantas horas frente a la pantalla. Y, por supuesto, el corazón, porque se sentía roto por dentro. Para colmo, estaba muy enfadado consigo mismo por continuar igual que en Nueva York, por lo que, de momento, nada había cambiado.

La cita con Cass se estaba acercando y aún no había decidido si aquello lo ilusionaba o, por el contrario, lo estaba sumiendo en la desesperación.

Por desgracia, el limbo tenía atrapado a Alex en un ambiente demasiado hostil, lleno de niebla espesa y en la más profunda oscuridad. En el caso de Cass, la luz todavía la hacía tener un pequeño resquicio de optimismo, sin embargo, la tristeza los invadía a ambos por igual sin darles un respiro.



Durante toda esa semana, Cassandra se había concentrado en las muchas historias que no dejaban de llegar a sus manos. El trabajo la mantenía a flote, pero solo porque aún albergaba la esperanza de que Alex apareciera el siguiente sábado en la cena y pudieran avanzar en su relación. Aunque todavía no estaba segura de que cediera, al menos no le había enviado otro wasap anulando la cita, lo que ya era todo un logro.

Olivia había vuelto a Nueva York hacía unos días y la editora la echaba de menos, pero sabía que pronto viviría muy cerca y se podrían ver más a menudo. De todas formas, coincidirían en las fiestas. Además, Cass quería volar a Nueva York para pasarlas en familia. De modo que le pediría a Samuel la posibilidad de trabajar desde casa para poder celebrar la Nochebuena y el día de Navidad rodeada de los suyos.

A solo siete días de saber si él le daría una oportunidad, Cass decidió invitar a April y a Blair a tomar un café en su casa. Isaiah no podía ir porque estaba trabajando y Stephen prefirió dejar solas a las tres amigas para que tuvieran un poco de intimidad. Además, quería aprovechar esas pocas horas para hacer las típicas compras de esas fechas.

April recogió a Blair de paso al apartamento de Cass. La de recursos humanos se había incorporado al trabajo la semana anterior y todavía estaba acostumbrándose a la vida de casada.

Al oír el timbre, la editora corrió hacia la puerta.

—¡Qué bien que hayáis llegado tan pronto! —dijo emocionada.

April le pasó una bandeja de dulces y Blair una enorme caja de bombones de chocolate.

Tras dejar las cosas en la encimera, se abrazaron las tres.

—Dios, Cass, llevo toda la semana para hablar contigo, pero es que, entre una cosa y

otra, no he tenido tiempo —dijo Blair.

—Ni yo. Es mi primera Navidad en la empresa ¡y estoy destrozada! —Las tres rieron—. En serio, en Anthares Books no se lo tomaban tan a pecho. De verdad, ahora entiendo por qué somos la primera editorial del país, ¡se trabaja el triple!

Más risas.

—Mira que sois quejicas. ¡Que soy yo la que se patea las calles todos los días!

—¡Pero si vas en coche! —se burló Blair.

Una vez la anfitriona preparó el café y los pastelitos estaban al alcance de las tres, las preguntas inquisidoras no tardaron en llegar.

—Bueno, Cass —se lanzó la recién casada—, me ha dicho un pajarito que tienes mucho que contarme. ¿Qué pasó en mi boda con tu ex?

La editora miró con una mueca de reprobación a April, que, a su vez, giró la cabeza hacia Blair antes de defenderse.

—Oye, ¡qué yo no le he contado nada?

—No ha sido ella, sino Lucille —aclaró, cogiendo el primer pastelito de yema tostada.

—Alucino. ¿Y por qué Lucy te lo ha dicho? —se quejó Cassandra con razón.

—Venga, no se lo tengas en cuenta. Primero, no se puede mover y está que trina, segundo, somos amigas desde hace mucho. Pero la razón principal es que Alex lleva encerrado una semana en su casa. Está muy preocupada por él. De hecho, Lucy ha hablado con la hermana, Alice, y ella también le ha asegurado que apenas se separa del ordenador. Dice que parece estar obsesionado con la última novela y no para de reescribirla.

—En el fondo, me da pena Alex. Está perdido… —se le escapó a April, que se había guardado que había ido a cantarle las cuarenta al escritor para que ella no se sintiera peor al conocer su negativa.

Cassandra la miró con otra mueca que mostró cómo se sentía. Sí, el escritor lo estaba pasando muy mal por su «traición», a la que no paraba de recurrir una y otra vez.

No es que no lo entendiera en parte, pero allí quien había estado a punto de sacrificarlo todo era ella, y parecía que el agravio recayera solo en Alex.

—¿Os habéis dado cuenta de que he pasado de ser la víctima para convertirme en un verdugo?

—No es eso —rectificó la agente.

Ella negó algo molesta y acabó por contarle a Blair toda la verdad desde que Caleb la había llamado para decirle que debía casarse con su ex.

Su amiga, que se había perdido todo aquello, permaneció un momento en silencio tratando de asimilarlo.

—Alex no está siendo justo contigo —soltó al fin.

—No, pero, ya ves, tengo la mala suerte de ser siempre la causante de todas las desgracias.

—¡No digas eso, Cass! —soltó April a toda mecha—. Está dolido y empecinado en que tiene la razón.

—¿Y yo no estoy dolida? —preguntó exasperada.

—¡Claro que sí!

—¿Os podéis hacer una idea de lo que significa para mí que no haya querido que le cuente lo que sucedió? —Las dos amigas asintieron a la vez—. Al menos Lucy no lo sabe, si no, seguro que ya se lo habría dicho con tal de que arregláramos las cosas. Pero yo no quiero que otros le insistan. Debería salir del propio Alex querer saber la verdad.

—Pues te aseguro que no está en ese punto todavía —señaló April.

—Ya lo sé. Por eso estoy tratando de que me entienda. Se me ocurrió lo de terminar las citas porque eso, en parte, fue lo que acabó por unirnos. El sábado que viene es nuestra primera cena después de todo este maldito embrollo. Así que espero que me permita aclararlo.

—Yo creo que sí —respondió la agente.

—¿Sí? Pues yo no las tengo todas conmigo. Aún se pueden torcer muchas cosas.

—Cass —la quiso animar Blair—, no pienses así. Estoy convencida de que Alex acabará por darse cuenta de que está perdiendo un tiempo precioso. Además, estamos acercándonos a Navidad, qué mejor fecha para perdonar a los demás.

—Ese es un buen argumento, pero si lo hubieras visto decirme a la cara que tenía una cita después de haber ido directamente desde el aeropuerto para verlo, no hablarías así.

—¿Qué pasa si en la cena no lo solucionáis? —April apuró su café.

—Entonces, probaré con la siguiente cita. No voy a darme por vencida tan pronto.

—¿Y dónde es? —preguntó curiosa la de recursos humanos.

—En Escocia.

—Dios, si allí no se enamora, no sé dónde demonios va a hacerlo —replicó, poniendo los ojos en blanco.

—Pues en París, que es la última cita. Pero crucemos los dedos para que no tengamos que llegar hasta el final, ¿no os parece?

—¡Claro que sí! —respondieron las dos.

—Bueno, ahora, cuéntanos todo sobre tu luna de miel. ¡Estamos deseando saber qué habéis hecho! —exclamó Cass, tratando de dejar aparcado el tema de Alex durante un rato.

Blair les contó cómo había sido su viaje. Lo que más le emocionó fue ver las caras de las gentes del pueblo donde pudieron construir los pozos. Algunas mujeres lloraban de alegría, aquello les ahorraba horas de camino para recoger el agua del río más cercano, pero, más que nada, porque el agua potable proporcionaría salubridad y mejoraría el estado general de la zona.

Cass y April la escucharon emocionadas hasta que llegó la hora de marcharse. Se despidieron contagiadas por la felicidad de Blair, pero también algo tristes porque a Cassandra aún le quedaba un escollo importante para arreglar lo suyo con Alex.

Y las tres tenían serias dudas de que aquella cena fuera a solucionar todos sus problemas.

CAPÍTULO 34. ROTO

Durante la semana, tanto Cassandra como Alex siguieron volcados en sus respectivos trabajos. En realidad, ninguno de los dos quería pensar demasiado en la cita, aunque no dejaban de volver a ella cada dos por tres. Sentían los nervios agarrotados. Todo les resultaba complicado y tedioso. Sin embargo, los dos estaban deseando que llegara.

El miércoles, Alice llamó a Alex para tratar de animarlo. Llevaba demasiados días sin hablar con él y estaba comenzando a preocuparse.

—Buenos días, «Wonderland».

—Ey, «Peque», ¿cómo estás?

—Bien —mintió—. Dando los últimos toques a la novela —añadió, cerrando con fuerza los ojos. Esa sí que había sido una buena trola.

—Ya. Supongo que esta será otro *best seller* —respondió con retintín.

—¿Y ese tono?

—Alex, ¿tú te crees que he nacido ayer? ¡Estás atascado! ¿Y sabes por qué?

—Pues…

—¡Oh! ¡Claro que lo sabes! —lo interrumpió sin darle oportunidad a inventarse otra patraña—. ¡Debes hablar con Cassandra!

—Lo sé, pero no te alteres en tu estado. Vamos a cenar este sábado. Corrijo, tenemos la octava cita de la apuesta, solo que esta vez es ella la que me invita.

—Señor… —dijo ella, dejando escapar un suspiro.

—¿Qué?

—Nada, nada. Tú a lo tuyo y a fastidiar tu vida porque se ve que es lo que te entretiene.

—¿Me has llamado solo para machacarme? —contestó muy molesto.

—Pues no. Este sábado vamos a llevar a Maddison a patinar sobre hielo. Te he «llamado» —recalcó— para que nos acompañes. Iremos sobre las tres. ¿A qué hora has quedado con ella?

—A las siete, en el restaurante, pero está en Malibú. Necesitaré marcharme pronto.

—Bueno, tú vete cuando quieras. Pero a tu sobrina le haría mucha ilusión que vinieras, y a tu hermana embarazada también. Por cierto, el otro día estuve hablando con Lucy. La pobre está desesperada. Se ha alegrado mucho por nosotros. Trataré de ir a verla la semana que viene, así me ve la barriguita.

—Pronto cumplirás cuatro meses, ¿verdad?

—Sí, el veintitrés de diciembre.

—¡Cómo pasa el tiempo! Bueno, Alice, voy a volver a la novela.

—Alex, no te engañes. Lo que estás haciendo no es una novela. ¡Es el manto de Penélope[4]!

El escritor no tuvo más remedio que soltar una carcajada.

—¿Tanto se nota?

—Un poco. No te digo que dejes de escribir, eso nunca se me ocurriría, pero sí que aclares tus sentimientos antes de hacer un bodrio de historia.

—¿Un bodrio?

—¡Ups! Quería decir, una historia menos elaborada e impactante que las otras.

Más risas.

—Este sábado, «Wonderland». Quiero solucionarlo, aunque todo dependerá de lo que me cuente Cass.

—Eso lo entiendo. Bueno, tú intenta ser generoso, empático y recuerda que ella te quiere. Nada es más importante, Alex.

—La verdad lo es.

—¿La verdad de quién? ¿La tuya? Baja ya un poco los humos, hermanito. Te quiero con toda mi alma, pero me estás tocando la moral con tanto mirarte el ombligo.

—¿No eres un poco injusta? —se defendió malhumorado.

—¿Por qué? ¿Por no ser tu incondicional? No, Alex. Yo soy tu hermana y mi deber es regañarte cuando cometes un disparate.

—No soy un crío para que hagas eso.

—Te equivocas. En este momento, lo eres. Uno de treinta con un berrinche de campeonato.

—¡No cumplió su palabra!

—¡Y dale! Mira, vamos a dejarlo porque ni yo tengo tiempo para esto ni tú estás receptivo a ninguna crítica, por muy constructiva que sea.

—¿Constructiva?

—Si fuera destructiva, ya habría ido a tu casa para «darte unos azotes por cabezota».

—Eso es un golpe bajo. No te escudes en lo que decía mamá para hacerme sentir mal.

—No es mi intención. Bueno, puede que un pelín, pero ¡solo para que despiertes!

—Vale, ya lo he pillado.

—¿En serio?

—Bastante.

—«Bastante» —repitió ella—. En fin, me conformaré con eso.

Los dos sonrieron. Por fin había pasado la tormenta de críticas y reproches.

—Algo es algo —bromeó más calmado.

—Luego te mandaré la dirección de la pista. No sé si la conoces.

—Como hay varias, mejor.

—Cuídate, ¿vale, «Peque»?

—Lo intentaré, «Wonderland».

Alex colgó con media sonrisa. Su hermana era muy exigente algunas veces, aunque, en este caso, no le faltaba razón. Dejó el despacho para caminar un poco, necesitaba estirar las piernas.

Mientras salía al jardín, volvió al pensamiento de que solo faltaban tres días para la cita. Se sorprendió al sentirse emocionado. Sin duda, una buena señal de que quizás pudiera terminar aquel periodo de amargura autoimpuesto por su inamovible forma de interpretar la realidad.



El sábado llegó y Cass estaba desayunando mientras no paraba de darle vueltas a qué ponerse. Un vestido. Una blusa y unos pantalones. *Blazer*. Rebeca. Gabardina… Acabó abriendo una app para ver cómo daban ideas de combinar prendas según el evento. Se decidió por un vestido fluido, medias tupidas y su abrigo de paño fino. Eso sí, añadió unas botas altas para darle un poco de vida al conjunto.

Desde Acción de Gracias, no había parado un momento. Se regañó por no haber hablado con su familia todo lo que debería, pero le resultaba muy violento comenzar una conversación porque siempre acababan volviendo a aquella noche, y no tenía ganas de recordar a ese indeseable. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que no había hablado con Parker. Esa llamada también la tenía pendiente.

«La semana que viene…», se dijo, hasta que se regañó por su manía de procrastinar todo en su vida. Eso no le había dado buen resultado, por lo que tomó un sorbo de su café y negoció consigo misma hacer una ronda rápida de llamadas para ordenar «su casa» antes de ver a Alex.

—¿Cassandra?

—Hola, Parker.

—Dios, ¿cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Y tú? Supongo que Nora y Bill no tanto.

—No, la verdad es que no. Ni yo tampoco. Le he dado a mi hijo un par de meses para que piense todo lo que ha hecho. No quiero verlo en la editorial por ahora, así que trabajará desde casa.

—Puede que sea lo mejor.

—Siento muchísimo…

—Parker, tú no lo sabías. Nadie, en realidad.

—Sé cómo consiguió la cinta y las fotos de tu madre.

El editor le explicó al detalle todo lo que le había confesado Bill tras sesiones innumerables de discusiones entre ellos.

—Entonces, ¿fue simple azar?

—Sí, y lo lamento mucho.

—El destino es muy curioso.

—Lo es.

Silencio.

—Cassandra, lamento mucho todo lo que trató de hacerte. Debería haber sospechado algo cuando accediste a volver a casarte con él.

—No sigas, por favor. Ninguno de nosotros puede cambiar el pasado. Yo también lamento lo que ha supuesto para ti.

—Me siento avergonzado y furioso con mi hijo. Nora tampoco lo está llevando nada bien.

—Es comprensible.

—Te agradezco mucho que no lo hayas denunciado por haberte grabado sin tu conocimiento.

—Mi familia insistió, pero eso te hubiera hecho daño a ti, y jamás permitiría que tu editorial sufriera las consecuencias de las malas decisiones de Bill.

—Eres una gran mujer, Cassandra. Espero que tu vida en Los Ángeles sea maravillosa.

—Ya veremos. Por ahora estoy muy feliz con mi trabajo, y eso te lo debo a ti.

—No me debes nada. Todo lo has logrado por ti misma, así que siéntete muy orgullosa porque Samuel no es de los que dan segundas oportunidades ni mienten para proteger a nadie que no sea de su familia.

—¿Te ha contado…?

—Somos amigos desde hace mucho. Entiende que me resultó muy difícil creer que te permitiera trabajar desde otra ciudad.

—¿Y desde cuándo lo sabes?

—Unos días después de irte de Nueva York. Él guardó muy bien el secreto hasta que no fue necesario mantenerlo.

—Ambos sois grandes hombres también.

—Te echaré de menos, Cassandra. Aquí me tienes si me necesitas y, de nuevo, gracias por no hundir nuestras vidas cuando tenías todo el derecho de vengarte.

—Yo no necesitaba vengarme, solo ser libre. Cuídate, Parker.

—Y tú, hija.

Ella colgó con lágrimas en los ojos. Atrás dejaba a un «gran hombre», tal y como le había dicho, pero ese era su pasado y no deseaba volver a él nunca más.

Después llamó a sus padres y hermanos. Todos estaban deseando que volviera a la ciudad para celebrar las fiestas. Eso le recordó que debía hablar con Samuel para pedirle, durante esos días, poder trabajar desde casa. Encontrar un vuelo en esa época era bastante complicado y, tras lo que había sucedido, no quería pasar sola las Navidades. Necesitaba compartirlas con su familia y ver a sus amigas.

Recogió los platos del desayuno y se vistió para dar una vuelta por la ciudad. Tal vez encontrara algún vestido adecuado para la cena. Algo, al fin y al cabo, que la ayudara a reconquistar a Alex. Sonrió mientras se enfundaba unos vaqueros y las Converse. No era la ropa lo que haría que él cambiara de opinión, pero, por intentarlo, no perdía nada.



A las tres y diez, Alex ya estaba dentro del recinto. Llamó a Alice porque no la veía entre los muchos patinadores. Ella contestó para indicarle en qué zona se encontraban.

Mientras avanzaba hacia ellos, el escritor sonrió porque hacía casi un año que no patinaba. Lo cierto es que no se le daba demasiado bien, pero eso jamás iba a admitirlo en público.

Zac fue el primero en verlo. Levantó el brazo y le hizo una señal.

—¡Alex! —lo llamó.

Él lo saludó y acortó la distancia que los separaba en unos pocos segundos.

—Hola —dijo, dándole un beso a la niña y a su hermana. Después, estrechó la mano de su cuñado—. ¡Esto está a rebosar!

—Lo sé —respondió ella, poniendo los ojos en blanco—. Pensábamos que a esta hora no habría casi nadie, así que supongo que a todo el mundo se le ha ocurrido lo mismo.

—Bueno, Maddie —se agachó para ponerse a su altura—, ¿preparada para dar un millón de vueltas?

—Tito Alex, no podemos dar un millón de vueltas, la pista está muy llena —lo corrigió su sobrina.

Él le dio otro beso en la mejilla y le hizo una pedorreta. La niña rio a carcajadas. Ambos fueron de la mano hasta la entrada. Despacio, se incorporaron a la pista. Ninguno de los dos iba demasiado estable, así que su hermana le pidió a su marido que los acompañara. Ella no iba a patinar por miedo a caerse.

Media hora después, el volumen de gente comenzó a descender. Alex se acercó con su sobrina hasta donde se encontraba Alice. Ambos estaban un poco cansados y la niña quería un zumo. Mientras tanto, Zac se dedicó a patinar un poco más rápido. En el instituto, había sido

jugador de hockey y sabía moverse por la pista como pez en el agua.

Apoyados en la barrera, el escritor le comentaba a su hermana el poco equilibrio que tenía sobre las cuchillas. Maddie terminó de beberse el zumo y se soltó de la mano de su tío.

—Agárrate fuerte al borde, voy a beber un poco de agua —le advirtió Alex.

En los pocos segundos en que su madre se dio la vuelta para buscarla y él alargaba el brazo para coger la botella, Maddison vio cómo su padre daba un giro y quiso imitarlo. Se impulsó para llegar hasta él con la mala suerte de que se cruzó con una pareja que no se esperaba que la niña apareciera sin más. Los tres cayeron al suelo. El grito de la pequeña sobresaltó a todos y Zac, que lo había visto todo a cámara lenta, llegó en un suspiro a su lado.

—¡Maddie! ¿Estás bien? —dijo, sin querer moverla.

Ella lloró y trató de incorporarse, pero, al apoyar el bracito izquierdo, volvió a chillar de dolor.

—Lo siento, se ha cruzado por en medio y no nos ha dado tiempo a parar —explicó el chico a toda prisa.

—¿Te duele mucho, preciosa? —le preguntó la chica.

A la pareja no le había sucedido nada, en cambio, Maddison parecía que se había roto un hueso. Desde el otro lado de la pista, Alice gritaba que llamaran a una ambulancia. Con tanta gente de por medio, no sabía qué le había ocurrido a su hija.

Tras el susto inicial, Zac la cogió en brazos y se la llevó a su mujer.

—Está bien, tranquila.

—¡Mi niña! —exclamó, extendiendo los brazos para que su marido se la pasara.

—¡Mami! —Se echó a llorar—. Me duele el brazo. —Sollozó más fuerte.

—Hay que llevarla al hospital —dijo Alice.

—Ahora mismo —respondieron Zac y Alex.

El encargado del local se acercó a ellos y les preguntó si necesitaban alguna cosa. Zac, agradecido, le aseguró que no hacía falta. Acto seguido, los tres volaron hacia urgencias y se llevaron a la pequeña para hacerle unas placas.

Las horas pasaron lentas. Angustiosas. Eternas.

A las nueve menos veinte de la noche, apareció el enfermero con la niña riendo mientras devoraba una piruleta de fresa. Llevaba el brazo escayolado, pero sin cabestrillo.

En cuanto vio a sus padres, Maddie salió corriendo hacia ellos como si nada hubiera pasado. Alice la cogió en brazos mientras se la comía a besos.

—Mami, ¡mira me han puesto una escayola!

—Anda, ¡qué chula! —dijo Alex.

—¿Te duele, cariño? —preguntó su madre.

—No, ya no.

—Eres muy valiente —la alabó su padre.

—Tito, ¡te has quedado! Creía que ibas a cenar fuera.

Alex miró a su hermana con la misma expresión de agobio que ella le devolvió. Con la preocupación de si tendrían que operar o no a su sobrina, había olvidado por completo avisar a Cassandra.

No solo se había perdido la cena, ella pensaría que la había plantado sin más.

—Alice, he de llamarla.

—Claro. Sal fuera. Aquí hay mucha gente. ¿Te acercamos a tu coche?

—No, cojo un taxi. Maddie, eres la más valiente de todas —beso—, lista —otro beso— y mi sobrina preferida. —Pedorreta.

La niña se echó a reír mientras lo abrazaba despacito.

—Te quiero, tito. ¿Cuándo vendrás otra vez?

—En Navidad. La semana que viene me voy a Nueva York. Cuida de mamá y papá, ¿vale?

—¡Eso está hecho!

Alex se despidió de los tres y salió corriendo hacia la salida. Le temblaban las manos porque jamás pensó que podría olvidarse de avisarla. Con torpeza, marcó su teléfono.

Daba línea, pero ella no contestaba.

Una, otra, y otra vez.

A la quinta, respondió.

—Hola, Alex —dijo con la voz muy triste.

—Cass, perdóname.

—¿Qué ha ocurrido?

—Estoy en urgencias porque Maddie se ha roto un brazo. He perdido la noción del tiempo porque entre que hemos llegado, nos han atendido y le han hecho las pruebas ha pasado una eternidad.

—¿Y está bien? —preguntó preocupada con un tono muy distinto. Él no se había presentado, pero tenía una razón.

—Sí. Temíamos que tuvieran que operarla, pero ha sido una fractura limpia. Le han puesto una escayola y ha salido de la consulta sonriendo.

—Menos mal.

—¿Dónde estás?

—Llegando a casa. Por cierto, te has perdido una cena espectacular.

—Lamento no haber ido.

—Las circunstancias te han obligado.

Él entendió su respuesta. Con esas palabras, trataba de justificar su forma de actuar en el plató.

—Así es. ¿Cuándo podemos vernos? Te debo una cena.

Cass sonrió. Aquella conversación era mucho más normal que la última que habían tenido y la acercaba un poco al escritor.

—Pues, ¿la semana que viene?

—La semana que… No puedo. Vuelo a Nueva York mañana. Tengo firmas toda la semana.

—Es verdad. Lo había olvidado.

—Ya no llevas mi cuenta.

—No.

Silencio.

—Bueno, cuando vuelvas —dijo ella.

—Podría ir a tu casa ahora.

—Lo sé, pero estoy cansada, Alex. Necesito… recuperarme.

—Siento que haya parecido que te había dejado plantada. Eso nunca lo haría, puedes estar segura.

Ella no contestó a esa frase. Él sí lo había hecho una vez, justo cuando había ido desde el aeropuerto para verlo. Con poca sutileza, le había dicho que tenía una cita y que debía irse. Así que Cass prefirió no responder porque aquello solo traería problemas, y eso era lo último que le apetecía afrontar en ese momento.

—Espero que Maddie se recupere pronto —dijo para salir del paso.

—Es una niña muy fuerte. El médico nos ha dicho que tardará sobre un mes o así en soldarse el hueso.

—Me alegro de que sea tan poco.

—Lo siento, Cass.

—Tú no tienes la culpa, Alex. Las cosas pasan, aunque no queramos. Descansa y hablamos en unos días. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —repitió despacio.

—Que te vaya muy bien en Nueva York.

—Gracias.

Tras colgar, él se sintió realmente mal. Cassandra había entendido su excusa, que no era tal porque su sobrina había acabado en urgencias; pero se había olvidado de ella, y eso era imperdonable.

Se frotó la cara y subió al primer taxi que vio libre en la parada. Debía regresar por su coche, que aún seguía en el aparcamiento.

De camino a su casa, se paró en un semáforo. Las luces de Navidad lo copaban todo. Verlas le hizo sentirse un poco mejor, sobre todo porque la respuesta de Cass le había hecho ver que no siempre se puede elegir qué hacer. A veces, simplemente, se olvida porque hay circunstancias mucho más importantes que ensombrecen el resto.

Aparcó en el camino y abrió la puerta. Anora, como siempre, apareció reclamando mimos.

—He sido un necio —le dijo a la gata.

El felino respondió con un suave ronroneo. Él la cogió en brazos y se encaminó hacia la cocina. Tras llamar a Alice para asegurarse de que Maddie se encontraba bien, se preparó un sándwich. Volvió al salón y, antes de encender la televisión, miró alrededor. Las palabras de April resonaron con fuerza en su mente.

«¿Oyes eso?... ¿El qué?... Exacto».

Anora apoyó la cabecita en su pierna y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Sí, había sido un necio y el silencio sería todo lo que iba a tener a partir de ahora en su vida si no luchaba para remediarlo.

La octava cita había sido un fracaso, puesto que se había olvidado de ella. Quizás en la novena pudiera compensárselo a Cass. Ahora, como mínimo, iba a darle la oportunidad de saber sus motivos.

Aceptar que quería conocerlos lo removió por dentro.

Todos habían tenido razón desde el principio: estaba perdiendo un tiempo precioso por su culpa, solo esperaba que ella tuviera la paciencia necesaria para poder perdonarlo.

CAPÍTULO 35. FELIZ NAVIDAD

Al día siguiente, Alex volaba camino a La Gran Manzana. En esta ocasión, había pedido que solo lo acompañaran Ben y Fred. No tenía ganas de aguantar las miradas inquisidoras de Xena. Aunque ya se había disculpado dos veces, la chica lo estaba tratando con una frialdad que rayaba de forma peligrosa en la antipatía. En cierto modo, era comprensible. Pero su actitud comenzaba a cansarle, y no estaba dispuesto a aceptar ese tipo de trato en un evento tan importante como era una firma.

Su editor había sido muy discreto y no había preguntado sobre el motivo del cambio de última hora, pero no hacía falta ser un genio para darse cuenta de que entre aquellos dos había sucedido algo. Eso no era asunto suyo, así que lo organizó todo para que el *best seller* estuviera lo más cómodo posible. Le esperaban cinco jornadas agotadoras, y no era cuestión de que las pasara viéndole una expresión de indignación continua.

A poco más de cuatro mil kilómetros, Cass se afanaba en acompañar a todos sus escritores por la ciudad. Mañana y tarde tenía eventos preparados, aunque no le importaba pasarse horas de pie para que todos se sintieran arropados e importantes. Si el escritor necesitaba algo, ella se lo conseguía lo antes posible. El responsable de su buen humor era Samuel, que había sido muy comprensivo y le permitía pasar todas las fiestas con su familia. Volaba a Nueva York el veintitrés de diciembre, justo el mismo día en que Alex volvía de allí. Se cruzarían en el cielo, solo que nada tenía que ver con el lugar donde se conocieron la primera vez.

Alex la llamó un par de veces, pero no coincidían por el horario. Cuando uno había acabado, al otro aún le quedaba toda la tarde por delante. Apenas eran tres horas de diferencia, aunque parecía que el mundo se hacía más grande conforme pasaban los días.

El jueves por la mañana, antes de comenzar la jornada, Alex decidió enviarle un wasap. Eran casi las cinco de la madrugada en Los Ángeles, así que esperaba que ella viera el mensaje en cuanto se despertara.

Alex_07:52
Buenos días, Cass. Parece que no hay forma de coincidir contigo. Espero que tengas un buen vuelo. Feliz Navidad.

Al enviarlo, cerró los ojos. La echaba de menos y la distancia había diluido su obstinación. De pronto, fue consciente de que pasaría casi un mes antes de poder verse de nuevo. Mientras se cepillaba los dientes, se paró un instante para mirarse al espejo. Tras secarse con la toalla, no pudo evitar censurarse en voz alta.

—Eres gilipollas…

Resopló antes de apagar la luz. Cuando bajó a la cafetería, Ben y Fred ya estaban sentados a la mesa. Otra jornada agotadora estaba a punto de comenzar, y se preguntó si realmente eso era todo lo que quería.

En la limusina, mientras el editor y el ayudante hablaban sobre cómo estaba el tráfico, Alex reconoció que no lo era.

No lo era en absoluto.



Cassandra llevaba unos días sin poder conciliar el sueño. Le ocurría siempre que tenía eventos muy seguidos. Repasaba los itinerarios, documentación, direcciones y todo lo necesario para cometer el mínimo de errores. Como siempre, los autores que trabajaban con ella siempre se sentían únicos y muy satisfechos con el resultado de sus presentaciones.

Aquella mañana había conseguido dormir hasta las seis y media. Todo un logro. Nada más despertarse, comprobó los mensajes. Al leer el de Alex, el mundo se paró. No es que fuera algo especial, pero había sido él quien había roto el silencio. Volvió a leerlo y sonrió con un cosquilleo de emoción que le recorrió el cuerpo. Acto seguido, llamó a su agente de viajes para sacar dos vuelos en días distintos y el hotel para él. Cass sabía dónde iba a quedarse e iba a ser muy bien recibida.

Esperaba que la sorpresa que le tenía preparada fuera lo suficientemente jugosa como para que se decidiera a coger más días de vacaciones. Alex no rendía cuentas a nadie. Como mucho, a sí mismo. Su relación con la editorial no se parecía en nada a lo que estaba acostumbrada. Claro que ser un éxito de ventas le proporcionaba ese tipo de ventajas frente al resto.

En cuanto recibió los comprobantes de los billetes de avión y la reserva del hotel, guardó una copia en el móvil. Sin mirar siquiera la hora, le envió un wasap al escritor.

Ya lo leería cuando tuviera un hueco en la librería.

Cassandra_07:40

Buenos días, Alex. Espero que estén yendo bien las presentaciones. Tienes una sorpresa en el *email*. ¿Feliz Navidad? ¿No es un poco pronto? Aun así, Feliz Navidad.

Cassandra se quedó mirando fijamente la pantalla. «Como si fuera a responder de forma instantánea», se regañó. En el correo le había explicado al dedillo lo que se le había ocurrido y no podía esperar a saber qué opinaba de su descabellado plan para la cita número nueve.

Se levantó de la cama y se dirigió a la cocina. La primera presentación era a las once. Por suerte, durante la semana de las firmas, no tenía que ir a la oficina. Dejó el móvil en la encimera y se preparó un café. Puso a calentar las tostadas cuando un mensaje sonó.

Al ver que era del escritor, suspiró antes de abrirlo.

Alex_10:53

«Editora», te recuerdo que estoy en mitad de una firma. He leído tu *email*

Cass soltó un improperio. El siguiente mensaje de Alex no había llegado, se había quedado en «escribiendo». No era cuestión de seguir enviándole wasaps porque estaría muy ocupado con los *fans*. Así que se conformó con beber un sorbo de café y mordisquear la tostada mientras releía su conversación.

Las horas pasaron y Alex seguía sin contestar. De camino a la librería, se dijo que debía tener paciencia. Ahora era ella la que empezaba a trabajar y tampoco podría mirar el móvil.

Durante parte de la jornada, se mantuvo de apoyo a la escritora que presentaba su tercera

novela. Su historia trataba sobre la búsqueda de un antepasado perdido en las *Highlands*. El romance había calado hondo entre las amantes del género y la cola era casi el doble que la del autor del día anterior.

Acabaron a las dos y se marcharon a almorzar. La firma continuaría a las cinco, así que contaban con tres horas para descansar algo. Cass revisó los mensajes: Alex seguía igual.

«Tienes razón, "Parece que no hay forma de coincidir contigo"», se dijo apenada. La autora le preguntó algo y ella guardó el móvil. Estaba trabajando, y el resto no era urgente.



Justo antes de empezar, el escritor trató de revisar los wasaps. La app se cerraba de forma continua, así que tuvo que reiniciar el teléfono. La cola de lectores que lo esperaba no hacía sino aumentar. Ben lo miró como diciendo que, si aquello no era importante, debía dejarlo para otro momento. Alex asintió y las puertas de la librería se abrieron para dejar paso a cientos de *fans*, todas ansiosas por conseguir su autógrafo.

Cuando logró sentarse en la limusina, los tendones y los dedos le dolían a rabiar. Giró ambas muñecas y los huesos se quejaron por el esfuerzo.

—¿Qué tal están? —preguntó Fred, mirándole las manos.

—Ya no pueden más. Menos mal que mañana acabamos.

—Un último esfuerzo —dijo Ben—. ¿Tienes alguna pastilla?

—Sí, en el hotel —afirmó el escritor—. Si no os importa, cenaré en la habitación. Estoy agotado.

—Claro, Adam. Sin problemas —añadió el editor.

Tras despedirse, entró en la habitación. Sin pensárselo, se tomó un analgésico y después se metió en la ducha. Llamó al servicio de habitaciones. Mientras esperaba, revisó WhatsApp. Cassandra no le había enviado nada. Era razonable, seguro que se había quedado esperando su mensaje y la maldita app había decidido fallar en el momento más inoportuno.

Miró la hora, las nueve. En Los Ángeles eran las seis, así que aún no podía llamarla. Resopló porque ese día estaba siendo más complicado de lo que había pensado en un principio.

Llevaba horas queriendo hablar con ella, pero se conformó con enviarle un par de mensajes para confirmarle que estaba dispuesto a seguir con la apuesta.

Alex_21:04
Se me bloqueó WhatsApp. No he podido llamarte porque todo Nueva York ha decidido comprar mis novelas. ;)
Alex_21:06
Nos vemos en Escocia el nueve de enero. Te avisaré cuando esté instalado en el hotel. Muchas gracias por las reservas.

En cuanto le dio a enviar, volvió a resoplar. Los mensajes no podían ser más sosos e impersonales, pero ¿qué podía decirle?

El camarero llamó a la puerta, traía la cena. Alex le dio una propina y, en cuanto estuvo sentado, encendió la televisión para olvidar el cansancio. Una vez acabó, aunque los ojos se le cerraban, trató de mantenerse despierto por si ella le enviaba una respuesta. Una hora después

estaba profundamente dormido porque, en realidad, la vida se le estaba haciendo cuesta arriba. El motivo se debía a que justo cuando había resuelto retomar la relación o lo que fuera aquello que tenía con Cassandra, parecía que las circunstancias se lo trataban de impedir a toda costa.

Y puede que fuera así, aunque el escritor se negaba a pensar que el destino quisiera jugar con ellos de nuevo.



Cuando la editora llegó a su casa eran pasadas las diez. Después de acabar el evento, la autora que estaba representando había aceptado la invitación de un club de *fans* de una plataforma que conocía a través de una red. Cass no pudo negarse a acompañarla y acabaron cenando en un italiano cercano a la librería.

Al descalzarse, comenzó a notar cómo las plantas de los pies le hervían. Durante todo el día, no había reparado en cuánto le dolían porque no tenía tiempo de pensarlo. Ahora se quejaban y con razón. Había perdido la cuenta de cuántas horas llevaba de pie esa semana. Al día siguiente, iba a claudicar y elegiría unos zapatos elegantes, pero sin tacón.

Media hora después, duchada y con un pijama suave, fue al salón. Cogió el mando a distancia y puso una chimenea en la televisión. Después, intentó abrir WhatsApp, pero la app no funcionaba. Reinició el móvil y un pitido tras otro la avisó de que todos los mensajes le estaban llegando a la vez. Entre ellos, dos de Alex. Los leyó a toda prisa y se decepcionó un poco. Todo el entusiasmo que parecía haber iniciado con esa conversación se había perdido a lo largo del día. Supuso que el cansancio había hecho mella en él. Ella misma estaba agotada, y eso que no había tenido que firmar cientos de ejemplares ni hablar con los lectores o hacerse fotos.

Miró la hora en el móvil, las once y diez. Pasaba la una en Nueva York. Era demasiado tarde para llamarlo, pero no para enviarle un mensaje que seguro leería al despertar.

Cassandra_23:12
De nada, Alex.

Tras enviarlo, se quedó en blanco. ¿Qué más podía decirle? Un «te quiero» estaba fuera de lugar. Todo lo que se le ocurría no casaba con la situación tan delicada que estaban viviendo. Por un lado, le daba la sensación de que él buscaba un acercamiento. Por el otro, puede que solo quisiera darle la oportunidad de explicarse para cerrar una etapa. La propuesta de matrimonio había quedado en el olvido nada más cerrar la puerta metálica del plató. Así que a lo máximo que podía optar era a una reconciliación para volver al inicio.

El vídeo cambió y la nueva chimenea era mucho más viva que la anterior. Como fondo musical, Mariah Carey acompañaba a las llamas con su conocido éxito navideño *All I want for Christmas is you*. Cass sonrió porque la música no podía estar más en sintonía con ella.

Mientras oía la canción, se arrebujó en el sofá con una fina manta. Subió las piernas y acabó por tumbarse. No podía dejar de pensar en qué más podría decirle para que supiera que sus sentimientos no habían cambiado. La postura propició que cerrara los ojos, sumiéndola en un sueño profundo en el que corría detrás de algo sin parar, pero no logró verlo con claridad porque una niebla espesa lo cubría todo.



A la mañana siguiente, Alex también se despertó temprano. No tenía más remedio si quería desayunar y llegar a tiempo al otro lado de la ciudad. Cogió el móvil y frunció los labios al leer el mensaje de Cass.

Se enfadó consigo mismo porque la culpa era suya. ¿Es que acaso le había dado pie a que pensara que ya no seguía tan enfadado con ella? No, en realidad, ya no estaba enfadado. Desde lo de Maddie, se había dado cuenta de que hubiera hecho lo que fuera por su familia. Quizás ahora comprendiera un poco mejor a la editora, pero era tan obtuso que ni siquiera se había molestado en darle a entender que la situación había avanzado un poco entre ellos.

Eso iba a cambiar porque, después de oír sus razones, esperaba que la novena cita fuese la definitiva.

Alex_07:06
Estoy deseando verte, Cass.
Siento mucho no haberte permitido contarme lo que te forzó a salir de allí. Debí dejarte, pero me cegaron la rabia y mi ego.
Espero que puedas perdonarme.

Se moría de ganas por decirle que la amaba, que se había comportado como le decía todo el mundo: un cabezota. Pero ¿cómo iba a hacerlo ahora? No, primero debía escucharla y entender sus motivos. Era lo mínimo que merecía. Además, necesitaba disculparse en persona, aunque deseaba que su mensaje fuera un comienzo.

Después de vestirse, se dirigió a la cafetería. Como en los días anteriores, Ben y Fred ya estaban repasando el itinerario. Al escritor lo tranquilizó ver que los dos estaban muy compenetrados. Uno casi acababa las frases del otro. Tantos años trabajando juntos los había unido dentro y fuera del trabajo, ya que se veía que eran grandes amigos.

—Buenos días —lo saludaron los dos.

—Maravillosos días —respondió el escritor—. No veo el momento de acabar y volver a casa.

—Ánimo, Alex. Ya queda menos —dijo Ben—. El chófer ya me ha avisado de que está fuera.

—Muy bien. Desayunemos y volvamos al ataque.

Los tres rieron. El camarero se acercó con una jarra de café y otra de leche. El escritor se encontraba de mejor humor y se decantó por un plato caliente, de modo que le pidió un par de tostadas con huevos revueltos y bacón recién hecho.

Tras acabar, se pusieron en marcha. La última jornada les tenía preparadas unas cuantas horas emocionantes pero agotadoras. Y Alex estaba deseando que acabaran lo antes posible para llamar a Cassandra.



Cass abrió los ojos despacio. Durante unos instantes, no sabía dónde se encontraba. La noche anterior se había quedado dormida en el sofá. De pronto, una ola de adrenalina la recorrió de pies a cabeza porque solo le había contestado al escritor un triste «De nada, Alex». Al entrar en WhatsApp, el corazón le dio un vuelco. Ahí estaba la respuesta que llevaba esperando las últimas semanas.

Frunció los labios y se permitió soñar con que todo acabaría bien. La novena cita era en la tierra de sus ancestros. Allí nada podía salir mal. Escocia era mágica. En todas las historias románticas que había leído sobre aquel idílico país el amor siempre triunfaba. Puede que sus deseos la estuvieran cegando, tal y como le había dicho Alex, pero no quería prohibirse el pensar en un final feliz. El deprimente lo había tenido demasiado cerca y quería alejarse de él a toda prisa, no fuera que se fijara en ella y no la dejara escapar.

Con la emoción haciendo que sus manos temblaran ligeramente, pensó en una réplica que estuviera a la altura. La sonrisa que formó sus labios le reveló que iba a decirle las palabras adecuadas.

Cassandra_07:18

Yo también estoy deseando verte, Alex. No ha debido de ser fácil estar en tu lugar, así que te agradezco que quieras saber la verdad.

Cassandra_07:21

Nunca he dejado de amarte. Necesito que lo sepas antes de volar a Escocia. Soy yo la que tiene que pedirte perdón. Rompí mi promesa, aunque te juro que solo fue por amor.

Cass le dio a enviar y aguantó la respiración. Su declaración no dejaba dudas de lo que sentía. A lo que nunca había dejado de sentir por él. Ahora solo podía esperar su respuesta.

Tal vez se hubiera precipitado mostrando de nuevo sus cartas, pero no quería comenzar, o más bien proseguir con la apuesta, sin que el escritor conociera sus verdaderas intenciones. Y estas no eran otras que recuperarlo a toda costa.

Dejó el móvil en la mesa y se preparó un café. La firma de ese día iba a ser especialmente dura porque comenzaba a las once y se alargaba hasta las siete. Apenas pararían media hora para tomar algo. Tenían concertado un restaurante cercano que les llevaría el almuerzo allí mismo. El escritor que iba a acompañar ese día así lo había querido porque su novela estaba funcionando bastante bien y le faltaban unos pocos cientos de ejemplares para llegar a ser *best seller*.

Tras subir al taxi, Cassandra se grabó en la mente que debía comprar otro coche. Negoció consigo misma que, en cuanto volviera de Escocia, iría a un concesionario. Estaba más que cansada de depender de la puntualidad de otros para llegar a todas partes.

Al entrar en la librería, respiró al ver que el escritor aún no había llegado. Saludó a los organizadores y se preparó para pasar otro día agotador pero muy satisfactorio.



En el primer descanso que pudo cogerse, Alex revisó los mensajes. A toda prisa, sin oír siquiera lo que le estaba diciendo Fred, comenzó a leer lo que le había escrito Cass.

En realidad, ya se lo había dicho cuando volvió, pero no se esperaba que ella siguiera amándolo después de haberle echado en cara su falta de palabra.

Debían hablar de todo aquello, pero ese no era el momento de pensar en qué iba a decirle. Así que, tras repetirle Fred por tercera vez si le apetecía un café, él asintió mientras escribía a toda mecha un último mensaje antes de volver al trabajo.

Alex_12:39
Sé que tenemos que solucionar muchas cosas, pero una debe quedarte clara: yo también te quiero, Cass.
Alex_12:41
Hablamos cuando acabes. Sea la hora que sea, avísame, por favor.

Bloqueó el móvil con una sonrisa. Fred le pasó el vaso térmico y Ben le comentó que la cola de fuera aún le daba la vuelta a la manzana. Los tres estaban muy sonrientes mientras comentaban con los organizadores lo bien que estaba yendo todo. Terminaron bromeando con ellos para que volvieran a la semana siguiente.

Tras apurar el café, Alex volvió a la mesa. Las horas posteriores se le pasaron en un suspiro, Cassandra aún lo amaba y él iba a hacer todo lo posible para que la novena cita fuera memorable.

CAPÍTULO 36. UN MES DEMASIADO LARGO

Cass se despidió del autor cerca de las ocho de la tarde con la adrenalina a mil. Pese a ser un hombre muy serio, aquel día se había desecho en atenciones hacia sus *fans*. Hizo todo lo que se suponía que debería hacer un escritor que quisiera llegar a sus lectores. Fue amable, risueño, soltó alguna broma y se tomó su tiempo en atender a todos los que deseaban una fotografía. En los meses que llevaba la editora en Elegant Books, solo había tenido dos firmas con él. Esa era la tercera, y el cambio notable del autor supuso que se debía a la cola que esperaba con ansia conocerlo y por la cantidad de libros que se habían vendido ese día. Diciembre, sin duda, era un mes especial que ablandaba corazones y limaba personalidades complicadas.

El taxi que había concertado llegó por fin. Nada más decir su dirección, cerró los ojos y se pasó con delicadeza los dedos por encima. Tenía un importante dolor de cabeza y de pies, pero las jornadas maratonianas habían concluido hasta después de las fiestas. Los resultados habían sido excelentes y estaba segura de que pronto volverían a organizar algún evento porque era lo que más animaba a los lectores. Conocer unos pocos segundos a su autor preferido y tener el recuerdo físico de cuando había sucedido.

Abrió el bolso y sacó el móvil. No había tenido ni un segundo libre para revisar los mensajes. Ni siquiera mientras había tomado un pequeño sándwich porque los organizadores querían concretar futuras fechas. Abrió WhatsApp con la esperanza de que Alex hubiera leído su mensaje. Devoró los que él le había enviado sin poder creer lo que significaban. ¿Aún la amaba? ¿Pero si la última vez que se vieron él continuaba muy enfadado? ¿Tanto había supuesto que ella le dijera que lo quería?

Con esas dudas pagó la carrera y subió a su apartamento. Eran las once y media en Nueva York, seguro que aún estaba despierto.

—Hola, Cass —dijo despacio, como si se hubiera quitado el peso del mundo de los hombros.

—Hola, Alex.

—¿Qué tal el día?

—Agotador, pero el resultado ha sido excelente. ¿Y el tuyo?

—Bueno, el médico del hotel me ha tenido que entablillar el brazo y vendar la muñeca por el esfuerzo.

—¿En serio? —preguntó preocupada.

—No, ¡claro que no!

El escritor soltó una carcajada porque ella se lo había creído a pies juntillas. Cass acabó contagiándose y rio a su par.

—¿Así que esas tenemos? —se quejó.

—Sí —añadió Alex en un tono mucho más serio mientras mantenía la sonrisa. Un tono que escondía detrás muchos matices.

—Alex, yo…

—Por teléfono no, Cass. Sé que no podremos vernos hasta dentro de casi un mes, pero siento que esa conversación, que aún está pendiente, es demasiado importante como para no hacerla en persona.

—Tienes razón.

—Espera, voy a anotarlo —bromeó.

Ella sonrió. Estaba tan sobrepasada por oír al Alex que la había enamorado que no fue capaz ni de responder.

—¿Cass?

—¿Sí? —Su voz tembló, haciéndole entender al escritor que no le estaba siendo fácil recuperar lo que habían perdido.

—Lo siento.

—Lo sé… —respondió con la voz quebrada.

Por su tono, Alex no tuvo dudas de que aguantaba las lágrimas. Estaba demasiado lejos como para abrazarla, así que decidió cambiar de tema para hacer que el momento fuese un poco más llevadero.

—¿A qué hora vuelas mañana?

—Si no hay retrasos, a las nueve. La verdad es que tengo muchas ganas de ver a todos después de… Bueno, eso también te lo contaré cuando hablemos. ¿Y tú?

—A las diez.

—Igual podemos saludarnos cuando nos crucemos en el aire.

Ambos sonrieron.

—¿Qué querías decir con que me contarás algo…?

—La cena de Acción de Gracias fue muy distinta a lo esperado. Allí exploté y todo saltó por los aires.

—No lo sabía.

—No quisiste darme la oportunidad para decírtelo.

—Me he comportado como un idiota.

—Estabas dolido, pero no hablemos de eso ahora. ¿Vale?

—Vale.

—Por cierto, ¿cómo está tu sobrina?

—¡Hecha un vendaval! Cualquiera diría que tiene un hueso roto. Hace un rato he hablado con mi hermana y estaba de los nervios porque ¡la ha pillado a punto de saltar desde el reposabrazos del sofá!

Risas cómplices y liberadoras.

—¿Y Anora?

—Esta vez, la he dejado con Isaiah. Alice está embarazada y no hemos querido que se arriesgue, así que va a tener que echarle paciencia porque Maddison no para de quejarse.

—¿Embarazada?

—Es verdad, no te lo he dicho. Lo ha sabido hace muy poco.

—¡Enhorabuena! ¿Y ya sabe si es niño o niña?

—Es pronto aún. Me dijo que la semana que viene va al médico y ya le dirá.

—Es maravilloso, Alex. ¡Ahora vas a ser tío de dos vendavales! —exclamó riendo.

—¡No me lo recuerdes! —Muchas más risas—. Mmm… Cass, en Escocia, ¿estaremos juntos en el mismo hotel?

—No, «señor escritor» —él sonrió por el tono que había empleado—, yo me quedaré en el castillo de mis abuelos.

—¿Cómo castillo?

—Mis abuelos viven en el Castillo de Craigcrook, a solo tres millas de Edimburgo. Lo compró el padre de mi abuelo a finales del siglo XIX. Mi familia siempre ha vivido allí. Los veranos que íbamos, nos lo pasábamos genial porque encontrábamos miles de sitios para escondernos.

—Es cierto, ellos son muy…

—Sí, ya te conté que su fortuna se remonta bastantes generaciones atrás. Los Wallace siempre hemos sabido gestionar nuestros bienes y la suerte siempre ha estado de nuestro lado. ¡No me preguntes por qué!

Alex se echó a reír.

—¿Me estás diciendo que me he enamorado de una «heredera»? —bromeó.

—Eso parece —dijo ella, dejando escapar una suave risa.

—Pues me gusta más llamarte «editora».

—Y a mí, «señor escritor». —Silencio—. Alex, siento si suena un poco brusco, pero ¿te parece que nos vayamos a dormir?

—Te lo iba a pedir. Yo también estoy hecho trizas. La mano sí me molesta porque creo que habré firmado unos quinientos libros o así.

—Qué maravilla —agregó, feliz por él.

—Menudo día…

—Ni que lo digas.

—Espero que tengas un buen vuelo. Te enviaré un mensaje cuando aterrice.

—Yo también. Sam ha dicho que va a ir a recogerme. Yo creo que lo que quiere es cotillear.

—Pues aún no hay nada jugoso que contar, pero verás al volver de Escocia.

Cassandra soltó una carcajada. Sí, definitivamente, ese era el Alex que había logrado destrozar el acero con el que había protegido su corazón. Una sensación de «al fin estoy en casa» se coló por todos los poros de su piel, calentando cada centímetro a su paso.

—¿No estás siendo muy optimista? —se burló emocionada.

—Soñar es gratis.

—De eso nada, soñar cuesta veinticinco dólares cada ejemplar.

Él acabó por entender que se refería a sus novelas y volvió a reír. Ella lograba que cada momento fuera especial, precioso, inolvidable. Maldijo por lo bajo el haber tardado tanto tiempo en reconocer que nunca quiso hacerle daño, sino que fueron las circunstancias que aún no conocía las que la habían obligado a marcharse. De repente, cayó en la cuenta de que Cass no había cambiado. Se comportaba como siempre. Eso le hizo pensar en que alguien que no te quiere es incapaz de olvidar tan pronto. Ella, con sus comentarios mordaces y su sonrisa casi perenne, le había devuelto a la vida. Una que no tenía sentido ni merecía la pena si no estaba a su lado.

El pasado era inamovible, pero el presente latía con fuerza, y era en lo único en lo que quería centrarse. Cambiar el ahora para lograr estar juntos se acababa de volver su objetivo. Algo que, sin duda, le había costado ver, pese a que todos a su alrededor se lo habían mostrado una y otra vez con extrema nitidez.

Cerró el libro de los recuerdos y regresó con Cass a ese momento, a su nuevo presente.

—Te quiero… —dijo sin más.

Ella dejó escapar un suspiro mezclado con una sonrisa.

—Y yo a ti. ¿Así que he vuelto a ganar la apuesta? —bromeó divertida.

—Claro que sí, pero me debes una cena. Ah, y no pienso pagarte ni el hotel ni el vuelo ahora que sé que eres inmensamente rica.

Cass soltó una carcajada. Su felicidad traspasó el teléfono y lo contagió.

—Uy, no sé yo, ¿eh? Hay todavía por ahí pendiente un cinco por ciento que al final creo que voy a quedarme como calderilla.

Muchas más risas.

—Descansa, «editora». Hablamos mañana.

—Hablamos mañana, «señor escritor».

Cassandra colgó y no pudo evitar morderse el labio inferior con ganas. Voló hacia su habitación para acabar la maleta. Revisó de nuevo la documentación y se tumbó en la cama con una sonrisa mientras imaginaba cómo sería el reencuentro en Escocia.

Parecía que el destino se había aburrido de ellos y les estaba permitiendo regresar al comienzo. Aunque ella no se fiaba de que fuese a dejarlos ser felices tan pronto, puesto que rara vez la vida era tan sencilla.



Alex durmió del tirón esa noche. A la mañana siguiente, nada más embarcar, le escribió otro mensaje a Cass para desearle de nuevo que tuviera un buen vuelo.

Se sentía de maravilla. En cierto modo, había dejado los fantasmas atrás. El que no supiera aún cómo ella se había librado de Bill no iba a empañar su decisión.

Nada más llegar del aeropuerto, llamó a Alice e Isaiah. Ambos lo felicitaron por haber dado el primer paso para reconciliarse y por el éxito de las firmas. El surfista quedó con él en que le llevaría la gata al día siguiente porque aquella noche le era imposible, ya que tenía un compromiso. Cuando entró en casa, la realidad despertó al escritor. Nunca le había parecido tan reveladora. La soledad llenaba cada rincón y estaba dispuesto a que eso cambiara en cuanto Cass y él volvieran de Edimburgo.

Miró el reloj, en Nueva York tenían que ser cerca de las siete. Ella, con seguridad, ya habría aterrizado. Pensando en cómo había cambiado todo entre ellos, le llegó un mensaje.

Cassandra_19:05

Ya estoy con Sam. Estoy deseando verte en Escocia. Se me va a hacer un mes demasiado largo. Un beso.

Alex_16:07

¡A mí también! Saluda a Sam de mi parte. Disfruta de las fiestas con tu familia. Te quiero.

Le dio a enviar con una sonrisa. Sí, podría estar quejándose de las semanas que habían perdido, pero eso solo sería remover algo que no iba a traer nada bueno. Mientras se hacía un café, tuvo una fuerte necesidad de volver a escribir. Estaba agotado, sabía que lo mejor era descansar unos días, pero el espíritu navideño había resurgido de sus cenizas y deseaba volcar toda la felicidad que sentía en aquellas páginas que lo habían torturado por ser incapaz de encontrar una respuesta.

Volvió a llamar a Alice para invitarlos a almorzar al día siguiente. Quería que lo ayudaran a poner el árbol de Navidad y a inundar la casa con adornos por doquier. Por supuesto, su hermana aceptó encantada.

Se dirigió al despacho y abrió la enorme ventana que tenía a un lado. Necesitaba la claridad del sol, que entraba a raudales, y la brisa fresca de una tarde de finales de otoño. De pronto, nada le apetecía más que perderse en aquella historia que lo traía de cabeza desde hacía meses.

Emocionado por encontrar la manera de cambiar el espíritu de la novela, encendió el ordenador y abrió el documento. Se dijo que le devolvería la luz que le había robado semanas atrás por la furia y la decepción que había sentido. Aquella oscura visión ahora había desaparecido y estaba deseando plasmar las nuevas ideas, que no dejaban de llegar en tropel.

El capítulo uno era el comienzo de todo, y, justo en ese punto, su historia volvería a renacer.



El camino de vuelta del aeropuerto estuvo lleno de risas y bromas con Sam. Cassandra le contó todo lo que había ocurrido en esas semanas, incluyendo el cambio de Alex a raíz de lo sucedido con Maddison.

Su hermana estaba feliz porque la veía radiante. Apenas habían pasado unas horas desde que la situación entre ellos se había aclarado. Aún tenían cosas pendientes, pero el avance ya era significativo y eso fue en lo que ambas se centraron.

—Me alegro mucho de que Alex por fin se haya dado cuenta de que estaba equivocado —dijo Samantha.

—No ha sido fácil, créeme.

—Pero ¿te sientes mejor?

—Eso sí.

—Pues ya es algo.

—Bueno, ¿cómo están mamá y papá? Esta semana me ha sido imposible llamarlos.

—Más o menos como siempre. Aunque tengo que reconocer que mamá se ha suavizado.

—¿En qué?

—Pues… no sé. Ha dejado de imponer su opinión en todo, ¿sabes? Ahora le consulta a papá. Igual es solo mi percepción.

—Lo hizo muy mal.

—Sí, ¿y quién no?

—¿Tú podrías serle infiel a Maverick?

Sam se quedó pensando un instante.

—Nunca. Y si tuviera deseos de hacerlo, cortaría con él, pero jamás le engañaría a propósito.

—Yo pienso igual. ¿Vendrá Mav a la cena de Nochebuena?

—Sí. Y por poco también sus padres, pero al final se quedan porque unos amigos los han invitado. El año que viene iremos nosotros a verlos.

—Mmm… ¿Así que el año que viene? —Cass la miró con las cejas levantadas.

—¡Vaaaale! Sí, estoy haciendo planes a un año vista. Me he convertido en una típica chica que tiene pareja. Dios, ¡vamos a llevar a Sam al médico!

Las dos se echaron a reír.

—Me alegro mucho por ti.

—Lo sé —respondió y le dedicó una alegre sonrisa.

—¿Y Caleb? ¿Vendrá con Rachel?

—Me parece que sí. Estos dos me tienen despistada. Aunque, ¿sabes una cosa? Yo creo que hay algo más serio entre ellos porque han dejado de discutir.

—¡No te creo!

—Rach está siempre sonriendo. Es… ¡espeluznante!

Más risas.

Sam aparcó y subieron al apartamento de Cass.

—Hogar, dulce hogar —bromeó la bróker.

—Bueno, durante unos días, sí que lo fue —señaló Cassandra—. Anda, ayúdame a deshacer la maleta.

Las dos se dirigieron al dormitorio.

—Lo fue y volverá a serlo, «Pretty Woman». Estoy segura.

—No sé, Sam. Me siento como si una catástrofe nos fuera a separar de nuevo.

—Lo de Bill acabó —puntualizó.

—Sí, lo sé. Hablé con Parker.

—¿Sí?

—Con él todo bien. Le ha prohibido a Bill acercarse a la editorial durante dos meses.

—¡Pues deberían ser tres años! Lo mismo que te exigía a ti. Es un sinvergüenza que te lo ha hecho pasar horrible.

—Dejemos el tema, por favor. No quiero pensar más en eso. Él no merece ni un segundo de mi tiempo.

—Tienes razón. Pasemos a Alex y a cómo vais a reconciliaros en el castillo de los abuelos.

—¡No vamos a hacer nada allí! —Ambas rieron—. Además, tiene una habitación en The Balmoral Hotel.

—Mmm…, ¡derrochando…!

—Es lo menos que podía hacer —dijo sonriendo.

Colocó unos pantalones en el armario y se quedó paralizada al ver las prendas con las etiquetas.

—Sam, ¿no has devuelto aún la ropa?

—No, lo que te compró mamá es una pasada. Te la mereces. Además, no la has estrenado, y estoy segura de que estarás impresionante con ella.

—La verdad es que todo lo que eligió es precioso, pero no lo quiero. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro —respondió aceptando su decisión—. ¿Y si las cambias por otras que sean más de tu estilo?

Cass se quedó pensando.

—¿Sabes? Esa me parece una idea fantástica.

Ambas sonrieron.

—Volviendo a Alex. Lo que vais a tener… Quiero decir, esa es… o, mejor dicho, esa sería la novena cita —dijo Sam para aclararse.

—Sí, pero ya he ganado. Se ha enamorado de mí.

—A mí me parece que has hecho trampa. No has sido tú quien lo ha reconquistado.

—¿Cómo que no? —se quejó frunciendo el ceño.

—Pues como que no. La responsable es su sobrina, así que yo creo que el cinco por ciento debería ser para la pequeña.

—¡Pienso decírselo! —soltó Cass riendo.

—Bueno, cámbiate y nos vamos todos a cenar. Por cierto, a papá le gustaría que pasaras las dos semanas allí con ellos.

—Uf… ¿Dos semanas con mamá?

—No, dos semanas con los dos.

—¿Tú la has perdonado?

—Creo que sí. Papá me contó que tuvieron una discusión muy fuerte cuando volvieron a casa. Han estado a punto de dejarlo.

—¿En serio?

—Y tanto. Mamá se sentía tan avergonzada que prefería desaparecer para que papá pudiera encontrar a alguien que lo mereciera. Alguien mejor que ella.

—Me dejas con la boca abierta, Sam. ¿Eso te lo ha contado él?

—Sí.

—Pero papá no ha querido. Pese a todo lo que ocurrió, él aún está enamorado de ella. Creo que el que la haya perdonado de nuevo ha sido lo que ha cambiado un poco a mamá.

—Hay hombres excepcionales, Sam. Papá es uno de ellos.

—Que no te quede la menor duda. Venga, ponte guapa y vamos a verlos.

Una hora después, estaban en el hogar de los Wallace. Sus padres aún no habían llegado ni Caleb tampoco. El atasco del centro los había retenido a los tres entre la Quinta y la Sexta Avenida.

La casa, en general, estaba adornada con una elegancia y exquisitez digna de un palacio. Cuando Cassandra entró en el salón, volvió a su niñez por un instante. Todo era perfecto, hasta que se fijó en la repisa de la chimenea. Con un nudo en la garganta, se acercó hasta allí. Miró a Sam y ella asintió emocionada. En línea, estaban las tarjetas de Navidad que los tres habían hecho de pequeños.

Con manos temblorosas, cogió la que estaba justo en el centro. Era la suya. En ella, felicitaba las fiestas y tenía una huella emborronada porque la acuarela que había pintado no estaba aún seca cuando la guardó en el sobre. El recuerdo de dársela a su madre no era bonito, sin embargo, era la tarjeta que más destacaba de todas.

—Papá la ha guardado todos estos años —dijo, reteniendo las lágrimas.

—Te equivocas —la corrigió Sam—. Las tarjetas las ha puesto mamá.

Cass giró la cabeza hacia su hermana.

—¿Qué?

—La Bruja del Norte no era tan mala como pensábamos. Se siente muy mal por todo lo que te ha hecho durante estos años.

—¿Y por qué se ha dado cuenta ahora y no antes? —preguntó con tristeza.

—Porque es «ahora» cuando ibas a sacrificarlo todo por ella sin pedir nada a cambio. Creo que eso ha logrado calentar un poco su corazón.

—No sé si podré…

—¿Perdonarla? —la interrumpió. Cassandra asintió despacio—. Eso depende de ti y de cómo sea contigo de aquí en adelante.

—Crucemos los dedos…

—Muy fuerte, «Pretty Woman».

Sam se acercó para abrazarla. El pasado no era fácil de olvidar, y una postal no arreglaba el dolor de hacerla sentir insignificante, pero era un comienzo.

Cassandra, una vez más, tenía la última palabra y, aunque no le iba a ser sencillo decidir si iba a darle otra oportunidad, trataría de hablar con ella en algún momento porque, pese a todo, era su madre.

CAPÍTULO 37. ME ENCANTARÍA ESTAR ALLÍ

Unos días más tarde, mientras Alex jugaba con su sobrina en el salón de la casa de su hermana, Alice estaba empeñada en meter dos recipientes enteros de relleno en un pavo de siete kilos que se veía a punto de explotar.

—Cariño —dijo Zac, tratando de ser paciente—, yo creo que no cabe más.

—¿Cómo que no? Verás que sí. —Empujó tanto por un lado que, irremediablemente, salió por el otro, poniendo perdida la encimera—. ¡Maldito pavo!

—Anda, trae. —Su marido la separó del pobre animal—. Ponte a pelar las patatas para el puré. Acabo de dejar la salsa en el fuego, no subas el calor, que te conozco.

—Habló Thomas Keller[5]…

—Venga, cariño, no te lo tomes así.

Alex entró en la cocina seguido de Maddison.

—Cuñado, si no quieres dormir en el garaje, no le digas eso a mi hermana —dijo riendo.

—Mmm… No me des ideas —soltó Alice.

—Desde luego… Cuando hacéis un frente común, no hay quien os aguante.

—Yo estoy de tu parte, papá. Así estamos empatados.

Los tres se echaron a reír.

—Tú eres la más lista de todos, Maddie —se agachó hasta ponerse a su altura y le dio un beso en la mejilla—. ¡Esa es mi niña!

—Sí, sí, pero cuando quede seco por dentro, ¡yo no quiero saber nada! —se quejó Alice.

Por supuesto, el pavo quedó perfecto porque Zac se propuso no separarse del horno durante las cinco horas que tardó en hacerse. Su familia apareció antes de lo previsto para echar una mano. Alice adoraba a sus suegros y a su cuñado Wyatt, un par de años más joven que su marido. Entre todos prepararon una mesa preciosa donde lo que más destacó fue el amor que se respiraba en el ambiente.

Tras brindar con un espumoso, Maddie comenzó a jugar con todos. Alice se fue a la cocina a preparar un café y Alex la acompañó.

—¿En qué piensas? —le preguntó a su hermano.

—En que aún queda mucho para volar a Escocia.

—¿Y no quieres pasar la Noche Vieja con ella?

—Lo he pensado, pero creo que no debería precipitarme. Hemos vuelto a hablar y nos hemos dicho que nos queremos, pero aún queda mucho por aclarar.

—Si sigues siendo tan analítico, vas a terminar haciendo… ¡sudokus!

Alex se echó a reír.

—«Wonderland», ¿es que no te parece que he metido suficientemente la pata como para controlarme un poco? Ella no me ha dicho nada de vernos antes. Además, creo que necesita este tiempo para encontrarse a sí misma.

—¿Y eso dónde lo has leído?

—¿Olvidas que escribo novelas románticas? Me documento todo lo que puedo para entender a las mujeres.

—¡No, si se te nota! —se burló Alice.

—No tiene gracia.

—¿Cómo que no? Yo sí se la veo.

Ambos rieron.

—Por ahora, nos llamamos por teléfono y nos enviamos mensajes. Creo que es mejor ir despacio.

—Traducción: no quieres volver a cagarla.

—Tal cual.

—Haz las cosas como te pida el corazón, «Peque». Lo importante es que os vais a ver y te has aclarado un poco.

—Fue gracias a Maddison. Cuando se rompió el brazo, me olvidé de todo lo demás, incluso de Cass. Es imperdonable, pero…

—Maddie era tu prioridad. Tu familia.

—Exacto.

—A ver, no me alegro de lo del brazo, aunque sí de que te haya servido para abrirte los ojos.

La niña entró corriendo en la cocina gritando mientras Wyatt la perseguía con voz de ogro.

—Mamáaaaa, dile que pareeeee.

—Dios de mi vida, ¡y traigo otro! Anda, tirad para el salón que vamos a colocar los calcetines en la chimenea.

—¡Vivaaaaaa! —gritó la niña, corriendo tras su tío.

Volvieron al salón y, tras dejar que Maddie colgara un calcetín con su inicial, se sentaron alrededor de la mesa. Entre risas, bromas y anécdotas pasaron el resto de la noche. Alex estaba feliz por cómo habían cambiado sus vidas en pocos meses. Echaba de menos a Cass, pero la pequeña formaba tanto jaleo que copó la atención de todos durante horas.

A las doce en punto, Alex recibió un mensaje de la editora.

Cassandra_03:00
Ya son tus doce. Feliz Navidad.

Alex_00:01
He olvidado felicitarte. Lo siento. Feliz Navidad, Cass. ¿Qué haces aún levantada?

Cassandra_03:03
Mi padre se ha empeñado en ver películas antiguas y Maverick no para de meterse con Sam. Me duele la tripa de reírme.

Alex_00:05
Me encantaría estar allí.

Cassandra_03:07
Y a mí, pero necesito este tiempo con mi familia. Espero que lo entiendas.

Alex_00:10
Lo entiendo, Cass. Diviértete y dile a Sam que Maverick se vestía como Chandler cuando tenía quince años. ¡Eso lo va a matar!

La editora soltó una carcajada y le faltó tiempo para contárselo a su hermana, que comenzó a chinchar a su chico entre risas.

Cassandra_03:16
Bomba soltada. Mav dice que se las vas a pagar.

Alex_00:18
Dile que aquí estoy. He de dejarte, Maddie está a punto de arrancarme el móvil de la mano como

no juegue con ella. Feliz Navidad.

Cassandra_03:22

Estoy deseando conocerla. No la hagas esperar. Feliz Navidad.

Ambos leyeron el último mensaje con una sonrisa en los labios. Alex comenzó a jugar con Maddie pensando que no se había equivocado con Cass. Aunque lo había perdonado, necesitaba un tiempo para recomponerse, y él iba a darle todo el que necesitara porque ahora, más que nunca, quería pasar el resto de su vida con ella.



Las Navidades se fueron volando entre el trabajo, cenas y quedar con Olivia y Rachel. Cass tuvo un acercamiento con su madre después de una conversación muy sentida donde Grace reconocía que había volcado en ella su necesidad de perfección. Después de eso, su manera de comportarse, tal y como le había dicho su hermana, no solo se había endulzado de forma notable, sino que había conseguido que el ambiente familiar fuera mucho más relajado. Sobre todo para la editora, que había dejado de ser su blanco preferido de críticas.

Tras una Noche Vieja inolvidable en Times Square, donde Cass gritó a todo pulmón la cuenta atrás de las campanadas junto a sus hermanos y sus dos amigas, llegó el uno de enero. Alex hizo una videollamada y estuvieron hablando cerca de una hora mientras le presentaba a la familia. Maddison se pasó todo el tiempo diciéndole que quería conocerla ya y no paraba de llamarla «Tita Cass». Tras despedirse en privado con unas palabras mucho más íntimas, ella colgó con la sensación de que todo volvía a su lugar.

Se dirigió a su habitación con la resaca de un nuevo año por delante y la esperanza de que en Escocia se resolverían muchas más cosas.

Revisó la maleta y la documentación. Volaba en pocas horas. No se sentía cómoda yendo de noche, pero había decidido tomar algo para dormir. Tardaría sobre unas siete en llegar, así que mejor no estar despierta.

Caleb se ofreció a llevarla y, por supuesto, Rachel se apuntó al instante. De camino al aeropuerto, sentía miles de mariposas en el estómago. Primero, iba a ver a sus abuelos después de más de un año. Segundo, solo faltaban ocho días para que Alex y ella se encontraran en Edimburgo. Ya tenía reservadas varias excursiones para visitar los lugares que él había incluido en su quinta novela. Quizás se pensara más adelante añadir la última cita, pero, de momento, estaba feliz con cómo iban las cosas entre ellos.

—Oye, mándanos un mensaje en cuanto aterrices —dijo Rach.

—Por supuesto.

—A mí me encantaría ir a Escocia —añadió la profesora, mirando a Caleb.

—En vacaciones, te llevaré. No hagas planes —contestó con media sonrisa.

—Sí, claro…

—Rach, lo ha dicho en serio —intervino Cass.

—¡No es verdad!

Caleb le guiñó un ojo y ella negó, aún incrédula.

—A mis abuelos les encantará conocerte —agregó él.

—¿Vas a llevarme al castillo de tu familia? —preguntó en un susurro.

—Es lo que se hace cuando las relaciones van viento en popa, ¿no? —bromeó.

—A ver, tortolitos, estad atentos que es la salida siguiente.

—Ya lo sé, Cassou.

Tras despedirse de ellos, Cassandra se dirigió a los monitores. Su vuelo ya aparecía en pantalla, así que se puso en cola en el mostrador correspondiente.

Una vez instalada en su asiento, miró por la ventanilla. Solo se veían las luces del aeropuerto. Cogió la botella de agua que había comprado y se tomó una pastilla para dormir. Tras el despegue, se sumió en un sueño profundo, hasta que treinta minutos antes de aterrizar, el piloto les informó de que pusieran sus asientos en posición vertical y que el tiempo en Edimburgo era de cero grados.

Caminó hacia la salida y allí estaba el chófer de su abuelo, Elliot, que la esperaba con un cartel con su nombre.

—Buenos días, señorita Wallace.

—¡Elliot! —Se acercó para darle un abrazo y un beso en la mejilla. El hombre se sonrojó un poco—. ¿Cuántas veces voy a tener que pedirte que me llames Cass?

—¿Todas?

Ambos rieron.

—Dios, ¡qué frío!

—Sí que lo hace —dijo, cogiéndole la maleta.

—¿Cómo está tu familia?

—Muy bien. Mi hijo pequeño, Gavan, ha conseguido entrar en Cambridge para estudiar Ingeniería.

—¡Felicítalo de mi parte! Hace muchísimo que no lo veo.

—Ya está hecho un hombre —añadió él muy orgulloso.

Caminaron hacia el aparcamiento y, en cuanto se subió al coche, comenzó a enviar wasaps para informar a todos que estaba sana y salva. En menos de veinte minutos, ya habían llegado al castillo.

El jardín estaba cubierto por una fina capa de nieve. Sabía que en pocas horas desaparecería. En Edimburgo no solía durar mucho tiempo, pero la estampa que la había recibido le costaría olvidarla.

Se despidió del chófer con cariño y entró a buen paso. Nada más ver a su abuela, salió corriendo para abrazarla.

—*Mo nighean, tha mi air do ionndrainn!*[6]

—Y yo a ti, abuela.

—¿Qué tal ha ido el vuelo?

—Bien, he pasado casi todo el tiempo dormida.

—Me alegro. Atravesar el Atlántico es un fastidio con tantas turbulencias. ¡Cuéntamelo todo!

—A ver, Ishbel, déjala respirar —se quejó su abuelo, que apareció justo detrás de ellas.

—¡Abuelo! —Cass lo abrazó con fuerza—. ¿Cómo está tu tobillo? Ha sido un fastidio que no pudieseis venir en Navidad.

—Ya lo tengo mucho mejor. Solo fue un esguince, pero la doctora no quiso que volara por si acaso. Pero deja que te vea… —La hizo separarse mientras la sujetaba de ambas manos. Se le empañaron los ojos—. Eres la viva imagen de mi madre. ¿Cuándo te has pintado el pelo?

—Caillen, se dice teñir el cabello —lo corrigió su mujer.

—Mañana hazte peluquera. Se ve que sabes mucho.

—¡Viejo cascarrabias!

Él le sacó la lengua y Cass soltó una carcajada.

—Dios, ¡cuánto os he echado de menos a los dos! —dijo, atrayéndolos hacia sí.

—A mí más —bromeó su abuelo.

—Tanto como un dolor de muelas —replicó Ishbel.

Él se acercó a su mujer y la besó en la mejilla.

—Mucho más, cariño.

Ella no tuvo más remedio que reír. Se llevaban de maravilla. Todo el tiempo pinchándose entre sí, pero era justamente eso lo que había hecho de su relación algo tan duradero y especial. Siempre estaban riendo por los comentarios del otro, y Cass no recordaba ni un instante en que los dos no estuvieran con un tira y afloja para ver quién ganaba con la coletilla más ingeniosa. Con la felicidad de estar ya en casa, los miró con cariño.

—¿Me invitáis a un café? —dijo Cass con un sonido de tripas importante.

—¿No has desayunado? —preguntó Caillen.

—He estado durmiendo todo el vuelo.

—Venga, cariño, vamos a prepararte un típico desayuno escocés —intervino su abuela.

—¡Como quieras hacerme comer *haggis*, te prometo que me vuelvo ahora mismo a Nueva York!

El matrimonio se echó a reír y los tres se dirigieron al salón donde siempre hacían vida. La enorme chimenea caldeaba la estancia y los mullidos sofás le imprimían un toque elegante pero acogedor. Aunque tuviera casi los mismos metros que su apartamento, realmente, era un hogar rodeado de historia y recuerdos.

—Cariño, avisa a Anne Marie. Es nuestra nueva *chef*. A ella —dijo Ishbel mirando a su nieta—, puedes pedirle lo que más te apetezca.

—¡Menos mal!

Entre risas, la chica apareció. Cass se ciñó a un café con leche y unas tostadas con mermelada.

Durante gran parte de la mañana, todo fueron risas, achuchones y tratar de que la recién llegada se sintiera como en casa. La diferencia horaria ya comenzaba a hacer mella en la editora, por lo que tuvo que irse a descansar. Pese a que había pasado el trayecto durmiendo, las cinco horas de diferencia habían podido con ella.

Se despertó sobre las tres algo más despejada. Revisó los wasaps y Alex le había enviado uno.

Alex_08:06
Buenos días. Espero que el vuelo haya ido muy bien. Disfruta con tus abuelos, pero ¡ni se te ocurra enamorarte de un *highlander*!

Aquello la hizo reír a carcajadas. El puntito que mostraba de celos le hacía gracia y, al mismo tiempo, le mostraba que él sí estaba preocupado por lo que fuese a pasar cuando estuviera rodeada de viejos amigos y conocidos de su familia. Así que, frunciendo los labios mientras le daba vueltas a qué escribirle, una respuesta muy ingeniosa no tardó en llegar.

Cassandra_15:12
Aquí ya son buenas tardes. El vuelo perfecto. Sé que te van a encantar mis abuelos. Ah, lo siento. Llegas tarde a lo del *highlander*. Mi abuela ha invitado a una docena y ya he elegido a dos que me han hecho ojitos.

Nada más enviarlo, se levantó de la cama con una sonrisa. Rebuscó en una de las maletas ropa cómoda y, antes de bajar para almorzar algo, admiró la maravillosa habitación donde se encontraba. Las paredes estaban forradas de suelo a techo con madera oscura y la cama con dosel parecía negarse a avanzar en el tiempo. Los muebles, también hechos a mano hacía más de dos siglos, estaban perfectamente conservados. La chimenea repiqueteaba con fuerza, haciendo que la temperatura fuera mucho más agradable.

Al acercarse a uno de los enormes ventanales, vio cómo su abuelo hablaba con un par de hombres que parecían ser bastante atractivos. No los distinguía bien desde su altura, pero se echó a reír porque era justo lo que le había dicho a Alex en su wasap.

Al entrar en el salón, vio a su abuela leyendo un libro.

—Hola…

—¿Estás mejor?

—Sí, bastante. El *jetlag* es un fastidio.

—Es muy molesto. Cuando viajamos lejos, ¡siempre acabo que no sé ni dónde estoy!

—¿Habéis almorzado?

—A las dos. Tu abuelo se tiene que tomar unas pastillas y debe ser a la misma hora.

—Voy a la cocina a picar algo.

—Tenemos cocinera, cariño.

—Y yo dos manos, abuela. —Ambas rieron—. Ahora vengo.

—Sí, hay mucho de lo que tú y yo tenemos que hablar.

Cass la miró sosteniendo una sonrisa y asintió una vez. Aunque estuvieron hablando en un par de ocasiones de lo sucedido en Acción de Gracias, no era lo mismo oírlo en persona. Ishbel estaba deseando ver cómo le contaba el momento justo en el que se había rebelado contra Bill y roto el compromiso con ese indeseable.

La cuestión a la que su abuela no dejaba de darle vueltas era qué iba a hacer a partir de ahora. Y, más que nada, con ese escritor que estaba a punto de volar hasta allí solo porque ella se lo había pedido. Cassandra parecía distinta. Desde que hicieron la videollamada, había cambiado algo en ella. Supuso que el tal Alex tenía mucho que ver en eso.

El jardinero trajo más leña y avivó el fuego. La editora volvía con un pequeño sándwich de asado y unas pocas patatas fritas recién hechas cuando se cruzó con él. Era uno de los hombres que había visto antes hablar con su abuelo en el jardín.

—Señorita Wallace —dijo con una sonrisa pícara.

—Buenas tardes.

Él desapareció por el pasillo mientras ella se lo quedó mirando. La cara le resultó familiar, pero fue incapaz de ubicarla.

—¿Quién es ese hombre, abuela?

—¿Solo vas a comer eso?

—Tengo el estómago revuelto por el cambio horario.

—Bueno, vete a dormir luego. A ver si mañana estás un poco mejor y podemos ir de tiendas.

—Claro. Mmm… No me has contestado, ¿quién era…?

—Ah, es uno de los nuevos jardineros. Su hermano y él llevan un par de meses en la finca.

—Los he visto antes con el abuelo. ¿De qué me suenan?

—Jugabas con ellos de pequeña. Son los hijos del barón de Muness.

Cass se quedó muy seria al instante. No los veía desde hacía muchísimo tiempo y no los

había reconocido.

—¿Y ahora son jardineros?

—Por desgracia para ellos, el barón perdió toda su fortuna hace unos años. Malas inversiones y algunas cosas de las que mejor no hablar. Ambos son botánicos, pero la empresa donde trabajaban quebró. Esto, por decirlo de alguna manera, es un favor hasta que encuentren algo mejor.

—Les estáis haciendo un favor… —repitió sin darse cuenta.

—Exacto, Carys. Aunque me alegro de que estén aquí, el jardín ha mejorado mucho gracias a ellos, pese a ser otoño.

—La verdad es que tengo algún recuerdo, pero estoy demasiado cansada como para pensarlo —mintió, dándole un mordisco al sándwich.

—Bueno, ahora me vas a contar todo lo que pasó en Acción de Gracias y por qué has invitado a ese escritor a un hotel cuando nosotros tenemos un castillo.

Cassandra sonrió un poco, bajó la mirada y cogió una patata que dejó a mitad de camino.

—Es largo de contar.

—Tienes una semana para hacerlo. ¿No llega el nueve?

—Sí.

—Pues… ¡empieza!

Su nieta le contó todo lo sucedido en Acción de Gracias y después le hizo un resumen bastante extenso de la relación que habían tenido Alex y ella desde el principio.

—¿Sabes qué te digo? Que esta historia es mucho mejor con Frank.

Ishbel cogió un mando a distancia y Sinatra comenzó a sonar bajito. Siempre había ocurrido igual con ella. El cantante la ayudaba a pensar y necesitaba poner en orden todo lo que le había contado su nieta antes de darle su opinión.

El móvil de la editora sonó. Era un wasap de Alex.

—Dame un momento, abuela.

Mientras lo leía, la anciana se fijó en sus ojos y también en la sonrisa que iba formando conforme avanzaba. La vio escribir a toda prisa y después bloqueó el teléfono.

—¿Ese es Alex?

—Sí. Me ha deseado que pase un buen día.

—Yo creo que mucho más, pero me conformaré con eso.

Ambas rieron y su abuelo apareció.

—¿Os apetece un té? —preguntó mientras se frotaba las manos junto a la chimenea.

—Claro, cariño.

Por el momento, la tempestad había pasado. En realidad, a Ishbel no le había dado tiempo de ofrecer un consejo a Cass. Tenía uno bastante bueno y acertado, que no dudara ni un instante y se quedase con el escritor, pero aún tendría que esperar para decírselo porque esa conversación no quería compartirla delante de su marido.

Caillen era un amor de hombre, pero también una fiera a la hora de defender a los suyos. El chantaje empezaba a quedar un poco atrás, de modo que tomó la decisión de no encenderlo.

En este caso, era preferible la ignorancia, antes de que quisiera acabar con Bill, la editorial y su carrera.

CAPÍTULO 38. EDIMBURGO

La semana avanzó. Alex estaba impaciente por viajar a Escocia. Todos los días, Cass le enviaba algún mensaje para contarle el frío que hacía o lo bonito que estaban los campos con una capa de nieve. Hablaron por teléfono y también hicieron alguna videollamada. Recibió decenas de fotos de ella donde le mostraba la finca, su habitación, varias comidas típicas… Notaba a la editora muy feliz y descansada, y aquello solo le hacía tener más ganas de que llegara el lunes siguiente.

En cuanto bajó del avión, caminó a buen ritmo hasta llegar a Salidas. Allí lo estaba esperando Cass, venía acompañada del chófer de la familia. En el último momento, no había consentido que cogiera un taxi. No podía aguantar ni un minuto más sin estar a su lado.

—¡Alex! —dijo la editora, levantando la mano.

Al verla, el mundo se detuvo un par de segundos. Ella avanzó hacia él con una sonrisa y cuando llegó a su altura, lo besó en la mejilla.

—¿Y eso?

—*Paparazzis* infiltrados.

—Muy precavida.

—No me fío de nadie. Bueno, cuéntame, ¿qué tal el vuelo? —dijo caminando hacia el chófer. El hombre trató de cogerle la maleta a Alex, pero él lo rechazó con elegancia.

—Bastante mejor de lo que esperaba. He podido dormir la mayor parte, después he escrito un poco.

—¿Me estás diciendo que aún no has terminado la nueva novela? —preguntó extrañada.

—Pues no. En los dos últimos meses, mi vida ha estado un poco… movida. Me ha costado centrarme y lo que escribía no era muy divertido.

—Lo siento, Alex. Yo tengo la culpa.

—Bill la tiene. Pero no hablemos de eso. Lo que importa es que le estoy imprimiendo a la novela un cariz muy distinto al que tenía y creo que te va a gustar.

—Estoy deseando leerla. Es pronto para ir al hotel, así que te voy a presentar a mis abuelos. Eso sí, recuerda dirigirte a ellos como señor duque y señora duquesa. Son muy estrictos en ese tema —puntualizó muy seria.

—¿Tus abuelos son duques?

—Sí, la reina les dio el título hace unos veinte años o así. Yo era pequeña y no lo recuerdo bien. Fue un evento muy sonado en la época.

La cara de Alex era un poema. Una cosa es que Cass fuese inmensamente rica y otra muy distinta que su familia perteneciera a la nobleza. La miró muy serio y resopló.

—Tranquilo, ellos son muy afables. Seguro que les caes muy bien, pero trátalos de usted en todo momento. ¿Qué más…? ¿Qué más…? Ah, sí. No olvides dirigirte con un cabeceo como saludo. —Cass asintió despacio, ladeando un poco el gesto para enseñarle cómo—. Ten en cuenta que aquí las costumbres son muy distintas.

—Sí, claro. Trataré de no olvidarlo.

—Tranquilo, seguro que te sale muy bien. —Sonrió.

Al poco, llegaron al castillo. La propiedad era imponente. El escritor empezó a agobiarse porque no estaba acostumbrado a ese tipo de nivel de vida, y eso que a él no le faltaba de nada.

En cuanto entraron en el salón, sus abuelos se pusieron en pie con una actitud muy formal.

—Abuelo, abuela, él es Alex Wright, el escritor de quien os he hablado. —Su tono de voz era muy austero y con una dicción perfecta.

—Señor duque, señora duquesa —dijo asintiendo sin acercarse a ellos.

—¿Cómo señor duque y señora duquesa? —preguntó Caillen, girando la cabeza hacia su nieta.

Cass estaba aguantando la risa como podía. Ishbel la miró y acabó poniendo una expresión de regaño.

—¡Carys! ¿Pero qué le has dicho al pobre chico?

Ella no pudo seguir con la broma y soltó una carcajada.

—Perdón, ¿es que no son duques? —dijo Alex volviéndose hacia la editora, que no paraba de reír.

—No, ¡claro que no! —exclamó la anciana, que se acercó al escritor para darle la mano—. Carys, ¡eres incorregible!

—Mi nieta es una bromista de campeonato. —Caillen lo saludó también con otro apretón de manos.

—¿Te has quedado conmigo todo el camino? —se quejó Alex, mirándola con cara de «me las vas a pagar».

—¡Ja! Te lo debía por lo del cabestrillo y la mano vendada.

Cass se lo contó a todo trapo.

—Alex, si algo debes saber de Cassou, es que nunca, nunca, has de intentar ganarle en una broma. Miente fatal, pero jugártela se le da de lujo.

—¿Y no es lo mismo? —dijo él sonriendo.

—«Nop» —señaló ella con cara de satisfacción—. En las cosas importantes no sé fingir, en cambio, con las bromas sí. No me preguntes por qué, ¡no tengo idea! —Los cuatro rieron—. Bueno, ahora me lo llevo a desayunar. Quiero enseñarle la ciudad.

—Estupendo, cariño —respondió Ishbel—. ¿El viernes vendréis a almorzar?

—Yo creo que sí. La vuelta desde Inverness es poco más de tres horas.

—¿Pero no ibais primero allí?

—No, abuela. Mañana vamos a Eilean Donan, después nos quedaremos en un hotel en Inverness, pasamos también la noche y volvemos el viernes por la mañana.

—Vale. Hija, es que mi cabeza no está como antes. Oh, Eilean Donan. Te va a encantar la zona, Alex, aunque Carys me ha dicho que hablaste de ella en una de tus novelas.

—Sí, me documenté muy bien sobre lugar antes de mencionarlo. No he ido nunca, pero lo estoy deseando. En general, la historia de Escocia me apasiona.

—Es un detalle que pienses en nuestra preciosa tierra. —Ishbel ladeó la cabeza en señal de gracias—. Bueno, estoy segura de que los paisajes te van a inspirar, así que, ya sabes, espero que escribas una bonita historia de amor entre un *highlander* y una dama.

—Eso está hecho.

—Un beso, abuelos. Volveré esta noche después de cenar. Llamaré para que me recoja Elliot, ¿de acuerdo?

—Claro, cariño. Encantada, Alex —añadió. En esta ocasión, sí se acercó para darle un beso en la mejilla—. Espero que te enamores de nuestra tierra y quieras volver.

—Estoy seguro.

De camino a Edimburgo, Cass le estuvo mostrando los distintos parques y comentando curiosidades sobre algunas casas típicas de la zona. El trayecto de veinte minutos pasó volando y lo primero que hicieron fue parar en el hotel para dejar su equipaje.

—Las fotos no le hacían justicia, Cass.

—Es un edificio imponente. Nunca he dormido aquí por motivos lógicos, pero me encanta venir a la cafetería y leer un libro mientras me tomo un café.

—Un libro mío, supongo.

—Claro, yo solo leo los tuyos. Eso lo sabes.

Los dos entraron con una sonrisa. Alex se registró y dejó sus maletas en consigna. Quince minutos después, caminaron hasta el final de la calle, donde había otra cafetería que a ella le encantaba.

—No me puedo creer que estés aquí —dijo Cass emocionada.

—Ni yo. ¿Sabes de lo que me he dado cuenta?

—¿De qué?

—Aún no te he besado.

—Lo sé, pero aquí soy incluso más famosa que en Estados Unidos, así que debo ir con cuatro ojos.

—¿No quieres que sepan lo nuestro?

—No es eso, Alex. Acabo de anular, por segunda vez, mi compromiso. La gente no me conoce, pero sí me juzga. Y creo que aún hay mucho que contar como para…

—Precipitarnos.

—Exacto. Primero, quiero que oigas lo que ocurrió. Me pediste que te lo contara en persona y es justo lo que voy a hacer. Después, ya veremos.

—Cass, estoy aquí. He dejado de sentirme enojado porque no pudiste… contármelo. Estoy contigo, y eso es lo que importa.

—No fue por falta de confianza, Alex. Bill nos grabó en el plató mientras nosotros…

Cass le contó que la tuvo vigilada desde que regresó de Los Ángeles, que la entrega del ramo de rosas había sido a propósito para confirmar sus sospechas y que, en los estudios, cuando la llamó, la amenazó con colgar ambos vídeos si no lo dejaba en ese preciso instante. Al tener un detective privado siguiéndola, no tuvo más remedio que ceder.

—Entiéndelo, Alex. No podía arriesgarme.

—Supongo que no.

—¿Supones?

—Cass, no puedo contestar categóricamente a algo que no me ha sucedido.

—Te recuerdo que, cuando Maddison se rompió el brazo, te olvidaste de nuestra cita —se quejó algo molesta.

—No es lo mismo, pero lo intento. Estoy aquí, ¿verdad?

—Bueno, no es la respuesta que esperaba.

—Si queremos que esto funcione, no voy a mentirte.

—Lo hice por mi familia, por ti y por mí.

—Dios, Cass, discúlpame —dijo, cerrando los ojos un instante—. Tienes razón. Estoy muy obtuso con este tema y no sé cómo avanzar.

Se acercó para besarla, pero ella negó mientras se retiraba.

—*Paparazzis* —se justificó de nuevo.

—¿De verdad que solo es eso?

—Claro que sí. Es que… esto es nuestro. Privado. No quiero volver a salir en ninguna noticia hasta que…

—¿Lo tengamos claro? —acabó él la frase.

—Puede que te resulte extraño, pero estoy saturada de los medios. Quiero pasar

desapercibida hasta los Oscar, por lo menos.

—Pondré todo de mi parte.

Ella sonrió y asintió como agradecimiento. Después del momento tan incómodo que habían compartido, le contó lo sucedido en Acción de Gracias.

Alex, al fin, pudo unir todas las partes del chantaje y se recriminó por tener tantas dudas. Sentirse herido por algo que la editora no había podido controlar, de repente, le hizo ver las cosas desde otro punto de vista muy distinto. Cassandra los había puesto a todos por delante, incluido a él. Era de cajón que no quisiera que esos vídeos vieran la luz. Ni que decir tiene que a su reputación tampoco le hubiera beneficiado porque, para el resto del mundo, le gustara o no, se habría convertido en «el otro». Así que, por mucho que quisiera negarlo, él era el Asher de esa relación y ella era Jess.

Se enfadó consigo mismo porque la verdad era muy distinta, y nadie podía conocerla sin que se montara un escándalo.

—Soy idiota. Lo siento, Cass. No podías hacer otra cosa y acabo de darme cuenta de que yo hubiera actuado del mismo modo. Gracias por perdonarme y tener la paciencia de esperar a que entrara en razón.

—Alex, rara vez es todo blanco o negro. La cuestión es que suele costarnos echar ese paso atrás para ver un poco más alejada la imagen completa.

—Yo la tenía incrustada en mis narices.

—Te hice daño. Incumplí mi promesa y perdí algo muy importante en el camino.

Él la miró sin conseguir unir las piezas.

—Un anillo, un futuro juntos.

—Te pedí casarte conmigo… —El escritor se quedó paralizado porque, en su ofuscación, había enterrado ese recuerdo bajo llave para no sufrir—. Cass, yo…

—No —lo interrumpió con los ojos brillantes—. Ahora no es el momento, y creo que debemos curar heridas antes de siquiera pensar en ello.

—Solo puedo repetirte que lo siento y que te prometo que juntos encontraremos el camino de vuelta.

Alex deseaba besarla o, al menos, cogerla de las manos. Pero la editora estaba a una distancia, tanto física como sentimentalmente, demasiado alejada como para dar el paso. El miedo a ser fotografiada de nuevo la tenía bloqueada.

Él trató de ponerse en su lugar y no movió ni un músculo para que no se sintiera atrapada.

—Lo encontraremos —dijo ella al fin.

El resto del día lo pasaron caminando por la ciudad, haciendo algunas compras y buscando cafeterías porque, cada cierto tiempo, caía un buen chaparrón.

—Mañana pasaré a recogerte a las seis y media —confirmó Cass al llegar al hotel.

—¡A las seis y media! Hacerme madrugar en vacaciones no tiene nombre, aunque te lo perdono.

—Lo siento, pero nuestra visita comienza a las doce y se tardan más de cuatro horas en llegar. No quiero arriesgarme. Ah, y no olvides hacer el *check out* antes.

—Esto es una tortura gratuita. Lo sabes, ¿verdad?

—Y no sabes cómo la estoy disfrutando. Te recuerdo que yo llevaré el coche, así que no enfades a la conductora.

Ambos se echaron a reír. Tras despedirse, Alex la observó salir del hotel. Elliot la estaba esperando fuera en el coche.

No hubo besos. El único contacto que tuvieron en todo un día de confesiones y

aceptación se redujo a un simple apretón de manos al decir «hasta mañana». Los dos se sentían extraños y decepcionados, pero, de momento, eso era todo lo que ella podía ofrecerle.

Alex recogió sus maletas y subió a la habitación. Tras darse una ducha, se metió en la cama. Se quedó mirando al techo, pensando que esa noche era muy diferente a lo que había imaginado. Tal vez Cass al día siguiente, en privado y mucho más lejos de la zona donde más se la conocía, se comportase de manera distinta. Al menos el camino lo hacían solos, con lo que esperaba que tuvieran un poco más de intimidad y pudiera darle el primer beso desde hacía semanas.

Con ese pensamiento, se quedó dormido. Los sueños que tuvo fueron complicados, como si le faltara acabar una tarea que no supiera cuál era. A las cinco y media sonó el despertador. Cuando abrió los ojos, no recordaba ni dónde estaba.

Tras cerrar la maleta, bajó a recepción. Cass ya lo estaba esperando en el *hall*.

—Buenos días —la saludó sin acercarse.

—Buenos días —dijo ella con su bonita sonrisa.

—Hago el *check out* y nos podemos ir.

Una vez acabó, se dirigieron a la salida.

—Por cierto, tengo una mala noticia.

Alex dibujó media sonrisa porque la entendió a la primera. Elliot estaba fuera del coche, esperándolos.

—Mi abuela ha insistido en que nos lleve a todas partes, así no tenemos que preocuparnos por aparcar.

—¿También en Inverness?

—Me temo que sí.

—Cass, ¿sabes conducir por el lado izquierdo?

—Un poco, pero las carreteras que vi anoche me dieron pánico.

—Entonces, no ha sido tu abuela…

Ella suspiró.

—Vale, no. Es que me daba vergüenza admitirlo —reconoció bajando la mirada.

—No pasa nada, ¿de acuerdo? Pero, por favor, dime la verdad sin más. Luego podemos decidir lo que sea juntos.

—Prometido.

El camino hacia Eilean Donan tenía muchas curvas y no fue demasiado agradable. Puede que la molestia de Alex se debiera a que no tenían ningún tipo de intimidad delante de Elliot. El hombre era muy discreto y apenas dijo unas pocas palabras, pero la incomodidad de no poder hablar abiertamente hizo mella en él, que acabó siendo más quisquilloso de lo que debería en unas vacaciones pagadas.

En cuanto aparcaron en los alrededores, bajaron para estirar las piernas.

—Lo he visto mil veces en internet y en el cine, pero nada puede compararse a tenerlo delante. Es… impresionante —dijo él, mirando hacia todas partes para imbuirse del ambiente y del maravilloso paisaje.

—A mí siempre me deja sin aliento —reconoció Cass.

—¿Has venido muchas veces?

—Cada año, desde que era una niña. Al principio, con mis abuelos. Después, en algún tour o con mis hermanos. Es uno de nuestros lugares preferidos de Escocia.

—Es comprensible.

—Anda, ven. Nuestra visita está a punto de empezar.

Al ponerse en la cola para dar los tickets, de pronto, alguien la nombró.

—¿Cassandra Wallace? —dijo con un perfecto acento inglés, aunque empleando un tono condescendiente que hasta le causó curiosidad a Alex.

—Freya Mclean, qué alegría verte —respondió con una frialdad que heló de inmediato un ambiente ya gélido de por sí.

La chica caminó los tres pasos que los separaban con una altivez digna de la realeza. Iba a besar a Cassandra en la mejilla, pero ella fue más rápida y le ofreció la mano con una sonrisa calculada. Detalle que no le pasó desapercibido al escritor.

—Vizcondesa Hereford —añadió empalagosa, mostrando el enorme anillo que lucía en el dedo.

—¡Anda! ¿Y cuándo se ha producido el… feliz enlace?

—A principios de diciembre. Le llevé la invitación a tus abuelos, pero entendí que prefirieras no venir por todo el escándalo con tu prometido. Bueno, ahora, exprometido por segunda vez —soltó con retintín y una expresión que no le gustó nada a Alex.

—Sí, suerte que descubrí a tiempo que era una serpiente.

Él se mordió el interior de la mejilla para no reír. Esa frase tenía doble sentido y lo había cogido a la primera.

—Sí, supongo que es mejor estar sola. Así tienes tiempo para pensar por qué te fue infiel. ¡Qué vergüenza debiste de pasar!

El escritor estuvo a punto de responderle, pero Cass le rozó un instante la mano para que no lo hiciera. Ese gesto, por desgracia, llamó la atención de la recién casada.

—Aunque, claro —prosiguió Freya, recalcando cada palabra—, lo que no logro comprender es cómo le diste otra oportunidad.

—Supongo que mi generosidad no tiene límites. Pero, tranquila, no volverá a suceder.

—Sí —carraspeó—. Bueno, ¿no me vas a presentar? —dijo, mirando Alex de arriba abajo con cierto desprecio y fingido interés.

—Adam Wright, uno de los mejores escritores de Estados Unidos, ¿la vizcondesa de…?

—Hereford —agregó muy seria, dándole la mano—. Vaya, ¿y qué hace un escritor estadounidense por estos lares?

—Documentarme. Cassandra trabaja en mi editorial y se ha ofrecido muy amablemente a enseñarme la zona.

—Mmm… Mmm… Ya veo. En fin, vuelvo con mi grupito. Disfrutad de las vistas.

—Freya.

A la vizcondesa no le sentó nada bien que Cass la llamara por su nombre, pero, en un momento de lucidez, prefirió callarse.

En cuanto se separó, Alex se acercó con discreción para hacerle un batallón de preguntas.

—¿Quién es?

—Alguien que me traicionó hace tiempo.

—¿Le robaste el chico?

—Al revés. Ten cuidado y no te pongas demasiado cerca de mí. Está deseando tener una historia jugosa que contar. —Le dedicó una sonrisa falsa porque ella la estaba mirando.

—No lo entiendo, tú vivías en Nueva York.

—Pero pasaba aquí todos los veranos.

—¿Te robó un amor de verano?

Cass lo miró a los ojos y Alex comprendió que se había pasado de la raya.

—Dos, y no quiero hablar de eso porque es el pasado.

—De acuerdo.

Mientras el guía les hablaba de la historia del castillo y de las filmaciones que allí se habían realizado, el escritor no dejaba de pensar que ahí debía de haber algo más, pero ella tenía razón. Ese era su pasado y, si no quería hablar de él, lo más seguro fuese que esa herida aún continuara abierta.

Cuando terminó la visita, aprovecharon para dar una vuelta por la zona. Cass hizo uso de los aseos mientras que Alex tuvo que esperar en cola. Mientras él volvía, aprovechó para ir a la tienda de regalos, allí se topó de nuevo con «ella», que llevaba una cesta llena de los más variopintos recuerdos.

—No paramos de encontrarnos —volvió a hablar con retintín.

—Es un monumento, Freya, no es que haya muchos más sitios donde esconderse, ¿no te parece?

En un momento determinado, las dos se colocaron cerca de la salida de la tienda, Alex se acercó, pero ellas impedían el paso sin darse cuenta. Él se quedó a un lado para no molestar, pero podía oírlas sin problemas.

—Bueno, eso es como presentar a tu nuevo novio, o lo que sea, como uno de los mejores escritores de Estados Unidos. —Dejó escapar una risita maliciosa

—Adam Wright es escritor. Yo —recalcó— no te he mentido. Pero no te confundas, nosotros no tenemos nada. No somos ni amigos. Trabajo para la editorial y me lo han endosado porque estoy de vacaciones en la zona. Es trabajo, nada más, Vizcondesa Hereford.

Freya sonrió despacio, satisfecha por haberle oído decir su título.

—Está bien, Cassandra. Pues que te sea leve el… trabajo.

Ella no respondió. Se dio la vuelta y vio a Alex a unos pasos consultando el móvil.

—¿Todo bien? —preguntó él, esperando que se lo contara.

—Sí, perfecto. En la tienda, no hay nada interesante. ¿Hacemos un par de fotos más y nos vamos?

—Claro.

Alex se sintió algo decepcionado porque ella no había querido compartir la conversación mordaz que acababa de tener con Freya. Entendía que la relación que tenía con aquella chica no era de su incumbencia, pero un pequeño malestar se coló en su corazón.

¿Por qué Cass seguía sin querer confiar en él?

CAPÍTULO 39. DEMUÉSTRAMELO

De camino a Inverness, Alex aún tenía la esperanza de que, cuando llegaran al hotel, Cassandra compartiera con él esa conversación. La notaba tensa, pero ella puso todo de su parte cuando bajaron del coche para la otra visita sorpresa que le tenía preparada.

El castillo de Urquhart no era tan impresionante como el de Eilean Donan, ya que se encontraba en ruinas. Sin embargo, la neblina espesa que comenzó a cubrir el Lago Ness le imprimió un halo de misterio, convirtiendo las decenas de fotografías que hicieron en algo muy especial.

El escritor se quedó maravillado por el lugar, digno de una historia de amor épica. Anotó mentalmente las muchas sensaciones y sentimientos que le había transmitido para utilizarlo en otra novela. Mientras Cass seguía señalando partes del lago, bromeando con que el monstruo vivía en una cueva subterránea, quedó impresionado por el tono tan oscuro de sus aguas, todo debido al polvo de turba.

Por supuesto, Nessie no apareció, aunque a ninguno le molestó demasiado.

—Gracias por traerme aquí. No me lo esperaba.

—No aparecía en tu libro, pero estar en la zona y pasar de largo el Lago Ness es imperdonable. La próxima vez que vengamos, te llevaré a la isla de Skye. Es una preciosidad, pero no tenemos tanto tiempo.

—Me encantará verla.

—Por cierto, ¿qué tal fueron las dos firmas de la semana pasada?

—De maravilla. Agradecí mucho que esta vez fueran en Los Ángeles, así no tuve que coger más aviones.

—Es una pena que acabaras el sábado. Podrías haber venido antes, pero todos los vuelos que salían el domingo tenían una escala. El único directo que encontró mi agente fue en el que has venido.

—Bueno, la próxima vez nos cogemos un mes de vacaciones.

—Yo no puedo faltar un mes al trabajo.

—Sí, si eres mi editora en exclusiva.

—¿En exclusiva?

—Te recuerdo que una productora «famosilla» va a rodar cinco películas y que tengo firmado que también han de pagarme regalías por el *merchandising* —bromeó Alex con una mueca muy simpática.

Cass soltó una carcajada.

—¡Quiero ver cómo le dices a Caleb que la productora solo es «famosilla»!

—¿Crees que no soy capaz?

—No, ¡si lo peor es que sé que sí lo eres!

Ambos rieron.

—Entonces, ¿dejarías a Lucille y a Ben? —preguntó extrañada.

Él se paró un instante porque no había pensado lo que implicaba esa decisión.

—Bueno, Ben es temporal, y lo sabe.

—Sí, pero ¿y Lucy?

—¿Ya la llamas Lucy?

—Han pasado muchas cosas que no sabes.

—¿Me las contarás? —preguntó él con mucho interés.

—Eso es algo que primero tendré que hablar con ella, ¿no crees?

—Sí, está bien.

Alex la miró mientras sonreía, solo que ese malestar silencioso que creía haber aplacado no había desaparecido. Le daba la sensación de que algo era diferente en Cass. La notaba más hermética, o tal vez fuera que no la conocía tan bien como él pensaba.

Vio cómo se acercaba al chófer e intercambiaba unas pocas palabras. Luego, volvió a su lado con una enorme sonrisa que acabó por desarmarlo.

—Venga, me ha dicho Elliot que aún nos queda una media hora para llegar —dijo Cass de muy buen humor.

El resto del viaje hasta Inverness fue muy distinto. Todo eran risas y bromas, solo que la editora no lo tocó ni una sola vez. Alex esperaba que allí solo tuvieran una habitación, pero se encontró con que ella había reservado dos. Al menos el chófer se quedaba en otro sitio distinto porque ese estaba completo.

Después de cenar en el restaurante del hotel, se dirigieron a la habitación de la editora. Un minuto de tranquilidad al fin. Nada más cerrar la puerta, Cass se lanzó a sus labios. Alex se perdió en su aliento y en el calor que desprendía el interior de su boca hambrienta.

Llevaba cerca de dos días deseando besarla, tocarla…, amarla. Se moría por embriagarse de su cuerpo y de su alma.

—Siento no haber podido hacerlo antes —se disculpó ella mientras lamía su cuello.

—Me has vuelto loco. Creía que me estabas castigando.

Cassandra se detuvo en seco y se separó un poco para mirarlo.

—Alex, yo nunca haría eso. Ya te he explicado mis razones para no darnos muestras de cariño en público. Cuando volvamos a Los Ángeles, será diferente. Allí no me persiguen ni escriben sobre mí ni hay nadie que pueda despellejarme viva mientras se toman una puñetera taza de té.

—¿Freya tiene algo que ver en esto?

Cass inspiró un poco más fuerte y caminó hasta sentarse en uno de los sillones que tenía la suite.

—Tiene todo que ver. Cada vez estoy más convencida de que el mundo está lleno de ratas y arpías, y, ella, la vizcondesa Hereford —dijo con retintín—, es una de las peores.

—¿Me contarás algún día lo que ocurrió?

—No lo sé. Hurgar en el pasado no creo que sea catártico, sino una condena que nos persigue para sumirnos en la más profunda oscuridad de la que raras veces se puede salir.

—No siempre es así.

—¿En serio? —Ella se lo quedó mirando con las cejas levantadas—. Nosotros somos el ejemplo perfecto, Alex.

Él permaneció un momento pensando y acabó por decir:

—Puede que tengas razón.

—Yo prefiero no remover el fango. Me hace sentir…

—Está bien, Cass —la interrumpió al ver su expresión de preocupación y angustia—. No necesito saberlo.

—Gracias —susurró, cerrando un instante los ojos.

Alex no quería irse, pero sabía que ella necesitaba lidiar con sus demonios antes de volver a empezar. Haciendo de tripas corazón, propuso lo último que deseaba.

—Creo que mejor será que nos vayamos a dormir. Ambos estamos cansados y… mañana

será otro día. ¿Te parece?

—¿No vas a quedarte? —preguntó Cass con una mezcla de extrañeza y alivio.

—Aquí todavía no eres libre, y prefiero que, cuando estemos juntos, solo seamos tú y yo quienes estemos en esa cama, no Freya o a lo que sea que le estés dando vueltas desde que la has visto.

—Vaya, «señor escritor», es usted más perspicaz de lo que pensaba.

—«Editora» —ambos sonrieron—, soy una fuente infinita de conocimiento y de sabiduría extrema.

—¿Sabiduría extrema? Le recuerdo que a veces olvida la coma delante del vocativo —se burló ella.

—¡Una vez! ¡Solo se me ha pasado una vez! —se defendió, fingiendo sentirse molesto.

Ambos se echaron a reír. Cassandra se puso en pie y se acercó.

—Gracias, Alex.

Ella le dio un beso demasiado corto para el que él necesitaba, sin embargo, no intentó nada más. Su instinto no le había fallado y aquel esperado encuentro se había convertido en un simple «buenas noches» discreto y algo frío.

De camino a su habitación, el escritor estaba decidido a darse una ducha helada. Una vez desnudo, cambió de parecer. Tampoco era cuestión de hacer una estupidez. Trató de concentrarse en la cascada de agua mientras le rogaba que se llevara la necesidad no solo de tirar la puerta de Cass, sino de derribar los múltiples muros que los estaban distanciando de nuevo. Tal vez ella no fuera consciente de que se mostraba diferente o que la faena que Freya le había hecho en el pasado aún mantenía intacto ese trauma del que era incapaz de separarse. Tanto una cosa como la otra hacían que Alex se sintiera impotente. No saber qué había ocurrido le impedía ayudarla, y eso lo estaba desquiciando.

Volvió a la conversación en la tienda de regalos y a cómo se defendió como un gato panza arriba ante los comentarios mordaces de esa «arpía». Algo que le pareció curioso a Alex es que, en esa ocasión, a Cass no le había costado mentir. Recordar sus palabras y que no titubeara al decirle que no tenían nada ni que tampoco eran amigos le había dolido, pero entendía que las razones que la habían llevado a hablar de esa manera debían de ser de peso. Apagó la luz para dejar de darle vueltas. El día siguiente sería muy distinto porque iban a estar solos y allí solo tenían previsto visitar la ciudad y poco más. Cerró los ojos y se aferró a ese pensamiento. Necesitaba acallar de una vez la vocecita que no paraba de taladrarle la cabeza con la cantinela: «no ha vuelto a confiar en ti».

Tras desayunar, el chófer los dejó en el centro y se marchó a una zona de aparcamientos cercana. Mientras callejeaban, Cass no dejaba de sonreír y de hacerle fotos a Alex desde todos los ángulos. La notaba mucho más cercana que el día anterior. En un par de ocasiones, lo cogió de la mano. Visitaron la Catedral de Saint Andrews y curiosearon por el mercado victoriano. Tras ver solo los exteriores del Castillo de Inverness, ya que el edificio se utilizaba como juzgado en la actualidad para el gobierno local y solo se permitía caminar por los jardines, pasearon cerca de una hora antes de detenerse a admirar el Ness Bridge. Cass le explicó que por las noches lo iluminaban y que, de niña, le encantaba quedarse todo el tiempo que la dejaban mirándolo. Tras un día bastante distinto a lo que tenía en mente, Elliot los llevó de vuelta al hotel y quedó en que los recogería a las diez de la mañana.

Después de cambiarse de ropa, bajaron a cenar. La actitud de Cass cambiaba en cuanto estaban en público. Era todo cortesía, pero no se acercaba ni un milímetro más de lo debido a Alex. El escritor estaba un poco cansado de ese comportamiento. Eran adultos. Lo mínimo que

podía esperar de la persona que estaba con él es que le permitiera tener alguna muestra de cariño, pero ella seguía comportándose como si tuviera un *paparazzi* con la cámara preparada para sacarles una fotografía.

Sin poder esperar ni un instante más, estiró el brazo encima de la mesa para que ella le diera la mano. En cuanto lo vio, se puso tensa.

—Aquí no, por favor.

—Cass, esto es ridículo. Llevamos dos días juntos y solo nos hemos besado una vez.

—¿Has venido solo a eso? —preguntó cortante.

—A ver, he venido porque se suponía que esto era la novena cita. Me pediste retomar la apuesta para que me enamorara de nuevo de ti.

—Pensaba que al decirme «te quiero» quedaba implícito.

—Qué curioso, no nos lo hemos dicho desde que llegué a Escocia.

Ella fue a decir algo, pero se calló. No se había dado cuenta hasta que él se lo había recordado.

—Lo de ayer… —susurró. Después, bajo la mirada mientras cerraba los puños despacio.

—No hay nada que ocurriera que no me puedas contar, Cass.

—Creo que te había dejado claro que no quiero hablar de eso.

El escritor comenzó a desesperarse porque la chica que estaba cenando a su lado no se parecía en nada a la mujer que había conocido en Nueva York. Había perdido la fuerza y el espíritu. Aquello lo preocupó porque solo faltaban dos días para volver, y se temía que en Los Ángeles también encontrara excusas para continuar del mismo modo.

—No confías en mí.

—No es eso, Alex.

—Entonces, ¿qué?

Ella se sintió acorralada: él tenía razón. Guardaba un secreto, y saber que, en cualquier momento, Freya podría compartirlo la había desquiciado.

—Me ridiculizaron en público. Mi familia no llegó a enterarse, pero fui el hazmerreír del grupo durante mucho tiempo. Estuve años sin volver.

La expresión de Alex le pedía que se lo contara, pero Cass no cedió, sino que se quedó en silencio, dándole a entender que eso era lo máximo que iba a decirle.

Él frunció ligeramente los labios hasta que los convirtió en media sonrisa de aceptación impostada.

—¿Y eso es todo? —acabó preguntando.

—¿Para qué saber más? Alex, yo no necesito que me cuentes tu vida desde el principio para estar contigo. ¿Por qué me pides lo mismo?

—Solo te pido que permitas que me comporte con libertad, pero lo único que me has dado ha sido lo justo como para no salir corriendo. Eres otra persona, y estoy empezando a asustarme.

—Pronto nos iremos de Escocia.

—¿Me estás diciendo que, si algún día volvemos, todo será igual que ahora si la ves?

—Eso no te lo puedo responder.

Él suspiró más fuerte de lo que pretendía, pero es que lo estaba sacando de sus casillas. Pagó la cuenta y regresaron a su planta. Al llegar a la habitación de Cass, no entró, sino que se quedó en la puerta y le deseó buenas noches.

—¿No vas a pasar?

—¿Es que quieres que lo haga? Igual nos hacen fotos o nos cogen el ADN para

publicarlo en Instagram.

—¿El ADN? —preguntó ella aguantando una sonrisa.

—El puñetero ADN —bromeó sintiendo rabia y frustración.

Ella miró hacia los lados y tiró de él para hacerlo pasar. Tras cerrar la puerta, se lanzó a su boca sin darle tiempo a decir nada más.

Alex le respondió al instante. Mientras ella se deshacía de su jersey, él casi le arrancó el vestido de lana sacándoselo por la cabeza.

—Argg —se quejó divertida, dejando escapar una carcajada—. Ya veo que estás molesto…

El escritor repitió el mismo movimiento con su camisa. Se despeinó en el proceso y ese acto hizo que ella volviera a reír.

—Muy molesto —dijo antes de lanzarse de nuevo a su boca.

—Demuéstramelo.

—¡Maldita sea! —soltó él de repente.

—¿Qué?

—Aquí no tengo…

—Mira que eres bobo.

Cass se hundió en sus labios con el deseo acumulado de haberse reprimido sin tener por qué. Esa lucha interna la estaba matando desde que vio a su abuelo con los hijos del barón. Más en concreto, cuando el mayor de los dos hermanos la saludó al cruzarse en el pasillo. Le pareció increíble no haberlo reconocido nada más verlo, pero habían pasado diez años desde aquello, y ahora era mucho más alto y corpulento. Además, su barba espesa le cubría media cara, pero algo en él le resultó familiar, hasta que su abuela le aclaró quién era.

Dejó ese pensamiento a un lado porque quería disfrutar del reencuentro que llevaba esperando desde que todo se torció entre ellos por culpa de Bill. Habían transcurrido casi dos meses desde la última vez que habían estado juntos. Así que, mientras Alex recorría cada centímetro de su piel con sus labios, decidió que nadie volvería a interponerse entre ellos nunca más. Ni siquiera un par de traidores como Freya y Jock.

—Ahh… —suspiró ella justo cuando ambos llegaron al orgasmo—. Te quiero, Alex.

—Y yo a ti, Cass. —La besó por última vez antes de abandonar su cuerpo. Tras mirarla un instante, no pudo retener una pregunta—. ¿Qué hacemos mañana? ¿Vuelvo al hotel?

—¿Estás loco? ¡Tú te vienes a casa de mis abuelos y a mi habitación!

Alex soltó una carcajada y volvió a devorar sus labios. Parecía que la tormenta, por fin, había pasado. Cass, que de nuevo se deshacía entre sus brazos, se sentía victoriosa en la lucha contra sus demonios, solo que ellos no habían dicho su última palabra.

A la mañana siguiente, mientras hacían la maleta, Cassandra llamó a su abuela para preguntarle si había algún problema en que Alex se quedara con ella en su habitación. Ishbel le comentó que, a ojos del servicio, prefería que estuvieran en habitaciones separadas. Ella lo entendió y le avisó de que llegarían pronto.

Elliot los recogió a la hora acordada y se dirigieron al castillo. En cuanto llegaron, Ishbel los recibió con un abrazo y un beso. Les informó de que Caillen se encontraba en Edimburgo con el menor de los Muness y que volvería para la hora de comer.

Una vez instalados, Cass fue a ver a Alex.

—Toc, toc.

—No sé cómo será tu habitación, pero la mía es increíble —dijo él con una sonrisa.

—Siento que no podamos estar en la misma.

—Lo entiendo, no te preocupes.

—Para ella, aún sigo siendo una niña. Pero, bueno, las doce es la hora de las brujas y puede que, de la nada, cree un puente entre nuestros dos mundos.

Cassandra se acercó a un panel al lado de la chimenea. Tras empujarlo, se oyó un clic y apareció un pequeño pasillo. Se llevó el dedo a los labios y lo cogió de la mano mientras se adentraba en aquel corredor. Al llegar al final, empujó una puerta y salieron por el lateral de la chimenea de la habitación de ella.

—¡Un pasadizo secreto! —susurró emocionado.

—Sam y yo lo descubrimos un verano. Nos pasamos noches enteras cambiando de cama y corriendo de aquí para allá.

—¿Tus abuelos saben que existe?

—No lo sé. Mi hermana y yo hicimos la promesa de no contarlo.

—Pues me iré a dormir esperando que la hechicera de la que estoy enamorado me visite para recordarme que no estoy soñando —dijo antes de besarla.

—Mmm… Te veo escribiendo una novela de brujas y encantamientos.

—¿Para qué? Ya vivo en el mío propio.

Alex le tocó la punta de la nariz con el dedo y regresó a su habitación. Cada uno debía salir de la suya para no levantar sospechas.

El almuerzo que la cocinera había preparado era digno de un banquete. Sirvieron *haggis* con puré de nabos y patatas, sopa de pescado ahumado y, de postre, *cranachan* de frambuesas.

—Abuela, jamás había probado un *haggis* tan bueno —reconoció Cass, a la que no le gustaba ese plato.

—Me alegro mucho, cariño. ¿Y a ti te ha gustado, Alex?

—Estaba delicioso, pero la sopa me ha gustado todavía más —dijo con una cara que la editora estuvo a punto de soltar una carcajada.

—¿Damos una vuelta por el jardín? —sugirió Cass para que el aire frío se llevara esa expresión de querer echar cuanto había probado.

—Me encantaría —respondió él sin pensarlo dos veces.

—Disfrutad, pero abrigaos bien. En nada, anochecerá.

—Sí, abuela.

En cuanto salieron, el escritor se desabrochó un botón de la camisa. Cass unió los labios para no reír.

—¿Te encuentras bien?

—Dios, ¿de qué demonios está hecho eso?

—¿El *haggis*?

—Sí.

—Pulmón, estómago, hígado y corazón de un cordero mezclado con cebollas picadas, harina de avena, hierbas y especias. Se mete todo en la bolsa hecha con la piel de su estómago y se cuece.

Conocer los ingredientes del plato no fue buena idea. Alex comenzó a ponerse blanco y a sudar por la frente.

—Ey, ¿te sientes bien? —preguntó preocupada.

—Creo que voy a…

—¿Voy contigo?

—No, espérame aquí, por favor.

—Vale…

Cass se mordió el labio inferior mientras veía como él desaparecía escaleras arriba. A ella no le gustaba aquel plato, pero tenía que reconocer que ese le había encantado.

Mientras paseaba por el jardín, se fijó en el dibujo que formaban los setos. Estaban un poco secos debido al frío y la nieve, pero en verano serían dignos de ver. Se sentó en uno de los bancos y revisó los mensajes del móvil. Sonrió al ver que Alex le había enviado uno diciéndole que bajaría en un par de minutos. Decidió caminar un poco mientras volvía. Detrás de un seto enorme, se topó de frente con Jock. No se lo esperaba y, por el susto, dejó escapar un «Ahh» que lo hizo sonreír de una manera especial. Algo que molestó mucho a Cassandra.

—Vaya, vaya, señorita Wallace. ¿La he… sorprendido?

—Jock Muness.

—Por fin me has reconocido.

—No, fue mi abuela quien me lo dijo.

Alex salió al jardín y no la vio, pero oyó voces amortiguadas, así que se dirigió hacia donde venían. Al oír lo que un hombre le estaba diciendo a Cass detrás del seto, se quedó paralizado.

—Te veo muy bien. Muy altiva y… vestida.

—Cuidado, Jock.

—Venga, Cassandra. Solo es una broma.

—No, ya es suficiente. Han pasado diez años, y ni Freya ni tú volveréis a reíros de mí.

—¿Por qué no?

—Será mejor que no tientes la suerte si no quieres perder el empleo. Por lo que me han dicho, te hace falta.

—Eso es un golpe bajo, aunque viniendo de una zorra como tú, no me sorprende.

El escritor, que los observaba entre las ramas, vio cómo ella le daba una bofetada.

—Vuelve a llamarme zorra y no solo te quedarás sin trabajo, sino que te hundiré hasta que desees no haberme hecho entrar en aquella piscina.

—No me amenaces, «pelirroja», los dos sabemos…

Alex apareció porque estaba a punto de pegarle un puñetazo a aquel malnacido que parecía haberla extorsionado en algún momento. No sabía quién era, pero, en cuanto estuvieran solos, se lo preguntaría.

—Cass, ¿todo bien? —dijo mirándolo con cierta satisfacción. Jock era al menos diez centímetros más bajo que él.

—Sí, Alex. Solo le estaba pidiendo al jardinero que cortara más leña para el salón —mintió.

—¿Volvemos? No me apetece estar aquí —agregó él, mirando a Muness con cara de desprecio.

—Claro.

El escritor le ofreció la mano y ella la cogió con fuerza. Después, le pasó el brazo por la cintura y la atrajo hacia él. Unos pasos más adelante, se dio la vuelta y le dedicó otra mirada de advertencia a Jock, quien se mantuvo impasible hasta que ladeó un poco la cabeza para darle a entender que se había dado por enterado.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Cassandra. Había sentido un alivio tremendo al verlo aparecer.

—Sí, tranquila.

—¿Has vomitado?

—Hasta la copa que me tomé contigo en El Cielo, pero tengo suerte y me recupero

relativamente pronto.

—Me alegro —dijo sin prestar atención a sus propias palabras.

Regresaron al salón, donde sus abuelos estaban jugando una partida de ajedrez.

El resto de la tarde lo pasaron contándole al escritor anécdotas sobre Cass y enseñándole los viejos álbumes de fotos.

Alex conoció un poco más de la chica de la que estaba perdidamente enamorado, solo que aún necesitaba saber qué había ocurrido allí fuera, y esperaba que ella, esta vez, sí confiara en él.

CAPÍTULO 40. LO ESTÁS HACIENDO OTRA VEZ

Tras despedirse para ir a dormir, Alex y Cass subieron a sus habitaciones. Ambos decidieron ponerse más cómodos, ya que querían pasar la noche juntos. La editora le aseguró que estaría lista en quince minutos, pero antes necesitaba una ducha para despejarse. La realidad era otra: no había sido capaz de entrar en calor en toda la tarde.

Mientras cerraba los ojos con fuerza bajo el agua, reprodujo la conversación con Jock. Inevitablemente, volvió diez años atrás, a aquel día de verano en el que Freya invitó a un «grupito selecto» de amigos para pasar una tarde en la piscina. La sorpresa general al enterarse de que sus padres no estarían en todo el día, que la casa era para ellos y el servicio, provocó que la reunión se convirtiera de forma automática en una «fiestecita privada». Todo iba muy bien hasta que empezaron con el juego de la botella. Beso tras beso, chupito tras chupito, el ambiente se fue caldeando hasta que a la anfitriona se le soltó la lengua y comenzó a reírse sin pudor de Cass por la cantidad de veces que se había reaplicado el protector solar. Una cosa llevó a la otra y terminó insistiéndole en que se quitara la parte superior del bikini para comprobar si tenía pecas en todo el cuerpo.

Lo que comenzó como un comentario pesado acabó traduciéndose en que Jock la sujetó de los brazos mientras Freya le quitaba el bikini por completo. Cass gritó, pataleó y los insultó, pero el hijo del barón era mucho más alto y fuerte. Después de reírse un tiempo, que a ella se le hizo eterno, la tiraron a la piscina y la dejaron allí desnuda hasta que Elliot, extrañado de que no saliera a la hora que habían quedado en que la recogería, entró en la casa a buscarla. El servicio, que no se había acercado ni una sola vez al jardín por orden de Freya, no tenía idea de lo que estaba ocurriendo. Nada más llegar el chófer, todos pararon de bromear. Cass, desesperada, le gritó que la ayudase. El hombre, al verla, exigió que le devolvieran la ropa de inmediato. Freya le tiró el bikini a la piscina y ella se lo colocó como pudo. Al salir, tenía el cuerpo enrojecido por el sol y temblaba sin parar. Ni siquiera podía recordar cuánto estuvo allí mientras todos se reían y burlaban a su costa. Elliot la rodeó con una toalla, quien miró a aquellos adolescentes con desprecio y una expresión que no les dejó duda de que aquello no quedaría sin castigo.

Durante todo el camino, la consoló como pudo, sin embargo, le insistió en que debía decírselo a sus abuelos. Ella, sollozando, le rogó que no se lo contara a nadie y que le guardara el secreto. Él, que apenas llevaba seis meses en el puesto, hizo un pacto con Cass porque no podía perder el trabajo. Entre los dos se creó un vínculo especial que aún perduraba. La editora no regresó a Escocia hasta dos años después y jamás volvió a hablar con ninguno del grupo.

Alex comenzó a preocuparse porque había pasado casi media hora y le extrañaba que tardara tanto. La impaciencia ganó el pulso y se aventuró a cruzar el pasadizo. Antes que nada, necesitaba aclarar lo que había oído esa tarde. Sobre todo, porque sentía unas ganas irrefrenables de romperle los dientes al jardinero por la manera en la que se había dirigido a ella. Tenía la sospecha de que, en otro tiempo, tal vez había tenido algo con Cass, pero prefirió no seguir especulando.

En cuanto escuchó el clic, tiró del panel. Avanzó por el pasillo y empujó con cuidado la otra sección.

—¿Cass?

Se extrañó al ver que la puerta del baño estaba cerrada. Se acercó y golpeó dos veces.

—Cass, ¿estás bien?

—Ahora salgo —dijo con voz temblorosa.

Alex se sentó en la cama a esperarla. Pensó que quizás le había sentado mal algo de la cena.

Cuando la vio salir, sonrió hasta que entendió que la expresión de ella no auguraba nada bueno.

—Ey, ¿qué pasa?

—Nada. Es que no soy capaz de entrar en calor.

—Anda, ven —dijo, abriendo los brazos.

Ella se acercó. Lo cogió por la cintura mientras apoyaba la cabeza en su pecho, él la rodeó con su cuerpo. Le dio un beso en el cabello y esperó a que decidiera hablar.

—Hueles muy bien —susurró la editora al fin.

—También me he duchado.

—Siento haber tardado tanto.

—¿Qué ocurre, Cass?

—Lo siento, no me encuentro bien. Creo que me he resfriado esta tarde en el jardín.

—¿Solo es eso?

—Sí. Me tomaré un analgésico y creo que mejor me voy a dormir.

El escritor inspiró hondo y apretó la mandíbula. Sabía que le ocurría algo y también que no iba a contárselo. Otra vez. Pero Alex no estaba dispuesto a que la situación se repitiera y decidió que aclararlo era la mejor solución. Al menos para él, ya que lo necesitaba más que nada.

—¿De qué estabas hablando con el jardinero? —soltó, esperando la verdad por su parte.

Ella se tensó y se separó al instante.

—No sé a qué te refieres —mintió. Acto seguido, buscó su bata en el armario y se la puso.

—Lo sabes perfectamente. He oído parte de la conversación.

—¿Que tú…?

—¿Otra extorsión del pasado? ¿Qué pasó en esa piscina?

—No me puedo creer que hayas escuchado una conversación privada. ¿Es que estabas detrás de los setos?

—Así es. Primero, no quería interrumpir y, segundo, el cariz que tomó vuestra conversación no me gustó nada. En cuanto vi que lo abofeteabas, salí porque no sabía cuál iba a ser su respuesta.

—Fue algo estúpido que… Le he dicho que no quiero hablar de ello.

—¿Y conmigo?

—Tampoco.

—Ya. ¿Era él quien te llamaba «pelirroja», no es así? —pronunció con el mismo tono que Jork. Algo que a ella le hizo echar un paso atrás—. Por eso, cuando me burlé de ti en el despacho de Lucille, te enfadaste tanto.

—Alex, ya te he dicho que no quiero hablar de esto. Es más, no creo que quiera decírtelo nunca porque no puedo cambiarlo y enfermo cada vez que lo recuerdo.

—Cass, pero ahí reside la confianza. Yo quiero saber todo lo que te ha sucedido para entender la persona que eres.

—Yo no. Sé que ocurren cosas terribles todos los días, pero no puedo estar hablando de cada una porque entonces no viviría.

—¡Si no lo haces, Cass! Te las guardas y eso… ¡Mírate! Estás temblando, tu cara está pálida y apenas has probado bocado en la cena.

—«Eso» no me viene mal.

—Ah, no. Por ahí no paso. Deja de menospreciar tu cuerpo como excusa. ¡Y jamás vuelvas a hacerlo porque eres preciosa!

—Vale, pero no levantes la voz. No entiendo por qué estás tan enfadado conmigo.

—Porque quiero que confíes en mí tanto como para que puedas contarme lo que sea.

—Yo confío en ti, solo que no quiero remover el pasado.

—Lo estás haciendo otra vez, Cass.

—¿El qué?

—No confiar en mí.

—Alex, por Dios, ¿es que acaso pretendes que te haga una lista de todos mis traumas desde que nací? —ironizó ella.

—No, solo que te apoyes en mí para sobrellevar el que te quita la respiración. Como, por ejemplo, el que compartiste con el jardinero.

Ella abrió la boca, aunque no dijo nada. Le resultaba demasiado vergonzoso como para que lo supiera. Le había contado lo de Bill, solo se guardó la segunda extorsión en el plató porque, si no, él hubiera publicado los vídeos. Pero esto era muy distinto. O al menos, para ella, lo era.

Por suerte, nadie llegó a hacer ninguna foto. Todos tenían los móviles dentro de la casa por exigencia de la anfitriona. Cass supuso mucho después que, si alguien tenía pruebas, eso la salpicaría directamente, y Freya siempre debía demostrar que era una hija modélica.

—Cass… —dijo Alex al ver que se había perdido en sus pensamientos.

—Te quiero y lo único que necesito es dejar todo eso atrás.

—Es decir, no me lo vas a contar.

—Prefiero que no.

—No confías en mí.

—Otra vez de vuelta a lo mismo. ¡Sí lo hago!

—No, Cass. Me das las migajas necesarias para que no me queje. Yo… Esto no es lo que quiero.

—¿Qué estás diciendo?

—Que, o confías en mí o esto no va a funcionar. Olvidas tus promesas con demasiada facilidad, y yo no puedo vivir al margen de lo que te ocurra. ¿Lo entiendes?

—¡Pero es que esto no te incumbe! Es mi pasado. Si hay algo del tuyo que no quieras contarme, yo no voy a exigirte que lo hagas. Lo que pretendes es que no tenga libertad, y eso sí que no voy a aceptarlo ni ahora ni nunca, Alex.

—¡No es eso para nada! ¿Si a mí me tuviera algo preocupado o me quitara la respiración…? ¿Es que acaso no querrías saberlo para poder ayudarme?

—No, si no quieres decírmelo. Vamos, ¿es que no hay nada que me hayas ocultado a propósito de tu vida?

—No —mintió por omisión. Más que nada porque, en ese momento, no lo recordó.

—Pues, esta soy yo, Alex. Ese es mi pasado y no quiero compartirlo. No se lo he contado nunca a nadie. Vale, soy imperfecta y…

—¿Tu pasado? —la interrumpió—. De acuerdo, ese es tu pasado. ¿Volverás a ocultarme algo en el futuro? Si tienes problemas en el trabajo, con algún escritor, con tu familia…

—Su… supongo que no. ¡No lo sé! ¿Es que tú me vas a contar todo lo que suceda con Alice, Lucille, Isaiah, Mav…? No puedo estar pensando todo el tiempo que, si me olvido de decirte algo, te enfadarás conmigo porque crees que sigo sin confiar en ti. ¡Eso no es vida! Y te

aseguro que no quiero volver a ese punto porque ya he tenido más que suficiente con mi madre y con Bill.

—¡Yo no soy Bill!

—¡Pues no quieras serlo tampoco! Deja de exigirme las cosas como si fuera… —Se calló a tiempo.

—¿Qué, Cass?

—Nada.

—No, nada no. ¿Qué ibas a decir? —preguntó con un tono que le heló la sangre a ella.

—Yo no soy Jess. Yo no te he sido infiel, Alex. Estás volcando en mí tu frustración con ella. Crees que conociendo cada instante de mi vida no podré engañarte, pero las cosas no funcionan así. Has de confiar en mí y respetarme si necesito que algo del pasado se quede allí.

—Me mentiste con lo de la extorsión de Bill.

—¡Y te lo dije en cuanto me lo permitiste! Te lo conté incluso cuando me exigió que no lo hiciera.

—Pero no la segunda vez.

—¡Porque tenía un vídeo de los dos! No me puedo creer que estemos discutiendo por esto.

—Ni yo. Vuelvo a mi habitación, pero antes quiero decirte algo. Sabes cuanto me ha hecho daño en mi vida. Jamás sería capaz de ocultarte nada que me doliera porque necesito tu consuelo.

—Eso es muy injusto, Alex.

—Es lo que es. Buenas noches, Cass.

Ella vio cómo se marchaba y cerraba el panel después de salir. Fue incapaz de ir tras él porque no sabía qué decirle. No iba a cambiar de opinión sobre ese tema y tampoco sabía si llegaría a hacerlo algún día. Bajo el mullido edredón, se giró hacia la chimenea. El baile de las llamas la acompañaron hasta que el cansancio pudo con ella. Alex, sin embargo, no consiguió conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada. En realidad, se pasó horas esperando a que aquel panel se deslizara, pero perdió la esperanza y se quedó dormido sabiendo que aquella excusa era una brecha insalvable que no sabía si podría soportar.

El día siguiente fue una locura. Los abuelos de Cass los acompañaron a todas partes para disfrutar de su nieta las últimas horas que le quedaban y no tuvieron ni un momento a solas.

Esa noche tampoco la compartieron porque él seguía muy dolido. De hecho, apenas habían hablado porque ella se pasó todo el tiempo preguntándole a su abuelo cómo había sido crear la productora en sus tiempos y de qué películas estaba más orgulloso. El anciano se explayó durante varias horas hablando de las actrices y sus exigencias, los costes de los emplazamientos, el problema de alguna que otra huelga en el gremio… La conversación fue de lo más interesante, pero cada palabra de Caillen lo separaba un poco de Cass, y sintió que quizás ella tuviera razón. No soportaba que no se lo contara porque, para él, se acercaba peligrosamente a un tipo de engaño. Por supuesto, esa solo era su percepción. Por desgracia, no sabía salir de ahí, aunque, tampoco quería; con lo que la situación se volvió mucho más complicada conforme avanzó el día.

A las seis y media de la madrugada, se despidieron de los Wallace, quienes lo invitaron a volver cuando quisiera.

De camino al aeropuerto, Alex no dejaba de pensar en que tendría ocho largas horas para poder hablar con ella. Cass había mantenido una actitud correcta pero distante, de modo que estaba deseando aclarar aquello cuanto antes porque no soportaba continuar así.

En cuanto estuvieron sentados en sus asientos, ella se tomó un par de pastillas para dormir.

—¿Qué es eso? —preguntó Alex.

—Un relajante. No soporto las turbulencias y siempre tomo estas pastillas. Te lo dije al venir.

—Pensaba que íbamos a hablar sobre nosotros. Aún necesito aclarar lo del jueves por la noche.

—No hay nada que aclarar. No voy a cambiar de opinión, Alex. O lo aceptas o…

El capitán avisó por los altavoces de que iban a despegar y les deseaba un buen vuelo. Las azafatas se afanaron en comprobar que todos los pasajeros tenían el cinturón abrochado y las bandejas estaban en posición vertical. Mientras avanzaban por la pista para ponerse en cola, él la miró, esperando una respuesta que no llegó.

Tras el despegue, colocó su asiento en horizontal y se tapó con la manta que proporcionaban con su asiento en primera clase.

—Necesito dormir —dijo con media sonrisa. Él no se inmutó—. ¿Sigues enfadado?

—No sé a qué estás jugando, Cass.

Las pastillas comenzaron a hacer efecto y ella no pudo mantener los ojos abiertos.

—No juego a nada. —Bostezó—. Hablamos… luego.

Se quedó dormida y aquello terminó por enervar al escritor. Algo acababa de quedarle claro: esa relación era perfecta en su mente, pero, en la realidad, se traducía en que Cass iba a hacer siempre lo que le diera la gana. Y ya estaba cansado de estar en desventaja.

Las horas pasaron largas y tediosas. Alex fue incapaz de pegar ojo porque no paraba de darle vueltas al tema. A fuego lento, minuto tras minuto, aquello lo reconcomió por dentro. Lo que empeoró la situación porque le insufló vida a su ira, avivada en exceso por las continuas evasivas de la editora.

Tras almorzar solo, llegó a la conclusión de que así iban a ser sus vidas. Él se pasaría el tiempo preguntando qué ocurría y ella trataría de zafarse con alguna excusa. Disponer de tantas horas para pensar fue lo peor que le pudo ocurrir a Alex, que encendió su portátil y se puso a escribir para tratar de no perderse en su enojo. El resultado fue peor que si solo hubiera estado pensando, puesto que les dio voz a varios personajes. Ellos hablaban por sí mismos, lo que le aclaró la situación sin que Cass tuviera que decir una sola palabra.

Poco antes de aterrizar, la azafata le indicó a él que la despertara.

—Cass, tienes que sentarte.

—Mmm… ¿Ya vamos a aterrizar? —preguntó ella adormilada.

—Sí.

—¿Qué tal? ¿Has podido descansar algo?

—Me lo he pasado trabajando.

—Vaya. ¿Qué te apetece hacer esta tarde? —dijo la editora con una sonrisa en los labios.

—Dormir.

—Oh, pensaba que daríamos una vuelta por la ciudad —respondió decepcionada.

—Y yo pensaba que…

—¿Qué pasa, Alex?

—No puedo, Cass.

—¿Qué es lo que no puedes?

—Seguir con esto. Con lo nuestro.

—¿Qué dices?

—Tú no quieres confiar en mí y yo no estoy dispuesto a quedarme al margen.

—Dios, Alex, ¡que no es eso!

—Para ti. «Todo» es por y para ti.

—Eso es muy injusto después de lo que sabes que ha ocurrido. Y no «todo» —recalcó ella, imitándole— puede ser a tu manera.

—¿A mi manera? ¿Y qué manera es esa?

El capitán volvió a hablar para comunicarles que faltaban solo diez minutos para aterrizar.

—Creo que esto no es algo que podamos hablar aquí —zanjó ella.

—Tienes razón.

El resto del tiempo se quedaron en silencio. Apenas cruzaron unas palabras mientras esperaban las maletas. En el taxi, ella dio su dirección y, mientras se dirigían a su apartamento, él le dejó clara su postura.

—Piensa en lo que te he dicho, Cass. Si cambias de opinión, llámame.

—¿Estás cortando conmigo? —dijo sin poder creerlo.

—Necesito tiempo, y creo que tú también.

—Alex, me estás exigiendo justo lo contrario de lo que prometiste. Dijiste que respetarías mi decisión.

—Para respetar tu decisión he de saber lo que ocurre, y es lo que no haces: contar conmigo. Me ocultas lo que consideras solo tuyo.

—¡Que eso sucedió hace diez años! Estás comportándote como un crío.

Aquella respuesta no le gustó ni un pelo al escritor. Cass se arrepintió nada más decirlo.

—Lo siento, Alex. No pretendía…

—Sí lo hacías, pero esta es mi decisión. Si vas a ocultarme lo que te venga en gana, hemos terminado.

—No puedes estar hablando en serio.

El taxista detuvo el coche. Tenía una expresión muy seria.

—Yo pagaré la carrera cuando lleguemos a mi casa. Vamos a sacar sus maletas —dijo cerrado en banda.

Ambos se separaron y ella lo miró sin entender qué había cambiado para llevar su postura al extremo.

—¿Esto es todo? —preguntó casi sin voz.

—Esto es lo que tú decides, Cass. Siempre es lo que tú decides.

—¿Tanto necesitas saber cómo me humillaron? —dijo con rabia.

—¿Y tú no confías en mí ni cuentas conmigo?

Los dos se miraron porque ninguno estaba dispuesto a ceder. Cassandra porque estaba harta de contar su vida y Alex por ser el último en enterarse de todo.

—Descansa, Cass. Gracias por el viaje y espero que te vaya muy bien.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, dando un paso hacia él.

—Quiero formar parte de toda tu vida, y esa es mi última palabra.

Ella permaneció en silencio sin saber qué responder. Estaba bloqueada desde hacía años con ese tema y no quería compartir aquel mal recuerdo con nadie. Ni siquiera con él.

Alex se dio la vuelta y subió al taxi, convencido de que aquel sí era un adiós definitivo. Ahora solo quería volver a casa y comenzar de nuevo. Necesitaba acabar la sexta novela, pero, por mucho que lo estaba intentando, no veía el final.

Tras separarse, ambos se quedaron con el corazón roto.

Desgarrado.

Yermo.

Su cabezonería les volvía a impedir que tuvieran un futuro juntos, aunque la verdad, pese a todo, era esta: ¿quién de los dos tenía la razón?

CAPÍTULO 41. UNA NOTICIA MARAVILLOSA

Una semana más tarde, la situación entre Cass y Alex no había cambiado.
Ella se sentía manipulada por su insistencia y no estaba preparada para afrontar ese tipo de exigencia por su parte después de haber acabado con lo de Bill. El primer lunes, tras reincorporarse de las vacaciones, se dio cuenta de que necesitaba tiempo. Así que le envió un wasap para pedirle unos días. Aquello fue otro jarro de agua fría para él, que aceptó con un simple: «De acuerdo, Cass».

Aquel sábado, recibieron la noticia de que Lucille había dado a luz a un precioso niño de tres kilos ochocientos cincuenta gramos. La madre y el bebé se encontraban perfectamente. La fotografía del pequeño Theo los enterneció a los dos.

Cada uno se puso en contacto con ella por separado. La afroamericana se llevó las manos a la cabeza al saber que, de nuevo, se habían peleado. Cass quedó con ella en que iría a verla al hospital con Blair el domingo por la mañana y Alex por la tarde. De ese modo, no coincidirían.

En cuanto la joven editora llamó a la puerta, una señora mayor la abrió. Tenía una preciosa sonrisa y se sorprendió al ver que era una versión de Lucille a veintitantos años vista. Estaba claro que era su madre porque, al invitarlas a entrar, su tono la delató.

—Hola, Nia —dijo Blair, que ya conocía a la madre de Lucy.

—Hola, hija. Pasad, pasad.

—Hola, soy Cassandra. Una compañera de Lucy —dijo, ofreciéndole la mano.

—Encantada. Bueno, cariño —dijo mirando a su hija—, somos demasiados. Nosotros nos vamos a tomar un café, así podréis hablar más tranquilas.

Después de hacer las presentaciones, Theodore se llevó a sus suegros a tomar algo a la cafetería.

—Hola, preciosa —dijo Blair, dándole un beso a Lucille—. ¿Dónde está mi sobrino? —Se autoproclamó tía.

—Hola, Lucy. —Cass se acercó y le dio otro beso.

—Mirad, chicas. ¿A que es guapísimo?

Las dos se conmovieron al ver al bebé, que dormía plácidamente. Tenía los labios regordetes y una nariz redondita.

—Guapísimo es poco —comenzó Cassandra—. Va a ser un rompecorazones.

—Es enorme, Lucy —dijo Blair.

—No me lo recuerdes…

Durante los siguientes minutos, la recién estrenada mamá les contó las maravillas del parto programado. Aunque las grapas le molestaban, no estaba tan mal como había pensado en un principio.

—Bueno, ahora quiero saber todo lo que ha pasado contigo y con Alex —dijo mirando a Cass—. ¿Por qué no has venido con él? Perdona, Blair. ¿Y Stephen?

—Terminando una campaña. Siente no haber podido venir, pero te manda muchos besos.

—Dile que no trabaje tanto, ¡que no es sano! —Las tres rieron—. ¿Y bien, Cass?

Ella no se cortó un pelo y le contó lo que había sucedido en Escocia. Blair ya lo sabía porque había sido su paño de lágrimas durante la semana.

—¿Pero qué tiene este hombre con la confianza? Ni yo misma le he contado toda mi vida a Theo, y supongo que él tampoco a mí. Lo importante es lo que viváis juntos. El pasado no hay

que removerlo.

—Yo pienso igual —se defendió la joven editora.

—Mira, solo te puedo decir que Alex tiene una herida abierta con ese tema. En ti está si quieres decirle lo que pasó. Por mi parte, he de darte la razón. Él no tiene ningún derecho a exigirte que le cuentes todo cuanto te ha ocurrido. No me parece bien y tampoco creo que sea sano. Además, tú te defendiste sola. No lo necesitas para arreglar tus asuntos, y creo que puede que eso también lo haya molestado. El caballero de blanca armadura no ha tenido que hacer acto de presencia, y una de las cosas que puede haberle fastidiado es que no te apoyaras en él.

—Pero no es eso, Lucy. Alex me pide que sea un libro abierto, como si necesitara arreglar cada cosa que me ha sucedido.

—Y tú quieres dejarlo estar y pensar solo en el presente.

—No podías haberlo expresado mejor.

—Bueno, nuestro querido escritor es terco como una mula. Tranquila, hablaré con él. A ver si puedo hacerle entrar en razón.

Blair recibió un mensaje. Era su marido, que le pedía que lo esperara porque había logrado escaparse antes.

—Es Stephen. Viene de camino.

—Pues entonces me despido —dijo Cassandra—. Enhorabuena, Lucy. Tienes un niño precioso.

—Gracias por haber venido.

—Mi regalo llegará a tu casa en cuanto estés instalada.

—¿Qué? ¿Pero qué me has comprado?

—Eso queda entre Theodore y yo —dijo riendo.

—El nuestro lo trae Stephen —puntualizó Blair.

—Sois un caso. Muchas gracias a las dos.

—Te lo mereces —respondieron a la vez.

—Cass, no pierdas aún la esperanza. Deja que hable con él y te llamo en unos días. Te aseguro que Alex merece la pena, solo… necesita espabilar de una vez.

Las tres se echaron a reír.

Después de despedirse la editora, Lucy y Blair se quedaron solas. La de recursos humanos le contó algo de lo que se había enterado por si le servía como baza a Lucille. Ella también quería que Cass tuviera su final feliz con el escritor, pero antes tenían que aclarar muchas cosas.



Sobre las cinco, Alex llegó al hospital con un enorme ramo de flores, globos y una cesta con un montón de cosas que le había ayudado a comprar Alice la tarde anterior. Ella la visitaría cuando volviera a casa para evitar los posibles virus en el hospital.

El escritor dio un par de golpes en la puerta. Nada más verlo, Theodore le dio un fuerte abrazo.

—Hola, Alex —dijo el orgulloso papá.

—¡Enhorabuena! —respondió mientras le entregaba los regalos.

—¿Te has vuelto loco? ¿Pero qué traes aquí?

—Todo lo que me dijo Alice que os haría falta.

—Eres un exagerado, y habla bajito. Theo está dormido.

Alex se acercó a Lucille con una enorme sonrisa. Le dio un beso en la mejilla y después se agachó para ver al pequeño. Ella lo destapó despacito con la emoción instalada en su rostro.

—Es precioso, Lucy. ¿Le has puesto Theo?

—La culpa es suya —dijo, mirando a su marido—. No importa, está sano ¡y tiene diez deditos!

Los tres rieron.

—¡Esa es una noticia maravillosa! —Más risas—. Bueno, ¿y tú cómo te encuentras?

—Más o menos. La cesárea no ha sido un paseo, pero hoy me muevo mejor que ayer.

—Me alegro. ¿Y vuestros padres? Me extraña mucho no verlos pegados a la cuna.

—Los he mandado a la cafetería. ¡Me tenían loca!

Más risas.

—Cariño, ya que está Alex aquí, ¿te importa que baje a tomar algo?

—¡Claro! ¿Me traes un chocolate caliente y un sándwich?

—Por supuesto.

Theodore le dio un beso a su mujer. Al pasar al lado de Alex, le puso un instante la mano en el hombro para demostrar su alegría. El escritor sonrió y se quedaron solos.

—Eres un memo —soltó Lucy nada más cerrarse la puerta.

—¿A qué viene eso?

—¡Habla bajito! —lo regañó susurrando. Él asintió y vocalizó un «Lo siento»—. ¿Has roto con Cass?

—No… Sí. ¿Te lo ha contado?

—Las noticias vuelan.

—Tengo mis razones, Lucy.

—Que deben de ser únicas, inamovibles y…

—¿Quieres dejar de burlarte?

—Cuando oiga tu versión. De la de Cass ya me he enterado.

—Claro. Ha venido esta mañana, ¿no?

—Exacto.

—Es mi vida privada y no pienso hablar de ella.

—¡Anda! Si eso es justamente el motivo de encontrarte más solo que la una —ironizó—. Cassandra quiere mantener algo en privado, pero tú le exiges que cante como Pavarotti.

—Joder, mi vida está en boca de todo el mundo.

—¡Eh! No digas palabrotas delante de mi hijo.

—Primero, está dormido y, segundo…

—Te callas y punto —lo interrumpió Lucille molesta—. ¿Vas a contarme de una vez lo que pasó? No creo que Theo tarde en volver.

El escritor la miró muy serio, aunque acabó cediendo. Eran buenos amigos y, en realidad, estaba seguro de que cuando le contara sus motivos, se pondría de su lado. El problema fue que, después de escucharlo, ella no entendía por qué aquello significaba tanto para él, pero trató de hacerlo.

—Vale, Alex. Así que lo que te molesta es que no te cuente algo que le sucedió hace… ¿diez años has dicho?

—Lo que me molesta es que no confíe en mí.

—Tiene gracia que, precisamente tú, digas eso.

—¿A qué te refieres?

—Solo te voy a decir una palabra: Xena.

Él se puso tenso, aunque trató de disimular.

—No sé a qué…

—¿Que casi te la follas la noche que saliste con Isaiah o que fue con ella con quien te fuiste a cenar para olvidar a Cass?

—¿Y tú cómo te has enterado?

—¿Es que creías que una mujer despechada no iba a hablar? Blair la escuchó en el baño de mujeres y le faltó tiempo para soltárselo en cuanto salió para lavarse las manos.

—¿Es que se lo ha contado a toda la editorial?

—Eso no lo sé. Blair la hizo pasar por recursos humanos para advertirle que ese tipo de conversación podía ser motivo de despido si tú te enterabas.

—¿En serio?

—No, claro que no. Pero ¿qué pretendías que le dijera? Mira, Xena, no sigas soltando por ahí que nuestro mayor *best seller* es…

—Ahórratelo.

—Vale, Alex. Ahora mírame a los ojos y dime que eso se lo has contado a Cassandra.

Él se quedó callado con un gesto de incomodidad.

—Bueno…

—Ahí lo tienes. Y eso no pasó hace diez años, ¿verdad que no? Eso está calentito. Como que hace menos de un mes o así.

—De acuerdo. Tienes razón. ¿Y ahora de qué serviría soltarlo? No se lo he dicho porque eso solo le haría daño.

—Y lo que le estás pidiendo también.

—Ya. Entonces, ¿todo esto dónde me deja a mí?

—A su lado, Alex. A acompañarla en su camino mientras esperas pacientemente porque es lo que ella necesita. ¿Es que crees que no te lo va a contar en algún momento?

—Lo dudo mucho.

—Entonces es que no la conoces en absoluto.

—¿Y tú sí?

—Soy una mujer. No somos iguales, claro está, pero una mujer enamorada, feliz y relajada acaba por abrirse. Ella necesitaba tu comprensión, no tu maldita exigencia.

Aquello hizo pensar a Alex. Solo que no tuvo tiempo de admitir nada porque Theodore apareció con lo que le había pedido Lucy.

—Toma, cariño. —Le dio un beso en los labios.

—Eres un amor —respondió ella—. Piénsalo, por favor —agregó, mirando al escritor.

—Lo haré, Lucy. Ahora me marcho y os dejo tranquilos. Felicidades a los dos.

Tras despedirse, Alex subió a su coche para regresar a casa. Lucy acababa de darle un baño de realidad. Él le pedía a Cass algo que no había sido capaz de darle y eso le hizo pensar en que, de nuevo, había cometido un error. La cuestión era que, por el momento, no se veía capaz de admitirlo. Por un lado, estaba agotado mentalmente y, por el otro, se sentía avergonzado porque no se había dado cuenta.

Necesitaba parar. Pensarlo con tranquilidad.

Tiempo. Espacio.

Todo aquello era aceptable, pero lo estaba apartando de ella. Pronto no habría nada que arreglar si no dejaba de sentir como si la decisión de Cass fuese solo para hacerle daño, cuando

lo que significaba era que, al igual que él, soñaba con tener lo mismo.



Unos días más tarde, Lucille volvió a casa. Su médico estaba satisfecho con su evolución y podía estar de pie sin problemas. Se encontraba bastante más fuerte y los puntos iban cicatrizando a buen ritmo. Acababa de darle el pecho al pequeño Theo cuando se decidió a llamar a Cass. Ni Alex ni ella habían hablado del tema en los días que le habían enviado mensajes para saber cómo iba todo, y mucho se temía que los dos se hubieran hecho fuertes en su posición.

O uno de los dos cedía o no volverían a estar juntos.

—Hola, Lucy —dijo la joven editora con cariño.

—Hola, Cass. ¿Cómo va todo?

—Primero cuéntame cómo estás tú y el pequeño.

—De pequeño no tiene nada, ¡ha cogido ciento noventa gramos en siete días!

—¿Y eso es mucho?

—Entra dentro de la media, pero el tiempo pasa demasiado deprisa.

—¡Si solo tiene una semana!

Ambas rieron.

—Bueno, ahora tú.

—No hay nada que contar, Lucy. Desde que volvimos de Escocia, no hemos hablado.

—No me lo puedo creer.

—Ni yo.

—Cass, ¿realmente quieres a Alex?

Ella suspiró antes de responder.

—Sí, claro que sí.

—¿Entonces…?

—¿Por qué no quiero contárselo?

—Sí.

—Jamás se lo he dicho a nadie. Ni mi propia familia lo sabe. Ni siquiera mi hermana Sam. Si no lo comparto, puede que algún día desaparezca de mi mente. Si se lo cuento, nunca volverá a mirarme igual, sino que lo hará con cierta condescendencia, y ya he sido demasiadas veces «la pobre Cassandra». Por una cosa o por otra, siempre he sido la persona de la que alguien ha tenido que compadecerse y es lo último que quiero que él sienta por mí.

—No sé qué te ocurrió, pero he de decirte que, si estuviera en tu lugar, haría lo mismo.

—Gracias, Lucille. Significa mucho para mí.

—¿Quieres que vuelva a hablar con él?

—No creo que sirva de mucho. Además, se me ha ocurrido algo a lo que tal vez no pueda negarse.

—Me tienes en ascuas.

—Una décima cita. La cita en París.

—¿La de la quinta novela donde Donovan le pide perdón a Luna?

—Sí. El lunes hablaré con Samuel para pedirle tres o cuatro días, dependerá de los vuelos. Puede que quiera despedirme por querer hacer esta locura, pero he de intentarlo.

—No lo creo, solo te aconsejo que le digas la verdad.

—¿En serio?

—Por supuesto. Con ella vas a llegar mucho más lejos. Solicítale por adelantado tus días de vacaciones o a ver qué te dice cuando se lo cuentes. Cass, Samuel es un romántico empedernido. Aprovecha esa baza.

—No tenía idea.

—Jamás admitiré habértelo dicho. Pero acabo de ser madre y estoy en horas bajas. Me siento feliz todo el tiempo, así que no me lo tengas en cuenta.

Volvieron a reír con ganas.

—Gracias, Lucy. Voy a hacerlo. Sacaré los billetes y el hotel en cuanto hable con Samuel. Por favor, no se lo digas a Alex. Quiero enviarle las reservas con una carta escrita a mano.

—Muy original.

—No creo, pero estoy segura de que solo él lo entenderá —agregó la joven editora, pensando en que lo haría con la pluma que le regaló.

—Espero que acepte, Cass.

—Gracias, Lucy. Un beso.

—Otro para ti.

Cassandra colgó con la esperanza de que lo que se le había ocurrido funcionara, si no, su historia de amor iba a acabar casi antes de empezar. Y aún no estaba preparada para dejarlo ir.

No, no era eso. No quería dejarlo ir. Amaba a Alex, pero tampoco estaba dispuesta a ceder sin más, cuando lo único que necesitaba era su comprensión. Sabía que ambos estaban dando vueltas a lo mismo, solo que alguno tenía que dar el primer paso o todo se acabaría entre ellos. Y eso era lo último que quería.

Miró la hora, las nueve menos cuarto. Era viernes, quizás ya hubieran salido por ahí de cena o a tomar algo, aunque debía intentarlo. Necesitaba a las chicas, así que las invitó a un *meet* para hablar con todas a la vez. Puede que fuera una locura, pero quería estar segura de que aquello tenía sentido antes de embarcarse en liar a su jefe y a Alex.

Una a una, se fueron uniendo a la videollamada. Ella no podía estar más contenta por haber conseguido que le respondieran.

—Ey, ¿qué tal estás? —preguntó Rachel.

—Uy, ¿y esa cara? —soltó Olivia—. ¿Me traes un vaso de té helado? —le pidió a Gabriel—. Mira, son las chicas.

Él apareció un instante y las saludó.

—Gab, dice mamá que mañana tienes que llevarla a comprar no sé qué —irrumpió April.

—Hola, Cass —dijo Blair.

—Dice Gabriel que ahora llama a tu madre —agregó Oli.

—Hola, chicas —la saludó Cass muy despacio.

—Señor, ¿y ahora qué pasa? —Rachel no se anduvo con tonterías porque la conocía desde hacía demasiado como para no darse cuenta de que pasaba algo.

En eso, entró Sam.

—Hola, chicas, acabo de llegar a casa. ¿A qué se debe esta reunión secreta?

Todas rieron.

—Veréis…

Cassandra, sin perder un momento, les contó sus planes para intentar arreglar de nuevo la situación con Alex, puesto que se les había ido de las manos. Como si se hubieran puesto de acuerdo, se hicieron dos grupos nada más acabar.

—Me tiene hasta el flequillo el escritor —se quejó Rach. Blair se puso de su lado.

—Pues yo creo que Alex está demasiado herido y no sabe cómo pedir perdón —lo defendió April. Sam asintió porque pensaba lo mismo.

Olivia se mantuvo callada y eso fue lo que más les sorprendió a todas, que no paraban de parlotear para defender su postura.

Cass levantó las manos para que dejaran de hablar.

—¿Y tú, Oli? ¿No dices nada?

—Yo no conozco tanto a Alex, pero, por lo poco que he hablado con él, me parece que no es un hombre que tome sus decisiones a la ligera. Creo que lo que debes preguntarte es lo que estás dispuesta a dar para recibir de él lo mismo.

—¿Hablas de la confianza plena?

—Hablo de sopesar si te compensa no confiar en él, porque, al fin y al cabo, es justo lo que te pasa.

—¿Acaso crees que él me ha contado toda su vida?

—No lo sé. Aunque, si escuchó a ese tal Jork, entiendo que quiera saber lo que te hizo para poder partirle la cara en dos.

—Pero, Olivia, entonces, ¿me estás diciendo que tú le vas a contar a Gabriel todo lo que te ha pasado desde pequeña?

—No, claro que no. Ni tampoco pido que él lo haga. Pero si ocurre algo ante mis narices, voy a querer saberlo. Más aun, si le duele en el alma. No creo que Alex te mirara con condescendencia, sino todo lo contrario. Es más, algo me dice que lo haría con orgullo por lo valiente que fuiste. Le hiciste frente, y eso es lo que cuenta.

Esta vez todas se quedaron calladas, pensando en sus palabras. Cass trató de ponerse en el lugar de Alex y acabó diciendo:

—Puede que tengas algo de razón.

—No es que quiera saber qué ocurrió por el mero hecho de poder juzgarte de algún modo, solo quiere cogerte la mano y decirte, aquí estoy para ti.

—Joder, Olivia. Sí que tienes razón —admitió Rachel.

El resto, asintió sin decir nada.

—La décima cita es la mejor idea que se te podía haber ocurrido porque le estás diciendo claramente que aún le quieres, así que dudo mucho que no salga corriendo para decirte lo mismo —agregó Oli.

Una a una, le dieron la razón.

—Gracias a todas por ayudarme. Deseadme suerte. Faltan tres semanas para San Valentín, y espero que mi jefe no quiera despedirme.

—Si mi tío te despide, ¡haré que mi tía le cante las cuarenta! —replicó April casi sin respirar.

Todas rieron y se despidieron de la editora. Gracias a su amiga Olivia, Cass acababa de darse cuenta de que él no quería juzgarla, tal y como había temido. Solo quería apoyarla y dejarle claro que siempre estaría allí para ella.

Con las pilas cargadas, se levantó a por su estilográfica de William Shakespeare. Tenía mucho que decirle y esperaba que uno de los mejores escritores ingleses de la historia la inspirara para llegar a su corazón.



Alex llevaba todo el día escribiendo y se sentía agotado. Sobre las nueve, decidió que ya era suficiente para una sola jornada y apagó el ordenador.

De nuevo se había convertido en un ermitaño a la espera de la respuesta de Cass. Pese a que Lucille ya le había dado su opinión, los plazos para entregar la novela no dejaban de alargarse. Se estaba acercando peligrosamente al año desde la anterior publicación, y las lectoras no paraban de pedirle una nueva entrega de la saga Conseguiré Enamorarte.

De camino a la cocina, la gata lo siguió como si le estuviera pidiendo cuentas. Una más en la larga lista.

Una llamada, le sacó una sonrisa.

—Ey, ¿qué tal todo? —lo saludó el escritor.

—Estoy esperando que April acabe el aquelarre —bromeó Isaiah.

—¿Cómo dices?

—Están todas hablando a la vez. Ha cerrado la puerta para que no me entere, y se lo agradezco porque me estaba empezando a doler la cabeza.

—¿Quiénes estaban?

—¿No te he dicho todas? April, Cassandra, Sam, Blair, Rachel y Olivia. Yo creo que te han hecho un muñeco vudú y estaban decidiendo si clavarte una aguja en la cabeza o en los huevos.

—Ah, por eso me duelen, ¿no?

—Eres gilipollas. Te duelen porque no pasas una. ¡Joder!

—Oye…

—No, oye tú. April me tiene la cabeza como un bombo porque estás hecho un cabezota de cojones. ¡Y todas me las estoy tragando yo!

—No sabía que mi vida sentimental te afectara tanto.

—Y yo no sabía que ibas a ser un idiota hasta el final, pero aquí estamos.

—No sé cómo hacerlo, Isaiah.

—¿Pedir perdón?

—No, aceptar que no tengamos una relación donde pueda contarme todo lo que le preocupa.

—¿Y quién ha dicho que no? ¡De lo que te quejas es del pasado!

—El puñetero Jork estaba muy en el presente.

—Pero eso es cosa suya, tío. Si no le hubieras insistido tanto, en algún momento, quizás lo hubiese dicho. Pero no, pides la perfección a cada paso del camino y, perdona que te lo diga, eso no existe. Hacemos lo que podemos, y, si quieres callarte algo, como que estuviste a punto de follarte a Xena… Sí, Blair se lo ha contado también a April. Y tiene gracia la cosa. Tú le exiges a ella que sea un libro abierto con su pasado y a ti te han faltado pelotas para decirle que la ayudante de tu editor te metió la lengua hasta las amígdalas en el ascensor de la editorial.

—¡Joder! ¿Pero es que lo ha soltado todo?

—¡Y tanto! Ahora, si no te importa, me gustaría saber por qué no me lo dijiste y he tenido que enterarme por April.

—Era…

—¿Privado, personal, no te salía de las narices? ¿Ves por dónde voy?

—Joder… —repitió Alex cabreado consigo mismo. Con unas pocas palabras, su mejor amigo acababa de poner todo en su lugar.

—Exacto. Así que da marcha atrás y admite que tú también has metido la pata hasta el fondo.

Silencio.

—Lo sé.

—¿Y?

—Estoy pensando cómo arreglarlo.

—Tienes la solución delante de las narices y no la ves.

—Ah, ¿sí?

—Puedes llamarla o ir a su casa. Ponerte de rodillas sería un detalle bonito.

—Eres idiota.

—Alex, tic tac, tic tac.

—Lo sé.

—Acaba de terminar April. ¿Te vienes a cenar con nosotros?

—No, gracias.

—Hola, Alex. —Oyó cómo la agente lo saludaba.

—Hola, April.

—Bueno, piensa qué quieres hacer. Está en tu mano.

—Gracias, Isaiah. Pasadlo bien.

—Tú también.

Tras despedirse, Alex hizo un pedido a domicilio. Tenía mucho en lo que pensar y no quería precipitarse.

Puede que su amigo tuviera razón. De hecho, la tenía, pero aún no era capaz de admitirlo del todo porque su pensamiento no paraba de fluctuar entre el sí y el no.

CAPÍTULO 42. NO HE CONSEGUIDO OLVIDARME DE TI

Cassandra pasó todo el sábado y gran parte del domingo escribiendo, borrando y reescribiendo una carta donde pudiera expresar cuanto sentía por Alex. La conversación con las chicas había aclarado algunas cuestiones, pero solo ella podía decidir lo que quería hacer en el futuro.

Él le había dado tiempo. La pelota estaba en su campo, sin embargo, no había sido capaz de avanzar. La rutina la había bloqueado y sumido en un círculo vicioso de procrastinación continua para no pensar.

Ahora, delante de la pantalla, revisando por décima vez sus palabras, tuvo que aceptar que se había equivocado. Pero ¿cómo admitirlo? ¿Cómo iba a poder decirle «tenías razón» cuando la vergüenza y la rabia también la carcomían por dentro?

Para Cass, que él conociera todos sus secretos no era fácil. Creía que aquello había quedado atrás, pero los perpetradores no lo habían olvidado. De hecho, sabía que ninguno lo dejaría en el pasado, así que tal vez no regresara a Escocia nunca más porque el amor por sus orígenes no compensaba la angustia de sentirse el hazmerreír de ellos dos en cualquier momento.

Una vez estuvo satisfecha con sus propias palabras, las transcribió en un papel exquisito con la preciosa estilográfica. La firmó y la dejó a un lado para que se secara. Al día siguiente, hablaría con su jefe. Si todo iba bien, se la enviaría con un servicio de mensajería. Podría llevársela en mano. Quizás fuera lo más adecuado y valiente. Solo que en ese momento no tenía la fuerza mental necesaria para hacerlo. Eso no significaba que estuviera escondiendo de nuevo la cabeza bajo tierra, pero sí que se sentía sobrepasada por todo lo ocurrido en los últimos meses.

Miró el resultado con una triste sonrisa. Ahora solo tenía que conseguir que la maquinaria se pusiera en marcha, y deseaba con todas sus fuerzas que la última cita consiguiera el mismo resultado que en la novela.

A la mañana siguiente, Cass se presentó en el despacho de Samuel con una meta. La cuestión era qué opinión iba a tener su jefe de todo aquello.

—Buenos días, Martin. ¿Puedes avisarle? Necesito hablar con él.

—Buenos días, Cassandra. Claro, dame un minuto. —Marcó la línea interna—. Samuel, Cassandra está aquí. Vale. Adelante.

Ella asintió.

—Buenos días, Samuel.

—Hola, Cass. ¿Qué necesitas?

—Cuatro días de vacaciones.

—¿No cogiste un par de semanas hace poco?

—No voy a mentirte. Se acabó el disimular y… Estoy enamorada de Alex y necesito esos días para lograr que vuelva a enamorarse de mí.

—¿Vuelva? —dejó la pregunta en el aire.

Cassandra se volcó en contarle su historia. No se guardó nada. Las citas, la relación de Alex con el chantaje de Bill. Lo ocurrido en Escocia. Lucille le había asegurado que solo la verdad podría ayudarla, así que, después de todo lo que su jefe había hecho por ella, no tenía nada más que perder si realmente quería recuperar al escritor.

—¿Y todo eso comenzó…?

—En Nueva York. Dos días después de pillar a Bill.

—Me dejas con la boca abierta. Jamás pensé que a Alex se le pudiera ocurrir lo de… ¿Y

habéis reproducido nueve citas?

—Sí. Pero fuimos dos arrogantes porque ya estábamos enamorados.

—El orgullo es un mal consejero. Y, por lo que me has contado, el de los dos está herido.

—Así es.

El editor se la quedó mirando un instante y acabó sonriendo. Le gustaba la idea de que su mejor escritor y su editora estuvieran juntos.

—¿Ves como necesitabas estar en el Departamento de Romántica? —se burló un poco.

—Entonces, ¿tú eres el culpable de todo esto?

—Lo más seguro —agregó convencido. Ambos rieron.

—Esos días los cogeré de mis vacaciones de este año.

—De acuerdo. ¿Y ya tienes los billetes y el hotel? —Samuel no tenía de tonto un pelo y quería saber si antes había esperado a contar con su apoyo.

—No, primero quería consultarlo contigo —respondió ella con seguridad.

—Está bien, Cassandra. No seré yo quien me interponga en vuestra historia de amor. Eso sí, no quiero oír hablar de vacaciones hasta verano. ¿Estamos?

Ella se echó a reír por la expresión que había puesto.

—Y hasta octubre, si hace falta.

—Suerte, Cass. Has sido muy valiente dando el primer paso.

—Si hubiera confiado en él en Escocia, nada esto habría ocurrido.

—Ay, los malditos «si». ¡Olvídate de ellos! No sirven para nada más que desviarte de tu objetivo. Mientras te estás lamentando en lo que pudo ser, dejas de prestar atención a lo que puedes hacer ahora mismo.

—Nunca lo había visto de esa manera.

—Ya sabes, la experiencia…

—Es un grado —dijo ella, acabando la frase con una gran sonrisa—. Gracias, Samuel.

—De nada. Habla con Blair antes de que me arrepienta.

Volvieron a reír.

—Ahora mismo.

Cass salió disparada hacia Recursos Humanos. Dio dos golpes en el despacho de su amiga y abrió la puerta.

—¿Blair?

—Dime, Cass.

—Deseo concedido. ¡Me voy a París!

—¿Samuel te ha dicho que sí? —soltó Blair de forma atropellada. Ella asintió con una enorme sonrisa—. ¡Fírmame ahora mismo los días antes de que se arrepienta!

Ambas rieron. Cass lo hizo nada más ponerle los documentos por delante. Después, se despidió. Ahora solo quedaba enviar a Alex la carta con los billetes, pero antes tenía que llamar a su agencia de viajes. Todo comenzaba a encajar y eso, de pronto, hizo que entrara en pánico. «¿Y si al final no quiere ir?», se preguntó agobiada. La conversación con su jefe volvió en tropel para recordarle que debía olvidar, tal y como él le había dicho: «Los malditos “si”».

Su agente de viajes se pasó toda la mañana buscando dos plazas libres en algún avión, pero en la fecha que le había indicado Cass solo quedaban asientos sueltos en días distintos. La editora acabó diciéndole que ella viajaría el lunes, mientras que Alex lo haría el martes. San Valentín era el miércoles, así que el destino aún continuaba jugando con ellos, ya que tendrían que volar en aviones y días distintos. Una vez que tuvo todas las reservas, incluidas las de la Torre Eiffel y el viaje por el Sena, las imprimió y sacó con cuidado la carta de su bolso. La había

protegido entre las páginas de la quinta novela de Alex. En realidad, esperaba que ese gesto le diera algo de suerte. Metió todo en un sobre acolchado y se lo llevó a Martin para que, si era posible, se enviara aquel mismo día porque era algo muy importante. El secretario leyó a quién iba dirigida y le aseguró que aquella misma tarde la entregarían.

Cass volvió a su despacho con el corazón bombeando a toda máquina. Ahora todo dependía de él. Apenas quedaban un par de semanas para volar, y no sabía si, en cuanto leyera la carta, querría hablar con ella. Esperaba que lo que le había escrito con el corazón fuera suficiente. Pero Alex era imprevisible, y no sabía bien cómo iba a reaccionar.



La mañana del escritor había comenzado bastante mejor de lo que esperaba. Llevaba corregidos seis capítulos, que no era poco. A la hora de comer, le envió un wasap a Lucille para saber cómo estaban. Ella le respondió que muy bien y lo animó a compartir el manuscrito. Necesitaba hacer algo distinto que dormir, comer y amamantar al bebé. Alex le envió lo que tenía y le rogó que fuera generosa. Ella respondió que eso nunca había sido su fuerte, pero que trataría de ser más suave de lo normal.

A las cinco, un mensajero le entregó un sobre certificado. El corazón le dio un vuelco al leer quién lo enviaba. Anora se acercó en ese momento y se puso a ronronear más de lo habitual mientras se frotaba con sus pantorrillas.

—¿Has olido a Cass, granujilla? —dijo mientras se dirigía al sofá.

Abrió el sobre y sacó los documentos. Se extrañó al ver la reserva de un vuelo ida y vuelta a Paris. También venía otro con varios días en el hotel Four Seasons Hotel George V Paris, los traslados del aeropuerto al hotel y una entrada para la Torre Eiffel que incluía un crucero por el Sena.

Dejó todo encima de la mesa de café y cogió el sobre lacrado. En él, solo indicaba su nombre con una letra exquisita, la de Cass. Lo abrió con cuidado. En su interior, encontró una carta escrita de puño y letra.

La sacó con las manos temblorosas y comenzó a leerla.

Hola, Alex:

Una vez más, nos encontramos en una encrucijada.

Por mi parte quiero decirte que el miedo me ha tenido paralizada durante mucho tiempo. Lo que ocurrió en Escocia es algo que aún me duele profundamente. Contártelo supone que forme parte de tu realidad, y eso es algo que me aterra porque necesito que sigas viéndome a mí, no a la Cass del pasado.

Supongo que te habrá extrañado ver todas las reservas. Le he dado muchas vueltas a cómo podíamos regresar al inicio y, una vez más, las citas han vuelto a mi mente. Te propongo algo descabellado, aunque espero que te apetezca tanto como a mí, y es terminar lo que empezamos. Acabar la bendita apuesta, esa que nos acercó el uno al otro hasta convertir nuestras vidas en una montaña rusa de sentimientos y decisiones, en algunos momentos, poco o nada acertados.

Lo que tienes en tus manos nos da la oportunidad de tener la décima cita. He

pensado que, en el vuelo, leamos el capítulo donde Donovan le pide perdón a Luna. Solo que, en este caso, los papeles estarán invertidos, ya que sé que te debo una disculpa. Una más.

Estaré en la cima de la Torre Eiffel a las doce del mediodía en San Valentín. Tómate tu tiempo para pensarlo. Nunca quise hacerte daño, Alex, y te aseguro que siempre he confiado en ti, solo que en quien no confiaba era en mí misma.

Te quiero.
Cass.

Él dejó caer la cabeza en el respaldo del sofá. No esperaba aquello para nada. Ahora, ¿qué debía hacer? ¿Llamarla? ¿Aceptar el desafío? Se regañó a sí mismo porque, al igual que ella, seguía bloqueado. Pero Cass había movido ficha, y lo mínimo que merecía de su parte era responderle.

Tras pensar varios minutos qué iba a decir, acabó por algo sencillo, aunque dejaba entrever lo que aún sentía.

Alex_17:21
¿Una décima cita? ¿Es que no recuerdas que ya perdí la apuesta?

Cassandra se mordió el labio inferior al leer su wasap. No se había negado y parecía estar… ¿bromeando? Si no la había llamado, era que aún estaba lidiando con sus propios demonios, así que prefirió continuar con el juego para ver hasta dónde podía llevarlos.

Cassandra_17:23
Lo sé, pero me encanta recordártelo.

Alex_17:26
Cass, yo aún necesito tiempo.

Cassandra_17:28
Yo también. Solo quiero que sepas que te estaré esperando. Aunque, si no vienes, lo entenderé. Hasta París, Alex.

Alex_17:30
Hasta París, Cass.

El escritor bloqueó el móvil y cerró los ojos. Ni él mismo entendía qué diablos le estaba pasando. Cass había sido muy generosa en todo. Incluso le había concedido ese tiempo que sabía que tal vez los distanciara aún más. No estaba seguro de nada y tampoco tenía ganas de consultarlo con nadie. ¿Para qué hacerlo? La respuesta de todos iba a ser similar: que estaba loco y que la llamara o fuera a verla lo antes posible. La cuestión era que sentía a partes iguales que quería y no. Así que, al estar la balanza tan equilibrada, ¿cómo iba a precipitarse? Su indecisión podía costarle muy cara, pero, por una vez, tenía que ser sincero consigo mismo.



Aquella semana y la siguiente se desarrolló sin más. Cass llamó a sus padres varias veces,

aunque habló bastante más con Carmichael que con Grace, quien, por primera vez, no le criticó nada. Supuso que la conversación que tuvieron en Navidad en la que ella le había dejado claro que no quería volver a ser su saco de boxeo había hecho mella en Grace. Sobre todo porque la editora había sido, al fin y al cabo, la que los había salvado a todos.

Apenas faltaban siete días para volar a París y Alex aún no le había enviado ni un solo wasap. Ni una llamada. Entendía que se sintiera dolido, aunque esperaba que pudiera superar aquello que lo estaba atormentando. Suponía que Jess tenía mucho que ver en su manera de afrontar su discusión, pero no podía estar segura. De un modo o de otro, dejó que las jornadas pasaran mientras se sumía en una rutina conocida.

El viernes, antes de volar, volvió a hacer una videollamada con las seis a la vez. Le desearon buena suerte y se despidieron con la esperanza de que las llamara para decirles que todo había quedado atrás y volvían a estar juntos.

Cass soñaba despierta exactamente lo mismo, solo que aún no las tenía todas consigo y en unos días sabría si su esfuerzo había merecido la pena.



Para Alex, esas dos semanas tampoco fueron un camino de rosas. Pese a casi haber concluido la novela, todavía buscaba ese algo especial que consiguiera tocar el alma de sus lectoras. Por supuesto, las cientos de horas que le había dedicado a la historia nunca lo sabría nadie más que él mismo y Anora, aunque ella poco tenía mucho que decir al respecto.

Como siempre, no faltaron conversaciones con su familia y amigos. Alice, Zac, Isaiah, April, incluso Mav y Sam, ya le habían dicho lo que pensaban, prácticamente con el mismo discurso. Ahora solo le quedaba pendiente una última opinión, la de Lucille. Necesitaba hablar con ella para estar seguro de que la elección que estaba a punto de tomar era la que merecía la pena y no una insensatez.

—Hola, Alex.

—Hola, Lucy. ¿Cómo te encuentras? ¿Y tus dos Theodore?

—Los dos están de maravilla. Y yo me siento bastante mejor. Solo que las grapas han decidido quitármelas en dos turnos. La semana que viene acabo con este calvario.

—Bueno, poco a poco. Lo que te han hecho no es una nimiedad.

—Ya, lo sé. Por cierto, esta mañana he leído el capítulo veintisiete. Me has hecho llorar de tanto reír. ¡Es buenísimo!

—Gracias.

—¿Y ese final?

—Ahí estoy.

—Se te está resistiendo, ¿verdad?

—Más que nunca.

—Alex, no es fácil tomar una decisión.

—No puedo estar más de acuerdo. Lucy, tengo algo que contarte…

El escritor habló de nuevo de lo ocurrido en Escocia y también de que Cassandra le había propuesto tener la décima cita. Lucille se quedó un momento pensando antes de responder.

—¿Qué opinas? —preguntó él, algo incómodo por su silencio.

—Estoy convencida de que Cass te quiere más que a nada.

—¿Tú crees? —dijo con dudas.

—Alex, ha hecho lo imposible por volver a enamorarte, ¡y tres veces! Si eso no es amor, no sé lo que es. ¡Y como me digas algo irónico del tipo «eso se llama obsesión», te juro que te dejo toda una tarde con Theo llorando!

Ambos se echaron a reír.

—¿Me he comportado como un gilipollas otra vez?

—Siento decirte que sí.

—¿Qué demonios me pasa?

—Que quieres amar incondicionalmente y que te amen de igual forma sin tener en cuenta que la vida real tiene altibajos. Olvidas que no somos perfectos, Alex. Quieres vivir la idealización de una relación, ser el protagonista de tu propia historia, y lo comprendo. Pero buscas hacerlo a través de los personajes que inventas y no de ti mismo. Eso no puede funcionar y jamás funcionará. Recuerda cuando me contaste cómo fue vuestra primera cita. No tenía nada que ver con la que describiste en tu novela, aunque eso no le restó valor, ¿verdad?

—No, no lo hizo. Fue incluso mejor.

—¿Lo ves? Cassandra es la mujer de tu vida tal y como es. Imperfectamente perfecta. Como lo somos todos. Si no eres capaz de verlo…, la perderás para siempre. ¿Es lo que quieres, «señor escritor»?

—Eso es un golpe bajo.

—Eso es el amor puro hablando, Alex. Porque, dime, ¿cuánto amor hay detrás de esas dos palabras o de la de «editora»? Fuiste tú quien me lo contó. Fuiste tú quien reconoció que, cada vez que ella te lo había llamado, algo se había removido en tu interior.

—¿Crees que debo volar a París?

—Creo que, si la quisieras de verdad, no necesitarías hacerte esa pregunta.

Alex resopló hecho un lío.

—Como siempre, tienes razón. Pensaré en lo que me has dicho.

—De volar, ¿cuándo te irías?

—El próximo martes. Ahora tengo que dejarte. Hablamos en unos días y dale un beso muy grande al pequeño y otro para ti.

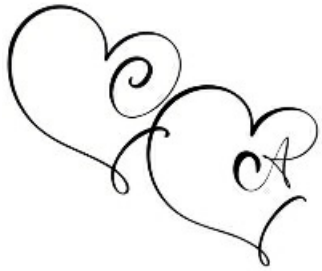
—Buen vuelo, Alex.

—Gracias, Lucy.

Ella colgó y el escritor, de pronto, fue consciente de que había contestado sin pensarlo dos veces.

—¿Sabes, Anora? —La gata ronroneó en su regazo—. Creo que me apetece un café.

La cogió en brazos y se marchó con ella hacia la cocina.



El lunes por la tarde, después de recibir un sinfín de wasaps de todas, Cass miró por la ventanilla del avión. Dentro de poco despegarían y le esperaba por delante un vuelo nocturno de once horas. Por supuesto, se tomaría sus pastillas para poder dormir, pero, de momento, solo necesitaba leer el capítulo que le había pedido a Alex.

Sacó la novela, ya un poco desgastada por los bordes, y acarició la portada. Leyó el título *Conseguiré que toques el cielo*. Hasta ese preciso instante no se había parado pensar en su significado. Cuando él la escribió, aún no la conocía, así que le impactó la relación que esas palabras tenían con sus vidas.

El capitán comenzó el saludo oficial y ella se colocó el cinturón. Mientras las azafatas se esforzaban por seguir las indicaciones del vídeo, Cass solo podía pensar en qué estaría haciendo él. ¿Tendría la maleta preparada? ¿Volaría para verla?

Había ensayado cien veces cómo se disculparía y le compartiría su pasado. Si eso era lo que él necesitaba como demostración de confianza, se lo daría. Durante esas semanas, había tratado de convencerse de que no tenía más valor que el que ella le daba. La opinión de Freya, Jork o el resto no debía importarle. Al menos no había más pruebas que las del recuerdo, aunque ese quemara como la llama más viva.

En cuanto se encendió la señal de poderse quitar el cinturón, se acomodó en su asiento de primera. Llamó a la auxiliar de vuelo y le pidió un café con crema. Era pronto para dormir y quería leer una vez más el capítulo antes de tomarse la pastilla.

Las horas pasaron y ni siquiera las turbulencias la despegaron de aquellas diez páginas que parecía querer grabar a fuego en su mente. Le ofrecieron cenar y aceptó. En el tiempo que llevaban volando, se había tomado dos cafés cargados y ahora estaba hambrienta.

Tras entregarle la bandeja al auxiliar, volvió al capítulo. Lo leyó sin cesar hasta que el cansancio la obligó a cerrar los ojos. Cayó en un sueño profundo donde se encontraba sola en la Torre Eiffel. Miraba hacia todos lados buscando algo que no supo definir. Pasó una eternidad hasta que vislumbró la espalda de un hombre. En el instante en que estuvo a punto de alcanzarlo, la voz del piloto la despertó anunciando que faltaban solo veinte minutos para aterrizar en el aeropuerto Charles de Gaulle.

Miró la hora, aún tenía la de Los Ángeles. Hizo el cálculo mental y la cambió, las dos y diez de la tarde. Mientras sobrevolaban la ciudad, pensó que Alex ya estaría en el aeropuerto, o al menos era lo que deseaba. Si se había decidido a ir, le faltaba poco para despegar porque su vuelo salía en apenas cincuenta minutos, a las seis. Lo lamentaba por él. En el horario de París, aterrizaría a las dos de la madrugada. A eso tenía que añadir una hora más hasta llegar a los Campos Elíseos.

Si al final aparecía, iba a ser todo un milagro. De todos modos, ella realizaría el *check in* por él para asegurarse de que tenía la habitación preparada para cuando llegara.

Nada más aterrizar, Cass cogió su maleta de mano y caminó deprisa hacia la salida. En cuanto vio al chófer que la esperaba, suspiró. El hombre le cogió el equipaje y se dirigieron al coche. Tras llegar al hotel, descansó un par de horas. El *jet lag* había podido con ella y prefirió dormir un poco antes de salir a dar un paseo por los alrededores. París era una ciudad preciosa, pero anochecía sobre las seis de la tarde, así que se ceñiría a pasear por las tiendas de los Campos Elíseos y a cenar en su habitación.

Aquella noche no tuvo pesadillas, pero todos los sueños fueron complicados y agotadores. En cuanto se vistió para desayunar, pasó por recepción. La fila de clientes era considerable. En el fondo, quería saber si Alex había llegado, aunque la cantidad de personas le quitó la idea de un plumazo. Lo cierto era que le extrañaba que él no le hubiera escrito ningún mensaje, así que la incertidumbre la estaba matando. Podría llamarlo, por supuesto, pero rompería la magia. Y prefería tener una decepción a las doce de la mañana en la cima de París que en medio del *hall*.

Tras el desayuno, dio otro paseo corto por la zona, hasta que paró un taxi. La distancia

entre su hotel y la Torre Eiffel no llegaba a dos kilómetros, pero estaba tan nerviosa que decidió que estar antes de tiempo era mucho mejor que llegar tarde.

Cuando se bajó del taxi, le temblaban las manos. Apenas eran las once y cuarto. Se puso en la cola y comenzó a mirar hacia todos lados. No veía a Alex por ninguna parte, así que se convenció de que era pronto.

Una vez presentó el tique, entró en el ascensor que subía al primer piso. No recordaba que fuera tan agobiante, o tal vez la que se sentía así fuese ella por lo que estaba a punto de pasar. El ascender en ángulo tampoco ayudó mucho, de modo que acabó quitándose el gorro, la bufanda y los guantes para sentir el frío. En cuanto se abrió la puerta, hizo el recorrido para llegar a la cima. No sabía si podría en la primera tanda, así que prefirió no arriesgarse.

Cuando salió, un viento gélido la golpeó. Se abrigó de nuevo y comenzó a pasear. Miró la hora, las doce menos cuarto. Esperaba que, en breve, apareciera Alex. Se apoyó en el muro y sonrió al ver la malla metálica que rodeaba la estructura para desalentar a aquellos que tuvieran la idea de saltar.

Los siguientes minutos fueron muy estresantes. Cassandra pasó de sentir emoción a preocupación hasta, finalmente, llegar a la más profunda decepción. Eran las doce menos un minuto y Alex no había llegado. Probablemente, la fila fuera demasiado larga y estuviera aguardando para subir. Esperaría de todos modos. No había hecho un camino tan largo como para rendirse a la primera de cambio.

Miró el ascensor, nada. Revisó el móvil. Tenía cobertura, pero ni un mensaje. Ni una llamada perdida.

Se dirigió hacia donde se veía de lejos el Sacré Coeur de Montmartre. Recordaba haber visitado la basílica de niña. Quizás, cuando bajara, fuese a verla.

Cerró los ojos y no pudo evitar que las lágrimas aparecieran. Alex no estaba allí. Había perdido al hombre al que amaba y reconstruir su vida no iba a ser nada fácil.

Se secó el rostro con las manos e inspiró una última bocanada de aire helado.

—¿Por qué lloras en un día tan bonito, Luna?

Alex estaba justo detrás de ella y había comenzado con el diálogo final del capítulo. Cass, sobrepasada al oír su voz, sonrió lentamente y decidió seguirle el juego. Se sabía cada página de memoria.

—No es un día bonito, Donovan —respondió sin inmutarse.

—El cielo es azul y estás en la Torre Eiffel, ¿por qué no es un día bonito?

Ella decidió darse la vuelta para mirarlo a los ojos.

—Cuando pierdes al hombre de tu vida es muy difícil ver que cualquier día pueda ser bonito.

El escritor sonrió. Iba a hacer la réplica, pero ella se sentía tan mal que tuvo que interrumpir el diálogo.

—Alex, lo siento mucho…

Él le puso un dedo en los labios y negó despacio.

—Cassandra, mi dulce, locuaz y peleona Cassandra. Cass, soy yo quien lo siente y te pido perdón. Te lo dije hace tiempo, pero no quiero que olvides que perdí mi corazón y mi alma una noche en Nueva York cuando una preciosa desconocida compartió conmigo mucho más que despecho y lujuria. Así que lo único que puedo decirte es que *No deberíamos estar juntos* —retomó la escena de la novela con los ojos brillantes. Ella lo entendió al momento.

—No estamos destinados a tener un futuro —dijo con emoción en la voz.

—Lo sé y, pese a todo, sería capaz de congelar el infierno y quemar el cielo si eso me

permite pasar el resto de mi vida contigo.

Cassandra comenzó a sollozar.

—Alex, lo siento. Solo puedo decir que lo siento.

—Cass, me jacto de ser un buen escritor y de ver la mentira de lejos, sin embargo, no fui capaz de ver el dolor en tus ojos mientras tratabas de hacerme entender que aquello te superaba. Soy un necio porque exijo sin darme cuenta de las consecuencias.

—Siento haber dicho todas esas cosas. Desearía borrarlas y que jamás…

—Pues hazlo —la interrumpió con suavidad.

—¿Qué?

—Hazlo. Hagámoslo. No he conseguido olvidarme de ti. —Ella sonrió por sus palabras—. Creemos un nuevo final para nosotros. Borra todo aquello diciéndome lo que hubieras deseado y no lo que dijiste. Cass, me enamoré de ti en cuanto Sam pronunció tu nombre. Me miraste y arrasaste con tu sonrisa todo a su paso. Confío en ti y sé que tú confías en mí.

—Quiero contarte lo que sucedió en Escocia…

—No, amor mío —la interrumpió de nuevo, cogiéndola de las manos. Ella unió los labios para no romperse—. No lo necesito. Eso es algo tuyo y jamás debí acusarte de no haber cumplido tu promesa. Me ha costado mucho entenderlo y lamento no haberte llamado antes. Sentía tanta vergüenza que pensaba que me rechazarías.

—¿Por qué?

—¿No es eso lo que se hace con los arrogantes que dejan escapar al amor de su vida?

—*¿No te parece que estás siendo un poco melodramático?* —Sin pensarlo, ella regresó al libro.

—*¿Quieres que lo sea?* —Emocionado, prosiguió con el diálogo.

—*Tal vez. No, estoy segura.*

Cass se mordió el labio inferior y Alex hizo exactamente lo que había escrito en aquella preciosa escena. Hincó la rodilla en el suelo y sacó una cajita, que le ofreció a ella con una sonrisa.

—*Luna…*

—*Donovan…*

—*¿Quieres casarte conmigo?*

—*Puede que sea algo que no me moleste demasiado, aunque, aún no lo sé, todo dependerá de cómo me beses.*

—*Entonces, puede que tenga suerte, porque lo hago de maravilla.*

Ella le mostró la mano con una enorme sonrisa y él le colocó el anillo antes de ponerse en pie y perderse en su boca.

Las personas alrededor, que habían aguantado la respiración porque no entendían que estaban diciendo, aunque sí lo que aquel gesto significaba, acabaron aplaudiendo y silbando.

Una chica joven se acercó a ellos y reprodujo en su móvil la canción *It's Always Been You* de Phil Wickham.

Alguien gritó:

—¡*Vive les couples*[7]!

Ellos rieron y Alex volvió a besarla mientras se dejaba el alma entre sus labios.

—Baila conmigo, Cass.

Ella solo asintió porque la enorme emoción que sentía no le permitió decir una sola palabra.

Por fin era él quien le pedía bailar. Y esas tres palabras encerraban un futuro juntos. Un… para siempre.

EPÍLOGO

Nueva York, tres meses después

En el piso ciento uno del One World Trade Center, Cassandra detuvo a uno de los camareros que servía en el evento. Con voz firme, le pidió que llevara con urgencia cuatro cafés con crema a la mesa principal. No solo Alex necesitaba «el líquido que daba la vida», también Ben, Fred y ella estaban deseando tomar un sorbo.

Decenas de periodistas revoloteaban por todas partes esperando que la rueda de prensa comenzara. A las once en punto, Cass cogió el micro y se lo pasó a Ben para que hiciera la presentación. El editor se emocionó porque ya no llevaba la cuenta de Alex, sin embargo, a ella le pareció una magnífica idea que tuviera la oportunidad de estar en la primera línea del escritor.

Además, prefería quedarse entre bambalinas para que los periodistas no se fijaran porque muchos podrían reconocerla.

—Buenos días a todos —comenzó—. Hace casi un año, Adam Wright nos sorprendió con la noticia de que la saga Conseguiré Enamorarte tendría una sexta entrega. Pues bien, hoy estamos para traeros esta impresionante historia de amor forjada entre dos ciudades. Señoras y señores, les dejo con nuestro extraordinario *best seller*, Adam Wright.

Murmullos y aplausos.

—Hola a todos. Ben, gracias por lo de *best seller*, lo de extraordinario está por ver. —Risas y comentarios a media voz—. Bien, no me creo que esté por fin aquí para anunciar una novela muy deseada y esperada: *Conseguiré que sea para siempre*.

Aplausos y decenas de fotografías. Los periodistas se volvieron locos al ver la portada y el título. Por supuesto, le hicieron un batallón exhaustivo de preguntas de todo tipo sobre el argumento, los distintos personajes, las ubicaciones… Sin embargo, todos aguantaban la respiración esperando a ver quién se atrevía a soltar lo que realmente deseaban conocer.

Al final, la periodista que el año anterior se le insinuó y que no paraba de hacerle ojitos fue la que se atrevió.

—Señor Wright —dijo con un tono excesivamente empalagoso—, ¿ha pensado en escribir una séptima entrega de la saga?

—Buena pregunta ¿señorita?

—Miller.

—No, esta saga concluye con esta novela. En realidad, es un poco autobiográfica.

—¿Quiere decir que la chica de la que habla en ella existe? —preguntó algo intrigada.

—Por supuesto. Los protagonistas, Alex y Cass, son de carne y hueso.

—Entonces… —Se oyó una protesta general porque llevaba demasiadas preguntas seguidas—. Perdón, la última. Entonces…, ¿eso quiere decir que se ha… prometido?

Alex miró a Cass y le ofreció la mano con una sonrisa que no dejó dudas. Ella negó mientras ponía los ojos en blanco un instante, pero acabó acercándose.

Él la situó a su lado y le dio un beso en la sien.

—Respondiendo a su pregunta, señorita Miller, le diré que sí. Les presento a mi

prometida, Cassandra Wallace.

Una explosión llenó toda la sala. En realidad, ella se había mantenido en segundo plano detrás de los enormes carteles que habían llevado para el evento. Quería evitar que alguien le prestara atención, pero aquello se fue al traste en cuanto Alex dijo su nombre. La presentación del libro se convirtió en algo mucho más jugoso porque uno de los escritores más deseados de Estados Unidos por fin había encontrado el amor.

Tras responder a decenas de preguntas y enseñar otras tantas la mano con el anillo de pedida para que todos consiguieran tener la mejor fotografía para sus artículos, el evento llegó a su fin con la satisfacción de todos al saber que Adam Wright había comenzado otra saga.

Después de despedirse de Ben y Fred, Cass y Alex se dirigieron a la casa de los padres de ella. Tenían un almuerzo familiar, y la editora estaba deseando verlos tanto como él a Maverick porque llevaban meses sin pisar Nueva York.

—Hola, papá —dijo Cass, dándole un enorme abrazo.

—Hola, cariño. Alex, ¿qué tal ha ido la presentación?

Él le ofreció la mano y Carmichael se acercó para darle un par de golpecitos en la espalda, algo que hizo sonreír al escritor.

—Ha ido de maravilla.

—No será para tanto —intervino Caleb—. Papá, deja de meter baza y de darle ideas, ¡que nos va a salir por un pastizal añadir la nueva novela al contrato!

—Eres un «quema sangre» —se quejó Cass, besando a su hermano en la mejilla.

—Cal, deja de pinchar a Alex —soltó Rachel mientras besaba a la pareja—. Por cierto, me tienes que dar un ejemplar firmado.

—Eso está hecho —respondió él emocionado por estar a punto de formar parte de aquella peculiar familia.

Llamaron a la puerta, eran Samantha y Maverick. Cass corrió hacia ella y la abrazó con ganas.

—Hola, «Pretty Woman» —expresó Sam, rodeándola con fuerza.

—Ey, ¡deja algo para los demás! —Maverick saludó al resto y después se acercó a Cass para darle un beso.

Grace apareció con su característica entrada estudiada para obtener la admiración de todos.

—Cassandra, Alex, me alegro de que hayáis podido venir.

—Hola, mamá.

Cass se acercó y la besó sin rozarle las mejillas. Había cosas que nunca cambiarían.

—Grace —la saludó Alex.

Ella asintió y le dio la mano.

—Bueno, vamos a pasar al comedor. El almuerzo ya está preparado —dijo con pomposidad.

Las tres parejas se sentaron con la distribución que les vino en gana mientras la madre de Cass fruncía el ceño porque estaban en el lugar inadecuado según su criterio. Carmichael se dio cuenta y se acercó a la cabecera de la mesa donde estaba sentada.

—Respira, amor —le susurró.

Ella lo miró y trató de sonreír. Acabó cerrando un instante los ojos y asintió despacio para aceptar que no podía controlar todo como antes. Carmichael se puso a su altura y le dio un ligero beso en los labios.

—Yo quiero hacer un brindis —dijo Sam. Todos levantaron las copas—. Por Alex, ¡por

la sexta novela con la que he llorado como una niña!

Una risa general se añadió a aquel caos de choques de copas.

—¡Por Alex!

—Yo quiero hacer otro brindis —dijo él, incapaz de dejar de sonreír—. Por Cass, porque todas y cada una de sus decisiones la llevaron hasta mi lado. Por mi preciosa prometida y porque, aunque intentaste no enamorarte de mí, al final, he conseguido que sea para siempre.

Ella chocó la copa con él y se puso en pie para besarlo. Mientras todos los felicitaban movió ambas manos porque quería añadir algo.

—Sabes que lo nuestro no ha sido fácil —sus hermanos y parejas sonrieron—, pero he de admitir que ya has conseguido —comenzó a contar con los dedos— que sea tuya, que deje de huir de ti, que vuelva a amarte, que toque el cielo y que sea para siempre.

Los ojos de Alex se empañaron porque ella había unido en una sola frase todos los títulos de sus novelas.

—Cass…

—Así que, «señor escritor», brindo porque te quiero y estoy deseando pasar el resto de mi vida corrigiendo tus historias.

Todos comenzaron a reír y los dos se dieron un dulce beso antes de sentarse de nuevo a la mesa.

—Te quiero, «editora».

Después de que ella dijera esas preciosas palabras, la mente de Alex voló irremediablemente a la cena donde hablaron de la apuesta. Sin esperarlo, recordó lo que comentó mientras degustaba el postre: «Dios, esto tendría que ser ilegal. Oye, si me regalas un tiramisú como este, igual me enamoro».

Aquello lo hizo sonreír. Cass se lo quedó mirando y no pudo contener su curiosidad.

—¿En qué estás pensando?

Él se acercó a su oído y le susurró:

—¿Sabes de lo que acabo de darme cuenta? De que todo esto nos lo podríamos haber ahorrado si, como me sugeriste en nuestra primera cena, te hubiera comprado ese tiramisú…

Cass frunció el entrecejo sin entenderlo, hasta que recordó que eso era justo lo que le había dicho en la noche que firmaron la apuesta.

Soltó una carcajada y acabó dándole otro beso, pensando que Alex era todo lo que había deseado, incluso más.

ACERCA DE LA AUTORA

Nacida en Málaga, Manuela Ramírez es una autora de romance y fantasía. Sus libros te sumergen en historias llenas de romanticismo, que hacen posible la creencia de que se puede encontrar el amor verdadero a la vuelta de la esquina. Sus personajes son accesibles, divertidos y muy apasionados. La complicidad entre ellos te transporta a un mundo en el que la lealtad, la amistad y la confianza plena son los pilares básicos para que el amor triunfe, pese al bagaje nada sencillo que arrastra cada uno. La autora sella el destino de todos, incluso el tuyo, con la seguridad de que el final será justo el que deseas porque, en su universo literario, la luz siempre triunfa sobre las tinieblas.

Tras escribir varios borradores, en 2020 su mundo se paralizó por muchas razones. Fue entonces cuando tomó conciencia de que cada momento cuenta, así decidió volcarse en la historia que llevaba rondándole en la cabeza desde finales del año anterior hasta lograr acabarla.

Todas sus novelas están disponibles en Amazon, kindle y kindleunlimited. Por ahora, tiene publicadas las siguientes:

- *Oculto en mis recuerdos*, que pertenece al género de fantasía romántica.
- *Hasta que me perdones* y *Hasta que te perdones, Alan*. Ambas forman la bilogía El Perdón, una historia cargada de oscuridad con un romance contemporáneo arrebatador.
- *No conseguirás que me enamore de ti* y *No conseguirás olvidarte de mí*. Ambas forman la bilogía Conseguiré Enamorarte, un romance cercano de «*enemies to lovers*» que con el que te será imposible no enamorarte de sus personajes.

Como finalista en varios concursos de microrrelatos de terror, entre otros: la antología de *Letras de tinta. Antología 2021* y con «Una noche cualquiera» en la antología *Crónicas MicroVampíricas*.

Manuela está volcada en la creación de nuevas historias que te lleguen al alma. Con las que te puedas enamorar y con las que las horas, leyendo sus páginas, pasen volando. Y espera, de corazón, que disfrutes con cada una de ellas.

Puedes seguirla y contactar con ella en:

Instagram: @manuelaramirez_escritora
TikTok: @manuelaramirez_escritora
Facebook: Manuela Ramírez
Blog: https://manuelaramirezescritora.wordpress.com
Allí encontrarás todos sus relatos, novedades e información sobre sus libros y próximos proyectos.

---

[1] Inscripción que aparece en el escudo de la iglesia presbiteriana escocesa. Se traduce como: «Aun así no se consumía» (Éxodo

3,2 [1]).

[2] Abuela en gaélico escocés.

[3] Modelo de vehículo *BMW Z4 M40i en color San Francisco Red Metallic.*

[4] Penélope, esposa de Ulises. *La Odisea.*

[5] Chef estadounidense con seis estrellas Michellin.

[6] Mi niña, ¡qué te he echado de menos!

[7] Vivan los novios.